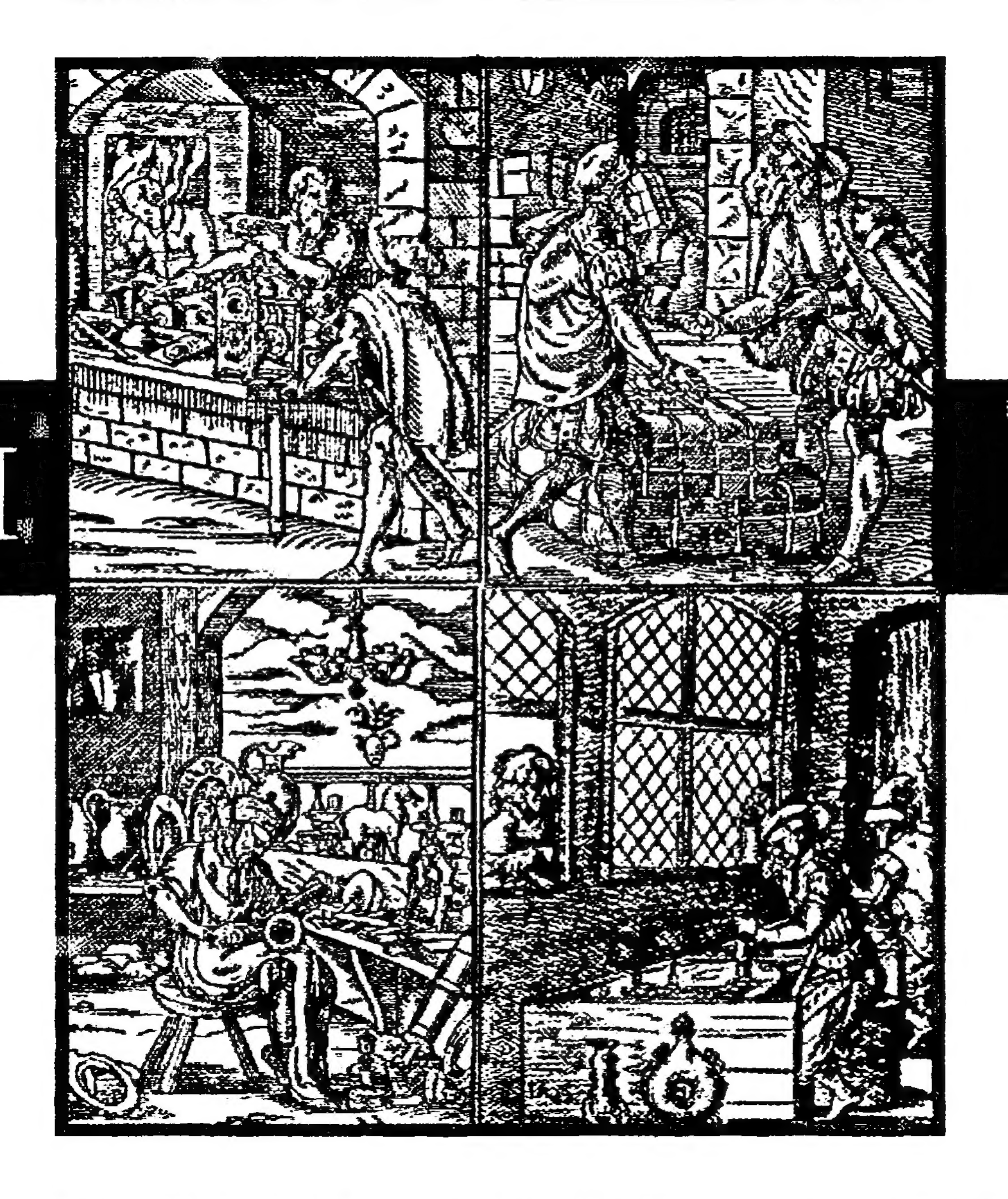
ganz1912

IMMANUEL WALLERSTEIN

II



# EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL

## El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750



*Traducción de*
PILAR LÓPEZ MÁÑEZ

ganz1912

# EL MODERNO SISTEMA MUNDIAL

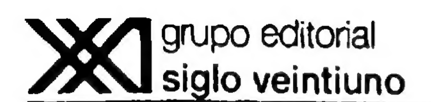
BIBLIOTECA CSI

## El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea 1600-1750

*por*

IMMANUEL WALLERSTEIN









**siglo xxi editores, méxico**
CERRO DEL AGUA 248, ROMERO DE TERREROS,
04310 MÉXICO, DF
www.sigloxxieditores.com.mx

**siglo xxi editores, argentina**
GUATEMALA 4824, C 1425 BUP
BUENOS AIRES, ARGENTINA
www.sigloxxieditores.com.ar

**salto de página**
ALMAGRO 38, 28010
MADRID, ESPAÑA
www.saltodepagina.com

**biblioteca nueva**
ALMAGRO 38, 28010
MADRID, ESPAÑA
www.bibliotecanueva.es

**anthropos**
DIPUTACIÓN 266, BAJOS,
08007 BARCELONA, ESPAÑA
www.anthropos-editorial.com

HC51
W3518
2011 Wallerstein, Immanuel Maurice
*El moderno sistema mundial* / por Immanuel Wallerstein. — 2ª ed. aum. — México : Siglo XXI, 2011-
3 v.
Traducción de: *The modern world system*

Contenido: v. 1. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo xvi / traductor Antonio Resines. – v. 2. El mercantilismo y la consolidación de la economía-mundo europea, 1600-1750 / traductor Pilar López Máñez. – v. 3. La segunda era de gran expansión de la economía-mundo capitalista, 1730-1850 / traductor Jesús Albores

ISBN-13: 978-607-03- 0355-5

1. Historia económica – 1600-1750. 2. Europa – Condiciones económicas – Siglo XVII. 3. Sistema mercantil – Historia. I. Resines, Antonio, traductor. II. López Máñez, Pilar, traductora. III. Albores, Jesús, traductor. I. t.

primera edición en español, 1984
sexta reimpresión, 2007
segunda edición aumentada, nuevo prólogo, 2011
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.
isbn 978-607-03-0333-3 (obra completa)
isbn 978-607-03- 0355-5 (volumen 2)

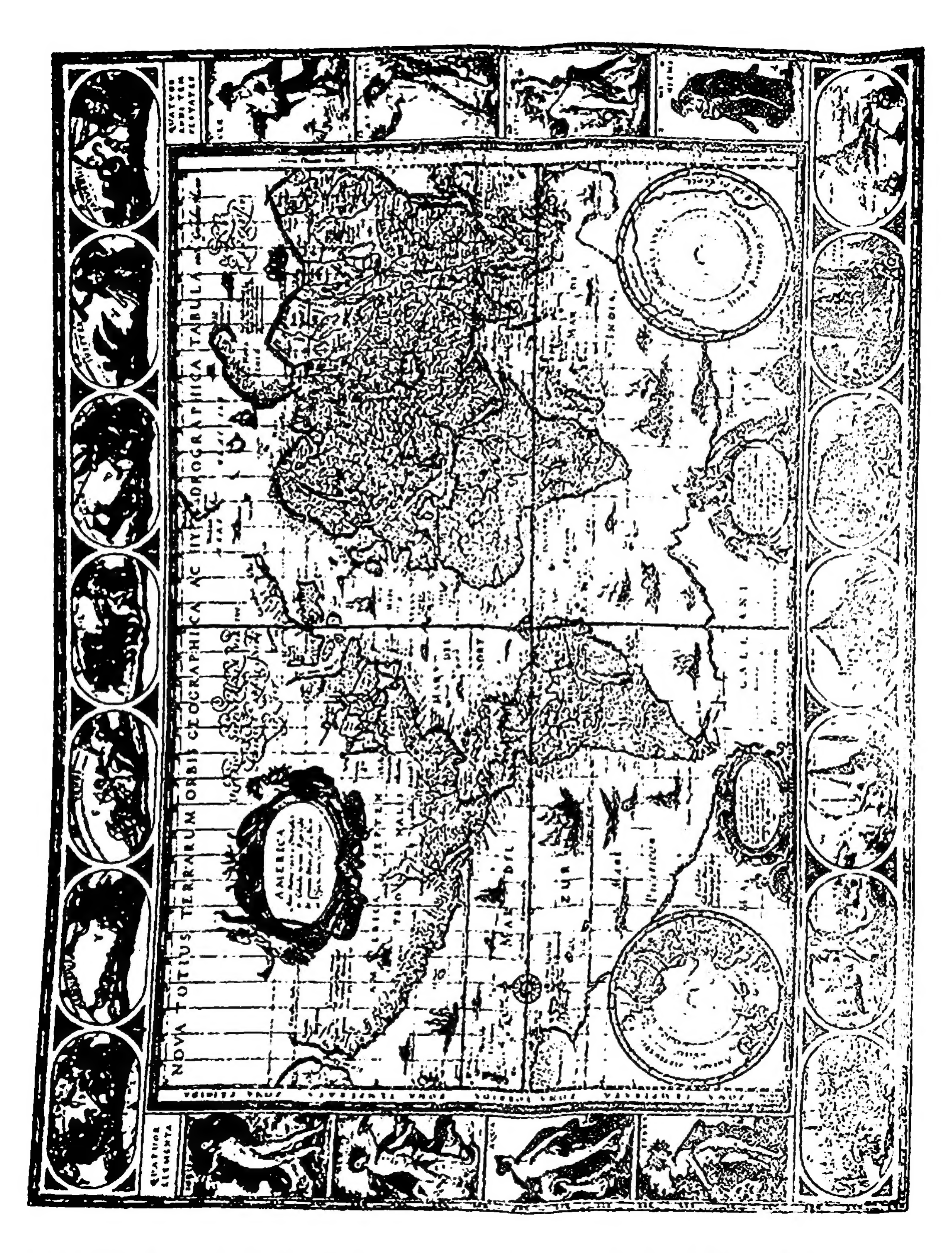
primera edición en inglés, 1980
© academic press, inc., nueva york
título original: *the modern world-system ii: mercantilism and the consolidation of european-economy, 1600-1750*

derechos reservados conforme a la ley
impreso en programas educativos, s.a.
calz. chabacano 65 local a
06850 méxico, d.f.

https://tinyurl.com/y794dggv
https://tinyurl.com/y9malmmm

ganz1912

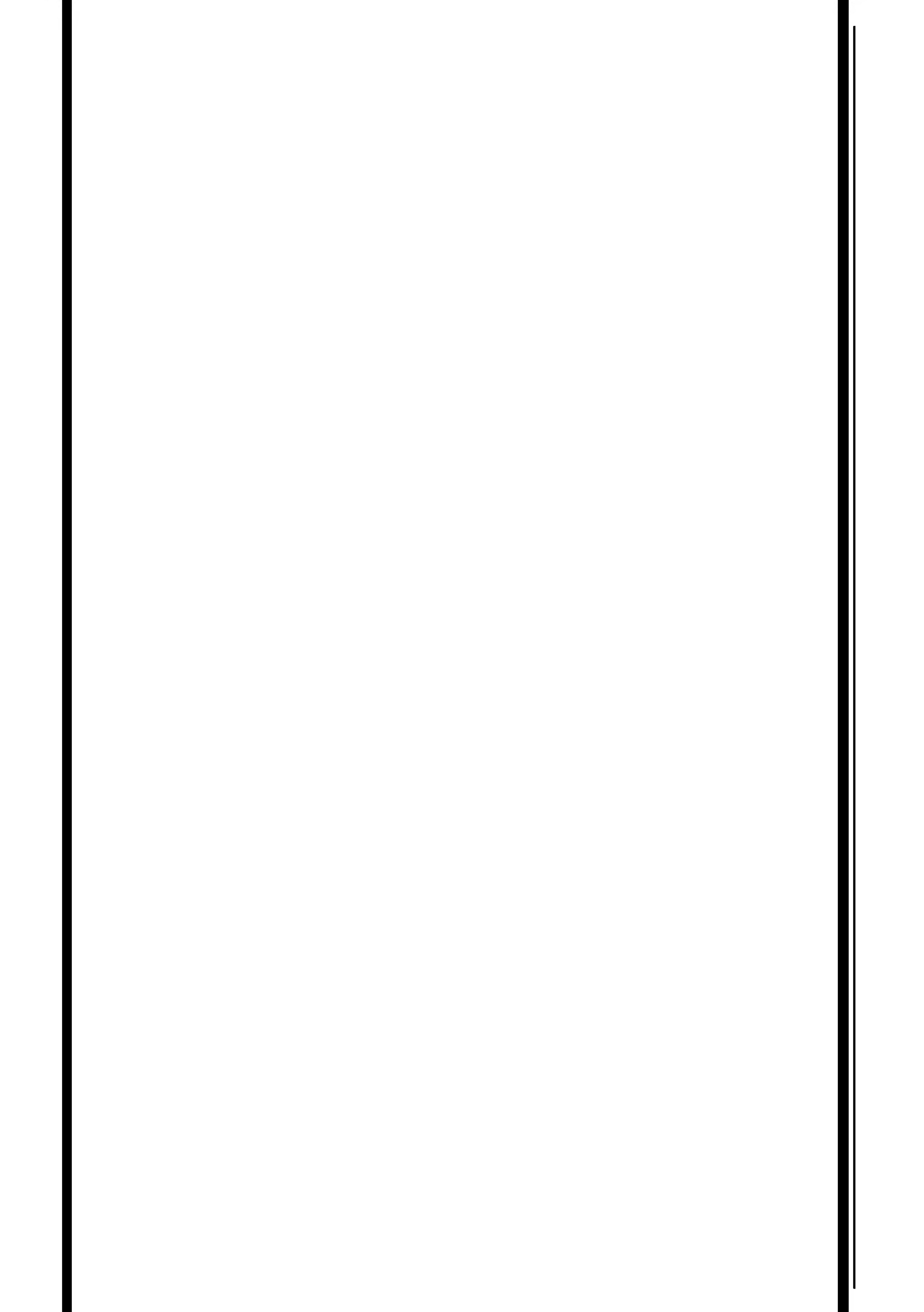
# INDICE




«Mapamundi», de Joan Blaeu, 1638, del *Atlas Major*. Joan Blaeu y su padre, Willem, fueron los cartógrafos más respetados de su época. Sus mapas eran solicitados por todos los buques holandeses dedicados al comercio con las Indias. Los atlas reemplazaron a los mapas de hojas como principal instrumento cartográfico en el siglo XVII. En 1670, Joan Blaeu fue nombrado cartógrafo oficial de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales (VOC).



*A Fernand Braudel*



# PRÓLOGO A LA EDICIÓN DE 2011*

Este volumen comienza con una pregunta: ¿cómo describir lo que estaba ocurriendo en Europa durante el siglo XVII? El gran debate de los años cincuenta y sesenta respecto a la «crisis» del siglo XVII hacía mucho hincapié en el carácter «feudal» de sus procesos. La mayoría de los autores interpretaron que esto significaba que había habido una «refeudalización» de Europa. El volumen 2 es el intento de refutar estas caracterizaciones y de insistir una vez más en que la economía-mundo europea se había vuelto definitivamente capitalista durante el largo siglo XVI. En muchos sentidos el volumen 2 es la parte crucial de toda la serie, ya que defiende cierta visión y definición del capitalismo como sistema histórico.

A muchos lectores este aspecto de la obra les ha resultado la parte más difícil de aceptar. De manera que tal vez sea útil tratar de reformular este argumento en términos más teóricos y de indicar por qué creo que lo que llamamos feudalismo en la Europa de la Edad Media tardía es algo fundamentalmente diferente del denominado segundo feudalismo del inicio de los tiempos modernos.

El segundo tema nuevo e importante que se desarrolla en este volumen es el de la hegemonía. Al respecto también muchas personas, incluso las que se inclinan por el esfuerzo global llevado a cabo por medio del análisis del sistema-mundo, han malinterpretado el argumento respecto al concepto de hegemonía. Así que tal vez también sea útil tratar de reformular exactamente qué quise decir al hablar de hegemonía y por qué creo que es un concepto esencial para comprender cómo funciona el moderno sistema-mundo.

* Traducción de Victoria Schussheim.

## ¿ERA EUROPA UNA ECONOMÍA-MUNDO EN EL PERIODO 1450-1750?

El interrogante intelectual es si puede sostenerse que en el periodo 1450-1750 existió una economía-mundo europea que era una economía-mundo capitalista. De hecho, son dos preguntas, no una: si Europa (o alguna parte de la misma) constituía una entidad económica singular en este periodo, con una singular división axial del trabajo, y si esa entidad puede describirse como capitalista.

El argumento parte de una premisa que es al mismo tiempo conceptual y empírica. La premisa es que hay fenómenos conocidos como «logísticos» (frase de Rondo Cameron), que en los textos franceses suelen denominarse *trends séculiers*. Se trata presumiblemente de ciclos muy largos, que constan de una fase A inflacionaria y una fase B deflacionaria. El hecho de que exista tal logística parece ser aceptado amplia aunque no universalmente en la obra de los historiadores de la economía europeos que trata tanto de la Edad Media tardía como del inicio de la modernidad en Europa. Empíricamente, las fechas que se encuentran con mayor frecuencia en sus escritos son las siguientes:

| | *Edad Media tardía* | *Inicios de la Edad Moderna* |
|---|---|---|
| Fase A | 1000 (1100)-1250 | 1250 (1300)-1450 |
| Fase B | 1450-1600 (1650) | 1600 (1650)-1700 (1750) |

Voy a dar por supuesta la existencia de esta logística y sus fechas.

La lógica del argumento es esencialmente ésta: existen ciertas semejanzas básicas entre la logística medieval y la logística moderna temprana que nos permiten llamar a ambas logísticas, con una fase A y una fase B. No obstante, una cuidadosa comparación de las dos mostrará que hay ciertas diferencias cualitativas significativas, de modo tal que es posible deducir, a partir de ellas, que Europa tuvo una división axial del trabajo en el segundo periodo, pero no en el primero.

El patrón básico de una logística involucra, como mínimo, una triple expansión y contracción de la población, la actividad económica y los precios. Se asume que muestra ascensos y descensos constantes a largo plazo, y que los tres se mueven al unísono. Esto ignora las fluctuaciones a corto plazo. Ha habido un debate considerable acerca de cuál de estos tres fenómenos es el determinante primordial de la expansión y la contracción. Considero que este debate es, en buena medida, inútil.

Desde luego, estos fenómenos, a su vez, son complejos de variables. Los precios no constituyen una simple serie global. Se ha considerado que la serie principal de una Europa todavía predominantemente agrícola era el precio del trigo. Empero, no se trata tan sólo de que los precios del trigo subían y bajaban en términos absolutos. Subían y bajaban en comparación con los precios de otros granos. Y los precios de los cereales, en conjunto, aumentaban y disminuían en comparación con los de productos pastorales y los de productos industriales. Había también precios que conocemos como rentas y salarios. El precio de los salarios —es decir de los salarios reales— iba en relación inversa con otras series de precios.

El concepto de actividad económica se compone también de muchas variables, como la cantidad de transacciones comerciales, la producción total, el área de tierra en uso, la razón del rendimiento y las existencias monetarias. Éstas se relacionaban estrechamente con variables de la estructura social tales como la agronomía, los patrones de tenencia de la tierra, el grado de urbanización y la fortaleza de los gremios.

El punto esencial respecto a tal logística es que se piensa que había una correlación bastante sistemática en los movimientos cíclicos de estas variables, la mayoría de ellas en correlación directa entre sí, pero algunas en correlación inversa con la mayoría.

En términos generales, en la mayor parte de los análisis llevados a cabo por historiadores de la economía no hay una consideración general de cómo se relacionaban las variables «políticas» y «culturales» con este esquema; vale decir, si había o no correlaciones sistemáticas adicionales. Creo que esta omisión representa un error, ya que no pienso que podamos comprender cómo funcionaba el sistema global sin observar las interrelaciones íntimas de todos los escenarios de la acción social.

## *La Europa medieval tardía, 1000/1100-1450*

Para describir este periodo hablamos del «sistema feudal». El término «sistema» me hace pensar, ya que la Europa feudal no era una economía-mundo ni un imperio-mundo. Como «sistema» es posible describirlo, como mucho, como los residuos de la desintegración del efímero imperio-mundo carolingio. Tal vez sea mejor llamarlo «civilización», lo que significaría que era una serie de pequeños sistemas (o divisiones del trabajo) vinculados —en la medida en que estaban efectivamente vinculados— por una estructura religiosa común y, en grado limitado, por el uso del latín como *lingua franca*.

La geografía de la Europa feudal consistía en una multiplicidad de estructuras señoriales, cada una de las cuales representaba el centro de una pequeña división del trabajo con una zona circundante, enclavada de diversas formas en múltiples estructuras políticas laxas, más amplias. Muchas de estas zonas locales estaban involucradas asimismo en redes de comercio a larga distancia. ¿Pero puede decirse que estas zonas locales eran parte de una entidad económica mayor, de alguna división singular del trabajo? Pocos podrían afirmar tal cosa.

Y sin embargo, estas zonas separadas parecen haber latido a un mismo ritmo, como el que le atribuimos a una logística. Más o menos en todas partes la población comenzó a expandirse en los siglos XI y XII. La producción agrícola europea se amplió porque había más gente que se dedicara a ella, así como mayor demanda de los productos. Cada zona local/aldea habilitó tierras baldías de su zona limítrofe (bosque, pantano, marisma, ciénaga), y lógicamente tenía que ser, en general, tierra menos fértil que la que habían estado cultivando antes. Esta expansión no se produjo sólo en los márgenes de cada zona local sino también en las fronteras de la «Europa cristiana» en su conjunto: las cruzadas, el inicio de la reconquista en la península ibérica, la recuperación de las islas del Mediterráneo occidental que estaban bajo dominio musulmán, la colonización «alemana» del «oriente», el empuje escandinavo hacia el norte, el empuje inglés hacia el oeste y el norte, a tierras celtas.

Como había una gran demanda de cereales, que por lo tanto eran rentables, no sólo se habilitaron los «yermos», sino que se pasó de las tierras de pastoreo al cultivo con arado, y de los granos más pobres a los más ricos (primordialmente el trigo, en segundo lugar el centeno). Ya valía la pena invertir en nutrientes para la tierra y mejor tecnología, y los rendimientos aumentaron (a pesar de la declinación de la calidad promedio de las tierras cultivadas).

En vista de la expansión e inflación generales, los sistemas de tenencia de la tierra que involucraban el pago de una renta monetaria a un señor le resultaban a éste menos deseables. Las rentas fijas mermaban por la inflación. Por lo tanto, los terratenientes procuraron reducir la duración de la tenencia o, mejor aún, convertir las rentas en metálico en rentas en trabajo (servidumbre), asegurándose así la mano de obra en un mercado en expansión. La fuerza de trabajo siempre podía usarse rentablemente. Por otro lado, unidades de producción diminutas también podían mostrar un rendimiento positivo, y cada vez más personas «entraban» en el mercado como productores de cereales, multiplicando el número de actores económicos y «desconcentrando»

la producción. En realidad, uno de los motivos para instituir la servidumbre fue precisamente contener esta desconcentración.

La expansión general de la economía involucraba también, y de manera correlativa, la expansión del sector industrial (principalmente textiles y trabajo en metal) y su concentración en áreas urbanas (lo cual reducía los costos de transacción). El emplazamiento urbano hizo posible el surgimiento de una estructura gremial razonablemente fuerte. En conjunto, hubo una especialización creciente de la actividad económica, así como divisiones locales del trabajo ampliadas.

Aunque la división local del trabajo podía dar cabida a cierto comercio «suntuario» de larga distancia, no parece haber habido mucha división del trabajo de media distancia. El elevado costo del transporte lo impedía. De cualquier manera, por lo general las zonas locales no dependían con esas fuentes de abastecimiento «regionales» (es decir, de media distancia) ni contaban con ellas.

La política de la civilización feudal era esencialmente una política local, en la cual el terrateniente/señor procuraba duplicar su dominio económico de la localidad con un dominio político. Esto ocurría incluso cuando el dueño de la tierra era una figura eclesiástica, como acontecía muchas veces. Reyes, duques y condes eran primordialmente poderosos terratenientes/señores, con sus propiedades directas de las cuales extraían sus ingresos, y en segundo lugar capitanes de guerra que organizaban sus ejércitos gracias a sus vasallos nobles/otros terratenientes. En el periodo de expansión de la economía todos los dueños de la tierra reforzaron su control político sobre su población campesina, en primer lugar al instituir y ampliar la servidumbre, pero también al aumentar el número de las personas a su servicio. Al mismo tiempo que crecía el poder del terrateniente sobre los productores directos de su localidad, crecía también la fuerza de los «gobernantes» de más alto nivel (reyes, duques, condes) sobre la gran nobleza local. Las «unidades domésticas» de los gobernantes aumentaron de tamaño y comenzaron a aparecer pequeñas burocracias. La expansión «externa» de Europa fue obra de esos gobernantes, y les permitió fortalecerse aún más. Sin embargo, no hay que exagerar. No existían estados verdaderamente fuertes, y la nobleza se defendía (véase la Carta Magna de 1215 en Inglaterra). Pero el solo hecho de que existiesen «estados» representó un logro de ese periodo.

Culturalmente fue una era de florecimiento. Existía la base material y también la confianza cultural. La expansión «externa» de Europa llevó a la admisión de nuevas corrientes culturales que sin embargo, en ese momento, fueron bien asimiladas al *Weltans-*

*hauung* vigente. La *Suma teológica* de santo Tomás de Aquino fue precisamente eso, una suma.

Tras el ascenso general de la población, la organización de la industria y la expansión de los escenarios políticos y culturales implicaron un aumento del número y tamaño de las ciudades. Esto permitió la aparición de un pequeño estrato de intelectuales, y se fundaron las primeras universidades.

La expansión llegó a su fin alrededor de 1250-1300 y se inició una prolongada regresión. Esencialmente, todo lo que había subido volvió a bajar. Las fronteras «externas» retrocedieron. Los cruzados fueron expulsados, los bizantinos reconquistaron Constantinopla, los moros se consolidaron en Granada (al menos durante un tiempo), los mongoles invadieron desde las estepas asiáticas.

La población se redujo, especialmente por la peste negra. En lugar de someter al cultivo nuevas tierras, se contrajo la cantidad de tierra cultivada (el *Wüstungen*). Hasta cierto punto se trataba exactamente de la misma tierra que había comenzado a utilizarse dos siglos antes. Esta reducción de las áreas cultivadas se debió en parte a la disminución de la población (epidemias, hambrunas y guerras locales), en parte a razones de seguridad, en parte a los cerramientos y al proceso de *engrossing* (es decir, reorganización de tenencias para crear unidades mas grandes).

Se revirtió la inflación de precios. Las rentas descendieron. El precio del trigo bajó. Hubo un cambio de uso de la tierra, que pasó del cultivo de cereales a los pastizales o a los viñedos (según la zona climática), porque se requerían menos cereales, y también porque la producción cerealera exigía una mayor fuerza de trabajo. Los cereales «nobles» les cedieron su lugar a los granos pobres. Había menos inversión en tecnología y en nutrientes para la tierra, por lo cual los rendimientos eran más bajos.

La merma de las rentas señoriales se vio complicada además por la reducción de la población, que aumentaba el poder de negociación de los productores directos. Como resultado de ello la servidumbre declinó y terminó, esencialmente, por desaparecer. Por otro lado, los terratenientes procuraban compensar sus menores ingresos por el cerramiento y el *engrossing* de tierras, lo que dio por resultado cierta reconcentración. La combinación ocasionó que hubiese terratenientes económicamente debilitados, con muy escasa mano de obra, y una capa fortalecida de granjeros «kulak», con propiedades repartidas entre los hermanos y las diversas generaciones. El capital se alejó de la inversión en la tierra.

Por supuesto, también declinó el mercado de los bienes industriales. Los salarios reales ascendieron. En su intento por reducir

los costos de producción las industrias tendían a trasladarse a las zonas rurales, primordialmente para disminuir los costos de mano de obra (consideración que en ese momento era más importante que mantener bajos los costos de transacción, especialmente puesto que estaba declinando el número de transacciones).

Desde el punto de vista político, el resultado fue una disminución de la autoridad local del terrateniente/señor sobre los productores directos de la localidad. Los gobernantes perdieron de la misma forma. Los «estados» empezaron a desintegrarse y los gobernantes a perder su control sobre los terratenientes/nobleza. Como consecuencia de la «crisis de los ingresos señoriales» se produjo un considerable aumento de la violencia *interna* en «Europa», distinta de la violencia en sus márgenes exteriores. Hubo muchas revueltas del campesinado, que estaba sacando ventaja de la reducción de la autoridad política. Gobernantes y nobles luchaban entre sí más extensa y más intensamente, en búsqueda de mayores ingresos. Esa sangría mutua de los estratos más altos los debilitó aún más frente a los productores directos.

Culturalmente fue una era de cuestionamiento de la autoridad, de iconoclasia y de confusión. La autoridad central del papado se debilitó. Se difundieron muchos movimientos religiosos cristianos nuevos, de inclinación igualitaria y casi heréticos. El «centro» cultural no se sostenía. Los intelectuales se estaban volviendo más independientes.

Lo que debe advertirse, como síntesis de toda esta logística, es su simetría. Las variables económicas ascendieron y después descendieron. Las estructuras sociales cambiaron primero en una dirección y después en la dirección contraria. Las jerarquías políticas (de los terratenientes sobre los productores directos, de los gobernantes sobre los nobles) primero se fortalecieron y luego se debilitaron. La cultura central primero se afirmó, después fue ampliamente cuestionada. Además, esta simetría no se producía sólo para la civilización feudal europea como un todo sino también para las diversas localidades. En conjunto, no hubo demasiadas variaciones sobre estos temas en diferentes partes de «Europa». Era como si cada zona local reprodujese el patrón general. La Europa feudal parecía ser un modelo de lo que Durkheim describió como solidaridad mecánica.

### *La Europa moderna temprana, 1450-1750*

Lo que cambió esencialmente en la logística a comienzos de la Europa moderna fue que el patrón perdió gran parte de su sime-

tría, tanto la que existía entre las fases A y B como la simetría geográfica. Volvió a haber una expansión seguida por una contracción, pero el patrón de cada una de las fases fue más complicado. Una vez más se dio una correlación con desarrollos políticos y culturales, pero también en este caso el patrón era más complicado. Decir que el patrón era más complicado no quiere decir que no sea posible detectar un patrón. Pero, para encontrarle sentido, tenemos que involucrarnos en los patrones espaciales o en la antinomia centro-periferia.

Asimismo, había una diferencia en la naturaleza de la fase B. Mientras que en la logística medieval la fase B estaba caracterizada por una regresión de la población, de la actividad económica y de los precios, en el periodo moderno inicial esta fase, medida en Europa en general, no consistió en una regresión sino en un estancamiento o una reducción de la tasa de expansión. Esto puede verse claramente en las cifras de población. El gran pico ascendente de 1450-1600 se convirtió en la curva más plana de 1600-1750. No hubo ningún equivalente a la peste negra. Además, se presentaba variación geográfica. No se dio una reducción significativa del crecimiento de la población en el noroeste de Europa pero sí un descenso en Europa central (primordialmente como resultado de la guerra de los Treinta Años) y un aplanamiento de la curva en el este y el sur de Europa.

Volvió a producirse una expansión del uso de la tierra, no sólo dentro de Europa misma sino en sus márgenes. El periodo A fue el de las grandes exploraciones y la incorporación de parte de América al mapa productivo de Europa. El periodo B, en cambio, señaló una reducción de las nuevas incorporaciones, pero no un retroceso.

Si observamos los patrones de uso de la tierra, es cierto que una vez más se vio, en la fase A, un paso hacia la producción en tierras arables, y en la fase B un alejamiento de las mismas. Pero, en detalle, lo que ocurrió al inicio de la era moderna parecía muy diferente de lo que había pasado a finales de la Edad Media. La transformación del uso de la tierra en Europa noroccidental procedió hacia un patrón de producción complementaria arable/pastoral (*up-and-down husbandry*, es decir, conversión temporaria de franjas arables en pastizales) y *Koppelwirtschaft* (otro sistema de rotación de cultivos utilizado en tierras germánicas) en la fase A, y la ganadería convertible, aún más intensiva, en la B). En toda Europa esto se compensó manteniendo especializaciones ya fuese en producción arable o en cría de ganado en las zonas periféricas, combinadas con exportación extensiva hacia los centros urbanos del noroeste de Europa. Esto, por consiguiente, entrañó la

creación de unidades de producción más grandes en todos lados: la reconstitución de los latifundios en Europa noroccidental mediante cerramientos más extensos o la reinvención de derechos «feudales» y la constitución de *Gutswirtschaften* y de las plantaciones en las zonas periféricas.

Por un lado se redujeron considerablemente las brechas de precios de las mercancías europeas. Mientras que a finales de la época medieval había por lo menos tres zonas de precios distintas, entre 1500 y 1800 la brecha entre ellas se redujo de seis a uno a dos a uno. Pero por el otro lado había más actividad comercial entre las diferentes partes de Europa, las cuales dependían de diferenciales significativos del precio de la mano de obra. De modo que mientras las brechas de precios se reducían, las brechas de bienestar empezaron a aumentar. Tal como ocurrió en la Edad Media, el periodo A fue de especialización creciente y el B de especialización reducida, pero la unidad dentro de la cual era posible medirlo había cambiado. A finales de la Edad Media estamos hablando de especialización dentro de zonas geográficas relativamente pequeñas. En el inicio de la Europa moderna estamos hablando de especialización dentro de un área geográfica muy grande.

En la industria ocurrían cosas parecidas. El periodo A fue de industria urbanizada y el B de localizaciones más ruralizadas (lo que se ha descrito como «protoindustrialización»). A finales de la Edad Media había, desde luego, cierto grado de concentración física de la industria en la vieja columna vertebral, pero era de poca importancia en comparación con el grado en el cual surgió, a comienzos de la era moderna europea, una concentración de la industria en la parte noroeste del continente. Además, cuando se produjo cierta desespecialización a principios del periodo moderno B debido a la reaparición de industrias ruralizadas en zonas periféricas, este fenómeno se presentó primordialmente en los textiles de menor valor. Los textiles más rentables y de valor más alto se mantuvieron en gran medida en las zonas centrales.

El patrón geográfico desigual podía encontrarse también en las formas de control de la mano de obra. Mientras que en la logística medieval tardía el periodo A implicó esencialmente la institución de la servidumbre y el B su desmantelamiento, más o menos en todos lados, en la logística moderna inicial tenemos variaciones geográficas muy claras. La zona central, con una agricultura más especializada, no regresó a la servidumbre sino más bien a un modelo triádico de terrateniente, *fermier* (arrendatario) y subarrendatario (productor director). Esto se acentúa todavía más en el periodo B, con la «desaparición» del granjero pequeño

propietario. La mayor parte de la producción agrícola se ofrecía para su venta en el mercado.

En la periferia aparecieron unidades en gran escala con mano de obra forzada para la producción de cosechas comerciales: siervos en los *Gutswirtschaften* del este de Europa; esclavos y, durante un tiempo, *indentured laborers* (es decir, trabajadores contratados por un tiempo determinado) en las extensas plantaciones del Caribe; modelos sucesivos de trabajo coercitivo para los pueblos indígenas en las minas americanas. Una parte significativa de esta producción estaba destinada al mercado y se vendía en las zonas centrales durante el periodo A y a los mercados «regionales» durante el periodo B, cuando los mercados de la zona central estaban «cerrados» para ella. Ésas áreas producían también lo que se requería para satisfacer sus propias necesidades.

Cuando en el periodo B declinó la rentabilidad de las grandes propiedades de las zonas periféricas, los propietarios lo compensaron mediante una mayor explotación de la fuerza de trabajo. Cabe señalar que probablemente se produjo una presión siempre creciente sobre la mano de obra con el establecimiento de la economía-mundo capitalista, y se pasó de la norma medieval de laborar desde el amanecer hasta el mediodía al patrón de principios de la era moderna, de trabajo a lo largo de todo el día, que de hecho se amplió todavía más en las zonas periféricas durante el periodo B.

Además, cuando la especialización pasó del nivel de las zonas intralocales al de las intraeuropeas, fue posible tener más de dos zonas. En realidad apareció una tercera zona, la semiperiférica, con sus patrones distintivos: el predominio de la mediería, el papel de intermediaria en los patrones de comercio de la economía-mundo, una combinación de actividades económicas centrales y periféricas, estructuras estatales y niveles salariales (a largo plazo) que se ubicaban entre los patrones de las regiones centrales y los de las periféricas.

Hubo una última diferencia de importancia en el paisaje económico del comienzo de la logística moderna en relación con el de la logística medieval. El piso superior de Braudel de la monopolización de empresas multisectoriales, que atraviesa fronteras políticas, apareció durante los inicios de la era moderna con los actores económicos clave, y se convirtió en la sede esencial de la acumulación de capital.

La política de una economía-mundo capitalista era muy diferente de la de una civilización feudal. Los estados se convirtieron en la unidad clave de la organización política, en sustitución de la unidad local con un señor en el centro. Los estados empezaron

a adquirir su forma moderna. El primer problema fue la creación de burocracias significativas, tanto civiles como militares, de modo que los gobernantes no dependían ya primordialmente de sus latifundios personales para obtener ingresos, sino que contaban con una base impositiva. Como parte de la transición del sistema feudal de la unidad doméstica de un gobernante a un sistema burocrático plenamente desarrollado, del tipo de los descritos por Weber, los estados de principios de la modernidad en Europa inventaron un sistema intermedio en el cual los burócratas eran empresarios parcialmente independientes, que se dedicaban a la «mediería» con el estado. Se trataba de los sistemas de venalidad del cargo y *tax-farming* (es decir, sistema en el cual para una suma fija dada al gobierno, alguien recauda los impuestos y guarda la diferencia). Como mecanismos de transición resultaron ser notablemente resistentes y exitosos.

Los estados se ubicaban dentro de una nueva institución y constreñidos por ella, el sistema interestatal, que fue apareciendo subrepticiamente durante el siglo XVI y se consagró apenas en 1648 con el tratado de Westfalia. En teoría, todos los estados que estaban dentro del sistema eran soberanos, independientes e iguales. En la práctica había una jerarquía de poder estatal, que solía correlacionarse con la posición del estado en la economía-mundo. Esta combinación de la mayor importancia de los estados y la creación de un sistema interestatal modificó seriamente el impacto de cada fase de la logística sobre la distribución del poder.

En la logística medieval, en el periodo A se había dado un aumento del poder de los señores sobre los productores directos y de los gobernantes sobre la nobleza, mientras que en el periodo B se había dado una declinación correspondiente. En la logística moderna temprana hubo un incremento del poder del gobernante sobre la nobleza en las zonas centrales (absolutismo), pero una continua declinación del mismo en la periferia (por ejemplo, el enorme aumento de poder de la Dieta polaca), mientras en los estados semiperiféricos la situación era intermedia. La historia es un poco diferente en relación con las relaciones señor/dependiente. Mientras que el poder de los señores aumentó claramente en la periferia, sobre todo durante el periodo B, la situación estaba más equilibrada en las zonas centrales, donde los gobernantes estaban procurando obtener el control político directo de sus sujetos y recibir una parte todavía mayor de sus pagos en metálico. Para ello tenían que tratar de *disminuir* el poder político de los señores sobre los productores directos. Si bien éste es un proceso continuo en el periodo A, se volvió más lento en el B. No obstante, se puede afirmar que, en general, las relaciones señor/

dependiente evolucionaron en la dirección de la disminución del poder señorial, proceso que daría frutos apenas en el siglo XIX, cuando el ciudadano llegó por fin a estar plenamente bajo el control directo del estado, sin intermediarios locales de importancia. No obstante, esto no ocurría en las zonas periféricas, ni ocurre hasta el día de hoy.

Hay otra diferencia política que debe observarse. El desarrollo de un sistema capitalista acarreó, evidentemente, un sector creciente de burguesía. Una vez más, la misma no se distribuyó de manera uniforme por toda la economía-mundo europea. La burguesía se ubicaba de manera desproporcionada en las zonas centrales y prácticamente no existía en las periféricas (por lo menos por lo que se refiere a burgueses de origen local). Además, cambiaba de acuerdo con la política nacional de cada zona.

Por último, brevemente, en el escenario cultural puede observarse la misma diferenciación espacial. Mientras que la Europa feudal era en cierta medida culturalmente homogénea (por lo menos en términos de la entidad cultural dominante, la iglesia), la Europa de principios de la era moderna desarrolló un gran cisma religioso que, a lo largo del periodo, llegó a correlacionarse notable aunque imperfectamente con el cisma económico básico. No da la impresión de que la correlación fuese accidental.

La logística moderna temprana se repite. Desde luego, hay ciertos procesos de desarrollo del sistema —expansión espacial e incorporación de nuevas zonas a la economía-mundo, las repetidas desmonopolizaciones y la búsqueda de nuevas tecnologías sobre las cuales basar nuevos monopolios, los procesos constantes de urbanización, proletarización y cooptaciones políticas— que parecen cambiar de forma, pero que de hecho no modifican la estructura básica espacialmente asimétrica y desigual del sistema-mundo.

De manera que ésta es la diferencia básica entre ambas logísticas: simetría frente a asimetría, múltiples divisiones locales del trabajo frente a una división del trabajo única en toda la economía-mundo, un A/B que sube y baja frente a uno en forma de escalón (o un efecto de trinquete). Esto es lo que Durkheim considera la diferencia entre la solidaridad mecánica y la orgánica. Desde luego, el debate crucial tiene que ver con el grado en el cual las diferencias relativamente pequeñas dentro de Europa a comienzos del largo siglo XVI (y subsecuentemente en la economía-mundo capitalista, que se expandía en términos geográficos) se convirtió en una brecha mucho mayor para el siglo XX. Hay quienes sostienen que esto sólo es cierto en parte, puesto que la diferencia cuantitativa no es lo suficientemente grande. Esta posición parece difícil de defender. Otros, sin embargo, afirman

que cedió sólo en el siglo XIX o incluso en el XX. Desde luego, es posible defender esa aseveración, puesto que la polarización ha sido continua y de tasa creciente. Pero no parece plausible datar la vida de un organismo sólo a partir de su etapa de plena madurez, del punto en el cual está a punto de morir. La juventud tiene derechos sobre la realidad.

## EL CONCEPTO DE HEGEMONÍA EN UNA ECONOMÍA-MUNDO

Uno de los conceptos clave del análisis de los sistemas-mundo es que ahora existen dos tipos diferentes de sistema-mundo conocidos hasta la actualidad: una economía-mundo y un imperio-mundo. Un imperio-mundo se define como una estructura que ha constituido una única estructura política global y una única división global del trabajo. La China de la dinastía Han y el imperio romano son dos buenos ejemplos de imperios-mundo. El concepto de hegemonía se refiere a un atributo que un estado puede tener en el sistema interestatal de una economía-mundo.

Una potencia hegemónica es algo muy diferente de un imperio-mundo. La superestructura política de una economía-mundo no es un imperio burocrático sino un sistema interestatal compuesto por estados pretendidamente soberanos. Y un estado hegemónico no es simplemente un estado fuerte, ni siquiera el estado más fuerte dentro del sistema interestatal, sino un estado significativamente más fuerte que otros estados fuertes (fuertes, no débiles). Esto describe una situación que se ha producido en repetidas ocasiones pero de ninguna manera continuamente. Vale decir, hay periodos en los que existe potencia hegemónica dentro del sistema interestatal de una economía-mundo y otros en los que no hay un poder hegemónico sino más bien un «equilibrio de poder» entre múltiples estados fuertes.

¿Qué significa decir que existe un poder hegemónico? Quiere decir que un estado es capaz de imponer su conjunto de reglas al sistema interestatal y crear así un orden político mundial como le parezca prudente. En esta situación el estado hegemónico tiene ciertas ventajas adicionales para las empresas que se encuentran dentro de él o que son protegidas por él, ventajas que no son concedidas por el «mercado» sino obtenidas por medio de presiones políticas.

Creo que resulta útil pensar en la hegemonía, no como en una estructura, sino como en un proceso que se desarrolla en el tiempo. Además, me parece que es un proceso que no tiene sólo dos momentos en el tiempo (ascenso y decadencia) sino, por

analogía con la manera en que Schumpeter concibió los ciclos de Kondratieff, cuatro momentos. Si se inicia la historia cuando existe un poder hegemónico incuestionado, el primer momento se produce en el periodo inmediatamente posterior. Es el momento de la lenta declinación de la potencia hegemónica, durante el cual aparecen dos potencias como contendientes por la sucesión. El momento siguiente se da cuando la decadencia se ha vuelto definitiva. Podemos pensar que en este segundo momento hay un «equilibrio de poder» en el sistema-mundo. Durante este momento ambos contendientes por la hegemonía luchan a fin de obtener ventajas geopolíticas y de economía-mundo. El tercer momento se presenta cuando la lucha se vuelve tan aguda que se desintegra el orden y se produce una «guerra de los Treinta Años» entre los contendientes por la hegemonía. Y el cuarto momento se da cuando uno de estos contendientes gana definitivamente y por lo tanto puede establecer una verdadera hegemonía... hasta que comience, desde luego, la lenta decadencia.

Hasta ahora ha habido tres poderes hegemónicos en la historia del sistema-mundo moderno. Las Provincias Unidas de los Países Bajos fueron brevemente la potencia hegemónica a mediados del siglo XVII, desde 1648 hasta el decenio de 1660. El Reino Unido fue el poder hegemónico durante un lapso ligeramente mayor en el curso del siglo XIX, desde 1815 hasta 1848 o tal vez un poquito más. Estados Unidos fue potencia hegemónica a mediados del siglo XX, de 1945 a 1967/1973.

Después de la hegemonía holandesa las dos potencias que contendieron por la sucesión fueron Inglaterra y Francia. Tras la hegemonía británica los dos poderes fueron Estados Unidos y Alemania. Después de la hegemonía estadunidense los dos poderes fueron una estructura emergente en el noreste de Asia (Japón-Corea-China) y una Unión Europea todavía estabilizada sólo en parte.

### *La lenta pero inevitable decadencia del poder hegemónico*

Las potencias hegemónicas decaen porque no pueden sostener para siempre su virtual monopolio del poder geopolítico mundial. Esto se debe a que, al cuidar sus intereses económicos, terminan por socavar, en algún momento, sus ventajas económicas. Y al proteger la conservación de su poder político-militar llegan a socavar su poder político-militar.

La ambigüedad de la relación del poder hegemónico y sus aliados se ve con mayor claridad en la esfera económica. Por un lado, el poder hegemónico procura restringir el fortalecimiento eco-

nómico de sus aliados a fin de mantener su propia ventaja «adicional». Por el otro lado, necesita mercados y necesita también aliados lo bastante fuertes como para que le ayuden a mantener a raya al «enemigo». Estos dos requisitos conducen inevitablemente al fortalecimiento económico de los aliados. La superioridad productiva del poder hegemónico sobre otros poderes fuertes desaparece o, por lo menos, se reduce mucho.

De modo que, inevitablemente, la hegemonía se socava a sí misma, antes que nada económicamente, decadencia causada directamente por el fortalecimiento económico de los aliados. En este periodo el poder hegemónico en decadencia tiene que usar sus recursos político-ideológicos para mantener una ventaja económica adicional, algo que puede hacer al principio pero que se va volviendo cada vez más difícil con el paso de los años, sobre todo en la medida en que el «enemigo» parece volverse menos peligroso. Comienza a cuestionarse la legitimidad de la ventaja adicional. La potencia hegemónica tiene que recurrir a afirmar la validez de su ideología. Y el acto mismo de afirmar la validez de una ideología no sólo constituye una prueba de su decadencia sino que tiene un impacto negativo adicional en su atractivo.

Además, como parte de sus esfuerzos por conservar el orden mundial que ha establecido, la potencia hegemónica empieza a invertir demasiado en estructuras militares. Va descubriendo que de vez en cuando tiene que usar de hecho sus fuerzas militares, lo cual es costoso y desvía las finanzas de las inversiones económicas.

Es verdad que en este periodo la potencia hegemónica sigue teniendo un inmenso poder militar. Pero en el periodo de hegemonía verdadera pocas veces requirió usarlo, porque todos daban por sentado que existía y que era abrumador. En el periodo de declinación empieza a tener que utilizarlo, e incluso si gana las luchas militares, el mismo uso del poder militar socava su efectividad a largo plazo. Significa que otros están atreviéndose a cuestionar militarmente al poder hegemónico. Y un atrevimiento conduce a otro.

### *El equilibrio del poder*

Parece haber ciertos patrones en lo que ocurre a medida que ambos contendientes por la sucesión hegemónica ganan en fuerza y asertividad. En cada caso, hasta ahora, un contendiente ha estado basado primordialmente en la tierra y el otro primordialmente en el mar (u hoy en el mar y en el aire). Y en los dos primeros ciclos hegemónicos el poder basado en la tierra procuró

obtener el dominio transformando la economía-mundo en un imperio-mundo. Napoleón procuró conquistar a toda Europa y Hitler trató de conquistar al mundo. En respuesta, la potencia con base en el mar procuró convertirse en un poder, no imperial, sino hegemónico.

Para lograrlo, los poderes con base en el mar construyeron grandes alianzas y, en primer lugar, una alianza con el que fuera hasta entonces el poder hegemónico: Inglaterra con las Provincias Unidas, Estados Unidos con Gran Bretaña. Por analogía, cabría esperar que la putativa estructura del noreste de Asia busque una alianza con Estados Unidos. En los dos casos previos el poder antes hegemónico se convirtió en el socio minoritario de la potencia marítima (o marítima/aérea) en ascenso.

Al principio el poder ascendente basado en el mar solía no tener un ejército terrestre significativo, que sólo habría de constituirse en una etapa posterior. La ausencia del ejército en esta fase temprana tenía una ventaja clara: ahorraba muchísimo dinero, dinero que se invertiría en la infraestructura económica del país, permitiéndole ganar la lucha crucial por ser el poder más competitivo en la esfera de la producción para el mercado mundial.

En los dos casos previos la ventaja productiva llevó a una ventaja comercial, que a su vez condujo a una ventaja financiera. El punto en el cual la potencia en ascenso contó con esas tres ventajas es el que corresponde al momento de la verdadera hegemonía. En este volumen se analiza esta secuencia para el caso holandés. También ocurrió, como se describe en relación con los holandeses, y como volvería a pasar con los británicos, que la decadencia repitió el mismo orden: el poder hegemónico en declinación perdió primero su ventaja productiva, luego su ventaja comercial, y protegió durante más tiempo su ventaja financiera.

El proceso de decadencia no resulta desastroso para la potencia hasta entonces hegemónica. Ésta sigue siendo, durante largo tiempo, el país más fuerte, con todo el prestigio que ha recaído sobre él como poder hegemónico. Continúa siendo, normalmente, un país sumamente rico, aunque sea relativamente menos rico que antes. Sigue habiendo muchos excedentes en su riqueza nacional, lo que permite que sus residentes tengan una existencia muy cómoda. La decadencia es, al principio, un proceso lento, y desde luego, hay un intento por negar su realidad ante los demás e incluso ante uno mismo. Pero eventualmente le llega el momento.

En este periodo de decadencia la potencia antes hegemónica no es débil. Muy por el contrario. Sigue siendo durante mucho tiempo el país más poderoso del mundo, política y militarmen-

te (pero ya no económicamente), aunque ya no es hegemónico. Es decir, comienza a beneficiarse cada vez menos de las ventajas «adicionales» de la hegemonía. Este periodo de declinación lenta pero constante puede considerarse un periodo de desintegración lenta pero constante del orden mundial, el orden previo.

Durante el periodo del «equilibrio de poder» la potencia hegemónica en decadencia comenzó a invertir significativamente en las actividades económicas del poder en ascenso al cual se estaba aliando como socio minoritario. Así logró conservar por cierto tiempo su fortaleza en la esfera financiera, y encontrar una salida fructífera para su excedente de capital.

El desorden del sistema-mundo tendía a crecer. El poder antes hegemónico se mostraba incapaz de garantizar el orden. Ambos rivales por la corona de la hegemonía mostraban más y más vigor en sus intentos por asegurarse la primacía adquiriendo alianzas geopolíticas apropiadas y tratando de sentar las bases para nuevos productos de importancia con los cuales pudiesen crear sectores de producción poderosamente monopolizados. El «equilibrio de poder» comenzó a parecerles inaceptable a los dos rivales. En ese momento el orden se desintegró definitivamente.

### *La «guerra de los Treinta Años»*

Llegamos finalmente al momento de desorden total, el momento de la «guerra mundial» o, como prefiero concebirlo, el de una «guerra de Treinta Años». La guerra originaria de los Treinta Años se libró desde 1618 hasta 1648, y tras ella surgieron, hegemónicas, las Provincias Unidas. La segunda fueron las guerras revolucionarias/napoleónicas de 1792-1815, de las cuales surgió, hegemónico, el Reino Unido. Y la tercera fue el periodo 1914-1945, del cual surgió, hegemónico, Estados Unidos.

En las tres «guerras de los Treinta Años» hubo un patrón relativamente común. Cada una de ellas involucró luchas a largo plazo de la mayor parte de las áreas relativamente bien desarrolladas de la economía-mundo de su época, y cada una de ellas resultó enormemente destructiva para la infraestructura física y la población del área. Sin embargo, estas «guerras mundiales» no eran continuas sino que se libraban, por decirlo así, intermitentemente.

Cada una de las «guerras de los Treinta Años» fue ideológicamente ambigua. Los holandeses se aliaron con las potencias católicas. Gran Bretaña se alió con las potencias más autocráticas de Europa. Estados Unidos se alió con la Unión Soviética. Durante

cada una de las «guerras de los Treinta Años» el énfasis no se hacía en la pureza ideológica sino en la derrota del otro contendiente. En cada uno de los casos la potencia que habría de llegar a ser hegemónica desarrolló un fuerte ejército terrestre en el curso de la guerra mundial, y al final el ejército terrestre del rival ganador se había convertido en un elemento significativo de su victoria militar. Asimismo, en cada uno de los casos el contendiente anterior quedó derrotado por completo y perdió su vigor (por un tiempo, al menos), tanto militar como económicamente, y, desde luego, políticamente también.

Por último, en cada uno de los casos el triunfador hegemónico se libró en gran medida de toda destrucción física durante la guerra. La combinación de librarse de la destrucción y del desarrollo de la infraestructura económica durante el periodo de la guerra implicaron que, al final de la guerra mundial, la potencia hegemónica tuviese una ventaja económica inmensa sobre todas las demás grandes potencias. Podía producir los artículos más rentables de la época de manera más eficiente que todos los demás; y eso no sólo lo hacían los productores de zonas periféricas sino también los de otras zonas centrales previas o futuras.

### *Hegemonía verdadera*

El final de la guerra mundial marcó el comienzo de la verdadera hegemonía, última etapa del ciclo, o primera. El mundo, cansado de la guerra, cansado de la destrucción del orden, cansado de la incertidumbre política, recibía con beneplácito —o parecía hacerlo— el «liderazgo» de la nueva potencia hegemónica. Ésta ofrecía una visión del mundo. Los holandeses ofrecieron tolerancia religiosa (*cuius regio, eius religio*), respecto a la soberanía nacional (Westfalia) y *mare liberum*. Los británicos ofrecieron la visión del estado liberal de Europa basado en un orden parlamentario constitucional, la incorporación política de las «clases peligrosas», el patrón oro y el fin de la esclavitud. Estados Unidos ofreció elecciones multipartidistas, derechos humanos, descolonización (moderada) y el libre movimiento del capital.

Estas visiones eran ideología, no necesariamente práctica. Como dijo en 1663 acerca de la edición holandesa Sir George Downing, «Es *mare liberum* en los mares británicos, pero *mare clausum* en la costa de África y las Indias orientales».[1] (Allí era donde

[1] Citado en Pieter Geyl, *The Netherlands in the Seventeenth Century*, vol. 2, *1648-1715*, Londres, Ernest Benn, p. 85.

tenían ventaja los holandeses.) Las potencias hegemónicas nunca habían permitido que la ideología interfiriese con sus intereses. No obstante, esas visiones fueron la base sobre la cual la potencia en cuestión aseguraba la legitimidad de su posición hegemónica, y sin duda esta visión desempeñó un importante papel en su capacidad de mantener el orden mundial.

En el periodo de verdadera hegemonía era esencial que la potencia hegemónica construyese tanto un «enemigo» de su visión del mundo como una red de alianzas. No era tanto que las alianzas se creasen a fin de combatir al enemigo como que el enemigo se construía para poder controlar a los aliados. La potencia hegemónica procuraba cerciorarse de que los aliados subyugasen sus intereses económicos inmediatos a los de ella misma, creando así esas ventajas «adicionales» que son el propósito y el incentivo de la hegemonía.

Los holandeses forjaron una alianza protestante con Inglaterra en contra de los franceses. Los británicos, en el periodo posterior a 1815, celebraron la Entente Cordiale con Francia contra el trío autoritario de Rusia, Austria y Prusia. Y Estados Unidos creó la OTAN (y el Tratado de Defensa Mutua Estados Unidos-Japón) contra la Unión Soviética y el bloque comunista. En todos esos casos los aliados se vieron económicamente obstaculizados por la alianza, por lo menos hasta el periodo de decadencia del poder hegemónico (y en cierta medida incluso durante el mismo).

El liderazgo que ofrecía la potencia hegemónica no era sólo político-económico sino también cultural, y no sólo en las artes sino, cosa más importante, en las estructuras del saber. Eso ocurrió con los holandeses, que durante largo tiempo proporcionaron el espacio en el que podían congregarse los intelectuales cuando se veían obligados a exiliarse de sus propios países. La forma en que los británicos y después los estadunidenses forjaron determinada versión de las estructuras del conocimiento es algo a lo cual se dedica mucho espacio en el volumen 4. Este control de la esfera cultural, junto con el control de la esfera financiera, es el último reducto de la ventaja económica. Pero también pasa con el curso del tiempo.

La hegemonía es un mecanismo crítico para el funcionamiento del sistema-mundo moderno. Los ciclos de hegemonía son hitos cruciales de los ritmos cíclicos de la economía-mundo capitalista. En cierto sentido, fue el ascenso y la decadencia de las potencias hegemónicas lo que impidió la transformación de la economía-mundo en un imperio-mundo, algo que había ocurrido con regularidad antes de la creación del moderno sistema-mundo. El mecanismo de la hegemonía permitió que el moderno sistema-

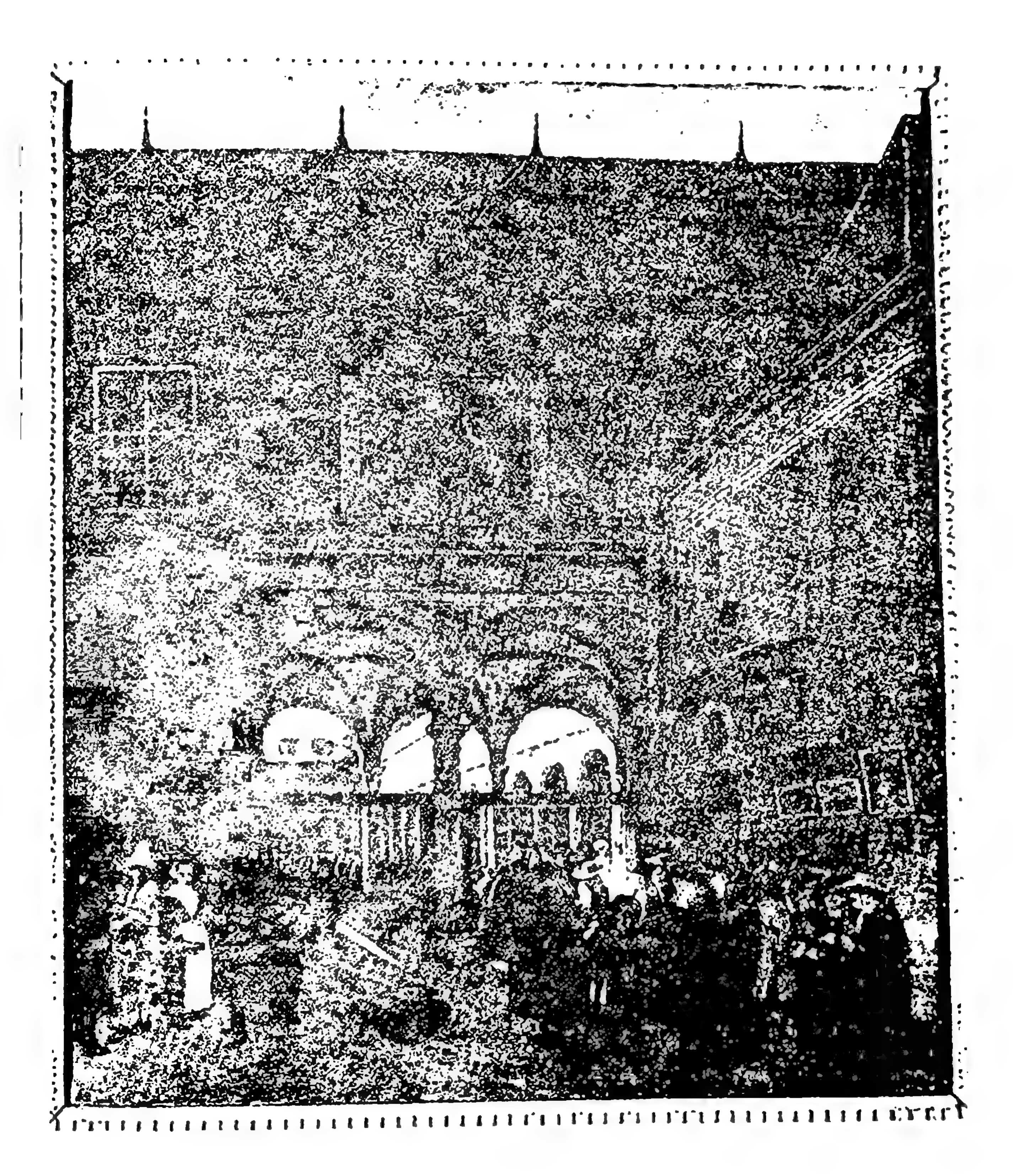
mundo llegase a ser la primera economía-mundo de la historia de la humanidad que sobreviviese, floreciese y se expandiese para abarcar todo el planeta. Sin él, el capitalismo como sistema histórico no hubiese podido sobrevivir y transformar el mundo.

BIBLIOTECA CS

# AGRADECIMIENTOS

Las siguientes personas leyeron uno o más capítulos del manuscrito, beneficiándome de sus comentarios y/o objeciones detallados: Perry Anderson, Sven-Erik Aström, Nicole Bousquet, Stuart Bruchey, Aldo de Maddalena, Emiliano Fernández de Pinedo, Andre Gunder Frank, Walter Goldfrank, Terence K. Hopkins, Hermann Kellenbenz, E. H. Kossmann, Witold Kula (y colaboradores), Hans Medick, Birgitta Odén y C. H. Wilson. Les doy las gracias a todos ellos.

En otros lugares han aparecido versiones anteriores de los siguientes capítulos: la introducción y el capítulo 1, en francés, en *Annales E. S. C.* (1979); el capítulo 2 en Maurice Aymard, comp., *Capitalisme hollandais et capitalisme mondial* (1980), y parte del capítulo 4 en *Caribbean yearbook of international relations* (1978).



«La antigua Bolsa de Amsterdam», de Adiaensz Job Berckheyde, artista de Haarlem. Esta escena fue descrita del siguiente modo por Charles Louis Pollnitz en 1747: «Fui a ver la plaza donde se reúnen los comerciantes para tratar de sus asuntos desde el mediodía hasta la una y media. Esta plaza, que es más larga que ancha, está rodeada de una amplia galería abierta sustentada por columnas de piedra, que sirve de refugio en caso de lluvia. Este lugar es llamado la Bolsa, y en él se puede ver a comerciantes de todas las naciones, cuya diversidad de ropas y lenguas no es menos grata que la belleza del lugar. Sobre todo, nada es tan interesante como observar la prisa de los llamados corredores, que son los hombres empleados por los grandes comerciantes para negociar las letras de cambio o llevar sus otros asuntos, y verles correr de un lado a otro por toda la plaza; cualquiera pensaría que están locos.»

## INTRODUCCION: ¿HUBO UNA CRISIS EN EL SIGLO XVII?

La obra de los historiadores que han estudiado las tendencias de los precios europeos entre las dos guerras mundiales [1], junto con la teoría de los ciclos económicos seculares (tendencias ascendentes y descendentes que duran 250 años, aproximadamente) con sus dos fases (A y B) elaborada por François Simiand [2], nos han legado unas ideas generales acerca de la historia europea a principios de la Edad Moderna que todavía parecen ampliamente aceptadas: hubo una expansión en el siglo XVI (fase A) y una depresión, una contracción o una «crisis» en el siglo XVII (fase B). Las fechas que delimitan estas fases, la naturaleza de los cambios que se produjeron (aun si limitamos el análisis a las cuestiones económicas), las variaciones regionales y, sobre todo, las consecuencias y las causas de los flujos son temas muy debatidos, pero las ideas generales siguen en pie.

En 1953, Roland Mousnier escribió un voluminoso tomo sobre estos dos siglos (que ha conocido desde entonces cuatro ediciones revisadas); la parte que trata del siglo XVII, definido como el período incluido entre 1598 y 1715, se iniciaba con un tono dramático:

> El siglo XVII es la época de una crisis que afecta al hombre en su totalidad, en todas sus actividades —económica, social, política, religiosa, científica, artística— y en todo su ser, en lo más profundo de sus fuerzas vitales, su sensibilidad y su voluntad. Se puede decir que la crisis es permanente, pero con violentos altibajos [3].

Un año después de que esto fuera escrito, E. J. Hobsbawm publicó un artículo en *Past and Present* que desencadenó un importante debate académico. La tesis era que «la economía europea atravesó una 'crisis general' durante el siglo XVII,

[1] Véase la bibliografía que acompaña al artículo de Braudel y Spooner (1967, pp. 605-15).
[2] Véase Simiand (1932b).
[3] Mousnier (1967, p. 161).

última fase de la transición general de la economía feudal a la economía capitalista»[4].

El mismo tema aparece en los importantes estudios sobre la economía europea de Wilhelm Abel y B. H. Slicher van Bath. Para Abel, «la tendencia dominante del movimiento de los precios en Europa, durante la segunda mitad del siglo XVII y la primera del XVIII, fue descendente»[5]. Es cierto que Slicher van Bath duda en usar la palabra «crisis», asegurando que el período comprendido entre 1650 y 1750 fue «realmente más una depresión insólitamente prolongada»[6]; pero esto no cambia mucho las cosas. En cualquier caso, no discrepa de Abel cuando éste afirma que el período supuso una «inversión de la tendencia secular»[7]. Podríamos ampliar la lista de estudiosos que coinciden si usáramos un lenguaje aún más cauto. Pierre Vilar habla del «retroceso *(recul)* relativo del siglo XVII»[8] y Pierre Chaunu define la diferencia entre los períodos A y B no como «crecimiento [frente a] decrecimiento *(décroissance)*», sino más bien como «crecimiento [frente a] menor crecimiento»[9]. René Baehrel es el más reacio a ver cualquier tipo de crisis, pero acepta el concepto para el período muy concreto comprendido entre 1690 y 1730[10]. Los términos se hacen tan

[4] Hobsbawm (1965, p. 5).

[5] Abel (1973, p. 221). La primera edición alemana del libro de Abel apareció en 1935, y la segunda, revisada y aumentada, en 1966. Abel dice que «se ha conservado el esquema general», pero que «las depresiones de los siglos XIV-XV y XVI-XVII son interpretadas como períodos de aminoración, que han sido subdivididos todo lo posible» (1973, p. 6). Probablemente, Abel cree que hubo una mejoría entre las dos depresiones.

[6] Slicher van Bath (1963a, p. 206). Dos estudios más recientes (Cipolla, 1974, p. 12, y Davis, 1973b, p. 108) son igualmente reacios a emplear la palabra *crisis*, aunque, como añade Cipolla, «en el fondo de toda simplificación hay siempre algo de verdad».

[7] Esta expresión aparece en el título de la segunda parte, cap. V (Abel, 1973, p. 206). Pierre Chaunu usa una frase similar, «la inversión de la tendencia principal de los precios y actividades» en el título de un artículo sobre el siglo XVII (1962b).

[8] Vilar (1974, p. 46), quien fecha el inicio del período entre 1598 y 1630 y el fin, entre 1680 y 1725.

[9] Chaunu (1962b, p. 224). Esto se asemeja a la descripción que hace Simiand de la fase B: «No lo contrario de lo que sucedió en la fase A, sino [...] un incremento atenuado o una estabilización, y no ya una continuación del alza» (1932b, p. 649).

[10] Baehrel (1961, p. 29), quien, como Chaunu, señala que la fase B no es necesariamente una fase de decadencia, sino que puede ser simplemente una fase de tasa de crecimiento menor (1961, p. 51). Otros autores están de acuerdo en que este período es especialmente difícil. Le Roy Ladurie habla específicamente de «las dos o tres últimas décadas del siglo [XVII]» (1973, p. 431). Jacquart lo sitúa entre 1680 y 1710 (1978a, página 385). Morineau, sin embargo, descubre «un número bastante grande

vagos y el tiempo tan corto que podemos preguntarnos qué es lo que queda al final. Ivo Schöffer comienza su artículo sobre este período con un tono de duda:

A veces parece como si el siglo XVII, encajonado entre los siglos XVI y XVIII, no tuviera rasgos propios. Con el Renacimiento y la Reforma por un lado y la Ilustración y la Revolución por otro, no nos quedan, para el siglo que hay entremedias, sino términos vagos como «transición» y «cambio» [11].

Tal vez esto sólo sea debido a que, como sostenía Jean Meuvret en 1944, «tenemos mucha menos información» sobre el período comprendido entre los dos momentos de claro aumento de los precios [12]. ¿Nos negaremos entonces a clasificar este período y lo dejaremos escabullirse en la complejidad de unos datos confusos y a veces engañosos? ¿O diremos con Schöffer: «Tal vez sea tradicionalismo, en contra de nuestro saber y entender, pero no tenemos más remedio que reservar al siglo XVII un lugar propio. Nuestra imaginación lo necesita» [13]?

Podríamos dejar tal decisión al azar de la moda literaria de no ser por las importantes cuestiones teóricas que se ocultan tras el lío de la nomenclatura. En primer lugar, se plantea la cuestión de si existieron en realidad cosas tales como las «tendencias seculares» de la economía [14], y, en caso afirmativo,

de signos que son positivos [*de bon allant*]» entre 1660 y 1700 (1978f, página 523).

[11] Schöffer (1966, p. 82). Los términos vagos siempre se pueden rechazar como florituras del historiador. «El hecho de que casi todos los períodos históricos hayan sido definidos, en una u otra ocasión, como 'un momento de transición' es un comentario expresivo sobre el apego del historiador al cambio» (Supple, 1959, p. 135).

[12] Meuvret (1944, p. 110). Véase la queja similar con que se inicia el libro de Murdo MacLeod sobre la América Central española: «El siglo XVII fue descrito hace algún tiempo como 'el siglo olvidado de Latinoamérica'» (1973 p. xi), referencia al artículo de Leslie Boyd Simpson titulado «Mexico's forgotten century» (1953). J. V. Polišenský, en la misma línea, observa que «los historiadores de las escuelas social, económica y marxista se han preocupado sobre todo por los siglos XVI y XVIII, 'más revolucionarios', y han arrojado poca luz sobre el XVII» (1971, p. 2). William Bouwsma llama al siglo XVII «en un sentido historiográfico [...] una zona fronteriza y subdesarrollada entre dos zonas superdesarrolladas» (1970, página 1).

[13] Schöffer (1966, p. 83).

[14] François Crouzet se refirió en 1971 a los «conceptos obsoletos como las fases A y B de Simiand» (1971, p. 147). Un ataque similar, esta vez desde la izquierda, fue realizado por Gilles Postel-Vinay: «Las fases A y B [...] han resultado ser una forma segura de ignorar los problemas reales planteados por el análisis de la renta de la tierra» (1974, p. 78).

cómo se relacionan con la política y la cultura. Y si existen las tendencias seculares, ¿refleja entonces cada sucesiva pareja de fases (desde la Edad Media hasta nuestros días) un tipo diferente de economía, como afirma Gaston Imbert [15]? ¿O forman todas ellas parte de un largo período de «consumo agrícola indirecto» que se extiende desde el año 1150 hasta 1850 aproximadamente, como dice Slicher van Bath [16]? ¿O, por el contrario, hay una ruptura crucial en la mitad del período? Y si hay una ruptura crucial, nos enfrentamos a otra cuestión adicional: ¿cuándo se produce?

A propósito de esta última cuestión existen varias posturas. Una es que la fisura fundamental, la ruptura más significativa, se produce con la revolución industrial a finales del siglo XVIII. Según Carlo Cipolla, tanto este «acontecimiento» como la revolución agrícola del octavo milenio a. C. representan «profundas brechas en la continuidad del proceso histórico» [17]. D. C. Coleman hace la misma puntualización de otra forma cuando dice que en el desarrollo económico de Europa entre 1500 y 1750 hay más continuidad que cambio: «Cuando se abre paso la luz, la tecnología de 1500-1750 resulta ser, en general, más estática que móvil» [18]. Del mismo modo, toda una escuela de pensamiento marxista llega a la misma conclusión por lo que respecta a la cronología de cualquier ruptura, insistiendo, como lo hace Balibar, en que el período comprendido entre 1500 y 1750 es el período de la «transición al capitalismo» y que a partir de 1750 comienza el período del capitalismo propiamente dicho [19]. En la misma línea que Balibar se sitúa la distinción

[15] G. Imbert, en su libro sobre las ondas largas (1959), distingue cuatro tendencias seculares, correspondiente cada una de ellas a una forma de economía:

1250: economía medieval
1507/1510: economía mercantilista
1733/1743: economía capitalista
1896: economía planificada.

[16] Slicher van Bath (1963a, tercera parte).

[17] Cipolla (1964, p. 31).

[18] Coleman (1959, p. 506). Este artículo es una reseña del tercer volumen de la *History of technology*, que Coleman ofrece como prueba de su tesis. Véase también Le Roy Ladurie (1977), quien habla de la «historia inmóvil» entre 1300-1320 y 1720-1730.

[19] Muchos marxistas adoptan esta periodización. Pero Etienne Balibar hace conscientemente una distinción teórica entre un «período de transición» y un período en el que prevalece o es «dominante» un modo de producción (1968, pp. 217-226).

En *Labour Monthly* se publicó en 1940-1941 un debate entre marxistas en el que se analizó con claridad este problema de periodización. El debate giró en torno a uno de los primeros escritos de Christopher Hill

de G. N. Clark entre el «capitalismo temprano» de finales de la Edad Media y el «capitalismo plenamente desarrollado» del siglo XIX, estando los límites de la primera etapa claramente

sobre la revolución inglesa. Peter Field critica la idea de Hill de que la Inglaterra anterior a 1640 era «todavía esencialmente feudal». Para Field, Marx había dicho muy claramente que la Inglaterra del siglo XVII era «decididamente burguesa, es decir capitalista», y «Marx tiene razón: la sociedad del siglo XVI es una sociedad burguesa». De hecho, la reina Isabel «fue el más destacado capitalista de la sociedad capitalista burguesa [...] comparable a Leopoldo de Bélgica» (Field, 1940a, p. 558). Douglas Garman replica que Field «confunde el huevo con la gallina» y que si se hubiera producido ya la revolución burguesa antes de 1640, «lo único que se puede preguntar es: ¿cuándo?» (Garman, 1940, p. 652). Field responde que Garman «olvida que concepción y nacimiento no son la misma cosa» y que «empezando por la guerra de las Rosas —el suicidio masivo de los feudalistas que la burguesía utilizó para implantar firmemente sus raíces— [y] siguiendo con las revueltas campesinas, la confiscación de las tierras de la Iglesia, el Peregrinaje de Gracia y el alzamiento de la nobleza del norte, nació la sociedad burguesa» (Field, 1940b, pp. 654-55).

A continuación, Dona Torr sale en defensa de Hill con una teorización muy explícita de las etapas. El error de Field, dice, es suponer que la sociedad pasa directamente del feudalismo al capitalismo, «ignorando las etapas intermedias de la pequeña producción de mercancías, esencial para el desarrollo capitalista». Torr afirma que la «forma final de la sociedad capitalista» no se dio hasta la revolución industrial, 400 años después del «hundimiento» de la economía señorial inglesa en el siglo XIV (Torr, 1941, p. 90).

Maurice Dobb, que escribe en el mismo número de la revista que Dona Torr, adopta una postura intermedia. Por una parte, no está de acuerdo con Torr en fechar el capitalismo a partir de la revolución industrial. Si se hace así, «¿cómo es posible considerar la lucha del siglo XVII como una revolución democrática burguesa, cuando sucedió un siglo y medio antes del desarrollo de la producción capitalista?». Además, dice, afirmar que «la Inglaterra de los Tudor y los Estuardo fue una época de 'capitalismo mercantilista' en contraste con el posterior 'capitalismo industrial' es eludir el problema». La solución de Dobb consiste en afirmar que en esa época «las *relaciones* de producción [se podría decir que habían cambiado] aun cuando las *fuerzas productivas* conservaran su configuración medieval». Por tanto sería correcto decir que en la Inglaterra del siglo XVI el «modo de producción estaba *ya en vías de transformación* en un modo de producción capitalista» (Dobb, 1941, p. 92). Aunque la formulación de Dobb evita la burda trampa en la que cae la de Dona Torr, en última instancia no es realmente diferente de la tesis de ésta, como revela el posterior trabajo de Dobb.

Hill publicó varios años después un artículo sobre las ideas de Marx y Engels acerca de la revolución inglesa. En él mantiene que el «concepto marxista de revolución burguesa» implica que «el Estado feudal es derrocado por una clase media crecida dentro de él, creándose un nuevo Estado como instrumento del dominio burgués». Hill cita como ejemplos afortunados o desafortunados la Reforma alemana («primer ataque del espíritu burgués al antiguo orden»), la revuelta de los Países Bajos («primera revolución burguesa coronada por el éxito a escala nacional»), la revolución inglesa de 1640, la revolución francesa de 1789, la abortada

dibujados «de Maquiavelo a Burke, de Colón a Warren Hastings, de los Fúcar a la decadencia de Amsterdam, de Giotto a Tiépolo. Se detiene poco antes de llegar a Adam Smith, James Watt, los Rothschild, Napoleón, Robert Owen» [20].

Para otra escuela de historiadores, la ruptura no implica la revolución industrial, sino la expansión de Europa, la creación de un mercado mundial y la aparición del capitalismo, que tienen lugar más o menos en el largo siglo XVI. Simiand, por ejemplo, califica al siglo XVI como el comienzo del período de ondas largas [21]. Paul Sweezy ataca a la tradición marxista representada por Balibar y afirma que para Marx «el período de la manufactura propiamente dicha» (desde 1500 hasta 1750 aproximadamente) y «el período de la industria moderna» no fueron «dos sistemas sociales diferentes sino más bien dos fases del capitalismo» [22]. La ruptura se produce, pues, en el siglo XVI. Fernand Braudel afirma exactamente lo mismo, aunque amplía el período:

> Es evidente, de hecho, que desde un punto de vista económico los siglos XIII al XVII constituyen más o menos un período de la historia europea y mundial que efectivamente pone en entredicho [*met en cause*] una especie de *Ancien Régime* económico [23].

Un tercer grupo sitúa el punto de ruptura entre el período caracterizado por la revolución industrial y la revolución francesa, por una parte, y el caracterizado por el largo siglo XVI, por otra. Para este grupo, el viraje hacia la modernidad se inició a mediados del siglo XVII. Hobsbawm parece estar en este campo, y Pierre Chaunu hace de esta postura prácticamente el tema de su síntesis sobre la «Europa clásica». En la introducción a su libro, rechaza expresamente los puntos de vista de los estudiosos que no ven que los «orígenes intelectuales de la revolución francesa» han de buscarse en Spinoza y olvidan que la «expansión cuantitativa y espacial» del siglo XVI no fue un cambio realmente profundo, sino simplemente el «fin de una revolución iniciada en el siglo XII». Para Chaunu, «los cambios cualitativos más importantes se produjeron

revolución alemana de 1848 y las revoluciones rusas de 1905 y febrero de 1917 (1948, p. 135). Este artículo se centra en las manifestaciones políticas, soslayando toda descripción directa de la economía. Por eso no se enfrenta con la postura defendida por Field.

[20] G. N. Clark (1960, pp. 10-11).

[21] Simiand (1923a, p. 3).

[22] Sweezy (1972a, p. 129).

[23] Braudel (1974, p. 6).

en el siglo XVII», siendo el primero de ellos la «matematización del mundo»[24]. Como prueba de que pueden encontrarse marxistas en todas las posturas frente a todas las cuestiones, uno de los defensores de este tercer punto de ruptura posible es el académico soviético E. M. Zhukov, quien afirmaba ante los especialistas en historia mundial reunidos en Estocolmo en 1960:

La frontera convencional y terminal de la época medieval, en opinión de la ciencia histórica soviética, se sitúa a mediados del siglo XVII. Esto es debido a que el feudalismo comenzó a sobrevivirse a sí mismo económicamente hacia esta época y era ya un obstáculo para el desarrollo de las fuerzas productivas[25].

Tres fechas, pues, para una ruptura: hacia 1500, 1650 y 1800; tres (o más) teorías de la historia: 1800, haciendo hincapié en la industrialización como cambio crucial; 1650, haciendo hincapié en el momento en que aparecen los primeros Estados «capitalistas» (Gran Bretaña y los Países Bajos) o en la aparición de las ideas «modernas», supuestamente clave, de Descartes, Leibnitz, Spinoza, Newton y Locke; y 1500, haciendo hincapié en la creación de un sistema *mundial* capitalista distinto de otras formas de economía. De esto se desprende que la respuesta que se dé a la pregunta de si hubo una «crisis del siglo XVII» estará en función de los propios supuestos acerca del mundo moderno. El término *crisis* no debería ser degradado hasta convertirlo en un mero sinónimo de *cambio cíclico*. Debería reservarse para aquellas épocas de tensión dramática que son algo más que una coyuntura y marcan un hito en las estructuras de *longue durée*.

Las crisis describirían, pues, esos raros momentos históricos en que los mecanismos de compensación habituales dentro de un sistema social resultan tan ineficaces desde el punto de vista de tantos y tan importantes actores sociales que empieza a producirse una importante reestructuración de la economía (y no una mera redistribución de las ventajas dentro del sistema), la cual es considerada retrospectivamente como inevitable. Por supuesto, una determinada crisis no es verdaderamente inevitable, pero la alternativa es un hundimiento del viejo sistema de tal envergadura que muchos (¿la mayoría?) de los actores sociales consideran que éste es más trau-

[24] Chaunu (1966a, pp. 20-21).

[25] Zhukov (1960, p. 85). Zhukov señala específicamente que algunos marxistas consideran la revolución francesa como el momento crucial y dice que los rusos no están de acuerdo con esto.

mático o desagradable que la revolución estructural que se produce entonces. Si esto es lo que entendemos por crisis, la «crisis del siglo XVII» se convierte en una significativa cuestión intelectual. Desde esta perspectiva significa realmente: ¿cuándo y cómo se produjo la «transición del feudalismo al capitalismo» en la historia mundial? La respuesta exige una definición del capitalismo como sistema social, como modo de producción y, por supuesto, también como civilización. Del mismo modo que escogemos nuestras fechas, escogemos también nuestra escala de similitudes y diferencias.

El argumento de esta obra es que el moderno sistema mundial tomó la forma de una economía-mundo capitalista, que tuvo su génesis en Europa en el largo siglo XVI e implicó la *transformación* de un modo de producción tributario o redistributivo específico, el de la Europa feudal (el «*Ancien Régime* económico» de Braudel), en un sistema social cualitativamente diferente. Desde entonces la economía-mundo capitalista: a) se ha extendido geográficamente hasta abarcar todo el globo; b) ha seguido un modelo cíclico de expansión y contracción (las fases A y B de Simiand) y una localización geográfica variable de los papeles económicos (el flujo y el reflujo de las hegemonías, los movimientos ascendentes y descendentes de los distintos centros, periferias y semiperiferias), y c) ha sufrido un proceso de transformación secular, incluyendo el avance tecnológico, la industrialización, la proletarización y el surgimiento de una resistencia política estructurada al propio sistema, transformación que está aún en marcha.

Desde tal perspectiva, el siglo XVII, entendido como el período que va desde 1600 a 1750, aproximadamente, es ante todo un ejemplo del modelo cíclico de expansión y contracción. En lo que respecta a la geografía general del sistema mundial, las fronteras creadas hacia 1500 no variaron de forma significativa hasta después de 1750. En cuanto a los procesos seculares de cambio, no se observa ningún salto cualitativo en el período 1600-1750. Mantenemos, pues, que hubo una *continuidad* esencial entre el largo siglo XVI y el XVII, con la única gran diferencia de una expansión (a) y una contracción (B), de un desarrollo y un menor desarrollo. ¿Qué pruebas aportaremos en favor de esta forma de resumir la realidad? A cierto nivel, la respuesta es muy sencilla. Trataremos de identificar las diferencias empíricas entre expansión y contracción, de indicar por qué se produce este modelo cíclico y de apuntar sus consecuencias para la formación de clases, las luchas políticas y la percepción cultural de los cambios de fortuna.

A partir de esta descripción empírica, trataremos de especificar más claramente la teoría de un desarrollo capitalista como parte de una teoría más amplia del cambio sociohistórico.

Mantenemos que si bien las fronteras de la economía-mundo permanecieron en buena medida invariables en el período comprendido entre 1500 y 1750, hubo una diferencia entre el período que va de 1450 (ó 1500) a 1650 y el que va de 1600 a 1750 (la superposición de las fechas es deliberada) por lo que respecta a la asignación de los recursos, los papeles económicos y la riqueza y la pobreza, y a la localización del trabajo asalariado y la empresa industrial. Demostrar esta afirmación no es fácil; una prueba convincente exige la construcción de varias series de indicadores económicos totalmente nuevas, que sería intrínsecamente difícil y tal vez extrínsecamente imposible. Podríamos necesitar una serie de mapas sincrónicos sucesivos a intervalos de veinticinco años que mostraran el volumen, el valor y la dirección del comercio de artículos, tanto de lujo como de primera necesidad y mapas «acumulativos» para 1500-1650 y 1600-1750. Probablemente, si nuestras suposiciones son correctas, tales mapas mostrarían que el comercio europeo, de artículos de primera necesidad más que de lujo, se desarrolló dentro de unos límites comprendidos entre Europa oriental, por una parte, y Rusia y los Balcanes turcos, por otra, y entre los Mediterráneos cristiano y musulmán; y estos límites incluirían a ambas Américas, pero excluirían a Africa y Asia.

Sobre todo, los mapas no mostrarían diferencias significativas de modelo entre el período 1500-1650 y el período 1600-1750 con respecto a los límites externos, salvo la inclusión del Caribe, como veremos. Por el contrario, encontraríamos ciertos cambios significativos con respecto a los modelos económicos, políticos y culturales *dentro* de los límites de la economía-mundo europea entre ambos períodos. La localización y concentración de las industrias sería diferente (o al menos estaría en vías de cambio), al igual que los términos de intercambio entre la industria y la agricultura, los porcentajes de trabajo asalariado en las diversas zonas y los salarios reales. Los diferentes aparatos de Estado se estarían haciendo más fuertes o más débiles y las tasas de crecimiento en la producción agrícola, industrial y demográfica variarían. Las zonas que fueran el centro, la semiperiferia y la periferia variarían ligeramente y, lo que es más importante, también variaría el grado relativo de excedente mundial acaparado por cada una de las regiones.

Aun antes de especificar las direcciones del cambio ya anticipadas, dada nuestra teoría del desarrollo capitalista, debería estar claro para el lector que los datos cuantitativos del tipo preciso son escasos o, todo lo más, parciales y esporádicos. Es especialmente notable la falta de datos *globales* sobre la economía-mundo que permitan verificar las afirmaciones *relacionales*. Si se aspira a hacer afirmaciones tajantes acerca de las variables de la estructura social, la situación es aún peor. Deberíamos encontrar modelos de formación de clases y cambios en la definición de los límites étnicos y nacionales entre los períodos 1500-1650 y 1600-1750, especialmente dentro de la economía-mundo en su conjunto más que dentro de los límites de un Estado concreto, y a este respecto nuestros datos son aún más escasos. Llegados a este punto, todo lo que podemos hacer es analizar los datos dispersos, seleccionar los que parecen más o menos sólidos, revisar los modelos de explicación que encierran los datos, sugerir una hipótesis teórica y hacernos una idea de nuestras lagunas empíricas y nuestros enigmas teóricos. Este es el ánimo que nos mueve a contemplar lo que la bibliografía histórica ha designado con los términos de «crisis», «retroceso relativo» o «menor crecimiento» del siglo XVII.




# L'homme de Village

Tous les jours au milieu d'un champ.
Par la chaleur par la froidure.
L'on voit le pauvre paysan.
Travailler tant que l'année dure.
Pour amasser par son labeur.
Dequoy payer le collecteur.

Se Vend à paris chez N. Guerard Graveur rüe St. iacques à la Reyne du Clergé proche St. yues C. P. R.

«El aldeano», de Nicolas Guérard (1648-1719), impresor parisino de cierto prestigio, que muestra al aldeano «nacido para sufrir».

# 1. LA FASE B

Para Slicher van Bath, la característica fundamental que distingue a los períodos de expansión y contracción *agrícola* en Europa desde la época carolingia es la de las alzas y bajas de los precios de los cereales en comparación con otras mercancías y con los salarios. Es una cuestión de términos de intercambio favorables o desfavorables para los cereales. Según él, hubo una contracción —es decir, unos *términos de intercambio desfavorables*— para los cereales en el período comprendido entre 1600 (ó 1650) y 1750 [1]. Es importante subrayar esta definición de contracción, ya que la caída relativa del precio del trigo es, en opinión de Slicher van Bath, mucho más importante que su caída absoluta [2]. Al lado del cambio en los términos de intercambio (evitando por el momento toda alusión a una secuencia casual) encontramos lo que K. Glamann llama un hito, hacia 1650, en «el gran comercio de cereales entre el Este y el Oeste», que se produjo al parecer porque «la Europa meridional y occidental [parecía] ser más autosuficiente en materia de cereales» [3]. Esta autosuficiencia es atribuida a una «mayor producción de alimentos en Europa occidental durante

[1] Slicher van Bath (1965a, p. 38), quien en un escrito posterior añadió: «Esto no impide en modo alguno la prosperidad en otros sectores de la vida económica, como en las florecientes fábricas de cerveza, destilerías e industrias del tejido y del tabaco en este período» (1977, p. 53).

[2] «Lo más importante es el cambio en la relación entre el precio de los cereales y el de los productos derivados de la ganadería como la mantequilla, el queso y la lana durante un largo período. También es de gran significado la relación entre el precio de los cereales y el de los cultivos industriales como el cáñamo, la colza, el tabaco, etc., así como entre el trigo y el vino, entre el trigo y productos industriales como los tejidos o los ladrillos, por ejemplo, y finalmente entre los precios del trigo y las rentas» (Slicher van Bath, 1965b, p. 144). A este respecto, véase el rechazo por parte de Perry Anderson de la negativa de Duby a calificar la economía europea de finales de la Edad Media como una economía en crisis. Duby ve ciertos signos de continuidad del progreso económico en ciertas regiones, y Anderson comenta: «Esto es confundir el concepto de crisis con el de retroceso» (1974b, p. 197).

[3] Glamann (1974, p. 464).

la segunda mitad del siglo XVII, coincidiendo con un estancamiento general de la población»[4], que probablemente provocaría un exceso de oferta. Sin embargo, Glamann también señala que en esa misma época «Europa estaba harta de pimienta»[5].

Pero, ¿cómo se puede hablar de un exceso de oferta cuando el problema de la época era probablemente el de la escasez de alimentos? Schöffer habla de los «fenómenos estructurales permanentes, a veces latentes», que existieron en Europa «desde los desastres del siglo XIV hasta bien entrado el siglo XVIII», y en primer lugar «la continua tensión entre la producción y distribución de alimentos, por una parte, y la necesidad de alimentos de la población, por otra». El resultado fue «una situación en la que la desnutrición era endémica y el hambre a menudo epidémica»[6]. Para Domenico Sella, el bienestar de comienzos de la Edad Moderna dependía de que «el suministro de alimentos siguiera el mismo ritmo que la población»[7], si bien otros autores hablan de que la producción creció más deprisa que la población. Evidentemente, estamos ante una anomalía que sólo puede resolverse con una idea más clara de la sucesión de los hechos. Veamos qué otros hechos se produjeron.

En el siglo XVII se produjeron ciertos cambios agronómicos: por ejemplo, el proceso de roturación de tierras al menos se hizo más lento, probablemente se detuvo y posiblemente sufrió un retroceso. A diferencia de los siglos XVI y XVIII, «inventores de tierra» (según la feliz imagen de Chaunu), el siglo XVII, especialmente a partir de 1650, fue una época de

[4] *Ibid.*, p. 465. Véase también Slicher van Bath (1963a, p. 208). Sobre la subsiguiente decadencia global de la producción de cereales, véase Jacquart (1978a, pp. 352, 360). Jacquart señala (p. 378) que una decadencia global de la producción sólo puede ser debida a tres razones: cambios en el coste de la producción, cambios en el nivel de las cosechas y cambios en el valor del producto en el mercado. Rechaza la primera como poco probable en este período, lo que deja en pie las otras dos explicaciones. Jacquart piensa que la explicación esencial es la disminución del rendimiento. Véanse, sin embargo, los argumentos de Slicher van Bath en contra del clima como explicación válida de la caída del rendimiento. «Si todos los demás factores hubieran permanecido invariables, *ceteris paribus*, los precios del grano durante este período habrían mostrado una tendencia a aumentar. De hecho, en la mayoría de los países mostraron una tendencia a disminuir. De esto se deduce que debieron de tener lugar cambios que afectaron a la demanda» (1977, p. 63).

[5] Glamann (1974, p. 485).

[6] Schöffer (1966, p. 90).

[7] Sella (1974, p. 366).

«consolidación», pero consolidación «sin mérito»[8]. No sólo cesó la expansión de la tierra cultivada, sino que además el rendimiento medio de los cereales disminuyó en toda Europa durante el período comprendido entre 1600 y 1699, en mayor grado en el caso de la cebada y la avena que en el del trigo y el centeno, y mucho más acentuadamente en la Europa central, septentrional y oriental que en la occidental[9]. De Maddalena califica a esta disminución del rendimiento de «fenómeno notable»[10]. Otro importante cambio agronómico se produjo en la elección de las plantas cultivadas: en primer lugar, un cambio en el uso de la tierra destinada al cultivo de cereales, que pasó a ser destinada al pastoreo en las zonas más frías y a la viticultura en las más cálidas[11]; en segundo lugar, un cambio del cultivo de cereales por una mayor producción de plantas forrajeras, que requieren un trabajo intensivo, y por plantas destinadas al mercado (lino, cáñamo, lúpulo, colza, rubia y hierba pastel)[12], y, en tercer lugar, un cambio de los cereales de alto precio (centeno y trigo) por los de bajo precio (cebada, avena y alforfón)[13] y una reducción en la compra de

[8] Chaunu (1966a, p. 272). Véase también Slicher van Bath (1963b, p. 18). En el siglo XVII no sólo se podían encontrar aldeas desiertas en zonas devastadas por la guerra, como Bohemia, las Alemanias, Polonia y Borgoña, sino también en zonas situadas fuera del escenario de las luchas, como la Campania y Toscana en Italia y Salamanca en España. Véase Slicher van Bath (1977, p. 68).

[9] Véase Slicher van Bath (1963b, p. 17); véase también Jacquart (1978a, páginas 363-68).

[10] De Maddalena (1974a, p. 343). Slicher van Bath afirma que existe necesariamente un vínculo entre el rendimiento y el precio de los cereales. «Abonando más, lo que requería a menudo la compra de abono, se podía obtener rendimiento superior. Pero esto sólo se hacía cuando la producción de cereales era remuneradora (1965a, p. 32). Obviamente, no cree que lo fuera, ya que también afirma: «La reducción en la cantidad o la calidad del abono fue probablemente la responsable de la ligera caída del rendimiento de los cereales entre 1600 y 1750 en la mayor parte de los países de Europa sobre los que tenemos datos» (1977, p. 95).

[11] Véase Romano (1962, pp. 512-13). Véase también Slicher van Bath (1965a, pp. 33-34), quien ofrece esta lista de zonas que pasaron de la agricultura al pastoreo entre 1650 y 1750: Castilla, Schwerin, Vorarlberg, Allgau, Bregenzerwald, Pays d'Enhaut, Emmenthal, Saboya, Jura, Gruyères, Pays d'Hervé, Borgoña, Thiérarche, Pays d'Auge, Bessin, Cotentin, Middlands e Irlanda. Entre 1630 y 1771 se convirtieron en zonas de viñedos las Landas, Périgord, Sète, Montpellier, Alsacia, Cataluña, Vaud, Hallwil y el cantón de Zurich.

[12] Slicher van Bath (1955a, pp. 33, 39), que cita los cambios producidos en el Mosela, Harz, Erfurt y los Países Bajos.

[13] Slicher van Bath (1965a, p. 39).

fertilizantes (tanto mantillo como marga) para la producción de cereales[14].

Junto a los cambios puramente agronómicos, se produjo una serie de variaciones en la organización social de la producción agrícola. De Maddalena habla de una «degradación general de la clase campesina»[15] durante el siglo XVII, en la cual «los terratenientes, aduciendo una *'urgens et improvise necessitas'* procedieron a confiscar las tierras antes poseídas por los campesinos»[16]. Señala también la «expropiación —mejor sería llamarla usurpación— de un tercio de las propiedades comunales (de ahí el término *triage)*» que afectó a los campesinos al reducir la zona en la que tenían derecho a pastar y recoger leña[17]. Slicher van Bath está de acuerdo en que la población rural se resintió en mayor medida que la población urbana, pero establece una distinción entre los pequeños campesinos y colonos, por una parte, y los jornaleros y sirvientes domésticos, por otra, pasándolo «relativamente peor» la primera pareja que las dos categorías de asalariados[18]. Meuvret encuentra a esto una explicación muy obvia:

> Por cada agricultor-propietario *(laboureur)* que se queja de sus escasas ganancias a causa del precio del trigo, cuántos jornaleros *(manoeuvriers)* o artesanos se regocijan por el precio más bajo que tienen que pagar en las raras ocasiones en que deben comprarlo![19]

En general, Slicher van Bath mantiene que la situación financiera desfavorable de los propietarios y arrendatarios *(fermiers propriétaires)* fue acompañada de una reducción de los arriendos *(fermages)*, y especialmente del número de pequeños arrendatarios *(petits fermiers)*[20]. Las dos reducciones fueron paralelas al hecho de que en general el tamaño de la unidad agrícola *(exploitation agricole)* se hizo mayor[21]. Sin embargo, a pesar de las unidades mayores y del trabajo más costoso, hubo me-

[14] *Ibid.*, pp. 15, 39.

[15] De Maddalena (1974a, p. 288); cf. Jacquart (1978a, p. 346; 1978b, pp. 4[illegible]-28; 1978c, p. 462).

[16] De Maddalena (1974a, p. 292); cf. Jacquart (1978b, pp. 391-92).

[17] De Maddalena (1974a, p. 294).

[18] Slicher van Bath (1965b, p. 147). Los términos en alemán son *Kleinbauern*, *Kätner* y *Häusler* frente a *Knechte* y *Magde*. Jacquart hace igualmente hincapié en la relativa decadencia del «campesinado medio», que define como el compuesto por los que «poseen o explotan una pequeña unidad familiar» y que durante la crisis se «proletarizaron» (1978c p. 466).

[19] Meuvret (1944, p. 116).

[20] Slicher van Bath (1965a, p. 38).

[21] *Ibid.*, pp. 37-38.

nos mejoras en el equipamiento agrícola en el siglo XVII que en el XVI, aunque hubo más innovaciones en los aperos utilizados en la elaboración de productos lácteos, tales como el perfeccionamiento de la mantequera [22].

Se dice que la industria, como la agricultura, perdió su «fuerza de aceleración» en el siglo XVII, aunque un poco más tarde [23]. No está claro lo que esto significó para la producción total europea. Sella afirma que las fluctuaciones fueron relativamente pequeñas, ya que cuando la población aumentó en el siglo XVI, los salarios reales disminuyeron y, por consiguiente, las cosas siguieron «básicamente como estaban»; sin embargo, cuando se produjo un aumento de la renta per cápita a partir de 1650, la demanda individual incrementada «tal vez fuera contrarrestada en parte [a nivel global] por las cifras en descenso de la población» [24]. Hobsbawm señala claramente la imprecisión de este análisis: «¿Qué ocurrió con la producción? Simplemente, lo ignoramos» [25].

Lo que sí parece que sabemos es que hubo un cambio en el *emplazamiento* de la industria. Para Slicher van Bath, es «bien sabido que en períodos de contracción agrícola —finales de la Edad Media y siglo XVII— la industria rural, y especialmente la industria textil, irrumpe en escena» [26]. Esto se debió, según se afirma, a la baratura y el atractivo para la industria de una mano de obra rural subempleada. Dado que al menos hasta mediados del siglo XVIII esta industria se basó en un escaso porcentaje de capital fijo, Romano afirma que «en consecuencia, era sumamente fácil liquidar un negocio, recuperando el capital invertido» [27]; esto pudo suceder en la industria textil, pero el argumento es difícil de aplicar a las otras dos grandes industrias de la época (según la lista de Romano): la extracción de minerales y la construcción naval [28]. Este desplazamiento de la producción textil a las zonas rura-

[22] *Ibid.*, pp. 15, 34, 39.

[23] Romano (1962, p. 520). Recapitulando más tarde la esencia de este artículo, Romano decía: «El primer hundimiento de la agricultura, el más importante, el determinante, se produce a finales del siglo XVI; el hundimiento comercial e industrial llega más tarde: se fija en 1619-1622 en el sentido de que *después* de la breve crisis de estos años, la actividad comercial e 'industrial' entra en una crisis más larga» (1974, p. 196).

[24] Sella (1974, pp. 366-67).

[25] Hobsbawm (1965, p. 9).

[26] Slicher van Bath (1965a, p. 37), que enumera las siguientes zonas: Irlanda, Escocia, Maine (Francia), Flandes, Twente, Westfalia, los alrededores de Munster, Sajonia y Silesia.

[27] Romano (1962, p. 520).

[28] *Ibid.*, p. 500.

les fue acompañado de la instalación de las únicas nuevas industrias significativas: la fabricación de cerveza, la destilación y la fabricación de pastas alimenticias, que estaban todas ellas basadas en la transformación de cereales [29].

Al parecer, la contrapartida del descenso del precio de los cereales fue el aumento de los salarios reales. «En la segunda mitad del siglo XVII [...] a medida que los precios de los alimentos tendían a bajar [...] las tasas salariales se mantenían o no bajaban en la misma medida» [30]. Esto es, por supuesto, lo contrario de lo que sucedió en el largo siglo XVI [31]. Probablemente ello se debió en parte a la relativa «tenacidad» de los salarios, pero más aún a que «en toda Europa hubo una notable escasez de mano de obra de 1625 a 1750» [32]. Si esto es así, ¿cómo podemos conciliar este dato con el hecho de que el siglo XVII ha sido considerado como un período de desempleo o subempleo relativamente alto? Como señala Glamann:

> El jornalero asalariado tal vez disfrutara de un cierto aumento en el salario real. Esto presupone, sin embargo, que tenía trabajo, cosa que no se puede dar por descontada en una época como ésta, caracterizada por la perturbación de las condiciones económicas. Muchos de los economistas del siglo XVII, en cualquier caso, se basaron en el supuesto de que en sus comunidades reinaba el subempleo a gran escala [33].

Cualquier estudio de los precios (ya sea de los cereales o del trabajo asalariado) está especialmente dificultado en este período por la relación entre los precios nominales y los precios de los metales preciosos [34]. Como señala Mousnier, todo el mundo está de acuerdo en que «la baja es mayor de lo que parece en muchos países si en lugar de contemplar sólo los precios nominales expresados en moneda de cuenta, se calcula el precio en su correspondiente peso en metales preciosos» [35].

[29] Slicher van Bath (1965a, p. 39).
[30] Sella (1974, p. 366); véase también Vigo (1974, p. 390).
[31] Véase mi análisis en Wallerstein (1974, pp. 77-84).
[32] Abel (1973, p. 225).
[33] Glamann (1974, p. 431). Véase la observación similar de Léon: «En el siglo XVII, el aumento de los salarios reales fue contrarrestado por la crisis agrícola, que generó bruscas y violentas elevaciones en los precios de los cereales, un abrumador incremento del coste de la vida y también fuertes depresiones industriales, que implicaron un grave y prolongado desempleo. Así pues, fue una catástrofe para la mayor parte del mundo obrero» (1970e, p. 674).
[34] Véase mi breve análisis en Wallerstein (1974, p. 271, pp. 384-385).
[35] Mousnier (1967, p. 167). El argumento en favor del uso como medida de un metal precioso es persuasivamente esgrimido por Le Roy Ladurie

Por consiguiente, si contemplamos los precios de los metales preciosos, como dice Vilar, existe «una certeza: internacionalmente, los precios expresados en plata se hundieron hacia 1660, pasaron por un primer mínimo en el transcurso de la década de 1680 y sin duda por otro mínimo hacia 1720-1721»[36]. El descenso de los precios de los metales preciosos debe ser relacionado con el descenso de la cantidad de dichos metales en circulación.

Geoffrey Parker resume así la situación general:

En definitiva, no parece arriesgado suponer que las reservas netas europeas de metales preciosos aumentaron moderadamente entre 1500 y 1580, se incrementaron rápidamente entre 1580 y 1620, y *probablemente disminuyeron a partir de la década de 1620,* cuando la minería de la plata se hundió en Europa y las remesas de plata americana se redujeron bruscamente, hasta la llegada del oro del Brasil después de 1700.

No hay duda de que el aumento del volumen de moneda disponible en Europa fue muy importante. El comercio de Europa en 1700, evidentemente, no podría haberse llevado a cabo con los escasos recursos monetarios de 1500. Sin embargo, sigue en pie un problema fundamental: ¿fue esto suficiente? ¿Fue el incremento neto de las reservas monetarias en Europa, por sustancial que fuera, equiparable a la demanda en rápido aumento de medios de pago? Hay diversos indicios de que no lo fue, *sobre todo a partir de 1600*[37].

No sólo hubo escasez de reservas monetarias, sino que también hubo una correspondiente escasez de crédito, de forma que al menos durante el medio siglo transcurrido desde 1630 a 1680, como señala Spooner, la cantidad total de «plata, cobre, oro y crédito bastará apenas para asegurar una vida monetaria difícil y mediocre, a la vez signo y consecuencia de un retroceso general de la vida material en el mundo»[38]. Esto explica la avalancha de moneda falsificada, «plaga generalizada del

que cita la pregunta planteada por René Baehrel (1961): «No puede existir una sola medida correcta para valores. ¿Por qué habría de ser entonces el gramo de plata?» A lo que Le Roy Ladurie responde: «De acuerdo. Pero *a fortiori,* ¿por qué habría de ser la libra tornesa [*livre tournois*] que añade a la relatividad del metal la inestabilidad suplementaria de la moneda de cuenta? [...] Si critico el metro de platino e iridio en nombre de una cierta relatividad del universo, no puedo reemplazarlo por un metro de goma, igualmente relativo y además enojosamente elástico» (1964, p. 83).

[36] Vilar (1974, p. 246); pero Vilar añade: «Fuera de Francia, es difícil en cambio no tener en cuenta un período de aumento, entre los años 1683-1689 y 1701-1710.»

[37] Parker (1974a, pp. 529-30, el subrayado es mío).

[38] Spooner (1956, p. 8).

siglo XVII»[39]. ¿Qué significó esta variación de los precios para la *cantidad* global de comercio? Como en el caso de la producción industrial europea, prácticamente no hay datos globales disponibles.

En su análisis de lo que él denomina relaciones comerciales intercontinentales, Frédéric Mauro divide el mundo en cinco continentes: Europa, Africa, América templada, América tropical y Asia. En nuestra opinión, estas categorías geográficas no son del todo correctas, porque Africa y Asia son exteriores a la economía-mundo, mientras que las Américas son periféricas, y porque Mauro coloca en una misma categoría tanto el centro como zonas periféricas de Europa, con lo que pierde de vista datos cruciales[40]. Sin embargo, es conveniente examinar sus estimaciones en el cuadro 1; la disposición ha sido alterada por mí en aras de la claridad. Suponiendo que las comparaciones del cuadro sean correctas, observamos que el comercio hacia y desde Europa y el comercio mundial avanzaron en direcciones paralelas y que en el siglo XVII ambos reflejan un intervalo de estabilidad opuesto a los períodos de expansión anterior y posterior.

CUADRO 1. COMPARACIÓN DE LA EXTENSIÓN DEL COMERCIO INTERCONTINENTAL HACIA Y DESDE CINCO ZONAS Y EL COMERCIO MUNDIAL EN RELACIÓN CON EL SIGLO ANTERIOR

| *Zona* | *Siglo* | | |
|---|---|---|---|
| | XVI | XVII | XVIII |
| Europa ... ... ... ... | En aumento | Constante | En aumento |
| Africa ... ... ... ... ... | Constante | En aumento | En aumento |
| América templada... | (Cercano a cero) | En aumento | En aumento |
| América tropical ... | En aumento | Constante | Constante |
| Asia ... ... ... ... ... ... | En aumento | En descenso | En descenso |
| Mundial ... ... ... ... | En aumento | Constante | En aumento |

[a] Adaptado de Mauro, 1961a.

Volviendo a la única variable significativa restante, la población, nos encontramos con que las estimaciones de los de-

[39] *Ibid.*, pp. 35-36.
[40] Véase Mauro (1961a, especialmente pp. 16-17). Se puede encontrar una crítica a la tendencia de Mauro a considerar a Europa como una sola categoría en Mata y Valério (1978, especialmente pp. 118-20).

mógrafos tienden a variar dentro de unos límites reducidos. El siglo XVII es descrito por Reinhard y Armengaud como de «estancamiento, si no [...] ligero retroceso *(recul)*», pero *no* como una crisis «catastrófica del tipo de la que se produjo en el siglo XIV»[41], y Fr. Roger Mols dice que «a pesar de las terribles crisis que lo asolaron, el siglo XVII parece haber experimentado también un ligero aumento de población»[42]. Ligero retroceso, ligero aumento: en resumen, equilibrio.

Lo que se desprende de este panorama de los modelos económicos europeos de 1600 a 1750 (período B) en comparación con el período comprendido entre 1450 ó 1500 y 1650 (período A) y de hecho con el período posterior a 1750 es un cuadro de medianía económica, un tiempo de respiro, preocupación, reajuste, pero ¿hubo una «crisis» en el sentido en que hubo una «crisis del feudalismo» de 1300 a 1450[43]? Parece ser que no, pues aunque «sus principales síntomas fueron los mismos», la «depresión [de 1650-1750] fue mucho más moderada que la grave decadencia económica de finales de la Edad Media»[44]. Si esto es cierto, es precisamente lo que hay que explicar, y la explicación que ofrecemos es que la contracción de 1600-1750, a diferencia de la de 1300-1450, *no* fue una «crisis» porque ya se había coronado la cima, dado la vuelta a la esquina y resuelto en lo esencial la crisis del feudalismo. La contracción del siglo XVII se produjo *dentro* de una economía-mundo capitalista en marcha, en funcionamiento. Fue la primera de las múltiples contracciones o depresiones mundiales que este sistema experimentaría, pero el sistema estaba ya suficientemente anclado en los intereses de las capas políticamente dominantes en la economía-mundo, y las energías de estas capas no se concentraron *grosso modo* y colectivamente en arruinar el sistema, sino más bien en descubrir los medios para hacerlo funcionar en su provecho, incluso, o tal vez especialmente, en un período de contracción económica.

Las capas capitalistas eran en el siglo XVII una mezcla confusa: apenas eran aún una formación de clase coherente y ciertamente no constituían todavía una clase totalmente consciente y segura de su derecho a gobernar, a reinar y a ganar,

[41] Reinhard y Armengaud (1961 p. 114).

[42] Mols (1974, p. 39); J. de Vries calcula un índice de 106 en 1700, frente a uno de 100 en 1600 (y uno de 123 en 1750); pero no incluye en sus cálculos a la Europa oriental, lo que sin duda reduce aún más el índice (1976, p. 5, cuadro I).

[43] Véase mi análisis en Wallerstein (1974, cap. 1).

[44] Slicher van Bath (1963a, p. 206).

pero eran muy capaces de obtener ganancias en condiciones adversas. Como dice Jeannin hablando de los comerciantes de Danzig, después de explicar algunos de los complejísimos cálculos que tenían que hacer hacia 1600: su «modo de calcular muestra que los comerciantes comprendían el mecanismo de la ganancia. Comerciaban de tal forma que realmente se les puede atribuir una comprensión del concepto de 'términos de intercambio' en su sentido más concreto» [45]. Una consideración de las ganancias que podían derivarse de una variación de los términos de intercambio nos lleva a la explicación esencial del comportamiento económico de este período. Como indica Vilar, no es tanto en los altibajos de los precios en lo que deberíamos fijarnos como en la «disparidad en los movimientos» de los precios [46].

Estas disparidades se refieren tanto a las secuencias temporales como a los emplazamientos geográficos, y su significado no reside simplemente en las ganancias que podían hacerse, sino en su efecto sobre el sistema en general. Topolski dice que la contracción no fue una «crisis económica general en el sentido de un estancamiento, una pausa o una recesión provocados por un debilitamiento de la actividad económica», sino más bien un período caracterizado por un «creciente desequilibrio» [47] en el sistema en general. Un creciente desequilibrio no es algo que deba ser contrapuesto a una contracción; en un período de contracción, el desequilibrio es de hecho uno de los mecanismos clave del capitalismo, uno de los factores que permiten una mayor concentración y acumulación del capital. La explicación de Vilar es excelente: «En toda coyuntura general, los distintos países reaccionan de diversas maneras: de ahí las desigualdades de desarrollo que, finalmente, hacen la historia» [48].

[45] Jeannin (1974, p. 495).

[46] Vilar (1961, p. 114).

[47] Topolski (1974a, p. 140). Ralph Davis dice prácticamente lo mismo: «Mucho más sorprendente que la general decadencia económica fue la manera en que las líneas de desarrollo llegaron a divergcr» (1973b, p. 108). Compárese el rechazo por Topolski del término «estancamiento» con el de Ruggiero Romano: «¿Qué es el siglo XVII? [...] Aunque abundan las definiciones, podemos reducirlas fácilmente a una sola: es el siglo del 'estancamiento económico'. Es sólo una impresión, pero estoy firmemente convencido de que tras esta argumentación simplista se oculta únicamente un elemento: la historia de los precios [...] Pero ¿es éste un buen criterio? No lo creo» (1962, pp. 481-82).

[48] Vilar (1974, p. 52). Por eso no puedo aceptar el intento de Morineau de rechazar todo el concepto de fase B en el siglo XVII. Morineau afirma: «¿Oscilaciones en el crecimiento? Este es el título escogido para este

Volvamos a lo que Sella llama los «cambios espectaculares en la distribución geográfica de la actividad económica»[49], pero no en el modo convencional de desesperación académica por la que debemos «evitar las generalizaciones»[50]. Tengamos presente la exhortación a la precisión que nos hace Fernand Braudel: «Pues no hay una sola coyuntura: debemos imaginar una serie de historias superpuestas, que se desarrollan simultáneamente»[51]. Las principales distinciones geográficas son generalmente aceptadas, aunque hay muchas controversias entre los estudiosos acerca de los detalles. En su análisis de la «crisis general», Hobsbawm señala «la relativa inmunidad de los Estados que habían sufrido una 'revolución burguesa'»[52], refiriéndose a las Provincias Unidas e Inglaterra. En otro análisis, sin embargo, divide la «economía europea» en cuatro zonas, de tres de las cuales dice que habían sufrido una cierta decadencia económica (no hace ningún intento de compararlas entre sí). Las zonas son «las antiguas economías 'desarrolladas' de la Edad Media —el Mediterráneo y la Alemania sudoccidental», las «colonias ultramarinas», el «*hinterland* del Báltico» y las «nuevas zonas 'desarrolladas'». En esta cuarta zona, que tiene una situación económica «más compleja» encontramos no sólo a Holanda e Inglaterra, sino también a Francia[53].

La geografía de Romano está más estratificada:

> En Inglaterra y los Países Bajos, la crisis tuvo efectos esencialmente liberadores; en Francia no liberó energías, pero ciertamente sembró las semillas que más tarde darían fruto; en el resto de

volumen [colectivo]. Está cargado de postulados y de vagas nociones. Supone una adhesión a un crecimiento de tipo rostowiano, a una visión optimista del siglo XVI, a una visión uniformemente pesimista del XVII [...] Si uno es holandés o inglés, y no español o portugués, el auge geográfico de Europa a partir de 1598 parece muy claro. Es una cuestión de reparto de las cartas» (1978g, p. 575). Sin embargo, si no se tiene una visión uniformemente pesimista, si *se supone* que una fase B implica *precisamente* un reparto de las cartas, y si se defiende lo opuesto a una teoría del crecimiento de tipo rostowiano, entonces no se ve uno tan afectado por la fuerza de la objeción.

[49] Sella (1974, p. 390).

[50] De Maddalena (1974a, p. 274).

[51] Braudel (1973, II, p. 892). Esta superposición de procesos explica, en mi opinión, la certidumbre de Pierre Chaunu: «El retroceso no se produce por lo normal en un solo movimiento, sino en dos, tres o cuatro tiempos, que son los de las crisis cíclicas [...] La cronología de estas crisis es más o menos la misma en todas partes de Europa, con una diferencia de dos o tres años. Pero la importancia y el significado relativos de estas crisis varían de un lugar a otro» (1962b, p. 231).

[52] Hobsbawm (1965, p. 13).

[53] *Ibid.* (1958, p. 63).

Europa no significó sino involución. Italia debe ser indudablemente incluida en esta última parte de Europa, bajo la etiqueta de involución [54].

Cipolla añade una matización a la geografía de Romano: «El siglo XVII fue un siglo negro para España, Italia y Alemania, y al menos uno gris para Francia. Pero para Holanda fue *la* edad de oro, y para Inglaterra, si no de oro, al menos de plata» [55]. Topolski dibuja un mapa de la estratificación ligeramente diferente, distinguiendo entre las zonas de gran dinamismo (Inglaterra y las Provincias Unidas), las de desarrollo menos rápido (Francia, Escandinavia, Alemania y Bohemia, y los otros Estados de la Europa oriental y central, a excepción de Polonia) y las de estancamiento o regresión (España, Portugal, Italia y Polonia) [56]. En conjunto, las clasificaciones geográficas parecen concordar, aunque varíen en los detalles.

Examinemos ahora las clasificaciones temporales, donde la confusión es mayor: las fechas de la contracción varían de un país a otro y hay también variaciones en los precios nominales y en los de la plata; incluso en lo que respecta a países concretos y tipos concretos de precios, los analistas parecen discrepar. En el artículo de Braudel y Spooner sobre los precios, la conclusión es sencilla: «El final del siglo XVI es tan difícil de desentrañar como su comienzo» [57]. Por lo que respecta a los precios de los metales preciosos, observan una inversión de la tendencia secular «en el sur entre 1590 y 1600, en el norte entre 1620 y 1630 y quizá incluso hacia 1650». Pero en lo que concierne a los precios nominales, observan un modelo muy diferente de tres movimientos sucesivos: uno hacia la década de 1620 en Alemania, otro hacia mediados de siglo en ciudades tan diferentes como Siena, Exeter, Ragusa, Nápoles, Amsterdam, Danzig y París, y un tercero en 1678 en Castilla, que está «a mucha distancia del resto». «Los precios nominales», dicen, «sólo siguieron exactamente a los precios de la plata en el caso de Inglaterra y muy de cerca en el caso de Holanda». Observemos cómo reaparece nuestra pareja de países. En todos los demás países hay un vacío que va desde una década hasta tres cuartos de siglo en el caso de Castilla. «Lo que mantiene ele-

[54] Romano (1974, p. 194).

[55] Cipolla (1974, p. 12). Schöffer dice que los historiadores holandeses son reacios a contribuir al análisis del concepto de una crisis general europea: «¿Cómo se puede hacer compatible esta crisis general con la Edad de Oro holandesa» (1968, p. 86).

[56] Según Geremek (1963).

[57] Braudel y Spooner (1967, p. 404).

vados los precios nominales en estos distintos países son las sucesivas inflaciones» [58].

Aquí tenemos una preciosa pista que seguir. ¿Puede la inflación ser uno de los modos de relativa decadencia cuando hay una contracción en la economía-mundo? ¿Se puede decir que el grado de inflación nominal, especialmente en relación con los precios de los metales preciosos, es una medida de la decadencia relativa? Tendríamos que tener presente esta cuestión al pasar revista a las diversas fechas (para fijar las cuales los criterios a menudo no se explicitan). De acuerdo con Slicher van Bath, la depresión comenzó en España hacia 1600, en Italia y parte de Europa central en 1619, en Francia y parte de Alemania en 1630, en Inglaterra y las Provincias Unidas en 1650. Fue peor en Europa central entre 1640 y 1680 y en las Provincias Unidas entre 1720 y 1740. Terminó en Inglaterra y Francia en 1730, en Alemania en 1750 y en las Provincias Unidas en 1755. «Los países económicamente más desarrollados, como Inglaterra y Holanda, pudieron resistir más tiempo. Los productores de materias primas —que en el siglo XVII eran las zonas productoras de cereales del Báltico— estaban casi totalmente indefensos» [59].

Vilar, haciendo uso de los precios de la plata, halla dos modelos principales, uno en España y Portugal, cuya decadencia comenzó antes (entre 1600 y 1610) y también terminó antes (entre 1680 y 1690), y otro en Europa septentrional, que comenzó entre 1650 y 1660 y siguió hasta 1730-1735. Francia aparece en esta clasificación como un país dividido, en el que el Mediodía «unido a la coyuntura marsellesa y mediterránea, tiene más parentesco con España que con el Beauvaisis» [60]. Chaunu observa los mismos modelos: una «tendencia precoz en el Mediterráneo e Hispanoamérica y otra tardía, en el norte y el Báltico, a la que están asociados, bastante paradójicamente, el Atlántico brasileño y el océano Indico» [61].

Abel, sin embargo, propone una agrupación algo diferente sobre la base de promedios de 25 años en los precios en plata de los cereales, que resume como una tendencia en general descendente «durante la segunda mitad del siglo XVII y la pri-

[58] *Ibid.*, p. 405.

[59] Slicher van Bath (1965b, p. 136). Unas fechas similares para la depresión en la zona del Báltico se encuentran en Maczak y Samsonowicz (1965, p. 82), quienes la sitúan entre la década de 1620 y la de 1760.

[60] Vilar (1974, p. 303). De este modo Vilar intenta que los argumentos por lo demás disonantes de Baehrel (1961) encajen en las tesis generales de los franceses y acerca de los franceses.

[61] Chaunu (1962b, pp. 251-52).

mera mitad del XVIII»[62]. Esto, dice, es aplicable a Inglaterra, los Países Bajos españoles, Francia, Italia del norte, las Provincias Unidas, Dinamarca y Polonia, pero no a Alemania y Austria, cuyas «curvas de precios son ascendentes desde el último cuarto del siglo XVII»[63]. De hecho, un examen detenido del mapa de Abel muestra un cuadro mucho más complejo, en el que sobresalen dos hechos. En primer lugar, se puede observar que la mayor distancia entre precios se produce en 1650, cuando en Polonia son notablemente altos y en Alemania notablemente bajos. En segundo lugar, Polonia muestra la mayor variación a lo largo del tiempo en los precios, que van desde los más altos de cualquier lugar en 1650, hasta los más bajos de cualquier lugar en 1725. (El grado en que Alemania se desvía de la norma es mucho menor.) Esta notable oscilación de Polonia no debería ser pasada por alto al buscar un marco general de explicación, pero por el momento nos ocuparemos de Alemania, ya que existe una amplia bibliografía sobre la cuestión del papel de la guerra de los Treinta Años en la «decadencia» de Alemania.

Theodore Rabb, pasando revista a la bibliografía aparecida hasta 1962, describe dos escuelas históricas, la escuela de la «guerra desastrosa» y la escuela de la «decadencia anterior» (que no ve en la guerra de los Treinta Años sino el golpe de gracia)[64]. Friedrich Lütge es un buen ejemplo de la primera escuela. Para él, la economía de Alemania entre 1560 y 1620 era floreciente. Alemania practicaba el comercio ultramarino y sus manufacturas eran numerosas y rentables. A partir de 1620, el panorama cambió y de ello deduce que la guerra de los Treinta Años fue la variable clave[65]. La respuesta de Slicher van Bath a esto es típica: «La guerra de los Treinta Años no puede ser responsable, ya que la decadencia en Alemania comenzó ya en la segunda mitad del siglo XVI»[66]. Se han hecho varios intentos de zanjar la cuestión. Carsten, por ejemplo, ve con escepticismo la tesis de la decadencia anterior a la guerra:

> Aun si se pudiera establecer que la mayoría de las ciudades alemanas estaban ya en decadencia antes de 1618, esto no implicaría necesariamente una decadencia general, ya que la actividad económica podría haberse desplazado de las ciudades al campo. De hecho, esto

[62] Abel (1973, p. 221).
[63] *Ibid.*, pp. 222, 223, mapa 37.
[64] Rabb (1962b, p. 40).
[65] Véase Lütge (1958, pp. 26-28).
[66] Slicher van Bath (1963b, p. 18); véase el mismo argumento en Abel (1967, p. 261).

fue lo que sucedió en la Alemania del nordeste, donde el siglo XVI fue un período de paz y prosperidad, exportaciones de cereales en aumento y precios de cereales en rápida alza[67].

La decadencia de las ciudades no debe ser, pues, necesariamente interpretada como un signo económico negativo. ¡Por supuesto que no! Es un signo de periferización[68]. Carsten descubre además que el período anterior a 1608 en la Alta Baviera, zona que ha estudiado detenidamente, fue una «época de prosperidad lentamente creciente». Aconseja, pues, prudencia, hasta que haya «investigaciones más detalladas»[69]. Mientras que Carsten interviene para insistir en nuestra ignorancia colectiva, Rabb interviene para insistir en que nuestro conocimiento colectivo «muestra a la vez prosperidad y decadencia en Alemania [antes de la guerra de los Treinta Años], a menudo codo con codo». También concluye con una nota de prudencia.

> El hecho de que las zonas de decadencia estuvieran en decidida minoría [...] hace imposible llegar a la conclusión de que las luchas anteriores a 1618 fueran algo más que diversas [...] En el mejor de los casos, la guerra de los Treinta Años inició una decadencia general que antes no existía; en el peor de los casos reemplazó la prosperidad por el desastre[70].

La intervención de Kamen representa una tercera variante. Reconoce que «no puede haber duda de que la guerra fue un desastre para la mayoría de los países de lengua alemana», pero argumenta que «la controversia es en cierto modo falsa», porque no había «una sola unidad económica y política llamada Alemania», y es «a menudo poco realista establecer una distinción entre la decadencia anterior a la guerra y la posterior a ella»[71].

Ninguna de éstas mediciones «económicas» nacionales tiene en cuenta hasta qué punto la guerra de los Treinta Años fue a la vez la consecuencia política y el signo de una contracción económica general en toda Europa. Un importante intento de examinar esta guerra en un contexto totalmente europeo ha

[67] Carsten (1956, p. 241).
[68] Para el propio Carsten, esto es algo bien sabido, aunque él no use este lenguaje. Carsten habla de «la ascensión de la nobleza terrateniente y su contacto directo con los comerciantes extranjeros, que supuso la muerte para muchas de las ciudades más pequeñas» (1956, p. 241).
[69] Carsten (1956, p. 241).
[70] Rabb (1962b, p. 51).
[71] Kamen (1968, pp. 44, 45, 48).

sido realizado por J. V. Polišenský, quien dice que la guerra ha de ser

considerada como un ejemplo de dos civilizaciones en conflicto ideológico. El choque de una concepción derivada del legado del humanismo, influenciada por el protestantismo e inspirada en el modelo de los Países Bajos Unidos, con otra católica y humanista que seguía el ejemplo de España se convierte así en el punto de partida para el desarrollo de los diversos frentes políticos y coaliciones de poder[72].

Esta guerra, que afectó a toda Europa, puede ser, pues, considerada como la primera guerra mundial de la economía-mundo capitalista. Polišenský lo señala, aunque en términos bastante prudentes.

Una condición previa para la generalización del conflicto era la presencia en la Europa de comienzos del siglo XVII si no de una unidad económica al menos de un marco de intercambio y los primeros signos de un mercado mundial, cuyo centro de gravedad era toda la zona comprendida entre el Báltico, el Atlántico y el Mediterráneo[73].

A su argumento central de que «lo que está fuera de duda» es la tesis de Vajnshtejn, según la cual la «guerra de los Treinta Años está íntimamente unida a la historia de la revolución holandesa y al movimiento por su liberación del yugo de España», Polišenský añade: «Necesitamos saber exactamente cómo una revolución interna dirigida por la burguesía pudo convertirse en un fantasma para sus adversarios de toda Eu-

[72] Polišenský (1971, p. 9). Parker sugiere igualmente una analogía con la primera guerra mundial (1976a, p. 72); pero hay que señalar la frase de Polišenský que viene a continuación, en la que pone en guardia contra una errónea interpretación: «Sería una crasa simplificación pretender que la guerra fue una colisión entre el campeón del capitalismo y la burguesía, por una parte, y el representante del 'antiguo régimen' y la aristocracia feudal, por otra».

[73] Polišenský (1971, p. 258). De esto se deduce que «la guerra actuó como catalizador para acelerar ciertos cambios socioeconómicos que ya estaban en marcha antes de que estallara» (p. 259). *No* fue un hito decisivo. «La guerra de los Treinta Años subrayó una desigualdad *ya existente* en el desarrollo económico. No alteró la dirección básica de las rutas comerciales ni la intensidad de los contratos comerciales» (p. 260, el subrayado es mío). Hroch analiza también la guerra de los Treinta Años como una consecuencia de la contradicción entre «las fuerzas productivas en vías de desarrollo y las relaciones de producción en vías de estancamiento», resultado a su vez del desarrollo de una producción de mercancías para un «mercado europeo» (1963, p. 542). Sin embargo, piensa que fue un conflicto «dentro de la clase feudal» (p. 541).

ropa»[74]. Para él no sólo el «factor holandés» desempeñó un papel esencial en la generalización del conflicto, sino que el resultado más importante fue de hecho la victoria de los holandeses en toda Europa. Señala que la guerra acabó precisamente cuando los holandeses iban en cabeza:

En 1645, la flota holandesa se hizo por vez primera con el control del Sund y las rutas comerciales del Báltico. El patriciado mercantil de la provincia de Holanda y la ciudad de Amsterdam no veía ninguna razón para continuar una guerra con España de la que sólo Francia podía salir victoriosa [...]

La paz por separado [de las Provincias Unidas y España en enero de 1648] fue un triunfo de la República sobre España y de Holanda sobre el príncipe de Orange y el resto de los Países Bajos. También puede ser considerada como una franca victoria de Amsterdam sobre todos los demás intereses holandeses. El fin de la guerra confirmó los privilegios de esa misma oligarquía urbana a la que Mauricio de Orange había humillado treinta años antes[75].

Aquí se plantea una cuestión crucial: ¿cómo se explica que la guerra de la independencia holandesa, la revolución de los Países Bajos, que comenzó en 1566, no desembocara en una conflagración a nivel de toda Europa hasta 1621 (es decir, el comienzo de lo que Polišenský ha denominado el «período holandés de la guerra», de 1621 a 1625)[76]? ¿No tendrá esto algo que ver con la crisis de 1619-1622 de que habla Romano[77]? Es más que probable. Pues la contracción en toda Europa, que se puso de manifiesto en la grave crisis de estos años[78], hizo que los riesgos del control político fueran mayores, y que los costos de la destrucción militar les parecieran a los participantes menores que las posibles pérdidas de una posición comercial poco sólida en un momento de contracción. En este sentido, las Provincias Unidas jugaron y ganaron. Sobre todo teniendo en cuenta que muchos de los costos de la guerra, en términos de destrucción, fueron de hecho pagados por Alemania y, no lo olvidemos, por Bohemia[79]. Kamen tiene, pues, razón al ver en la controversia sobre Alemania una «falsa» controversia. La cuestión no es si Alemania habría entrado o

[74] Polišenský (1971, p. 264).
[75] *Ibid.*, pp. 236-237.
[76] Este es el título del capítulo 5 del libro de Polišenský (1971).
[77] Véase Romano (1962).
[78] Véase mi análisis en Wallerstein (1974, pp. 269-73).
[79] «El alcance de la tragedia [económica de Bohemia] es evidente» (Polisenšký, 1971, p. 294). Esto también es aplicable a Suiza; véase el análisis en Kamen (1968, p. 60).

no en decadencia si no se hubiera producido la guerra de los Treinta Años: ésta es una hipótesis en buena medida carente de sentido. La guerra se produjo como respuesta a una inversión en la tendencia de la economía-mundo y, por tanto, se convirtió en una de las modalidades por las que se produjeron una redistribución de los papeles económicos y una intensificación de las disparidades económicas.

Resumiendo los diversos estudios y síntesis, tenemos el siguiente panorama. En los años comprendidos entre 1600 y 1650 (como en los comprendidos entre 1300 y 1350), el período de expansión económica pareció llegar a su fin. Las descripciones de esta expansión primordialmente en términos de precios, el enfoque de los historiadores de los precios del período de entreguerras no son incorrectos, pero inducen a engaño porque los precios son relativos por definición. Un precio sólo tiene significado dentro del contexto de todas las series sincrónicas de precios de un mercado determinado. Los precios nunca suben o bajan en general; suben *algunos* precios, lo que significa que otros bajan. El fin de las expansiones no implicó simplemente la medición etérea de los precios nominales; implicó unos productos materiales reales. La expansión primera y tal vez más importante se produjo en la producción de cereales, tanto en el rendimiento por hectárea como en la superficie total dedicada a los cereales. Esta última expansión se consiguió gracias a la roturación de tierras y también al cambio en el uso de la tierra dedicada a los pastos y a la viticultura, que pasó a ser dedicada al cultivo de cereales. Estas diversas expansiones tuvieron lugar, por supuesto, porque los términos de intercambio se hicieron más rentables para los cereales frente a otros productos.

Además, hubo expansiones al menos en otras cuatro áreas: a) la población, cuyos ascensos y descensos en esta época no podían dejar de tener relación con el suministro de alimentos; b) la «industria» *urbana*, relativamente monetizada, tanto en sus vinculaciones avanzadas como atrasadas, que creaba unas altas tasas de trabajo asalariado y nunca estaba, pues, demasiado alejada de unos salarios reales relativamente bajos o al menos en descenso; c) las reservas de dinero en sus múltiples formas (metales preciosos, papel, crédito); d) el número de empresarios *marginales*, rurales y urbanos. Todos estos factores implicaron una expansión para la economía en general, y no fueron nunca uniformes en los múltiples sectores de la economía. Si los consideramos, pues, dentro de los límites de las unidades políticas y no dentro de los límites de los mercados económi-

cos globales, tendremos sólo una visión parcial en la que el significado económico será incomprensible, y las consecuencias políticas serán inexplicables, a menos que tomemos en cuenta el conjunto más amplio.

En 1300-1350 y 1600-1650, estas expansiones llegaron a su fin por razones en buena parte similares. Lo que varió enormemente, sin embargo, fue la respuesta del sistema al fin de la expansión. En términos cuantitativos, podemos ver la diferencia con bastante facilidad. El período comprendido entre 1300 y 1450 implicó un *descenso* en las diversas medidas, comparable a grandes rasgos al alza anterior, mientras que el período comprendido entre 1600 y 1750 representó una *estabilización* de las medidas. La curva de 1450 a 1750 se parece más a un peldaño que a la cima de la montaña de la curva de 1150 a 1450. Sin embargo, esto no es sino la apariencia externa de una diferencia estructural. La recesión de 1300 a 1450 llevó a la crisis de una estructura social, la del feudalismo europeo, mientras que la de 1600 a 1750 llevó a un «período de solidificación y organización», como dice Schöffer[80]; marcó lo que Chaunu ha llamado el «fin del crecimiento fácil y el comienzo de las dificultades fecundas»[81]. ¿Solidificación y dificultades fecundas para qué? La economía-mundo capitalista como sistema es la única respuesta plausible.

Señalemos algunos de los rasgos sistemáticamente constructivos de la contracción entre 1600 y 1750. En primer lugar, y es difícil hacer excesivo hincapié en este hecho, este período fue testigo de un *reforzamiento* de las estructuras del Estado, al menos en los Estados del centro y en los semiperiféricos en vías de desarrollo, como forma de hacer frente a la contracción; la contracción comparable de 1300-1450, por el contrario, llevó precisamente a una agudización de las sangrientas luchas entre la nobleza terrateniente, una *Götterdammerung* virtual de la Europa feudal. No es que las guerras y la destrucción fueran desconocidas en el siglo XVII —muy al contrario—, pero no tuvieron el mismo carácter de sangría masiva de las clases dominantes. La forma de guerrear había cambiado: el uso de mercenarios se había generalizado y, sobre todo, las luchas del siglo XVII eran luchas entre Estados y no entre barones, y podían así servir para acrecentar la fuerza económica de un país. Como decía Elliott en su análisis de la llamada crisis: «Los siglos XVI y XVII fueron testigos de cambios signi-

[80] Schöffer (1966, p. 106).
[81] Chaunu (1967, p. 263).

ficativos en el contenido de la vida europea, pero estos cambios se produjeron dentro del marco elástico del Estado monárquico aristocrático»[82]. La elasticidad es precisamente lo que impide que las contracciones se conviertan en crisis.

En segundo lugar, hubo una constante actividad económica en todas partes, actividad que vista de cerca parecía ser el signo de la prosperidad. Paso por alto los ejemplos más obvios: la edad de oro de Holanda, la mejoría alemana desde finales del siglo XVII, el constante progreso de la agronomía inglesa y, en resumen, «a lo largo de este sombrío y difícil siglo XVII, la acumulación de infinidad de pequeñas mejoras»[83]. Entre estos fenómenos, señalados con menos frecuencia, figura el hecho de que la roturación de nuevas tierras nunca cesó realmente, como nos recuerda Romano:

> La ¿roturación de nuevas tierras [*bonifiche*]? Prosiguió en el siglo XVII, sólo que no fue pagada en dinero, sino por medio de prestaciones de trabajo, servicios, exacciones abusivas [*soprusi*], etc. Es en este sentido en el que se puede decir con razón que «la producción agrícola, a diferencia de otras producciones, apenas disminuyó en el siglo XVII»[84].

No debería sorprendernos que a muchos empresarios del siglo XVII les pareciera que había «una falta de salidas seguras y productivas para sus inversiones»[85]; después de todo, éste es uno de los significados de la contracción. Cuando Chaunu describe el siglo XVII como aquel en el que «las ganancias retroceden [...] pero las rentas triunfan»[86] nos está, pues, induciendo a error. De hecho, lo que hace es describir la *tendencia* a la inversión agrícola en los países del *centro* de la economía-mundo capitalista.

Hobsbawm descubre una paradoja en la historia del capitalismo:

> Nos enfrentamos por lo tanto a la paradoja de que el capitalismo sólo se puede desarrollar en una economía que ya es sustancialmente capitalista, pues en cualquiera que no lo sea, las fuerzas capita-

[82] Elliott (1969, p. 55).
[83] Chaunu (1967, p. 265).
[84] Romano (1962, p. 512); Romano cita aquí a Bulferetti (1953, p. 44, nota 77).
[85] Minchinton (1974, p. 160).
[86] Chaunu (1967, p. 264). Spooner señala que la tierra era una más de las posibles salidas para las fortunas comerciales de la época. Cita también la guerra de los Treinta Años, los estados, las grandes compañías y la nueva tecnología (1970, pp. 100-103).

listas tenderán a adaptarse a la economía y sociedad predominantes, y no serán entonces suficientemente revolucionarias [87].

Pero, ¿es realmente una paradoja que una economía-mundo capitalista predominantemente *industrial* sólo pueda surgir de una economía-mundo capitalista ya existente, que fue exactamente lo que sucedió? La economía-mundo capitalista persistió y se estabilizó en el período comprendido entre 1600 y 1750, como no había podido hacerlo entre 1300 y 1450 (precisamente porque la expansión entre 1150 y 1300 no había roto todavía los vínculos de la estructura feudal de Europa); y por esta razón el siglo XVII pudo preparar el camino a la llamada revolución industrial, tanto económica como política, intelectual y socialmente [88].

No debemos pasar por alto la revolución de las costumbres, por ejemplo, que no tuvo contrapartida en la Baja Edad Media, con la constante implantación de una moral sexual ascética desde el siglo XVI hasta el XVIII, y todo lo que impuso a las estructuras familiares para hacerlas ajustarse a un mundo capitalista. Como siempre, Chaunu se deja llevar por sus imágenes idealistas, pero no anda realmente descaminado en su argumentación:

El siglo XVII clásico es, en cuestión de costumbres, el gran siglo revolucionario, tal vez el único, con respecto a la civilización tradicional, el siglo iconoclasta por excelencia. De este modo aseguró, paradójicamente, una de las condiciones previas de la revolución malthusiana [89].

Una vez más preguntamos: ¿dónde está la paradoja? En realidad, podemos plantearnos si la revolución industrial no estaba ya en marcha en el siglo XVII. Charles Wilson es lo bastante osado como para sugerirlo:

¿Hubo una diferencia absoluta entre el desarrollo económico de la llamada revolución industrial y el de la Holanda del siglo XVII? La mayoría de los historiadores dirían probablemente que sí la hubo. Pero ¿cómo podemos estar seguros? [...] La construcción naval ho-

[87] Hobsbawm (1960, p. 104).

[88] Chaunu ha captado muy bien los logros de este período en comparación con el anterior: «Con un conjunto de medios, de los cuales los más perfeccionados datan del siglo XIII, el hombre europeo del siglo XVI lanza la red de la primera economía planetaria. La paradoja no radica aquí, sino más bien en que, de 1550 a 1750, la Europa clásica se las arregló para conservar este milagro antes de la revolución del transporte de mediados del siglo XVIII» (1966a, pp. 277-278).

[89] Chaunu (1966a, p. 209).

landesa fue, para su época, una industria básica, como la ingeniería del transporte lo sería para el siglo XIX [90].

No olvidemos que el período comprendido entre 1600 y 1750 *prosiguió* y *amplió* un proceso crucial de la economía-mundo: la constante ruptura, como demuestra el estudio de Braudel y Spooner, de las diferencias de los precios en las tres zonas básicas de Europa.

> El inconfundible cierre, a partir de principios del siglo XVIII, de la brecha existente [entre las dos líneas de precios máximos y mínimos] muestra hasta qué punto habían comenzado a converger los precios en toda Europa [...] Con la explotación excesiva de estas diferencias de precios, el capitalismo mercantil contribuyó a generar un proceso de nivelación, a crear un sistema de canales de comunicación y, a su vez, a desviar los intereses que buscaban en otras partes condiciones más favorables [91].

Este es el quid de la cuestión. Hubo un proceso capitalista desde el siglo XVI hasta el XVIII que hizo posible el desarrollo industrial, y la nivelación de los precios fue un elemento esencial de ese proceso.

Sin embargo, me parece que existe una diferencia fundamental entre el período que va de 1450 a 1750, en que se creó una economía-mundo capitalista y se eliminaron progresivamente otras posibilidades históricas alternativas, y el período que va de 1150 a 1450, en que se podría decir que un intento similar fracasó porque la coherencia política de la economía feudal todavía no se había venido abajo como consecuencia de sus contradicciones internas. Esta diferencia fundamental puede observarse en el modelo de distribución de la renta en la economía global.

La tesis principal de Wilhelm Abel en su libro sobre la pobreza de las masas en la Alemania preindustrial es que el argumento de Friedrich Engels en *La situación de la clase obrera en Inglaterra* —que la situación de los obreros empeoró con la industrialización— es totalmente erróneo. Según Abel, que cita la obra de Bruno Hildebrand, «la pobreza era mayor [en Alemania], precisamente donde no había industria» [92]. En reali-

[90] Wilson (1973, p. 331).

[91] Braudel y Spooner (1967, p. 395). Achilles habla de que el precio del trigo en Amsterdam se había convertido en el «patrón para toda Europa» (1959, p. 52).

[92] Abel (1972, p. 7).

dad, dice Abel, la pobreza de las masas es anterior a la industrialización, pues se remonta al siglo XVI:

El descenso más notable [en los salarios reales] se produjo en el siglo XVI. Posteriormente los salarios reales aumentaron en Alemania poco después de la guerra de los Treinta Años y en otras partes a comienzos del siglo XVIII. Sin embargo, estos salarios [...] no eran mucho más altos que los de la segunda mitad del siglo XVI (y eran mucho más bajos que los del siglo XV). La época del pauperismo (1791-1850) completa esta serie con un nuevo descenso, pero mucho menor en la Inglaterra de comienzos de la industrialización[93].

El objetivo del libro de Abel es demostrar que la revolución industrial trajo consigo una elevación en el nivel de vida de la clase obrera. Esta cuestión cae fuera del campo en que nos movemos, pero la referencia de Abel al período comprendido entre 1791 y 1850 indica que esto podría no ser cierto para la economía-mundo en general. Lo que sí concierne a nuestro estudio es su argumento de que hubo una baja general en los ingresos de las capas más bajas en el período comprendido entre 1450 y 1800. Este argumento se ve confirmado por otros escritos. Michinton, que se ocupa del período 1500-1750, aventura unas cuantas generalizaciones sobre la «estructura de la demanda» en Europa, y dice que «era mejor ser rico en 1750 que en 1500», y que «el abismo entre ricos y pobres se ensanchó»[94]. Braudel y Spooner llegan a conclusiones similares al estudiar los precios:

Desde finales del siglo XV hasta bastante después de comienzos del XVIII, el nivel de vida europeo descendió progresivamente. Sería interesante hacer un análisis profundo, donde fuera posible, de las condiciones anteriores a esta época, en los siglos XIV y XV. En términos generales, las condiciones eran entonces mejores. ¿Constituyó aquella época una edad de oro para el trabajo como han pretendido tantos excelentes historiadores, con anterioridad a los repetidos y violentos trastornos que hemos señalado sin describirlos en toda su extensión[95]?

En un cuadro que he elaborado a partir de los datos de Slicher van Bath, los salarios reales de un carpintero inglés de 1251

[93] *Ibid.*, p. 63, que ilustra este fenómeno con un gráfico que muestra los salarios reales de un albañil en kg de trigo (usados para hacer pan) en Inglaterra, Estrasburgo, Viena y Leipzig.

[94] Minchinton (1974, p. 168).

[95] Braudel y Spooner (1967, p. 429). Véase también Teuteberg, que habla de la «despecoración» (incremento de la falta de carne) de Europa en el período comprendido entre finales de la Edad Media y 1800 (1975, pp. 64-65).

a 1850[96] muestran *un constante aumento de 1251 a 1450,* con una inflexión en este período y *un descenso más o menos constante a partir de la misma,* volviendo finalmente al punto de partida (con un período excepcionalmente bajo entre 1601 y 1650). Para interpretar esto, debemos considerar nuevamente la llamada crisis del feudalismo. Perry Anderson ha afirmado acertadamente que «uno de los avances más importantes de la historiografía medieval en las últimas décadas ha sido la plena conciencia del dinamismo del modo de producción feudal». Esta crisis no se basa, pues, en el fracaso, sino en el éxito, en «el notable progreso económico y social que el feudalismo representó»[97]. Sin embargo, en el siglo XIII, después de tres o cuatro siglos de constante expansión, el sistema entró en crisis.

He explicado en otra ocasión[98] por qué creo que esto se debió a la conjunción de una regresión económica cíclica, unos cambios climatológicos y la exacerbación secular de las contradicciones básicas de una estructura feudal. El análisis posterior y bastante detallado que hace Anderson de esta conjunción histórica hace hincapié en el hecho de que «el motor básico de las roturaciones rurales, que había impulsado durante tres siglos a toda la economía medieval, superó finalmente los límites objetivos de la tierra y de la estructura social»[99]. Al subrayar lo que podríamos llamar el agotamiento socioeconómico del sistema, Anderson critica la explicación «empíricamente cuestionable y teóricamente reduccionista» propuesta por Dobb y Kosminsky, según la cual la crisis fue el resultado de una «escalada lineal de la explotación nobiliaria», porque ésta «no parece ajustarse a la tendencia general de las relaciones de renta en la Europa occidental de esta época»[100].

[96] Véase Wallerstein (1974, p. 80, cuadro I). Le Roy Ladurie dice que Baulart demuestra que el punto culminante del salario de un trabajador parisino del siglo XV al XVIII se alcanzó entre 1440 y 1498 (1973, p. 434). Fanfani mantiene que los salarios reales se redujeron en Italia en un 50 por ciento durante el siglo XVI (1959, p. 345).

[97] P. Anderson (1974b, p. 182).

[98] Véase Wallerstein (1974, pp. 21-37).

[99] P. Anderson (1974b, p. 197), para el que la crisis no fue exclusivamente agrícola: «Al mismo tiempo la economía urbana tropezó ahora con algunos obstáculos decisivos para su desarrollo [...] Hubo una escasez generalizada de dinero que afectó inevitablemente a la banca y al comercio». Esta escasez es explicada por Anderson en términos de una «barrera técnica» en la minería (1974b, p. 199).

[100] P. Anderson (1974b, p. 198). Yo también corro el riesgo de caer en este campo en la medida en que estoy de acuerdo con la versión de Hilton de esta hipótesis; véase Wallerstein, 1974, pp. 23-24.

La confusión a este respecto es digna de que nos paremos a desentrañarla. Se pueden encontrar ciertos datos empíricos a favor de la hipótesis de la escalada lineal en el propio libro de Anderson, que afirma, por ejemplo, que el tamaño medio de las parcelas campesinas en la Europa medieval pasó «quizá de unas 40 ha en el siglo IX a unas 8 ó 12 ha en el siglo XIII» [101]. También señala que la importancia social y económica de la pequeña nobleza y de las capas intermedias entre los magnates y el campesinado «tendió a crecer ininterrumpidamente durante el período medieval» [102]. Probablemente esto significó que un porcentaje mayor del excedente económico pasó a trabajadores improductivos y, por consiguiente, que hubo una escalada lineal de la explotación de la nobleza. En este caso sería la combinación del constante agotamiento socioeconómico y la mayor explotación (¿no llevaría el primero a la segunda como forma de equilibrar en parte los ingresos individuales de los miembros de las capas superiores?), lo que produjo (con el refuerzo de otros factores, como ya he señalado) la famosa crisis de los ingresos señoriales resultante de «un efecto de tijeras entre los precios urbanos y agrícolas» [103].

*Una* de las *consecuencias* de este «efecto de tijeras» fue el cambio general en las relaciones de renta que se produjo precisamente en el período de retroceso económico. Anderson afirma:

La crisis general del modo de producción feudal, lejos, pues, de empeorar la condición de los productores directos en el campo, acabó mejorándola y emancipándolos. De hecho fue el momento decisivo en la disolución de la servidumbre en Occidente [104].

[101] P. Anderson (1974b, p. 186), que en una comunicación privada sugirió que esto podría ser debido a la división de las herencias y no a la escalada de la explotación.

[102] P. Anderson (1974b, p. 185), que sugiere que esto podría ser el resultado del incremento de la producción global y no, una vez más, una escalada de la explotación. Pero véase el minucioso estudio empírico de Herlihy sobre la Pistoia rural en el siglo XIII. Como refutación a una explicación malthusiana del descenso de la población en el siglo XIV, señala que en el siglo XIII los campesinos estaban «soportando un nivel asombroso de renta», que habían vendido rentas perpetuas sobre sus tierras a los inversores para aumentar el capital y que, a partir de 1250, «con la reducción del contenido metálico de la moneda y el rápido incremento del precio del trigo, el valor de las rentas perpetuas también se disparó, llegando a su punto culminante en la década de 1280». Además «la comarca rural de Pistoia estaba soportando unos impuestos seis veces más altos que los que pagaba la ciudad» (1965, pp. 238, 240, 242).

[103] P. Anderson (1974b, pp. 200-209), cuya descripción empírica de las consecuencias es expuesta con concisión y admirable claridad.

[104] *Ibid.*, p. 204.

Da la impresión de que hubo un efecto de «tijeras» seguido de una reacción señorial seguida, a su vez, de una resistencia campesina relativamente efectiva que llevó a la disolución de la servidumbre. «Hacia 1450, el dominio señorial cultivado por mano de obra servil era un anacronismo en Francia, Inglaterra, Alemania occidental, Italia del norte y la mayor parte de España»[105]. Yo veo la secuencia de forma algo distinta. La crisis socioeconómica debilitó a la nobleza de tal forma, que los campesinos incrementaron constantemente su participación en el excedente de 1250 a 1450 ó 1500. Esto sucedió en *toda* Europa, tanto occidental como oriental[106]. Fue la elevación del nivel de vida de las capas inferiores, tendente a una relativa nivelación de las rentas, más que la anterior situación de «agotamiento», la que representó para las clases superiores la crisis real y el dilema al que tuvieron que hacer frente.

No había más que un camino para salir de él sin un cambio social drástico. Este camino, como he explicado antes, era la creación de un sistema capitalista mundial, una *nueva* forma de apropiación del excedente[107]. La sustitución del modo de producción feudal por el modo de producción capitalista fue lo que constituyó la reacción señorial; fue un gran esfuerzo sociopolítico de las capas dominantes para conservar sus privilegios colectivos, aun cuando tuvieran que aceptar una reorganización fundamental de la economía y todas las amenazas resultantes a los modos de estratificación familiares. Era evidente que habría familias que perderían con tal cambio, pero muchas otras ganarían[108]. Además, y lo que era más importante, no sólo se mantenía el principio de la estratificación, sino que también se reforzaba.

¿Acaso no demuestra el descubrimiento de que el nivel de

[105] *Ibid.*, p. 209.

[106] Aunque uno de los principales temas de los dos libros de Anderson es el de los caminos *divergentes* seguidos por Europa occidental y Europa oriental, admite que «el impacto relativo [de la crisis del feudalismo] fue posiblemente superior» en la Europa oriental que en la occidental. Por supuesto, sigue afirmando que la causa de la crisis en las dos zonas fue diferente (1974b, pp. 246-48). Pero su realidad fue la misma, así como sus consecuencias beneficiosas para el campesinado.

[107] Véase Wallerstein (1974, pp. 37-38).

[108] El propio P. Anderson indica una de las formas de reducir el riesgo o de aminorar la velocidad de la circulación de las élites. La denomina *vincolismo*, haciendo referencia a los diversos procedimientos jurídicos introducidos a finales del siglo XVII y a lo largo del XVIII para conservar las grandes propiedades en la familia «contra las presiones y riesgos de desintegración por el mercado capitalista» (1974a, p. 56).

vida de las clases bajas europeas *descendió* desde 1500 hasta al menos 1800, a pesar de que este período incluyó tanto una expansión (fase A) como una contracción (fase B), el éxito de la estrategia, si es que puede llamarse así, de la transformación económica? Habría que señalar que el argumento empírico del descenso de la renta *no* procede de un crítico del capitalismo, sino de un Abel que *corrige* a Engels. (La creencia equivocada por parte de Abel de que este descenso se detuvo a partir de 1800 indica únicamente que, por las razones que sean, no realizó los cálculos posteriores a 1800 dentro de la unidad de análisis correcta, es decir, de la economía-mundo capitalista en general, cuyos límites exteriores se habían dilatado precisamente en ese momento.)

Volvamos ahora a nuestra interpretación de la contracción entre 1600 y 1750. Si analizamos el período comprendido entre 1450 y 1750 como una larga «transición» del feudalismo al capitalismo corremos el riesgo de reificar el concepto de transición, porque con ello reducimos el período de feudalismo «puro» y capitalismo «puro», y tarde o temprano llegamos a cero, al no quedar sino la transición. En realidad, todo es transición. Pero si convertimos un atributo partitivo en un atributo universal, lo único que hacemos es desplazar terminológicamente el problema. Seguimos sin saber *cuándo, cómo* y *por qué* se produjeron las principales alteraciones en la estructura social. Las descripciones ideológicas que hacen los sistemas de sí mismos no son nunca ciertas. Resulta siempre fácil encontrar presuntos casos de comportamiento «no capitalista» en un mundo capitalista en cualquier parte de Europa, no sólo en 1650 y 1750 sino también en 1850 y 1950. La mezcla de empresas, comportamientos y Estados «no capitalistas» con empresas, comportamientos o (el término menos feliz de todos) Estados «capitalistas» en una economía-mundo capitalista no es anómala ni propia de un período de transición. La mezcla es la esencia del sistema capitalista en cuanto modo de producción, y explica cómo se vieron históricamente afectadas por la economía-mundo capitalista las civilizaciones con las que coexistió en el espacio social.

Ya he dicho que el capitalismo representó una solución a la crisis del feudalismo; pero las soluciones son el resultado de opciones tomadas por la mayoría después de vencer la resistencia de individuos y grupos que van a perder sea cual sea la solución. Dado que los perdedores son muchos y muy diversos, se realizan extrañas alianzas y el proceso es dilatado y oscuro. Se pueden intentar otras «soluciones». Carlos V trató de re-

crear la monarquía universal, pero no lo consiguió [109]. Las clases inferiores podrían haber aprovechado el trastorno cíclico de 1600 a 1750 para destruir el sistema, consiguiendo así una importante redistribución de un excedente absoluto ahora mucho mayor, pero esto no ocurrió debido a la fuerza del aparato del Estado en los nuevos países del centro de la economía-mundo capitalista. Tratando de reconciliar de forma compleja las fuerzas opuestas, sólo sobrevivieron y florecieron a la larga en la medida en que sirvieron a los intereses de las clases económicas dominantes en el conjunto de la economía-mundo. Para Anderson, el «absolutismo fue esencialmente [...] *un aparato reorganizado y potenciado de dominación feudal*, destinado a mantener a las masas campesinas en su posición social tradicional, a pesar y en contra de las mejoras que habían conquistado por medio de la amplia conmutación de las cargas» [110].

Podría aceptar todo el razonamiento de Anderson si suprimiera el adjetivo *feudal*. En mi opinión, la reorganización implicó precisamente la sustitución de la dominación feudal por la dominación capitalista, independientemente de la envoltura exterior de su terminología pública. El propio Anderson admite la «paradoja del absolutismo»; afirma que al tiempo que protegía «la propiedad y los privilegios aristocráticos», el absolutismo podía «asegurar *simultáneamente* los intereses básicos de las nacientes clases mercantil y manufacturera». Para explicar esta paradoja, Anderson invoca el hecho de que, en el período anterior a la «industria maquinizada» (es decir, antes de 1800 aproximadamente), «los capitales mercantil y manufacturero» no necesitaban un mercado de «masas» y podían, por tanto, evitar una «ruptura radical con el orden agrario feudal» [111]. Esto es cierto; sin embargo, dentro del conjunto de la economía-mundo capitalista, sigue siendo cierto en el siglo XX, lo que significa que la «necesidad» de un mercado de masas no abarca a la totalidad de la población mundial.

De todo lo anterior podemos deducir por qué no todas las monarquías absolutas fueron Estados fuertes ni todos los Estados fuertes fueron monarquías absolutas. El elemento clave es la fuerza del Estado y no el absolutismo del gobierno. Por supuesto, podemos explicar la forma de gobierno y advertir

[109] Véase Wallerstein (1974, pp. 165-81); véase también Yates (1975).

[110] P. Anderson (1974a, p. 18), que ofrece otra formulación del mismo argumento: «La dominación del Estado absolutista fue la dominación de la nobleza feudal en la época de la transición al capitalismo» (1974a, página 42).

[111] P. Anderson (1974a, p. 40).

entonces que en el siglo XVII los Estados *más fuertes* eran los que dominaban *económicamente:* las Provincias Unidas en primer lugar, Inglaterra en segundo lugar y Francia en tercer lugar. La revolución inglesa reforzó el Estado inglés, mientras que la afirmación de Luis XVI, «*L'Etat c'est moi*», era un signo de la relativa debilidad del Estado.

La contracción del siglo XVII no fue una crisis del sistema. Muy al contrario, fue un período de consolidación del mismo. Schöffer capta muy bien esta idea cuando insinúa que hubo un aspecto positivo en la decadencia de la importación de plata de Hispanoamérica a finales del siglo XVI. Según él, el resultado fue que en el siglo XVII «el precio *medio* permaneció en general constante», y éste fue «un factor estabilizador para la economía, que ya se había visto asolada por una inflación exorbitante» [112].

El largo siglo XVI no fue sólo un período inflacionista. Fue también un período estructuralmente revolucionario, debido en gran parte a la disposición de grandes sectores de la población a adoptar ideas nuevas y radicales. Las ideas del humanismo y la Reforma tuvieron en ellos un efecto tan embriagador que corrieron el riesgo de desmandarse. El siglo XVII representó un período de apaciguamiento y enfriamiento. El clasicismo, como el absolutismo, no fue una descripción de la realidad, sino un programa: un programa de devolución de la iniciativa política y cultural a las clases superiores, el mejor para digerir el cambio social fundamental representado por la génesis de una economía-mundo capitalista. William Bouwsma describe la tendencia esencial del siglo XVII en el terreno intelectual como

> la *recuperación* en todas partes de la mentalidad sistematizadora, que se basaba en una valoración positiva de la inteligencia humana muy diferente de la tesis subyacente al movimiento de secularización y que insistía en relacionar todos los aspectos de la experiencia humana con un núcleo de verdad universal y por consiguiente abstracta [113].

Tanto política como culturalmente, el siglo XVII representó una búsqueda de estabilidad en la forma y en la estructura paralela al momento de retroceso en la tasa de desarrollo de

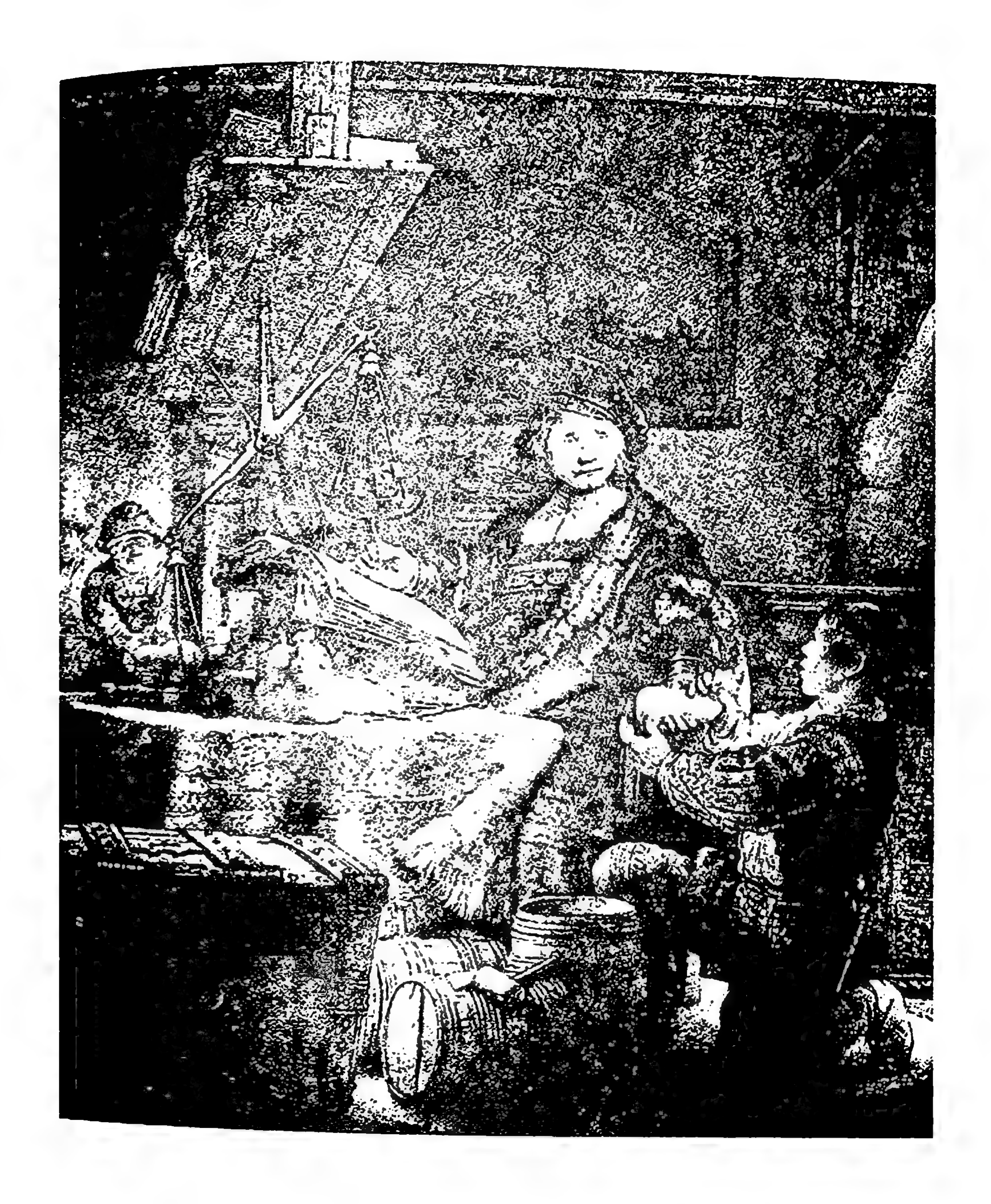
[112] Schöffer (1966, p. 97).

[113] Bouwsma (1970, p. 10, el subrayado es mío). Bouwsma explica esta preocupación por la «racionalidad sistemática del universo» remontándose a su vez a las «condiciones materiales de la época: a la prolongada depresión del siglo, a sus trastornos sociales, sus guerras y revoluciones (página 14)».

la economía-mundo. Sin este período no habría sido posible el salto adelante de carácter cualitativo de la etapa siguiente. Esto hace del siglo XVII no una época de «crisis» sino de cambio del ritmo necesario, no una época de desastre, sino un elemento esencial para velar por los intereses de los que más se beneficiaban de un sistema capitalista[114]. Dada la importancia del período comprendido entre 1600 y 1750 para la *consolidación* de la economía-mundo europea, vale la pena realizar un cuidadoso análisis de por qué sucedió esto. Entonces estaremos en condiciones de comprender los mecanismos que utilizan las capas capitalistas para salir adelante en los repetidos períodos de contracción de la economía-mundo.




[114] Rabb habla del «colosal alcance, el vasto entramado» de los sistemas intelectuales construidos entre 1610 y 1660 (Bacon, Descartes, Spinoza, Hobbes), en los que ve precisamente una respuesta a la crisis. «Cuando este tipo de aspiración perdió su carácter central en la cultura europea, como ocurrió a partir de la década de 1660, se pudo decir que las incertidumbres y por consiguiente la 'crisis' habían quedado atrás» (1975, páginas 58-59).



«Jan Uytenbogaert, recaudador general», de Rembrandt van Rijn. Este aguafuerte de 1639 es más conocido popularmente como «El pesador de oro». El clima es de solemnidad, casi de santidad; compárese este retrato con los de cambistas realizados por artistas del siglo XVI, que los retratan con la nariz ganchuda y expresión severa.

# 2. LA HEGEMONIA HOLANDESA EN LA ECONOMIA-MUNDO

En el norte era impensable un fenómeno como Rubens.

PIETER GEYL[1]

El centro de la economía-mundo europea estaba hacia 1600 firmemente asentado en el noroeste de Europa, es decir, en Holanda y Zelanda, en Londres, los Home Counties y Anglia Oriental, y en el norte y el oeste de Francia[2]. Las unidades políticas en las que estaban situadas estas zonas del centro eran muy diferentes en cuanto a tamaño, forma y política y experimentaron cambios significativos en el siglo y medio siguiente, pero económicamente presentaban más semejanzas que diferencias. Como se observó en el capítulo anterior, el período 1600-1750 fue una época de consolidación en la que hubo un retroceso en la tasa de desarrollo de la economía-mundo. Esto fue cierto en general, pero el sello distintivo de un sistema económico capitalista es que la principal tendencia global sea la resultante de las tendencias notablemente diferentes de los sectores que lo componen. El retroceso y la consolidación imponen difíciles decisiones económicas y fomentan, por tanto, los repliegues políticos (y culturales). En ninguna parte fue esto tan cierto como en los países del centro en el siglo XVII, entre cuyos sectores empresariales hubo una fuerte competencia por sobrevivir en una situación en la que algunos habían de ser eliminados para dejar suficiente ganancia a los otros.

Los libros de historia llaman al período comprendido entre 1600 y 1750 la época del *mercantilismo*. No tengo intención de pasar revista a los múltiples significados dados a este término

[1] Geyl (1961, pp. 37-38).
[2] J. R. Jones selecciona estas zonas específicas para su comparación entre Gran Bretaña y las Provincias Unidas (véase 1966, p. 40).

o a las definiciones que constituyen su «esencia»[3]. El debate en torno al mercantilismo se refiere sobre todo al valor de los argumentos esgrimidos por los teóricos del siglo XVII. Evidentemente, los temas que utilizan reflejan en cierto modo la ralidad y también están en cierto modo concebidos para actuar sobre ella. Esto es aplicable a todas las teorías. Pero en el actual contexto, lo que nos interesa son las prácticas reales de los Estados de la época, independientemente de su justificación ideológica. Estas prácticas no son características de la época, sino que han sido utilizadas por *algunos* Estados en casi todos los momentos de la historia de la economía-mundo capitalista, aun cuando las justificaciones ideológicas hayan variado. En la maraña de explicaciones del mercantilismo del siglo XVII hay dos aspectos de este concepto en los que prácticamente todos coinciden. El mercantilismo implicó una política estatal de nacionalismo económico y giró en torno a una preocupación por la circulación de mercancías, tanto en lo referente al movimiento de metales preciosos como en lo referente a la creación de balanzas comerciales (bilaterales o multilaterales). Cuál fue la verdadera relación de «ganancia y poder» es el tema sobre el que versa el debate, tanto entre los hombres de la época como entre los especialistas de hoy.

Afirmar que el nacionalismo económico es la política estatal de los más débiles contra los más fuertes y de los competidores entre sí no es sino aceptar la ortodoxia. Lo que tal vez sea una novedad en este libro es la afirmación de que el éxito en la competencia mercantilista estuvo sobre todo supeditado a la eficiencia productiva y de que el objetivo a *medio* plazo de todas las políticas estatales mercantilistas fue el incremento de la eficiencia global en la esfera de la producción. La historia debe empezar por las Provincias Unidas, ya que, al menos durante una parte del siglo XVII, este «páramo arenoso y cenagoso abandonado desde la edad del hielo»[4], con un aparato

[3] Una buena visión global de este debate se puede encontrar en Coleman (1969). Sin embargo, no estoy de acuerdo con la tesis de Coleman de que si bien el mercantilismo es un «pretexto de la historiografía» para etiquetar a una política, es útil como descripción de unas teorías económicas (1957, p. 24). Yo opino exactamente lo contrario: que las teorías eran incoherentes porque eran apologías, pero que los países que se encuentran en ciertas circunstancias tienden a adoptar una política que llamamos mercantilista.

[4] Van Veen (1950, p. 11). Se puede encontrar en Schöffer (1973, pp. 9-13) una buena y concisa descripción de las condiciones geológicas de los Países Bajos antes de sus modificaciones como consecuencia de la intervención humana.

de Estado mal construido y aparentemente ineficaz, fue la potencia hegemónica de la economía-mundo capitalista. Las Provincias Unidas (¿o deberíamos decir Holanda?) se convirtieron en la primera potencia hegemónica tras el fracaso del intento, por parte de Carlos V, de transformar la economía-mundo en un imperio-mundo. La hegemonía es una rara condición; hasta la fecha sólo Holanda, Gran Bretaña y los Estados Unidos han sido potencias hegemónicas en la economía-mundo capitalista. Cada uno de estos países ha ocupado esta posición durante un período relativamente breve, y Holanda el que menos plausiblemente, porque no fue en modo alguno el gigante militar de su época.

La hegemonía supone algo más que un estatus de centro. Podría ser definida como una situación en la que los productos de un determinado Estado del centro se producen con tanta eficiencia que son competitivos incluso en otros Estados del centro y, por consiguiente, ese estado del centro es el principal beneficiario de un mercado mundial enteramente libre. Evidentemente, para sacar partido de esta superioridad productiva, tal Estado debe ser lo bastante fuerte como para impedir o reducir al mínimo las barreras políticas internas y externas que se oponen al libre flujo de los factores de producción; y para conservar su ventaja, una vez atrincheradas, a las fuerzas económicas dominantes les resulta útil fomentar ciertas corrientes, movimientos e ideologías intelectuales y culturales. El problema de la hegemonía, como veremos, es que es pasajera. Tan pronto como un Estado se hace verdaderamente hegemónico, comienza su decadencia, ya que un Estado deja de ser hegemónico no sólo porque pierde fuerza (al menos hasta que no ha transcurrido un largo período de tiempo), sino porque otros la adquieren. Estar en la cumbre es estar seguro de que el futuro no será nuestro por mucho que el presente lo sea, pero no deja de ser bello. El modelo de la hegemonía parece maravillosamente sencillo. Una notable superioridad en la eficiencia productiva agroindustrial lleva al dominio de las esferas de la distribución comercial del mercado mundial, con los consiguientes beneficios que resultan, tanto de ser el centro de distribución de buena parte del comercio mundial, como de controlar las partidas «invisibles»: el transporte, las comunicaciones y los seguros. La primacía comercial lleva a su vez al control de los sectores financieros de la banca (intercambio, depósito y crédito) y de la inversión (directa y en cartera).

Estas superioridades son sucesivas, pero se superponen en el tiempo. La *pérdida* de la ventaja parece seguir el mismo orden

(desde la productiva a la comercial y de ésta a la financiera) y ser también en buena parte sucesiva. De aquí se desprende que probablemente sólo hay un breve período de tiempo en el que una determinada potencia del centro puede manifestar *simultáneamente* su superioridad productiva, comercial y financiera *sobre todas las otras potencias del centro.* Este efímero apogeo es lo que llamamos hegemonía. En el caso de Holanda, o de las Provincias Unidas, este momento tuvo lugar probablemente entre 1625 y 1675. La eficiencia productiva holandesa se logró, en primer lugar, en la forma más antigua de producción de alimentos desde el punto de vista histórico, en este caso la captura de peces y en especial (pero no sólo) de arenques, la «mina de oro holandesa» [5]. Los orígenes de esta eficiencia pueden encontrarse en la invención, hacia 1400, del *haringbuis* o *buss* [6], un barco de pesca cuya proporción entre la eslora y la manga ofrecía una «mayor maniobrabilidad, navegabilidad y velocidad sin grandes pérdidas en el espacio dedicado a la carga» [7]. Las dos grandes ventajas del *buss* eran su diseño, que hacía posible el uso de una gran red barredera para el arenque, empleada por primera vez en Hoorn, en Frisia Occidental, en 1516 [8], y sus grandes cubiertas, que permitían curar el pescado a bordo. La nueva tecnología de la curación, o limpieza y salazón del pescado inmediatamente para asegurar así su conservación, había sido desarrollada en el siglo XIII [9]. La creación de este «barco-factoría» [10] permitió a los barcos

[5] Véase Wilson (1941, p. 3). Andrews atribuye la expresión a una proclama de los Estados Generales del 19 de julio de 1624 (1915, p. 541). Meynert Semeyns escribía en 1639: «Los holandeses capturan más arenques y los preparan mejor de lo que lo hará nunca cualquier otra nación; y el Señor, a través del instrumento del arenque, ha hecho de Holanda un mercado de intercambio esencial para toda Europa. El arenque mantiene el comercio holandés y el comercio holandés mantiene a flote el mundo», *Corte beschryvinge over de Haring vischerye in Hollandt*, citado en Beaujon (1884, pp. 60-61). El analista francés Luzac escribía en 1778 que la pesca era «la cuna del comercio [holandés]» (I, p. 19).

[6] Véase H. P. H. Jansen (1978, p. 13). La fecha más precisa de la aparición del primer barco en Hoorn que da R. W. Unger es la de 1415 (1978, página 30).

[7] R. W. Unger (1978, p. 30). Al principio la proporción era de 2,5 a 1. En 1570 era de 4,5 a 1, «notablemente mayor incluso que la de los veleros más avanzados». Había sin embargo un límite técnico a la proporción: «El arrastre de la red no podía ser demasiado grande».

[8] Véase R. W. Unger (1978, pp. 29-30).

[9] Véase Schöffer (1973, pp. 72-73). El pescado se pudría a las 24-48 horas. Véase Michell (1977, p. 142).

[10] Michell (1977, p. 148), quien señala que este barco era «de un tipo recientemente reintroducido en la pesca». A bordo había tres tipos de

alejarse de las costas holandesas, permaneciendo fuera de seis a ocho semanas. Los *busses* transferían su cargamento a los *ventjagers*, barcos rápidos que volvían a la costa con el producto de la pesca [11].

No sólo dominaban los holandeses la pesquería de arenques del mar del Norte, la llamada Gran Pesquería [12], sino también la pesquería de bacalao de Islandia y la de ballenas de las islas Spitzberg [13]. Las ballenas en realidad no eran buscadas como alimento sino como producto industrial. Las ballenas suministraban grasa, utilizada para fabricar jabón y combustible para candil y ballenas para la confección [14]. La industria pesquera era importante no sólo por tales vínculos con el futuro, sino también por sus vínculos con el pasado, como la fabricación de redes, creando una situación «única en Europa» por el porcentaje de la población «relacionado con la pesca, al menos tangencialmente» [15]. En el siglo XVII, era «irritante» [16] para los ingleses que los holandeses pescaran frente a las costas inglesas y vendieran su pescado a precios competitivos en los puertos ingleses y, gracias a esta ventaja, construyeran su «comercio madre» en el Báltico. Los ingleses eran plenamente conscientes de esto en la época. Sir George Downing escribía a Clarendon el 8 de julio de 1661: «El comercio del arenque [de los holandeses] es la causa del comercio de

trabajadores: los destripadores (que quitaban las tripas al pescado), los curadores (que añadían la sal) y los pescadores.

[11] Véase Parry (1967, pp. 172 y 250).

[12] De este modo podían explotar tres temporadas de pesca del arenque: una en junio y julio, cerca de las Orcadas, las Shetland y el norte de Escocia; otra en agosto, desde Dunbar en Escocia hasta Yorkshire; y una tercera de septiembre a noviembre, frente a las costas de Yarmouth. Véase Michell (1977, p. 139). El arenque era conocido como «el filete del pobre». En Holanda y Frisia Occidental, «los primeros arenques de la temporada eran llevados por tierra en carretas que hacían carreras para llegar las primeras al mercado» (Michell, 1977, p. 180).

[13] Véase Parry (1967, pp. 167-73).

[14] Michell destaca esto y dice: «El curso de la pesca de la ballena debería reflejar, pues, la historia industrial de Europa más que la demográfica. Es interesante el hecho de que los ingleses no consiguieran una autosuficiencia (por no hablar de un excedente) de productos de la ballena en el cenit de su supremacía mercantil, mientras que los holandeses conservaron su posición a pesar de la decadencia económica general» (1977, página 171).

[15] Michell (1977, p. 180).

[16] Wilson (1968, p. 64). La respuesta a esto, como señalaba Cunningham en 1887, fue la «imitación consciente de los holandeses», palabras que sirvieron como título al segundo capítulo del volumen v de su primera edición de *The growth of English industry and commerce* (citado en Clark, 1960, p. 15).

la sal, y el comercio del arenque y de la sal es la causa de que este país haya acaparado en cierta manera el comercio del mar Báltico, ya que cargan sus barcos con esta voluminosa mercancía»[17]. El control del comercio del Báltico fue precisamente uno de los factores que contribuyeron a la eficiencia de la construcción naval holandesa, con lo que los holandeses se encontraron por algún tiempo en la feliz circunstancia de un efecto de espiral: el refuerzo circular de su ventaja inicial.

Pese a lo que pensara Sir George Downing, el arenque no lo explica todo. Los holandeses mostraban idéntica superioridad en la agricultura, la más esencial empresa productiva de la época, y éste fue un logro prodigioso, tanto por la amplitud de las consecuencias[18] como por la profundidad de los esfuerzos, ya que los Países Bajos no eran en modo alguno un país adecuado, desde el punto de vista geológico, para el cultivo de cereales[19] ni para la mayoría de las otras formas de agricultura. Sin embargo, los holandeses sacaron fuerzas de flaqueza de dos formas distintas. En primer lugar, el proceso de drenaje del agua para obtener nuevas tierras (pólderes) condujo a la invención de los molinos de viento y al florecimiento de la ingeniería, de modo que en muchos aspectos Holanda se convirtió en «el centro de la era mecánica»[20]. La construcción de pólderes se remontaba a 1250, pero su punto culminante se alcanzó en 1600-1625, época en que hubo un repentino salto cuantitativo; este alto nivel se mantuvo en buena parte de 1625 a 1675[21]. De aquí la desafortunada ironía de Andrew Marvell en *Character of Holland:* «Así, el que drena reina entre los ahogados». El segundo resultado de las duras condiciones naturales fue quizá aún más importante. La necesidad movió a los holandeses a dedicarse a la agricultura intensiva, primero hacia 1300, época en que los tiempos difíciles y los bajos precios agudizaron la inventiva, y más tarde entre 1620 y 1750, época en

[17] Citado en Wilson (1957a, p. 3).

[18] «¿Cómo podríamos ignorar la relación entre el notable desarrollo de la agricultura holandesa y la preeminencia de los Países Bajos en la escena económica del siglo XVII?» (De Maddalena, 1974a, p. 313. Realmente, ¿cómo podríamos?

[19] Véase E. L. Jones (1967, p. 47).

[20] Van Veen (1950, p. 145).

[21] Véase el mapa de Van Veen (1950, p. 65). Slicher van Bath establece una correlación positiva entre los precios agrícolas y la construcción de pólderes. «Se advierte claramente que en 1664 el gran período de construcción de pólderes llegó a su fin, exactamente en el mismo momento en que el precio del trigo empezaba a bajar y la situación económica general empezaba a deteriorarse (1977, p. 69; también p. 70, cuadro 4).

que se produjo una mayor expansión de la agricultura intensiva [22].

Dado que el suelo era especialmente malo para la labranza [23], lo más fácil para aumentar la producción era dedicarse al cultivo de plantas industriales como el lino, el cáñamo y el lúpulo, a la horticultura, al cultivo de árboles frutales y a la importantísima producción de tintes, de los que en los siglos XVI y XVII los holandeses eran «los más avanzados productores del mundo, teniendo pocos competidores» [24]. Junto con la horticultura y la labranza hubo un considerable incremento de la ganadería [25]. Lo que hizo posible esta concentración en los productos industriales fue en parte la enorme importación de cereales, que no era una cuestión marginal. De Vries calcula que a mediados del siglo XVII la mitad de los habitantes de las provincias de Holanda, Utrecht, Frisia y Groninga se alimentaban de cereales importados [26]. El otro factor que contribuyó

[22] Véase Davis (1973b, pp. 112-15), Slicher van Bath (1960, p. 153) y Wilson (1977a, pp. 23-24). Para Slicher van Bath la intensificación era «necesaria para dar de comer a una población densa e incrementada en un periodo de precios relativamente bajos de los cereales». Pero ¿podrían otros haber hecho otro tanto? Davis mantiene que Inglaterra y Francia no hicieron progresos similares a los de los holandeses porque, cuando las mejoras introducidas por éstos en los siglos XIII y XIV se difundieron entre ellos en los siglos XV y XVI, Europa estaba en su fase expansionista y era por lo tanto menos receptiva a las técnicas de intensificación, especialmente teniendo en cuenta que entre 1450 y 1650 los campesinos tuvieron un amplio control sobre la tierra cultivada y los buenos pastos y fueron la clase menos abierta a la innovación. Davis afirma que los ingleses y los franceses no estaban en el mismo punto de partida en el siglo XVII que los holandeses.

[23] La tierra era inadecuada salvo en «unas pocas regiones favorecidas, donde el suelo estaba relativamente alto y seco, como en las dunas de la costa de Holanda, en partes de las islas al sur del río Mosa y en las tierras arcillosas de la costa de Frisia» (J. de Vries, 1974, p. 71).

[24] Gibbs (1957, p. 693).

[25] J. de Vries (1974, pp. 136-44).

[26] *Ibid.*, p. 172. Se trataba sobre todo de maximizar la ganancia: «Se podría decir como conclusión provisional que el crecimiento del comercio abarató el precio de los cereales que podían ser producidos en los Países Bajos del norte a un alto costo. De ser así, la economía de la región se benefició de los grandes ahorros en forma de unos precios de los cereales relativamente más bajos, lo que, dada la importancia de los cereales en cualquier economía de la época, dejó fondos disponibles para otros fines» (p. 182). Véase también van der Wee, quien dice que la tendencia ascendente de la productividad en los Países Bajos del norte entre 1500 y 1670 «fue principalmente el resultado de una pronunciada especialización: el cereal era importado de forma masiva del Báltico, de forma que las zonas costeras se pudieron centrar en los productos lácteos, la horticul-

a este proceso fue el progreso de las técnicas agrícolas: la desaparición del barbecho[27], el consiguiente cultivo de plantas forrajeras, el cultivo en hileras y macizos, el uso de herramientas sencillas y baratas y el alto rendimiento conseguido mediante abundantes abonos y una cuidadosa labor en las pequeñas superficies[28]. La siembra de pastos y el uso sistemático de fertilizantes permitieron también aumentar el número de cabezas de ganado y la cantidad de leche suministrada[29]. Toda esta agricultura intensificada hizo posible y fue fomentada por una creciente urbanización e industrialización. «A mediados del siglo XVII, en la mayoría de las ciudades había hombres que recogían los desechos [por ejemplo ceniza] y los vendían a los granjeros»[30]. No es de extrañar que Romano llame al período comprendido entre 1590 y 1670 aproximadamente el «siglo agrícola holandés», en comparación con el siglo XVI, que fue el siglo agrícola europeo[31]. La distancia aumentó a medida que los holandeses conseguían una mayor eficiencia, mientras que el resto de Europa permanecía relativamente estancado en sus técnicas agrícolas.

Las Provincias Unidas no sólo eran el principal productor agrícola de este tiempo, sino también y al mismo tiempo el principal productor industrial. Se ha gastado tanta tinta en explicar por qué Holanda no se industrializó, que tendemos a pasar por alto el hecho de que sí lo hizo. Dicho sea en su honor, Charles Wilson ha insistido machaconamente en este punto en su extensa obra sobre los Países Bajos[32]. El progreso

tura y los cultivos industriales para la población rica y en rápido aumento de las ciudades» (1978, p. 15).

Glamann se muestra escéptico al referirse a la importancia del comercio de cereales del Báltico y basa sus objeciones en un comercio con el *hinterland*, definido sin embargo como el Rin, Flandes, el norte de Francia e Inglaterra (*sic*, 1977, pp. 231-32).

27 Slicher van Bath (1955, p. 181).

28 *Ibid.* (1960, pp. 132, 147-48; 1955, pp. 176-78).

29 J. de Vries (1974, pp. 142-44).

30 *Ibid.*, p. 150.

31 Romano (1962, p. 519).

32 Véase, por ejemplo, la afirmación de Wilson a modo de resumen: «A veces se da a entender que [la República holandesa] fue una economía puramente comercial que de alguna manera no logró ajustarse a la fase de la industrialización [...] Por lo que a las condiciones del siglo XVII se refiere, esto es una exageración [...] Buena parte de la tecnología [...] estaba racionalmente concentrada en aquellos procesos, sumamente rentables desde el punto de vista económico, del acabado o refinado de materias primas o productos semimanufacturados; esto estimuló la afluencia de mercancías a través de almacenes y mercados» (1968, p. 30).

Los contemporáneos vieron eso claramente. J. J. Becher, consejero

industrial es de destacar, ante todo, en el sector textil, el principal de los sectores tradicionales. Los Países Bajos del Norte comenzaron a beneficiarse en la década de 1560 de la afluencia de refugiados que llevó consigo la revolución neerlandesa. La producción textil tenía su centro en Leiden [33], donde se empezaron a fabricar los «nuevos paños» (sargas, camelotes, fustanes, etc.), por los que Inglaterra se hizo famosa. Durante cien años, la producción industrial fue viento en popa, alcanzando su punto culminante en la década de 1660. (El índice calculado para 1664 es 545, siendo la base 100 para 1584, y 108 para 1795) [34]. La producción no sólo aumentó cuantitativamente, sino que hasta la década de 1660 el principal rival de la industria textil de Leiden, el «nuevo paño» de Anglia Oriental, «tuvo que librar una dura batalla» [35]. Åström, al estudiar la

económico del emperador Leopoldo I en Viena, abogando por el fomento de las manufacturas, escribía en 1673: «Los holandeses producen seda, y sin embargo ésta no se da en el país; compran lino y cáñamo del extranjero y fabrican encaje y hermosas telas que exportan de nuevo; convierten la lana extranjera en paño que exportan; producen cuero con la materia prima extranjera y lo exportan» *(Politischer Discours,* 2.ª ed., Francfort, 1673, p. 173, citado en Klima, 1965, p. 97).

[33] Leiden era un importante centro productor de tejidos para la exportación desde 1350. Véase H. P. H. Jansen (1978, p. 11). Jansen afirma que las industrias de Holanda alcanzaron un gran auge entre 1350 y 1400. Al haberse visto menos afectada por la despoblación, debido al menor impacto de la peste negra, Holanda era «más capaz de competir con las zonas circundantes, con su población diezmada y sus organizaciones gremiales ocasionalmente hostiles» (p. 17).

[34] Faber *et al.* (1974, p. 7).

[35] Wilson (1965, p. 55). Glamann ve la situación en términos de una división del trabajo: «Una ojeada al período 1620-1700 demuestra que mientras que los tejidos de lana están en decadencia en Inglaterra y los de estambre prosperan, en Leiden ocurre lo contrario. Los tejidos de lana de Leiden, conocidos como *lakens,* soportan muy bien la competencia del producto inglés, mientras que Inglaterra va en cabeza en el grupo del estambre» (1974, p. 505). Obsérvese, sin embargo, que Wilson habla de 1570 a 1670 aproximadamente.

El fin de la tregua de 1621, que aisló a los territorios controlados por los españoles como mercados de exportación de tejidos, es considerado por Israel como un claro revés para la producción holandesa de paños ligeros y baratos. «Leiden se las arregló para compensar estas pérdidas aumentando la producción de los antiguos paños, los célebres *lakens,* que eran más apropiados para los mercados del norte de Europa, pero aunque el valor global de los tejidos producidos en Leiden se incrementó indudablemente entre 1621 y 1648 (al ser los antiguos paños más costosos que los nuevos), en cuanto a la cantidad de paño producida y a la mano de obra requerida, Leiden sufrió de hecho una decadencia» (1977, p. 61). Para Deyon, este cambio, que él sitúa a partir de 1650, es la consecuencia de la competencia de Tilburg, Verviers y Bois-le-Duc, con respecto a los cuales Leiden estaba en desventaja a causa de su alto coste de la vida

fuente de la supremacía holandesa en el comercio del Báltico en el siglo XVII, da como *primera* explicación la eficiencia de su industria textil y como *segunda* el hecho de que los holandeses eran intermediarios en el comercio del paño *inglés* (y de la sal de Europa meridional) [36], ventaja productiva la primera y comercial la segunda, consecuente a la primera y facilitada por ella.

Esta ventaja queda claramente demostrada en el proyecto del concejal Cockayne, con el cual Inglaterra trató de dar la vuelta a una situación en la que el paño inglés sin teñir y sin aprestar era enviado a Holanda para su acabado. En 1614 Jacobo I prohibió la exportación de paño «en bruto», y los holandeses, en represalia, prohibieron la importación de productos acabados, a lo que Jacobo I respondió prohibiendo, una vez más, la exportación de lana. Fue, como dice Supple, una «partida de gigantes» [37] que fracasó estrepitosamente. Tres años después, las exportaciones inglesas habían disminuido en un tercio y el proyecto fue arrinconado en 1617. Era demasiado lo que estaba en juego. Wilson ha calculado que el 47 por ciento del valor añadido procedía del proceso de teñido, y éste se realizaba en Holanda [38]. La razón por la que Inglaterra no podía ganar la partida salta a la vista, pues ya hemos señalado la enorme ventaja de que disfrutaba Holanda en aquella época en la producción de tintes y, por consiguiente, en el coste del teñido. En la primera mitad del siglo XVII, la competencia de Inglaterra con las Provincias Unidas en el comercio de paños, así como en la pesca, reflejaba, pues, unas «esperanzas mercantilistas defraudadas» [39].

La segunda gran industria de comienzos de la Edad Moderna fue la construcción naval, y aquí también, como es bien sabido, las Provincias Unidas se pusieron a la cabeza [40]. Menos conocido, pero esencial para un análisis profundo, es el hecho

y de sus elevados salarios. Leiden «abandonó la mayoría de las manufacturas más intensivas en mano de obra [... y] se dedicó de nuevo a los productos de lujo, a los paños gruesos, a los camelotes mezclados con pelo de camello o cabra» (1978d, p. 267).

[36] Åström (1963, p. 61). El tercer factor citado es el de los «productos coloniales».

[37] Supple (1959, p. 34).

[38] Wilson (1965, p. 71). En general, dice Wilson, «los mayores márgenes de beneficio» estaban en «la refinada tecnología para teñir y aprestar el paño que [a su vez] es la llave que abre el control de los mercados» (1968, p. 29).

[39] Wilson (1957a, p. 40).

[40] Véase Kellenbenz (1977a, p. 531).

de que la industria de la construcción naval holandesa tenía unas «dimensiones modernas y se inclinaba notablemente hacia unos métodos normalizados y repetitivos» [41]. Estaba muy mecanizada y utilizaba muchos dispositivos para ahorrar mano de obra: serrerías accionadas por el viento, alimentadores mecánicos para las sierras, las poleas y los aparejos, grandes grúas para mover los pesados maderos, todo lo cual incrementaba la productividad [42]. Los lazos con el complejo industrial y comercial son evidentes. Había una serie de industrias auxiliares en Amsterdam: cordelería, bollería, efectos navales y construcción de instrumentos náuticos y cartas marítimas [43]. Para construir los barcos se requería madera, mucha madera. Se calcula que un barco de guerra requería 2 000 robles, que necesitaban un siglo de maduración para que la madera no se cuarteara demasiado pronto; y 2 000 robles requerían en aquella época 20 hectáreas de bosque [44]. Una importante fuente de madera de este tipo era el Báltico, y una de las principales razones por las que los holandeses monopolizaban este comercio era su eficiencia en la producción textil. La consecuencia, por supuesto, era la eficiencia en la construcción naval que, como veremos, fue en gran medida la razón de que los holandeses pudieran dominar el comercio mundial. Por otra parte, dado que otras industrias holandesas, además de la construcción naval, «dependían totalmente» del abastecimiento por vía marítima y fluvial, los barcos «han de ser considerados como un auténtico factor de *producción*» [45]. De aquí que la construcción naval fuera la producción de medios de producción.

La producción textil y la construcción naval no fueron las únicas industrias de importancia. Holanda fue uno de los principales centros de refinado del azúcar, al menos hasta 1660 [46].

[41] Wilson (1973, p. 329). Véase también Mitchell: «El verdadero logro de los holandeses no fue la construcción de grandes barcos, sino la consecución de una calidad constante en sus productos» (1977, p. 152).

[42] Véanse R. W. Unger (1978, p. 7) y Kindleberger (1975, p. 618).

[43] Véase van Klaveren (1969a, p. 183).

[44] Véase Naish (1957, p. 493); véase también Sella (1974, pp. 392-94). Barbour atribuye los costes inferiores de los holandeses en la construcción naval en comparación con los ingleses al hecho de que estos últimos no podían importar madera y otras materias a bajo precio, cuando el coste de las materias primas en la construcción naval era ocho veces superior al de la mano de obra. La ventaja de los holandeses consistía en «comprar barato y tener fletes y aranceles bajos» (1954, p. 238).

[45] Wilson (1977a, p. 39).

[46] Amsterdam tenía 60 refinerías en 1661. La mayoría del azúcar procedente de las colonias francesas e inglesas era refinado allí antes de la

Hubo un «poderoso desarrollo» de las destilerías que comenzó poco después de 1600 y duró todo el siglo. Otras industrias eran la del papel, las serrerías, la producción de libros, la industria del ladrillo y la cal —que se desarrolló hasta 1500 y era todavía «razonablemente próspera» en el siglo XVIII—, la de la loza, las fábricas de tabaco y pipas, las tenerías de considerable tamaño —orientadas hacia la exportación, especialmente en el siglo XVII—, las cervecerías —que alcanzaron su punto culminante a finales del siglo XVII—, la producción de aceite y jabón —cuya mayor prosperidad se alcanzó a mediados del siglo XVII—, y por supuesto la industria química, cuya función primordial era suministrar tintes [47]; no se debe omitir tampoco la industria de las municiones. Estimulada por la guerra de los Ochenta Años y la guerra de los Treinta Años, la importación de material bélico fue fomentada por el gobierno, expandiéndose constantemente la industria. A finales del siglo XVI existía un gran comercio de exportación; hacia 1600, la estructura de la producción había pasado de los gremios de artesanos a la manufactura y el sistema de trabajo a domicilio [*putting-out*] [48].

No es que en los cien años transcurridos entre 1575 y 1675 las Provincias Unidas sobresalieran en todos los campos de la industria o no tuvieran competidores eficaces; pero si algunos, como North y Thomas, afirman que los Países Bajos fueron los «primeros en alcanzar un crecimiento económico sostenido» [49], es porque ningún otro país contó con un complejo de producción agroindustrial tan coherente, cohesionado e integrado, y ello pese a las complicaciones económicas de librar durante ochenta años una guerra de independencia [50]. No hubo

Ley de Navegación inglesa de 1660 y las restricciones similares impuestas por Colbert. Véase Masefield (1967, p. 293).

[47] Véanse Faber *et al.* (1974, pp. 4-10); Deyon (1978d, p. 289); Supple (1977, p. 429). Sobre la producción de libros, véase Hazard (1964, p. 112), quien señala que todavía en 1699, cinco de los diez principales centros de impresión de libros estaban en Holanda, mientras que sólo en Amsterdam había 400 impresores.

[48] Véanse Klein (1966, pp. 195-97) y Barbour (1963, pp. 35-41).

[49] North y Thomas (1973, p. 145). Hablando de la situación en el siglo XX, Stephen Hymer y Stephen Resnick afirman: «En nuestra opinión, una importante sustitución que se da en el proceso de desarrollo no consiste en el reemplazo del ocio por el trabajo, sino en el paso de métodos de producción nacional inferiores a métodos superiores basados en la especialización y el intercambio» (1969, p. 503). ¿No resume esto muy bien lo que ocurrió en las Provincias Unidas en esta época?

[50] G. Parker intenta evaluar los efectos económicos positivos y negativos de la rebelión holandesa y llega a la conclusión de que en general llevó consigo más pérdidas que ganancias, aunque la diferencia no fue

observadores tan cuidadosos de la escena holandesa en el siglo XVII como los ingleses. En 1673, Sir William Temple, embajador inglés, publicó sus *Observations upon the United Provinces*, en las que decía:

Creo que el verdadero origen y base del comercio es la multitud de personas que se apiñan en una pequeña extensión de tierra, por lo cual se encarecen todas las cosas necesarias de la vida, y todos los hombres que tienen posesiones se ven inducidos a la frugalidad, pero los que nada tienen están obligados a la laboriosidad y al trabajo. Los cuerpos vigorosos se entregan al trabajo; los que no lo son suplen este defecto con algún tipo de inventiva e ingenio. Estas costumbres vienen en primer lugar de la necesidad y crecen con el tiempo hasta hacerse habituales en un país [51].

Sir William deseaba que se pudiera decir otro tanto de los ingleses.

La confirmación de esta vitalidad puede hallarse en las cifras del movimiento demográfico y la urbanización. Es bien sabido que hubo una importante migración, especialmente de artesanos y burgueses, de los Países Bajos del Sur a los del Norte, y sobre todo de Amberes [52] a Amsterdam y Leiden [53] a finales del siglo XVI. En 1622, el 60 por ciento de la población de las Provincias Unidas vivía en ciudades, y las tres cuartas partes lo hacían en ciudades de más de 10 000 habitantes [54]. La población de Amsterdam se cuadruplicó, pasando de 50 000 habitantes en 1600, a 200 000 en 1650 [55], y sirvió de verdadero *melting pot* que convirtió a flamencos, valones, alemanes, judíos, portugueses y alemanes y hugonotes franceses en «verdaderos holandeses» [56]. La mayoría de los escritores se concentraban en los estratos mercantiles y artesanales de emigrantes;

mucha (1974b, pp. 11-15). Wilson, por el contrario, dice: «Después de cuarenta años de guerra, la fuerza económica de los Países Bajos del Norte nunca había sido mayor de lo que lo era en el momento de la tregua de 1609» (1968, p. 22). Las dos apreciaciones no son necesariamente contradictorias si se toma la afirmación de Wilson como una evaluación de la posición *relativa* de los holandeses en la economía-mundo.

[51] Londres, 1673, p. 187, citado en Furniss (1957, p. 102).

[52] Véase el análisis de las etapas de la decadencia de Amberes en Van Houtte (1962, pp. 707-712).

[53] Véase el notable mapa preparado por Mols (1974, p. 63). Véase también Jeannin (1969, p. 71).

[54] Véase Helleiner (1967, p. 46).

[55] Kossmann (1970, p. 366).

[56] Verlinden (1964, p. 329). Sobre la atracción de Holanda para la gente de las capas bajas de Westfalia que trataba de hacer fortuna, véase Beutin (1939, pp. 131-32); para todo el noroeste de Alemania, véase Kuske (1956, página 255).

es al menos igualmente importante observar el crecimiento, especialmente en Leiden, aunque no sólo allí, de una masa de proletarios urbanos que vivían en los suburbios, siendo muchos de los trabajadores mujeres y niños. Como dice muy atinadamente Jeannin, «las tensiones y los conflictos tienen resonancias modernas»[57]. Por supuesto que las tienen, ya que estamos en presencia del capitalismo industrial. En resumen, se puede decir que, a finales del siglo XVI, los Países Bajos del Norte estaban en vías de conseguir una eficiencia productiva que permitiría a las Provincias Unidas convertirse hacia 1600 en el principal (aunque por supuesto no el único) centro de producción de la economía-mundo europea. En el sector agrícola, se especializó en productos que requerían una gran destreza y dejaban altos beneficios[58], y en el sector industrial Holanda se puso a la cabeza de la industria textil y la construcción naval, las dos principales industrias de la época, y desempeñó un papel esencial y a veces dominante en otras industrias también. Esta eficiencia productiva permitió a las Provincias Unidas crear su red comercial y erigirse en el «almacén del mundo»[59]. Ahora nos centraremos en esta historia bastante más familiar.

La navegación holandesa dominó el sector del transporte mundial en el siglo XVII, multiplicándose por diez entre 1500 y 1700. Hacia 1670, los holandeses poseían un tonelaje tres veces superior al de los ingleses y mayor que el de Inglaterra, Francia, Portugal, España y Alemania juntas. El porcentaje de barcos *construidos* por los holandeses era aún más elevado. La navegación holandesa, de hecho, no alcanzó su punto culminante hasta la segunda mitad del siglo XVII, cuando los holan-

[57] Jeannin (1969, p. 75). Incluso vemos que la planificación urbana es utilizada, al igual que en el siglo XX, como respuesta a los conflictos. Entre 1585 y 1622, se construyeron los tres grandes canales de Amsterdam: el Heerengracht, el Keisergracht y el Prinsengracht. A partir de ese momento se prohibieron las industrias contaminantes —las cervecerías, las metalisterías, las tintorerías, las fábricas de cristal y jabón y las refinerías de azúcar— en el centro de la ciudad. «Fueron confinadas a un barrio obrero, el Jordaan, situado al oeste, fuera de la ciudad, donde los especuladores habían construido pequeñas casas bajas para los inmigrantes y donde el sistema de seguridad social [*prévoyance*] de los regentes había instalado varias instituciones benéficas. Fue el primer ejemplo de planificación sistemática, profundamente segregacionista y burguesa» (Deyon, 1978e, página 299).

[58] Incluso en el caso de los cereales, que eran un producto agrícola relativamente secundario, se produjo un cambio en el siglo XVII, consistente en el paso de la cebada al trigo, «producto de cultivo más exigente» (J. de Vries, 1974, p. 148).

[59] Esta expresión de la época es recogida por Clark (1960, p. 14).

deses se aprovecharon de la guerra civil inglesa para establecer un «indiscutible ascendiente en el sector del transporte mundial». Mientras que navíos holandeses transportaban todos los tejidos holandeses, los barcos ingleses, pese a los monopolios y a las compañías de navegación privilegiadas, tenían que compartir con los holandeses el transporte de los tejidos ingleses, y de hecho su parte en él era menor [60]. Todavía en 1728, Daniel Defoe se refería a los holandeses como los «transportistas del mundo, los intermediarios en el comercio, los agentes y corredores de Europa» [61]. Lo más impresionante de los holandeses en el siglo XVII es que se «extendieron por todas partes» [62], por las Indias Orientales, el Mediterráneo, Africa y el Caribe, al tiempo que seguían dominando el comercio del Báltico (oriental) y aumentaban su participación en el comercio de la Europa del noroeste y se adueñaban del comercio fluvial en el continente.

La historia del comercio de las Indias Orientales es, por supuesto, la historia de la *Vereenigde Oost-Indische Compagnie* (VOC), modelo de empresa comercial capitalista: en parte iniciativa especulativa, en parte inversión a largo plazo y en parte colonizadora [63]. Tuvo sensatos directores en Amsterdam, *De Heeren Zeventien* (los diecisiete caballeros) y procónsules difíciles de controlar en Batavia, entre los que destacó Jan Pieterszoon Coen [64]. En algunos aspectos, los holandeses se apoyaron en el comercio de las Indias Orientales. Cuando Amberes cayó en manos de los españoles en 1585, el mercado europeo de las especias se trasladó a Amsterdam. Pero dado que España se había anexado Portugal en 1580 y que Lisboa era el puerto europeo de entrada de las especias, los holandeses trataron de soslayar a los españoles [65]. Así, Cornelis de Houtman

[60] La cita está tomada de Lipson (1956, II, p. liii). Véanse también Lipson (1956, III, pp. 10-11), Parry (1967, pp. 176, 210), Glamann (1974, p. 452) y Minchinton (1974, p. 164). Bowman dice que hacia 1650 los holandeses poseían de 15 000 a 16 000 de los 20 000 barcos dedicados al transporte mundial (1936, p. 338).

[61] De *A man of the English commerce*, p. 192, citado en Wilson (1941, página 4).

[62] Coornaert (1967, p. 244).

[63] Para una descripción de la estructura legal de la VOC, véase Rabe (1962, pp. 351-66).

[64] Pese a lo que diga Werner Sombart y a la similitud de los nombres, Coen no es Cohen, y tampoco era judío. Para las especulaciones sobre por qué el padre de Coen cambió el apellido van Twisk por el de Coen, véase Masselman (1963, pp. 229-30).

[65] Soslayarían a los españoles y a los portugueses no sólo evitando Lisboa, sino también evitando la India y yendo a la fuente del comercio en Indonesia. Véase Parry (1967, p. 195).

fue enviado en misión a las Indias en 1592, las primeras flotas comerciales se hicieron a la mar en 1598 y en 1602 los Estados Generales dieron carta de privilegios a la VOC, en parte para contener la ruinosa competencia entre los holandeses, en parte para proporcionar un mercado estable a los pequeños inversores, en parte para disponer de un arma económica y política contra España y en parte, simplemente, para conseguir más especias de las que entonces había en Europa[66].

De hecho, era un buen momento para introducirse en el comercio marítimo de especias: el bloqueo más importante del comercio por tierra en el Levante se produjo no como se dice a menudo entre 1450 y 1500, sino entre 1590 y 1630[67]. La oportunidad era, pues, única, y los holandeses supieron aprovecharla. Las principales vías de navegación del océano Indico se desplazaron de la mitad norte (el mar Rojo y el golfo Pérsico) a la mitad sur (ruta del Cabo). Los holandeses pudieron explotar esta oportunidad porque contaban con la tecnología necesaria. Como dice Parry, «la vela cuadrada triunfó sobre la latina, y el viento del comercio sobre el monzón»[68]; pero tan pronto como los holandeses se introdujeron en este comercio tropezaron con el problema básico del comercio con una arena exterior. Por tratarse de un comercio de artículos de lujo, los beneficios eran altos y la competencia fuerte; pero también por tratarse de un comercio de artículos de lujo y no de primera necesidad, el mercado era intrínsecamente reducido y saturarlo era una seria posibilidad: Escila y Caribdis[69]. Sólo había dos formas de zanjar el dilema. O se transformaba la naturaleza del comercio incorporando a las Indias como zona periférica de la economía-mundo capitalista o se tenía

[66] Véase Masselman (1963, *passim*, pero especialmente pp. 62-66 y 141-79). Morineau hace hincapié en el hecho de que en Europa había escasez de especias, con la consiguiente elevación de los precios (1978c, p. 133).

[67] Véase Duncan (1975c, p. 512); también Glamann (1974, p. 477) que señala: «La victoria de la pimienta 'atlántica' [sobre la 'mediterránea'] fue tan profunda que incluso era reexportada al Levante». Para el período anterior, véase el análisis de Wallerstein (1974, pp. 215-16, 325).

[68] Parry (1967, p. 199).

[69] La metáfora es utilizada por Glamann (1974, p. 483), que hace hincapié en la demanda limitada de especias en Europa. Rich señala el problema paralelo en el otro platillo de la balanza: «El comercio de las especias estaba condicionado por el hecho de que las islas de las Especias necesitaban muy pocos de los productos europeos, excepto armas de fuego [...] Aquí los holandeses tropezaron con el mismo problema que sus comerciantes de pieles habían de encontrar en Norteamérica. Una vez que sus necesidades inmediatas estaban satisfechas, los isleños eran indiferentes al comercio» (1967, p. 368). Meilink-Roefolsz indica igualmente: «Apenas había demanda de productos europeos en Asia» (1968, p. 66).

que recurrir a un comercio «administrativo» al modo tradicional del comercio de larga distancia entre dos imperios-mundo. El camino a seguir fue de hecho el tema del debate entre Coen y *De Heeren Zeventien*. Coen, «partidario de una acción decidida en Asia»[70], estaba por la primera opción; sus superiores en Amsterdam por la segunda.

Coen afirmaba que la periferialización de las Indias Orientales requeriría una política de colonización en dos sentidos: en el del establecimiento de un control político a fin de contener a los potentados asiáticos, relativamente fuertes, y reorganizar el sistema de producción y en el de la exportación de una clase de colonos blancos, tanto para supervisar el cultivo de productos agrícolas para el mercado como para proporcionar un mercado inicial seguro a las exportaciones europeas de productos que no fueran los metales preciosos. Según Coen, tal política era incompatible con el comercio administrativo y exigía la aplicación del principio de mercado. A menudo los historiadores hablan de la terminología utilizada en este debate, de forma un tanto engañosa, como la del librecambio frente al monopolio[71], pero en realidad Coen no se oponía a la monopolización *del mercado* por la VOC (con un juicioso recurso de vez en cuando a la fuerza bruta), ni ignoraban tampoco *De Heeren Zeventien* los límites de su capacidad de limitar el acceso al comercio administrado a una distancia tan grande[72].

[70] Morineau (1978e, p. 170).

[71] Véase el análisis, en modo alguno atípico, en Masselman (1963, páginas 433-42).

[72] Coen escribía en una carta a *De Heeren Zeventien:* «No hay nada en el mundo que dé más derecho que el poder y la fuerza añadidos al derecho». Citado en Boxer (1965, pp. 98-99). De hecho, de acuerdo con la apreciación de Geyl, la VOC era «en el mundo indio, el poder de la espada» (1961, p. 188). En cuanto a *De Heeren Zeventien*, Boxer señala que «reconocían explícitamente» que había tres categorías de comercio: el comercio con las zonas (escasas) donde tenían un control territorial, el comercio con las zonas donde tenían contratos monopolísticos y el comercio con las zonas de «librecambio». Esta última categoría, como observa Boxer, «era casi siempre la más importante» (1965, p. 94). Parry señala que excepto en el caso del «comercio de largo recorrido», los holandeses tuvieron que hacer frente a la competencia activa de los comerciantes chinos, malayos, árabes y europeos no holandeses (1967, p. 197).

Una de las razones por las que los ingleses pudieron competir con los holandeses en el comercio de las Indias pero no en el del Báltico tenía precisamente que ver con la naturaleza del comercio «rico» frente al comercio «voluminoso». El coste de la construcción naval era más importante en el comercio de mercancías voluminosas y por esta razón los ingleses renunciaron entonces a él como «comercio ruinoso». En las Indias (y en el Mediterráneo) las mercancías transportadas tendían a ser de pequeño tamaño y peso en relación con su valor, por lo que el arma-

Era cuestión de lo que interesaba más a los empresarios capitalistas a corto plazo: las ganancias de la explotación o las de la especulación. A corto plazo triunfaron los que estaban a favor de la especulación[73]; pero a la larga, como ya hemos sostenido anteriormente[74], las ganancias de la explotación productiva son la única base sólida para mantenerse a la cabeza de la economía-mundo capitalista. Las potencias del centro (no sólo los Países Bajos, sino también Gran Bretaña y Francia) emprendieron en el siglo XVIII la periferización de la arena del océano Indico, que realmente se consolidó a partir de 1750[75].

mento de los barcos era más importante que la velocidad y la eficacia. La ventaja relativa de los holandeses era menor en este campo (Barbour, 1954, pp. 230-31). De hecho, R. W. Unger habla de que los ingleses tenían una «relativa ventaja en el comercio peligroso», y no sólo en el Lejano Oriente, porque utilizaban «buques mercantes fuertes y bien armados» (1978, p. 110). En el Mediterráneo, el corso era una fuente de ganancias tan rentable que a comienzos del siglo XVII era una «gran industria, en gran escala y organizada como un negocio más por los ricos comerciantes», Davis (1961, p. 127). En 1618, las flotas corsarias eran más fuertes que las de todas las potencias del Mediterráneo juntas.

[73] Como señala Glamann: «Esta divisibilidad de la pimienta, unida a su gran duración [...] hacía de ella un excelente objeto de especulación. Podía ser guardada durante mucho tiempo —se conocen casos de pimienta almacenada durante más de treinta años—, lo cual, por supuesto, afectaba a la calidad, pero esto podía remediarse mediante la adición de pimienta fresca» (1974, p. 475). Sin embargo, Klein afirma que en general «el éxito del comercio holandés en el siglo XVII se debió en parte a la hábil especulación de los ricos comerciantes que jugaban en el mercado con sus existencias de mercancías» (1970, p. 33).

[74] Véase Wallerstein (1974).

[75] Coornaert dice que los europeos eran reacios a «establecerse en el continente» en el siglo XVII. Solamente a finales del siglo XVII y durante el XVIII «comenzaron a tomar forma los imperios holandés, francés e inglés» (1967, p. 265). Igualmente, Schöffer habla de que «la población nativa se vio inicialmente escasamente afectada por la influencia de la Compañía». Hasta el siglo XIX, dice Schöffer, la presencia holandesa significó sobre todo para la población de la costa que los comerciantes y administradores holandeses reemplazaran a los comerciantes chinos y árabes (1973, p. 75). Este papel es básicamente similar al que desempeñaron los portugueses en Asia en el siglo XVI, tal como lo describe Wallerstein (1974, cap. 6). Véase Pach, que hace la misma precisión (1973, pp. 60-61). Hubo ciertamente un cierto uso de los «sargentos del café» holandeses encargados de los cultivadores indígenas a partir de 1680 en las zonas más alejadas, pero este uso fue limitado. Véase Rich (1967, p. 370).

F. Gaastra señala un cambio en el sistema comercial del siglo XVIII, con un aumento de la salida de metales preciosos y también una orientación hacia la importación de tejidos, té y productos coloniales (1976, páginas 18-19). Paradójicamente, es la decadencia del papel holandés en el comercio *interior* asiático la que explica el incremento de la salida de metales preciosos. Este es de hecho un signo de periferización, al igual que el incremento de la salida de metales preciosos como resultado de la

¿Fue la política de la VOC en el siglo XVII «miope»[76], como afirma Masselman? Creo que no, porque hay que tener presentes las alternativas. ¿Se podrían haber obtenido mayores ganancias de la explotación de otras zonas, especialmente en una época de relativo estancamiento global de la economía-mundo? La respuesta es, sin duda, afirmativa: en el comercio con el Este, en la propia Europa del noroeste, en las Américas, todas ellas zonas más cercanas. ¿Por qué complicarse la vida con las Indias Orientales? Uno se pregunta si el balance global negativo de la VOC durante todo el siglo no ocultará un gigantesco proceso de transferencia interna de rentas y concentración de capital *dentro* de las Provincias Unidas, de los pequeños inversores a los grandes[77]. De ser así, se podría decir que la VOC funcionó como una especie de Bolsa, muy útil para aquellos que tenían un mayor acceso a la información, como los propios *Heeren Zeventien*; pero en tal caso su historia, al menos hasta finales del siglo XVIII, corresponde más a los especialistas de las finanzas que a los del comercio y la distribución. No obstante, la historia de la VOC ilustra muy bien cómo el dominio de un área está ligado al dominio de otras.

El comercio de las Indias Orientales fue tal vez el aspecto más llamativo e incluso espectacular de la expansión comercial

creciente necesidad de utilizarlos como dinero y no como ornamento de lujo.

[76] Masselman (1963, p. 460). El argumento se basa en que los monopolios suponían una especie de saqueo que acababa con el comercio. «Privados de las dos fuentes principales de su antigua prosperidad, el cultivo de especias y la libre navegación, los renombrados principados de la Edad Media —Ternate, Tidore, Matjan y Batjan— quedaron reducidos a poco más que un nivel de subsistencia. Este fue el precio por tener un producto valioso codiciado por un determinado grupo de empresarios europeos [...] Hacia finales del siglo XVII, los nativos estaban tan empobrecidos que ya no podían permitirse el lujo de comprar [percales de algodón y] se dedicaron a tejer los suyos» (p. 461).

[77] Masselman señala que las especias se vendían a un precio de dos veces y media a tres veces superior a su coste y daban unos dividendos anuales en el siglo XVII del 18,7 por ciento. Pese a esto, al cabo de noventa años la Compañía tenía deudas por valor de cuatro millones de florines. Masselman dice que esto «indica que el coste de mantener el monopolio absorbía casi todas las ganancias brutas» (1963, p. 466). Esto es cierto desde el punto de vista colectivo de la compañía, pero ¿lo era igualmente para los grandes inversores de la misma? Morineau, en un fascinante artículo (1975) sobre las llamadas balanzas comerciales desfavorables con los países lejanos, sugiere que «uno es igual a dos», es decir, que los comerciantes simplemente duplicaban los precios en el viaje de vuelta y por tanto los metales preciosos no salían en las cantidades en que parecían salir. En realidad esto suponía una transferencia interna de rentas en Europa.

holandesa en el siglo XVII, pero no fue el más importante, ni explica por sí solo la hegemonía holandesa. En la época en que los comerciantes holandeses aparecieron en el océano Índico, comenzaban a desempeñar un papel en el Mediterráneo. El punto de inflexión parece situarse poco después de la tregua hispano-holandesa de 1609 [78]. Había que distinguir, sin embargo, dos áreas comerciales. Estaba en primer lugar el comercio con el Mediterráneo cristiano en general y la Italia septentrional en particular, donde de lo que se trataba era de suministrar cereales, necesitados de forma crónica pero por entonces más escasos aún debido a las malas cosechas italianas, a las epidemias y al aislamiento político del Levante, mientras que al mismo tiempo la industria del norte de Italia se veía socavada por la exportación de paños a esta zona, antes exportadora de tejidos, y la navegación veneciana era desplazada [79]. A finales del siglo XVI y principios del XVII, además de los holandeses, los ingleses, franceses y hanseáticos, competían por conseguir el comercio mediterráneo, pero los holandeses se hicieron con la mayor parte del mismo, primordialmente por su superioridad en las «cuestiones técnicas del diseño naval y la organización comercial» [80], que les daban la doble ventaja de poder transportar cereales (y otros productos) del

[78] Véanse Parry (1967, p. 189) e Israel (1977, p. 37). Romano fecha el punto de inflexión en 1611 ó 1612, señalando que en 1611 se nombró por vez primera un cónsul para Siria, Palestina, Chipre y Egipto (1962, páginas 489-91). Parry sitúa en 1612 el momento en que el comercio holandés quedó «plenamente legitimado» como resultado de que los holandeses consiguieran sus propias capitulaciones con los turcos. Romano indica que en 1612 el tonelaje era mayor que el de la VOC.

[79] Véase Rapp (1975). Véase también Parry (1967, p. 188), quien señala que 73 de los 219 barcos que llegaron a Liorna en 1593 transportaron cereales. Si alguien se pregunta qué era lo que la Italia septentrional daba a cambio de estas importaciones, la respuesta ha de ser el capital acumulado de períodos anteriores. Así pues, las importaciones de cereales tenían un significado fundamentalmente diferente para Venecia que para Amsterdam en esta época. Para Amsterdam suponían no gastar energías produciendo cereales cuando era más rentable producir tejidos, barcos y otros productos agrícolas, aprovechándose así de las ventajas del intercambio desigual. Para Venecia suponían en gran medida emplear el capital en el consumo corriente, lo que es una buena definición de «decadencia».

[80] Parry (1967, p. 189) y Davis (1975, pp. 10, 14). Rapp, en su análisis de cómo Holanda (junto con Inglaterra) consiguió desplazar a Venecia en el Mediterráneo, señala que las potencias septentrionales no introdujeron ninguna novedad en las prácticas comerciales que pueda explicar su éxito. Lo que tenían que ofrecer era su ventaja competitiva en la producción industrial, con la que pudieron *imponer* a Venecia su «decadencia» (véase 1975, pp. 499-501).

norte de Europa al Mediterráneo y asegurarse los cereales en primer lugar en el comercio con el Este.

Después de acaparar la mayor parte del comercio con la Italia septentrional, «los holandeses [...] aprovecharon su posición para apoderarse también de una gran parte de [una segunda zona comercial, la de] las 'riquezas', acompañando su actividad comercial de actos de violencia tan eficaces como despiadados»[81]. El comercio de «riquezas» en el Mediterráneo no era nuevo. Los holandeses asumieron esencialmente el papel tradicional de los venecianos en el comercio con el Levante. En esa época, el Levante estaba en mejores condiciones de importar mercancías (distintas tanto de los metales preciosos como de los artículos de lujo) de la Europa del noroeste que las Indias Orientales, pero probablemente exportó más artículos de lujo en el período 1600-1750 que la zona del océano Indico, donde, a medida que avanzaba el tiempo, se producía un incremento de la exportación de té, café, tejidos de algodón y otros productos que finalmente suplantaron a los artículos de lujo como principal producto de exportación. ¿Seguía siendo, pues, el Levante parte de la arena exterior? Es difícil de decir; la transición al estatus periférico se estaba iniciando, aunque quizá no se realizara plenamente hasta finales del siglo XVIII.

El comercio atlántico —tanto con el hemisferio occidental como con el Africa occidental, que era su apéndice— nos acerca aún más al corazón de la red comercial holandesa. Se ha hablado mucho de la diferencia entre las dos grandes compañías holandesas, la VOC y la Compañía de las Indias Occidentales, «mucho más tardía y menos próspera»[82]. En primer lugar, su base social era diferente. La VOC (la Compañía de las Indias Orientales) estaba controlada por comerciantes de Amsterdam, que eran remonstrantes y partidarios de la paz[83]. Pero la Compañía de las Indias Occidentales fue en gran medida el fruto de los esfuerzos de sus contrincantes —el «partido» de los orangistas, calvinistas, zelandeses y emigrantes de los Países Bajos del Sur establecidos en el norte— que eran gomaristas, coloni-

[81] Parry (1967, p. 189).

[82] Wilson (1968, p. 206), que analiza las diferencias entre la VOC y la Compañía de las Indias Occidentales (cap. 12, pp. 206-29).

[83] Hay que recordar, sin embargo, que aunque la política de Amsterdam fue «tradicionalmente pacifista [...] cuando los intereses comerciales se vieron amenazados, como en 1645, 1657 y 1668, o cuando estuvo en juego la existencia de la República (y con ella la de su comercio), como en 1672, la poderosa ciudad no permaneció pasiva, sino que preconizó una política enérgica y agresiva» (Franken, 1968, pp. 6-7).

zadores y partidarios de la guerra[84]. En el momento de su fundación, el 3 de junio de 1621, pocas semanas después de terminar la tregua, entró también capital de Amsterdam en la compañía, y la idea de una «empresa misionera-colonizadora» se transformó en una «institución corsaria»[85]. La lucha entre los diferentes intereses dentro de la Compañía de las Indias Occidentales se libró en gran medida entre los zelandeses económicamente más débiles, que contaban con el monopolio de la compañía en el corso, y los comerciantes de Amsterdam, dispuestos a desligarse de cualquier corsario holandés[86].

La Compañía de las Indias Occidentales era, pues, una «mezcla beligerante de comercio y religión» y, por consiguiente, se nos dice, la suya fue «una triste historia de confusión y casi bancarrota»[87]. Es indudable que lo fue, pero este esfuerzo al parecer político sentó de hecho las bases de uno de los pilares del comercio capitalista en los siglos XVII y XVIII: el llamado comercio triangular, que proporcionaba a Europa algodón, azúcar y tabaco, cultivados por supuesto con mano de obra esclava, más la plata que Europa utilizaba para obtener especias y té de las Indias Orientales[88]. Los holandeses fueron los primeros en utilizar esta estructura y si las ganancias fueron a parar en gran medida a los ingleses y franceses, ello se debió primordialmente a que la «inversión social» inicial exigió tiempo y dinero, y en términos contables fue costeada por los holandeses, no estando la ganancia lista hasta el final

[84] Véase Chaunu (1961, pp. 1200-202). Goslinga dice que era «considerada como un baluarte del calvinismo y del contra-remonstantismo» y que en 1629 el ayuntamiento de Amsterdam «se quejó de que los del norte estaban siendo relegados en beneficio de los brabanzones, es decir, de los refugiados del sur» (1971, p. 287).

[85] Goslinga (1971, p. 39).

[86] Véanse Wansink (1971, p. 146) y Goslinga (1971, p. 109).

[87] Wilson (1968, p. 210). J. R. Jones califica a la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales de «empresa agresiva y semipirata» y atribuye a su actitud una buena parte de la responsabilidad de las tres guerras anglo-holandesas (1968, pp. 44-45). Los historiadores holandeses hacen también hincapié en su carácter político. Van Hoboken dice: «En última instancia, la suerte de la Compañía [de las Indias Occidentales], su auge y su decadencia, estuvieron determinados en gran parte por factores políticos» (1960, p. 42). Goslinga insiste en que esto se debió simplemente a una diferencia en el método utilizado por las dos compañías para obtener ganancias. «En el Este se buscaba la ganancia mediante el comercio, recurriendo a la fuerza en caso de necesidad, mientras que en el Oeste la ganancia venía del corso» (1971, p. 91).

[88] Spooner precisa que una de las ventajas de los holandeses sobre los ingleses en las Indias Orientales era que controlaban la plata (más deseada), mientras que los ingleses sólo podían ofrecer oro (1956, p. 68).

de la hegemonía holandesa, en la década de 1670, para ser recogida por los ingleses, posteriormente más eficientes desde el punto de vista de la producción (y hasta cierto punto, por los franceses).

Lo que ocurrió fue simplemente que tras la fundación de la Compañía de las Indias Occidentales en 1621, los holandeses trataron de extenderse por el Atlántico durante los veinticinco años siguientes. Fundaron Nueva Amsterdam, conquistaron el nordeste del Brasil arrebatándoselo a los portugueses (españoles), y al segundo intento capturaron Elmina, en el Africa occidental, y después Luanda, en Angola. Sin embargo, durante la primera guerra anglo-holandesa (1652-1654), los portugueses (ahora libres nuevamente de los españoles) recuperaron Brasil, y durante la segunda guerra anglo-holandesa los holandeses perdieron Nueva Amsterdam y algunos fuertes del Africa occidental. ¿Qué se consiguió, pues, durante este breve período correspondiente a la hegemonía mundial de los holandeses? En primer lugar, éstos tuvieron en jaque a los españoles en las Américas, proporcionando el «escudo naval»[89], tras el cual los ingleses (más los escoceses) y los franceses pudieron construir sus colonias. En segundo lugar, se inició el cultivo del azúcar en las Américas, primero en Brasil y luego, tras la expulsión de los holandeses, en Barbados, la primera gran colonia de los ingleses dedicada a la plantación en el Caribe. En tercer lugar, los holandeses llevaron a cabo el primer comercio de esclavos en serio para suministrar mano de obra a las plantaciones de azúcar; cuando perdieron las plantaciones, trataron de permanecer en ese campo como traficantes de esclavos, pero hacia 1675 acabó la primacía holandesa, cediendo el paso a la recién fundada Royal African Company de los ingleses[90].

La época atlántica de los holandeses supuso, sin duda, una gran contribución al crecimiento de la economía-mundo europea; pero ¿qué supuso para los holandeses? Sin duda no tanto como el comercio báltico, que era ya el «comercio básico» en el siglo XVI, cuando los barcos holandeses transportaban un 60 por ciento aproximadamente del total. En el siglo XVII, o al menos hasta 1660, los holandeses continuaron manteniendo el mismo dominio[91], pese a los serios esfuerzos de los ingleses

[89] Parry (1967, p. 204). Sluiter (1948) hace una precisión muy similar. Véase el análisis del contexto en Wallerstein (1974, p. 342, n. 197).

[90] Véanse Emmer (1972) y Rich (1967, p. 333).

[91] Véase W. S. Unger (1959, p. 206). De hecho, el relativo dominio se

por introducirse en su mercado. He aquí la prueba de la supremacía comercial holandesa. En una arena clave, en la que tanto los ingleses como los holandeses, e incluso los franceses (por no hablar de los países del norte) consideraban importante y lucrativo el control de la navegación, los holandeses se llevaban la parte del león[92]. Examinando detenidamente el impacto del incipiente estancamiento de la economía-mundo en la competencia anglo-holandesa en el Báltico, tanto Supple como Hinton explican la ventaja de los holandeses por los mismos factores: los fletes baratos y el control de un suministro suficiente de plata para la exportación[93]. Morineau atribuye su ventaja también a su disposición a comprar más cereales que la Eastland Company[94]. Quizá también desempeñara un papel en esto su capacidad de vender pescado a un precio tan bajo que prácticamente constituía un *dumping*[95].

Tener plata que exportar era una ventaja conseguida a través de la eficiencia productiva en la navegación y la industria textil, que permitía obtener plata de los españoles y de otras partes. ¿Por qué era una ventaja tener plata en el comercio del Báltico? Porque la contracción económica, más la guerra de los Treinta Años, produjo lo que los ingleses llamaron el «auge de las monedas» (y los alemanes la *Kipper- und Wipperzeit)*, que supuso una devaluación de las monedas débiles frente a la plata. El rixdal, moneda de plata transportable cuyo contenido de plata permaneció constante, valía 37 groschen en 1600 y 90 en 1630; el mayor salto, de 45 a 75, se produjo entre 1618 y 1621. Estos cambios tuvieron lugar al reducir el contenido de plata de los groschen, al tiempo que se anunciaba un cambio en su valor en comparación con el rixdal[96]. La cuestión es: ¿por qué el efecto de esto en los holandeses fue diferente de su efecto en los ingleses? Probablemente, tanto

incrementó de 1600 a 1660 y las ganancias aumentaron proporcionalmente de un 100 a un 200-300 por ciento. Véase Bogucka (1973, p. 439).

[92] Mientras que los barcos ingleses sólo transportaban mercancías inglesas, los holandeses circulaban entre todos los países occidentales, desde el norte de España hasta el Báltico. Véase Dunsdorfs (1947, p. 20).

[93] Supple (1959, p. 83) y Hinton (1959, p. 19). Hinton añade un tercer factor: la «gran práctica» de los holandeses, que podría haber desempeñado algún papel, aunque también pudiera ser simplemente una impresión transmitida por los ingleses, quienes la utilizaron como racionalización de los éxitos holandeses.

[94] Morineau (1978d, pp. 144-45). «Los cereales representaban con mucho la mercancía más importante, desde el punto de vista cuantitativo, en el comercio holandés con el Báltico» (Faber, 1966, p. 115).

[95] Véase Michell (1977, p. 177).

[96] Véase Hinton (1959, pp. 14-16).

unos como otros podían ahora obtener productos del Báltico a un precio más bajo en plata, pero para ello había que tener «moneda disponible» para exportar, y los ingleses no la tenían. Además, cuando se producía una depresión en el comercio en general, importaba menos contar con importaciones baratas que contar con importaciones más baratas.

El problema básico de los ingleses era que los comerciantes holandeses podían vender productos del Báltico *en Inglaterra* a un precio inferior que los comerciantes ingleses[97]. Los comerciantes del Este en Inglaterra pensaban que la solución podría ser obtener permiso para reexportar cereales del Báltico al Mediterráneo, como hacían los holandeses, pero tropezaron con la enérgica oposición de los comerciantes de trigo ingleses, que lograron mantener la prohibición de exportar cereales siempre que el precio estuviera por encima de una cifra bastante baja, por miedo a que los cereales ingleses no fueran suficientemente competitivos a nivel internacional[98]. Como resultado de ello, los ingleses no pudieron ganar en el Mediterráneo la plata que podrían haber usado para aprovecharse de los bajos precios del Báltico, lo que a su vez les habría permitido conseguir productos para ganar más plata, y así sucesivamente. La devaluación en el Báltico fue, pues, más rentable para los holandess que para los ingleses por lo que respecta a su dominio del comercio báltico y, por consiguiente, del mediterráneo, y permitió también a los holandeses empezar a «disputar a los comerciantes ingleses el comercio en la propia Inglaterra»[99].

El elemento restante en este panorama es el comercio fluvial, que estuvo en manos de Amberes hasta la rebelión de los Países Bajos. Cuando los holandeses cerraron el río Escalda, el comercio pasó a Amsterdam, tras lo cual hubo dos formas en las que pudo haber retornado a Amberes: mediante la ampliación de las Provincias Unidas para incluir a Amberes o mediante la paz y el libre comercio. Lo primero no sucedió. Smit sospecha que, pese a los objetivos proclamados por las Provincias Unidas (y los intentos reales de los orangistas y los calvinistas), el fracaso se debió a la falta de esfuerzos: «Holanda no quería una restitución de las provincias del sur, con

[97] Véase Supple (1959, p. 86). Wilson dice que el *Kipper- und Wipperzeit* sólo planteó a los comerciantes ingleses un «problema soluble a corto plazo»; el problema «mayor» era el causado por la competencia holandesa (1965, p. 55).

[98] Véase Hinton (1959, pp. 29-30).

[99] *Ibid.*, pp. 9-10.

el consiguiente riesgo de que el comercio volviera de nuevo a una Amberes liberada»[100]. Cuando llegó finalmente la paz en 1648, en el tratado se incluyeron impuestos prohibitivos sobre el comercio que pasara por los estuarios del Escalda con destino a Amberes[101]. Tanto esfuerzo político era la consecuencia de la importancia del comercio de distribución en general. Cualquiera pensaría que en 1648 Amsterdam podía sentirse segura frente a un resurgimiento de Amberes, pero había un producto esencial, necesario para la producción, con el que no se podían correr riesgos: la turba. Fuente de ingresos en un principio para Amberes y el mercado de Brabante, había sido reorientada a partir de la década de 1570 hacia la zona comprendida entre los ríos Ij y Mosa, en la provincia de Holanda. El uso de la turba fue fundamental para la eficiencia de las industrias urbanas de Holanda y «tuvo sobre la economía un impacto que puede ser comparado con el impacto del carbón en la Europa del siglo XIX»[102]. Además, el comercio fluvial transportaba el estiércol urbano a otros lugares, lo que contribuyó a conseguir los «rendimientos singularmente altos de la agricultura cerealera holandesa»[103].

A partir de la década de 1580, una red de servicios regulares por un sistema de canales muy perfeccionado unió a las principales ciudades de Holanda entre sí y con el *hinterland* de otras provincias y Brabante, todo ello centrado en Holanda. En 1632 se produjo un nuevo avance tecnológico con la cons-

[100] Smit (1968, p. 21).

[101] Véase Schöffer (1973, p. 89), quien observa que «esto provocaría el eterno resentimiento de Flandes hacia el norte». Véase también Boxer (1965, p. 92). El Escalda permaneció cerrado durante los siglos XVII y XVIII. Sobre las múltiples negociaciones al respecto, véase Hubert (1909, páginas 641-46). Las restricciones fueron levantadas finalmente por el tratado de La Haya del 16 de mayo de 1795.

[102] J. de Vries (1974, p. 204) y Kuske (1956, pp. 232-33). De Zeeuw señala que la disponibilidad de turba era un accidente geológico, en el sentido de que esta turba «estaba muy cerca e incluso parcialmente debajo de toda la masa de agua» y que esto fue consecuencia de «la elevación del nivel del mar durante el holoceno» (1978, p. 5). La turba proporcionó a los holandeses «combustible barato» para «poner en funcionamiento industrias basadas en procesos *térmicos*», con lo que «pudieron producir mercancías susceptibles de competir fácilmente en el mercado internacional» (p. 23). La decadencia de la competitividad mundial de los holandeses estuvo directamente relacionada con los acontecimientos posteriores. En primer lugar, la turba se encareció como resultado del agotamiento de las zonas de fácil acceso y la necesidad de conseguirla en zonas más distantes mediante dragados más profundos y la ampliación de los canales, y en segundo lugar el transporte se hizo más difícil porque los puertos y los ríos se enarenaron (véase p. 25).

[103] Wilson (1977a, p. 24).

trucción del primer *trekvaart*, canal recto con un camino de sirga para barcos de pasajeros que exigió mucho capital [104]. Los constructores navales holandeses crearon buques capaces de distribuir y agrupar cargamentos por ríos y lagos en poco tiempo [105]. El resultado fue la más eficaz red de transporte interno de Europa, alcanzando el tráfico por ella su punto culminante en la década de 1660. Si reunimos todas las piezas, podemos llegar a la conclusión de que las lejanas rutas comerciales —las Indias Orientales, el Levante e incluso el Mediterráneo cristiano y el Atlántico— fueron sin duda importantes, pero secundarias. La clave de la hegemonía comercial holandesa en la economía-mundo europea desde la década de 1620 (y tal vez incluso desde la de 1590) hasta la de 1660 «siguió siendo el antiguo comercio entre la Europa septentrional y la occidental» [106], y la razón por la que los holandeses pudieron conseguir la supremacía comercial tuvo que ver con su anterior eficiencia agroindustrial. Esta se convirtió en eficiencia comercial principalmente a través de los precios de los fletes, los costes de los seguros y los gastos generales.

¿Por qué eran tan baratos los precios de los fletes holandeses? El principal factor era el bajo coste de la construcción naval. Parry enumera seis ventajas por lo que respecta a los costes: la habilidad de los constructores de buques holandeses, la economía en el uso de los materiales, los mecanismos para ahorrar mano de obra, la producción normalizada a gran escala, la compra de materiales a gran escala y el transporte barato de los materiales de construcción en los buques holandeses. El resultado fue un coste global de producción, todavía a mediados del siglo XVII, que era de un 40 a un 50 por ciento más barato que en Inglaterra, su competidor más cercano [107]. De estas ventajas, las tres primeras pueden ser consideradas como ventajas tecnológicas de los holandeses, y las tres siguientes como ventajas acumulativas de ir a la cabeza. Además de costar menos su construcción, los buques holandeses requerían una tripulación menor, normalmente de 18 hombres en lugar de los 26-30 usados por los buques de otros países [108]. Esto permitía a los holandeses dar de comer bien a la tripulación, probablemente mejor que otros [109], con lo que

104 Véase J. de Vries (1974, pp. 202-209) y (1978).
105 Véase R. W. Unger (1978, p. 52).
106 Wilson (1957a, p. 2).
107 Véase Parry (1967, p. 211).
108 Wilson (1941, p. 6).
109 Morineau se muestra escéptico a este respecto y sugiere que los

es de presumir que obtenían una productividad más alta a cambio de un desembolso salarial más bajo. La productividad más alta era visible, tanto en el puerto como en el mar. La «mayor durabilidad y velocidad» de los buques holandeses se debía tanto a su diseño como a su «mantenimiento regular»[110]. Además, el hecho de que los buques holandeses estuvieran «más limpios» y fueran «más baratos y más seguros»[111] tuvo un efecto multiplicador: los fletes más baratos llevaron consigo el control del comercio del Báltico, que a su vez llevó consigo una madera más barata, que a su vez llevó consigo unos costes más baratos en la construcción naval, que a su vez llevó consigo unos fletes más baratos. Los barcos más limpios, más baratos y más seguros suponían también un incremento en el número total de viajes, que hacía posible aplicar unos seguros más bajos, en parte en función de la escala y en parte como resultado de una estructura financiera más eficaz[112] que estudiaremos más adelante. Los seguros más bajos tienen también efectos acumulativos: llevan consigo fletes más bajos, que llevan consigo un incremento de las escalas y la capacidad de transacción, que lleva consigo unos seguros más bajos.

Si «el fundamento del comercio [de los holandeses] era la navegación»[113], las mayores ganancias se obtenían de las comercialización y el almacenamiento[114] en el gran centro de distribución de Amsterdam, cuyo éxito se debió a la superio-

marineros de los buques del sur de Francia estaban igualmente bien alimentados (1970b, p. 118). Para un análisis de la dieta alta en calorías suministrada en los barcos holandeses en el siglo XVII, véase Morineau (1970a, p. 114). Boxer, sin embargo, precisa que los bajos salarios de los marineros holandeses es un factor que explica los bajos precios de los fletes (1965, pp. 66-67).

[110] R. W. Unger (1978, p. 4; véase también p. 183, n. 7).

[111] Wilson (1957a, p. 42).

[112] Al menos se puede decir que en el siglo XVII en Amsterdam «el seguro era negociado de forma más profesional que en otras partes» (Barbour, 1929, p. 580). Barbour dice que los buques ingleses solían hacer su seguro en Holanda en el siglo XVII «pese a que las primas eran normalmente más altas que las que se podían conseguir en Londres» (p. 581). Esto parece extraño a primera vista. Si Barbour está en lo cierto, pudiera ser que las primas nominales y las reales fueran diferentes, lo que podría explicarse por la mayor eficiencia de la organización comercial holandesa, que era una variable significativa en general, como pronto veremos. En cualquier caso, Barbour habló más tarde de la atracción europea por los seguros marítimos holandeses (véase 1963, pp. 33-35).

[113] Wilson (1967, p. 518).

[114] Wilson (1941, p. 10). Esto se debió, afirman North y Thomas, a que el «mercado o el sector de las transacciones, [...] era durante esta época el sector en el que podía producirse un mayor incremento de la productividad» (1973, p. 135).

ridad de la organización comercial holandesa. Heckscher dice que la «principal peculiaridad» de los Países Bajos en el siglo XVII fue su «capacidad [...] de salir adelante con una organización comercial *más reducida* y *más simple*» que la de otras naciones [115]. Pero, ¿qué significaba esto? En primer lugar significaba la colectivización de los ahorros en el sistema de sociedades comerciales [116], que por supuesto no fue una creación de los holandeses, aunque éstos lo ampliaron hasta incluir, junto con una reducida aristocracia comercial, un gran número de pequeños comerciantes [117]. En segundo lugar significaba la creación de un sistema de reservas que reducía considerablemente los riesgos del comerciante, dado especialmente que estaba organizado en forma de monopolio, y reducía la dependencia del mercado de materias primas con respecto a una oferta y unos costos fluctuantes, al tiempo que permitía a los comerciantes realizar ganancias especulativas con las ventas [118]. En tercer lugar significaba una red de agentes a comisión que buscaban clientes al productor, consiguiendo mercancías en consignación y llevándose una comisión sobre la factura pagada por el comprador al productor [119]. De este modo, el

[115] Heckscher (1935, I, p. 352).

[116] Para Sella, fueron estas compañías navieras, las *reederij*, las «que hicieron posible el espectacular crecimiento, la multiplicación por diez dı la flota comercial holandesa entre 1500 y 1700» (1974, p. 411).

[117] Glamann habla de la «escala masiva» de la participación de los «simples comerciantes» en la «expansión comercial holandesa del siglo XVII», citando en particular su papel en el comercio del trigo, la sal, el arenque, la madera y el ladrillo (1974, p. 519). Además, la industria naviera era especialmente apropiada para los pequeños inversores en un país escaso de tierra. Scammell, hablando de Inglaterra, dice: «Dada la competencia por la tierra, intensa en el siglo XVI y a principios del XVII, y *por analogía con lo que sucedía en Holanda*, un buque, o más probablemente una barca, tal vez fuera la única salida para un capital como el de estos humildes y oscuros propietarios» (1972, p. 404, el subrayado es mío).

[118] Klein cree que este sistema «contribuyó esencialmente al crecimiento de la economía holandesa» en el siglo XVII. Afirma que fue la aplicación de prácticas monopolísticas —«acuerdos horizontales o verticales sobre precios, concesiones de monopolios nacionales o internacionales»— lo que hizo posible la «azarosa empresa» de crear unas reservas esenciales, ya que de otra forma «el próspero comerciante [habría sido] un blanco fácil para los competidores a la caza de ganancias» (1966, pp. 188-189). Estos monopolios eran eficaces. Glamann dice, a propósito de los cereales, que «realmente no es exagerado decir que en los siglos XVII y XVIII el célebre intercambio de trigo de las metrópolis holandesas [fijaba] los precios de los reales de Europa» (1974, p. 457). Para testimonios sobre la medida en que los precios de Lieja dependieron de los de Amsterdam entre 1630 y 1738, véase Ruwet (1957, p. 101).

[119] En el siglo XVIII, el sistema de consignación se transformó en un

comercio de distribución holandés se desarrolló al ritmo de la navegación holandesa, como consecuencia de la eficiencia industrial holandesa[120]. Una vez más nos encontramos con un efecto multiplicador: la fuerza del comercio de distribución holandés «tendió a arruinar»[121] al transporte marítimo inglés. Por supuesto, el comercio de distribución creó un gran número de puestos de trabajo estables[122] que, sobre todo en el siglo XVII, mantuvieron la demanda interior de productos holandeses.

Hemos argumentado ya que las ventajas holandesas en la economía-mundo fueron, por este orden, la productiva, la distributiva y la financiera. Si el primer elemento de la secuencia es un tema controvertido, el segundo es ampliamente aceptado, aunque a menudo sea presentado como algo ligeramente vergonzoso: la transformación del empresario (comercial) noble y ascético en un rentista innoble y amante del lujo, la traición de la ética protestante en la propia Sión, la explicación de que Holanda hubiera sido arrojada del Jardín del Edén. En los últimos años ha habido una saludable reacción contra semejante absurdo, pero yo deseo ir aún más lejos. La dedicación a las finanzas *no* es un signo de deterioro y mucho menos de decadencia; en realidad es un signo de fuerza

sistema por el que el agente pagaba las tres cuartas partes del precio probable (calculado por lo bajo), pero recibía un interés moderado sobre el dinero adelantado hasta que se vendieran las mercancías. Wilson lo define como un «terreno resbaladizo». Cuando los agentes abandonaron el trabajo a comisión propio del transporte marítimo y el ofrecimiento de créditos de aceptación, abandonaron también la banca por la especulación y el riesgo. «Al hacerse más indirecto cada vez el trabajo a comisión, el elemento de incertidumbre y fraude se reforzó» (1951, p. 12).

[120] «En realidad», como observa Davis a propósito de los Países Bajos en los siglos XVII y XVIII, «es difícil distinguir entre capital comercial y capital industrial» (1973b, p. 232); pero, como señala Supple, «era una práctica perfectamente normal y previsible que los empresarios comerciales invirtieran en empresas manufactureras y las administraran» (1977, página 424).

[121] La frase es de Hinton, quien considera el comercio de distribución holandés como el «factor más importante en la configuración de la política económica inglesa en el siglo XVII» (1959, pp. 10-11).

[122] Glamann habla de que el comercio de cereales se extendió como «ondas en un charco». No sólo se cargaba y descargaba el cereal, sino que el sistema de reservas llevó a la construcción de depósitos, que en sus tres cuartas partes fueron dedicados al almacenamiento de cereales. La necesidad de remover el grano regularmente «para impedir la germinación y la combustión espontánea» creó nuevos puestos de trabajo (1974, p. 461). Briggs indica que a partir de las necesidades de transporte y almacenamiento, Amsterdam inició en 1610 un «notable y ambicioso programa de expansión concéntrica que [...] cuadruplicó el área habitable» (1957, página 294).

capitalista el hecho de que la Bolsa de Amsterdam pudiera ser considerada «la Wall Street del siglo XVII» [123]. ¿Cuál fue el origen de esta fuerza? Fue el resultado de tres pasos sucesivos: uno, la fuerza productiva y comercial en la economía-mundo creó la base de una sólida hacienda pública; segundo, esta sólida hacienda pública, combinada con una red comercial a nivel mundial, permitió a Amsterdam convertirse en el centro del sistema internacional de pagos y en mercado monetario, sobre todo teniendo en cuenta la depresión económica mundial y, por tanto, la inestabilidad monetaria; tercero, la fuerza productiva y comercial, combinada con el control del mercado monetario internacional, permitió la *exportación* del capital holandés, fuente de remesas que permitieron a los holandeses vivir de un excedente productivo muy superior al que ellos habían creado y esto hasta mucho después de la época de sus grandes contribuciones productivas.

En una economía-mundo cuya expansión se había hecho más lenta, el hecho de que las Provincias Unidas fueran «siempre solventes» [124] y se presentaran como la principal excepción en el siglo XVII a «la triste sucesión de incumplimiento» [125] fue a la vez causa y efecto de su hegemonía económica general. Fue efecto en la medida en que las ventajas comerciales en cuestión de fletes y seguros marítimos bastaban por sí solas para crear un superávit en la balanza de pagos [126], y fue causa porque la reputación de sus saneadas finanzas permitió al gobierno holandés pedir empréstitos más baratos [127], porque la excelente situación del crédito del Estado holandés explica «una buena parte de [su] éxito militar» [128] y porque esto le permitía probablemente atraer el suficiente flujo de dinero, en su calidad de depósito seguro, como para que las Provincias Unidas tuvieran una moneda sobrevaluada. Esta última ventaja suponía que las Provincias Unidas podían compensar un déficit de cuenta corriente con el dinero que afluía [129]. Unas finanzas saneadas

[123] Goubert (1970c, p. 27).

[124] Carsten (1961, p. 13). Compárese esto con el presupuesto francés, que entre 1610 y la revolución francesa sólo arrojó un superávit en la década de 1662 a 1671. Véase Parker (1974a, p. 575).

[125] Homer (1963, p. 98).

[126] Véase Vilar (1974, p. 249).

[127] Véase Parker (1974a, p. 573). El único Estado que se mantuvo «durante cierto tiempo» en mejores condiciones a este respecto fue Génova.

[128] Homer (1963, p. 124). Entre otras cosas, como sugiere Homer, «con un buen crédito podían ser contratados mercenarios alemanes para la defensa terrestre» (p. 125).

[129] Esto es lo que sugiere Grantham (1975, p. 65). Van der Wee ofrece otro motivo: «La República holandesa [sobrevaluó deliberadamente] la

no son, sin embargo, sino uno de los requisitos previos al nivel de confianza capitalista necesario para que haya un flujo efectivo de operaciones financieras. Unas finanzas saneadas permiten realizar operaciones de crédito en gran escala a un tipo de interés bajo, así como conseguir unos ingresos globales considerables a partir de pequeños réditos bajos por cada operación financiera.

En 1609, año de la tregua, se fundó el *Wisselbank van Amsterdam*, que pronto se convirtió en el gran centro de depósito y cambio europeo, ya que «proporcionaba una seguridad y una comodidad raras en los anales de la banca del siglo XVII». A lo largo del siglo, los depósitos pasaron de una cifra inferior al millón a más de 16 millones de florines [130], convirtiéndose en el lugar de retiro de los propietarios de capitales que temían por su salud [131]. Una vez depositados suficientes capitales y metales preciosos, Amsterdam estuvo en posesión de «la llave, por así decir, del sistema internacional de pagos de Europa» [132]. Con sus arcas bien llenas, Amsterdam desarrolló un sistema de letras de cambio que permitió ampliar los acuerdos multilaterales. Por supuesto, pasó algún tiempo antes de que se consolidara la confianza y afluyera el dinero, pero en 1660 como más tarde Amsterdam desempeñaba un papel indiscutible como centro de un sistema de pagos multilaterales y lo siguió desempeñando al menos hasta 1710 [133]. Por lo que respecta a las restricciones

plata en el siglo XVII a fin de suministrar al gran mercado de metales preciosos de Amsterdam el metal blanco que se requería urgentemente para exportar al Báltico y al Lejano Oriente» (1977, p. 297).

[130] Barbour (1963, pp. 44-45).

[131] Véase Barbour (1963, p. 46), quien señala que en las dos crisis políticas inglesas de este siglo, hubo individuos que se llevaron sus fondos a los Países Bajos. Del mismo modo, Castillo señala el «curioso acontecimiento» de la llegada a Amsterdam en 1649 de cuatro navíos con más de tres millones de ducados en barras y piñas. Según él, estos navíos eran probablemente propiedad de marranos que repatriaban su dinero a causa de la bancarrota española de 1648. «El capitalismo, cuando hay en juego importantes intereses, sabe hacer abstracción de ideologías y fronteras» (1964, p. 314). De Roover dice que «en la segunda mitad del siglo XVII, Amsterdam desplazó a Génova como mercado mundial de metales preciosos» (1974b, p. 227).

[132] Glamann (1974, p. 510).

[133] Parker (1974a, pp. 550-51). Su mapa muestra la clara ventaja de Amsterdam sobre Londres como centro de intercambio hacia 1700. Vilar piensa que esto siguió siendo cierto hasta 1763 (1974, p. 257). Véase también Homer (1963, p. 174) y Glamann (1977, p. 261). El hecho de que Amsterdam fuera el *único* centro financiero hasta 1763 en el que los comerciantes podían extender o aceptar letras de cambio procedentes de Rusia ilustra muy bien hasta qué punto se había generalizado la confianza y, por consiguiente, la afluencia de dinero. Véase Knoppers (1977a, pp. 13-14).

a la exportación de metales preciosos, las Provincias Unidas fueron la gran excepción entre los Estados en la era del mercantilismo: los metales preciosos pudieron salir de las Provincias Unidas casi con la misma facilidad con la que entraban. Esta es precisamente la razón de que entraran en tan gran cantidad[134]; por otra parte, esta política sólo era posible precisamente cuando entraban metales preciosos. El fenómeno, pues, como tantos otros, tuvo un efecto multiplicador, al contribuir cada acto a hacer posible el siguiente, hasta llegar finalmente a su culminación.

La solidez de los depósitos y cambios hizo posible una función crediticia que en el caso del *Wisselbank* se inició en 1683. En primer lugar hubo «anticipos» para los depositantes y luego «créditos de aceptación», operaciones no vinculadas ya a las funciones de Amsterdam como centro de distribución, y esencialmente créditos a operaciones en plazas distantes[135]. Los holandeses desarrollaron un crédito basado en depósitos específicos que fue «singularmente estable», dado que los «costes de sustituir las letras por un envío de metales preciosos en cualquier moneda se reducían notablemente»[136], puesto que el *Wisselbank* era precisamente el almacén de estos metales pre-

[134] Véase Deyon (1969, p. 38). Véase también Vilar: «Para los holandeses, los metales preciosos eran una mercancía como cualquier otra, cuya importación y exportación resultaba rentable» (1974, p. 251). Morineau indica, sin embargo, que una vez que se estableció este sistema, fue poca la cantidad de oro y plata que realmente tuvo que ser exportada, al menos a las áreas periféricas de la economía-mundo como el Báltico, a diferencia de las arenas externas como las Indias Orientales y el Levante. «En última instancia, es al funcionamiento *económico* de la *economía* de las Provincias Unidas [y no al financiero], tanto en sus circuitos externos como en los internos, al que tenemos que volver (1972, p. 4).

[135] Véanse Van Dillen (1974b, pp. 179-85) y Klein (1970, pp. 39-40). Véase también Barbour (1963, p. 53), que dice: «La libertad de exportar metales amonedables, que en el siglo XVII escaseaban en todas partes, contribuyó a estabilizar los tipos de cambio en Amsterdam, fomentando así la circulación de letras de cambio como instrumentos de crédito negociables, cuyo descuento y cuya venta se convirtieron en una importante actividad en la ciudad». La posición central de Amsterdam para las letras de cambio no sólo facilitó el comercio en general, sino que además resultó ser sumamente rentable como operación bancaria. Bogucka indica que las transferencias por los banqueros holandeses de grandes sumas a los comerciantes de Danzig por medio de letras de cambio «no sólo constituían un medio de transferir fondos, sino que además daban lugar a operaciones especulativas independientes llamadas cambio arbitrio, que [...] en la primera mitad del siglo XVII permitían obtener en pocas semanas beneficios del 6,5 al 8 por ciento y a veces del 10 al 12 por ciento del capital invertido. En esa época, el tipo de interés en la propia Holanda apenas alcanzaba un 3 o un 4 por ciento» (1972, p. 10).

[136] Van der Wee (1977, p. 342).

ciosos. Finalmente, la estabilidad de la moneda holandesa hizo que sus monedas comerciales *(negotiepenningen)*, tanto de plata como de oro, fueran de tal «calidad garantizada» que se convirtieron en el metálico preferido en el comercio mundial, haciendo mella incluso en los reales de a ocho españoles [137]. El flujo de capital financiero creó y mantuvo a su vez unos tipos de interés bajos, que atrajeron más capital. El tipo de interés se redujo en más de la mitad en Holanda a lo larco del siglo XVII, obligando a bajar a los tipos de interés de Inglaterra, Francia e incluso Suecia, aunque estos últimos no llegaron a ser nunca lo bastante bajos como para competir eficazmente [138]. Los tipos de interés bajos, a su vez, nos llevan al tema de las inversiones, la otra fuente de beneficios financieros. Al ser tanto el principal mercado monetario de Europa como el principal control de distribución, Amsterdam pudo reducir de forma significativa los costos de exploración, negociación y aplicación del capital en préstamo y fomentar así la inversión en general [139]. Al ser la sociedad tecnológicamente más avanzada de la época, las Provincias Unidas pudieron también exportar su tecnología, otra faceta para asegurar la entrada de capital financiero [140].

La expansión de la inversión en el país y en el extranjero

[137] *Ibid.*, p. 340.

[138] Véanse Klein (1970, p. 38) y Homer (1963, pp. 137 y 179). Homer compara los tipos de interés holandeses, ingleses y franceses para tres tipos de préstamos —las anualidades de los censos, las hipotecas y otras deudas a largo plazo; los préstamos comerciales a corto plazo, y los depósitos a corto plazo— en la primera y la segunda mitad del siglo XVII. En cinco de las seis comparaciones, el tipo de interés holandés es el más bajo; en la restante es ligeramente mejorado por el inglés. Ringrose sugiere que el origen de los bajos tipos de interés está en «la tremenda concentración de capital líquido con fines militares en los Países Bajos» durante el período comprendido entre 1566 y 1648 (1973, p. 291).

[139] Véanse North y Thomas (1973, pp. 139 y 142) y Reed (1973, pp. 182-83). Véase Klein (1969, p. 14) a propósito de las inversiones en reservas. En Barbour (1963, pp. 104-29) hay un análisis de los préstamos e inversiones exteriores holandeses. A propósito de las inversiones en las crecientes deudas de los países europeos en el siglo XVIII, véase Wilson (1977a, p. 27): el dinero se dirigía «sobre todo [a] Inglaterra, donde las decisiones de los inversores holandeses eran lo bastante importantes como para ser tenidas en cuenta por los sucesivos ministros de Hacienda».

[140] Ya en 1628, Cornelius Vermuyden llegaba a un acuerdo con Carlos I para drenar Hatfield Chase. Véase Cunningham (1897, pp. 209-10). Dickens habla de la «colonización técnica de Inglaterra» por los holandeses en el siglo XVII (1976, p. 8). Véase también Wilson a propósito de la exportación de la tecnología del drenaje, la construcción naval y las técnicas agrícolas (1968, pp. 77-91). A propósito del drenaje de tierras ganadas al mar, véase el artículo de L. E. Harris. Fue sólo a finales del siglo XVII cuando «el drenaje de las marismas [inglesas ...] dejó de ser una prerrogativa de los neerlandeses» (1957, p. 322).

fue rentable para los capitalistas holandeses y favoreció a la balanza de pagos del Estado, pero ¿favoreció a la economía global del Estado? Ha habido un curioso debate en los últimos años, con ribetes mercantilistas, sobre el supuesto de que la «decadencia» de los holandeses se debió en cierto modo a que la inversión de capitales fuera de las Provincias Unidas y en especial en Inglaterra. Pero quienes defienden esta tesis olvidan que la preocupación del inversor es maximizar las ganancias, y no reforzar al Estado [141]. Hablaremos nuevamente de esto al analizar el desarrollo de las finanzas inglesas. Por el momento, limitémonos a recordar con Van Dillen que la creación de capital fue de «gran importancia [...] para la posición económica y política de la República. No hay más que pensar en la adquisición de aliados por medio de subsidios» [142], forma de inversión del Estado que reforzó la de los particulares. En realidad, no podemos concluir esta historia de la hegemonía holandesa sin examinar directamente el papel del Estado. Las Provincias Unidas fueron al parecer la gran excepción al predominio de la ideología mercantilista en el siglo XVII. De este hecho, muchas personas sacan la curiosa idea de que el Estado holandés era débil. Me parece que ocurría exactamente lo contrario: en el siglo XVII el Estado holandés era el *único* Estado de Europa con la suficiente fuerza interna y externa como para que su necesidad de una política mercantilista fuera mínima.

Pasemos brevemente revista a la naturaleza de la ideología y de las prácticas para considerar luego esta fuerza interna y externa de las Provincias Unidas. En los primeros momentos de su historia, Amsterdam había seguido, como es lógico, una política proteccionista muy estricta [143], que al nivel de las ciudades no desapareció por completo ni siquiera en el siglo XVII [144]. Además, había muchos que ponían objeciones a la falta de proteccionismo a nivel federal. A medida que avanzaba el siglo, los sectores agroindustriales perdieron su ventaja y reclamaron

[141] Marx, describiendo las inversiones de Holanda en el exterior en el siglo XVIII como consecuencia de la pérdida de su supremacía comercial, decía: «Su patria había comenzado a estar allí donde se pagaba más interés por su capital» (1969, p. 93).

[142] Van Dillen (1974a, p. 207).

[143] Véase Glamann (1974, p. 457).

[144] «Las ciudades protegían y subvencionaban la industria. La construcción naval es un excelente ejemplo. Las facilidades a la construcción de buques fueron una forma de subvención. Los reglamentos de los gremios de constructores navales incluían muchas otras formas» (R. W. Unger, 1978, página 114).

aranceles, aunque con escaso éxito[145]. Tampoco se mostraron los Estados Generales partidarios de las represalias arancelarias en sus luchas con los ingleses y los franceses[146]. El papel del Estado estaba claro en cuestiones ajenas a la protección: crear las condiciones para el éxito de la empresa privada. Tan pronto como hubo un gobierno autónomo en los Países Bajos, «las pesquerías se convirtieron en el principal motivo de inquietud para el gobierno»[147]. A fin de controlar la calidad, Guillermo de Orange convocó en 1575 a los representantes de los cinco puertos pesqueros y mediante una serie de leyes, de 1580 a 1582, creó una organización colegiada para controlar la industria del arenque[148]. Más importante todavía fue la creación de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales, que fue en buena medida una respuesta a la anarquía del mercado libre mundial de productos coloniales y al consiguiente *dumping*. Stols afirma que su importancia residió en la «intervención del Estado en el comercio y la economía» y que la reacción de las dos Compañías «podría ser calificada casi de nacionalización *avant la lettre*», es decir, una forma de tratar de unificar un mercado hasta entonces internacional bajo un solo monopolio nacional[149].

El Estado holandés defendía los intereses de sus empresarios y al hacerlo se preocupaba poco de la coherencia ideológica. La ideología de la hegemonía holandesa era la del *mare liberum*, convincentemente expresada por Grotius en su libro, publicado en 1609, el año de la tregua. Sin embargo, como escribía amargamente Sir George Downing a Lord Clarendon el 20 de noviembre de 1663: «Es *mare liberum* en los mares ingleses, pero *mare clausum* en la costa de Africa y en las Indias Orientales»[150].

[145] Sin embargo, estos intereses tenían que ser apaciguados. En 1681, en un momento de dificultades económicas, se llegó a un compromiso entre los comerciantes de cereales de Amsterdam y los productores agrícolas de Zelanda. Los primeros consiguieron la abolición de los derechos de exportación (y reexportación), pero los segundos consiguieron un aumento de los derechos de importación. Véase Jeannin (1969, p. 74), quien me ha informado de que dos artículos de Van Dillen sobre Holanda (1917 y 1923) contienen los detalles de la controversia y el compromiso político. También hay que señalar que «a lo largo de los siglos XVII y XVIII, la exportación de materias primas para la construcción naval, tales como cuerdas y mástiles, fue declarada ilegal en ciertos momentos» (R. W. Unger, 1978, p. 115).

[146] Véase Deyon (1969, p. 38).

[147] Beaujon (1884, p. 30).

[148] Michell (1977, p. 148).

[149] Stols (1976, p. 39).

[150] Citado en Geyl (1964, II, p. 85). Véase Meilink-Roefolsz (1968, p. 71). Véase también Goslinga a propósito del Caribe: «El imperio colonial holandés, construido en la primera mitad del siglo XVII, comenzó con el

No hay nada extraño en todo esto [151]. Las Provincias Unidas eran la potencia dominante y «el liberalismo se acomoda bien a las economías dominantes» [152]; pero cuando el liberalismo entra en conflicto con la posibilidad de una dominación continuada, lo más probable es que no dure. Esta es la razón de que la estructura «liberal» y descentralizada del Estado holandés pueda ser considerada como un indicio de fuerza y no de debilidad. No es que las estructuras descentralizadas sean siempre un signo de fuerza. En una zona periférica como Polonia, el auge de las Dietas y los reyezuelos locales fue un signo de periferialización. En una potencia *hegemónica,* por el contrario, esta estructura es signo de fuerza *en relación con las otras potencias del centro,* que precisamente necesitan incrementar su centralización administrativa para tratar de superar la ventaja económica de la potencia hegemónica.

¿Cuál era la estructura de las Provincias Unidas? Los detalles cambiaron desde la época de la Unión de Utrecht en 1579 hasta la época del derrumbamiento del Estado descentralizado con la creación de la República Bátava en 1795; pero la realidad de cada una de las variaciones sucesivas no fue demasiado diferente. Ya en 1576, siete Estados (o provincias) —Güeldres,

principio del mar libre. Sin embargo, una vez que el mar quedó limpio —una vez que el poderío marítimo español dejó de ser un peligro real para los holandeses— estos últimos perdieron su interés por los nobles principios expuestos por su más destacado filósofo y, de buena gana, aceptaron la tesis ibérica de un *mare clausum* [frente a los ingleses]» (1971, p. xiv).

[151] Heckscher, sin embargo, se extraña. «Se dio entonces la paradójica situación de que los Países Bajos, ideal de todo mercantilista, se veían menos afectados por las tendencias mercantilistas que la mayoría de los demás países. La única explicación es que los Países Bajos habían sido idealizados» (1935, I, p. 359). Esta es, por supuesto, la única explicación imaginable si se llevan puestas las anteojeras ideológicas del liberalismo económico y no se piensa en las relaciones, sino los atributos. Compárese la tesis de Heckscher con la de Schmoller: «La lucha heroica de los holandeses por conseguir la libertad religiosa y librarse del yugo español aparece, cuando se observa bajo una 'luz clara' como una guerra de un siglo por la conquista de las colonias de las Indias Orientales y un corso igualmente largo contra las flotas de la plata del comercio español e hispanoamericano. Estos holandeses, tan alabados por los ingenuos librecambistas de nuestros días a causa de los bajos aranceles de su época, fueron desde un principio los más decididos y belicosos de los monopolistas que el mundo ha conocido» (1897, p. 65).

[152] Deyon (1969, p. 40). Glamann llama al liberalismo una «actitud pasiva» del Estado y dice que «en la medida en que, en cierto sentido, la política gubernamental no es nunca neutral en el proceso económico», es evidente que «esta actitud pasiva fue precisamente la más conveniente para el desarrollo del comercio de distribución en Amsterdam» (1977, páginas 273-74).

Holanda, Zelanda, Utrecht, Frisia, Overijssel y Groninga— acordaron enviar delegados a unos Estados Generales. Cada Estado tenía en ellos un voto y las decisiones habían de ser tomadas por unanimidad. Había además un órgano ejecutivo bastante débil llamado Consejo de Estado. La flota, que era la institución militar clave, estaba bajo la dirección de cinco colegios del Almirantazgo. El Estado más importante, Holanda, tenía también una complicada estructura gubernamental; su principal cuerpo legislativo, los Estados de Holanda, estaban compuestos por 18 representantes de las diversas ciudades y un representante de la nobleza en general. No había monarca en las Provincias Unidas. El equivalente más próximo era el estatúder, un funcionario provincial. Los príncipes de Orange eran, de costumbre, estatúderes de varias provincias (pero no de todas) simultáneamente, con excepción, por supuesto, de los dos «períodos sin estatúder». Sería difícil imaginar una estructura en apariencia menos susceptible de funcionar eficazmente o incluso de funcionar a secas.

En realidad, funcionó muy bien, aunque no sin fricciones y violencias. (A nivel individual, pocos acontecimientos en la época son comparables al linchamiento de Johan de Witt en La Haya en 1672, año conocido en la historia holandesa como el «año del desastre».) Sin embargo, si compara las disensiones internas de las Provincias Unidas con las de Inglaterra y Francia, ningún analista razonable podrá pasar por alto que los Países Bajos fueron menos turbulentos que las otras dos potencias; divisiones internas de las capas superiores no desgarraron tanto al país y las capas inferiores fueron menos rebeldes. Para explicar esto debemos señalar, en primer lugar, que la estructura oficial del gobierno ocultaba (aunque sólo ligeramente) otra estructura real. Desde el punto de vista financiero, Holanda sufragaba casi el 60 por ciento de los gastos del gobierno, y Amsterdam la mitad de esta suma. El principal funcionario administrativo a nivel provincial era el abogado del país. El cargo fue rebautizado más tarde con el nombre de pensionario general, conocido como el gran pensionario por los extranjeros, y este funcionario se convirtió prácticamente en el primer ministro de las Provincias Unidas, llegando a actuar como presidente en los «períodos sin estatúder»[153].

[153] Véanse Kossmann (1970, pp. 362-65), van Hoboken (1960, p. 46), Renier (1944, p. 52), Burke (1974, p. 44) y Wansink (1971). «Paradójicamente Holanda defendía con ahínco el gobierno federal, pero en la práctica esto hacía que pudiera dirigir la república en mayor medida gracias a un complejo sistema semicentralizado» (Schöffer, 1973, p. 92).

El poder de este funcionario derivaba del hecho de que los Estados Generales y los Estados de Holanda se reunían en el mismo edificio de La Haya, de la continuidad procurada por la práctica excepcional de que el gran pensionario asistiera a los Estados Generales año tras año, del hecho de que Holanda era el centro económico y cultural de toda la actividad holandesa y del hecho de que Amsterdam controlaba la importación de los cereales con que se alimentaba casi la mitad de la población [154]. Si había alguna duda de la preeminencia de Amsterdam a comienzos del siglo XVII, desapareció totalmente en el primer «período sin estatúder» de 1650-1672, en que el ascendiente de Holanda se convirtió en «el aglutinante que mantuvo unido al país» y en que la política exterior «se subordinó a los intereses del comercio» [155], como corresponde a una potencia hegemónica. Amsterdam corrió con los gastos y en este período en especial «se sintió autorizada a marcar el paso» [156]. ¿Por qué habría que preocuparse, pues, de centralizar el Estado si se podía conseguir lo que se quisiera sin él? Lo que Renier y luego Wilson han llamado la «dictadura social de la clase media alta» [157] fue sin duda aprovechado por sus adversarios internos —los contrarremonstrantes frente a los remonstrantes, los orangistas frente a los loevesteinerianos—, hasta que fue quizá minado por un lento proceso de «aristocratización» [158], si bien los intereses de la capa dominante no estuvieron nunca realmente amenazados por unos iguales socialmente más conservadores. Como señala Kossmann acertadamente: «Los príncipes de Orange rara vez pretendieron imponerse a la plutocracia holandesa y nunca fueron capaces de hacerlo» [159].

[154] «Grande era el poder de Amsterdam en los años en que había escasez de trigo en el país», por ejemplo en 1628-1630 (Van Dillen, 1964, p. 145).

[155] Franken (1968, pp. 2, 4). Véanse también Burke (1974, pp. 42-43), Carter (1975a, p. 1) y Riemersma (1950, p. 39). Sin embargo, sobre los límites de la capacidad de Amsterdam de determinar la política a seguir, véase Rowen (1974).

[156] Boxer (1965, p. 90). El paso de Amsterdam era muy rentable para ella. Albers señala que a partir de 1650 «el comercio con el Mediterráneo y el Báltico se concentrá cada vez más en Amsterdam, hasta que finalmente la ciudad lo monopolizó» (1977, p. 86).

[157] Renier (1944, pp. 16-24) y Wilson (1968, p. 47). Boxer señala específicamente su coincidencia con Renier en este punto (1965, p. 11).

[158] Véase el análisis en Roorda (1964, p. 119, y 1967, pp. 196-97). Van Dijk y Roorda ponen en guardia contra una exageración de este fenómeno. «No fue cuestión de una continua aristocratización que impidiera toda movilidad social hasta finales del siglo XVIII» (1976, pp. 101-2).

[159] Kossman (1970, p. 365) Haley señala igualmente que aunque la lucha de los orangistas contra la «plutocracia» recibió el apoyo de los elementos urbanos-de las clases bajas y por consiguiente tuvo «todos los requi-

Tampoco estuvo esta capa realmente amenazada desde abajo; sus miembros pagaron el precio de la paz social. El bienestar social holandés, y el de Amsterdam en particular, suscitó la «admiración sin reservas» de los visitantes extranjeros, quienes quizá no advirtieron que el dinero venía en buena parte de las propiedades confiscadas a la Iglesia católica [160]. No importa: también otros países confiscaron propiedades en los siglos XVII y XVIII a la Iglesia sin «velar tanto por los pobres» [161]. No deberíamos hacernos ninguna ilusión sobre la realidad social del Estado del bienestar holandés. Las ganancias generales del capitalismo holandés «apenas beneficiaron a la mayoría del pueblo». Los salarios reales, que a lo sumo subieron ligeramente al principio, bajaron a lo largo del siglo [162]; la prosperidad nacional fue acompañada de la «mayor pobreza entre muchos grupos de trabajadores» y casi la mitad de la población de Amsterdam vivía en «mugrientos interiores, sótanos y cuevas» [163].

¿Cómo es posible que hubiera, sin embargo, una relativa paz social? Un importante factor fue que para algunas personas el descenso en los ingresos reales fue contrarrestado por las prestaciones sociales, que eran *muy superiores a las de otros Estados del centro* [164]. Un segundo factor fue que la reputación de Amsterdam por sus beneficios hizo de esta ciudad «la estrella polar de los desempleados y subempleados de los países vecinos». Este secreto fue redescubierto en época posterior por Nueva York. Una vez se generalizó la creencia de que «las calles de Amsterdam estaban pavimentadas de oro» [165], emigraron a ella trabajadores de todas partes, lo que no hizo sino que empeorara la situación laboral de los obreros residentes en la ciudad, que aquellos que tenían unas migajas de más se aferraran a ellas y que todos los emigrantes se sintieran deslumbrados por las posibilidades de promoción individual. Todo lo que se necesitaba era poder, prosperidad, una pequeña cantidad de liberalidad y un asomo de movilidad social: en resumen, la típica política social de una potencia hegemónica.

La fuerza en el país corrió parejas con la fuerza en el exterior. En la primera mitad del siglo XVII, la flota holandesa

sitos de una guerra civil y una revolución social», los orangistas acabaron por echarse para atrás. «En última instancia, eran también aristócratas y defensores del orden social existente» (1972, p. 83).

[160] Boxer (1965, p. 55).

[161] Wilson (1968, p. 53).

[162] Klein (1969, p. 9); véase también J. de Vries (1978, p. 303).

[163] Boxer (1965, pp. 54-55).

[164] Véase Klein (1969, p. 9).

[165] Boxer (1965, p. 58).

dominó los mares, en la medida en que es posible que una flota los domine[166]. España, por supuesto, había precedido a Holanda como potencia naval dominante. Los holandeses habían ayudado a los ingleses a poner fin a la «invencibilidad» de España en 1588, pero todavía en 1600 la fuerza naval española seguía siendo más fuerte que la de holandeses e ingleses juntos[167]. Las sucesivas victorias navales cambiaron el panorama. El «escudo naval» en el Caribe antes mencionado fue afianzado en 1634, cuando los holandeses se apoderaron de Curaçao. En 1645, la flota holandesa se hizo con el control del Sund por vez primera[168]. Así, como escribió el gran teórico del poder marítimo, el almirante Mahan, «las Provincias Unidas debieron su consideración y su poder a su riqueza y a su flota»[169]. Este poder fue, sin duda, disputado en el período comprendido entre 1651 y 1678, época en que la hegemonía holandesa alcanzó su punto culminante; en la época de las guerras de finales del

[166] En una conversación privada, el difunto Stein Rokkan me sugirió un importante factor en la capacidad de la economía-mundo europea de resistirse a su transformación en un imperio mundial: estaba construida en torno a los mares más que en torno a la tierra, y los mares son por principio más difíciles de conquistar que una masa de tierra. Por el momento, le dejo toda la responsabilidad de esta interesante sugerencia. A este respecto, véase la valoración que hizo P. Anderson de la opción inglesa: «Aunque el costo por unidad fuese mayor, el costo total de la construcción naval y de su mantenimiento eran mucho más bajos que los de un ejército permanente [...] Sin embargo, el producto conseguido a lo largo de los siglos siguientes habría de ser mucho más alto» (1974a, p. 135).

[167] Véase Cooper (1970, p. 227). En 1659, tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo, la flota española era más débil que la de las Provincias Unidas o la de Inglaterra (y poco después era también más débil que la de Francia).

[168] Polišenský (1971, p. 236).

[169] Mahan (1889, p. 97). Franken afirma además que éste era el *único* camino posible al poder: «Es también indudable que las reservas financieras no eran lo suficientemente grandes como para pagar un ejército que a largo plazo sería necesario para una política activa en tierra, además de una poderosa armada para guardar las costas y las largas rutas comerciales» (1968, p. 6). Sin embargo, no hay que olvidar al ejército holandés. Durante el período de la tregua, de 1609 a 1621, «la creciente riqueza permitió a los holandeses hacerse no sólo con la mayor armada del mundo, sino también con el único ejército permanente de Europa remotamente comparable en fuerza con el de España» (Israel, 1977, p. 38). Esta fue la consecuencia de las reformas de Mauricio, que implicaron un mejor uso de los soldados, unas unidades tácticas más pequeñas e innovaciones en la guerra de asedio. Roberts señala que estas reformas tuvieron dos requisitos previos: «El primero fue que los ejércitos holandeses estuvieran bien pagados y sobre todo cobraran con puntualidad [...] La segunda condición fue un eficaz sistema de instrucción». Las reformas holandesas «parecieron transformar el arte de la guerra» a los ojos de los contemporáneos (1958, pp. 185, 187).

siglo XVIII, Holanda se había convertido en una potencia militar de segundo orden en comparación con Francia e Inglaterra. Pero esto fue precisamente la consecuencia de la hegemonía económica holandesa. Llegó un momento, a mediados del siglo XVII, en que las ventajas económicas acumuladas parecieron tan imposibles de ser superadas que ingleses y franceses decidieron que los «holandeses debían ser expulsados del campo por la fuerza»[170]. Por supuesto, incluso en términos puramente económicos, la hegemonía no puede durar en un sistema capitalista, pero no se puede culpar a los ingleses y franceses por sentirse irritados. Sostenemos, pues, que el Estado fue el instrumento esencial usado por la burguesía holandesa para consolidar una hegemonía económica que habían conseguido, primero, en la esfera de la producción para extenderla luego al comercio y las finanzas. Los Estados rivales del centro y las potencias semiperiféricas serían igualmente instrumentos esenciales en el proceso posterior de destrucción de esta hegemonía.

¿Y qué sucedió con la esfera cultural? ¿No hubo espacio para las ideas, los valores, la ciencia, el arte, la religión, el lenguaje, las pasiones y los matices? Por supuesto que lo hubo, pues las culturas son la forma con que la gente reviste sus intereses e impulsos político-económicos para expresarlos, ocultarlos, extenderlos en el espacio y en el tiempo y preservar su recuerdo. Nuestras culturas son nuestras vidas, nuestro fuero más interno, pero también nuestro fuero más externo, nuestra individualidad personal y colectiva. ¿Cómo podría, pues, no haber una expresión cultural de la hegemonía? Esta expresión no equivale en todos los casos a dominación cultural. Las potencias del centro dominan a menudo a las zonas de la periferia imponiendo un sentimiento de inferioridad a sus habitantes con respecto a su cultura, pero es poco probable que una potencia hegemónica sea capaz de hacer lo mismo con otras potencias del centro. Todo lo más, en este último caso, la cultura de una potencia hegemónica puede servir de modelo[171], especialmente de modelo tecnológico; pero las culturas son precisamente el terreno donde se produce la resistencia a la hegemonía, donde se hacen llamamientos a los valores históricos de las «civilizaciones» establecidas contra la superioridad temporal del merca-

[170] Andrews (1915, p. 542).

[171] «Por muy cautos que fueran los regentes al considerar el hecho, las Provincias Unidas eran en 1621 una gran potencia, el modelo de una civilización que por su propia existencia se convirtió en el ideal de miles de personas en toda Europa» (Polišenský, 1971, p. 162).

do. Esto sigue siendo cierto hoy y no lo era menos en el siglo XVII.

Por el contrario, las potencias hegemónicas tienden a deslumbrar culturalmente, y sus críticos suelen afirmar que las uvas están verdes. En primer lugar, tienen la necesidad material y los medios materiales para desarrollar una actividad científicamente productiva, y esta productividad se refleja en las artes. En segundo lugar, la política del liberalismo consiste en fomentar la expansión cultural, tanto más cuanto que esta política de puertas abiertas provoca con frecuencia la afluencia de personalidades culturales de todas partes. En tercer lugar, la riqueza engendra el lujo, que se alimenta de productos culturales aun cuando mine la base material de la propia riqueza. Obviamente, la ciencia aplicada fue de importancia esencial para Holanda. Los progresos tecnológicos de los siglos anteriores fueron precisamente uno de los factores clave para la eficiencia angroindustrial holandesa. En el siglo XVII, los holandeses se esforzaron por exportar esta tecnología, y ya hemos mencionado esta transferencia como fuente de capital financiero. Por supuesto, fue también un signo de impacto cultural. En todo el mundo europeo, en Inglaterra, Francia, Italia, Dinamarca, Prusia, Polonia, había «holanderías», aldeas de emigrantes holandeses que construían diques y avenaban la tierra [172]. Al tiempo que exportaban sus conocimientos agrícolas, los holandeses empleaban sus energías en mejorar su tecnología naval, tratando de reducir los costos sobre todo mediante el perfeccionamiento de las técnicas de navegación [173].

Al describir el modo en que los soberanos ingleses fomentaron la emigración de hábiles artesanos holandeses a Inglaterra entre 1669 y 1750, Clark dice que una de las razones por las que acudieron allí los holandeses fue que en su país se enfrentaban con una fuerte competencia, difícilmente comparable con las «mayores oportunidades de un país atrasado» como Inglaterra. Porque en el siglo XVII se daba el caso de que «por oscuro que fuese el trabajo, si exigía habilidad [...] no era de extrañar encontrar en él a un holandés» [174]. Tampoco era de

[172] Véase el mapa en Van Veen (1950, p. 56).

[173] Wilson señala que esta tarea exigió grandes logros en muchas ramas de la tecnología simultáneamente, para lo que fueron necesarios «los talentos de matemáticos, grabadores, impresores, cartógrafos, fabricantes de instrumentos, pulidores de lentes» (1968, p. 92).

[174] Clark (1960, p. 16). Glamann indica que un tercio y la mitad de los habitantes de ciudades como Norwich y Colchester, que se especializaron en los nuevos paños, eran de «origen neerlandés» (1977, p. 253). Es sin duda cierto, como sugiere Wilson, que «las innovaciones económicas son

extrañar, pensándolo bien, que hubiera «lazos especiales» con Escocia[175]. Los lazos comerciales se reforzaron con las afinidades religiosas, lo que hizo que generaciones de escoceses acudieran a recibir educación universitaria en los Países Bajos. Este es otro de los eslabones en la cadena que explica la Ilustración escocesa de finales del siglo XVIII, factor crucial a su vez en el desarrollo industrial británico. El progreso científico no depende de la libertad intelectual, pero ésta es sin duda una forma de estimularlo, y es además una forma propia de las potencias hegemónicas. Una curiosa paradoja es, sin embargo, que el liberalismo intelectual tiene siempre un aspecto peligroso, muy especialmente a nivel interno. Su lógica puede muy bien no respetar los compromisos políticos entre las facciones de las capas dominantes y sus consignas pueden muy bien alentar la rebelión de las capas inferiores. Así pues, es el medio que las potencias hegemónicas utilizan para fomentar una cultura de libertad pero limitándola para indicar sus límites (sobre todo a nivel interno), erigiendo barreras ideológicas infranqueables a fin de salvaguardar las ventajas políticas y económicas de los intereses dominantes sin pagar las consecuencias.

Veamos ahora lo que significó esto para las Provincias Unidas. Por una parte, Holanda fue «un refugio para los filósofos»[176], incluidos Descartes, Spinoza y Locke, las tres grandes luminarias del pensamiento del siglo XVII. Descartes encontró en Holanda una tranquilidad y una seguridad que le habían sido negadas en Francia. Spinoza fue expulsado por excomunión del *Jodenbreestraat*, el barrio de los judíos sefardíes, refugiándose en los distritos más amistosos de los burgueses. Locke buscó refugio en Holanda, adonde fue huyendo de las iras de Jacobo II, hasta la época feliz en que un holandés se sentó en el trono de Inglaterra. Por supuesto, hubo muchos más intelectuales perseguidos, como Comenius, Jurieu y Bayle, que dieron gracias al cielo por la existencia de Amsterdam y Rotterdam[177]. Fue sin duda una tierra de asilo para los hugonotes franceses, pero los holandeses eran liberales y acogían por igual a hugonotes y jansenistas, a puritanos, realistas y *whigs*, e incluso a socinianos polacos. Todos ellos se beneficiaron del

invariablemente efímeras, al ser fatalmente fáciles de imitar» (1968, p. 39), pero la cuestión es quién lleva a cabo las innovaciones.

[175] Wilson (1968, p. 178).

[176] *Ibid.*, pp. 165-77.

[177] Sobre las diferentes formas en que Jurieu y Bayle reaccionaron a su exilio, véase E. Labrousse (1967).

axioma comercial de Holanda: «Prohibir lo menos posible; aceptar lo que te ofrezcan de cualquier parte» [178]. Esta actitud no suponía simplemente una apreciación gratuita por parte de los holandeses más cultos; era un buen negocio para todos los implicados. Por una parte, Holanda atraía a los intelectuales por sus «altos salarios y buenas condiciones de trabajo» [179]: la fuga de cerebros no es un invento reciente [180]. Por otra, la libertad que tenían los miembros de las múltiples oposiciones nacionales de la economía-mundo europea para imprimir lo que quisieran en Holanda [181] hizo que los regentes «se aprovecharan de las ventajas económicas derivadas de la venta de libros y folletos» [182], con lo que el «medio providencial de expresión» [183] para unos representaba una ganancia comercial para otros.

Sin embargo, esta moneda tenía otra cara. En 1592, justo cuando se iniciaba la transición de las Provincias Unidas a la condición de potencia mundial, estalló la primera controversia arminiana. En los gloriosos días de la teología protestante, cuando todo era gracia y salvación, Jacobus Arminius quiso arrancar la rama más espinosa de la lógica calvinista, la para-lógica [184] o psico-lógica de la predestinación, la doctrina de la reprobación positiva. Arminius rechazó la tesis de que la gracia es salvación, tesis defendida por su principal adversario, François Gomar. Como alternativa, Arminius mantenía que la gracia es el requisito previo e indispensable para la salvación, el necesario instrumento de la salvación. Esta puede ser, para las ofuscadas

[178] Jeannin (1969, p. 103).

[179] *Ibid.*, p. 102.

[180] «El semi-*laissez-faire* de la República Holandesa [con su política de libertad de inmigración ...] supuso para el nuevo 'Estado' un incremento vital de su capacidad manufacturera, mercantil y financiera, una red de relaciones personales en el mundo de los negocios y una enorme aportación de capital y barcos [...] Sin ellos, el progreso de los holandeses habría sido menor y más lento» (Wilson, 1977a, p. 18).

[181] Beutin dice que fue el único lugar de Europa en el siglo XVIII con una «prensa relativamente libre» (1939, p. 110).

[182] Haley (1972, p. 124).

[183] Wilson (1968, p. 163). Como dice Vilar: «El espíritu de libertad expresa la superioridad holandesa del momento en materia de comercio» (1974, p. 251). Tendríamos que dar un largo rodeo para argumentar la relación entre el maravilloso período del arte holandés, el «naturalismo» y el carácter de «clase media» del estilo, y las condiciones reinantes. Baste recordar el aspecto pragmático de la situación, subrayado por Wilson: «Lo que mantuvo con vida a la profesión [artística] fue la persistencia de la demanda, más que cualquier expectativa de altas recompensas» (1968, página 124).

[184] La frase se encuentra en Chaunu. Véase su análisis de «Dordrecht, el mayor negocio del siglo» (1966a, pp. 470-74). «*Tout va se jouer en Hollande*».

mentes del siglo XX, una distinción insignificante, pero condujo al mayor debate teológico de la Holanda del siglo XVII y probablemente de la Europa cristiana[185]. A pesar del fuerte apoyo que los arminianos parecen haber tenido en un principio en los círculos económicos y políticos de Holanda, perdieron a corto plazo la batalla cuando, en el sínodo de Dordrecht, celebrado en 1619, los contra-remonstrantes (gomaristas) vencieron a los remonstrantes (arminianos) y consiguieron que éstos fueran expulsados del Estado. Por supuesto, a largo plazo los arminianos no perdieron realmente. Esta es la historia.

¿Qué era lo que estaba en juego? Según el historiador holandés G. J. Renier, la formulación arminiana significaba que el individuo podía oponerse a la gracia o perderla, con lo que «los remonstrantes preservaron un fragmento de la libertad y la dignidad humana. Fueron los verdaderos hijos del humanismo». Quizá, pero ¿quién defendía el humanismo?[186]. Los arminianos eran claramente una minoría social, pero una minoría poderosa porque su base política era producto de sus lazos sociales con los patricios-comerciantes[187]. Por otra parte estaban

[185] En mi opinión, Chaunu tiene toda la razón cuando dice que este debate, al menos en el siglo XVII, es más importante que el debate entre católicos y protestantes. El debate entre arminianos y gomaristas fue paralelo, como recuerda Chaunu, a la polémica entre molinistas y jansenistas dentro de la Iglesia católica. También está en lo cierto al llamar al arminianismo el «antecesor de la herejía liberal del siglo XIX» (1962a, p. 119).

[186] Renier (1944, p. 46). Véase la descripción que hace Pieter Geyl de las ideas de Samuel Coster, arminiano y figura literaria de Amsterdam: «Por medio de una parábola —el mundo es un caballo resabiado montado por una autoridad y doblegado por el látigo de la ley y la brida de la religión, pero si se pone la brida en manos de un jinete secular, la Iglesia, el caballo se desbocará—, Coster desarrolla la teoría remonstrante de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Es una teoría que cautivó a la gente culta de toda Europa. El miedo a una multitud irracional y sus excesos de entusiasmo religioso en todas partes redundaron en la reivindicación de una autoridad absoluta por parte de los magistrados seculares, por parte de los monarcas en otras partes y de los Estados aquí» (1961, p. 70).

[187] Aunque esta afirmación se refiere al momento de la controversia original, las diferencias sociales siguieron siendo profundas a lo largo de todo el siglo. Jeannin dice: «En Amsterdam, en 1672, hubo quejas de que los arminianos —término que había adquirido un tinte más político que religioso— estaban en mayoría en la magistratura, aunque representaban a menos de un 5 por ciento de la población» (1969, p. 111). Pero ¿hasta qué punto eran serias estas quejas? Roorda señala que se había llegado a un compromiso en el período de la hegemonía holandesa gracias a la lenta «aristocratización» del clero. «La Iglesia estaba expuesta al mundo y fue asimilada por los poderes de este mundo [...] Los regentes se hicieron también más beatos [...] Los encarnizados conflictos entre la Iglesia y el Estado eran cosa del pasado [en 1672]» (1967, p. 201).

los *predikants* puritanos ortodoxos, de extracción social modesta, respaldados por la pequeña burguesía en los consistorios y por las multitudes exaltadas en las ciudades, con el apoyo del príncipe Mauricio y el bando orangista [188]. Los gomaristas acusaban a los arminianos de ser «blandos» con el catolicismo, lo que quizá valió a los arminianos un cierto apoyo tácito por parte de los católicos, aunque éstos estaban oprimidos y, al pertenecer a «los estratos más bajos de la sociedad» [189], tenían poco que ofrecer en cuanto fuerza política.

Este alineamiento de los grupos sociales en los dos bandos es un tanto tosco, pero no inexacto. ¿Qué nos dice acerca del significado del debate? En primer lugar, debemos saber por qué el debate fue desfavorable a los arminianos. La segunda polémica arminiana se inició en 1602 y alcanzó su punto culminante en 1608. Este segundo debate causó mucho más alboroto que el primero, aunque en ambos los principales protagonistas y puntos de fricción teológicos fueron los mismos. Lo que había cambiado era la situación *política*. Entre el bando partidario de la continuación de la guerra y el partidario de un armisticio se había entablado una discusión sobre lo que sería la tregua de 1609. En el primer bando estaban los orangistas, que deseaban reforzar al héroe-estatúder y rodearse de gloria; los protestantes proselitistas, que esperaban aún hacerse con los Países Bajos del Sur y extirpar de ellos el catolicismo; algunos comerciantes cuyas ganancias procedían del corso; y ciertos sectores de las capas populares, atraídos mediante el oportunismo y la xenofobia. El bando partidario de la tregua estaba encabezado por Johan van Oldenbarnevelt, portavoz de todos aquellos que contemplaban la posibilidad de una hegemonía. Su punto de vista sería resumido más entrado el

[188] Chaunu ofrece esta descripción de las diferencias sociales: «Una oposición social, los regentes de Holanda, constituía, por su parte, el partido arminiano; la nobleza terrateniente del este, las clases medias y una minoría de grandes burgueses recién ascendidos constituían, por otra, los cuadros del partido gomarista. Gomaristas eran las seis provincias aparte de Holanda, y especialmente las provincias agrícolas recién conquistadas; gomaristas, los recién convertidos más allá de la frontera de 1590. Arminianos eran los burgueses de las ciudades costeras de Holanda, con la significativa excepción de Amsterdam, más recientemente protestante que esa zona de Holanda que se extendía detrás de las dunas» (1966a, páginas 128-29).

[189] Roorda (1967, p. 204). Renier dice que había una simpatía católica secreta pese a la «indiferencia» externa (1944, p. 49). E. H. Kossmann, en una comunicación privada, dice que duda de que los católicos pudieran ser descritos a comienzos del siglo XVII como los estratos más bajos de la sociedad, dado que muchos patricios seguían siendo católicos.

siglo por William Bareel, quien el 18 de diciembre de 1654 escribía al sucedor moral de Oldenbarnevelt, Jacob de Witt: «La mejor máxima y el mejor deseo posibles para la República soberana me parecen la paz en nuestros días y la paz en todas partes, ya que nuestro comercio se extiende por todas partes»[190].

El 30 de octubre de 1608, cuando el debate político en torno a la paz estaba en su «momento culminante»[191], Arminius hizo pública su Declaración de Sentimientos. Los dos debates quedaron inextricablemente unidos. Oldenbarnevelt consiguió su tregua, pero Gomarus también conseguiría su sínodo de Dordrecht. ¿Fue la una el precio del otro? Seguramente es cierto, como insinúa Boxer, que la clase gobernante fue capaz de impedir que los fanáticos calvinistas «sacrificaran la ganancia a la piedad». Dado que su actitud hacia la tolerancia religiosa era «esencialmente utilitarista e interesada»[192], unos cuantos arminianos arrojados a los lobos oportunamente podría parecer un precio razonable si no a Oldenbarnevelt (que fue ejecutado en 1619, el mismo año del sínodo de Dordrecht), sí al menos a otros miembros de su clase social[193]. Esta dramática conjura es un episodio habitual en el sistema mundial moderno. La tolerancia cultural tenía sus límites, y especialmente sus límites internos. No se le podía permitir que sembrara la subversión. Ni siquiera se le podía permitir que creara una división profunda en las capas dominantes. Descartes y Locke fueron bien

[190] Citado en Franken (1968, p. 5).

[191] Bangs (1970, p. 481), cuyo artículo es un excelente análisis de la interrelación entre los fenómenos teológicos, económicos y políticos. Véase también Geyl (1961, pp. 13-14).

[192] Boxer (1965, p. 131).

[193] Haley se muestra de acuerdo: «[Los regentes] se sentían inclinados a adoptar actitudes tolerantes y se mostraban muy reacios a convertirse simplemente en el brazo secular de una Iglesia intolerante. Pero su principal preocupación era poner fin a la controversia en aras de la paz y la armonía» (1972, p. 104). Por el contrario, como indica Roorda, la medida en que el estatúder Orange estaba realmente dispuesto a ofrecer al hombre de la calle una protección contra los «abusos aristocráticos» era limitada: «Rara vez las acciones del estatúder colmaron las esperanzas de los orangistas de la clase media baja» (1967, p. 189).

El partido de la «tregua» empezó también a encontrar en ésta menos ventajas. En 1621, Felipe III puso tres condiciones a la ampliación de la tregua: libertad de culto para los católicos, apertura del Escalda y evacuación de las Indias Orientales y Occidentales. Los orangistas y los comerciantes de Amsterdam vieron una vez más cómo coincidían sus intereses (véase Geyl, 1961, p. 84). Es probable que lo que los españoles sacaran de otros veintiséis años de guerra fuera unos Países Bajos del Sur *católicos;* pero prevalecieron los intereses *económicos* holandeses (véase Parker, 1972, p. 263). De aquí que a un plazo *más largo* los *predikants* no obtuvieran nada de lo que querían.

recibidos, pero Grotius fue encarcelado de por vida. Las principales obras de Spinoza fueron censuradas y el propio Spinoza fue un exiliado interior, aunque se le permitiera vivir y escribir; cuando murió, fueron a su entierro «seis carruajes y un gran número de personas acomodadas» [194]. Eso no es simple liberalismo, sino liberalidad.

En 1618, un veneciano señalaba que Amsterdam era «el espejo de los antiguos días de Venecia» [195]. En 1672 había transcurrido el espacio de una vida. El fruto de la hegemonía es la «decadencia», pero el proceso no es tan penoso como pudiera pensarse, ya que apenas es advertido hasta mucho después de pasado el apogeo. En los siglos posteriores, podemos discutir sobre el momento en que se inició la decadencia, pero en aquella época los ingleses y los franceses, al igual que los propios holandeses consideraban a Holanda como la vanguardia, y al menos hasta 1763, o incluso hasta la revolución francesa, fue muy satisfactorio desde el punto de vista material, y sin duda también desde el moral, ser un burgués holandés. La decadencia sólo puede ser analizada como un auge, el auge de los demás, dentro del marco de la eficiencia de las ganancias. Para proseguir nuestro análisis de los límites de la hegemonía debemos, pues, dejar esta exposición, centrada hasta ahora en Holanda, para pasar a analizar sistemáticamente el desarrollo paralelo y las interrelaciones de las Provincias Unidas, Inglaterra y Francia.

La situación empezó a cambiar a mediados de siglo. La guerra de los Treinta Años llegó a su fin; la guerra de los Ochenta Años llegó a su fin. Las Provincias Unidas comenzaron por último a sentir las punzadas de la contracción económica, que los otros Estados estaban sintiendo desde hacía 30 ó 50 años. La guerra civil inglesa fue, si no liquidada, al menos concluida. El siglo largo de graves luchas intestinas en Francia acababa de finalizar. Las batallas entre reformadores y contrarreformadores, entre la versión «puritana» y la versión «protoliberal» (o «tolerante») del cristianismo, fueron refrenadas a nivel público y en buena parte privatizadas. Los Estados respiraron de nuevo y la administración pública pudo comenzar a convertirse en la preocupación esencial de los gobernantes [196].

En cierto sentido, pasamos de una época en que las luchas fueron primordialmente *internas*, la interiorización de las gue-

[194] Haley (1972, p. 128).
[195] Visconti (1958, p. 301).
[196] E. Barker sitúa el comienzo de su historia de la administración moderna en 1660 «de forma algo arbitraria, pero con cierta razón» (1966, p. 1).

rras y las políticas europeas a partir de Cateau-Cambrésis, a una época en que las luchas fueron, una vez más, primordialmente *interestatales*. Este último período va desde 1651, época del inicio de la guerra anglo-holandesa, hasta 1763 y el fin de la guerra de los Siete Años. En cierto sentido, la distancia entre luchas internas e interestatales es arbitraria a la vez que imprecisa, pero puede no obstante ser útil para subrayar el tono dominante de una época. Las luchas de clases es una economía-mundo capitalista son muy complejas y aparecen sinuosamente bajo muchos disfraces. El período que lleva al dominio de una potencia hegemónica parece favorecer la forma interna, en la medida en que quienes buscan una ventaja de clase en el mercado tratan de eliminar las restricciones políticas *internas* que han quedado de épocas anteriores. El periodo de decadencia de una hegemonía parece favorecer la forma interestatal, en la medida en que quienes buscan una ventaja de clase en el mercado se esfuerzan por eliminar las restricciones políticas *interestatales* que han quedado de épocas anteriores[197].

A mediados del siglo XVII estaba claro que tanto Inglaterra como Francia estaban interesadas en eliminar por la fuerza ciertas ventajas holandesas y sustituirlas por las suyas. Dado que la superioridad de la una sobre la otra en el mercado no estaba muy clara y que los holandeses eran todavía muy fuertes, y dado también que nuevas potencias semiperiféricas en ascenso, como Prusia, Suecia y Austria, trataban de aprovecharse de la ausencia de un Estado militarmente preponderante, esta situación tardó más de cien años en clarificarse. En 1763, el predominio de Inglaterra sobre Francia (y sobre los holandeses) estaría claro y Gran Bretaña podría convertirse en la siguiente potencia hegemónica. También en 1763, los éxitos de Prusia a nivel semiperiférico estaban claros y determinaron el futuro curso de la política de Europa central: la contracción y reorganización de la periferia había concluido y la economía-mundo estaba preparada para una nueva expansión geográfica y económica.

BIBLIOTECA CS

[197] Los comentarios de P. Anderson son similares: «Pero si el siglo XVI es el mediodía tumultuoso y confuso de las relaciones entre clase y Estado dentro del sistema total de dominio político de la aristocracia, el siglo XVIII es, en comparación, el atardecer dorado de su tranquilidad y reconciliación» (1974a, p. 55).



«Visita de Luis XIV a la fábrica de los Gobelinos», tapiz gobelino sobre cartón de Charles Le Brun, primer pintor del rey, supervisor general de los cuadros del rey y director de la fábrica de tapices de los Gobelinos. El tapiz conmemora una visita de Luis XIV en 1677, acompañado por el joven duque de Enghien y el príncipe de Condé, Colbert está detrás de él

# 3. LA LUCHA EN EL CENTRO. PRIMERA FASE: 1651-1689

> Cuando el comercio está en juego, es vuestra última trinchera; debéis defenderla o morir.
>
> WILLIAM PITT EL VIEJO[1]

La primera vez que la hegemonía holandesa corrió un serio peligro fue en el año 1651. ¿Por qué entonces y no antes? No fue sin duda porque Inglaterra y Francia no lo hubiesen intentado antes. Fue más bien porque ambos países estaban demasiado ocupados con sus propios problemas internos como para llevar a cabo «un vigoroso esfuerzo por acabar con la hegemonía de Holanda»[2].

El medio siglo transcurrido desde 1650 fue en toda Europa un período de cese del crecimiento de la población, debido a la decadencia o a la estabilización, y las curvas sólo empezaron a ascender de nuevo a finales de siglo[3]. No cabe duda de que esto puede explicarse por la combinación de los estragos de la guerra de los Treinta Años, la depredación ecológica que en algunas zonas provocó una escasez local (y por consiguiente epidemias) y la superproducción de cereales en la economía-mundo *en su conjunto*, que hizo bajar los precios *mundiales*[4].

[1] Citado en Plumb (1950, p. 71).

[2] Geyl (1961, pp. 161-62): «Tal vez Richelieu tuviera sus momentos de apuro, pero su obra de toda la vida —meter en cintura a los hugonotes y nobles y unir las fuerzas de Francia contra los Habsburgo— [...] no le dejó libertad de acción».

[3] Véase el mapa de Chaunu, con las diversas curvas regionales colocadas una junto a otra (1966a, p. 181).

[4] Pentland utiliza el argumento convincente de que, en general, la secuencia causal es primero una oportunidad económica y luego un incremento de la población, y no al revés; pero esta secuencia se aplica al comienzo de una curva secular ascendente. En otros momentos «el crecimiento demográfico, por sí solo y a falta de otros apoyos, produce dificultades y paralización» (1972, p. 179). Por ejemplo, al analizar el crecimiento demográfico inglés en el siglo XVIII, invierte el análisis habitual,

Son sin embargo las variaciones regionales las que más nos interesan. Es sorprendente que a comienzos del siglo XVII las zonas de mayor densidad de población tendieran a estar localizadas sobre todo en la vieja espina dorsal de Europa (desde Flandes hasta el norte de Italia) y en las nuevas zonas del centro de la economía-mundo europea (la parte occidental de las Provincias Unidas, el sudeste de Inglaterra y el nordeste y oeste de Francia)[5]. El principal resultado de la guerra de los Treinta Años, la de los Ochenta Años y la epidemia de comienzos del siglo XVII fue la espectacular reducción de la población en la vieja espina dorsal y en el norte y centro de España, que hasta entonces había sido una zona de densidad media[6].

En cambio, en los nuevos Estados del centro, la decadencia fue poco notable. En las Provincias Unidas, la situación fue confusa entre 1650 y 1680 y por lo general estable a partir de esta última fecha, hasta que se produjo un crecimiento hacia 1750[7]. En el norte de Francia hubo una «ausencia de catástrofes importantes»[8]. El panorama en Inglaterra es considerado «poco claro»[9] y «todavía poco conocido», pero tal vez hubiera un «modesto» incremento de la población en aquella época[10].

Dado el vínculo existente entre la condición de centro y la resistencia a la decadencia de la población, es muy comprensible que en el siglo XVII prevaleciera una teoría «optimista» de la población consistente en creer que una población numerosa contribuye a la fuerza nacional, mientras que una población

afirmando que «se estancó en la primera parte del siglo *porque* los alimentos eran demasiado abundantes y la agricultura sufrió una depresión, y creció más tarde porque, entre otras cosas, los precios agrícolas subieron y la población rural prosperó» (1972, p. 180). Véase también Van der Woude (1972), que formula una hipótesis similar.

[5] El mapa de la densidad de población en 1620 de Chaunu deja esto sumamente claro (1966a, gráfico 23).

[6] Véanse Reinhard y Armengaud (1961, pp. 141-42, 144-46), quienes analizan la «catástrofe» de Alemania (incluida Checoslovaquia) y la «lenta pero duradera decadencia» de Europa meridional en el siglo XVII. Además, como señala Chaunu, el hambre provocó una mayor circulación humana que, a su vez, provocó una mayor virulencia de las epidemias. «Cada escasez de alimentos recreaba, *mutatis mutandis*, a escala reducida, las condiciones de una conquista de América» (1966a, p. 233).

[7] Véanse Van der Woude y Mentink (1966, p. 1189).

[8] Le Roy Ladurie (1975a, p. 360).

[9] Slicher van Bath (1965b, p. 145).

[10] Reinhard y Armengaud (1961, p. 147); pero la población de *Londres* creció de forma ininterrumpida, pasando de 200 000 habitantes en 1600 a 400 000 en 1650 y 575 000 en 1700. La de París pasó sólo de 400 000 en 1600 a 500 000 en 1700. Véase Wrigley (1967, p. 44).

escasa significa que un país es «necesariamente pobre y débil» [11]. Lo que preocupaba a los Estados del centro era cómo reforzarse frente a los otros Estados. Fue la depresión de 1622 la que inspiró a Sir Thomas Mun el clásico del mercantilismo, *England's treasure by foreign trade* [12]. Es indudable que el mercantilismo no era ninguna novedad en Inglaterra. Grampp lo hace remontarse a 1500 [13] y Unwin describe un amplio movimiento proteccionista en tiempos de Jacobo I [14], pero sólo cuando la marea llegó a Inglaterra y Francia se adoptaron políticas mercantilistas con «más fuerza y coherencia» [15]. Sin embargo, como ya señalamos antes, el proyecto del concejal Cockayne resultó prematuro. ¿Qué había cambiado a mediados del siglo XVII para que fuera posible el triunfo de una política mercantilista? ¿Qué fue de hecho lo que hizo *esencial* que triunfara? [16].

En medio de las encarnizadas luchas en el centro, la Ley de Navegación inglesa de 1651 dio la señal de partida. ¿Qué la precipitó? En 1648 tuvieron lugar dos hechos importantes: el término de la guerra de los Treinta Años y el reconocimiento final de la independencia holandesa por los españoles. En 1649 se proclamó la Commonwealth inglesa y en 1651 comenzó el período sin estatúder en las Provincias Unidas. Por lo que res-

[11] Hutchinson (1967, p. 94), que analiza las ideas (cap. 5) y su origen y difusión (cap. 3), señalando la simultánea aparición de la «aritmética política», antecesora de la moderna demografía. Hay que hacer una advertencia a propósito del vínculo entre condición de centro y densidad de población. Como señala Habakkuk, «antes del siglo XIX, nuestro conocimiento de los movimientos de la población está en parte deducido de los datos económicos —es decir, del comportamiento de los salarios, precios y rentas— que los movimientos de la población deben entonces explicar» (1965, pp. 148-49).

[12] La fecha de este folleto, que no fue dado a conocer sino mucho más tarde, fue tenida por incierta en otros tiempos, pero ahora parece haber sido fijada en la década de 1620 (véase Gould, 1955a, b; Supple, 1954).

[13] Grampp (1952, p. 465).

[14] Unwin (1904, pp. 172-95). Este movimiento chocó con una amplia oposición, cuyas fuentes exactas son objeto de una viva polémica que gira en torno al debate del Parlamento inglés sobre el librecambio en 1604. Véanse Rabb (1964 y 1968), Ashton (1967 y 1969) y Croft (1975).

[15] Deyon (1963, p. 31). Hinton nos recuerda que si bien los mercantilistas «no creían en el progreso [...] la idea contraria, la degeneración, era un acicate igualmente poderoso para la acción» (1955, p. 286).

[16] Véase Deyon (1969, p. 43), que dice: «En el difícil mundo de los años 1650-1750, en que el estancamiento de la demanda y de los precios exacerba la competencia, la prosperidad de las manufacturas *supone* un riguroso proteccionismo arancelario y por consiguiente una potencia política capaz de resistir a las presiones de los diplomáticos y comerciantes extranjeros» (el subrayado es mío).

pecta a las grandes luchas religiosas en Europa, habían quedado ya más o menos establecidos los límites de la Reforma y la Contrarreforma (con la excepción de la expulsión de los hugonotes franceses). Había, pues, paz, y sin embargo también había guerras, o más bien hubo en realidad una larga «guerra fría» que implicó ocasionalmente interludios de lucha que jalonaron la «emponzoñada rivalidad comercial» de las potencias del centro[17]. El fin de las diversas guerras continentales no supuso ninguna ventaja para Inglaterra. Muy al contrario, porque la navegación inglesa se había beneficiado de la neutralidad de Inglaterra y «la llegada de la paz supuso una vuelta al centro de distribución holandés»[18]. Además, a partir de 1632, los asentistas españoles habían utilizado barcos ingleses para transportar sus metales preciosos a Flandes, dada la inseguridad del período de guerra. Esto había supuesto una considerable ventaja para Inglaterra, ya que, de común acuerdo, dos tercios de los metales preciosos eran desembarcados en Dover y acuñados en la casa de la moneda de Londres antes de reexpedirlos, lo que suponía importantes ingresos estatales que fueron muy útiles para Carlos I y más tarde para el Parlamento Largo[19].

Para los holandeses, el final de la guerra fue seguido del tratado de Redención con los daneses en 1650, que permitió a los holandeses arrendar los derechos del Sund sobre sus barcos por una suma anual fija, con lo que se ahorraba dinero y, «cosa no menos importante», tiempo[20]. El 7 de abril de 1652, Jan van Riebeeck estableció la primera factoría holandesa en el Cabo de Buena Esperanza, que dominaba la ruta hacia las Indias Orientales. En general, la prosperidad holandesa estaba alcanzando nuevas cumbres, mientras que, por el contrario, «la situación inglesa nunca había sido peor»[21]. Los precios del trigo habían alcanzado su punto culminante en ese siglo en 1649. Los franceses habían prohibido la importación de productos in-

[17] Esta terminología moderna es aplicada a las relaciones entre holandeses y británicos por Franen (1968, p. 8). Wilson también hace hincapié en la ponzoña: «En el intervalo entre la amenaza de decadencia de la hegemonía española y la posterior aparición de la hegemonía francesa, los ingleses se permitieron el lujo de llevar a cabo una campaña temporal pero virulenta contra los holandeses» (1965 p. 41).

[18] H. Taylor (1972, p. 260), que dice que la «coincidencia de la crisis a partir de 1648 con la Ley de Navegación de 1651 parece demasiado estrecha para ser puramente casual».

[19] Véase Kepler (1972); véase también H. Taylor, que califica a este papel de proveedor de los españoles en Flandes de «nueva y dinámica rama» del comercio inglés en la década de 1630 (1972, p. 240).

[20] Hinton (1959, p. 85).

[21] J. R. Jones (1966, p. 21).

gleses. Los comerciantes estaban pagando los costos de una guerra civil en el interior (a través de los impuestos) y en el exterior (dada la falta de un cuerpo diplomático y la preocupación de la marina por defender la costa). Fue en estas circunstancias en las que el régimen archiprotestante de la Commonwealth puso fin a la inextricable mezcla histórica de protestantismo y patriotismo [22]. De hecho, para Lichtheim Cromwell realizó «la ruptura decisiva» en la historia de la expansión ultramarina británica cuando «nacionalizó» a los puritanos al secularizar la política exterior [23].

Dado que Holanda era de hecho la potencia hegemónica, sólo había dos formas posibles de fomentar el comercio inglés: que el Estado apoyara a los comerciantes ingleses o que impusiera restricciones a los comerciantes extranjeros. En 1621, los ingleses, temiendo enfrentarse a los holandeses si adoptaban esta última política, optaron por la primera, en forma de compañías reguladas [24]. Esto resultó muy útil a las compañías, pero no a la burguesía inglesa en su conjunto. A pesar de las objeciones de las compañías reguladas [25] y en la línea del «progreso de las fuerzas económicas en su conjunto» [26], los ingleses atacaron directamente a los holandeses restringiendo las importaciones en 1651. La Ley de Navegación de 1651 decretaba que todas las mercancías que entraran en Inglaterra tendrían que ser transportadas por barcos ingleses o por barcos del país de producción (definido como el país del primer puerto). Esta medida estaba destinada precisamente a «obstaculizar el transporte y el comercio de distribución de los holandeses» [27]. ¿Tendremos,

[22] Véase el análisis en C. Hill (1969, p. 42). Véase también Roberts, quien afirma que Cromwell *no* subordinó el comercio inglés a las preocupaciones protestantes y que su política en el Báltico, «si bien estuvo influida por consideraciones religiosas, [fue] correcta desde un punto de vista estrictamente secular» (1961, p. 405).

[23] Lichtheim (1974, p. 24).

[24] Véase Hinton (1959, p. 63).

[25] *Ibid.*, p. 165; véase también M. P. Ashley (1934, pp. 19-20, 163) sobre las distintas actitudes de los grupos de comerciantes ingleses.

[26] Wilson (1965, p. 184).

[27] Harper (1939b, p. 49). Uno de los efectos secundarios de este nuevo ataque inglés ilustra muy bien este punto. En 1597, los Estados Generales holandeses promulgaron una nueva carta en favor de «los portugueses residentes en estas tierras». Entre ellos figuraban tanto los nuevos cristianos como, indirectamente, los judíos practicantes. El motivo era atraer los recursos financieros de los judíos que, como dice Baron, «fueron sobreestimados por el príncipe de Orange y sus colaboradores» (1973, p. 20; páginas 3-73, *passim*). Poco después de la aprobación de la Ley de Navegación en 1651, Oliver Cromwell inició las negociaciones, finalmente fruc-

pues, que escoger entre la interpretación que da Adam Smith de la ley como el resultado del consejo interesado de los comerciantes y la que ofrece Schmoller de que fue un aspecto de la construcción del Estado[28]? En absoluto, ya que lo que en ese momento les interesaba a los comerciantes (a algunos comerciantes) y manufactureros era precisamente reforzar el Estado de tal forma que ellos pudieran no sólo incrementar el comercio del Báltico, sino también el comercio transatlántico, en última instancia más importante y en vías de expansión[29].

Es difícil imaginar cómo podría haberse evitado una prueba de fuerza militar. La provocación a los holandeses era demasiado grande, aunque los ingleses pensaran que lo hacían en defensa propia. A comienzos de 1651, los holandeses rechazaron un tratado ofrecido por los ingleses y las relaciones con Inglaterra se deterioraron rápidamente[30]. Una vez iniciada la guerra en 1652, ésta se mostró muy pronto desfavorable a los holandeses, en buena parte porque su marina estaba sorprendentemente en muy baja forma[31]. Una guerra en cierto sentido

tíferas, con los judíos sefardíes de Amsterdam para su readmisión en Inglaterra (de donde habían sido expulsados en 1290 por Eduardo I). Desde el punto de vista de los empresarios judíos, la readmisión significaba la posibilidad de «evitar las consecuencias perjudiciales de la Ley de Navegación». Desde el punto de vista de Cromwell, la readmisión era un «elemento de poca importancia en una política más general de expansión del comercio ultramarino: el hecho de permitir a los comerciantes judíos que se establecieran en Londres reforzaba la posición de Inglaterra en su rivalidad comercial con Holanda» (Endelman, 1979, pp. 15, 17).

[28] Véase el análisis de estas dos interpretaciones en Farnell (1964, páginas 439-40).

[29] Davis (1962, p. 297).

[30] Véase Geyl (1964, pp. 25-28). Hinton señala que los holandeses querían sobre todo la unión económica, que les beneficiaba, mientras que los ingleses preferían la unión política, más ventajosa para ellos (1959, p. 88). Se puede observar cómo los dos países, partiendo de estas posturas contrarias, pasaron rápidamente de la discusión de la unidad al «desencadenamiento del odio» (P. de Vries, 1950, p. 46). Una propuesta para considerar la unificación de las Compañías de las Indias Orientales holandesa e inglesa precedió a la discusión política. Tuvo lugar entre 1610 y 1618 y fracasó porque las exigencias de los holandeses fueron consideradas exorbitantes por los ingleses. Véase Dermigny (1970b, p. 453).

[31] La explicación del almirante Mahan es que «el gobierno holandés, contrario a los gastos, antimilitar de carácter e imprudente por su fácil victoria sobre la degenerada armada española, había dejado que su flota se convirtiese en un simple conjunto de buques mercantes armados. Las cosas habían llegado a su peor momento en la época de Cromwell» (1889, página 126). Las recientes investigaciones confirman esta apreciación. Véase Wilson, quien dice que «durante el largo período de guerras en tierra durante la guerra de los Treinta Años, la armada holandesa había sido relativamente desatendida» (1975a, p. 65). Para una breve descripción de

llevó a otra. Los «patriotas» en Inglaterra estaban deseando tener «otra agarrada con los holandeses» [32]. Su oportunidad llegaría años más tarde, y esta vez como una agresión abierta. Si «Cromwell deseaba defenderse de los holandeses, Carlos II deseaba hacerse su amo» [33]. Pero en la época de Carlos II la flota holandesa había aprendido la lección y había mejorado, mientras que la moral inglesa era baja (a causa de la incompetencia administrativa y de la peste en Londres); de aquí que se llegara a un punto muerto y se firmara la paz.

En cierto modo, el tratado de Breda de 1667 fue una victoria holandesa, o al menos un compromiso. Los holandeses cambiaron la «cara responsabilidad» de Nueva Amsterdam por Surinam y Pulo-Run, en las Indias Orientales [34]. Los ingleses aceptaron que las mercancías procedentes del *hinterland* natural de las Provincias Unidas (como los lienzos alemanes tratados y/o clasificados en Holanda) fueran considerados holandeses. Dado que constituían el grueso de las exportaciones holandesas a Inglaterra, esta concesión vició el propósito original de las Leyes de Navegación [35]. Sin embargo, Breda es para Wilson «un punto decisivo en las relaciones anglo-holandesas» y para Carter «el fin de la prosperidad de la República holandesa» [36]. Obviamente, algo debió de suceder bajo la superficie política, y este algo debió de ser más esencial que la mera ventaja que los ingleses consiguieron al adquirir Nueva Amsterdam y tapar así uno de los agujeros por los que los holandeses escapaban a las restricciones mercantilistas de los ingleses [37].

la guerra en sí, véase Wilson (1968, pp. 190-94), quien llega a la conclusión de que la «guerra había revelado sin embargo la debilidad crítica de una economía holandesa que había evolucionado en términos de eficacia política, paz y negocios como de costumbre».

[32] Wilson (1968, p. 194).

[33] Hinton (1959, p. 145). Haley está de acuerdo en que las tres guerras anglo-holandesas fueron «inoportunas para los holandeses» y afirma que «las dos primeras se produjeron cuando lo hicieron esencialmente porque los intereses comerciales ingleses resentidos consiguieron, por un breve momento, presionar al gobierno para que atacara y destruyera por la fuerza el poder naval y comercial de los holandeses» (1972, p. 177). Lo que hace plausible esta tesis es el hecho de que «una de las tres principales directrices del almirante Blake, cuando comenzó la primera guerra en 1652, fue la de destruir la flota pesquera holandesa que se reunía en aguas escocesas» (Michell, 1977, p. 179).

[34] Véase Carter (1975a, p. 6).

[35] Véase Wilson (1941, p. 6).

[36] Wilson (1957a, p. 154); véanse también Farnie (1962, p. 206) y Carter (1975a, p. 6).

[37] Véase Wilson (1968, pp. 213-14); véase también Williamson (1929, página 252).

¿No sería que el odio de los ingleses por los holandeses iba de hecho acompañado por una «admiración a regañadientes por la habilidad económica de los holandeses»[38] y «un deseo de emularlos»[39]? ¿Y no sería también que se estaban produciendo cambios importantes en la eficiencia agroindustrial de Inglaterra que finalmente restarían importancia al revés de Breda y convertirían a los holandeses en subalternos de los ingleses?

No cabe duda de que la entrada de Francia en la guerra fue consecuencia de este giro de los acontecimientos, al tiempo que lo facilitó. La invasión francesa de los Países Bajos españoles en 1667 fue un «hecho crucial»[40] que aceleró el tratado de Breda y llevó poco después a la Triple Alianza de Inglaterra, las Provincias Unidas y Suecia (la cuarta potencia militar de Europa en aquellos momentos). Luis XIV se vio obligado a dar marcha atrás y los holandeses «se jactaban con cierta justificación en 1668 de ser el árbitro de Europa y haber sometido a cinco reyes». No es de extrañar que Luis XIV estuviera «obsesionado por los holandeses»[41].

En 1672, la situación llegó a su límite. Los holandeses se vieron involucrados en guerras separadas con los ingleses y los franceses. La tercera guerra (naval) anglo-holandesa fue relativamente poco decisiva, aunque los ingleses se salieron con la suya en la cuestión del saludo simbólico[42]. La campaña de los franceses en tierra, por el contrario, pareció ser espectacularmente triunfal, al menos en un principio. En 1672, año del desastre, los franceses conquistaron casi toda Holanda; en los consiguientes tumultos políticos Johan de Witt fue asesinado y el régimen de la República holandesa tocó a su fin. Sin embargo, la victoria se tornó en fracaso. (De aquí la otra denominación holandesa de 1672, el año del milagro.) Lejos de permitir a los franceses apoderarse del sistema comercial holandés, el tratado de Nimega, que finalmente acabó con la lar-

[38] Esta es la actitud que Wilson atribuye a Sir George Downing, «arquitecto» del sistema mercantil inglés (1965, p. 168).

[39] Hinton (1959, p. 106).

[40] J. R. Jones (1966, p. 75).

[41] Goubert (1970b, p. 112); véase también J. R. Jones (1966, pp. 60-61). Sobre los esfuerzos holandeses «por mantener su *status quo*», véase Franken (1968, p. 7).

[42] Durante algún tiempo los ingleses habían venido exigiendo que los otros barcos que circularan por el mar saludaran a los buques ingleses. Esta exigencia crónica fue reiterada en 1672. J. R. Jones observa que para los holandeses, los escandinavos, la Hansa y los franceses «esto equivalía al establecimiento de lo que los contemporáneos llamaron una Monarquía Unida en el mar» y fue considerado algo similar a las pretensiones de Luis XIV en tierra (1968, p. 48).

ga e indecisa guerra en 1678, impuso a los franceses la revocación de los aranceles de 1664[43].

El significado real de 1672 fue que los ingleses y los franceses, que desde 1651 habían visto a los holandeses como el gran rival, a partir de entonces se volvieron sobre todo el uno contra el otro y los holandeses pasaron a ser un factor secundario pese a conservar su fuerza económica[44]. En cierto sentido, lo que sucedió fue que el coste de la guerra estaba creciendo sin cesar. Aunque la tecnología armamentista siguiera siendo básicamente la misma a lo largo de la primera fase de la Edad Moderna, se produjo una decadencia constante del papel de la caballería[45] y de la guerra de asedio, en la que descollaban los holandeses[46]. A finales del siglo XVII, las consecuencias demográficas de la partición del Estado de Borgoña habían empezado a dejarse sentir en el terreno militar. Las Provincias Unidas, a pesar de sus riquezas, eran «demasiado pequeñas para hacer

[43] Véase Wilson (1968, pp. 202-4).

[44] Hasta entonces, Luis XIV había considerado a Inglaterra como «un débil país profrancés», juicio que según Goubert «era permisible en 1661, pero desafortunado en boca de Luis en 1670» (1970d, pp. 72-73). Rule dice igualmente que Luis XIV «subestimó el poderío de Inglaterra». No hay duda de que fue en parte por esto por lo que la guerra holandesa resultó «enigmática para los estadistas franceses» (1969, p. 59).

En cuanto a Inglaterra, el cambio de perspectiva fue cuestión de debate político. C. Hill dice que en 1674 eran los «*whigs* y los ricos los que consideraban a Francia como el principal competidor de Inglaterra en el comercio mundial y en el poder mundial» (1969, p. 163). Los *tories* no estaban tan convencidos y no fue sino a partir de 1689 cuando Inglaterra aceptó de buen grado el papel de gran potencia. Hasta entonces, Horn piensa que las apariciones de Inglaterra en este papel en el continente «habían sido por lo general involuntarias, efímeras e ineficaces» (1967, página 2). No estoy seguro de estar de acuerdo con el adjetivo «involuntarias», pero los otros dos me parecen bastante acertados. Horn señala como indicio elemental el hecho de que fue sólo a partir de 1689 cuando los ingleses dejaron de recibir subsidios para empezar a pagarlos, como ya hacían los holandeses y los franceses.

[45] Véase A. R. Hall (1957a, pp. 347, 349). La falta de cambios significativos en la tecnología armamentista no debe hacernos olvidar la «gran mejora introducida en la organización de las fuerzas militares y el enorme incremento de su tamaño». A propósito de los cambios en la estructura de los ejércitos, a diferencia de su armamento, véase Finer (1975, pp. 99-102). A propósito de las reservas acerca de la revolución militar, véase Parker (1976b). Hall sitúa el comienzo de la decadencia de la caballería a partir de mediados del siglo XVII. Barnett señala que hubo dos invenciones entre 1660 y 1714, la bayoneta y el mosquete con llave de chispa, que contribuyeron a «la mayor eficacia de la infantería» (1974, p. 129).

[46] Desde los tiempos del príncipe Mauricio de Nassau, los holandeses tenían una fama especial en la guerra de asedio que les permitía desplegar sus diversas habilidades en cuestión de ingeniería, minado y contraminado, balística, explosivos, etc.» (Wilson, 1968, p. 100).

frente indefinidamente a la insoportable carga de la defensa militar y naval que tenían que sufrir»[47]. La marina inglesa acabó por superar a la holandesa, en buena parte porque Inglaterra «contaba con mayores recursos»[48]. Francia también, por supuesto, pero los franceses utilizaban sus recursos en tierra y no en el mar, y a la larga obtuvieron menos beneficios por sus inversiones militares[49].

La creciente fuerza militar de los ingleses y los franceses tenía sus raíces en los importantes cambios acaecidos en la base económica. Uno de los problemas de analizar la eficiencia comparativa de la producción agroindustrial de las potencias del centro entre 1650 y 1750, y especialmente de comparar la de Inglaterra/Gran Bretaña con la de Francia, estriba en que casi todas las investigaciones realizadas se han atenido a las fronteras nacionales. Estos trabajos contienen a menudo estimaciones comparativas que muy a menudo expresan prejuicios y no valoraciones objetivas. Los estudiosos del mundo, incluidos los franceses, tienden con demasiada frecuencia a atribuir las diferencias del siglo XIX al período anterior, y por consiguiente realizan arduos esfuerzos por explicar unos hechos que todavía no han verificado de forma empírica. Tengo la sospecha de que hubo menos diferencias entre la eficiencia agroindustrial de Inglaterra y la de Francia en este período de lo que tendemos a suponer. Las pequeñas diferencias que surgieron a partir de 1763 fueron amplificadas *políticamente* hasta convertirlas en las diferencias significativas de un siglo después, época en la cual ya habían sido institucionalizadas económicamente. Será

[47] Wilson (1970, p. 125).

[48] Fischer y Lundgreen (1975, p. 541).

[49] Según Goubert, 1672 fue «el momento decisivo del reinado» de Luis XIV, en el que la guerra franco-holandesa supuso la victoria de Louvois sobre Colbert y el fin de la estabilidad económica. «En 1673, el rey se estaba quedando sin dinero y el edificio que había construido Colbert empezó a venirse abajo» (1970a, p. 140).

Ni que decir tiene que el almirante Mahan pensaba lo mismo: «De las grandes potencias, sólo [Francia] tenía libertad de elección [entre el mar y la tierra]. En 1672 optó definitivamente por la expansión terrestre. ¿Por qué [en 1715] estaba Francia agotada y en un estado deplorable, mientras que Inglaterra se mostraba sonriente y próspera? ¿Por qué dictaba Inglaterra las condiciones de paz, mientras que Francia las aceptaba? La razón, al parecer, era la diferencia de riqueza y crédito». Mahan cita las palabras de Campbell *(The lives of admirals)* a propósito de los triunfos ingleses en la guerra y el comercio marítimos: «Estos fueron los frutos del incremento de nuestra fuerza naval y de la manera en que fue empleada». Mahan comenta: «No es necesario añadir nada más» (1889, páginas 226-27, 229).

la primera parte de este argumento la que trataremos ahora de desarrollar.

Uno de los problemas básicos de la comparación se refiere a las zonas que deben ser comparadas. La unidad política de Francia era unas cuatro veces superior a la de Inglaterra en tamaño y en población (y por consiguiente la densidad era aproximadamente la misma). Si añadimos Escocia y Gales para usar Gran Bretaña como unidad de comparación, apenas se duplica la superficie y la proporción de la población se reduce. Considerando sólo las cinco *grandes fermes* de Francia, que representaban una zona arancelaria unificada, tenemos una superficie aproximadamente igual a la de Gran Bretaña. Si tuviéramos datos para cada una de estas diversas unidades, de los que desgraciadamente carecemos, obtendríamos resultados diferentes según nuestra elección. Las fronteras políticas exteriores son muy significativas para valorar las posibilidades militares e indicar las áreas en las que la política del gobierno pudo afectar a la vida económica, aun cuando en cada una de las tres potencias del centro el gobierno central se viese limitado, de una u otra forma, por la naturaleza de su estructura constitucional (por no hablar de su política interior).

Jacquart dice de Francia que en el siglo XVII la agricultura era «la fuente de riqueza más importante con mucho»[50]. ¿No es esto igualmente aplicable a Inglaterra? En el período de estancamiento económico, en Inglaterra se dedicó parte de la tierra arable a la ganadería, y en Francia a la viticultura. En ambos casos, hubo un cambio con respecto al uso de la tierra en el período anterior a la expansión del siglo XVI. Las respuestas de los dos países variaron en función sobre todo del clima y de la pedología. Goubert dibuja un sombrío cuadro de la agricultura de Francia en el siglo XVII en comparación con la de Inglaterra, la de Holanda y la de algunas otras zonas de Europa, pero Le Roy Ladurie piensa que la expansión agrícola de Francia, por lo menos en el extremo norte (la mejor zona arable) comenzó exactamente en el mismo momento que la de Inglaterra: en 1690. Imbert mantiene, desde una tercera posición, que la producción de cereales en Francia mejoró ligeramente, pero mucho menos que la del vino[51].

En los tres países del centro se produjo entre 1650 y 1750 una baja en el precio de los cereales. El precio de otros productos

[50] Jacquart (1973, p. 172).

[51] Véanse Goubert (1970f, p. 150), Le Roy Ladurie (1975a, p. 416) y J. Imbert (1965, p. 339).

agrícolas bajó también, pero no siempre al mismo ritmo[52]. En estos tres países, la respuesta fue tratar de mantener los niveles de ganancia dedicándose a otras actividades o reduciendo los costes de producción mediante una mayor eficiencia y una reestructuración organizativa. Los holandeses llevaban mucho tiempo a la cabeza de la diversificación agrícola. Los otros empezaron a emularles entonces[53]. Según Fussell, la «novedad más importante» en Inglaterra fue la introducción del nabo y el trébol en la rotación de los cultivos, y según Jones, «la innovación crucial consistió en el suministro de forraje». Wilson subraya el papel de la roza, el «proceso de ganar nuevas tierras a antiguos eriales y baldíos», mientras que para Habakkuk lo importante no fue tanto el uso de nuevas técnicas como «la difusión de las mejores [técnicas] existentes»[54]. Sea cual fuere la tesis correcta, hay dos hechos dignos de mención. En primer lugar, las «mejoras» hicieron posible el cultivo de zonas que hasta entonces habían tenido una escasa productividad o no habían sido utilizadas en absoluto[55], y, en segundo lugar, estas mejoras fueron una respuesta directa a los fallos del mercado de cereales, ya que, para mantener los niveles de ganancia, los agricultores tenían que sacar una mayor tajada en un mercado relativamente estancado[56] o dedicarse a otros productos.

La historia de las mejoras agrícolas inglesas en este período ha sido objeto de numerosos libros, tan persuasivos que a veces nos hacen perder la perspectiva. De Vries nos recuerda que al

[52] Para las Provincias Unidas, véase Van der Woude (1975, p. 240); para Inglaterra, Thirsk (1970, p. 149); para Francia, Goubert (1970g, pp. 334, 338-40).

[53] «Los contemporáneos en Inglaterra comenzaron a darse cuenta a comienzos del siglo XVII de que en muchos aspectos de la organización social los holandeses estaban muy por delante de ellos. Los folletos empezaron a señalar las prácticas holandesas que los ingleses debían imitar o las conquistas holandesas que los ingleses debían disputar» (Clark, 1960, p. 14).

[54] Véase Fussell (1959, pp. 613-14), E. L. Jones (1967, p. 7), Wilson (1965, página 33) y Habakkuk (1965d, p. 328). «En Inglaterra [...] las nuevas plantas forrajeras fueron introducidas desde 1630 aproximadamente para conseguir sistemas mixtos de agricultura» (Jones y Woolf, 1969, p. 7).

[55] Véanse Chambers (1960, p. 21) y Darby (1973, pp. 330-44).

[56] Véase E. L. Jones (1965, p. 14), quien se contradice cuando afirma (p. 1) que entre 1660 y 1750 la «transformación de las técnicas [de la agricultura inglesa] no guardaron proporción alguna con la ampliación bastante limitada de su mercado». ¿Cuál es la proporción adecuada y cuándo se consigue? Cuando los mercados *se amplían*, es a menudo más rentable mantener las técnicas existentes que pagar el coste de una mejora.

menos en el siglo XVII el progreso agrícola en Inglaterra «sirvió sobre todo para llevarla hasta un nivel ya alcanzado en los Países Bajos e Italia del norte, y no para dejarlos atrás en un rastro de humo»[57]. Ante las vacilaciones de los propios estudiosos franceses[58], Roehl, en afirmaciones un tanto osadas, insiste:

> Las modernas técnicas [agrícolas] fueron introducidas *tan pronto en Francia como en otras partes.* Especialmente la zona situada al oeste de París hasta el Canal de la Mancha y al norte hasta Flandes es desde el punto de vista estructural y climático muy similar a las mejores regiones agrícolas de Inglaterra. No es de extrañar, pues, que la «revolución agrícola», cuya incidencia fue tan desigual en Francia como en Inglaterra, se iniciase y estuviese limitada durante mucho tiempo a los mismos tipos de regiones agrícolas en los dos países[59].

¿Qué sabemos acerca del incremento de la productividad? Slicher van Bath sitúa a Inglaterra, los Países Bajos y Francia en su fase C (siendo el rendimiento medio de sus cereales de 6,3-7,0) y fecha el período para los dos primeros entre 1500 y 1699 y el período para Francia entre 1500 y 1820: la fecha de partida es la misma pero la final es diferente. En el caso de Inglaterra y los Países Bajos, piensa que hubo un paso a la fase D (rendimiento medio por encima de 10,0) a partir de 1750 (lo que nos deja sin saber qué cree que ocurrió entre 1700 y 1750)[60]. Hoskins no ve ningún incremento perceptible en el rendimiento de Inglaterra desde 1680 hasta finales del siglo XVIII, y Wrigley calcula un incremento de un 10 por ciento en el rendimiento per cápita de 1650 a 1750; pero Fisher dice que en los últimos años del reinado de Carlos II, probablemente hacia 1680, «el flujo de productos de la tierra aumentaría hasta el

[57] J. de Vries (1975, p. 82).

[58] Le Roy Ladurie, por ejemplo, habla del «golpe de genio» de Inglaterra al adaptar unos métodos flamencos, diseñados para pequeñas unidades agrícolas, a la agricultura a gran escala y dice que un intento similar en Francia, en los campos abiertos de la zona comprendida entre el Somme y el Loira, sólo tuvo un éxito parcial y tardío (1975a, pp. 416-17).

[59] Roehl (1976, p. 262, el subrayado es mío). Roehl especifica: «Se introdujeron en la rotación nuevos cultivos, especialmente de Norteamérica: patatas, trébol y otras plantas forrajeras, maíz y remolacha azucarera. Estos cultivos realizaron simultáneamente dos funciones, 'limpiar' y dejar reposar el suelo, y permitieron suprimir el barbecho; el resultado fue también la posibilidad de estabular el ganado y la consiguiente expansión de las tierras arables». Roehl cita a Bloch como referencia (1966, pp. 213-19), pero señala que Morineau (1968) opina lo contrario.

[60] Slicher van Bath (1963b, p. 16).

punto de infligir a los hombres los horrores de la abundancia»[61]. Por lo que respecta a Escocia, la comercialización de la agricultura (así como de la ganadería) fue «una de las características más notables del siglo XVII»[62]. En Francia, la productividad de los cereales se mantuvo estable desde el siglo XV hasta 1840, si la medimos por el rendimiento o producción por hectárea[63], pero no en términos de la jornada de trabajo o del año de trabajo, que se alargaron[64].

Si analizamos únicamente la producción de cereales, perdemos de vista parte del problema, ya que «el quid del progreso agrícola fue la *combinación* de agricultura y ganadería»[65]. Esto fue posible gracias a los nuevos pastos: heno, alfalfa, trébol. Los ingleses lo habían aprendido de los holandeses[66]. Gracias a estos nuevos pastos, se pudo sustituir el espacio por fuerza de trabajo y se consiguió una alta productividad en la ganadería sin necesidad de trashumancia[67]. Mientras esto sucedía en Inglaterra, en Francia se producía un florecimiento similar de la producción de vino. En el siglo XVII, observa Chaunu con cierta severidad, Occidente comenzó a alcanzar a Oriente «en la senda de los paraísos artificiales»[68].

Considerando la economía-mundo europea en su conjunto entre 1650 y 1750, hubo un notable desplazamiento de la localización de la producción de cereales, que pasó de la periferia al centro. Analizaremos esto más detalladamente cuando tratemos lo que sucedió en la periferia de Europa oriental, pero dado que buena parte de la mitad meridional de Francia era

[61] Hoskins (1968, p. 27), Wrigley (1967, p. 57) y F. J. Fisher (1961, p. 4).

[62] Smout y Fenton (1965, p. 78), pero estos autores piensan que la innovación (abonar con cal los suelos ácidos) y la conquista de nuevas tierras empezaron a reducirse a partir de 1650 debido a la «debilidad del gobierno central» y a la disminución de los beneficios como consecuencia de los bajos precios (pp. 56-87). Esto es diferente de lo que probablemente ocurrió en Inglaterra y tal vez pueda explicarse del siguiente modo. Aunque desde el punto de vista político Escocia estaba situada en una potencia del centro (aunque de hecho sólo parcialmente hasta 1707), en términos *económicos* formaba parte de la periferia. Por consiguiente, al considerar el impacto de la contracción podemos ver una mayor similitud entre los productores escoceses y polacos que entre los productores escoceses e ingleses.

[63] Véase Morineau (1968, p. 326). Le Roy Ladurie especifica que esto sucede «en el mundo de los campesinos» (1973, p. 425).

[64] Le Roy Ladurie (1968, p. 83), aunque refiriéndose únicamente al Languedoc.

[65] Wilson (1965, p. 143).

[66] Véase Fussel (1968, pp. 33-34).

[67] Véase Meuvret (1968, p. 17).

[68] Chaunu (1966a, p. 310).

realmente semiperiférica, o incluso periférica, se produjo allí el mismo fenómeno.

Tal vez la mejor forma de describir lo que ocurrió sea decir que aun cuando Inglaterra y el norte de Francia, como áreas del centro, incrementaron notablemente su participación en la producción mundial de cereales en esta época, en el caso de Inglaterra el nuevo excedente fue exportado fuera de las fronteras nacionales [69], mientras que en el del norte de Francia el nuevo excedente fue «exportado» hacia el interior [70]. Si este

[69] El significativo aumento en las exportaciones de cereales se inició a partir de 1700, lo que según Bairoch indica por tanto que el proceso comenzó tal vez «un cuarto de siglo antes» (1973, p. 459). Esta fecha concuerda con la fecha en que se iniciaron los cambios en la política del gobierno. La ley de 1673 supuso el comienzo de las primas al trigo, que no sólo permitieron sino que fomentaron la exportación; véase Lipson (1956, II, pp. lxx-lxxii, 451-52). Es muy probable que las Provincias Unidas incrementaran también su participación en la producción mundial de cereales, pero dado que partían de un porcentaje bajo, el hecho fue menos notable. Véase, por ejemplo, la respuesta de Franken a la sugerencia de E. L. Jones en el sentido de que el incremento de la producción de cereales en una época de precios bajos fue un «rasgo exclusivamente inglés» (1967, p. 159). No es cierto, dice Jansen: lo mismo ocurrió en Limburgo y en otras partes. Franken atribuye esta expansión a la presión de las ciudades y dice que condujo a un agotamiento del suelo (1971, página 165), pero la cuestión es por qué no se importaron los cereales de áreas más lejanas, teniendo especialmente en cuenta los factores ecológicos. En la explicación debe entrar también la cuestión de las posibilidades de ganancia.

[70] De acuerdo con Jacquart (1974, pp. 181-82), «el grueso de la producción agrícola francesa en el siglo XVII era consumido en el país o elaborado *in situ*». Aunque se exportaban otros productos agrícolas, «el comercio de cereales estaba por lo general prohibido a menos que la cosecha hubiese sido buena». Por ejemplo, justo cuando Inglaterra estaba iniciando las primas al trigo, el *Conseil du Roi* promulgó varios edictos contra la exportación (más de 30 entre 1675 y 1683). Usher, en su clásico estudio del comercio de cereales, ve las cosas de un modo distinto (1913, pp. 273, 294). Para él, «el único elemento original en el tratamiento de Colbert al comercio de cereales» fue el *librecambio* y afirma que Colbert se regía por el principio de la «prohibición en tiempos de escasez y permiso en tiempos de abundancia». Usher destaca que había en juego dos libertades, la exportación y el comercio interprovincial. ¿Qué sucedió entre 1675 y 1683 con la relativa libertad de este último comercio?

Tal vez habría que tener en cuenta a este respecto que la producción de cereales de la Baja Provenza y el Languedoc conoció una expansión que duró hasta 1680 aproximadamente. La explicación de este hecho es diferente, pero la consecuencia es que compensó en parte la flojedad de otras regiones. Chaunu afirma que la «anomalía» de esta continua expansión en una zona situada fuera del centro estriba en «la importancia de la tierra hasta entonces no cultivada [*l'inculte*]», lo que implicaba «un límite que se alcanzó más tarde» que en otras partes (1963b, p. 354). Véase también Goubert (1970c, pp. 49-54). Le Roy Ladurie sólo ve en los

análisis es correcto en líneas generales, la explicación de las posteriores diferencias entre Inglaterra y Francia no reside en los diferentes niveles de productividad agrícola en el siglo XVII. Puede hallarse más bien en la diferente organización de la producción agrícola. Para establecer una comparación razonable entre los procesos seguidos por la tenencia de la tierra en Inglaterra y Francia durante este período, debemos tener presente que ambos países tenían dos modos principales de utilizar la tierra, pero sólo tenían uno en común: los cereales. El segundo de estos modos en Inglaterra era la ganadería, que se prestaba más a una economía de escala que la producción de vino, que era el segundo modo en Francia; por otra parte, la ganadería requería más inversión de capital. Este simple hecho económico puede explicar más las diferencias en el desarrollo de la tenencia de la tierra de lo que las explican las leyes, tradiciones, actitudes y estructura de clases, o la presunta herencia de los derechos «feudales».

Tanto en Inglaterra como en Francia, el complejo entramado de la jurisprudencia, la política y las oscilaciones del mercado creó un verdadero caleidoscopio de relaciones con la tierra. Es posible abrirse camino en este laberinto considerando cuatro grandes categorías desde el punto de vista de las fuentes principales de ingresos: los terratenientes, por lo general grandes propietarios a menudo nobles, que recibían el pago de las rentas de los productores; los productores prósperos, muy a menudo «arrendatarios», que controlaban unidades de mediana o gran escala y daban trabajo a jornaleros; los productores no prósperos, que cultivaban pequeñas unidades de las que en ocasiones eran propietarios y a menudo necesitaban redondear sus ingresos con otros trabajos; y los jornaleros sin tierras (o con muy pocas tierras). Por lo general se emplean términos maravillosamente ambiguos, como campesinos y *yeomen farmers* para designar a la segunda categoría y con frecuencia también a la tercera. Cuando los autores hablan de la desaparición del *yeoman farmer* en Inglaterra y

años 1655-75 un «resurgimiento momentáneo» en el Languedoc (1974a, página 149).

Por supuesto, los ingleses también exportaban «hacia el interior» y especialmente a Londres (véase Everitt, 1968, p. 64). La cuestión es si se consideran los límites del comercio exterior como medida del proceso productivo, cuestión que subraya Morineau (1965, p. 171). Las Provincias Unidas, Inglaterra y Francia están en un continuo ascendente desde el punto de vista de su tamaño geográfico. Cuanto más pequeño sea el país, mayor será el comercio exterior en cuanto porcentaje del total si todo lo demás permanece invariable.

de la supervivencia del campesino en Francia, es a la tercera categoría a la que parecen referirse. ¿Qué sucedió en realidad en el siglo XVII en Francia e Inglaterra? Lo veremos más claramente si estudiamos categoría por categoría.

Uno de los fenómenos básicos del capitalismo moderno es el lento pero constante crecimiento de la gran propiedad, es decir, un proceso de creciente concentración[71]. Uno de los principales métodos fue el cercamiento de las tierras del común, que no parece haber disminuido significativamente en este período[72]. Para crear tales propiedades en tiempos difíciles se requería esfuerzo y dinero. La tierra fue pasando cada vez más a manos plebeyas por medio de ventas, aunque en Francia este hecho es retrospectivamente menos perceptible, dado que el mismo dinero que permitía a un plebeyo comprar tierras le permitía también comprar un título de nobleza (con mucha más facilidad que en Inglaterra). Estas grandes propiedades fueron construidas en parte a base de pequeñas parcelas y, por tanto, la concentración de la propiedad fue en cierta medida una mera «centralización contable»[73]. Por definición, esta centralización de la contabilidad implicaba un creciente absentismo. Además, con el descenso del precio de los cereales resultaba menos rentable cultivar directamente las tierras que arrendarlas[74]. El constante crecimiento del tamaño de las propiedades incitaba a un número cada vez mayor de terratenientes a vivir en la capital. Tanto si se dirigían a ella para convertirse en cortesanos como si lo hacían para participar en el mercado monetario, el caso es que creció el distanciamiento físico entre ellos y la producción agrícola[75].

[71] Véanse F. M. L. Thompson (1966, p. 512); Goubert (1970e, p. 102); Le Roy Ladurie (1975b, p. 1412); y Jacquart (1968, p. 66), quien hace hincapié en que el crecimiento de las grandes propiedades sólo se produjo en Francia al norte del valle del Loira.

[72] Hoskins habla de «una enorme cantidad de cercamientos, hasta entonces desconocidos» en los campos abiertos de Inglaterra en el siglo XVII (1955, p. 220). Véase también Darby (1973, p. 321). En Francia, en el siglo XVII las grandes llanuras fueron reclamadas por los señores hasta el punto de que tener un minúsculo terreno de pastos pasó a ser «una bendición del cielo» para el campesino (Goubert, 1970e, p. 102). Bloch cita los numerosos casos de cercamiento de tierras en el oeste y el centro de Francia hacia 1700 (véase 1930, p. 332).

[73] Meuvret (1960, p. 346). Tapié dice que muchas fortunas señoriales en la Francia del siglo XVII, «se habían convertido en una especie de empresas capitalistas dispersas [...] administradas por capataces y arrendatarios» (1959, p. 138).

[74] Roebuck (1973, p. 15). Slicher van Bath dice que a partir de 1665, sin embargo, «la situación del arrendador se deterioró» (1977, p. 107).

[75] Este fenómeno es fácil de observar en Francia, pero lo mismo

Para conservar estas grandes propiedades, los individuos te-nían que ser empresarios competentes: había mucho campo para talentos de este tipo, pero las familias trataban de pro-tegerse de la incompetencia de ciertos herederos. En Inglaterra esto dio lugar a una nueva forma jurídica: el *strict settlement*[76]. Esta medida dio buenos resultados, al igual que los dio la reducción de los tipos de interés, que hizo más fácil hacer frente a las deudas, y se vio reforzada por las restricciones de los préstamos que conllevaba el *strict settlement*[77]. En Francia la herencia familiar se enfrentaba al problema adicional de la obligatoria partición de las propiedades. Pero los propietarios franceses eran tan astutos como los ingleses y utilizaron la trampa legal de las *rentes constituées* que, a diferencia de las *rentes foncières*, podían ser legadas a los herederos. Estaban más dispuestos a aceptar unos tipos de interés bajos que a recuperar el capital con vistas a crear una propiedad familiar de carácter perpetuo. La venalidad de los cargos proporcionó la salida fundamental a dicha inversión[78].

Las dos categorías siguientes, la de los productores prósperos y la de los productores no prósperos, se confunden con frecuencia porque si bien algunos eran propietarios, la mayoría eran arrendatarios, y porque algunos arrendatarios *de jure* eran propietarios *de facto*[79]: la distinción entre propietario y arrendatario no guardaba correlación con el poder económico,

ocurrió en Inglaterra. Véase Roebuck (1973, pp. 11-14). El empleo de funcionarios especializados plenamente dedicados a la administración de las propiedades aumentó la distancia. Véase Mingay (1963, p. 59).

[76] El *strict settlement* era un mecanismo por el que el heredero de una propiedad veía legalmente reducidas las formas en que podía venderla o hipotecarla (véase Habakkuk, 1967b, pp. 2-3). Este sistema obligó a las familias recientemente enriquecidas a buscar vendedores de tierras entre la *gentry*, los propietarios de alodios y los enfiteutas, lo que contribuyó aún más a la concentración. Véase Mingay (1968, p. 28).

[77] Véase Mingay (1960, pp. 375-76) y Habakkuk (1960, pp. 160-65).

[78] Este complejo sistema está perfectamente resumido en Giesey (1975). Goubert afirma que los tipos de interés de las *rentes constituées* en la Francia del siglo XVII no eran bajos en comparación con otras fuentes de ingresos (véase 1970g, pp. 343-45).

[79] Meuvret afirma que la *censive*, una tenencia perpetua de tierras similar al *copyhold* inglés, era una «verdadera propiedad» que el titular podía «arrendar, intercambiar, vender o dividir» siempre que pagara unos derechos señoriales «que constituían una especie de sistema fiscal» (1960, p. 343). Sin embargo, Goubert señala que podía ser un impuesto muy caro para gozar del privilegio de la propiedad (1970f, p. 130). Kerridge menciona una situación muy similar en Inglaterra cuando afirma que el enfiteuta [*copyholder*] con un arrendamiento vitalicio era indiferenciable del propietario de alodio desde el punto de vista de la tierra, aunque no desde el punto de vista de la ley (1969, p. 60).

la posición social o las ideas políticas. Por debajo del nivel de gran propietario, era posiblemente preferible, en una época de dificultades económicas, ser arrendatario que ser propietario[80]. La evolución de estas dos categorías debería ser considerada con un proceso en dos etapas. En la primera mitad del siglo XVII, las rentas estaban todavía subiendo y los impuestos habían comenzado a aumentar, pero las ganancias procedentes de la producción de trigo estaban ya disminuyendo[81]. Esto puso en aprietos a los pequeños productores de cereales. Muchos productores tuvieron que abandonar su condición de independientes[82], al igual que muchos *pequeños* arrendatarios[83].

[80] Por ejemplo, Mingay señala muy correctamente que el término *yeoman*, tal como lo utilizaba Adam Smith, «denotaba simplemente el rango social». Un *yeoman* era un campesino con un rango superior al del labrador [*husbandman*] e inferior al de los grandes agricultores, pero podía ser propietario de un alodio, enfiteuta o arrendatario (1963, p. 88). Slicher van Bath está de acuerdo en que, por lo general, ser propietario no siempre resultaba ventajoso. «Las regiones más fértiles y densamente pobladas eran cultivadas por arrendatarios más prósperos que el tipo más pobre de propietarios. La propiedad de la tierra y la riqueza no siempre iban de la mano» (1977, p. 109).

[81] En Francia, 1660 parece ser el año decisivo. Marca el fin del período de «inmovilismo y catástrofes», título que Jacquart (1975) da a un capítulo sobre la Francia rural de 1560 a 1660. Le Roy Ladurie, sin embargo, afirma que la renta de la tierra aumentó hasta 1675 (1973, p. 430).

[82] A partir de mediados de siglo, «el pequeño agricultor independiente *(laboureur)*, orgulloso de sus libros de cuentas, de sus pocos arpendes y de su relativa independencia, tuvo que darse por vencido. En las regiones de producción a gran escala *(grande culture)*, su tierra quedó vinculada a alguna unidad mayor *(quelque grosse ferme)*. Podía darse por contento cuando conseguía arrendar su antigua propiedad» (Jacquart, 1975, p. 264). Véanse también Dupâquier (1973, p. 171) y C. E. Labrousse (1970, p. 703).

[83] Lawrence Stone dice: «*A comienzos* del siglo XVII, las rentas subieron más rápidamente que los precios y las ganancias refluyeron desde el arrendatario hacia el terrateniente» (1972, p. 68, el subrayado es mío). Debe referirse al *pequeño* arrendatario sobre todo, porque dice que este hecho, más el acaparamiento, explica el modelo tripartito del período posterior: terrateniente, *arrendatario próspero* y *jornalero* sin tierras. Habakkuk tiende a confirmar esto al hacer del tamaño global del capital un factor crucial para explicar el declive del pequeño campesino. Un terrateniente rico en este período de dificultades «tenía una reserva [de capital] de la que podía echar mano cuando se ponían a la venta propiedades de campesinos de la vecindad» (1965a, p. 660). Habakkuk distingue expresamente este período 1660-1740 del período 1540-1640, en que fue más frecuente la venta de *grandes* propiedades. Con respecto al declive del pequeño terrateniente en la Inglaterra del siglo XVII como consecuencia de la necesidad de capital, véase Thirsk (1970, p. 157).

Jacquart habla de las bancarrotas de los pequeños productores, ya fueran *laboureurs* (independientes) o *fermiers* (arrendatarios), a partir de 1675 (1975, pp. 210-11). En otro texto, hace referencia a la desaparición

La consecuencia de todo esto parece haber sido el alza de los arrendatarios prósperos dedicados al cultivo de cereales en el posterior período de estancamiento a expensas de los productores no prósperos, ya fueran propietarios o arrendatarios. Esto sucedió tanto en Inglaterra[84] como en el norte de Francia[85]. También sucedió en cierta medida en la explotación de ganado lechero, la otra actividad agrícola esencial en estas zonas[86]. Una de las razones del alza de los arrendatarios prósperos fue precisamente el desarrollo de la gran propiedad como una estructura capitalista que requería intermediarios para supervisar a los productores directos, ya fueran éstos jornaleros o subarrendatarios[87]. Estos intermediarios no eran fáciles de encontrar; por otra parte, el período de descenso de los precios de los cereales permitió a estos intermediarios obtener mejores condiciones de los terratenientes. Estas mejores condiciones podían consistir en una reducción de las rentas reales[88] o en el grado en que el terrateniente se hacía cargo del coste de las mejoras[89].

en el norte de Francia, entre 1680 y 1700, de un «buen número de dinastías de *laboureurs*-comerciantes» (1978c, p. 467).

84 Mingay habla de un «espectacular» declive de los pequeños propietarios en el período de 1660 a 1750 (1968, pp. 14-15, 31). En este mismo período, dice Mingay, el grupo de los «*squires* importantes», grupo intermedio entre el pequeño propietario y el gran terrateniente, «se mantuvo firme» (1960, p. 375). Lavrovsky sitúa este declive de los pequeños propietarios y agricultores independientes «en el siglo XVIII, tras la revolución burguesa del siglo XVII» (1960, p. 354).

85 Dupâquier afirma que el grupo social más poderoso al nivel de la aldea estaba compuesto por grandes arrendatarios *(gros fermiers)* y medianos «propietarios» *(grands laboureurs)*, así como por comerciantes (1973, página 169). El duque de Sully gustaba de repetir a comienzos del siglo XVII que «la agricultura y el pastoreo son los verdaderos pechos que amamantan a Francia, las verdaderas minas y tesoros del Perú» (citado por Larraz, 1943, p. 201). Meuvret se refiere al impacto especialmente fuerte a partir de 1660 de las crisis de subsistencia «en las ricas regiones productoras de cereales» (1971b, p. 122).

86 Fussell describe el fenómeno del «arrendamiento de las vaquerías» en diversas partes de Europa occidental en el siglo XVII (1968, pp. 31-32).

87 Véase Meuvret a propósito del papel económico de los *fermiers généraux* y de los *amodiateurs* (1960, pp. 347-49). Le Roy Ladurie afirma que el 39 por ciento de las tenencias de toda Francia (pero ¿cuántas de las del norte de Francia?) eran «grandes propiedades» (1975a, p. 421).

88 En los tiempos difíciles, los terratenientes cancelaban los atrasos de las rentas y cargaban con las contribuciones territoriales para poder competir por unos arrendatarios satisfactorios. Véase E. L. Jones (1965, p. 8).

89 Véase Mingay (1960, pp. 378-79). La iniciativa de estas mejorías parece haber venido sobre todo de los arrendatarios y las personas que controlaban unidades de tamaño medio en general (véase Habakkuk, 1965d, pp. 327, 330, y Mingay, 1963, p. 166), pero en este período era posible presionar para que los terratenientes asumieran una parte mayor de los costos.

En el período comprendido entre 1660 y 1750, todo el mundo coincide en que el pequeño campesino o *yeoman farmer* o «propietario-ocupante» [*owner-occupier*] estaba desapareciendo en Inglaterra, pero ¿sobrevivió acaso en Francia? Ya hemos sugerido que en líneas generales la respuesta es negativa para el norte de Francia (o al menos tan negativa como para Inglaterra), pero positiva para el sur de Francia. ¿Qué tipo de pruebas hay en el caso de Francia? Empecemos por la terminología. El término francés más similar al del *yeoman farmer* inglés es el de *laboureur*, que no hacía referencia a la tenencia de tierras, sino al capital. La palabra *laboureur*, dice Goubert, «designa habitualmente al personaje que posee ese instrumento de cultivo que es la gran *charrue* del norte»[90]. Ahora bien, hay que distinguir la *charrue* del *araire*, aunque ambos se traduzcan a menudo por *arado*[91]. En los siglos XVII y XVIII, en Francia, la *charrue* era un instrumento mucho más pesado que el *araire*, araba más a fondo y contenía más hierro. De aquí que necesitara caballos o bueyes que tiraran de ella. El *laboureur* era, pues, «un propietario o explotador bastante acaudalado, que destaca entre la población de la aldea por la importancia de sus medios y por el personal que puede contratar».

Cuando nos desplazamos hacia el sur, a tierras que conocen el *araire* pero no la *charrue*, nos encontramos con arrendatarios más pequeños y menos poderosos llamados *métayers* y *closiers*[92]. Dupâquier y Jacquart calculan que entre 1685 y 1789 en el Véxin francés, en el norte, el porcentaje de la población formado por pequeños *laboureurs* llamados *haricotiers* o *sossons* pasó de un 9,9 a un 3 por ciento, mientras que el porcentaje de *fermiers laboureurs* más acomodados sólo cambió de un 10,2 a un 8,4 por ciento. Encontramos en cambio que en una zona vinícola «la pequeña propiedad campesina predomina claramente», siendo cinco veces más importante que en la zona de

[90] Goubert (1973, p. 135).

[91] Véase, por ejemplo, Quencez (1968, pp. 118-19), que en este diccionario técnico traduce *charrue* por «arado» y *araire* por «arado de superficie, arado primitivo». La misma dificultad se da en el caso del alemán *(Pflug* y *Hakenpflug)*, el italiano *(aratro* y *aratro di legno)*, el español (arado de labor profunda y arado o arado primitivo) y el holandés *(ploeg* y *primitive ploeg)*.

Haudricourt y Delamarre (1955) dedican todo un libro de 506 páginas a explicar no sólo las diferencias entre la *charrue* y el *araire* en todo el mundo y desde los tiempos antiguos hasta nuestros días, sino también los enormes errores que se han cometido como consecuencia de la confusión lingüística y las falsas traducciones.

[92] Goubert (1973, pp. 135-36).

grandes cultivos del norte[93]. A medida que se reducía su número, muchos de estos pequeños *laboureurs* cruzaban la línea que les separaba de los *manoeuvriers* (jornaleros). Le Roy Ladurie sugiere —cosa con la que estoy de acuerdo— que no se debe exagerar esta distinción *ni* siquiera para el siglo XVI, ya que la línea real era la que separaba a ambos grupos juntos de los *gros fermiers*, los grandes arrendatarios[94]. Esto es también aplicable a Inglaterra. Sin embargo, lo que sucedió en el período de estancamiento fue que si bien esta línea se hizo social y políticamente más clara en Inglaterra, la situación no era tan evidente en las zonas de la Francia rural que no se dedicaban al cultivo de cereales.

¿Qué hay, pues, del argumento que defiende Brenner (y no sólo él) en el sentido de que fue «el predominio de la pequeña propiedad en Francia a comienzos de la Edad Moderna lo que aseguró a largo plazo el retraso agrícola»? Ya hemos señalado nuestro escepticismo a propósito de ambos supuestos: el del predominio de la pequeña propiedad (que no es aplicable al norte de Francia) y el del atraso agrícola de Francia con respecto a Inglaterra (dudosamente aplicable al norte de Francia, al menos hasta 1750). Brenner dice que en Inglaterra el progreso agrícola fue posible porque «los terratenientes pudieron absorber, consolidar y cercar, para crear grandes propiedades y cederlas a arrendatarios capitalistas que podían permitirse una inversión capitalista»[95].

Jacquart, al describir los cambios producidos en el norte de Francia cuando las viejas familias comenzaron a vender sus tierras en el «segundo» siglo XVI, dice[96]:

[93] Dupâquier y Jacquart (1973, p. 171). Estos autores definen al *haricotier* como «un *laboureur* con un mal caballo» y al *sosson* como «un campesino que sólo posee un animal de tiro». Jacquart calcula que las tres cuartas partes de los campesinos franceses no cubrían sus necesidades básicas y observa un constante crecimiento de las propiedades de tamaño medio (definidas como al menos de 30 hectáreas) a lo largo del siglo XVII (1966, pp. 22-26). G. Durand define los viñedos del sur, con sus campesinos-propietarios, como un «lugar de trabajo duro y pobreza ilimitada», ya que las ganancias iban a parar sobre todo a los comerciantes y a la burocracia del Estado a través de los impuestos (1977, p. 133).

[94] Le Roy Ladurie (1975b, pp. 1405-407).

[95] Brenner (1976, pp. 43-63). Croot y Parker se muestran escépticos: «El campesino, lejos de ser un obstáculo para el desarrollo económico, pudo realmente darle su impulso al adoptar nuevas prácticas o nuevos cultivos o simplemente al mostrar a los terratenientes las ganancias que puede proporcionar una buena agricultura» (1978, p. 39).

[96] Jacquart (1975, pp. 273-75).

Lo que importa [...] es la conducta de los nuevos dueños del suelo. De origen burgués, conservaban algo de la mentalidad lucrativa de sus antepasados comerciantes, aun cuando trataran de hacerlos olvidar. Comprendían el papel esencial de la reserva en los ingresos señoriales, la ventaja de la gran propiedad concentrada, los mayores ingresos proporcionados por los bosques y prados. Hubo toda una política consciente que implicó, a lo largo de las generaciones, la adquisición de tierras, su mejora y su explotación.

A su lado, señala Jacquart, se desarrollaron también las explotaciones agrícolas de tamaño medio, de 15 a 50 hectáreas, orientadas hacia el mercado, que representaban la típica *inversión burguesa modesta* «viable y rentable». Este crecimiento, tanto de las grandes propiedades como de las unidades de tamaño medio, llevó consigo un «lento proceso de expropiación campesina» que provocó una «verdadera pauperización de las masas rurales». ¿Es realmente esto muy distinto de lo que sucedió en Inglaterra?

Brenner admite que los terratenientes franceses tal vez desearan «consolidar sus propiedades», al igual que sus colegas ingleses. Pero desgraciadamente no pudieron hacerlo, pues si bien en Inglaterra las leyes permitían a los terratenientes «elevar las rentas o las multas hasta niveles imposibles y así expulsar a los pequeños arrendatarios», en Francia, por el contrario, tendrían que haber «*comprado* innumerables propiedades de pequeños campesinos para formar una unidad consolidada». Todo nos hace suponer que ésta era una carga imposible de soportar para los terratenientes protocapitalistas franceses. Pero ya hemos visto que, lejos de ser inverosímil, la compra de tierras fue uno de los principales métodos de concentración, *tanto en Inglaterra como en Francia*. De hecho, Brenner admite implícitamente esto cuando dice que en Francia «durante todo el comienzo de la Edad Moderna, muchos campesinos se vieron obligados a endeudarse al máximo y finalmente a vender sus propiedades»[97]. Si esto fue así, ¿quién compró estas propiedades? Brenner llega a la conclusión de que a finales del siglo XVII, «de un 40 a un 50 por ciento de la tierra

[97] Brenner (1975, pp. 72-73). En cualquier caso, los terratenientes ingleses recurrieron ampliamente a la compra. Véase T. S. Ashton (1969, p. 36). Croot y Parker dicen: «El profesor Brenner no sólo olvida la contribución del campesino inglés y minimiza su independencia, sino que también exagera la independencia del campesinado francés» (1978, p. 41). Jacquart también afirma que los sistemas de adquisición de tierras campesinas por parte de los grandes terratenientes fueron los mismos en Inglaterra que en el resto de Europa (véase 1978b, p. 409).

cultivada estaba todavía en manos campesinas» en Francia, pero «no más de un 25 o un 30 por ciento» en Inglaterra. ¿Cuál era, sin embargo, el porcentaje *en el norte* de Francia?

Nuestra tesis es que las diferencias en cuanto a organización de la tierra y productividad agrícola entre Inglaterra y el norte de Francia en el período comprendido entre 1650 y 1750 fueron relativamente escasas. Desde el punto de vista de la economía-mundo capitalista en su conjunto, las dos áreas presentaban más semejanzas que diferencias. *Ambas* estaban aumentando su participación en la producción mundial de cereales con vistas a mantener los niveles globales de ganancia en una época de estancamiento, lo que les permitió reducir en parte la ventaja neta de Holanda. Por lo que respecta al sector industrial, el siglo XVII fue una época en la que la protección de la industria fue una de las principales preocupaciones, tanto del gobierno inglés como del francés. Esta protección en Inglaterra es considerada por Lipson como uno de los tres pilares del mercantilismo inglés, junto con las Leyes de Navegación y las Leyes sobre Cereales [*Corn Laws*]: la «era del mercantilismo», dice, fue la «era de la iniciativa»[98]. En cuanto a Francia, el «colbertismo aparece como uno de los principales fenómenos del siglo, aunque de hecho la intervención proteccionista fuera ya importante en la época de Richelieu»[99].

Los esfuerzos encaminados a la protección —o tal vez deberíamos decir a la promoción— industrial se concentraron sobre todo en el sector textil. Veamos primero los resultados para pasar luego a las explicaciones. El sector textil francés estaba esencialmente localizado en el norte, y en menor grado en el Mediodía[100]. La tradicional industria sedera de Lyon experimentó un «notable auge» en el siglo XVII[101]. A la lana y al algodón no les fue tan bien: alcanzaron su punto culminante entre 1625 y 1635, luego decayeron, más tarde se estancaron «a un nivel más bajo»[102] en tiempos de Colbert (¿y a pesar de Colbert?) y

[98] Lipson (1956, II, pp. lxxxix, cxliv). ¿Qué importancia tuvo la protección de las patentes, política esencial del gobierno inglés en el siglo XVII? A este respecto hay división de opiniones. North considera que fue de «importancia primordial» (1973, p. 228), ya que estimuló la innovación. Clark dice que es «dudoso» que estimulara a muchos inventores, porque a muchos se les estafó (1936, p. 152).

[99] Tras el hundimiento de la producción pañera en Reims, Amiens y Beauvais, los aranceles del 15 de junio de 1644 duplicaron los derechos sobre los paños holandeses e ingleses. Véase Deyon (1969, p. 77; 1966, página 54).

[100] Véase el mapa para 1703-1705 en Léon (1970b, p. 236).

[101] Deyon (1966, p. 60).

[102] Goubert (1970g, p. 336).

finalmente se recuperaron y reconvirtieron en parte entre 1680 y 1705 [103] (¿como resultado de Colbert?). La reconversión llevó consigo una considerable «ruralización» de la industria [104]. La crisis textil en Inglaterra se inició antes y fue tal vez superada antes con el auge de los nuevos paños. De 1660 a 1700, la producción pañera se incrementó, las exportaciones se duplicaron y se produjo una creciente diversificación de los paños [105]. También aquí la producción textil se ruralizó, tal vez «de forma más precoz y radical que en la Europa continental» [106].

En comparación con Inglaterra e incluso con Francia, la industria textil holandesa conoció en la segunda mitad del siglo XVII grandes dificultades. En primer lugar, estaba localizada en las ciudades y el coste de la mano de obra era alto [107]. Los holandeses experimentaron, pues, una decadencia en todos los tipos de estambre salvo los camelotes *(greinen)*, pero no en las lanas. Por lo que respecta a los camelotes y a las lanas, conservaban la ventaja de un acceso privilegiado a las materias primas necesarias —España en el caso de la lana y Turquía en el del camelote— y también la ventaja de las técnicas de teñido con el añil y la cochinilla. Los camelotes y las lanas eran productos de gran valor y alta calidad, pero *no* estaban destinados a un mercado amplio. Este cambio de orientación fue la consecuencia de una «posición por lo general más débil» [108], por lo que es comprensible que en la segunda mitad del siglo XVII el capital holandés dedicado a la inversión industrial fuera encauzado hacia la empresa mercantil, más rentable [109].

En otras industrias, la situación se mantuvo. Sin embargo, la construcción naval inglesa creció «más o menos abruptamente, tal vez hacia 1670» [110], en el mismo momento en que se reducía el volumen de la construcción naval holandesa [111]. Lo

[103] «No dudamos en afirmar que el progreso momentáneamente conseguido [en la *sayetterie* de Amiens] de 1680 a 1705 preparó el terreno para el impetuoso desarrollo de la primera parte del siglo XVIII e incluso lo desencadenó» (Deyon, 1963, p. 955).

[104] Véanse Deyon (1963, p. 952) y Kellenbenz (1965, pp. 389-90).

[105] Véase Wilson (1965, p. 185).

[106] Esta es la tesis de Deyon (1972, p. 31), pero el estudio de Kellenbenz (1965) no parece indicar esto.

[107] Véanse Glamann (1974, p. 506) y Wilson (1977a, pp. 26-27).

[108] Wilson (1960a, p. 221).

[109] Véase Smit (1975, p. 62).

[110] Hinton (1959, p. 101).

[111] Véase Romano (1962, p. 519), que sitúa la reducción holandesa entre 1671 y 1701. Véanse también Faber *et al.* (1965, p. 108). R. W. Unger indica que la ventaja holandesa en materia de diseño, ya escasa en la década de

que realmente hay que tener presente es que en la economía-mundo en su conjunto la demanda estaba aletargada. Incluso en aquellos sectores en los que la demanda estaba en expansión, no pudo seguir el ritmo de los esfuerzos agroindustriales de las Provincias Unidas y sus rivales mercantilistas, Inglaterra y Francia. La principal preocupación de Inglaterra y Francia era *encontrar* empleo para sus trabajadores, la de las Provincias Unidas *mantenerlo*[112]. Mientras el mercantilista pudiera crear tal empleo, dice Pares, se mostraba «indiferente a la productividad de la mano de obra empleada»[113].

Esta lucha de las potencias del centro por exportar el desempleo hacia las otras potencias es un fenómeno recurrente de la economía-mundo capitalista en sus momentos de estancamiento. Lo que la agudizó aún más en el período comprendido entre 1660 y 1763 fue el hecho de que tanto Inglaterra como Francia se enfrentaran además con un «problema crónico de pobreza» que afectaba del 25 al 50 por ciento de su población, incluyendo no sólo a los pobres propiamente dichos, sino también a un número enorme (y cada vez mayor) de trabajadores temporales. Wilson dice que en Inglaterra había «un ejército de trabajadores que dependían en parte o totalmente de una industria de exportación de manufacturas importante pero inestable»[114]. Lo mismo sucedía en Francia, aunque allí tal vez se hiciera menos hincapié en la exportación. La cuestión, pues, era cómo maximizar el empleo deseado. El papel de los salarios dio lugar a una apasionada polémica. Por una parte se dice, y se decía en aquella época, que para los holandeses los altos salarios, que «desempeñaron un papel singular a la hora de hacer frente a la masiva erosión del poder

1630, se había desvanecido en la de 1670 y que en el siglo XVIII los astilleros holandeses decayeron o desaparecieron. Ofrece una serie de factores a modo de explicación: el proteccionismo francés, las guerras que provocaron un incremento de la carga fiscal y la deuda pública holandesas, la contracción del mercado nacional, la decadencia general de la piratería, la vida más larga de los barcos, etc. (véase 1978, pp. 109-10).

[112] Hablando de Inglaterra a comienzos del siglo XVII, Supple dice: «El elemento más crítico de la inestabilidad por lo que al gobierno se refiere era el problema del desempleo crónico» (1959, p. 234). Hablando de comienzos del siglo XVIII, D. George dice: «Algunos creen que la irregularidad del empleo es una enfermedad moderna. Esto dista de ser cierto» (1953, página 53).

[113] Pares (1937, p. 120). Furniss dice que las relaciones comerciales eran juzgadas no sólo por su contribución a la balanza comercial sino también por la «medida en que se podía depender del comercio en cuestión para dar empleo a la mano de obra nativa» (1957, p. 52).

[114] Wilson (1969a, p. 125).

adquisitivo experimentada en otras partes»[115], fueron una desventaja. Esto podría atribuirse a la localización urbana de la industria y, por consiguiente, a la presión sindical de los trabajadores que provocó la política de bienestar social del gobierno, lo que explicaría los altos impuestos. Es de suponer que los altos salarios y los altos impuestos hicieran que los productos holandeses fueran relativamente menos competitivos, lo que explica la relativa decadencia.

Sin embargo, los salarios tal vez estuvieran subiendo en Inglaterra y Francia. Hay ciertos indicios de ello en Francia, tanto en la agricultura como en la industria[116]. Por otro lado, para saber lo que realmente estaba ocurriendo, tendríamos que saber algo más de la productividad laboral y del porcentaje de los salarios que se pagaban en dinero. Hill dice que en el siglo XVII «la pereza inglesa era proverbial entre los extranjeros»[117]. Es de suponer que se establecieran comparaciones sobre todo con los holandeses. Lipson nos dice que en esos tiempos difíciles, los artesanos se veían obligados a menudo a aceptar parte de su salario en especie a un cambio sobrevalorado o bien a ver aplazado su pago en forma de pagaré que el trabajador trataba de transformar en metálico vendiéndolo descontado[118]. Esto último es especialmente interesante, ya que supondría que la subida de los salarios, aunque supusiera un coste real para el empresario, no beneficiaba al trabajador sino al pequeño banquero.

Llegamos, pues, a las necesidades contradictorias de las potencias mercantilistas del centro que luchaban contra la potencia hegemónica en una época de contracción. Por una parte, tenían que tratar de ser competitivas en materia de costes,

[115] J. de Vries (1974, p. 183). Romein estima que en 1690 los salarios holandeses eran un 16 por ciento más altos que los ingleses (citado en Wilson, 1969b, p. 118).

[116] Jacquart habla de la falta de trabajadores agrícolas en el período posterior a la Fronda que provocó el aumento de los salarios de los trabajadores jornaleros agrícolas (1973, p. 178); véase también Goubert (1970d, página 64). Por lo que respecta a la industria en el período comprendido entre 1665 y 1688, a pesar de la recesión «la tasa salarial (por unidad y día) parece haber permanecido estable, tanto en la ciudad como en el campo» (Goubert, 1970g, p. 348). Esto representa un incremento relativo. Véase también C. E. Labrousse (1970, p. 370). Léon señala que «de 1660 a 1750 hubo una verdadera 'invasión de los gremios'» que explicaría tanto el incremento de las tasas urbanas como el creciente desplazamiento de la industria a las zonas rurales, donde la mano de obra era «superabundante y dócil, acostumbrada a los bajos salarios» (1970b, p. 251).

[117] C. Hill (1969, p. 98).

[118] Lipson (1956, III, p. 278).

y por otra tenían que encontrar una demanda para sus productos. La presión ejercida por la necesidad de ser competitiva en materia de costes ejercía también una presión sobre los trabajadores en cuanto a la disciplina de trabajo. Furniss describe el desarrollo de este concepto en Inglaterra en el contexto de las ideas sobre el «deber del trabajo», correlativo según se decía al «derecho a un puesto de trabajo» [119]. Thompson habla de la imagen del mecanismo de relojería que se difundió durante el siglo XVII «hasta que, con Newton [...] abarcó todo el universo» [120]. Nef señala que en ese mismo período los mineros y los salineros escoceses se vieron «reducidos a la esclavitud» como consecuencia de los comienzos de la industrialización [121]. Estamos tan acostumbrados a asociar el desarrollo de la mano de obra asalariada libre con el desarrollo del capitalismo, especialmente en los países del centro, que la palabra *esclavitud* extraña e incluso asombra. Lo mismo sucedió en las manufacturas reales de Francia, donde los obreros estaban prácticamente encarcelados en sus lugares de trabajo, aunque recibían salarios relativamente altos.

Relacionemos esto con el debate sobre los altos salarios. La mayoría de los mercantilistas, como la mayoría de los empresarios capitalistas, estaban a favor de los salarios *bajos* como forma de hacer los costes más competitivos, pero los mercantilistas más sutiles estaban en contra. En 1668 Josiah Child, en su nuevo *Discourse on trade*, explicaba la ventaja holandesa de la siguiente forma: «Allí donde los salarios son altos, en

[119] Véase Furniss (1957, pp. 76-78). La misma presión existía en Francia. Véase Martin Saint-Léon (1976, pp. 13, 501-504).

[120] E. P. Thompson (1967, p. 57), que señala (p. 64) el desarrollo simultáneo de la industria relojera inglesa.

[121] Nef (1968, p. 233). Duckham habla de la «servidumbre del minero»: «Ninguna ley 'esclavizaba' realmente al minero. Sin embargo, nada es tan evidente en la historia social escocesa de este período como que la mayoría de los dueños de las minas suponían que sus mineros eran siervos *en el pleno sentido de la palabra* y que prácticamente todos los mineros aceptaban esta condición» (1970, p. 243). Esto no les impedía, sin embargo, hacer huelgas de forma periódica, lo que era posible porque «había escasez de picadores especializados» (Hughes, 1952, p. 253).

Rusche y Kirchheimer señalan que justo en ese momento y precisamente en Holanda, Inglaterra y Francia observamos el desarrollo de los correccionales, que servían principalmente como «manufacturas que producían mercancías a un coste especialmente bajo, debido a su mano de obra barata» (1939, p. 50; véanse también pp. 24-52, *passim).* Además, ésta fue la época en la que se inventó el castigo de la esclavitud en galeras, «la forma más racional de proporcionar mano de obra para unas tareas para las que nunca se pudo encontrar mano de obra libre, ni siquiera cuando las condiciones económicas fueron peores» (pp. 57-58).

cualquier lugar del mundo, hay pruebas infalibles de la riqueza de ese país, y allí donde los salarios del trabajo se mantienen bajos hay pruebas de la pobreza de ese lugar»[122]. De este modo, Josiah Child se adelantó en 300 años al argumento de Arghiri Emmanuel[123]. Aunque sin duda Child no convenció a todo el mundo, sus puntos de vista reflejaban las presiones estructurales.

La disciplina del trabajo y el aumento de los salarios son elementos *complementarios* en una época de estancamiento económico mundial. Los dos juntos incrementan el empleo, al margen de la verdadera productividad por unidad: es decir, la disciplina de trabajo (incluyendo la semiesclavitud) como forma de incrementar la producción (¿no era ésta la verdadera motivación en las minas de carbón escocesas y en los Gobelinos de París?) más unos salarios altos para atraer a los obreros *especializados* (de nuevo los Gobelinos) y también para lograr la expansión del mercado interior y por lo tanto de la demanda. Un sistema en el que los «salarios» incrementados transfirieran las rentas al pequeño banquero y no al trabajador tal vez hiciera tanto —y quizás más— por aumentar la demanda como un sistema en el que los trabajadores estuvieran realmente bien pagados. Sin embargo, un incremento demasiado grande y demasiado temprano en los costes del trabajo (al margen de quién fuera el beneficiado) habría puesto en peligro la competencia con los holandeses, por lo que era preciso llegar a un equilibrio.

Podemos ahora apreciar el éxito de los esfuerzos realizados en la segunda mitad del siglo XVII para promocionar la agricultura y la industria en Inglaterra y Francia. La comparación clásica de la historiografía liberal es la realizada entre la Inglaterra *whig* que evolucionaba hacia las industrias masivas del futuro controladas por particulares y la Francia colbertista que emprendía el camino trillado de las industrias de lujo. Como consecuencia de ello, se dice, Inglaterra evolucionó hacia el liberalismo, el control parlamentario y el progreso, mientras que Francia reforzaba la aristocracia, el «feudalismo» y el despilfarro; en resumen, el Antiguo Régimen. Como en tantos y tantos argumentos relativos a este período, el *locus classicus* moderno de estos prejuicios es Heckscher:

[122] Citado en Wilson (1969a, p. 122). Véanse también Heckscher (1935, II, página 169), Lipson (1956, III, pp. 273-74), Coats (1958, pp. 35, 46) y Wiles (1968, pp. 115, 118).
[123] Emmanuel (1972).

No sólo no hubo en Inglaterra contrapartida a los *établissements* de la industria de lujo en manos del Estado [francés], sino que además —y esto es mucho más importante— las numerosas y amplias *manufactures royales* dotadas de todos los privilegios posibles [...] no existieron en Inglaterra [...]

*Esta diferencia es vital.* Si los cambios técnicos hubieran consistido, como los del período anterior, sobre todo en una mayor destreza manual, un mayor refinamiento y una mayor plasticidad artística, en otras palabras, si hubieran pertenecido a esa esfera técnica en la que la producción estaba determinada por la familia real, la corte, la aristocracia y otros productores adinerados, Francia habría tenido alguna posibilidad de convertirse en el principal país industrial al norte de los Alpes. Pero las cosas fueron muy distintas. «Industrialización» o «capitalismo» significaban una producción masiva para un consumo masivo, y aquí las industrias de lujo estaban totalmente subordinadas. El liderazgo pasó, pues, a Inglaterra[124].

La primera pregunta que se plantea a propósito de la explicación de Heckscher es si los hechos son ciertos. Pierre Léon, aun admitiendo que Colbert promocionó algunas industrias de lujo, duda de la validez del análisis.

Lo esencial de su esfuerzo se centró en realidad en las industrias masivas: los tejidos de lana y lino (Elbeuf, Sedan, Languedoc); el acero, base de la industria de armamentos (Valenciennes, Cambrai); la fabricación de papel. Se crearon más de 400 fundaciones, 300 de ellas en el sector textil, gracias a sus desvelos. Sin duda [Colbert] no creó una «base industrial», que existía desde hacía siglos, pero trató de reforzarla y concentrarla [...] No cabe duda de que las manufacturas reales [...] implantaron por vez primera [...] la «forma» de la fábrica del futuro[125].

En cuanto al efecto sofocante del colbertismo en la iniciativa capitalista, no debemos olvidar que, al igual que la venalidad de los cargos y los soldados mercenarios, el colbertismo representó un paso hacia las formas características del siglo XIX, y no un paso hacia atrás. El colbertismo se había originado con Richelieu, y John Nef señala dos de sus efectos positivos:

En primer lugar, dentro del sistema, los partidarios de la aventura económica tuvieron más libertad de la que se les había dado antes de la época de Richelieu [...] En segundo lugar, el sistema de regulación mercantilista [...] constituyó realmente un paso hacia la con-

[124] Heckscher (1935, I, p. 221, el subrayado es mío).

[125] Léon (1970a, p. 113). Además, las inversiones del Estado en la industria entre 1660 y 1789 sólo ascendieron a dos millones de francos anuales, «cifra irrisoria», ya que los ingresos industriales representaban por término medio cien millones de francos (Léon, 1970b, p. 225).

cesión a los comerciantes del reconocimiento político, el rango que según Eon [clérigo cuyos escritos fueron influyentes en tiempos de Colbert] tanto necesitaban [126].

Si la diferencia entre los esfuerzos mercantilistas de Inglaterra y Francia en el siglo XVII es menor de lo que con frecuencia se pretende, ¿por qué habla Goubert (como muchos otros) del «fracaso global de Colbert» [127]? ¿Por qué se dice que el principal efecto de los aranceles de Colbert fue simplemente «retrasar por un tiempo» la tendencia ascendente de la producción pañera inglesa [128]? Si el contexto era desfavorable, como sugiere Deyon [129], era tan desfavorable para Inglaterra como para Francia. Wilson insinúa que los franceses no eran *lo bastante* mercantilistas, que su mercantilismo, a diferencia del de Inglaterra, «seguiría siendo relativamente incoherente e impreciso aun en tiempos de Colbert», porque Francia carecía de «esa combinación de capital comercial en expansión e influencia gubernamental representada por el eje Westminster-City en Londres» [130]. Esta sugerencia nos lleva a tratar de averiguar cómo perseguían sus objetivos económicos los distintos grupos dentro del marco de los dos Estados mercantilistas del centro. Recordemos que Francia era cuatro veces mayor que Inglaterra en tamaño y que dentro de sus fronteras había regiones muy grandes que aún no pertenecían al centro [131].

Para compararlas debidamente, debemos examinar primero los escenarios comercial y financiero, empezando por una evaluación global. Se suele pensar que el período comprendido

[126] Nef (1968, p. 215).

[127] Goubert (1970g, pp. 354-56), que nos recuerda que en el tratado de Nimega (1678) Colbert tuvo que hacer concesiones en su política de altos aranceles por presiones holandesas e inglesas. Meuvret pretende que el fracaso de las Compañías fue más importante que el fracaso de la política arancelaria y que el impuesto de Fouquet de 50 *sous* por tonelada sobre los buques extranjeros, equivalente francés de las Leyes de Navegación inglesas (1971a, p. 32). Véase también Deyon (1966, p. 55).

[128] Priestly (1951, p. 47).

[129] Los esfuerzos de Colbert «se inscribieron desde el principio como una difícil empresa» (Deyon, 1963, p. 951).

[130] Wilson (1965, p. 65).

[131] Si bien se dice que Francia era en cierto modo demasiado grande, también se afirma que los holandeses tenían el problema contrario. «Si todos los Países Bajos hubieran estado unidos, las nuevas etapas del progreso económico que se desarrollarían en Gran Bretaña habrían podido darse antes. El acero y el carbón belga, la fuerza hidráulica existente en las Ardenas, podrían haber proporcionado los elementos esenciales para una revolución industrial, pero los holandeses carecían de tales elementos» (Plumb, 1965, p. xxv).

entre 1660 y 1700 fue el de la «revolución comercial» en Inglaterra [132], en una época en que Inglaterra se estaba convirtiendo por vez primera en un «centro de distribución mundial por méritos propios» [133]. Lo que habitualmente se resalta en este período es la parte de comercio mundial que los ingleses arrebataron a los holandeses, reflejo de los aspectos positivos de las Leyes de Navegación [134]. Pero ¿qué sucedía en Francia? Según Crouzet, «no hay paralelo en Francia al prolongado y rápido crecimiento en el siglo XVII [y especialmente a partir de 1660] del comercio exterior inglés» [135], pero Delumeau, tras pasar revista a todo el período de 1590 a 1690, presenta un cuadro muy diferente, en el que es visible el reforzamiento del comercio exterior francés: «El progreso [... fue] lento, desigual, obstaculizado por los reveses, pero decisivo» [136]. Richet está de acuerdo con esto y ve un «crecimiento absoluto», cuyo efecto fue «mucho más allá de las regiones costeras» y permitió a los productores del sector textil y otros «alcanzar, en los años 1680-1690, un nivel que no habían conocido nunca, ni siquiera en los mejores años del siglo anterior» [137].

¿Qué explica el fracaso, si de veras lo hubo, de las compañías francesas y la mayor resistencia de los capitalistas franceses a invertir, en comparación con sus colegas ingleses y holandeses? No puedo tomar muy en serio las explicaciones que dicen que se debió al «temperamento francés y sus defectos» [138] o a que los vástagos de los comerciantes franceses renunciaron a ser hombres de negocios [139]. Aun si esto fuera más cierto que

[132] Véase Davis (1954, pp. 161, 163), quien señala, sin embargo, que «el único período de prosperidad comercial es el que va desde el fin de la depresión en 1677 hasta la revolución de 1688».

[133] Wilson (1965, p. xii). Sin embargo, Klein dice que «hacia 1670 el mercado de Amsterdam era ya de escasa importancia como mercado mundial» (1966, pp. 208-209).

[134] Harper piensa que las leyes tuvieron un «efecto real por cuanto que impidieron a los holandeses actuar como transportistas de terceros» (1939b, p. 300). Åström dice que el cambio en el comercio del Báltico entre 1633 y 1685 fue «considerable» (1960, p. 7), aun cuando las pérdidas de Holanda significaran a menudo ganancias tanto para el Báltico como para los propietarios de buques ingleses. Franken cita a los Padres de la Ciudad de Amsterdam, que en 1684 llamaron la atención sobre el hecho de que los ingleses tenían «en sus cultivos y manufacturas unos fondos de comercio mayores» que los de Amsterdam, cuyo comercio era en comparación «artificial» (1968, p. 10).

[135] Crouzet (1972, p. 62).

[136] Delumeau (1966, p. 105).

[137] Richet (1972, p. 205).

[138] Meuvret (1971a, p. 33).

[139] Kulischer (1931, pp. 16-17).

en otras partes, lo que es dudoso ¿a qué fue debido? En cualquier caso, quedaría todavía por explicar el modelo de inversión de los padres de los vástagos en cuestión. Tal vez una mirada más detenida al comercio mundial por sectores clarifique las cosas.

Comencemos por el tonelaje total y el valor del transporte marítimo por sectores geográficos, que han sido calculados en el cuadro 2. (Desgraciadamente, no conozco un cálculo similar para Francia.)

CUADRO 2. TRANSPORTE MARÍTIMO INGLÉS EN 1700[a]

| *Sector* | *Tonelaje* | *Millones de libras* | *Libras por 1 000 ton.* |
|---|---|---|---|
| Indias Orientales | 5 000 | 0,9 | 0,180 |
| Mediterráneo | 71 000 | 1,7 | 0,046 |
| España y Portugal | | 1,5 | |
| Indias Occidentales | 43 000 | 1,3 | 0,030 |
| América del Norte | 33 000 | 0,7 | 0,021 |
| Europa septentrional | 218 000 | 0,9 | 0,004 |
| Zonas de la cercana Europa | 224 000 | 5,1 | 0,023 |
| TOTAL | 594 000 | 12,1 | |

[a] Este cuadro ha sido reconstruido a partir de los datos de Wilson (1965, p. 162). Wilson basó su trabajo en el de Ralph Davis.

Tres hechos destacan en este cuadro. Las zonas de la cercana Europa, que son en buena parte las de las otras potencias del centro, representaban más de un tercio del tonelaje y casi la mitad del valor. El comercio del Báltico representaba otro tercio largo, pero muy poco del valor, lo que era bueno para los transportistas pero no demasiado importante para los comerciantes. Las Indias Orientales absorbían muy poco del transporte marítimo y muy poco del valor total, pero el valor por tonelada de esta área es con mucho el más alto (así como el del comercio del Báltico es con mucho el más bajo) y un alto valor por tonelada significa una elevada tasa de ganancia por barco. En el caso del comercio asiático, estos hechos implican que si bien tal vez fuera importante para la Compañía de las Indias Orientales, no era *todavía* muy importante para el conjunto de la economía-mundo. Esto explica quizá por qué la Compañía de las Indias Orientales fue capaz de resistir los

ataques a sus violaciones de la lógica mercantilista gracias a su balanza comercial desfavorable [140]. El perjuicio que realmente ocasionó este comercio fue muy limitado. La contrapartida fue, naturalmente, que la Compañía de las Indias Orientales esperase que el gobierno inglés «se valiera por sí mismo en Asia» [141].

Las importaciones fueron en aumento —861 000 piezas de algodón en el año 1700 (que en sus dos terceras partes fueron reexportadas), frente a las 240 000 importadas en 1600 [142]—, pero el mercado de exportación para las mercancías europeas en Asia era todavía tan limitado que «cualquier intento de almacenar excesivas mercancías llevaba a una drástica reducción de la demanda y una caída de los precios» [143]. En una época en la que la demanda era la principal preocupación colectiva de las potencias mercantilistas, el comercio de las Indias Orientales no era una solución. En realidad, para conseguir que ese comercio fuese «útil», la India habría tenido que sufrir una periferización, y los ingleses, por no hablar de los franceses, no consideraron que el esfuerzo mereciera la pena hasta después de la mejoría de 1750. Fue de hecho en esa época cuando los británicos iniciaron la conquista política de la India y su periferización económica [144]. El comercio del Mediterráneo ocupaba una posición intermedia en muchos aspectos: en la medida en que el Mediterráneo era una periferia más que una arena exterior [145], en la importancia cuantitativa del comer-

[140] Véase P. J. Thomas a propósito de las «virulentas» discusiones acerca del comercio de las Indias Orientales en el siglo XVII (1963, p. 6). En cuanto a su rentabilidad, véase Glamann, quien afirma que «las ganancias producidas por el comercio holandés en Asia eran moderadas en comparación con los ingresos obtenidos por los holandeses con la navegación y el comercio en Europa» (1958, p. 11); véase también Morineau (1978e, p. 175).

[141] Bassett (1968, p. 85).

[142] Wilson (1965, p. 170). Los tejidos asiáticos eran especialmente apreciados en la época por su ligereza, elegancia y fina textura. P. O. Thomas nos recuerda que en 1727 el *Atlas maritime* decía que «la India y la China podrían vestir a todo el mundo con sus manufacturas» (1963, p. 31).

[143] Chaudhuri (1968, p. 486), quien añade que a partir de 1700 «los términos de intercambio parecen haberse deteriorado para las mercancías europeas».

[144] Mukherjee sitúa el cambio hacia la década de 1740, en que, a consecuencia de la desintegración del imperio mogol, la rivalidad anglofrancesa tomó la forma de «una dura pugna para controlar la India por las supremas ventajas 'comerciales' de una compañía a expensas de otra» (1974, p. 110).

[145] Davis defiende la tesis de la periferialización en su análisis del comercio inglés (1961, pp. 125, 137). En el caso de Italia, dice que en 1700 se había convertido «en un país más de los que intercambian sus productos agrícolas por manufacturas inglesas». Davis describe el comercio del

cio[146] y en su carácter decisivo para la rivalidad anglo-francesa[147].

Cuando hablamos de la rivalidad anglo-holandesa y del desarrollo de Inglaterra a expensas de Holanda, pensamos ante todo en dos cosas: el mercado interior inglés, en el que los holandeses habían desempeñado un papel significativo, y la navegación en el Báltico, que era el «comercio madre» de Holanda. Si hacemos hincapié en la bandera de los barcos, podemos perder de vista la naturaleza del cargamento, que cambió radicalmente en el curso del siglo XVII. En el largo siglo XVI, el comercio del Báltico consistió sobre todo en el transporte de cereales hacia el oeste (y aquí Danzig desempeñó un papel crucial) y el transporte de tejidos hacia el este. El estancamiento del siglo XVII puso fin a este comercio, pero sólo en las décadas intermedias, que fueron testigo de una verdadera «desintegración del área del Báltico»[148]. La decadencia de las exportaciones de cereales fue consecuencia del hundimiento de

Levante como «el intercambio de manufacturas inglesas por materias primas extranjeras» y dice que «el comercio puede reducirse, de hecho, al intercambio de paño fino por seda cruda». Estoy de acuerdo con su valoración de Italia, pero no con la del Levante. Issawi (1974) describe un constante proceso de implicación del imperio otomano en la economía-mundo entre 1600 y 1914, pero no deja claro cuándo se produjo el cambio decisivo, aunque parece sugerir que el siglo XVIII fue un momento crucial.

[146] Rapp dice que el auge de Inglaterra en el siglo XVII «se basó en la conquista del mercado del sur y más precisamente en la eliminación de los rivales mediterráneos en la industria y el comercio» (1975, pp. 522-23). Esta me parece una exageración, pese a la utilidad inmediata para Inglaterra (y para las Provincias Unidas) de la expansión del comercio con el Mediterráneo *cristiano* a *comienzos* del siglo XVII. La cuestión es que, a partir de 1660, el comercio del Mediterráneo desempeñó un papel cada vez menor como porcentaje del total, aun cuando continuara aumentando en términos absolutos. Para Francia, el comercio con el Levante, que representaba la mitad de todo su comercio exterior a finales del siglo XVI, se redujo hasta representar tan sólo una décima parte en la década de 1780. Para Inglaterra, la decadencia fue aún más acusada: desde su punto culminante de un 10 por ciento a mediados del siglo XVII hasta un 1 por ciento a finales del siglo XVIII. Además, como fuente de algodón en rama y mercado para los tejidos, el Levante perdió importancia cuando empezaron a surgir otras fuentes y mercados. Véase Issawi (1974, pp. 114-15).

[147] Parry dice que en el siglo XVIII se produciría «la inverosímil paradoja de un Mediterráneo inglés» (1967, p. 191). Léon y Carrière dicen que a lo largo del período transcurrido de 1661 a 1789, el comercio del Mediterráneo representó el 30 por ciento del total del de Francia (1970, p. 194); e Issawi dice que en la década de 1780 Francia absorbía del 50 al 60 por ciento del comercio otomano (1974, p. 114). El comercio francés llevaba consigo un papel dominante en Berbería, región que correspondía aproximadamente a la actual Tunicia (Léon y Carrière, 1970, p. 193).

[148] Åström (1963, p. 29).

los precios mundiales y, como resultado de esto, de la retirada del mercado internacional de las zonas cerealeras de Polonia y el este del Elba. Esto supuso, a su vez, la decadencia del mercado pañero precisamente en estas zonas cerealeras, al haber menos moneda fuerte disponible (recuérdese la *Kipper- und Wipperzeit)* y producirse un resurgimiento de la producción artesanal local en Europa oriental mediante la cual los terratenientes trataron de rehacerse en parte de las pérdidas resultantes del hundimiento del mercado de cereales [149].

La eficiencia marginal de los tejidos ingleses frente a los tejidos holandeses y a los tejidos fabricados a nivel local no era lo suficientemente grande como para que pudieran sobrevivir en la zona del Báltico, donde la demanda se contrajo «por falta de una reducción drástica de los precios, que estaba fuera de lo posible» [150].

La Compañía Oriental había recibido una ayuda vital de la Corona precisamente porque exportaba paño teñido y aprestado, creando así empleo [151]. Cuando dejó de exportar y comenzó a importar, su papel privilegiado se vio sentenciado a muerte, dado sobre todo que Inglaterra se dedicó cada vez más a la reexportación y al comercio de distribución. Pero ¿qué importaba? El cereal, la importación tradicional, se había hundido. Teniendo en cuenta que la causa del hundimiento del comercio de cereales —el estancamiento de la economía

[149] Åström añade otro factor, al afirmar que los grupos sociales de la zona del Báltico que compraban paños finos (más que seda y terciopelo) eran la pequeña nobleza, la alta burguesía, el clero, los funcionarios y los habitantes de las ciudades, y que su demanda se mantuvo a un nivel bastante constante. «Las grandes fluctuaciones en el consumo de paño fueron debidas, pues, a un solo grupo de consumidores de paño: los militares. Los preparativos bélicos estimulaban la demanda, mientras que las desmovilizaciones la frenaban» (1963, p. 71). De este modo se hace responsable a la «tregua del norte», que siguió al fin de la guerra de los Treinta Años, del acusado descenso de la compra de paños.

Me pregunto si esto basta para explicarlo. En primer lugar, no creo que la demanda no militar fuera tan constante. El propio Åström señala que los ingleses de la época explicaban la crisis de exportación de sus paños en función de tres factores, «la competencia de los holandeses, el incremento de las manufacturas de paño en el norte y el este de Europa y la reducción del poder adquisitivo del mercado polaco» (1963, p. 69). La segunda y la tercera de estas explicaciones implican precisamente una falta de constancia de la demanda no militar. El primer factor está relacionado con la guerra de los Treinta Años: no con la demanda militar sino con el hecho de que, debido a la guerra, los buques holandeses «desaparecieron del comercio inglés» en el Báltico de 1623 a 1649 (Hinton, 1959, p. 37).

[150] Hinton (1959, p. 45).

[151] *Ibid.*, p. 59.

mundo llevó a una encarnizada rivalidad comercial entre las tres potencias del centro, y dado que su rivalidad degeneró frecuentemente en guerras (especialmente navales), se originó una doble demanda que la zona del Báltico podía satisfacer: hierro y pertrechos navales.

Los pertrechos navales habían sido importados del Báltico desde hacia mucho tiempo, pero «el problema del abastecimiento antes de 1650 no había sido nunca grave»[152]. Ahora lo era, y por tres razones: la expansión de la construcción naval, la expansión de la construcción de viviendas (especialmente tras el gran incendio de Londres) y el hecho de que la construcción anterior había agotado de tal forma la oferta de madera inglesa (y a finales de siglo también la de madera irlandesa) que la escasez había «alcanzado [...] las dimensiones de una crisis nacional»[153]. Aquí llegamos a una diferencia crucial entre Inglaterra y Francia: dado que Francia era mucho mayor de tamaño, contaba con una oferta mucho mayor de madera, y todavía en tiempos de Colbert parecía llevar una considerable ventaja a Inglaterra en este aspecto[154]. Sin duda la madera francesa adolecía de su mala calidad para la construcción naval, mientras que los mástiles de Europa del norte eran de primera calidad, pero Francia tenía su propia madera. La cuestión que se planteaba a los franceses era si la diferencia de calidad de los mástiles era suficiente para que mereciera la pena realizar un esfuerzo suplementario en tiempo, dinero y recursos políticos militares a fin de obtener madera de otra parte. La respuesta parece haber sido en gran medida negativa[155]. Los ingleses no podían permitirse el lujo de escoger: *te-*

152 *Ibid.*, p. 99.

153 Wilson (1965, p. 80). Darby dice que en la época de «la Restauración, en 1660, la extensión de los bosques se había reducido mucho» (1975, página 328). Una consecuencia política fue que la Junta Naval se sintió alarmada y consultó a la Royal Society. En 1664, John Evelyn hizo un informe en el que instaba a los terratenientes a plantar árboles. El consejo fue ampliamente seguido y finalmente recompensado con una mayor oferta nacional. Es evidente que «los árboles plantados en esos años alcanzaron su madurez a tiempo para mantener a la armada británica a lo largo de las guerras del siglo XVIII» (Darby, 1973, p. 329).

154 Véase Bamford (1956, pp. 206-7).

155 «La resistencia de los empresarios franceses a aventurar capital y barcos en empresas marítimas en el norte, por la que fueron criticados a menudo, parece haberse basado en una apreciación realista de sus propias limitaciones y de los riesgos implícitos en una competencia con los formidables holandeses» (Bamford, 1954, p. 219). Bamford sugiere que una segunda razón de esta resistencia a procurarse mástiles en el norte, además del coste, fue el miedo a «incurrir en las graves desventajas estratégicas que la dependencia de ellos implicaba en tiempos de guerra»

*nían* que obtener la madera fuera. Por ello realizaron un gran esfuerzo en el Báltico y un esfuerzo *aún mayor* que los franceses en Norteamérica.

El hecho de que en Francia hubiera una mayor oferta nacional de madera tuvo dos importantes efectos secundarios. Hizo que el comercio del Báltico se desplazara geográficamente hacia el este, pasando de Danzig a Königsberg, de allí a Riga y de allí a Narva, y llevó finalmente a que Rusia y Finlandia empezaran a incorporarse al mismo a través de los puertos de Estocolmo y Viborg[156]. La segunda consecuencia, de mayor alcance, fue que Inglaterra se vio obligada a desarrollar sus recursos carboníferos. Una reciente y moderada estimación indica que la producción de carbón aumentó en un 60 por ciento a lo largo del siglo en general, incrementándose en un 370 por ciento desde el punto más bajo en 1650 hasta el punto más alto en 1680[157]. La tendencia a sustituir la leña por carbón para calentarse y cocinar fue puesta de moda por Jacobo I, pero su impulso se debió a la interrupción de las importaciones provocada por las guerras anglo-holandesas. Más tarde, los dueños de las manufacturas comenzaron a buscar procesos que permitieran el uso de carbón, y en 1738 un observador francés escribía que el carbón era «el alma de las manufacturas inglesas»[158].

(1956, p. 113). El comercio francés en el Báltico sólo representaba en esa época el 7 por ciento del total (véase Léon y Carrièrre, 1970, p. 194). De los esfuerzos franceses en Norteamérica dice Bamford: «Los árboles para mástiles eran abundantes y baratos en Canadá, pero su explotación exigía el empleo de mano de obra local, cuyos salarios eran notablemente elevados» (1956, p. 120).

Es esencial comprender que la resistencia inicial de los franceses (en comparación con la *necesidad* de los ingleses) a buscar en Norteamérica recursos madereros no hizo sino autorreforzarse. Bamford señala que uno de los argumentos franceses para interrumpir las importaciones de mástiles norteamericanos en 1731 fue el de su mala calidad. Pero Bamford dice que la mala calidad de los mástiles se debía al hecho de que eran cortados en las cercanías del río San Lorenzo, y no en las tierras del interior, y permanecían allí cortados durante cerca de dos años antes de ser embarcados. «Si los franceses, en lugar de interrumpir las importaciones, se hubieran dedicado a ampliar la explotación de la madera canadiense, los resultados podrían haber sido ciertamente más productivos para ellos, como lo fueron las posteriores talas de árboles canadienses para los británicos» (1956, pp. 127-28).

[156] Véase Åström (1963, pp. 41-44). Esto no es sólo aplicable a la búsqueda de madera, sino también a la de lino, cáñamo, brea, pez y potasa.

[157] Langton (1972, p. 51), que sugiere que la cifra es moderada en comparación con los cálculos de Nef, quien cree que la producción se multiplicó por 15, y concluye que «no se produjo una clara 'revolución'». ¡Allí cada cual con su idea de lo que es una revolución!

[158] Citado en Minchinton (1974, p. 151). A propósito de la escasez de

Además de los pertrechos navales, la otra nueva importación del Báltico era el hierro. A comienzos del siglo XVII, el hierro representaba el 2 por ciento de las importaciones inglesas del Báltico, y a finales de siglo el 28 por ciento [159]. Decir hierro era decir Suecia, y el hierro era un producto industrial, resultado de la transformación del mineral. ¿Por qué desempeñó Suecia en esa época un papel tan importante en la producción de hierro? Hay que recordar que antes de acabar el siglo XVIII, el carbón vegetal era la principal fuente de energía para la fundición del hierro. Dado que tanto el metal como la energía eran caros de transportar, la situación ideal era disponer de ambos elementos en un mismo lugar. (El hierro era, de hecho, más accesible y abundante que los bosques.) En Suecia había tanto una buena *calidad* de hierro como una gran *cantidad* de carbón vegetal [160]. Inglaterra y Francia tenían también importantes fundiciones; probablemente las de Francia eran mayores, debido sobre todo a una «menor penuria de combustible». El resultado fue que Inglaterra se convirtió en un gran importador de hierro sueco para complementar su propia producción, mientras que Francia «no importaba ni exportaba este metal» [161]. Es decir, Francia producía lo que necesitaba y, por consiguiente, no tenía «necesidad» del comercio del Báltico. El hierro sueco desempeñó un papel crucial en el desarrollo de Suecia como potencia semiperiférica dentro de la economía-mundo. Analizaremos esta parte de la historia más tarde. Por el momento, lo que tratamos de subrayar es el efecto del tamaño y los recursos respectivos de Inglaterra y Francia para su modelo de comercio exterior. Las manufacturas conocieron una expansión en ambos países; cada vez era necesario

madera y del desarrollo del carbón en Inglaterra, véase Wilson (1965, páginas 80-85), quien añade una advertencia muy típica: «El éxito de la sustitución de la madera por carbón como combustible y la creciente producción de la industria del carbón no deben ser considerados como *deus ex machina* para explicar todo el desarrollo de la industria británica fuera del sector textil». Sin embargo añade: «Fue probablemente el factor más favorable a la expansión en la economía de principios del siglo XVII».

[159] Åström (1963, p. 32).

[160] Heckscher (1932, p. 139), dice que «fue a la cantidad [de carbón vegetal] más que a la calidad a lo que Suecia debió su posición privilegiada».

[161] Léon hace hincapié en la creciente escasez de mineral de hierro en Francia a lo largo del siglo XVIII. Afirma que ya en 1685, Francia importaba 8,5 millones de libras al año (y en 1787, 42 millones) de Alemania, Rusia, España y especialmente Inglaterra y Suecia. Habla de las crecientes quejas en el siglo XVIII «acerca de las amenazas de deforestación y del creciente coste del combustible» al analizar las revueltas campesinas de 1731 en el Franco Condado contra los metalúrgicos que destruían los bosques (1970b, pp. 231-32).

más hierro[162], y éste, a su vez, requería más combustible. La razón por la que Inglaterra tuvo que recurrir al carbón como combustible y a la importación de hierro antes que Francia[163] fue más una cuestión de diferente ecología que de diferente nivel de industrialización.

Fue quizá en el comercio atlántico donde se dieron las diferencias más notables e importantes entre Inglaterra y Francia. La participación de Inglaterra en el comercio atlántico, por lo que respecta a la cantidad de mercancías transportadas, fue mayor que la de Francia. Además, Inglaterra creó colonias de asentamiento en el hemisferio occidental durante este período, mientras que la colonización francesa fue relativamente lenta e infructuosa. Los dos fenómenos están de hecho vinculados. Hacia 1700, Inglaterra era el país «con mayores intereses en el Atlántico»[164]. ¿Por qué? Ya hemos estudiado cómo dominaban los holandeses el comercio europeo; para ellos parecía más sensato seguir con su fuerte mercado que cultivar otros nuevos y difíciles. ¿Por qué, pues, los franceses, al igual que los ingleses, no se volvieron hacia el comercio atlántico? O mejor dicho, ¿por qué los ingleses, especialmente de 1660 a 1700, obtuvieron resultados mucho mejores que los franceses? La cosa parece clara. En el siglo XVII se establecieron en el hemisferio occidental 28 nuevas unidades de colonización, 3 holandesas, 8 francesas y 17 inglesas, y hacia 1700 los ingleses tenían de 350 000 a 400 000 súbditos (incluidos los esclavos), frente a los 70 000 de los franceses, mientras que en las florecientes colonias del Caribe había el doble de ingleses que de franceses[165]. El Canadá francés y la Luisiana no se podían equiparar ni de lejos con las colonias británicas en Norteamérica por lo que se refiere a población o producción. Entre 1600 y 1700, Inglaterra desarrolló un importante comercio de *reexportación* de productos coloniales a gran escala que resultó muy

[162] Flinn rebate la antigua tesis de que las manufacturas de hierro fueron una industria estancada en Inglaterra entre 1660 y 1760. Según él, el aumento de las importaciones reflejó, por el contrario, un aumento de la demanda en el país y en las colonias (1958, p. 145). Bairoch demuestra que mientras que la producción nacional de acero británico permaneció estable de 1660 a 1760, las importaciones aumentaron en un 130 por ciento, y piensa que donde se hizo más uso de él fue en la agricultura (1966, páginas 8-10).

[163] La expansión paralela en Francia le obligó finalmente a entrar en la «era de la hulla» hacia 1735 (Léon, 1970b, p. 232).

[164] K. G. Davies (1974, p. 314).

[165] *Ibid.*, pp. 45, 80, 85. Por supuesto, el número de unidades de colonización depende de cómo se defina la unidad. Davies da una lista y una justificación.

rentable)[166]. De hecho, uno de los más importantes resultados de las Leyes de Navegación fue la facilidad con que los transportistas ingleses monopolizaron el comercio con sus propias colonias, a lo que habría que añadir su amplio dominio del contrabando en la América española [167].

Los franceses transportaban también tabaco y azúcar a través del Atlántico, como los ingleses, pero la cantidad total transportada era menor y el mercado interior francés absorbía buena parte de lo importado, dejando menos margen a la reexportación. En comparación con los ingleses, los franceses tenían menos productores en las Américas —colonos, siervos contratados [*indentured servants*] y esclavos—, y por lo tanto producían menos [168]. ¿Por qué tenían menos productores? No es una pregunta fácil de contestar. Sabemos que ambos países mantuvieron actitudes bastante diferentes hacia la emigración de los grupos religiosos disidentes. En efecto, los ingleses fomentaron este tipo de emigración, o al menos no la desalentaron, mientras que Luis XIV prohibió a los hugonotes establecerse en las Américas, diciendo que él «no había hecho católico su reino para entregar sus colonias a los herejes» [169].

Parece que nos encontramos de nuevo con la explicación usual de las diferencias entre ambos países: Inglaterra era un país constitucional y relativamente liberal, mientras que Francia era un país absolutista y autoritario. Hay de por medio, sin embargo, un hecho curioso. En 1687-1688, poco después de la revocación del edicto de Nantes, el rey de Francia *amenazó* a los hugonotes capturados cuando trataban de «escapar» a través de las fronteras (probablemente a otros países europeos) con su deportación a Misisipí, Canadá, la Martinica y otros lugares de América. Esta fue una amenaza eficaz, al menos según Scoville, ya que «la amenaza de ser trasladados al otro lado del Atlántico aterraba a hugonotes y conversos mucho más que la posibilidad de verse encadenados a galeras de por vida» [170].

[166] Véanse Davis (1954, p. 131) y Wilson (1965, p. 161).

[167] Parry (1967, p. 206).

[168] Los ingleses hicieron «pleno uso del sistema del trabajo servil contratado [*indentured labor*]». En 1700, 250 000 ingleses habían emigrado a Norteamérica, frente a 20 000 franceses (K. G. Davies, 1974, pp. 80, 96). Curtis calcula un número superior de esclavos en las colonias británicas, especialmente antes de 1700 (1969, cap. 3).

[169] Dehio (1962, p. 89). Los hugonotes no estaban demasiado ansiosos de ir; como dice Dehio, allí «sólo podían esperar encontrar las mismas formas autoritarias de vida social, política y eclesiástica del otro lado» del Atlántico.

[170] Scoville (1960, p. 103).

A la vista de estos hechos, parece que no fueron consideraciones religiosas las que impidieron a los franceses enviar más colonos. Tal vez lo que sucedía era que los franceses no estaban tan interesados como los ingleses por las colonias de asentamiento.

¿Qué es lo que provoca el interés por las colonias de asentamiento? Creo que aquí llegamos al quid de la cuestión. Las colonias de América cumplían dos fines. En primer lugar, eran una fuente de los llamados productos tropicales —azúcar, algodón, tabaco—, que requerían un clima inexistente en la mayor parte de Europa. El gran Caribe (incluyendo Brasil y la parte meridional de Norteamérica) era apropiado desde el punto de vista ecológico, y tanto Gran Bretaña como Francia adquirieron colonias en esta región con dicho propósito. Las diferencias a este respecto eran relativamente pequeñas, aunque tal vez Gran Bretaña tuviera más éxito que Francia. La segunda función, muy diferente, de las colonias, era la de mercado para las manufacturas y las reexportaciones. Las colonias tropicales constituían un mercado débil, precisamente porque tendían a utilizar mano de obra forzosa para mantener bajos los costes de producción. Eran los colonos europeos con un nivel de vida relativamente alto los que proporcionaban una renta colectiva lo suficientemente grande como para cumplir esta función.

Inglaterra creó colonias de este tipo, Francia no. ¿Estará la explicación en que Francia necesitaba menos un mercado, o en que encontró mercados en otros lugares? Una vez más, volvemos al factor del tamaño. ¿No era Francia capaz de vender una mayor cantidad de sus productos en su mercado interior[171]? Inglaterra necesitaba a Europa como mercado (du-

[171] «No cabe duda de que en términos cuantitativos el volumen del comercio interior [en Francia] superaba de forma abrumadora al volumen del comercio exterior» (Léon y Carrière, 1970, p. 165).

De hecho, en el siglo XVII nos encontramos con una orientación hacia el interior de los puertos comerciales, lo que Morineau llama la «septentrionalización» del puerto de Marsella, que «se disoció del Mediterráneo». Morineau explica que a principios del siglo XVII, Marsella conoció una «auténtica expansión», que fue «más brillante que [la expansión del] siglo XVI» (1970b, pp. 163, 169). Cabe preguntarse cómo pudo ser esto si Marsella acababa de perder el rentable comercio de las especias, que había caído en manos de los holandeses con el consiguiente cambio de ruta. Respuesta de Morineau: Marsella servía como centro de importación al cuero y especialmente a la seda cruda, y abastecía de seda a las manufacturas de Lyon, que en este momento se estaban apoderando de los mercados franceses hasta entonces abastecidos por los italianos. ¿Qué mercados eran éstos? Los mercados de lujo de la Corte, que prosperaban en medio del declive general. El mercado surgió de tres fuentes: la reorientación de la demanda existente, el incremento de las rentas señoriales y el in-

rante mucho tiempo a través de las Provincias Unidas)[172] y también necesitaba crear sus colonias en Norteamérica[173]. Todo es relativo. Enfrentadas al mismo problema de la contracción a nivel mundial, Francia e Inglaterra tuvieron ambas reacciones mercantilistas, dirigidas primero contra las Provincias Unidas y luego contra el otro país. Pero en Inglaterra todo condujo a una concentración en el comercio exterior. Era un círculo vicioso: como consecuencia de su necesidad de comerciar, necesitaba barcos, lo que a su vez hacía necesarios pertrechos navales, éstos a su vez productos con que comprar los pertrechos navales y éstos a su vez compradores en las colonias para las manufacturas en expansión. La cantidad puede incluso explicar por qué los británicos desarrollaron el comercio triangular, a diferencia de los franceses. El número mayor de barcos despertó una mayor preocupación por el tráfico en un solo sentido y por la infrautilización de los barcos, que el comercio triangular vino a solucionar[174], y esto, a su vez, reforzó la utilidad de las colonias de asentamiento. Finalmente, el mayor comercio atlántico de Gran Bretaña llevó a un mayor comercio de reexportación, que dio lugar a un significativo grupo de presión antimercantilista en Inglaterra[175], lo que tal vez explique los diferentes procesos que tuvieron lugar en el siglo XVIII.

Se afirma a menudo que otro importante factor del progreso económico de Inglaterra fue la combinación de la ausencia de aduanas con el perfeccionamiento del sistema interior de transporte (eliminación de presas, reforzamiento de las orillas, profundización de los lechos, construcción de esclusas y acorta-

cremento de las rentas de los cortesanos, resultante del aumento de los impuestos. «De este modo se estimuló un comercio de lujo que rivalizó con el de las armas y el cuero, ya que el siglo XVII, no lo olvidemos, fue un siglo con botas. Marsella extrajo la esencia de su desarrollo de los recursos internos de Francia. De este modo consiguió escapar a las repercusiones de la depresión de los metales preciosos» (1970, pp. 168-69).

[172] A pesar de las «espectaculares aventuras coloniales [de Inglaterra en el siglo XVII], el comercio era todavía primordialmente intraeuropeo» (Supple, 1959, p. 7). Sin embargo, el comercio con Holanda declinó a medida que aumentaba el comercio con las colonias (Wilson, 1965, pp. 271-72).

[173] Véase F. J. Fisher (1950, p. 156). Jeannin afirma que en el período comprendido entre 1650 y 1750, los dos principales mercados para las manufacturas de Europa occidental fueron los colonos norteamericanos y los diversos Estados (1964, pp. 338-39). Una vez más, el hecho de que Francia tuviera un Estado mayor, con necesidades más amplias, que Inglaterra supuso una necesidad correlativamente menor para ella de un mercado norteamericano.

[174] Véase Davis (1956, p. 71).

[175] Véase Wilson (1967, p. 513).

miento de los recorridos mediante la excavación de zanjas)[176]. Aunque el incremento de los costes resultante de las aduanas en Francia fue relativamente pequeño —y no olvidemos que sólo se aplicaban al comercio fuera de las cinco *grandes fermes*—, en general el transporte en Francia era caro, dicen Léon y Carrière. Se muestran perplejos: «Nos es difícil profundizar más en una cuestión tan compleja» [177].

¿No sería más correcto considerar el problema de esta forma? Los costes de transporte en Inglaterra no debían diferir demasiado de los costes del transporte en la zona aduanera del norte de Francia. Dado que a Inglaterra se iba por mar y a la zona aduanera del norte de Francia se iba, si no sobre todo al menos en parte, por tierra, y dado también que fue justo en esta época, cuando el transporte marítimo pasó a ser significativamente más barato que el transporte terrestre, el dilema de Inglaterra ante la falta de un mercado interior suficiente se convirtió en una ventaja [178]. Quizá la cuestión sea que Francia estaba *en mejor situación* económica que Inglaterra. Tenía menos necesidades que la impulsaran a desarrollar un comercio «exterior». El desarrollo del comercio exterior tal vez no supusiera una gran diferencia real en el largo período de contracción, pero puede que fuera lo que situó a Gran Bretaña en mejores condiciones —desde el punto de vista económico, político y militar— para aprovecharse de la renovada expansión económica de mediados del siglo XVIII [179].

[176] Véase T. S. Ashton (1969, pp. 72-74).

[177] Véase Léon y Carrière (1970, p. 178).

[178] Véase el análisis anterior en Wallerstein (1974, pp. 264-66).

[179] No olvidemos que en el largo período de contracción, el comercio exterior no lo era todo, ni siquiera para Inglaterra. Reed, por ejemplo, afirma: «Es el volumen total de las transacciones lo que influye en la reducción de los costes, independientemente del origen nacional de los comerciantes envueltos en ellas. Aunque el comercio exterior [inglés] conoció una expansión [en el siglo XVII], su nivel fue más bajo que el del comercio interior, y no hay pruebas que demuestren que creció más deprisa. El comercio nacional puede, pues, haber desempeñado el papel dominante» (1973, p. 184). La cuestión está bien planteada. Queda sin embargo por ver si el volumen total de las transacciones en Francia fue realmente menor que en Inglaterra, dado especialmente el tamaño mucho mayor de Francia.

Es posible, sin embargo, que queramos estudiar no el volumen *nacional* de las transacciones, sino el volumen en un mercado determinado. París, por supuesto, nunca combinó las funciones administrativas con las económicas, como lo hizo Londres, debido una vez más al tamaño y a la estructura geográfica de Francia. El crecimiento de Londres como ciudad y como mercado entre 1650 y 1750 es un tema muy estudiado (véase Wrigley, 1967, p. 63). Pudiera ser que los costes de las transacciones en *Londres* fueran más bajos que los costes de las mismas en París y otros

Debemos ahora volver a la cuestión de cómo hicieron frente Inglaterra y Francia al problema de la financiación del flujo de la producción y el comercio. Aquí es necesario un análisis de tres problemas muy delicados: el papel de los metales preciosos en el comercio de esta época (probablemente la mayor preocupación de los mercantilistas), la disponibilidad y afluencia de metales preciosos en esta época y el impacto de la hacienda pública en el funcionamiento del conjunto del sistema. Geoffrey Parker mantiene que el período comprendido entre 1500 y 1730 fue testigo de una «revolución financiera» que constituyó un preludio esencial de la revolución industrial y supuso dos cosas para las finanzas privadas: la concentración de las facilidades de crédito en unos pocos centros y «asociada con esto, la evolución de un sistema internacional de pagos multilaterales» [180]. Tras el ambiguo significado de *evolución*, palabra que denota un proceso, se esconde una importante controversia. ¿Hasta qué punto fueron los pagos realmente multilaterales? Aunque quizá sea más exacto preguntarse cuándo estuvo el multilateralismo de los pagos lo suficientemente extendido para que los comerciantes, y también los gobiernos, contaran con él en sus cálculos.

El debate fue planteado en el curso de un conocido intercambio que se inició porque a Charles Wilson no le agradó que Eli Heckscher rechazara la lógica mercantilista (cosa que de hecho tenía todo el derecho a hacer). Wilson mantenía que, teniendo en cuenta que el cambio de un sistema de pagos bilateral a uno multilateral no tuvo lugar hasta el siglo XVIII, la preocupación de los mercantilistas en el siglo XVII por la disponibilidad de moneda era muy racional [181]. Heckscher replicaba que «el comercio multilateral y el arbitraje existían ya en la Edad Media —y quizá incluso antes—», y que el tema de los medios «por los que [...] se efectuaba este comercio multilateral» es una «cuestión secundaria» [182]. El flujo de metales preciosos no era sino uno de los medios de llevar a cabo una liquidación multilateral; hay que tener en cuenta también el flujo de letras de cambio, sin cuyo «uso universal» el comercio

centros franceses. Si North y Thomas están en lo cierto, en el período comprendido entre 1500 y 1700 el cambio tecnológico fue demasiado pequeño para explicar el aumento de la productividad: la única fuente posible de tal aumento fue «la reducción de los costes como consecuencia de la utilización del mercado» (1973, p. 150), lo que tal vez explique la *ventaja* de Inglaterra sobre Francia, pero sólo eso.

[180] Parker (1974a, p. 532).

[181] Wilson (1949).

[182] Heckscher (1950, pp. 221-22).

multilateral «no habría podido mantenerse». La respuesta de Wilson es la siguiente: por supuesto, había habido *un cierto* comercio multilateral y *un cierto* uso de las letras de cambio, pero el volumen del comercio dependía (especialmente en el Báltico) del «eslabón» de los metales preciosos en barras o acuñados, pues sin éstos el comercio se habría visto «restringido por la vuelta a unas condiciones más o menos bilaterales»[183].

En sus comentarios sobre este debate, Jacob Price acusa a ambas partes de «historicidad imprecisa» y de visión estática de todo el período mercantilista. Las letras de cambio, dice, fueron creadas en la Edad Media no sólo por razones de seguridad o sencillez en el pago, «sino en parte para compensar la relativa escasez de moneda». Mantiene que desde mediados de siglo XVI hasta 1660, la oferta mundial de plata experimentó un enorme incremento, permitiendo la expansión del comercio, pero que después de 1660 la oferta de plata se contrajo, lo que dio lugar tanto a un mayor uso de las letras de cambio como a la expansión del flujo de mercancías para «equilibrar el comercio»[184]. Price parte, pues, la diferencia, cediendo a Wilson la primera mitad del siglo XVII y a Heckscher la segunda. Para Price, la diferencia se explica por la cantidad de metales preciosos disponible. Sperling apoya a Price y coincide con él en que 1660 fue el momento crucial del cambio, después del cual hubo un centro internacional de *clearing* Amsterdam-Londres que «se desarrolló para hacer frente a las crecientes necesidades de un sistema de comercio mundial»[185], posibilitando así la revolución industrial. Rudolph Blitz se suma a esta controversia recordando oportunamente que los metales preciosos son, al igual que la moneda, una mercancía:

[183] Wilson (1951, p. 232), quien insistía en que el debate era real: «El hecho de que todos coincidan en que el uso de metales preciosos como instrumento de pago internacional constituye una especie de acuerdo multilateral reducirá, espero, el margen de la argumentación, pero no lo suprime del todo. Porque no puedo dejar de pensar que sigue habiendo una diferencia de concepción en cuanto al modelo normal de comercio y pagos internacionales en la época mercantilista. El profesor Heckscher reserva, en mi opinión, un *papel* demasiado pequeño a los metales preciosos y un *papel* demasiado grande a la letra de cambio.' ¿Era el mundo de Thomas Mun *realmente* tan similar al mundo de Alfred Marshall como sugiere el profesor Heckscher? ¿Es la financiación del comercio internacional un tema sin historia? No lo creo. [Hubo] movimientos de metales preciosos a una escala muy diferente de las 'minucias' del siglo XIX y comienzos del XX» (1951, p. 233).

[184] J. M. Price (1961a, pp. 273-74).

[185] Sperling (1962, p. 468).

Si un país no produce más que oro, y lo exporta al resto del mundo a cambio de bienes de inversión y consumo, es más apropiado considerar estas exportaciones de oro como «exportaciones de la mercancía oro» que como índice de una balanza desfavorable [186].

Esta afirmación es totalmente correcta y, por lo tanto, la cuestión de por qué afluyeron los metales preciosos más por unos canales que por otros en el siglo XVII es tan importante como la de su origen. Pasando revista a las diferentes zonas comerciales, observamos que el debate original entre Wilson y Heckscher se centró en el comercio del Báltico. Wilson afirmaba que «el Báltico fue el sumidero por el que desapareció mucha de la plata americana que España hipotecó a Amsterdam a cambio de las exportaciones holandesas» [187]. Un examen más detenido muestra, sin embargo, que no es cierto que el comercio del Báltico *en su conjunto* requiriera la exportación de plata. Hinton afirma que hacia 1660 Inglaterra comerciaba con tres zonas que requerían la exportación de plata —las Indias Orientales, Turquía y Noruega—, pero este requisito no era «necesariamente aplicable al comercio con Europa oriental» [188]. Comentando precisamente las afirmaciones de Wilson acerca del Báltico, Åström mantiene que la moneda de plata era exportada a Noruega y Rusia, pero no a las zonas donde el comercio alcanzó un importante volumen: los países de Europa oriental y Suecia [189]. Además, Sperling insiste en que hay «abundantes pruebas» del uso de letras de cambio en el Báltico, y tanto Hroch como Glamann sugieren que el déficit del comercio del Báltico tal vez se compensara con una balanza comercial contraria en el comercio por tierra entre el Este y el Oeste [190].

[186] Blitz (1967, p. 41).

[187] Wilson (1959, p. 154). Supple está a favor de Wilson y en contra de Heckscher a este respecto (1959, p. 86), y cita una obra escrita en 1641 por Lewes Roberts, titulada *The merchant's map of commerce:* «La población de Oriente es famosa por tener tan poco oro y tan poca plata que lo desprecia todo por ellos y vende sus ricas mercancías [...] a bajo precio, especialmente las que son para la alimentación de cada día» (1951, p. 176).

[188] Hinton (1959, p. 115).

[189] Véase Åström (1963, p. 82). Heckscher también insistía, a propósito de Suecia: «Por decirlo suavente no hay la menor huella de una afluencia continua de plata [a Suecia]» (1950, p. 225). Pero Attman, hablando del comercio con Rusia, dice: «Hasta mediados del siglo XVII, por lo menos, todos los países tuvieron que pagar su déficit comercial con metales preciosos» (1973, p. 160).

[190] Sperling (1962, p. 461). Parte de la plata que llegaba al Báltico era gastada por los polacos en el Levante a cambio de «artículos de lujo orientales» (Mączak, 1976b, p. 2, y véase también 1974, p. 507). Véanse también Hroch (1971, p. 26) y Glamann (1977 p. 262).

¿A dónde iban, entonces, los metales preciosos? Parecen haber ido a Noruega y a Rusia, y tal vez a Turquía y, por encima de todo, a las Indias Orientales y a otro lugar: Holanda. Las Indias Orientales y Holanda: ¡curiosa pareja! Estos dos flujos de metales preciosos eran muy diferentes, tanto por su forma como por sus objetivos.

Dales afirma que Wilson tiene razón, pero no en el caso del Báltico; afirma que los argumentos de Wilson son aplicables sobre todo al comercio entre Europa y «Oriente»[191]. La obra de Chaudhuri parece dejar pocas dudas acerca del hecho de que hubo una continua corriente de metales preciosos de Inglaterra a la India entre 1600 y 1750. Pero ¿qué significa esto? A comienzos del siglo XVII, dice Chaudhuri,

> dado que la Compañía se había convertido en un comerciante local en los mercados de Asia, se podría decir que la exportación de tesoro fue en cierta medida una exportación de capital que, al ser invertido en las factorías asiáticas de la Compañía, produjo una alta tasa de ganancia con la que se pudieron realizar, en parte al menos, las compras europeas[192].

Sin embargo, la posterior importación hacía que algunos bienes (y primordialmente las especias) fueran comprados a bajo precio en Asia y vendidos a alto precio en Europa. En términos monetarios, Chaudhuri opina que «la causa primordial del drenaje de metales preciosos [... fue] la notable y amplia disparidad del valor del oro y de la plata en términos de mercancías en los dos continentes»[193]. Pero ¿a qué era debida esta disparidad?

Cuando Chaudhuri pasa a analizar el período comprendido entre 1660 y 1720[194], sugiere que el comercio con las Indias

[191] Dales (1955, pp. 142-43).

[192] Chaudhuri (1963, p. 26) y véase Singh (1977, cap. VII). A propósito de la corriente de España a Filipinas, véase Chaunu (1960b, pp. 268-69); a propósito de la de Holanda a las Indias Orientales, véase Schöffer (1966) y Van der Wee (1977, p. 310). Raychaudhuri resume de esta forma las importaciones holandesas a Coromandel: «Los principales artículos de importación, además de los metales preciosos en barras y acuñados, eran artículos de lujo» (1962, p. 197). En el caso de Holanda, sin embargo, su control del comercio marítimo entre la India, la China y el Japón, le «permitió reducir el volumen del oro y la plata acuñados que el Occidente tenía que enviar a Oriente para equilibrar sus intercambios. De este modo, hasta 1668 la plata japonesa permitió a los holandeses prescindir en parte de las piastras españolas y les dio cierta ventaja sobre sus competidores ingleses» (Deyon, 1978b, p. 229).

[193] Chaudhuri (1963, p. 27).

[194] Chaudhuri (1968, pp. 484, 495).

Orientales estaba «también adquiriendo un carácter multilateral». Sin embargo, los datos que ofrece no muestran una decadencia significativa de las exportaciones de metales preciosos, sino todo lo contrario. En general, dice, el tesoro continuó representando del 70 al 90 por ciento del valor total de las exportaciones anuales, lo que indica que «los factores económicos esenciales para el comercio entre Europa y las Indias no cambiaron fundamentalmente en el siglo XVII ni a comienzos del XVIII». En cuanto a Holanda, las cifras indican que de 1672 a 1695, recibió del 70 al 90 por ciento de los metales preciosos y la moneda exportados por Inglaterra[195] y que de 1699 a 1719 continuó recibiendo «los mayores movimientos de tesoro» de Inglaterra[196].

Un detalle adicional a señalar es que por metales preciosos se entiende tanto el oro como la plata y que el uno y la otra no se movían indiscriminadamente. Había una relación entre el oro y la plata y esta relación varió con el tiempo, pero ¿qué vías siguió? Herbert Lüthy señala una muy importante, en la que tanto el oro como la plata llegaban de fuera de Europa propiamente dicha, al menos en su mayor parte. Europa reexportaba a continuación su plata en buena medida americana a Asia, «casi totalmente monometalista en plata»[197]. El oro

[195] Véase Åström (1963, p. 82).
[196] Chaudhuri (1968, p. 496).
[197] Lüthy (1961, p. 34). Lüthy habla de que Asia era «*casi* totalmente monometalista en plata, lo que no es lo mismo que totalmente». Chaudhuri señala que en el período comprendido entre 1662 y 1680, el comercio de las Indias Orientales absorbió el oro necesario en el sudeste de la India, que estaba entonces en el primer plano del comercio, pero que «en 1676, por alguna razón —que todavía permanece en la oscuridad— el precio en plata del oro bajó bruscamente en los mercados indios de metales preciosos» (1968, p. 488).

Ruiz Martín señala la «supremacía» de la plata sobre el oro en los mercados financieros europeos «desde 1609 [...] hasta el siglo XVIII». Dice que la explicación está en parte en la demanda del Este. «Holandeses e ingleses, en sus contactos diplomáticos con argelinos o persas, por ejemplo, escuchaban indefectiblemente la cantinela de una condición para que las capitulaciones tuvieran vigencia: liquidar en reales castellanos» (1970, página 56). Sperling, sin embargo, al hablar de la «crisis de la plata», desde 1680 aproximadamente hasta 1703, se pregunta por qué el oro no sustituyó a la plata en los envíos a las Indias Orientales. «La plata se dirigía hacia Oriente, *no porque el comercio dependiera de ella* en última instancia, sino porque era rentable. En segundo lugar [...] se podría haber usado el oro, pero las ganancias habrían sido menores, dado que los términos de intercambio habrían empeorado para los europeos» (1962, pp. 466-67, el subrayado es mío). Sperling señala que la razón plata-oro en la época era de 17:1 en la América española, de 15:1 en Europa, de 12:1 en la India y de 9:1 en el Japón. Pero ¿de dónde venían estas diferencias, sino

desempeñó, sin embargo, un papel diferente en la economía-mundo europea. «Llegaba a Europa y se quedaba allí, sirviendo primordialmente como masa de maniobra para las liquidaciones comerciales a gran escala y los pagos estatales entre los países europeos»[198].

Volvamos ahora a la distinción entre comercio dentro de la economía-mundo capitalista y comercio entre un determinado sistema mundial y su arena externa. En este caso, el sistema mundial es la economía-mundo europea y la arena externa es sobre todo las Indias Orientales y también Noruega, Rusia y tal vez Turquía. Para facilitar los intercambios comerciales dentro del sistema es necesaria la *moneda* (en el caso de la economía-mundo europea, el cobre y la plata para uso diario, respaldados por el oro). Obviamente el papel (las letras de cambio) cumplen también este fin. Sería de esperar que tales intercambios fueran básicamente multilaterales y se saldaran primordialmente en papel, con liquidaciones ocasionales mediante transferencias de oro en el centro financiero internacional (que en el siglo XVII era Amsterdam). En un intercambio entre dos arenas económicas exteriores entre sí, no se usa la «moneda». El intercambio es relativamente bilateral y se realiza en mercancías inversamente valoradas: en este caso la plata de Europa fue intercambiada primero por especias y más tarde por los calicós de las Indias Orientales. La moneda o los metales preciosos llevados a Asia (y a Rusia) fueron utilizados en gran medida «para su atesoramiento o para joyería»[199] y la «balanza comercial» (si es que no se quiere pensar en la plata como mercancía) fue *persistentemente* desfavorable y en buena parte bilateral durante un largo período de tiempo. Estos dos factores son precisamente la prueba de que las Indias Orientales siguieron siendo *exteriores* a la economía-mundo europea. El hecho de que el comercio de Europa occidental con Europa oriental (y Suecia) estuviera regulado en gran medida de forma multilateral y mediante letras de cambio es, por otra parte, la prueba de que ambas zonas formaban parte de un solo sistema económico.

de las diferentes valoraciones del uso que se debía dar a los metales preciosos?

[198] Lüthy (1961, p. 35). Por supuesto, en Europa se usaba la plata, pero más para los intercambios comerciales que para las liquidaciones. Lüthy añade esta esclarecedora nota lingüística: «Si en francés la palabra plata *(argent)* se convirtió en el término utilizado para designar al dinero, el *specie-point* fue traducido como *point-or*». (Lüthy utiliza el término *specie-point* en inglés en el texto francés.)

[199] Sperling (1962, p. 450).

La producción de oro y plata como mercancía hacía de las Américas un área periférica de la economía-mundo europea en la medida en que esta mercancía era esencial para el funcionamiento de esta economía-mundo, y era esencial en la medida en que era utilizada como *moneda*. Si los metales preciosos de las Américas hubieran afluido *en su totalidad* hacia Asia, las Américas habrían sido una arena exterior más y Europa habría sido simplemente un eje de las tres arenas —América, Europa y Asia—, obteniendo sus artículos de lujo asiáticos al precio de las mercancías enviadas a las Américas. Pero las Américas no estaban interesadas en intercambiar sus metales preciosos y sin duda tampoco en extraerlos. Por consiguiente, los europeos se apoderaron primero del oro de los incas y luego explotaron las minas de plata del Potosí y México, buscando nuevas zonas mineras (de las cuales la más importante pronto sería la región aurífera brasileña). Enviaron colonos para controlar políticamente el área de las Américas y supervisar las operaciones económicas e importaron también mano de obra. En resumen, incorporaron las Américas a su economía-mundo, primordialmente porque necesitaban una base monetaria sólida para su sistema capitalista en expansión y, en segundo lugar, para utilizar el excedente en el comercio con Asia. Cuando en 1663 los ingleses derogaron las sanciones que pesaban sobre la exportación de metales preciosos al Báltico[200], ello fue sin duda debido a que el Báltico estaba de hecho firmemente anclado en un sistema de pagos multilaterales.

¿Estaba justificada de algún modo la preocupación de los mercantilistas por la afluencia de metales preciosos? Sí que lo estaba, porque la afluencia de metales preciosos como *moneda* era uno de los mecanismos con los que la potencia hegemónica se aseguraba ventajas suplementarias. Al preocuparse por la afluencia de metales preciosos, ¿no estaban acaso los mercantilistas ingleses (y en menor grado los franceses) preocupándose también por la afluencia de moneda *a Holanda* y la afluencia de mercancías a través de Holanda[201]? Si el problema real era la plata que afluía a las Indias Orientales, ¿por qué

[200] Véase Wilson (1967, p. 509).

[201] Supple afirma que el problema *real* para los gobiernos era el de los rápidos reajustes a los cambios en la afluencia de metales preciosos, esto es a los problemas de liquidez. «Desde este punto de vista, el 'mercantilismo', como a menudo es entendido, asume más fácilmente la apariencia de un mecanismo de defensa que de una caza del tesoro falaz y contraproducente. Preocupadas por la pérdida cuantitativa y cualitativa de moneda, las autoridades, con toda la razón, quisieron controlar la salida antes de que produjera desajustes crónicos en la economía» (1959, p. 194).

no hubo nunca un intento serio de ponerle freno? La afluencia de metales preciosos *dentro* de la economía-mundo europea dependía a su vez no sólo de los mecanismos de liquidación financiera, sino también del control de la creación de la mercancía, así como de la oferta total disponible. Es éste el aspecto desde el que debemos considerar la cuestión de la llamada penuria de metales preciosos en el siglo XVII.

Se afirma a veces que la producción mundial de plata decayó en el siglo XVII y que la producción de oro se estancó, mientras que las importaciones de metales preciosos de las Américas a España caían en picado[202]. Morineau, en una nueva valoración de la afluencia de metales preciosos españoles, se muestra escéptico ante estas ideas preconcebidas y aún más incrédulo ante las interpretaciones basadas en estos hechos:

> De cualquier forma [...] no podemos seguir considerando el siglo XVII en términos de una crisis general y generalizada. Y tampoco en términos de un hambre de oro y plata, en el origen, en América, o a la llegada, en Europa. Los verdaderos problemas son diferentes[203].

Morineau no pretende negar la disminución de la cantidad de metales preciosos que llegaban a España, aunque cree que las cifras que se suelen barajar son exageradas, pero duda de que esto fuera el resultado de una tendencia a largo plazo. Afirma que fue el resultado de una serie de factores económicos accidentales, y duda todavía más de que la contracción de la economía-mundo europea (en la medida en que admite que la hubo) pueda ser explicada por un cambio en la oferta de metales preciosos.

Merece la pena examinar ambas cuestiones. ¿Por qué disminuyeron las importaciones de metales preciosos? Obviamente, tuvo que ser por una disminución de la oferta o de la demanda. La explicación más frecuente es la disminución de la oferta. Las fuentes más accesibles de metales preciosos se habían agotado como consecuencia de la superexplotación. Ahora resultaba más costoso extraer los metales preciosos. Se tardaría mucho tiempo en descubrir nuevas fuentes. Un argumento es que la expansión del siglo XVI había agotado este recurso clave a un cierto nivel de tecnología y que, como consecuencia de ello, hubo una escasez de capital y, por tanto, una depresión. Morineau responde a esto que hacia 1620, «cuando las llegadas

[202] Véase el análisis que resume la situación en Vilar (1974, pp. 237-40).
[203] Morineau (1969a, pp. 346-47; también 1978b, pp. 80-85).

de oro y plata se hicieron más escasas», fueron los hombres, «tal vez además de los elementos, los que crearon la tendencia»[204] y no al contrario.

Los metales preciosos, como cualquier otra mercancía, tienen un precio, y una inflación general de los precios, la principal característica financiera del siglo XVI, significa a menudo una reducción del precio de los metales preciosos. Pero los metales preciosos, como el dinero, no son sino un elemento de un intercambio real[205]. La importación de metales preciosos se redujo en esa época. Fue el «efecto de Drake», dice Morineau, «la versión 'moderna' de la espada de Damocles»[206]. Si bien los corsarios interceptaron un número relativamente reducido de convoyes, tuvieron sin embargo, como dice Morineau, un impacto «más sutil, más eficaz, más pernicioso»: provocaron retrasos que en última instancia provocaron bancarrotas. Además del «efecto de Drake» de finales del siglo XVI hubo el «efecto de Blake», de mediados del siglo XVII, que «dañó profundamente a la Carrera»[207].

Sin embargo, estas depredaciones militares simplemente elevaron el coste de los metales preciosos. Si éstos eran tan necesarios como antes, ¿por qué no se hizo recaer este coste sobre el consumidor? ¿Por qué no se enviaron más barcos? De nada vale ignorar la realidad de la contracción, que no fue causada primordialmente por una reducción de la oferta

[204] Morineau (1969a, p. 311). Por ejemplo, al explicar las «oscilaciones» de las llegadas a España en las dos últimas décadas del siglo XVI, Morineau se refiere al hecho de que el rey repatrió más metales preciosos de las Américas (que probablemente habrían sido extraídos de cualquier forma, pero que de otro modo no habrían cruzado el Atlántico) y quitó una parte mayor a los indios y a los españoles (1969a, p. 334). Pero los indios no cobraban en metales preciosos y es probable que los colonos españoles desearan utilizarlos para comprar en España, por lo que en cualquier caso habrían cruzado el Atlántico. Deyon muestra un escepticismo similar al de Morineau: «Nadie piensa en negar el papel de unos descubrimientos inesperados, pero ¿cómo no expresar nuestras reservas acerca de una interpretación que pretende enterrar en las profundidades de las minas americanas el destino de Europa?» (1967, p. 84).

[205] Utilizando los datos históricos de este período, René Baehrel afirma que tanto los metales preciosos como el dinero son un «fenómeno secundario» (1953, p. 309). Yo lo diría de otro modo. Son una mercancía, como el trigo o los tejidos, y debemos interesarnos por los términos de intercambio de todas estas mercancías entre sí.

[206] Morineau (1969a, pp. 331-32), quien añade que el efecto de Drake fue «sobre todo pan bendito de los aseguradores». Sobre el efecto de Drake, véanse también Parry (1961, p. 127) y Lynch (1969, p. 190).

[207] Morineau (1969a, p. 346). Con ello se hace referencia al almirante inglés Blake, que en 1656 atacó ocho galeones españoles anclados frente a Cádiz, hundiendo dos y apoderándose de otros dos.

de metales preciosos, sino por una reducción de la demanda de estos metales. Una reducción de la oferta favorecía a la potencia económica a principios del siglo XVII porque Holanda, a causa de sus ventajas productivas y comerciales, podía atraer una cantidad desproporcionada de los metales preciosos existentes [208]. Cuando la oferta se hizo realmente escasa, los metales preciosos se convirtieron en la base de un sistema de inversiones lucrativas. A mediados de siglo, los comerciantes holandeses dejaban en Londres los metales preciosos que recibían como pago de sus clientes ingleses y estaban comenzando a prestarlos a un interés del 5 al 7 por ciento, creando así un mecanismo «que con el tiempo iba a aliviar la presión sobre el capital en sus formas 'sólidas'» [209].

Hemos dado un rodeo para llegar a nuestro tema: la disponibilidad de metales preciosos en la segunda mitad del siglo XVII y su significado para la rivalidad anglo-francesa. Dado que la tasa de producción de metales preciosos era inferior a la de otras mercancías, la escasez de aquéllos fue en aumento a medida que transcurría el siglo. La falta empezó a hacerse notar, lo que llevó a una renovada búsqueda de oro y plata [210]. Lüthy duda de que Francia estuviera en peores condiciones que otros países en esta época de escasez y señala que, en los años de paz, Francia tuvo una balanza comercial muy positiva. También afirma que, considerando a Francia a la vez como un Estado y como una arena del intercambio monetario, su hambre de numerario, a diferencia de Holanda e Inglaterra, «no se vio aliviada por ninguna institución que pudiera movilizar en su favor rápidamente y en cantidades significativas los

[208] Vilar dice: «Es indudable que, desde mediados de siglo, los capitales de la república de Holanda debían igualar por lo menos a los de todo el resto de Europa reunidos» (1974, p. 241).

[209] Wilson (1949, p. 160). Stone señala la caída del tipo de interés en Londres de un 10 a un 5 por ciento en el período comprendido entre 1620 y 1650 y afirma que ocurrió lo mismo en toda Europa salvo en Holanda. «Esta espectacular reducción del tipo de interés fue a la vez causa y efecto del crecimiento del capital líquido y del desarrollo de las facilidades institucionales para su empleo, tales como compañías anónimas y bancos de depósito con amanuenses y orfebres» (1972, p. 69). Si fueron realmente el oro y la plata de los holandeses los que causaron la caída de los tipos de interés, ¿no sería mejor explicarla por la reducción del capital líquido global, pese al incremento del capital líquido disponible a través de los bancos de crédito?

[210] «Primero hay que recordar que una época de precios bajos para el conjunto de los productos significa una época de gran poder adquisitivo para los metales preciosos y, por consiguiente, una incitación a su búsqueda» (Vilar, 1974, p. 247).

otros medios de circulación, los ahorros o —lo que no es menos importante— la riqueza atesorada»[211].

Como de costumbre, esta explicación sólo supone un paso atrás. La antigua espina dorsal de Europa había desarrollado desde hacía tiempo unas estructuras bancarias. En el siglo XVII, Holanda siguió el ejemplo, como consecuencia natural de su hegemonía. ¿Por qué fue Inglaterra más capaz que Francia de emprender este camino a finales del siglo XVII? No tengo una respuesta clara, pero puedo ofrecer dos observaciones. En primer lugar, dentro de la economía-mundo europea, el uso social de los tres metales utilizados para la acuñación de moneda era (y sigue siendo) más o menos el siguiente: el oro para las liquidaciones internacionales y los asuntos de Estado (y también para el atesoramiento), la plata para el comercio interior a gran escala y el cobre para las necesidades domésticas y comerciales a pequeña escala. Dado que, como ya hemos explicado, la producción francesa se vendía en buena parte en el mercado francés, mientras que la inglesa (y la holandesa) se vendía en el mercado de exportación, los dos rivales avanzaron hacia «un monometalismo *de facto*»: la plata en el caso de Francia y el oro en el de Inglaterra[212].

La segunda observación tiene que ver con el papel de la moneda de cobre, o mejor dicho con su multiplicación, la «pesadilla del siglo»[213]. Spooner aduce que hubo una relación inversa entre el grado de circulación del oro y la plata (en oposición a su atesoramiento) y la circulación de la moneda de cobre y el crédito. Estos dos últimos fueron paralelos por lo que respecta a la economía-mundo[214], pero alternativos por lo que respecta a la política nacional. El Estado francés trató a lo largo del siglo XVII de evitar la devaluación de la libra tornesa a toda costa[215], pero sólo tuvo un éxito relativo en la época de Colbert[216]. ¿No es éste un ejemplo más de la importancia del tamaño de un Estado como factor de la economía-

[211] Lüthy (1959, p. 95), quien se pregunta si hubo realmente penuria de metales preciosos y sugiere más bien una falta de liquidez, destacando que en esa época la palabra *resserrement* (contracción) significaba a la vez atesoramiento y escasez de moneda.

[212] Lüthy (1959, p. 97). Esto tuvo continuas implicaciones. Vilar subraya que, en la primera mitad del siglo XVIII, «Inglaterra basó su circulación monetaria en sus relaciones con Brasil y Portugal y, por tanto, en el oro; Francia desarrolló sobre todo sus relaciones con España y las Antillas y por tanto contó con la circulación de plata» (1974, p. 324).

[213] Vilar (1974, p. 287).

[214] Véase Spooner (1956, pp. 3-4).

[215] Véase Pillorget (1966, p. 129).

[216] Véase Lüthy (1959, p. 98).

mundo? El Estado francés, que miraba hacia dentro en el terreno económico y hacia fuera en el político, se orientó hacia la plata y fue incapaz de contener la plaga de la expansión del cobre en una época de escasez de plata, salvo en el único momento en que intentó cambiar el mecanismo político-económico (época de Colbert). El Estado inglés, que miraba hacia fuera en el terreno económico (porque no tenía más remedio que hacerlo) y hacia dentro en el político, se orientó hacia el oro, abriéndose así una red bancaria internacional basada en el oro y pudiendo utilizar el papel en lugar del cobre.

¿Cuál de los dos era, pues, un Estado «fuerte»? La cuestión no suele ponerse en duda. ¿No fue Luis XIV la encarnación del monarca absoluto? ¿Y no se debieron los dilemas de Francia a que el Estado y la aristocracia ahogaron conjuntamente la iniciativa burguesa? Sin embargo, yo veo las cosas de una forma muy distinta. A comienzos del período que estamos estudiando, en 1651, las Provincias Unidas eran el Estado «fuerte». A finales de este período, en 1689, tanto Inglaterra como Francia eran «más fuertes» que las Provincias Unidas y aproximadamente igual de fuertes la una y la otra. En el siglo XVIII, Gran Bretaña se haría más fuerte que Francia, y sería la debilidad del Estado francés, y no su fuerza, la que impulsaría a los revolucionarios de 1789. Es indudable que este argumento gira en torno a lo que se entiende por la fuerza de un Estado.

En una economía-mundo capitalista, los productores-propietarios desean que el Estado cumpla dos funciones esenciales en beneficio de ellos. Pretenden que les ayude a conseguir o mantener una ventaja en el mercado limitando o ampliando la «libertad» de este mercado a un costo menor que la ganancia incrementada, independientemente de que la intervención del Estado sea negativa o positiva. Este es el interés de un propietario frente a otros propietarios. Por otra parte, los productores-propietarios desean que el Estado les ayude a extraer un porcentaje de excedente mayor que el que podrían conseguir de otro modo, una vez más a un costo menor que la ganancia incrementada resultante y con independencia, también en este caso, de que el papel del Estado sea activo o pasivo. Aquí, para el productor-propietario el Estado fuerte no es necesariamente el que tiene un aparato de Estado más amplio ni el que utiliza un proceso más arbitrario para tomar decisiones. Muy a menudo sucede exactamente lo contrario.

Ni que decir tiene que la fuerza de un Estado está relacionada con el papel económico de los productores-propietarios

de ese Estado en la economía-mundo, pero para que estas afirmaciones no sean meras tautologías debemos partir de algunos criterios *políticos* independientes para medir esta fuerza. Sugerimos cinco posibles criterios: el grado en que la política del Estado puede ayudar directamente a los productores-propietarios a competir en el mercado mundial (mercantilismo); el grado en que el Estado puede afectar a la capacidad de competencia de otros Estados (poderío militar); el grado en que el Estado puede movilizar sus recursos para llevar a cabo estas tareas competitivas y militares a un costo inferior a los beneficios (hacienda pública); el grado en que el Estado puede crear una administración que permita una rápida aplicación de las decisiones tácticas (una burocracia eficaz); y el grado en que las reglas políticas reflejen un equilibrio de intereses entre los productores-propietarios de tal forma que el «bloque hegemónico» (por usar una expresión gramsciana) constituya el puntal estable de tal Estado. Este último elemento, la política de la lucha de clases, es la base de los otros.

Todos estos criterios son políticos, y no económicos, porque no miden la eficiencia productiva. En última instancia, por supuesto, los criterios políticos y económicos están mutuamente relacionados porque la eficiencia productiva hace posible el reforzamiento del Estado y el reforzamiento del Estado refuerza a su vez la eficiencia a través de medios ajenos al mercado. Los Estados que cuentan con los productores *más* eficientes tienen menos necesidad de intervenir activamente en el mercado mundial que los Estados que tienen productores moderadamente eficientes. Dado que la eficiencia en la producción va unida a la capacidad de intervención del aparato de Estado en el mercado mundial, los Estados que cuentan con los productores menos eficientes son incapaces de ser «fuertes». El papel del Estado en el mercado mundial (que por supuesto incluye el mercado interior) está en relación *curvilínea* con el papel económico de los productores-propietarios dentro de ese Estado. El Estado es más «activo» en los Estados moderadamente fuertes. La retórica de la fuerza *(l'Etat c'est moi)* es frecuentemente un sustituto de la realidad.

La interpretación *whig* de la historia ve en la Edad Moderna una larga búsqueda histórica del Estado débil, búsqueda considerada como sinónimo del progreso de la libertad humana. Esta perspectiva no llega a identificarse teóricamente con el anarquismo, pero poco le falta. En la medida en que muchos historiadores marxistas han considerado la revolución inglesa desde este mismo punto de vista, comparten esta mistifica-

ción[217]. Yo veo en la historia moderna del Estado más bien una larga búsqueda de estructuras lo suficientemente *fuertes* como para defender los intereses de un grupo de productores-propietarios en la economía-mundo frente a otros grupos de productores-propietarios, así como también, por supuesto, frente a los trabajadores.

La fuerza militar es un elemento esencial en esta eficacia. J. H. Plumb reprocha con toda razón a los historiadores holandeses el ver el aumento del poder holandés entre 1580 y 1640 como un «milagro» a causa de la ausencia de un aparato de Estado centralizado, y observa acertadamente:

El milagro está en el hecho de que pese a la intensa rivalidad entre el Estado y las ciudades, y el constante obstáculo de unos derechos y privilegios muy arraigados, los holandeses fueron capaces de montar grandes armadas y ejércitos y de pagarlos principalmente gracias a los impuestos. Y esto se logró en buena parte por la dedicación de las oligarquías calvinistas, que poseían una fuerte y viable conciencia de su destino como clase y como nación[218].

Sólo puede ser interpretado como un milagro si se considera el absolutismo como la vía óptima a un Estado fuerte, y no como un mal menor. Una clase burguesa consciente y segura de sí misma puede *aceptar* los necesarios ajustes colectivos que en otras partes requieren un rey fuerte que los imponga, sin ninguno de los peligros de esta última solución en la que el rey fuerte puede sentirse deslumbrado por la posibilidad de recrear la «monarquía universal» en la economía-mundo capitalista. Fue precisamente de este error, del de querer imitar a Carlos V, del que Burckhardt acusó a Luis XIV y más tarde a Napoleón[219]. Era una locura resultante de una debilidad.

Ya hemos analizado cómo y por qué las tres potencias del centro se enfrentaron unas con otras como resultado de las dificultades económicas del siglo XVII y cómo, una vez que Inglaterra y Francia dedicaron sus energías a reforzar sus estructuras militares, Inglaterra desplazó a las Provincias Unidas en el mar y Francia desplazó a Inglaterra en tierra. Los

[217] Ashton acusa precisamente de esto a Christopher Hill: «Para él, como para los *whigs*, el siglo XVII es la época heroica de la aparición del liberalismo moderno» (1965, p. 581).

[218] Plumb (1965, p. xxii). J. R. Jones afirma igualmente que, antes de 1640, la impotencia de Inglaterra «en relación con los holandeses fue crucial» (1968, p. 41).

[219] Véase Burckhardt (1965, pp. 144-45, 152-53, 180), que dice: «El *incremento* de su poder y de sus posesiones fue ante todo para Luis XIV una forma de *conservarlos*».

holandeses se enfrentaban a dos problemas. Por un lado, *defendían* una ventaja, en lugar de buscarla, lo que hacía que, al menos a una buena parte de la clase de los regentes, los costes de los preparativos militares les parecieran a menudo más perjudiciales que las posibles consecuencias de una falta de preparación[220]. Este es el perpetuo dilema entre política de riqueza o política de seguridad, y en cuestiones militares es preciso incluso correr para seguir en el mismo sitio. Y, lo que todavía es peor, esta época en concreto fue una época de significativo incremento en el tamaño de las unidades militares[221]. Esto suscitó un importante problema de aprovisionamiento de estos ejércitos ampliados, ya que «el crecimiento numérico de los ejércitos fue muy superior al progreso de los medios de producción»[222]. Resultaba mucho más agotador para las Provincias Unidas competir con Inglaterra y Francia en un momento en que la voluntad holandesa tal vez estaba debilitándose.

Dejando a un lado las consideraciones hechas antes sobre lo que impulsó a Francia a adoptar una perspectiva continental (terrestre), mientras que los ingleses y los holandeses adoptaban una marítima, la ventaja puramente demográfica de Francia tendió a confirmar esta orientación militar, dado sobre todo que el tamaño absoluto de los ejércitos estaba creciendo en toda Europa. Esta consideración puramente militar explica también la inevitabilidad de la reconciliación anglo-holandesa a expensas de los franceses[223]. La conmoción de 1672 fue lo

[220] Wilson explica la elevada presión fiscal holandesa en función de los gastos de defensa, y dice acerca del período posterior a la independencia: «Luchar por la propia defensa era sin duda más satisfactorio que deber una lealtad impotente a un señor dinástico, pero no era menos caro» (1968, p. 235). Smit señala que los crecientes costes de la guerra en los últimos veinticinco años del siglo XVII «excedieron a la capacidad de la base impositiva, o de la base demográfica del país». Para mantener su nivel de competitividad, los holandeses habrían tenido que gastar «sumas asombrosas [...] en un país ya sometido a una presión fiscal muy fuerte» (1975, p. 62).

[221] Finer dice que «los marcados incrementos se produjeron, en cualquier caso, tras el fin de la guerra de los Treinta Años, en 1648» (1975, página 101).

[222] Perjés (1970, p. 3). Glamann subraya que a finales del siglo XVII, la armada británica contaba con 20 000 hombres, «cifra comparable a la población en aquella época de ciudades como Bristol y Norwich» (1977, página 200).

[223] Carswell afirma que a partir de 1685 los efectivos militares de ingleses y holandeses estaban «relativamente nivelados» en cuanto a potencia y dependían en tiempos de guerra de un «esfuerzo especialmente realizado», mientras que Francia contaba con una «gran fuerza profesional» (1969, p. 24).

que al parecer hizo comprender a los holandeses que Francia era el principal enemigo [224], y la subida de Guillermo II al trono de Inglaterra en 1688 terminó de reconciliar a los comerciantes de Amsterdam con sus colegas de Inglaterra [225].

A pesar de la aparente fuerza militar de Francia, Tapié habla de que Francia llegó a su apogeo en 1679 [226], y Bourde, reprochando a Luis XIV el haberse decidido por un eje continental en el sur en lugar de crear uno marítimo en el norte, habla del «fracaso de Luis XIV» que resultó de ello [227]. Debemos acudir, pues, a factores no militares —la cuestión del mercantilismo y sus caprichos— si queremos explicar la derrota final [228] de Francia en el terreno militar.

Mousnier dice que desde la época de Enrique IV hasta la de Luis XIV, el colbertismo fue un rasgo permanente de la política francesa, cuyo objetivo era «sobre todo político» [229]. ¿Qué puede querer decir esto? Probablemente, Mousnier considera el reforzamiento de un Estado como un fin en sí, un objetivo que un soberano puede de hecho perseguir. Puede hacerlo, sin duda, como aberración, pero ¿lo conseguirá? Los reyes franceses claramente no lo consiguieron. De hecho, el Estado en la Inglaterra de la Restauración y la Francia colbertiana trató consciente y activamente de apoyar a sus clases productoras frente a los competidores extranjeros, crear una marina mercante y llegar a un reparto aceptable del producto nacional total entre el Estado y los productores-propietarios. Léon y Carrière señalan el incremento en el número de grandes buques en tiempos de Colbert, pero dicen que no se debe atribuirle el mérito en exclusiva, ya que de hecho fue el resultado de la «importancia de las guerras» [230]. Delumeau indica

[224] Véase Carter (1975a, pp. 12, 33).

[225] Sobre la resistencia de los comerciantes de Amsterdam todavía en 1683 y sobre su cambio de opinión en 1688, véase Smit (1968, p. 33). Sobre la «simbiosis hostil» angloholandesa, que llevó a una asociación presidida por los ingleses, véase Hobsbawm (1960, p. 112). Sobre el hecho de que Luis XIV tardara en darse cuenta de que Inglaterra se había convertido en su «principal rival», véase Bourde (1960, p. 54).

[226] Tapié (1960, p. 12).

[227] Bourde (1960, p. 63).

[228] Véase Hobsbawm, que afirma: «Lo importante en la Francia de fines del siglo XVII no es el colbertismo sino su relativo fracaso, no la reforma de la monarquía sino su fracaso, *a pesar de los mucho mayores recursos* que poseía para competir con sus rivales marítimos en lo económico *—y por lo tanto, finalmente, en lo militar—* y su consecuente derrota a manos de esos rivales» (1960, p. 111, el subrayado es mío).

[229] Mousnier (1967, p. 269).

[230] Léon y Carrière (1970, p. 190).

la mejoría general de la situación económica en tiempos de Colbert, pero dice que es menos atribuible a éste que a la «estabilización política» resultante de la derrota de la Fronda[231]. En resumen, estos autores sugieren que la política deliberada de un pequeño grupo no fue el factor esencial y que deberíamos considerar las presiones subyacentes. Estoy de acuerdo, pero entonces podríamos aplicar el mismo análisis a Inglaterra, que también tuvo el incentivo de las guerras para estimular la construcción naval y que también fue testigo de un apaciguamiento de la violencia política a partir de 1660.

Wilson indica una *diferencia* entre Inglaterra y Francia en forma de metáfora: «Entre el 'mercantilismo' inglés y el colbertismo y sus derivados había la misma diferencia que entre un traje hecho a la medida y uno de confección»[232]. Veamos si esta metáfora puede aplicarse a la hacienda pública y a la administración en general. La «institucionalización de la guerra»[233] en el siglo XVII supuso un gasto público mucho mayor para las potencias del centro, hasta el punto de que la República holandesa fue finalmente incapaz de hacerle frente. Pero ¿qué ocurrió con Inglaterra y Francia? El dinero suplementario tenía que venir de alguna parte y esta parte tenía que ser las clases adineradas. La razón era sencilla. En la medida en que el capitalismo como sistema implicaba ya una mayor presión sobre la capacidad productiva del trabajador, cualquier incremento de los impuestos sobre el trabajador supondría, de hecho, una menor ganancia para las clases adineradas, bien porque no obtendrían las mismas rentas de su tierra o bien porque tendrían que pagar salarios más altos en consecuencia[234].

Al Estado se le planteaba un doble problema: obtener di-

[231] Delumeau (1966, p. 94).

[232] Wilson (1965, p. 57). ¿Es a esto a lo que Hinto se refiere cuando habla de la flexibilidad del sistema mercantil inglés? Véase Wilson (1959, páginas 71-83) y compárese su tesis con la de Harper (1939b) sobre la importancia del papel de las decisiones administrativas a la hora de interpretar las Leyes de Navegación.

[233] La frase es de Minchinton (1974, p. 111). Véase también Parker (1974a, p. 561).

[234] Esta realidad de la relación entre hacienda pública y ganancia privada puede verse plasmada de muchas formas. De Maddalena, por ejemplo, subraya que en Francia y Alemania occidental, la concentración de la propiedad por parte de los nuevos terratenientes burgueses se llevó a cabo «con circunspección, ya que la incorporación de las tierras campesinas significaba la asunción de las obligaciones fiscales que éstas llevaban consigo» (1974a, p. 293).

Esta es la razón por la que Jacquart puede decir que el Estado fue «el verdadero beneficiario del siglo [XVII]» (1978b, p. 406).

nero y gastarlo bien. Gastarlo bien no significaba gastarlo honradamente, sino gastarlo productivamente, usando como criterio el grado en que las ganancias incrementadas de la burguesía nacional en el mercado mundial excediesen a los costes indirectos de tales gastos estatales para la burguesía. El problema era el mismo para el Estado inglés y para el francés, y durante el período de la Inglaterra de la Restauración y la Francia colbertiana no está muy claro que hubiera mucha diferencia en su capacidad de respuesta.

No sólo era necesario obtener dinero, sino que había que obtenerlo rápidamente, lo que significaba pedirlo prestado en alguna parte. Este seguía siendo el punto fuerte de las Provincias Unidas, cuyo «saneado crédito público [...] residía en el hecho de que los principales inversores estaban en el gobierno»[235]. Tanto Inglaterra como Francia se dedicaron en este período a buscar nuevas formas de hacer frente a la necesidad de empréstitos.

Febvre dice de Colbert que fue «un alquimista que tuvo que fabricar oro para su rey, y que buscó, que nunca dejó de buscar»[236]. Pero Colbert pensaba que el Estado estaba endeudándose demasiado en forma de arrendamiento de impuestos. Para incrementar los ingresos totales, redujo el papel de los arrendatarios de impuestos (con lo que en realidad transfirió un mayor porcentaje de los impuestos de los campesinos al Estado) y simultáneamente contuvo los gastos «improductivos» del Estado (con lo que redujo la cantidad de dinero simplemente redistribuido a las mismas clases adineradas) para poder llevar a cabo sus proyectos mercantilistas[237].

Colbert tuvo un mediano éxito. Probablemente duplicó los

[235] Parker (1974a, p. 572).

[236] Febvre (1933, p. 270).

[237] Sobre la hostilidad de Colbert hacia los *traitants*, véase Marsin (1970, p. 269). Lüthy señala, sin embargo, que los *fermiers* y los *traitants* eran un mal necesario porque eran los únicos que podían adelantar dinero al Estado (1959, p. 109). Los proyectos mercantilistas no se redujeron exclusivamente al campo industrial. Véase Le Roy Ladurie: «El Estado desempeñó hacia los grandes dominios 'señoriales' con vocación capitalista el mismo papel de benefactor que había desempeñado en todas partes hacia las manufacturas colbertianas» (1974b, p. 16). Dessert y Journet (1975) describen lo que llaman el «*lobby* colbertiano» representado por los *financiers* que de 1663 a 1687 se hicieron cargo de la *ferme générale*, utilizando los impuestos sobre la tierra para sus industrias y sus empresas de importación y exportación. El colbertismo representó una desviación de los recursos de los *traitants* y *fermiers* improductivos de bajo rango a personas muy productivas de alto rango.

ingresos del rey[238]; el Estado de Luis XIV fue probablemente el único de la época capaz de soportar importantes esfuerzos militares sin excesiva dificultad[239]. Sin embargo, el traje de Colbert era de confección, si se quiere, por su claridad y visibilidad: aumentar los impuestos directos y equilibrar el presupuesto (es decir, redistribuir las rentas de forma más dirigida). Sus métodos no fueron populares, y al estar Francia empeñada como lo estaba todavía en una expansión militar muy costosa en el continente, no pudieron durar mucho.

El traje inglés estaba cortado a la medida: crear nuevos mecanismos de empréstito público a largo plazo que implicaran una presión fiscal menos visible y fueran no menos gravosos para las clases adineradas a largo plazo. Este método tropezó con menos resistencia y generaría en el siglo XVIII más ingresos para el Estado, que serían mejor gastados. Aunque Inglaterra, en fecha tan tardía como la del Protectorado, seguía estando «relativamente atrasada»[240] en su sistema de empréstito en comparación no sólo con las Provincias Unidas, sino también con Francia, la base de la llamada revolución financiera que tuvo lugar a partir de 1689 se creó durante la Restauración. Los experimentos de Sir George Downing en 1665, que incluyeron un llamamiento a los pequeños inversores para que prestaran directamente al gobierno, sólo duraron hasta 1672, pero crearon un importante precedente para la consolidación del Tesoro como departamento de control de las finanzas y sentaron las bases para la introducción de técnicas posteriores[241].

El enfoque más directo de los franceses, podríamos decir, se extendió a diversos aspectos de la administración. Una vez más, una administración eficaz no significa necesariamente una administración absolutista. A la afirmación de Swart de que el gobierno holandés fue un gobierno ineficaz, «un conglomerado anticuado y semimedieval» que supuso un obstáculo para el posterior avance económico, responde Smit, que disiente (como yo)[242]: «En el siglo XVII, fue precisamente la descentralización del gobierno holandés la que lo hizo eficaz en comparación con las monarquías centralizadas». De hecho, se puede encontrar un indicio de la *decadencia* de la eficacia administrativa

[238] Véase Rule (1969, p. 32) y Goubert (1970f, p. 123).
[239] «Colbert hizo bien su trabajo y, aun cuando los franceses tuvieron ciertamente que pagarlo muy caro, ello se debió probablemente a que podían hacerlo» (Goubert, 1970f, p. 124).
[240] M. P. Ashley (1934, p. 97).
[241] Véase Roseveare (1969, p. 61; 1976).
[242] Swart (1975, p. 45) y Smit (1975, p. 63).

en la «aristocratización» de los burgueses holandeses, que llevó a algunos de sus partidarios a defender teorías políticas absolutistas para la *República* holandesa y dio lugar a quejas acerca de que los regentes habían perdido el interés por el comercio de ultramar [243].

La vía francesa al reforzamiento del Estado es de sobra conocida: centralización y uniformidad. De hecho, ha llegado a ser considerada la vía clásica. Por supuesto, la centralización no sólo implicó la mera creación de una administración central, que fue obra de una época anterior; implicó también la creación de líneas directas de autoridad desde el centro hasta la localidad más remota a través del sistema de *intendants*. Este nuevo sistema de administración *local* fue «la verdadera revolución absolutista» [244]. Podemos llamarla revolución, pero lo cierto es que Colbert sólo creó una tarifa aduanera unificada en las cinco *grandes fermes*. Heckscher dice que esto «prueba que nunca intentó una unificación general» [245]. Qué poco caritativo. Creo que Meuvret es más justo cuando dice: «Probablemente habría sido preferible que Colbert sólo fuera un administrador tenaz y laborioso y no un innovador audaz y original. Ni la situación ni las actitudes de la época permitían cambios radicales» [246]. Para darse cuenta de la ardua batalla que tuvo que librar Colbert para burocratizar el Estado, no hay más que ver la resistencia, tanto de las *gens de mer* como del cuerpo de oficiales de la armada al deseo de Colbert de crear una reserva de marinos que, en épocas de paz, pudieran servir en la marina mercante [247]. Durante este mismo período de tiempo, las décadas de 1670 y 1680, «el núcleo del gobierno [inglés] se hizo tanto más fuerte como más eficaz, a pesar de los brutales conflictos de la vida política» [248], pero con mucho menos ruido y, por consiguiente, con muchas menos oposición.

[243] Véase Roorda (1964, pp. 126-27). Sobre las teorías políticas absolutistas en la República holandesa, véanse Kossmann (1976, pp. 13-17) y Bouwsma (1970, p. 9).

[244] E. Barker (1966, p. 7).

[245] Heckscher (1935, I, p. 104).

[246] Meuvret (1971a, p. 29). Además, es absurdo comparar desfavorablemente esta situación con la de Inglaterra, cuya zona aduanera unificada sólo era ligeramente superior a la de las cinco grandes *fermes*. Como dice Crouzet, la unificación británica «no debería ser sobreestimada» (1972, p. 78).

[247] Véase Asher (1960, p. 48), cuya explicación del fracaso del sistema colbertiano de reclutamiento naval, que era mucho más justo que el sistema de levas forzosas, es que la monarquía absoluta no era lo bastante fuerte (véanse pp. 91-95).

[248] Plumb (1967, p. 13).

¿Por qué adoptaron los franceses y los ingleses estilos al parecer diferentes en la búsqueda paralela de un Estado fuerte? ¿Por qué fue la vía inglesa más fructífera? Es en las *pequeñas* variaciones de la estructura de clases donde encontramos la respuesta. Debemos empezar por lo que era igual en Inglaterra y Francia. Ambos países eran florecientes centros de producción agrícola e industrial en la economía-mundo europea de la época. En ambos países, las aristocracias feudales se habían reconvertido en buena medida en agricultores capitalistas y estaban desempeñando un importante papel en actividades no relacionadas con la agricultura. En ambos países, personas que no eran aristócratas estaban desempeñando también un significativo papel como empresarios capitalistas en la agricultura, el comercio y la industria, y el éxito económico de estos burgueses se veía recompensado, antes o después, con el acceso a una posición social superior. Dado que la línea que separaba a nobles y plebeyos estaba situada en Francia a un nivel inferior que en Inglaterra, técnicamente personas de posición social intermedia, que serían nobles en Francia *(noblesse de robe)* eran plebeyos en Inglaterra *(gentry)*, pero la posición social y el papel social de unos y otros eran de hecho comparables. Dado que el Estado francés era históricamente *más débil* que el inglés (más por su tamaño que por otra cosa y por las consiguientes fuerzas económicas centrífugas), la *noblesse de robe* se incorporó a la estructura política, proporcionándole funcionarios nacionales, mientras que la *gentry* proporcionaba sobre todo funcionarios locales, pero en ambos casos su nuevo papel representó una participación política real, aunque limitada, en el gobierno.

Además, ambos países fueron el escenario de un conflicto político fundamental dentro de las clases superiores, que duró desde el siglo XVI hasta el XVIII por lo menos, y quizás hasta el XIX. La lucha se entabló entre los que tenían una posición social elevada, en términos de las estructuras jurídicas supervivientes de la época feudal, y los capitalistas más o menos afortunados. La clave de la lucha es el hecho de que, en todo momento, la mayoría de los miembros de cada grupo combinaron su posición social tradicional con una brillante actuación económica, con lo que podían optar por considerarse como aristócratas o como capitalistas, según sus intereses inmediatos. Si se añade a esto el constante proceso histórico por el que el éxito en el mercado se traducía en posición social mediante la «aristocratización», vemos que no podía por menos de haber muchas ambigüedades y comprendieron la reali-

dad de las luchas mejor que los estudiosos de épocas posteriores al contemplar restrospectivamente tales luchas[249].

En todo caso, repito una vez más, no hubo diferencias significativas entre Inglaterra y Francia durante todo el período comprendido entre 1500 y 1800. Se atribuye a R. H. Tawney la humorada: «¿Revolución burguesa? Por supuesto que fue una revolución burguesa. El problema es que la burguesía estaba en ambos bandos»[250]. Pero esto es tan aplicable a la Revolución Gloriosa de 1688-1689 como a la revolución de 1640, y también lo es a la Fronda e incluso a la revolución francesa de 1789. Lo cual no quita nada a su carácter «revolucionario». Simplemente significa que debemos prescindir de la idea ahistórica de que la burguesía y la aristocracia eran dos grupos radicalmente diferentes, especialmente en este período. Eran dos grupos sociales en gran medida superpuestos que adoptaban diferentes contornos según que el estrato dominante se definiera en términos de posición social o en términos de clase social. Las cosas cambiaban mucho según la definición que se usara. Las luchas sociales y políticas fueron reales, pero fueron luchas *intestinas* de los estratos dirigentes[251].

Tras haber subrayado las similitudes entre Inglaterra y Francia, debemos señalar que había diferencias de detalle que han de ser analizadas para comprender las vías divergentes de los dos países en el siglo XIX. Porque fueron las *pequeñas* diferencias del período anterior las que permitieron a Inglaterra, a partir de 1763, sacar una significativa ventaja a su rival en términos de productividad económica y predominio.

En un libro que gira en torno al concepto de estabilidad política, Theodore Rabb presenta un panorama en el que la

[249] Por ejemplo, James Harrington en *Commonwealth of Oceana* (1656) dice: «La nobleza [*nobility*], en cuyo estilo [...] incluyo también a la *gentry*, como hacen los franceses con el término *noblesse*» (citado por Wilson, 1965, p. 109). No es justo afirmar que ninguno de los posteriores estudiosos ha reconocido esto. Por ejemplo, Habakkuk dice que la aristocracia inglesa, junto con la *gentry*, era «una sola clase social, aunque no muy homogénea» (1967, p. 2). Véase también C. E. Labrousse, quien afirma que la clase propietaria *(la classe propriétaire)*, en la que se incluye el mundo de la nobleza, el clero y la burguesía acomodada *(bonne bourgeoisie)* no agraria «confunde los tres estamentos, pero no niega su existencia. La clase aquí no se contradice con el estamento» (1970, p. 474).

[250] Citado por C. Hill (1975a, p. 281).

[251] «La verdadera línea divisoria en la sociedad terrateniente inglesa no era la que separaba a las viejas familias terratenientes de las nuevas, sino la que separaba a los propietarios de tierras estrictamente limitadas, que veían sus intereses dañados y sus quejas desoídas, y los más emprendedores o afortunados que sólo encontraban ventajas en la expansión económica y la fluidez social» (Mingay, 1963, p. 107).

Europa de comienzos de la Edad Moderna es esencialmente inestable en el terreno político desde 1500, al ser «incierto» el «equilibrio» entre rey y nobleza y entre gobierno central y regiones hasta mediados del siglo XVII, época «en que los problemas dejaron de polarizar a la sociedad durante más de cien años». Rabb dice que aun cuando hubo «conmociones posteriores» a mediados de siglo, ninguna de ellas «puso seriamente en tela de juicio [...] la organización de la política en sí. *Este* fue el cambio esencial»[252]. ¿Es ésta una descripción razonable de la realidad política? Y si lo es, ¿qué implicaría para la lucha entre Inglaterra y Francia? Señalemos inmediatamente que las fechas de Rabb están más o menos correlacionadas con las tendencias económicas a largo plazo. A primera vista parece haber la clásica correlación weberiana: expansión e inestabilidad política, estancamiento y estabilidad política.

No creo que Rabb esté equivocado, siempre que especifiquemos más claramente de qué tipo de estabilidad estamos hablando y cuál es nuestra cronología. Creo que lo que sucedió fue que la expansión económica del siglo XVI permitió claramente que emergiera la burguesía como clase social cuya relación con el grupo dominante no estaba clara. Fue una situación que no necesitó clarificarse mientras la tasa de expansión fue elevada. Una vez que los límites económicos de la expansión se hicieron visibles, la lucha por decidir quién tenía derecho a controlar el aparato del Estado se agudizó. Sin embargo, las *continuas* dificultades económicas forzaron un compromiso *de facto* entre las dos facciones, para que el conflicto político no se les fuera de las manos, y los estratos inferiores (tanto urbanos como rurales) comenzaron a afirmarse no sólo de forma vigorosa, sino también independiente y directa. A esto siguió, como sugiere Rabb, un período de relativa estabilidad en el que los conflictos *intestinos* de los estratos dominantes fueron sofocados o contenidos institucionalmente.

No tengo la intención de analizar aquí la compleja historia de las luchas políticas de mediados del siglo XVII en Inglaterra y Francia, pero señalemos a grandes rasgos cómo estaban las cosas cuando terminaron. La monarquía estaba en peligro en ambos países, más gravemente sin duda en Inglaterra. Al final, la Fronda fue derrotada en Francia y la monarquía restaurada en Inglaterra. Es indudable que había una diferencia constitucional muy importante en el papel del Parlamento, que fue reforzado en Inglaterra y eliminado en Francia. En Inglaterra,

[252] Rabb (1975, p. 71).

el «absolutismo administrativo de un rey» fue reemplazado por la «omnipotencia legislativa de un Parlamento»[253]. Pero ¿cuál fue el *contenido* del compromiso social? Podemos encontrar opiniones notablemente diferentes acerca del resultado final de la Revolución inglesa. Dos bastarán. Stone dice: «La Inglaterra de finales de la revolución, en 1660, era difícilmente distinguible de la Inglaterra de los comienzos, en 1640»[254]. Hill dice: «El viejo Estado no fue restaurado en 1660, sólo lo fueron sus aderezos»[255].

Permítaseme sugerir que ninguna de estas versiones está en lo cierto. Hubo una diferencia real entre 1660 y 1640, pero yo creo, en contra de la mayoría de los argumentos, que lo importante fue la diferencia *social* y no la política. La guerra social abierta llegó a su fin. La burguesía como *clase* social obtuvo su derecho de ciudadanía, pero la preeminencia dentro de esta clase quedó en manos de las antiguas familias. La base del compromiso social fue la elaboración de una política de nacionalismo económico que pudiera servir por igual a los antiguos *cavaliers* y *roundheads:* «No hay nada tan típico de esta búsqueda como las comisiones y juntas de gobierno de las compañías comerciales de la Restauración, en las que príncipes y comerciantes urdieron juntos una confabulación que se esperaba fuera mutuamente ventajosa»[256]. Nada prueba tan bien que esta solución fue un compromiso como la oscuridad que envolvió a la cuestión de la devolución de las tierras confiscadas. Carlos II pasó la pelota al Parlamento y el Parlamento se la pasó a una

[253] E. Barker (1966, p. 31). Esto tendría una continuación en 1688. Lo que parecía ser el triunfo del Parlamento sobre el monarca supondría de hecho en el siglo XVIII «el crecimiento del poder ejecutivo [...] que consiguió ese sometimiento del legislativo que los Estuardo habían buscado con frecuencia pero nunca logrado» (Plumb, 1967, p. 65).

[254] Stone (1972, p. 49). De forma similar, Zagorin dice que esto no fue seguido por «ningún cambio social importante» (1959, p. 400).

[255] C. Hill (1969, p. 135). Además de los cambios en la estructura política, que nadie niega, Hill señala la abolición de las tenencias feudales y el fin de los esfuerzos gubernamentales por frenar el proceso de cercado de las tierras: «En la política comercial colonial y exterior, el fin de la Edad Media en Inglaterra se produjo en 1650-51, cuando el gobierno republicano se vio libre para dirigir su atención hacia el exterior» (p. 155). Para Hill, la Edad Media es como una espita que parece cerrada en diferentes momentos: «Para la industria y el comercio interior, la Edad Media [...] concluyó en 1641, cuando el gobierno central perdió su facultad de conceder monopolios y controlar la administración de la ayuda a los pobres» (página 169). «Para las finanzas, la Edad Media en Inglaterra concluyó en 1643, cuando se introdujeron dos nuevos impuestos modernos, los impuestos sobre el consumo y la contribución territorial» (p. 180).

[256] Wilson (1957a, p. 153).

comisión; finalmente, la cuestión fue resuelta en gran medida mediante acuerdos privados [257].

Lawrence Stone sugiere que la reputación de la Inglaterra preindustrial como una «sociedad insólitamente móvil es en buena parte una ilusión» [258], salvo posiblemente en el caso del período comprendido entre 1540 y 1640. ¿No fue acaso el compromiso de 1660 un acuerdo para poner freno, para *estabilizar* la perturbadora movilidad del siglo XVI, para congelar más o menos las cosas en el punto en que estaban [259]? ¿No fue acaso el gran cambio social de Inglaterra en 1660 el acuerdo entre los estratos dominantes en el sentido de que no habría más cambio *social* interno, de que el Estado inglés (que fuera el rey o el Parlamento poco importaba) se esforzaría por fomentar el desarrollo económico a expensas del resto de la economía-mundo [260]? ¿Y no confirmó esto acaso la Revolución Gloriosa de 1688-1689 [261]? Por toda una serie de razones secundarias, ¿acaso no amenazaron ciertos grupos en la década de 1680 con replantear las cuestiones que la Restauración había resuelto? Estos grupos fueron aplastados.

Mientras que los *whigs* marxistas consideran la Revolución inglesa como el momento del gran triunfo sobre el «feudalismo», la Revolución Gloriosa ha sido siempre el momento preferido de los *whigs* liberales. Como dice Trevelyan [262], la «clave de las Leyes de Sucesión fue la libertad personal dentro de la ley, tanto en religión como en política. La más conservadora de todas las revoluciones de la historia fue también la más liberal». ¿Se deja arrastrar Trevelyan por la ilusión de que fue una revolución aristocrática? En absoluto, puesto que dice: «Fue obra de toda la nación, de la unión de todas las clases». Simplemente, hay que tener en cuenta un factor adicional:

> En una sociedad todavía principalmente agrícola, donde la estructura económica y social hacía de los terratenientes los dirigentes

[257] Véase Thirsk (1954).

[258] Stone (1966, p. 51).

[259] A partir de 1660, «se erigieron barreras contra la movilidad social que llevaban el sello de una contrarrevolución» (Thirsk, 1976, p. xx).

[260] Supple dice que «las mismas características del medio mercantil que distinguieron la situación de Inglaterra de la de otros países europeos estuvieron en buena parte determinados por la acción estatal». Sin embargo añade que esta acción estatal fue indirecta. En la lista de Supple aparecen primero la estabilidad política y la armonía social tras la guerra civil del siglo XVII (1973, pp. 314-16).

[261] «La Revolución [de 1688] demostró la solidaridad final de las clases propietarias» (Hill, 1961a, p. 276).

[262] Trevelyan (1963, p. 45).

naturales y aceptados de la región, nobles y caballeros como los *tories* Danby y Seymour y los *whigs* Devonshire y Shrewsbury se pusieron a la cabeza cuando hubo que improvisar una resistencia al gobierno.

Tras la retórica de la unión de todas las clases se oculta la realidad de estos «dirigentes naturales y aceptados de la región». Sin duda la figura de un rey «arbitrario» fue eliminada para siempre del escenario, pero, como dice Pinkham, lo que esto supuso fundamentalmente fue que

los poderes reales que el rey había podido usar hasta entonces en beneficio del grupo que quisiera, incluido a veces —por increíble que parezca— el pueblo llano, pasaron ahora a manos de la aristocracia terrateniente que controlaba el Parlamento [263].

Este triunfo de la aristocracia terrateniente fue de hecho el triunfo de las clases capitalistas. El compromiso político duraría hasta mediados del siglo XIX y vendría muy bien a Inglaterra, porque permitiría a aristócratas y caballeros unirse a comerciantes y financieros para dejar atrás a sus rivales franceses en la carrera por explotar las riquezas de la economía-mundo europea.

¿En qué difirió la historia francesa? Volvemos una vez más a la peculiar geografía de Francia. Inglaterra tenía sus áreas periféricas, y *a fortiori* Gran Bretaña. Estas áreas periféricas, localizadas dentro de un Estado del centro, temían dos cosas: el reforzamiento gradual de este Estado anglobritánico, que les amenazaba políticamente, y el triunfo de los elementos capitalistas, que les amenazaba económicamente. En Gran Bretaña, estas dos amenazas iban unidas, por lo que no es de extrañar que las áreas periféricas tendieran a ser más hostiles a la revolución inglesa [264] o que «las décadas revoluciona-

[263] Pinkham (1963, p. 85). Véase también J. R. Jones: «Sin embargo, el intento de Jacobo de utilizar a las clases medias urbanas para reemplazar a la clase terrateniente debería hacer que los historiadores dudaran antes de describir abiertamente a la Revolución como una revolución burguesa. Estrictamente hablando fue todo lo contrario» (1972, p. 15).

[264] Véase Trevor-Roper: «En Irlanda y Escocia, el rey había empezado por recurrir a las antiguas clases monárquicas, la *gentry* y la aristocracia 'oficial', secular y tolerante, de cuyo apoyo había dependido la unión de su padre [...] Pero cuando estos sectores resultaron insuficientes, echó mano, en ambos países, de la parte céltica. Se convirtió en el campeón de los *Old Irish* [viejos irlandeses] frente a los plantadores ingleses y de los *Highlanders* escoceses [habitantes de las tierras altas de Escocia] frente a los de las tierras bajas» (1967, p. 710). El pacto con los *Highlanders* sobreviviría posteriormente entre los jacobitas.

rias completaran la unificación de Inglaterra»[265]. La situación en Francia era muy diferente, como hemos visto anteriormente[266]. Allí, las fuerzas de la centralización y las fuerzas de la iniciativa capitalista no estaban geográficamente coordinadas, como en Inglaterra, y las fuerzas centralizadoras tuvieron que hacer frente a la resistencia, no necesariamente conjunta, tanto de las zonas económicamente periféricas como de las económicamente centrales, pero políticamente periféricas. Esto hizo que las luchas intestinas de las capas dominantes fueran mucho más prolongadas (desde las guerras de religión hasta la Fronda) y políticamente muchos menos claras.

Mientras que la Restauración supuso una distensión, si se quiere, porque pareció establecerse un compromiso entre las dos facciones, el período equivalente en Francia, la era colbertiana de Luis XIV, supuso una especie de tregua impuesta. La tregua dependía de la capacidad política de la monarquía para contener a unas fuerzas que todavía jugaban una baza importante o digamos que estaban más dispuestas y más capacitadas para jugar a un juego peligroso que las fuerzas equivalentes en Inglaterra. La estructura política del país reflejaba esta situación: el oeste, el sur y las zonas fronterizas del nordeste estaban jurídicamente (y también económicamente) fuera del «centro». No sólo estaban, pues, estas zonas privadas de las ventajas de pertenecer a la unión aduanera como el resto —aunque sin duda esto llevaba también consigo desventajas—, sino que además tenían que soportar una presión fiscal mayor[267]. Los burgueses que no eran aristócratas podían tener acceso a una posición social elevada a título individual[268], pero no colectivamente, lo que les hacía estar permanentemente descontentos y ser potencialmente levantiscos[269].

[265] C. Hill (1969, p. 137).

[266] Véase Wallerstein (1974, pp. 293-97).

[267] Véase Pillorget (1975, p. 879). Por supuesto, estas regiones también sufrirían a menudo pérdidas económicas. Sobre el grado en que esto afectó al País Vasco, véase Goyhenetche (1975, pp. 5-32).

[268] Esto es algo que dejan perfectamente claro los estudios sobre la política de Luis XIV hacia su personal burocrático. Ya consideremos a los secretarios de Estado, a los oficiales del ejército o a los funcionarios judiciales, es evidente que las personas acomodadas y competentes fueron activamente buscadas y recompensadas con ascensos en su rango social. Véase Bluche (1959, pp. 18-22), Corvisier (1959, pp. 45-56) y Goubert (1959, página 73).

[269] «Sin embargo, la burguesía seguía estando [...] insatisfecha. El poder que tanto ansiaban lo poseían y no lo poseían al mismo tiempo. Si desde la época de Colbert una buena parte de los ministros fueron de extracción burguesa más o menos distante, renunciaron en su mayoría a sus orige-

Las contradicciones salieron a la luz con la cuestión de los hugonotes. Es de suponer que el edicto de Nantes había sido un paso más hacia la resolución de las divisiones internas de las capas dominantes. ¿Por qué fue revocado en 1685? No hay realmente una buena respuesta a esta cuestión en la bibliografía sobre el tema. Los hugonotes no eran especialmente antimonárquicos [270]. ¿Por qué tenía, pues, que ser el rey antihugonote? Lüthy lo considera como la obra de una Francia «consagrada al culto del Estado» como reacción a las humillaciones de las guerras civiles anteriores [271]. Robert lo considera como la obra de un rey en espera de una oportunidad que llegó tras la gloriosa paz de Nimega: «Este gran éxito de su política exterior [...] convenció al rey de que en adelante podría intentar casi cualquier cosa» [272]. Le Roy Ladurie lo considera como la forma de poner a la Iglesia, al menos, de parte del trono. «Toma y daca *(donnant donnant)*. Los sacerdotes, tan belicosos en tiempos de la Liga y la Fronda, se convirtieron desde entonces, pese a la polémica jansenista, en los pilares del orden establecido» [273]. Ninguna de estas explicaciones es suficiente. Tal vez fuera como un inútil cambio de piezas en el ajedrez, con la esperanza de que al reducir las piezas mejorara su posición. En el ajedrez, si un cambio de piezas no es claramente ventajoso, simplemente hace que la partida esté más cerca de quedar en tablas. El rey trataba de reforzar el Estado. Esto era más difícil de conseguir que en Inglaterra. La revocación del edicto de Nantes no mejoró la situación, pero tal vez tampoco la empeorara.

Hay una prueba más importante para la explicación general que estamos ofreciendo acerca de la estabilización en Inglaterra y Francia a mediados del siglo XVII. La estabilización, que fue más eficaz en Inglaterra que en Francia, pero que se produjo, sin embargo, en ambos países, fue el resultado de un compro-

nes desde el momento en que entraron en el gobierno y se vincularon a la nobleza» (Léon, 1970d, p. 643).

270 Véase el análisis en Adams (1974). Esto es también lo que argumentan algunos protestantes modernos cuando afirman que la revocación fue lo que salvó al protestantismo francés de su conformismo y monarquismo al imponer un retorno a sus «características originales» después de la revocación (Léonard, 1940, p. 11).

271 Lüthy (1959, p. 12).

272 Robert (1967, p. 47).

273 Le Roy Ladurie (1971, p. 28), que establece una comparación explícita entre Inglaterra y Francia: «La monarquía inglesa de nuevo estilo firmó la paz [en 1688] con la antigua oposición, como lo hizo Luis XIV con el clero que anteriormente había apoyado a la Liga y a la Fronda» (1975c, p. 36).

miso *dentro* de las capas dominantes. En tal caso, deberíamos ver un cambio en la actitud de las capas inferiores, ya que la división de las clases dirigentes les dejaría un espacio, mientras que un compromiso restringiría su margen político. Tenemos ciertas pruebas de que ocurrió esto último. Las revueltas campesinas se hicieron menos frecuentes y las que hubo tendieron a ser más moderadas [274]. Dado que ésta fue probablemente una época de ciertas dificultades económicas, es probable que la explicación esté en la dificultad política de una rebelión más que en una falta de motivos.

En el período anterior, los campesinos pudieron unirse a una fracción de las capas dominantes en la revuelta. A finales del siglo XVII esto ya no era posible [275]. ¡Qué amargos debieron ser los grandes compromisos para los campesinos y los trabajadores urbanos! Un cartista decía en 1837, examinando retrospectivamente la revolución inglesa: «Para millones de personas, no hizo nada» [276]. Indudablemente, había malestar, especialmente en las ciudades, donde éste era difícil de suprimir [277], pero una vez que se llegó al compromiso dentro de la burguesía, ésta se dedicó a contener este malestar. Fue en esta época cuando los conceptos de *clases trabajadoras* y *clases peligrosas* empezaron a ir unidos, creando «en la mente de las clases dirigentes» una asociación «entre miseria y crimen» [278].

Se puede, si se desea, repetir el viejo dicho de que el comercio es incompatible con el absolutismo porque el comerciante podía «eclipsar al Rey Sol» [279]. Pero la precisión de

[274] Véanse Jacquart (1975, pp. 344-45; 1978c, p. 492), Le Roy Ladurie (1974c, pp. 8-9) y C. S. L. Davies (1973, pp. 125-27).

[275] Sobre la «docilidad» de los notables en Provenza a partir de 1661, véase Pillorget (1975, pp. 863-66). Véanse también Busquet *et al.*: «[Esta docilidad] es una prueba, quizá la mejor, del éxito logrado por el gobierno real en la labor de unificación que había emprendido» (1972, p. 79).

[276] Citado en C. Hill (1975b, p. 204). Hill está de acuerdo: «Después de todo, ¿qué sacó la multitud de la Revolución? Impuestos indirectos, servicio militar, saqueos, no enfiteusis estables, abolición de los diezmos o protección de los artesanos industriales frente a sus patronos». Como dice J. R. Jones, el hombre humilde, el militante que luchó por la revolución «no fue el beneficiario de ella» (1972, p. 16). Esto le sucedió también a la pequeña *gentry* rural en los años 1688-89 en Inglaterra, como les había sucedido a los militantes calvinistas, los mendigos, los pobres urbanos y los pequeños burgueses después de la rebelión de los Países Bajos.

[277] Véase Léon (1970e, p. 684).

[278] Léon (1970e, p. 686).

[279] Grassby (1960, p. 38). Lejos de ser incompatible, la aristocracia francesa, como señala Supple, se vio «hasta cierto punto obligada a

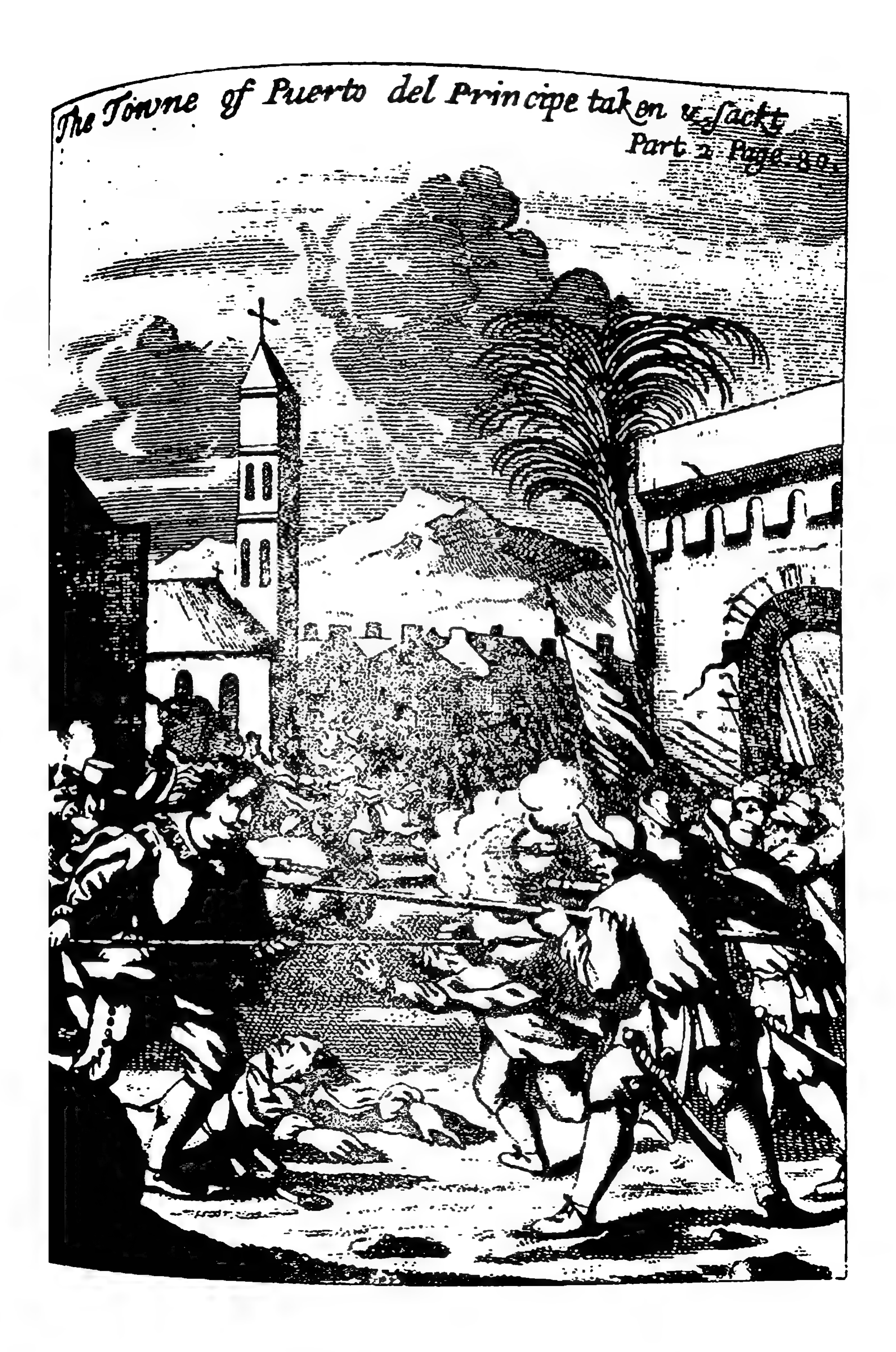
Schumpeter es más acertada: «Los grilletes [feudales] no sólo estorbaban [a los burgueses]: también les protegían»[280]. Esto sucedió en Inglaterra y también en Francia[281], pero por diversas razones, que hemos apuntado aquí, esta política tuvo algo más de éxito en Inglaterra.

BIBLIOTECA CS

aportar capital y prestigio a las sociedades anónimas de los siglos XVII y XVIII» (1977, p. 450).

[280] Schumpeter (1943, p. 135).

[281] Citando ejemplos, tanto de Inglaterra como de Francia, Supple dice: «La iniciativa aristocrática no fue [...] en ninguna parte tan activa como en la minería y la industria pesada» (1977, p. 499). Sobre el papel de la aristocracia en la manufactura francesa, véase también Deyon (1978d, página 277).


The Towne of Puerto del Principe taken & sackt
Part 2 Page 80.

«Invasión de Puerto Príncipe por Morgan», de John Esquemelin, publicada en *De Americaensche zee-roovers* en 1678 y reeditado en *Bucaniers of America* en 1684. No se sabe con seguridad si Esquemelin era francés, flamenco u holandés. Esquemelin trabajó como cirujano al servicio de los bucaneros durante seis años. Su libro sigue siendo la principal fuente de información sobre los piratas, y sus descripciones son confirmadas por los documentos oficiales de la época.

# 4. LAS PERIFERIAS EN UNA EPOCA DE CRECIMIENTO LENTO

Los períodos de expansión de la economía-mundo son relativamente fáciles de describir. La producción se expande en general y en la mayoría de los sitios. El empleo está generalizado. La población crece. La prosperidad es el signo de la época. El hecho de que los salarios reales de un gran número de personas puedan en hecho estar disminuyendo es menos visible dada la constante inflación de los precios nominales. Hay un fermento social considerable, pero es un fermento nutrido por el optimismo, incluso audaz. La movilidad individual parece estar a la orden del día.- El progreso parece ser un don de la Providencia.

Los períodos de depresión son mucho más complejos. En primer lugar, son mucho más visiblemente desiguales. Hay regresión, estancamiento, retraimiento, tiempos difíciles, pero no para todos. La producción total, la de la economía-mundo tomada en su conjunto, puede permanecer constante en términos del valor global o de la cantidad per cápita, pero esto puede ser el resultado del aumento de la producción en ciertas áreas o de la tasa de productividad, o de ambas cosas, contrarrestado por una disminución en otras. Los salarios reales de los que tienen empleo pueden aumentar, pero el porcentaje de desempleo también puede aumentar.

Es de esperar un panorama especialmente sombrío en las zonas periféricas de la economía-mundo. Desde el punto de vista político, son las arenas más débiles. También es de esperar que los grupos dirigentes de las zonas del centro y la semiperiferia traten de mantener su nivel de producción y empleo a costa de las áreas periféricas. Y sin embargo, la periferia no desaparece totalmente de la economía-mundo por muchas razones. En primer lugar, sus cuadros capitalistas desean permanecer dentro de la economía-mundo y luchan por permanecer en ella. En segundo lugar, los cuadros del centro están preocupados por la recuperación cíclica de la economía-mundo

en su conjunto, para la cual necesitarán las zonas y las energías físicas representadas por la tierra y la población de las periferias. En tercer lugar, los países del centro continúan necesitando, aun en momentos de depresión, algunos de los productos de la periferia, debido en parte a que por razones de índole ecológica éstos no pueden provenir de otros lugares, y en parte a que el coste de la mano de obra es, más que nunca, más bajo que en el centro.

Lo que hay que subrayar sobre todo es que una depresión supone una aminoración de la actividad, no una interrupción. Representa, en términos económicos, una carrera de obstáculos en la búsqueda de ganancias que, si se quiere, sirve para separar el grano de la paja. Los fuertes no sólo sobreviven, sino que a menudo medran. En las periferias, pues, una depresión en la economía-mundo produce a la vez involución y evolución, a la vez una aparente decadencia en la monetarización de la actividad económica y la aparición de nuevas empresas, a la vez abandono y reestructuración o redistribución, a la vez decadencia de su papel especializado en la economía-mundo y reforzamiento del mismo. Para valorar esta aparente paradoja, debemos comenzar por el principio. ¿Qué es lo que produce una inversión secular de las tendencias en la economía-mundo? Un sistema capitalista conlleva un mecanismo de mercado. El mercado no es libre —ni mucho menos—, ya que se ve afectado por los ajustes políticos y los retrasos y preferencias culturales. Sin embargo, si no hay una respuesta del mercado, sea cual fuere, es difícil hablar de sistema capitalista.

El mercado responde, como sabemos, a las variaciones en la oferta y la demanda. Indudablemente, éstas no son fuerzas místicas que se encuentren en el ágora de forma imprevisible. La oferta y la demanda están recíproca e institucionalmente determinadas; pero si hay una disparidad demasiado grande durante un período de tiempo demasiado largo, el mercado se resentirá inevitablemente. Una era de expansión tiende a crear, a lo largo del tiempo, más oferta que demanda, por la sencilla razón de que la oferta está determinada por el empresario individual (para el cual, en una época de expansión, una producción incrementada muestra buenas perspectivas de ganancia) y la demanda está determinada colectivamente (a través de la maquinaria política que ha dispuesto la distribución de la renta). Antes o después, dada la distribución existente a nivel mundial, acaba por haber una demanda insuficiente a nivel mundial para una producción en constante expansión. Dos cosas pueden eliminar esta disparidad: la expansión de la producción puede

ser invertida, detenida o al menos aminorada, y la distribución de la renta puede ser dispuesta de tal modo que haya una demanda global incrementada que finalmente permita una nueva expansión.

De hecho ocurren ambas cosas, y en este orden. La producción se estanca y más tarde hay una redistribución política de la renta. Este es el perfil social de una época de depresión, pero hay que hacer inmediatamente algunas puntualizaciones. La producción se estanca más en las antiguas periferias que en otras partes, y la redistribución política de la renta se da más en el centro y en las áreas semiperiféricas (o al menos en algunas de ellas) que en las periferias. Esta es precisamente, como veremos, la historia de la larga era de depresión del siglo XVII, o del período comprendido entre 1600-1650 y 1750. Hay que hacer además otra puntualización acerca de este modelo, basada en la falta de una demanda efectiva. Hemos fechado el comienzo de este período de depresión entre 1600 y 1650. Esta ambigüedad, observable en todo el libro, no se debe a un conocimiento insuficiente, sino que es la expresión del modelo normal de paso de la expansión a la depresión. Normalmente, hay un largo período durante el cual continúa la expansión, pero la depresión ha comenzado ya y es, por tanto, parte de la historia de ambos períodos.

Ya hemos visto que esta inversión en particular de las tendencias seculares parece estar compuesta por tres recesiones comerciales: una en la década de 1590, otra en la de 1620 y una tercera en la de 1650 [1]. En este mismo período, la economía-mundo se vio afectada por la inestabilidad monetaria: la subida de las monedas en el Báltico, la inflación de la moneda de cobre en España, la brusca disminución de la producción de metales preciosos en las Américas. Fue también el momento en que se produjeron diversos desastres demográficos provocados por las guerras, las epidemias y el hambre. La combinación no fue fortuita. ¿Qué hace un productor de artículos destinados a la exportación en la periferia cuando se encuentra bruscamente con un mercado desfavorable? Hay dos respuestas posibles desde su punto de vista. O bien trata de mantener sus ingresos netos aumentando el volumen de sus exportaciones y/o disminuyendo los costes de su producción. Una de estas cosas, o ambas a la vez, funcionan a corto plazo para el empresario individual, pero empeoran la situación co-

[1] Véase Wallerstein (1974, pp. 269-71).

lectiva de los productores periféricos en una zona determinada a medio plazo. La expansión de la producción de artículos destinados a la exportación incrementa aún más la producción global en un mercado en el que la demanda se ha restringido ya. La disminución de los costes de producción agota el potencial de una futura producción, si es que se consigue, cosa sumamente probable en las zonas periféricas, mediante la intensificación de la explotación de los recursos naturales o humanos.

Trataremos de demostrar que en las principales periferias de la economía-mundo del siglo XVI, esto fue precisamente lo que ocurrió. Los débiles mercados de las décadas de 1590 y 1620 llevaron a un incremento del volumen de la producción y/o un incremento de la tasa de explotación de los recursos. Hacia la década de 1650, si no antes, los productores periféricos se vieron obligados por las consecuencias de esta primera táctica a recurrir a la única respuesta sensata —la retirada parcial de la producción para el mercado—, al menos en el lugar concreto del mercado mundial en el que habían encontrado un hueco en el siglo XVI [2]. Empecemos por la periferia de Europa oriental. Sus productos para la exportación sufrieron un descenso por lo que respecta al precio, la productividad y el valor y la cantidad del total exportado en el siglo XVII, especialmente (aunque no sólo) en el caso de los cereales polacos y el ganado húngaro. La historia de los precios es la más conocida, ya que la imagen básica de la depresión del siglo XVII está construida sobre el hundimiento de la agricultura. Los precios del trigo en Polonia descendieron hacia 1615-1620, luego presenciaron un aumento temporal, seguido a mediados del siglo XVII «por una violenta caída y una depresión de los precios de larga duración» [3]. El aumento de los precios del ganado húngaro se hizo más lento a comienzos del siglo XVII, para «detenerse totalmente tras otros breves *boom* en la década de 1620» [4]. A mediados del siglo XVII, el precio del ganado húngaro en Viena había disminuido «considerablemente» [5]. En

[2] Hay una buena descripción de esta secuencia en Polonia en Wyczański (1967). Con respecto a la primera mitad de la misma, Gould señala que «hay numerosos ejemplos históricos en que la respuesta de los agricultores a la caída de los precios fue *ampliar* la producción y no reducirla, en un intento de mantener los ingresos brutos a un nivel convencionalmente aceptable» (1962, p. 332).

[3] Wyczański (1967, pp. 68-69).

[4] Pach (1970b, p. 254).

[5] Zimányi (1973, p. 327).

el caso de la agricultura checa, también los cien años posteriores a 1650 fueron «un siglo de estancamiento»[6].

No sólo bajaron los precios de las exportaciones en términos absolutos, sino que también tal vez disminuyeron en términos relativos. Es decir, los términos de intercambio se hicieron «cada vez más desventajosos» para los exportadores de la periferia[7]. Al mismo tiempo, hubo un «rápido incremento del volumen de las importaciones de artículos de lujo», especialmente en el segundo cuarto del siglo XVII[8], como una especie de coletazo final de la pequeña nobleza de la periferia. La combinación de exportaciones en descenso e importaciones en aumento (al menos en el período de transición) provocó un cambio espectacular en la balanza comercial. Por ejemplo, el comercio marítimo de Polonia en el Báltico pasó de un excedente del 52 por ciento en 1565-1585 a uno del 8 por ciento en 1625-1646, para llegar más tarde a una balanza comercial desfavorable en la segunda mitad del siglo XVII[9]. Mączak habla de la balanza comercial pasiva de Polonia como consecuencia de la «funesta década de 1620»[10]. El cambio en la balanza comercial se vio agravado por la incapacidad de las empresas económicas polacas, débilmente protegidas, de oponer resistencia a los efectos negativos de la inestabilidad monetaria resultante de la inflación de los precios. Los comerciantes holandeses obligaron a los comerciantes de Danzig a aceptar parte del pago en moneda débil (por ejemplo, *Loewenthalers)* junto con los ducados y táleros más fuertes. Por supuesto, esta moneda podría haber sido prohibida por las autoridades políticas, pero los propios comerciantes de Danzig, que «temían graves perturbaciones en el comercio exterior»[11] y no creían que esa protección fuera esencial, dado que podían hacer recaer esta carga que les habían impuesto los holandeses «sobre los hombros de la bur-

[6] Matejek (1968, p. 210).

[7] Topolski (1971, p. 62). Véase el cuadro 4.1, donde Kula especifica los términos de intercambio para los diferentes sectores de la población. Los comentarios de Kula sobre Topolski se pueden encontrar en 1970, pp. 164-65, nota 164. Incluso Kula acepta esta hipótesis en general para el subperiodo de 1650-1700.

[8] Bogucka (1972, p. 1).

[9] Mączak y Bogucka, citados en Pach (1970b, p. 258). Véase también Mączak (1970, p. 139, cuadro 16).

[10] Mączak (1975, p. 3).

[11] Bogucka (1972, p. 4). Los cambistas locales se opusieron a tal medida porque participaban en las ganancias de los especuladores internacionales (p. 5).

guesía media, los nobles y los campesinos»[12], se opusieron enérgicamente a tales medidas preventivas.

Se han hecho muchas conjeturas acerca del rendimiento de los cereales en Europa oriental y todo el mundo está de acuerdo en que hubo una baja muy clara en el siglo XVII. La cuestión es hasta dónde llegó. Los más optimistas piensan que el rendimiento de los cereales simplemente se estancó en un momento en que el rendimiento de los cereales del noroeste de Europa estaban aumentando. Los menos optimistas piensan que hubo una caída importante[13]. La explicación general de la disminución del rendimiento del trigo es la «dominación de la producción de mercancías por los terratenientes que usaban trabajo forzado al máximo», que es la misma que ofrece Pach para explicar la decadencia de las exportaciones de ganado en Hungría[14]. Pero ¿por qué habría de llevar esta dominación a una decadencia en los rendimientos? Se ofrecen dos razones. Una es que las crecientes exigencias de prestaciones de trabajo «llevaron a más de un campesino a dejar de criar animales de tiro y pasarse a las filas de los asalariados» y que dado que el rendimiento de las explotaciones campesinas era por lo general más alto que el de las de la aristocracia, el rendimiento global disminuyó[15]. La segunda razón es que la producción se aumentó «prescindiendo de los principios fundamentales de la rotación de los cultivos»[16], lo que a la larga agotó el suelo.

[12] Bogucka (1972, p. 13).

[13] Żytkowicz observa en general «un bajo rendimiento de la agricultura» en Polonia, Hungría, Eslovaquia y Bohemia, pero no especialmente más bajo de 1655 a 1750 que de 1500 a 1655 (1971, p. 71). Slicher van Bath observa «un estancamiento o incluso un declive» en Europa oriental en el siglo XVII. Para Checoslovaquia, Polonia, Letonia, Estonia y Rusia juntas, muestra un descenso de 4,3 a 3,9 entre el período de 1600 a 1649 y el período de 1650 a 1699 (1969, pp. 175-76). Mączak se muestra escéptico frente a las bajas cifras de Żytkowicz para el siglo XVI (1976b, p. 23) y sugiere que en realidad hubo un *descenso*, «ya visible en la primera mitad del siglo XVII» (1968, p. 77). Wyczański muestra un descenso en un dominio (Korczyn) de 4,8 en 1569 a 4,1 en 1615, 4,4 en 1660 y 3,2 en 1765 (1960, página 589). Topolski habla de un declive general de cerca de 5 a finales del siglo XVI a cerca de 3-4 a finales del XVIII (1974a, p. 131). Szczygielski utiliza un lenguaje más duro; habla de que los rendimientos polacos estaban entre los más altos de Europa en los siglos XV y XVI y entre los más bajos en los siglos XVII y XVIII (1967, pp. 86-87).

[14] Pach (1970b, p. 262).

[15] Mączak (1968, p. 77), quien dice que «la contracción del excedente para el mercado provocada por la reducción del tamaño de las unidades agrícolas es difícilmente discutible» (p. 78).

[16] Szczygielski (1967, p. 94), quien dice que esto sucedió también con la producción maderera: «Durante el siglo XVII, la explotación inconsiderada provocó estragos en los bosques» (p. 97).

A costa de agotar a los hombres y el suelo, el nivel de la producción total se mantuvo durante 50-60 años, pero este método era autodestructivo. Esto se puede ver en el hecho de que, pese a los esfuerzos por incrementar la producción y reducir los costes, el total de las exportaciones disminuyó. A finales del siglo XVI, se exportaban anualmente desde Danzig 100 000 *lasts* de trigo, en el siglo XVII 30 000 y a comienzos del siglo XVIII sólo 10 000 [17]. Abel indica que hubo un punto de inflexión en 1620 [18], pero Jeannin señala que los registros del Sund muestran que en 1649 ó 1650 se alcanzó un «nivel récord, que superó al de 1618» y sugiere que pensemos en 1650 como el año determinante, más que en 1620 [19].

La historia de la exportación de ganado es muy similar. En Hungría, el período 1550-1600 fue la «edad de oro» [20], tras lo cual hubo una decadencia. El comercio de ganado polaco con Silesia, Sajonia y el Rin «perdió importancia» con el comienzo de la guerra de los Treinta Años como consecuencia de los peligros del transporte de ganado [21]. Lo mismo ocurrió con la exportación de ganado danés, que en este contexto forma parte del mismo proceso [22]. Pach afirma que la decadencia del comercio de ganado fue más grave que la del comercio de trigo y por consiguiente que Hungría sufrió aún más que Polonia, porque mientras que el trigo era vendido «al centro atlántico del incipiente comercio internacional de tipo moderno», el ganado era vendido a las ciudades del sur de Alemania que «fueron víctimas del desplazamiento de las rutas comerciales

[17] Leśnodarski (1963, p. 24).

[18] Abel (1973, p. 251, gráfico 45). Véase también Slicher van Bath, quien dice que las exportaciones más elevadas fueron las de 1617 (1977, p. 87).

[19] Jeannin (1964, pp. 320, 322). Esto tiene su confirmación en el otro extremo del proceso comercial. Al estudiar las importaciones escocesas de trigo báltico, Smout y Fenton encuentran una «inconfundible» inflexión a mediados del siglo XVII —es decir, un pronunciado descenso de tales importaciones— que ellos explican por «una sustitución parcial de los proveedores bálticos por proveedores ingleses e irlandeses». De hecho, añaden, entre 1675 y 1685 «se llevaron incluso [cereales escoceses] al Báltico» (1965, p. 76).

[20] Makkai (1971, p. 483). Véase también Prickler (1971, pp. 143-44). Wiese utiliza el mismo término para hablar de la ganadería europea en general «antes del estallido de la guerra de los Treinta Años» (1974, pp. 454).

[21] Mączak (1972, p. 679). Mączak habla de la «desastrosa disminución de la ganadería, incluyendo a los animales de tiro (sobre todo bueyes, pero también caballos)», que pasaron de unas 77 cabezas por cada 100 hectáreas de tierras campesinas en 1549 a 53 en 1630, continuando después de esta fecha la tendencia descendente (1976b, p. 23).

[22] Abel habla del «debilitamiento» de la exportación de ganado danés en el siglo XVII (1973, p. 249). Véase también Glamann (1977, pp. 236-37).

internacionales»[23]. La tercera exportación en importancia de Europa oriental en el siglo XVI había sido el cobre. Aquí también hubo un notable descenso hacia la década de 1620[24]. En todos estos casos —trigo, ganado y cobre— la explicación está en la superproducción a nivel mundial. En el caso del trigo, había habido un aumento, aunque «pequeño», en la producción de cereales en el sur y el oeste de Europa, pero lo suficientemente grande, dice Faber, como para explicar «la desastrosa recesión del comercio de cereales holandés» en la segunda mitad del siglo XVII[25]. En cuanto al ganado, fue «el cambio de la demanda lo que deterioró las relaciones de los precios»[26]. En el caso del cobre, el principal factor fue la «abundancia de cobre sueco [que] llegaba al mercado»[27].

En ambos casos, la situación de las exportaciones fue empeorada, pero no provocada, por la guerra y la devastación a nivel nacional, y en especial por la invasión sueca de Polonia (1655-1660), por el siglo de luchas intermitentes en Hungría, que fue de la guerra de los Quince Años (1591-1606) a la guerra de independencia de Rákoczi (1703-1711), y por la guerra sueco-danesa (1643-1645)[28]. Pero las devastaciones de la guerra, que llevaron consigo la reducción de la oferta total, no constituyen por sí solas una explicación. Como nos recuerda Vera Zimány, «el siglo XVII conoció en toda Europa guerras no menos devastadoras, pero en esta época no hicieron más que estimular la producción, crear coyunturas favorables, etc., y por consiguiente aumentar los precios»[29]. ¿Qué fue, pues lo que cambió

[23] Pach (1968, p. 316). El argumento de Pach se ve en parte confirmado por la observación de Wiese de que en Alemania, de 1640 a 1820, los precios de la carne fueron siempre menos favorables que los del centeno (véase Wiese, 1966, p. 105). El ganado húngaro y polaco iba a las ciudades del sur de Alemania, pero el ganado danés iba en su mayor parte a Holanda (véase Glamann, 1977, pp. 216, 233).

[24] Véase Pach (1970b, p. 257).

[25] Faber (1966, p. 131). Topolski explica el declive de las exportaciones polacas de cereales en el siglo XVII como resultado del declive de la productividad y el consiguiente declive de la ventaja «casi relativa» (1974c, página 435). Aquí defendemos la relación inversa: el incremento en la producción de trigo provocó indirectamente el declive de la productividad en Polonia.

[26] Zimányi (1973, p. 330).

[27] Kellenbenz (1974, p. 262) y Vlachovič (1971, p. 626). También había una competencia del cobre japonés y chileno (Pach, 1970b, p. 257).

[28] Sobre el efecto de la invasión sueca de Polonia, véanse Baranowski *et al.* (1966, p. 79) y Gieysztorowa (1958); sobre Hungría, véase Makkai (1971, pp. 493-94) y Várkonyi (1970, p. 272); sobre Dinamarca, véase Jørgensen (1963, p. 79).

[29] Zimányi (1973, p. 309).

con respecto al siglo XVI? La economía-mundo europea había pasado de una situación de oferta total inferior a la demanda a la situación inversa. En la primera, la destrucción tendía a aumentar la demanda. En la segunda, la destrucción tendía a ofrecer una buena excusa para reducir la producción global.

¿Cómo se distribuyó esta reducción global? Esta es una cuestión esencial, ya que determinó, o más bien reestructuró, las relaciones sociales de las zonas periféricas. Hemos visto ya que en Europa oriental el trabajo forzoso en los cultivos para el mercado (la llamada segunda servidumbre) se había difundido en el siglo XVI como mecanismo de control del trabajo en los dominios capitalistas en expansión. Ahora tenemos que explicar por qué las obligaciones impuestas a los siervos se hicieron *aún más duras* en los mercados de exportación en retroceso del siglo XVII. Debemos empezar por el hecho de que en el siglo XVI los productos para el mercado eran cultivados tanto en el dominio señorial como en la parcela campesina con el mismo nivel de eficiencia [30]. Sin embargo, el siglo XVII está marcado por una considerable concentración de la tierra en toda Europa oriental, es decir, que un mayor porcentaje de la superficie total cultivada y de los cultivos para el mercado pasó de las manos de los campesinos a las de los señores. Esto es lo que se nos dice de Polonia [31], Checoslova-

[30] Żytkowicz ofrece esta conclusión provisional al comparar la productividad de las tierras campesinas y los *folwark* (dominios) de Mazovia en el siglo XVII. «En cualquier caso, la principal razón de la aparición de este sistema [señorial] no fue que produjera más alimentos, sino que permitía a la clase feudal terrateniente incrementar sus ingresos» (1968, p. 118). Kirilly, sin embargo, al estudiar la producción de cereales en Hungría, observa un «cambio» en la primera mitad del siglo XVIII: «En contraste con la tendencia de los siglos anteriores, el trigo señorial se caracteriza a partir de ahora por un rendimiento superior» (1965, p. 621).

[31] Topolski dice que después de las destructivas guerras de mediados del siglo XVII, la producción de las reservas consiguió finalmente recuperar los niveles de antes de la guerra, pero las parcelas campesinas sólo recuperaron del 60 al 65 por ciento de su anterior producción (1967, p. 114). En el caso de una región, Gniezno, dice que la superficie total de las reservas representaba el 13 por ciento de las tierras campesinas a comienzos del siglo XVI, el 16 por ciento a mediados y el 20 por ciento a finales de ese siglo, y el 25 por ciento en el siglo XVIII (1970, p. 90). Rusiński habla de la «disminución de la superficie media de las unidades campesinas», especialmente en las zonas del centro y el sur, proceso que comenzó en el siglo XVI y se intensificó en el XVII, llevando a la pauperización (1972, páginas 112-13).

Rutkowski sitúa a mediados del siglo XVII el punto de inflexión, a causa de las guerras: «Las explotaciones de los campesinos de cierta importancia *(laboureurs)* desaparecieron y fueron reemplazadas por otras más pequeñas [...] o por parcelas cultivadas por arrendatarios, por *cha-*

quia[32] y Livonia[33]. En realidad, en el caso de Polonia, Mączak compara específicamente los siglos XVII y XVIII con el XVI, señalando que «el pequeño grupo de pequeños propietarios prósperos [...] desapareció por completo [...] como víctima directa de la avaricia de los terratenientes»[34].

Tengamos una idea clara de lo que sucedió. La expansión de la superficie total cultivada, fenómeno característico del siglo XVI como respuesta a un mercado mundial favorable, cesó e incluso se invirtió en parte, pero dentro de la superficie cultivada un porcentaje creciente pasó a la reserva de los señores. Esto quiere decir que a la posibilidad de ampliar la producción destinada al mercado en Europa oriental se había respondido de dos formas en el siglo XVI: mediante la explotación de los grandes dominios de los magnates con trabajo forzoso y también mediante un *cierto* desarrollo de la explotación directa por los campesinos ricos. «A comienzos del siglo XVII, sin embargo, la lucha acabó con la victoria de la tendencia del *Gutsherr*, basada en el empleo de trabajo forzado servil»[35].

*lupnicy* y por jornaleros *(komornicy)*». Rutkowski habla del «proceso de proletarización de la población rural» y de la «absoluta concentración de la producción agrícola» (1927b, pp. 119-20). Historiadores posteriores polacos han puesto en duda la explicación causal de Rutkowski (las guerras), pero no sus observaciones. Véanse los diversos estudios citados en Gierowski (1965, p. 244).

[32] Špiesz da como fecha para Checoslovaquia el año 1620, pero dice que en Moravia la relación entre las tierras del señor y las tierras del campesino siguió siendo más o menos la misma (1969, pp. 43-44). Lom señala un incremento de la «concentración de tierras» en Bohemia de 1650 a 1750 y un aumento del porcentaje de los *Gusherrschaften* (1971, páginas 9-10). Mejdricka dice que una «mayor expansión de los grandes dominios que usaban mano de obra forzosa puede observarse en la segunda mitad del siglo XVII» (1971, p. 394).

[33] Aunque Dunsdorfs piensa que este proceso se dio especialmente en los siglos XVIII y XIX, «también se puede demostrar un incremento del tamaño de las reservas señoriales *(gutsherrlichen Wirtschaften)* en el siglo XVII» (1950, p. 115).

[34] Mączak (1972, p. 673). Dworzaczek habla de la absorción gradual de los dominios de la pequeña nobleza por los magnates en este mismo período (véase 1977, p. 159), mientras que, por lo que respecta al siglo XVI, Rusiński habla de «una tendencia a la concentración de tierras en manos de los campesinos más ricos, quienes las compraban a sus vecinos más pobres» (1972, p. 104). Véase también Małowist (1972, pp. 203-204) sobre el papel de los campesinos acomodados.

[35] Pach (1970b, p. 261). En Polonia hubo unas cuantas zonas donde sobrevivió la enfiteusis. Hablando de una de ellas, cerca de la ciudad de Elblag, en la Vieja Prusia, Żytkowicz dice que esta excepción fue posible por «la proximidad de mercados desarrollados, la facilidad comparativa

Las ventajas del gran dominio sobre la unidad campesina, e incluso sobre el dominio de tamaño medio, eran varias. La imprevisibilidad de las cosechas favorecía a las unidades mayores, porque tenían una especie de seguro interno contra las malas cosechas gracias a la diversidad de suelos que controlaban[36]. Además de esta ventaja en el aspecto de la oferta, había una ventaja en el aspecto de la demanda.

CUADRO 3. CAMBIOS EN LOS TÉRMINOS DE INTERCAMBIO DE LOS DISTINTOS GRUPOS SOCIALES EN POLONIA[a]

| | *1550* | *1600* | *1650* | *1700* | *1750* |
|---|---|---|---|---|---|
| Magnates | 100 | 276 | 385 | 333 | 855 |
| Nobles | 100 | 80 | 144 | 152 | 145 |
| Campesinos | 100 | 205 | 169 | 118 | 51 |
| Magnates | | 100 | 139 | 121 | 310 |
| Nobles | | 100 | 180 | 190 | 181 |
| Campesinos | | 100 | 82 | 58 | 25 |

[a] Extraído de Kula, 1970, p. 94.

En este caso, su acceso directo al mercado, el hecho de poder transportar ellos mismos sus mercancías al puerto sin necesidad de intermediarios, era «un privilegio económico considerable» que según Kula «fue parcialmente responsable» del proceso de concentración de tierras[37]. En el notable cuadro (véase cuadro 4.1), en el que Kula calcula los términos de intercambio (el poder adquisitivo de los productos que vendían en relación con los que compraban) de tres grupos sociales diferentes en Polonia a lo largo del tiempo, se ve claramente que estas ventajas se hicieron mayores a medida que los tiempos se hacían más difíciles. Aunque no hay que dar excesiva importancia a unos datos tan poco seguros[38], el uso de dos fechas diferentes como índice, 1550 y 1600, permite hacer algunas sugerencias. El período de máxima expansión, 1550-1600, fue bueno para los magnates, pero también para los campesinos, en ambos casos al parecer a expensas de los nobles. Tan pronto como empezaron los tiempos difíciles, los campesinos se

con que se podía dar salida a los excedentes y también el transporte barato a los mercados» (1974, p. 251).

[36] Kula (1961, p. 138), y véase también Żytkowicz (1968, p. 109).

[37] Kula (1970, p. 91).

[38] Kula explica sus métodos para obtener estas cifras y admite que «estos resultados están seguramente inflados» (1970, p. 94).

llevaron la peor parte. Tanto los nobles como los magnates salieron bien librados. Si se parte del índice de 1600, es evidente que los nobles salieron relativamente mejor librados que los magnates durante cierto tiempo (pero sólo durante cierto tiempo), y también es evidente, usando el índice de 1550, que en términos absolutos los magnates estuvieron siempre por delante de los nobles.

¿Por qué sucedió esto? Yo me atrevería a sugerir un mecanismo muy sencillo. Cuando los tiempos son difíciles, hay dos formas de maximizar las ventas para un productor: reducir los costes y eliminar la competencia. Los magnates (y los nobles) trataron de reducir los costes incrementando las prestaciones de trabajo en oposición al trabajo asalariado[39]. Esto no sólo redujo los costes medios sino que además *incrementó* la producción total, segundo medio de compensar las pérdidas resultantes de unos precios de mercado reducidos[40]; y para asegurarse de que esta producción incrementada en las tierras del señor hallara un mercado, el señor compraba las tierras de los campesinos e incluso de los nobles[41], muchos de los cuales estaban dispuestos a vender porque de hecho estaban en

[39] Pero por supuesto también ocurría lo contrario. Cuando las cosechas eran insuficientes, los precios eran altos y había más demanda de prestaciones de trabajo. Mączak dice: «Sospecho que, al menos en algunos dominios, los terratenientes solían presionar más a sus arrendatarios en los años peores, aun cuando acudieran en auxilio de los más abrumados [... De un estudio de un dominio entre 1550 y 1695] se deduce que en los años malos —cuando los precios eran altos— los administradores ducales extraían relativamente más grano a sus arrendatarios» (1975, página 16). ¿No podría haber sido éste un círculo vicioso? Cuando los precios eran relativamente altos, se necesitaban más prestaciones de trabajo simplemente porque se necesitaba más *trabajo*, y los campesinos no habrían respondido a un salario, dado que preferían producir sus propias mercancías para un mercado donde se las pagaban bien. Cuando los precios eran relativamente bajos, se necesitaban más prestaciones de trabajo porque se necesitaba más trabajo no asalariado. En el intermedio era cuando había menos demanda de prestaciones de trabajo. Esta alternancia de motivos para exigir prestaciones de trabajo explicaría por qué se mantuvo esta técnica a través de los altibajos del siglo.

[40] Kula dice: «No hay ningún absurdo en el hecho de que la decisión de invertir fuese el resultado no de una mejoría de las condiciones del mercado [...] sino, al contrario, de su deterioro» (1970, p. 35). Según él, éste es un comportamiento no capitalista; pero en el siglo XX, en los períodos de estancamiento, ¿no siguen la misma táctica a veces las multinacionales?

[41] Aun cuando los nobles no se vieran directamente obligados a vender sus tierras a los magnates, la falta general de dinero contante «convirtió a los magnates en los banqueros de la aristocracia rural y les dio una superioridad adicional: la que un banquero tiene a menudo sobre sus clientes» (Mączak, 1968, p. 88).

bancarrota. Aunque los señores no pusieran las nuevas tierras en explotación, al menos impidieron que produjeran mercancías capaces de competir con las de sus viejas tierras. Este proceso muy plausible de inversión en tierras, aun cuando no estuviera concebido para obtener inmediatamente dinero de los cultivos destinados a la exportación, se vio sin duda fomentado por la crisis financiera de comienzos del siglo XVII, que impulsó a los magnates hacia una «carrera, comprensible desde el punto de vista psicológico, por atesorar mercancías como garantía frente a la inseguridad del mercado monetario»[42]. Las mercancías, incluida la tierra, parecían valores más seguros de almacenar que la moneda cuando su «almacenamiento» había de prolongarse durante más tiempo.

¿Qué sucedió con las tierras que fueron adquiridas para eliminar la competencia? No hay duda de que representaron «un paso hacia la producción de subsistencia»[43], involución si se quiere, pero no negación del modo de producción capitalista. Representaron precisamente una inteligente adecuación a las condiciones del mercado, una forma de que los empresarios capitalistas (los magnates y los nobles) maximizaran sus ganancias (o minimizaran sus pérdidas) en un mercado débil mediante la reducción de las existencias y el estancamiento global de la producción. Tal vez los campesinos no aumentaran ni redujeran sus esfuerzos como respuesta a las fluctuaciones del mercado mundial, pero los campesinos no eran empresarios: eran semiproletarios cuyo *input* de trabajo dependía en buena medida de las reacciones de los empresarios frente al mercado mundial[44].

El retroceso no significó abandono de la producción capitalista, como lo demuestra la supervivencia e incluso el florecimiento de mercados regionales frente a la caída de las exportaciones de productos a los países del centro. Špiesz precisa

[42] Bogucka (1975, p. 147), que habla del atesoramiento de joyas, vajillas de lujo, metales preciosos y moneda acuñada; pero el motivo del atesoramiento de tierras habría sido el mismo: la protección contra la fuerte inflación. Esto justifica su conclusión: «Este atesoramiento [...] tuvo indudablemente consecuencias desfavorables para la economía del país, ya que inmovilizó durante muchos años un capital considerable» (p. 148).

[43] Pach (1962, p. 234).

[44] Suponiendo que los campesinos no responden al mercado mundial, Kula afirma que «los métodos de la contabilidad capitalista se hacen aplicables a este tipo de 'empresa'» (1970, p. 27). De modo similar, Achilles (1959, pp. 51-52) se muestra escéptico ante la idea de que la producción agrícola fue realmente sensible a los precios en los siglos XVI y XVII. Ninguno de los dos hace la debida distinción entre el gran terrateniente, que es un empresario capitalista, y el campesino semiproletario.

que ya en el siglo XVI, los territorios de Europa central producían en parte para los mercados regionales, lo que explica sus diferencias con las zonas de Europa oriental que exportaban a los países de Europa occidental. Špiesz denomina *Wirtschaftherrschaft* a las relaciones de producción en Europa central —Bohemia, Moravia, Eslovaquia, Baja Silesia, Baja Lusacia, Austria (sin el Tirol), Sajonia, Turingia y Hungría occidental— frente a la segunda servidumbre. Aun en esos países, las condiciones empeoraron para los campesinos en el siglo XVII[45]. Sin embargo, lo que hay que señalar es que en el siglo XVII algunos de los centros comerciales de Polonia que en otros tiempos se habían dedicado al comercio transcontinental, como Cracovia y Poznan, perdieron este papel a causa de los efectos combinados de la guerra de los Treinta Años y las guerras con Suecia, aunque sin embargo prosperaron como centros comerciales a nivel regional en la segunda mitad del siglo XVII[46]. La mayor concentración de la tierra fue acompañada por una mayor extracción de días de trabajo obligatorio. Obviamente, si el señor tenía una reserva más extensa necesitaba más mano de obra, y si el campesino tenía menos tierra, tenía más tiempo que dedicar al trabajo obligatorio, es decir, probablemente cultivaba todavía lo suficiente para alimentarse[47], pero ya no dedicaba una

[45] Špiesz (1969, p. 61). Mejdricka hace la misma observación, es decir, que Bohemia se diferenciaba de Polonia y Alemania septentrional por la envergadura de su mercado: «El mercado de productos agrícolas y materias primas en las tierras checas estaba vinculado a un intercambio regional dentro del país y, eventualmente, con los países más cercanos» (1971, p. 401).

[46] Cracovia «dio pruebas de mayor duración y solidez» como mercado regional que como mercado transcontinental (Malecki, 1970, p. 119; véase también 1971, p. 151). «En la segunda mitad del siglo XVIII [...] el comercio de Poznań cobró nueva vida, sin embargo, sirviendo exclusivamente como mercado regional» (Grycz, 1967, p. 55; véase también 1971, p. 119).

[47] Mączak nos recuerda que «a pesar de su pobreza Polonia ofrecía a sus habitantes importantes ventajas. En comparación con otros países de comienzos de la Edad Moderna, Polonia no conoció un hambre verdaderamente generalizada» (1972, p. 678). Makkai afirma que «los campesinos de Europa oriental estaban mejor alimentados que los asalariados franceses, alemanes e italianos, pero peor que los trabajadores de los países occidentales en ascenso, donde había triunfado la revolución burguesa» (1974, p. 207). Entre estos últimos cita a Inglaterra y las Provincias Unidas. Dado que en el caso de Francia su única referencia es Le Roy Ladurie, podría ser que lo que dice fuera cierto para el sur de Francia, mientras que el norte figuraría entre los «países occidentales en ascenso». En la terminología de este libro, Mączak argumenta que los trabajadores rurales estaban en peores condiciones en las regiones semiperiféricas que en las periféricas, probablemente porque estos últimos conservaban un mayor control sobre las parcelas que les permitían subsistir.

gran parte de sus tierras a los cultivos para el mercado. Tenemos datos acerca de un *incremento* de la cantidad de prestaciones de trabajo en el siglo XVII en el caso de Polonia [48], las tierras al este del Elba [49], Hungría [50], Bohemia [51], Rumanía [52] y Dinamarca [53].

---

[48] Véanse Mączak (1972, p. 677) y Rutkowski (1972b, p. 122). Zientara afirma que las prestaciones de trabajo de los campesinos fueron introducidas a gran escala en la minería del hierro en el siglo XVII (véase 1971, página 284). Rutkowki dice que las contribuciones *(redevances)* no eran tan elevadas en el siglo XVIII como en el XVI (1927a, p. 89). Pero Rutkowski puede estar equivocado. Kula señala que una de las formas de incrementar las contribuciones campesinas fue aumentar el tamaño de las medidas de trigo de tales contribuciones. Un *boisseau* o *korzec* tenía en Cracovia 26,26 litros en el siglo XVI y 43,7 litros en el XVIII; en Varsovia tenía 52,5 litros en el siglo XVI y 64 litros en el XIX (1962, p. 279).

Los aristócratas polacos se revelaron como hábiles manipuladores de los mecanismos capitalistas. Se dieron cuenta de que esta redefinición de las medidas les beneficiaba como receptores de rentas, pero no como compradores, de modo que dispusieron que «el *laszt*, la medida de trigo al por mayor, especialmente utilizada para las exportaciones, fuera estabilizada y unificada relativamente pronto, mientras que la medida al por menor que se utilizaba para el pago de las prestaciones —el *korzec*— aumentaba continuamente. Era natural que con el tiempo el *laszt* tuviera cada vez menos *korzec*». Hay que señalar que ésta es también una forma de mantener unos niveles de ganancia en un mercado con precios en descenso.



[49] Véase Lütge (1963, pp. 123-27).

[50] Véase Makkai (1963, p. 41), que dice que esto es aplicable sobre todo a la producción de trigo, dado que «en la ganadería y la viticultura las prestaciones de trabajo *(Fronarbeit)* no pueden, por razones técnicas, desempeñar un papel tan importante como en la producción de trigo». Hubo, sin embargo, un *incremento* en la producción de cereales de Hungría en el siglo XVII, tal vez porque se prestaba más a este trabajo forzoso. Véanse Kirilly y Kiss (1968, p. 1235).

[51] Małowist afirma que hubo una intensificación de las prestaciones de trabajo en Bohemia, «principalmente después de la victoria de los Habsburgo en Biala Gora (la Montaña Blanca) en 1621 y los estragos sufridos por Bohemia durante la guerra de los Treinta Años» (1974, p. 344). Véanse también Klima (1957, p. 87), Kavke (1964, p. 58) y Wright (1966, p. 14).

[52] Véanse Stefanescu *et al.* (1962, p. 56), que sitúan el incremento de la extorsión a finales del siglo XVII.

[53] Véanse Nielsen (1933, p. 153) y también Tonnesson (1971, I, p. 304; II, pp. 719-20), que insiste en que es correcto «considerar a Dinamarca un ejemplo del tipo oriental» (II, p. 719). Se plantea un problema con respecto a Noruega, que entonces formaba parte de Dinamarca. La mayoría de los campesinos noruegos fueron emancipados a finales del siglo XVII. Véase Johnsen (1939, pp. 392-93). Tonnesson explica esto por el hecho de que «en un país con una aristocracia débil, era importante [para la corona danesa] conservar la lealtad de las masas campesinas a fin de poder defender el país frente al vecino sueco» (1971, I, p. 311). Pero, de ser así, la misma lógica habría prevalecido en las zonas ucranianas de Polonia: los polacos habrían intentado conservar la lealtad de los campesinos ucranianos frente a los halagos rusos, pero sabemos que no fue ésta su

Hay una cuestión final por lo que respecta a las relaciones de producción. Si el incremento de las prestaciones de trabajo fue racional en el siglo XVII, ¿por qué no se alcanzó ya el mismo nivel en el XVI? Una respuesta podría ser que este incremento llevó su tiempo. Otra sería que una *alta* tasa de prestaciones de trabajo es racional en tiempos de recesión del mercado, por las diversas razones aducidas, pero que una tasa *media* es más conveniente para una época de expansión del mercado, porque una tasa elevada conlleva un aspecto negativo: a partir de cierto punto, las prestaciones de trabajo agotan y reducen la productividad. Rusiński se pregunta: «¿En qué momento empezaron a mostrar las prestaciones de trabajo rasgos económicamente regresivos? [...] Las investigaciones más recientes nos permiten fijar este momento con extrema precisión». Fue entre 1580 y 1620, dice, en el caso de Polonia central y un poco más tarde en el de Silesia y Bohemia[54]. Esto nos lleva nuevamente a nuestro período de transición (de 1600 a 1650). Podemos resumir la situación del siguiente modo. En el siglo XVI, las prestaciones de trabajo eran económicamente productivas. Suponían el mismo trabajo que habrían realizado los campesinos en cualquier caso, dado el mercado favorable, pero el señor se apropiaba de parte del excedente, arrebatándoselo al campesino mediante la institución de las prestaciones de trabajo. Cuando los tiempos se hicieron más difíciles, las exigencias del señor en materia de tiempo de trabajo campesino aumentaron. En ese momento, el campesino empezó a dar un trabajo que de otro modo no habría aumentado. A la larga, este exceso de producción tendería a agotar el potencial de trabajo campesino y sería contraproducente, pero a corto plazo aseguraría que el grueso de las pérdidas resultantes de un mercado mundial débil fuese soportado por el campesino y no por el señor.

Naturalmente, el campesino no estaba contento con esta situación. «Cuanto mayor era el dominio, mayor era el contraste entre la reserva y la parcela del campesino *(Guts- und Bauernwirtschaft)*»[55]. El resultado fue la huida de los campesinos y el sabotaje. Nos encontramos así ante otra aparente paradoja. Hubo al mismo tiempo un incremento del trabajo obligatorio y del trabajo asalariado. Esta paradoja no es difícil de resolver

actitud. Es probablemente más bien la ausencia de cultivos destinados a la exportación y de perspectivas para éstos en Noruega lo que explica las diferencias entre las actitudes de Noruega y Ucrania.

[54] Rusiński (1974, pp. 40-41).

[55] Rusiński (1960, p. 420).

si recordamos que de hecho hubo *tres* modos utilizados por el señor en Europa oriental para atar al campesino: el trabajo obligatorio, el trabajo asalariado y el censo *(cens)*. Esta última fórmula, en oposición al trabajo obligatorio y asalariado, fue la más utilizada en Europa oriental durante los siglos XIV y XV. En el siglo XVI, la expansión de la economía-mundo llevó a la reinstitución y expansión de las prestaciones de trabajo en lugar del censo. De hecho, en las zonas más cercanas a los puertos de exportación, como por ejemplo Prusia occidental, el norte de la «Gran Polonia» y Kujawy, los campesinos fueron más capaces de hacer frente a la institución de las prestaciones de trabajo en el siglo XVI y de conservar una parte mayor de las ganancias del mercado manteniendo el sistema de censo[56]. Esto se debió probablemente a su proximidad a los puertos, que les permitía vender sus productos con relativa facilidad y a un precio competitivo. En el siglo XVII, sin embargo, dada la restricción del mercado, desapareció toda posibilidad de que los arrendatarios de Europa oriental que aún quedaban pudieran resistir a las presiones de los señores, y el censo disminuyó aún más, para ser reemplazado ahora por el trabajo obligatorio y el trabajo asalariado *al mismo tiempo*[57].

Desde el punto de vista del jornalero del campo, el trabajo asalariado no era necesariamente preferible a un sistema de prestaciones de trabajo. De hecho, los trabajadores asalariados eran en buena parte siervos o jornaleros, y estos últimos «se hallaban en una situación de dependencia aún mayor» que la de los siervos obligados a realizar prestaciones de trabajo[58]. Los siervos no sólo tenían una mayor seguridad que los jornaleros, en el sentido de que no se les podía abandonar a su suerte, sino además una posición social más elevada y unos ingresos más altos. Por extraño que pueda parecer, tenían también más alternativas. La cuestión era que, a pesar de las trabas legales, «los siervos a los que los señores trataban de imponer cargas excesivas podían siempre cambiar de señor», dada la debilidad de las autoridades públicas»[59]. En este con-

[56] Véase Rusiński (1972, p. 112).

[57] Rutkowski dice que, a partir de mediados del siglo XVII, «el trabajo asalariado comienza a desempeñar, junto con las prestaciones de trabajo, un papel más importante que antes en la organización de las reservas señoriales» (1926, p. 473). Kula está de acuerdo: a partir de 1650, «la movilidad de la población campesina, acentuada por las guerras, incrementó la oferta de mano de obra asalariada» (1970, p. 152).

[58] Rutkowski (1926, p. 503).

[59] *Ibid.*, p. 486, que dice que «los poderes públicos de la época eran incapaces de introducir una *adscriptio glebae* que tuviera un carácter

flicto entre el señor y el campesino, que era realmente un conflicto de clase entre burgueses y proletarios, el campesino no estaba totalmente incapacitado para defender sus intereses, aun en estos tiempos difíciles. El señor-burgués tenía, pues, que hallar otros medios de extraer un excedente que no fueran la mera reducción de los salarios reales gracias a trucos legales. Se orientó, como era lógico, hacia la producción industrial, de forma que el campesino se relacionara con él no sólo en cuanto empleado, sino también en cuanto consumidor.

Si hubo una pauperización de los campesinos en el siglo XVII, ¿qué era lo que podía comprar? Las industrias urbanas existentes a finales del siglo XVI estaban en trance de desaparición a causa del «pauperismo, ya entonces muy extendido, de las masas de la población»[60]. ¿Qué era, pues, lo que los señores podían producir que estuviera al alcance de los campesinos? Pues tejidos sencillos, algo de vidrio y metal, y cereales en los años malos. En cualquier caso, parece haber habido un desplazamiento de los artesanos desde las ciudades a los grandes dominios, para trabajar en las manufacturas de los señores[61]. La industria más próspera era indudablemente la que producía el perpetuo refugio del pobre que se hacía cada vez más pobre: el alcohol. Solemos asociar la ginebra con las nuevas factorías urbanas de Inglaterra a finales del siglo XVIII y el whisky con las poblaciones indígenas desarraigadas de las zonas fronterizas en el siglo XIX. Esto mismo ocurrió con el vodka y la cerveza en Polonia y con el vino en Hungría entre el campesinado pauperizado del siglo XVII. La institución esencial era la llamada *propinatio*, la «invitación a beber», que de hecho

absoluto y no fuera objeto de frecuentes excepciones» (p. 485). Kula habla también de «la envergadura de las deserciones campesinas y la impotencia de la nobleza frente a este fenómeno» (1961, p. 145).

[60] Małowist (1972, p. 215).

[61] «El circuito cerrado de mercancías y moneda aseguró sustanciales ganancias al terrateniente monopolista, que estableció talleres de artesanos en sus propiedades para que surtieran a él y a sus campesinos» (Mączak, 1972, p. 672). Rostworowski señala que los latifundios eran de hecho Estados principescos con una política mercantilista: «Un magnate, con sus propios medios de transporte y sus propios agentes de Bolsa, concentraba en sus manos las exportaciones e importaciones de una extensa zona agrícola. Dentro de esta zona no había liberalismo, sino más bien un sistema de obligaciones y monopolios... Estas fueron las condiciones que llevaron al establecimiento de manufacturas en los latifundios» (1968, página 307). Molenda dice que el control de las minas de plomo pasó en el siglo XVII de los comerciantes de Cracovia a los magnates, que podían fundir el mineral a un coste inferior gracias a sus privilegios fiscales (véase 1976, p. 169). ¿Podría haberse debido también a un acceso más fácil a las prestaciones de trabajo?

suponía el monopolio de la producción y venta de bebidas alcohólicas por parte del señor[62]. En el período comprendido entre 1650 y 1750, la *propinatio* fue a menudo la principal fuente de ingresos de los nobles[63].

El resultado neto de la concentración de las tierras, la disminución de los censos y además la *propinatio* fue que, a pesar de la debilidad del mercado mundial para sus productos de exportación, a pesar de los estragos de las guerras, las capas superiores de Europa oriental se las arreglaron para sobrevivir en este período de forma razonable. No hay duda de que su situación no debió de ser tan floreciente como la de la clase regente en Amsterdam o como la de los señores del norte de Francia, pero la fuerte reducción de los ingresos netos en la periferia de Europa oriental se cobró sobre todo sus víctimas en las capas inferiores[64]. Los artesanos urbanos y los campesinos ricos se arruinaron y los campesinos pobres se empobrecieron aún más. A medida que se polarizaban las diferencias sociales, algunos también ascendían de posición social. Entre ellos estaban los clientes de las cortes, y no tanto de la del rey, como en Francia, como de la de muchos potentados[65]. Este proceso ha sido calificado de *refeudalización*, pero Makkai in-

[62] A propósito de Polonia, véanse Szczygielski (1967, p. 97) y Kula (1970, páginas 102-103). A propósito de Hungría, véanse Pach (1962, pp. 262-63) y Makkai (1963, p. 41).

[63] Żytkowicz (1972, p. 149); véase también Slicher van Bath (1977, p. 116). Leśkiewicz demuestra que en los dominios reales de Polonia el porcentaje de los ingresos procedentes de las bebidas alcohólicas pasó de un 0,4 por ciento en 1661 a un 37,5 por ciento en 1764, mientras que el procedente de los productos agrícolas pasó de un 59,6 a un 38,2 por ciento (1960, página 414, cuadro III).

[64] Rostworowski, hablando de la situación de mediados del siglo XVIII, afirma que «los magnates polacos eran considerados los individuos más ricos de Europa, comparables a la aristocracia inglesa» (1968, p. 291). Esto se debió en parte a las lucrativas sinecuras existentes en la Corte tras la unión polaco-sajona, pero tal vez no ocurriera lo mismo en el siglo XVII. Sin embargo, es muy poco probable que se enriquecieran de la noche a la mañana.

[65] Małowist habla de los jóvenes nobles que vivían en las cortes de los nobles señoriales y eclesiásticos, sirviendo, en la primera mitad del siglo XVII, como «administradores de las diversas propiedades de la aristocracia, y especialmente en los ejércitos privados reclutados por los grandes señores» (1976, p. 15). Mączak sugiere que «las observaciones [de Trevor-Roper] acerca de los exorbitantes gastos de las cortes reales podrían ser aplicadas también a las cortes de los magnates polacos» (1975, p. 33, nota 16). Es esto sin duda lo que explica la observación de Rutkowski de que en los siglos XVII y XVIII hubo un «considerable incremento» en el número de nobles que vivían en las ciudades más importantes del reino (1927b, p. 153).

siste con razón en que no es un calificativo adecuado; debería denominarse, dice, «inflación de la nobleza» [66].

En el capítulo anterior, describimos el compromiso social al que llegaron en Inglaterra y Francia los nuevos capitalistas y los viejos aristócratas, dos categorías que coincidían mucho más de lo que lo reconoce la opinión contemporánea o la de aquella época, pero no coincidían totalmente y, por lo tanto, se produjeron considerables fricciones en la época de expansión de la economía-mundo. El conflicto se agudizó en el período de transición, el último período de inflación que fue acompañado de una nivelación de la expansión a escala mundial; pero en el período de 1650 a 1750, la realidad de una época de recesión y mercantilismo impuso una reconciliación entre las dos capas coincidentes, que se plasmó a finales del siglo XVII en nuevos acuerdos constitucionales (entendiendo este término en un sentido amplio). ¿Sucedió algo parecido en la periferia de Europa oriental? Hubo dos factores en el centro que no existieron en la periferia. En primer lugar, para las capas del centro, las perspectivas de una ganancia capitalista seguían siendo en general relativamente buenas, lo cual debió de amortiguar la amargura de las concesiones mutuas. Era algo que valía la pena. En segundo lugar, al estar en el centro, las capas superiores se beneficiaron colectivamente, cuando no de forma individual, del reforzamiento del aparato del Estado, aunque a su vez este aparato del Estado pudiera actuar como freno institucional en los conflictos internos entre las capas superiores.

Las zonas periféricas no tenían ni las compensaciones económicas ni el aparato de Estado fuerte. La monarquía era cada vez más débil en Polonia. Hungría estaba dividida en tres partes, dos de las cuales estaban bajo dominio extranjero, como por último lo estarían las tres. Las tierras checas estaban también bajo dominio extranjero. De hecho, con la excepción de Brandemburgo-Prusia (caso específico que analizaremos más adelante) el siglo XVII fue un siglo de desmoronamiento de las autoridades nacionales indígenas. El Estado polaco, el único que contaba con un soberano indígena en todo su territorio

[66] Makkai (1974, p. 198). Mączak dice igualmente que esto *no* representa «una continuación de las costumbres medievales [...] Los antiguos y los nuevos miembros de las capas superiores de terratenientes necesitaban ahora más secuaces *nobles* que nunca» (1975, p. 10). (Kowecki (1972, p. 6) señala el gran tamaño de la nobleza polaca y húngara (así como de la española), en comparación con la francesa. Da las siguientes cifras: del 8 al 10 por ciento en Polonia (el 16 por ciento de los polacos de origen); el 5 por ciento en Hungría (más que la burguesía); el 0,7 por ciento en Francia (el 1 por ciento si se incluye al clero).

étnico, fue de hecho llamado la *Rzeczpospolita*, término derivado del latín *respublica*, y comúnmente se le denominaba la comunidad de la pequeña nobleza. Los Estados extranjeros intervenían habitualmente en la elección del rey, y con frecuencia era elegido un rey de origen extranjero. Tres dirigentes del siglo XVII en Hungría (Gabor Bethlen, Zrínyi y Ferenc Rákóczi II) intentaron «crear un Estado húngaro lo suficientemente fuerte como para soportar la carga de las nuevas condiciones europeas»[67] y trataron de formar un ejército fuerte y, como requisito previo, recaudar impuestos[68]. Fracasaron en sus intentos, debido a la oposición conjunta de la aristocracia húngara y los monarcas Habsburgo, que llegaron a un acuerdo mutuamente provechoso y duradero tras el fracaso de la guerra de independencia húngara en 1711. «En Hungría, la exención de impuestos de la nobleza se prolongó un siglo más, y el comercio del cobre cayó en manos de los holandeses, mientras que la ganancia del intermediario era invertida por el Estado de los Habsburgo en la modernización de las minas austriacas»[69].

En los países del centro, las nuevas capas en ascenso, ya fueran la *gentry* o la *noblesse de robe*, podían contar con el hecho de que el aparato del Estado pondría un cierto freno a las pretensiones de la antigua aristocracia, y especialmente de aquellos que no tuvieran éxito en el mercado. Pero en Europa oriental esta posibilidad apenas existía. Estas capas trataron de sustituir el Estado fuerte por la «comunidad de la pequeña nobleza», es decir, la imposición mediante presiones morales y legales de la igualdad dentro de la capa superior de la población, que comprendía de un 5 a un 10 por ciento de ésta, aunque la desigualdad social y económica *dentro* de este grupo superior fuera de hecho muy marcada[70] y se viera acentuada

[67] Várkonyi (1970, p. 279).

[68] Várkonyi cita a Zrinyi: «*Neque quies gentium sine armis, neque arma sine stipendiis, neque stipendia sine tributis haberi queunt*» (1970, p. 281).

[69] Realmente los holandeses y otros habían luchado por este comercio durante todo un siglo desde la expulsión de los capitalistas de Alemania del sur. Várkonyi describe el papel de los primeros «turistas» occidentales que fueron en el siglo XVII para explorar el terreno como «los agentes del capitalismo occidental en viaje de reconocimiento» (1970, p. 275).

[70] Várkonyi (1970, p. 299). Este tipo de intromisión extranjera, que hoy llamaríamos imperialismo, no fue un fenómeno aislado. Mączak describe un fenómeno paralelo en Polonia. El centro del comercio de exportación de Polonia era por supuesto Danzig, que gozaba de un estatus de considerable autonomía: frente al rey, «la corporación de Danzig desempeñó un papel análogo al de un magnate (1976b, p. 12). Ladislao IV, que subió al trono tras la guerra con Suecia (1626-29) en medio de una «entusiasta aclamación» (Tazbir, 1968a, p. 235), trató de reforzar la autoridad real. Mączak describe lo que sucedió: «Justamente después del tratado firmado

por las dificultades económicas de la época[71]. En Polonia, los esfuerzos de la pequeña nobleza por obtener justicia en los tribunales frente a los abusos de los magnates fueron sin embargo vanos. Los magnates sobornaban a los tribunales y disolvían el Seym y las dietas locales cuando se les iban de las manos[72]. En Hungría, la pequeña nobleza rural intentó presentar batalla y la perdió. En Polonia, resucitó el mito de los sármatas —en un principio simplemente con la intención de sostener que las poblaciones de diferente composición étnica de los reinos polaco y lituano descendían de un antepasado protoeslavo común, el sármata— para explicar los orígenes de una nobleza conquistadora y fundadora de la clase dirigente[73].

---

en 1635 en Stuhmsdorf por los suecos y los polacos, el rey de Polonia trató con cierto éxito de hacerse con una parte de los ingresos [que obtenía Danzig] de los derechos de aduana. Los buques de guerra daneses impidieron al rey continuar su demostración de fuerza, y la soberanía de la ciudad de Danzig con respecto a las aduanas permaneció intacta» (1976b, p. 14).

[71] Rutkowski describe las diferencias entre la alta nobleza, es decir, los señores *(panowie)* o magnates *(magnaci)*, la mediana nobleza *(szlachta czastkowa)* y la pequeña nobleza *(drobna szlachta)*. Los miembros de esta última no tenían siervos, cultivaban sus propias tierras y eran de hecho campesinos con unos ingresos comparables a los de los campesinos ricos. Había también un pequeño subgrupo dentro de la pequeña nobleza, la llamada nobleza censataria *(szlachta czynszowa)*, que tomaba tierras en arriendo de los señores al no tener tierras propias (1926, pp. 498-99).

[72] La antigua distinción entre magnates y gran burguesía, siempre latente pero olvidada en las épocas de prosperidad agrícola e igualdad social, resucitó en el siglo XVII, que fue testigo de la creación de grandes dominios en Lituania y Ucrania, que no sólo reforzaron la importancia de los propietarios de estos latifundios, sino que además dieron origen a un amplio sector de pequeños caballeros dispuestos a servir a los magnates y ayudarles a destruir las antiguas instituciones basadas en la igualdad» (Boswell, 1967, p. 159). En otras palabras, la inflación de la nobleza, unida al fenómeno de la clientela al que ya nos hemos referido, multiplicó el número de los pequeños nobles vinculados a los magnates, amenazando así las reivindicaciones de la mediana y pequeña nobleza más antigua de igualdad con los magnates.

Una situación similar es señalada en Hungría. En tiempos de la paz de Szatmár (1711), había entre 200 y 300 magnates y unos 25 000 grandes burgueses, cada uno con un escaño en el parlamento. «Fue la edad de oro de los magnates. Nunca había disfrutado la oligarquía húngara de tales oportunidades, no tanto de adquirir riquezas (una vez acabada la redistribución) como de conservarlas [...] Una gran parte [de los latifundios de los magnates] estaban situados en zonas recuperadas de los turcos y libres de servidumbres. Sus propietarios pudieron tratarlas como tierras «dominicales», exentas de toda obligación para con el Estado. Sus costes de producción eran, pues, extremadamente bajos, lo suficientemente bajos como para permitirles hacer inversiones de capital que a veces reportaban diez veces más» (Macartney, 1967, p. 129).

[73] Tazbir (1968b, p. 259).

De esta forma, «la pequeña nobleza, y sólo ella, se identificaba con la nación polaca, excluyendo a las otras clases sociales, supuestamente de origen diferente, de la comunidad nacional»[74]. La pequeña nobleza, defensora de la fe cristiana y xenófoba, impulsó con entusiasmo esta doctrina de hasta sus últimas consecuencias[75] y cayó sin duda en la «megalomanía»[76] y en una «mitomanía mórbida»[77]. Pero si uno no tiene la posibilidad de una Revolución Gloriosa, ha de conformarse con los sármatas, aun cuando esto implique «un estancamiento cultural y una atrofia de la actividad creadora intelectual»[78].

Mientras que el período de recesión económica mundial llevó a los países del centro por la senda del nacionalismo (mercantilismo) y el compromiso constitucional dentro de las capas superiores, con la consecuencia de una menor capacidad de rebelión de las capas inferiores, la debilidad de los Estados de Europa oriental hizo que no pudieran buscar las ventajas de una táctica mercantilista ni *garantizar* compromiso alguno dentro de las capas superiores. Esto llevó en las zonas periféricas a la agudización de los conflictos de clase[79], el aumento del regio-

[74] Tazbir (1968b, p. 264). Sobre la necesidad de los magnates lituanos y rutenos de «polonizarse» en cuestión de lengua y religión, véase Kersten (1977, pp. 125-26).

[75] En el siglo XVII, fray Wojciech Debolecki pretendía que «los polacos eran descendientes directos de Adán y Eva y, por consiguiente, los consideraba la nación más antigua, predestinada a dominar el mundo» (Tazbir, 1966, p. 20).

[76] Tazbir (1968b p. 265).

[77] P. Anderson (1974a p. 292).

[78] Rostworowski (1968, p. 302). Tras los enormes estragos físicos y culturales de la conquista sueca en 1658, Varsovia fue reconstruida como una ciudad «sármata» y «orientalizada» y su burguesía se vio arruinada (véase Tomkiewicz, 1967). Rostworowski se muestra muy cáustico con respecto a Varsovia. «La decadencia de la capital fue especialmente dañina para la vida cultural. La Varsovia del tiempo de los sajones no sólo no pudo desempeñar el papel de patrona de las artes y la cultura, sino que ni siquiera pudo ser el centro de la vida social [...] Polonia se convirtió en una gran provincia, y la vida cultural emprendió un rumbo pueblerino» (1968, p. 302).

Cuando Augusto III, en 1733, trasladó la corte de la Unión de Sajonia y Polonia a Dresde, no quedaba nada. «Hasta entonces el monarca, a pesar de todas las limitaciones a su poder, había sido la piedra angular de la estructura política de la comunidad y la corte real había sido una importante institución en la vida cultural del país. Tras el hundimiento de los ambiciosos planes de Augusto II, la unión polaco-sajona privó a Polonia de este elemento» (Rostworowski, 1968, p. 275).

[79] «Una de las importantes consecuencias de los problemas monetarios [de Polonia en el siglo XVII] fue [...] el recrudecimiento de los odios y antagonismos de clase entre los diversos grupos, que desembocaron

nalismo y el descenso de la conciencia nacional [80], la búsqueda de cabezas de turco a nivel interno [81] y una gran inquietud entre

en una lucha sin cuartel entre los diversos sectores de la comunidad» (Bogucka, 1975, p. 152). Véase también Slicher van Bath: «Este fue un período de frecuentes guerras y revueltas campesinas en toda Europa central y oriental» (1977, p. 122).

[80] Véase Tazbir: «En el siglo XVII, la concepción de la nación como unidad étnica fue relegada a un segundo plano por la categoría ultrasubjetiva de la nación de los nobles *(nation nobiliaire)*, basada en el mito sármata [...] El triunfo de la Contrarreforma tomó la forma en las regiones occidentales (y especialmente en Silesia) no sólo de un uso casi exclusivo del latín, sino también del progreso de la germanización, favorecida por la Iglesia [...] La victoria del concepto de nación sármata favoreció el renacimiento de los regionalismos característicos de los diversos territorios de Polonia. En el siglo XVII, Mazovia redescubrió sus peculiaridades» (1966, pp. 14-15, 20).

Rostworowski, sin embargo, afirma: «A pesar de la parálisis e incluso de la atrofia de su gobierno central, el particularismo regional no se desarrolló en la comunidad. En el Estado multinacional prevalecía todavía una diferenciación de gran alcance entre las masas campesinas y los burgueses, pero la 'nación de los nobles' adquirió un aspecto cada vez más homogéneo. El proceso de polonización de la nobleza rutena llegó a su término (en 1697, se abandonó el uso de la lengua rutena en los tribunales). La pequeña nobleza polaca, lituana y rutena interrelacionada por miles de lazos familiares, fue asimilada en la gran familia de la nobleza» (1968, p. 297). La cuestión es, sin embargo, hasta qué punto fomentaron los *magnates* esta polonización, frente a los particularismos regionales.

[81] Los judíos, que hicieron su entrada en masa en Europa oriental en el contexto de la expansión del siglo XVI, demostraron de forma duradera su valía como cabezas de turco a partir de la recesión del siglo XVII. Véase Weinryb: «Un gran número de estos judíos se habían asentado en la Ucrania polaca [...] durante los siglos XVI y XVII [...] Un número considerable de estos judíos [...] desempeñaban funciones económicas como arrendatarios de aldeas o ciudades enteras, así como de tabernas, y como recaudadores de ingresos para la nobleza o los dominios reales. El arriendo estaba frecuentemente asociado al ejercicio de ciertos poderes, incluida la jurisdicción sobre diversos sectores de la población. Estas actividades y estos poderes colocaron a los judíos en el papel de los terratenientes polacos, por así decirlo, de modo que con frecuencia se convirtieron de hecho en señores para los 'humildes' (como los llama el cronista de Hannóver). De esta forma los judíos terminaron por identificarse con la nobleza polaca» (1973, p. 185). Weinryb cuenta cómo los nobles polacos encontraron en ellos una cabeza de turco tras las pérdidas de las guerras suecas y las confiscaciones de propiedades, especialmente en Cracovia (1973, pp. 190-91).

P. Anderson señala que la estratificación étnica en grandes zonas de Polonia oriental y sudoriental estaba compuesta por aristócratas polacos (o lituanos asimilados) en calidad de terratenientes y siervos no polacos, de religión ortodoxa y lengua belorrusa o rutena (y, como acabamos de ver en las citas de Weinryb, por judíos en calidad de intermediarios). Esta es, nos recuerda Anderson, una situación «colonial» clásica (1974a, página 285), y habría que añadir que las situaciones coloniales, en tiempos difíciles, conducen a conflictos entre los grupos étnicos.

el campesinado [82]. *Mutatis mutandis*, veremos que lo mismo ocurrió en las viejas zonas periféricas del sur de Europa y las Américas. Una rápida ojeada al Mediterráneo cristiano muestra que las mismas circunstancias prevalecieron en un siglo XVII caracterizado por el «estancamiento de los negocios» [83]. Los precios de las exportaciones primarias cayeron. En España, los precios del trigo bajaron a partir de 1585, permaneciendo estancados durante todo el siglo XVII, al igual que los del vino, el arroz y el aceite [84]. En Sicilia, las exportaciones de seda disminuyeron, al igual que las de trigo y vino, a partir de 1640, pero Aymard señala que la reducción de las exportaciones se compensó con un continuo incremento de la población que incrementó el consumo «interno» [85]. Esto podría significar, sin embargo, que la producción per cápita de cereales disminuyó, fenómeno con el que ya nos hemos encontrado en Europa oriental.

¿Cómo se explica esto? Cancilo habla de la «labor intensiva de colonización» en Sicilia de 1573 a 1653 [86]. DaSilva señala que un preocupado escritor español afirmaba en 1609-1610 que se estaban multiplicando los abusos, se estaba abandonando la rotación trienal y de este modo los productores «estaban agotando los campos» [87]. DaSilva dice que esta situación llevó, en los años comprendidos entre 1570 y 1630, a la búsqueda de nuevos dominios, que fueron similarmente agotados. Esta «aridificación» de la tierra afectó especialmente a los pequeños

[82] Tazbir habla de la respuesta de los campesinos al incremento del número de días de trabajo forzoso. «Los campesinos replicaron mediante la huida masiva, la negativa a trabajar y, en algunas partes del país, incluso la resistencia armada. Además de la rebelión campesina de 1651, habría que mencionar los levantamientos en los dominios reales de la zona sudoccidental del voivodato de Cracovia (1669-72), en Podolia, en la región de Kurpie (en la frontera de la Prusia ducal) y en los dominios de Suraz en Polesia» (1968b, pp. 258-59). Además, en Ucrania hubo siempre una «cuestión cosaca». Véase Tazbir (1968a, pp. 237-41).

En Hungría, donde hubo una lucha «nacionalista» contra las fuerzas externas, los campesinos desesperados fueron arrastrados a la lucha por la pequeña nobleza y la burguesía húngara. De 1704 a 1706, Rákóczi trató de consolidar su posición en su lucha contra la aristocracia y los Habsburgo liberando a los siervos y dándoles armas (Várkonyi, 1970, p. 292). Es fácil imaginar que los campesinos no guardarían sus armas demasiado deprisa.

[83] Braudel (1956, p. 196).

[84] Para Valencia, véase Castillo (1969, pp. 251-52); para Andalucía y Castilla, véase Ponsot (1969, p. 105). Wittman compara el declive agrícola español con el de Hungría (1965).

[85] Aymard (1971b, p. 440).

[86] Cancilo (1969, p. 25).

[87] DaSilva (1964b, p. 244).

productores[88] y llevó a una nueva concentración de la tierra. Mientras que este proceso de agotamiento del suelo llevaba a la incapacidad de exportar, la concentración de la tierra resultante del mismo llevaba a una nueva *monetarización* de las relaciones productivas, ya que «la incapacidad de los campesinos *(contadini)* y aldeanos de proveer a su propio sustento trabajando su propia tierra amplió el mercado interno»[89]. Observamos la misma expansión de los mercados *regionales* en Europa oriental con la decadencia del mercado mundial. La demografía siguió sus pasos. La población española disminuyó a causa de las pestes de los últimos años del siglo XVI y la expulsión de los moriscos. La población de Valencia se redujo en un 35 por ciento entre 1609 y 1638, pero esta «violenta crisis demográfica» no fue anterior al estancamiento, sino posterior[90].

Pasando ahora al sur de Italia, hubo un declive demográfico en Nápoles. Sicilia, según Aymard, sólo experimentó un «crecimiento más lento» de su población (y no un descenso), pero Aymard añade que las cifras de Sicilia ocultan una «clara diferenciación regional». La isla estaba dividida en dos partes: el norte, el nordeste y el centro se estancaron y dejaron de ser autosuficientes en materia de alimentos[91]. Hay que preguntarse si no hubo además algún declive demográfico oculto. Verlinden indica que la incidencia de la esclavitud en el sur de Italia y Sicilia disminuyó en el siglo XVII tras haber alcanzado su punto más alto en los siglos XV y XVI, porque el tráfico de esclavos africanos (que antes eran importados al Mediterráneo por los portugueses) fue desviado hacia las Américas y la oferta de esclavos turcos y musulmanes era mucho menor[92]. ¿No implica

[88] *Ibid.*, p. 248.

[89] *Ibid.*, p. 250.

[90] Castillo (1969, pp. 242, 247, 273). El declive demográfico también reflejó movimientos represivos, que pusieron fin a la corriente de inmigración procedente del sur de Francia. Véanse Nadal y Giralt (1960, pp. 83-84, 198).

[91] Aymard (1968, p. 222, y véase también 1971b, p. 427). Para Nápoles, véase Petraccone (1974, pp. 40-41, 51).

[92] Verlinden (1963, p. 37). Larquié habla de un declive similar de la esclavitud en el sur de España en la segunda mitad del siglo XVII y también de su desaparición en el siglo XVIII, y explica esto como resultado de la débil coyuntura económica. «Finalmente, las corrientes comerciales se desorganizaron y las dificultades económicas de España repercutieron sobre las sociedades de consumo que, poco a poco, refrenaron sus ansias de artículos de lujo» (1970, p. 55). Aunque habla de los esclavos como artículos de lujo, señala que muchos de ellos eran «esclavos del rey», utilizados en las obras de mantenimiento del puerto, en las minas de Almadén y en galeras (véase p. 67). Este no es precisamente un uso de lujo. ¿No será más bien que en tiempos de contracción, y en una antigua periferia, los esclavos son una forma *cara* de trabajo en comparación con

esto un declive en la población global que tal vez no haya sido observado en otras estadísticas? La «indudable contracción» de la economía explica, según se dice, el *auge* de las manufacturas *locales* desde Aquila a Salerno en el Estado de Nápoles[93]; sin embargo, esto sucedió no sólo en Nápoles, sino también en toda Italia y en el Languedoc. ¿Podría ser esto, como se pregunta Braudel, «la demostración de un malestar, de una difusa reacción a la insuficiencia de los intercambios»[94]? Los resultados de esta presión sobre los pequeños productores rurales, que fueron los verdaderos perdedores en el período de regresión, provocaron un enconado conflicto de clases. Hablando de la rebelión campesina de 1647-1648 en Nápoles, Emilio Sereni dice que fue «la respuesta de las poblaciones rurales a la opresión y los abusos feudales, agravados ahora por la avidez mercantil de los nuevos barones». Afirma que «en vez de hablar de 'refeudalización' sería más adecuado hablar de comercialización del feudo»[95]. Regresión económica, crecientes presiones sobre la tierra y la mano de obra, concentración, mayor comercialización de la tierra y la mano de obra: todos estos factores se dieron de hecho tanto en el sur como en el este de Europa.

Pasemos ahora a la América española, donde la «depresión del siglo XVII» ha sido durante mucho tiempo un tema polémico, y empecemos por el desarrollo de la hacienda como institución agrícola clave de esta arena periférica de la economía-mundo. ¿Cómo definir y entender la hacienda? ¿Cuándo surgió? Ya hemos tropezado con un debate en el contexto del siglo XVI sobre si las estructuras de la tierra deben definirse como «feudales»[96]

el trabajo obligado (cuestión que analizaremos más adelante en el contexto de la esclavitud en el Caribe)?

[93] Aymard (1971a, p. 11).

[94] Braudel (1956, p. 194).

[95] Sereni (1961, p. 195). En cualquier caso, no había *adscriptus glebae* en el sur de Italia por esa época. Aquí, como en Europa oriental, la «refeudalización» significó la decadencia del Estado (español) en relación con el poder de los barones latifundistas locales. Véase Villari (1962, p. 260, y también 1963 y 1965); véase también Vivanti (1974, p. 422).

[96] La explicación de Charles Verlinden es que el sistema «feudal» de tenencia de las tierras fue introducido no sólo en la América española sino también en Brasil, el Canadá francés y las Antillas holandesas a causa de «la falta de recursos del poder central metropolitano» que «no deseaba asumir los riesgos iniciales» (1971, p. 347). Según él, la situación sólo cambió con el asentamiento de colonos blancos. En la América española, por consiguiente, pese a la abolición «teórica» del feudalismo, «el régimen señorial persiste de hecho hasta tanto que la población no sea lo suficientemente densa como para que los recursos del Estado aumenten

o «capitalistas». Es posible mantener, como lo hace Frédéric Mauro, que mientras en la América española los siglos XVI y XVIII «habían dado más importancia a los especuladores, a los comerciantes, a los propietarios de minas, los habitantes de la ciudad [...] e incluso a los funcionarios reales», los siglos XVII y XIX representaron el triunfo de la «sociedad patriarcal»[97]. Desde esta perspectiva, el capitalismo y el feudalismo aparecen como tendencias opuestas unidas a unos ciclos A y B muy largos de la economía-mundo. El debate clave se centra, pues, en el siglo XVII y no en el XVI. El triunfo de la hacienda «no capitalista» autosuficiente es el tema básico de la obra de François Chevalier, triunfo que es, según se dice, consecuencia de la retracción de la economía-mundo:

> En las primeras décadas del siglo XVII, el *boom* de la plata llegó a su fin, extinguiendo a su paso las primeras agitaciones de un capitalismo incipiente. La tierra se convirtió en la única fuente de ingresos [...] Las haciendas más grandes eran autosuficientes. La gran refinería de azúcar, la plantación, la estancia y la fundición con sus anexos satisfacían casi todas sus necesidades [...] Hemos tenido con frecuencia ocasión de recordar a la Edad Media [... Los propietarios de las haciendas] constituían de hecho una aristocracia; algunos conseguían un título. La estancia de los marqueses del Valle es un pálido reflejo del ducado de Borgoña[98].

hasta el punto de permitirle asumir en su totalidad los aspectos de la autoridad política» (p. 348).

[97] Mauro (1974, p. 249), que especifica que «la única influencia que la coyuntura a largo plazo puede tener en una economía cerrada» como la de la América española es «hacerla más cerrada [...] o más abierta» (página 245). Dado que cuando habla de «única» quiere decir «toda», cabe preguntarse por qué utiliza Mauro esta palabra. Merece la pena señalar otra distinción que introduce en el siglo XVII. Si bien, dada la importancia de la producción de azúcar «somos en general partidarios de la tesis 'capitalista' [en el caso de Brasil], en el caso de la América española nos inclinamos abiertamente por la tesis 'feudalista'» (p. 245). Al utilizar esta distinción para explicar las diferencias políticas a finales del siglo XVIII, dice que habría sido de esperar en la América española «feudalista» (como en Francia) un levantamiento político más violento que en el Brasil «capitalista» (que se asemejaba a Inglaterra). Véase p. 251.

Mauro aplica esta distinción al sistema de tenencia: «La *sesmaria* [en el Brasil] no era una tenencia campesina; era una concesión hecha [por el *donatário*] a un empresario capitalista con vistas a un monocultivo de exportación [...] No se trataba de crear una economía cerrada al estilo del gran dominio carolingio o *incluso* de la hacienda mexicana del siglo XVIII» (1971, p. 388). El «incluso», que no va en cursiva en el original, sugiere que Mauro ve *alguna* distinción, pese a todo, entre el dominio carolingio y la hacienda mexicana.

[98] Chevalier (1970, pp. 309, 311, 313). Obsérvese que la prosa casi lírica de Chevalier se refiere a las haciendas *más grandes*. ¿Qué sucedía con las menos grandes? ¿De dónde obtenían los alimentos? Obsérvese también

Una perspectiva diferente de la hacienda mexicana en el siglo XVII es expuesta con gran vigor por Andre Gunder Frank:

> El desarrollo del latifundio en el México del siglo XVII no fue un retraimiento provocado por la depresión de la economía en lo que se ha llamado una hacienda feudal, sino que, por el contrario, la hacienda se desarrolló y floreció en esta época, como en todo tiempo y lugar en Latinoamérica, porque los acontecimientos en la economía nacional y por supuesto en la mundial hicieron sumamente rentable la producción latifundista [99].

Podríamos ser más capaces de juzgar estas perspectivas opuestas si analizáramos algunos de estos procesos históricos con más detalle. La primera cuestión es la cronología de la recesión. Lynch dice que la producción de plata mexicana alcanzó su punto culminante en la década de 1590 y que «después de esto, el *boom* llegó a su fin» [100]. Sin embargo, para el comercio de las Indias en general, acepta la tesis de Chaunu, de que entre 1593 y 1622 se produjo una mera «inversión de la tendencia principal», mientras que la gran depresión se produjo entre 1623 y 1650 [101]. Mac Leod, a su vez, hablando de la América Central, llama al período comprendido entre 1576 y 1635 «medio siglo de transición» y sitúa la fecha de la depresión en algún momento entre 1635 y 1720 [102]. Berthe sitúa la fecha de la pro-

que no se hace referencia alguna al hecho de que, aunque la hacienda pudiera ser autosuficiente, producía también un excedente que debía ser vendido en alguna parte. ¿Qué se hacía entonces con las ganancias así obtenidas?

[99] Frank (1979a, p. 38). Véase la breve reseña que hace Piel del debate Chevalier-Frank (1975, pp. 147-48). P. J. Bakewell, que analiza el papel de las minas de plata en la economía mexicana, se muestra en lo esencial de acuerdo con Frank: «La economía de Nueva España en el siglo XVII, en muchos aspectos, era de carácter francamente capitalista» (1971, p. 225).

[100] Lynch (1969, II, p. 204). Bakewell critica una cronología similar de Chevalier, quien, según él, «sitúa la decadencia de la minería con veinte años de antelación, en la primera década del siglo XVII» (1971, p. 117, nota 4).

[101] Lynch (1969, II, p. 184), que dice: «Los años de 1592-1622 forman una planicie entre la expansión y la contracción, una altiplanicie sin duda, con signos continuados de prosperidad pero también signos igualmente distintivos de vacilación que indican una inversión de la tendencia anterior» (p. 185). Lynch llama a Nueva España «el enfermo de la economía transatlántica desde la década de 1620 a la de 1650» (p. 189). Véase también Chaunu (1959, VIII, 2 bis, *passim)*. Chaunu afirma que en las Filipinas se puede observar en esta misma época una recesión «totalmente conforme con los esquemas más clásicos de la coyuntura [Sevilla-Atlántico]», si bien allí hubo «una inmensa fractura en los años 1630-1640» (1960b, pp. 246, 250).

[102] MacLeod (1973, p. 208), quien habla de la crisis monetaria que alcanzó su punto culminante entre 1655 y 1670, cuando las devaluaciones, las sus-

funda crisis de la agricultura mexicana entre 1630 y 1680 [103]. Finalmente Mellafe, hablando de la América española en general y de Chile en particular, dice que «la *verdadera* crisis se presenta después de 1650», añadiendo que «la toma de Cartagena, del año 1595, fue el primer aviso de la cruel y aniquiladora lucha que duraría dos siglos» [104].

Como de costumbre, las sutilezas eruditas acerca de las fechas reflejan la complejidad de una realidad en la que las recesiones parecen empezar antes de que terminen los ciclos ascendentes. Parece bastante evidente que hubo un período de superposición de dos ciclos (o transición) en la América española, que comenzó tal vez ya en la década de 1570, pero más probablemente en la de 1590 y terminó en algún momento entre 1630 y 1650. Lo que cabe esperar encontrar en un período como éste es una crisis en las ganancias de los principales sectores y los consiguientes esfuerzos por parte de los grandes propietarios e inversores para resarcirse de sus pérdidas mediante acciones a corto plazo que de hecho empeoran la situación a largo plazo. Esto fue lo que ocurrió. La plata, la principal exportación de Hispanoamérica en el siglo XVI, alcanzó un techo entre 1590 y 1630; a partir de esta fecha las cifras muestran un fuerte y brusco descenso. Las estadísticas oficiales del comercio podrían ser engañosas en este caso, porque hubo un creciente comercio clandestino; sin embargo, los testimonios que describen la situación en las zonas mineras parecen indicar que hubo «un descenso real en la producción» [105]. ¿Por qué ocurrió esto? Un argumento es que fue provocado por una escasez de mano de obra. Sin embargo, pese al descenso de la población global y los costes ligeramente más elevados de la mano de obra, los propietarios de minas obtenían al parecer la mano de obra que necesitaban. En México recurrieron al trabajo asalariado y en el Potosí simplemente trajeron de más lejos la mano de obra forzada. La cuestión es que la producción disminuyó aun cuando hubiera mano de obra disponible, como dice Davis: «De hecho, a mediados del siglo XVII muchas explotaciones mineras del Potosí aceptaban un tributo monetario de los indios en lugar

pensiones de pagos y las revaluaciones de la moneda «perjudicaron a las exportaciones, destruyeron el comercio interior e incluso debilitaron la seguridad y la confianza en el orden gubernamental» (p. 286).

[103]. Véase Berthe (1966, p. 103). Esto se ajusta a la tesis de Chevalier en el sentido de que el fin del primer ciclo económico en la producción de plata mexicana se produjo de 1630 a 1640 (1970, p. 4).

[104] Mellafe (1959, pp. 207-208, el subrayado es mío).

[105] Bakewell (1976, p. 224) y Davis (1973b, p. 158). Davis dice que hay «amplios testimonios».

de la mita o trabajo forzado a que tenían derecho, prefiriendo estos ingresos seguros a los beneficios que la minería pudiera aportarles»[106].

¿Hubo entonces escasez de mercurio? Es evidente que hubo escasez entre la década de 1630 y la de 1660. Bakewell dice que los problemas del suministro de mercurio fueron «el principal determinante de las variaciones en la producción [de plata]», pero Davis no cree que estos problemas fueran «decisivos»[107]. La cuestión es la siguiente: ¿por qué hubo más mercurio en la década de 1660 que en la de 1630? Debió de ser rentable hacer todo lo necesario para conseguir mercurio en la década de 1660, pero no en la de 1630. Recordemos una vez más que aun cuando la oferta de metales preciosos era el factor principal en la formación de los precios en esta época, «el oro y la plata también tienen su precio», y que «las monedas en general, y especialmente en un sistema metálico, no son sino una mercancía como cualquier otra»[108]. Andre Gunder Frank está de acuerdo con lo anterior y explica el descenso en la producción como el *resultado* a largo plazo de la inflación de los precios:

¿No implicaban, pues, los precios fijos de la plata unas ganancias en descenso, aun cuando los costes hubieran permanecido también fijos? Decir que en una inflación los precios de las mercancías y servicios se incrementan, es decir, en otras palabras, que el valor o el precio de la moneda desciende. ¿Y acaso no era dinero lo que producían los dueños de las minas, dado que el precio de la plata se mantenía fijo? De esto se deduce que tuvieron que hacer frente tanto a un incremento de los costes *como* a un descenso de las ganancias, razón suficiente para que cualquier capitalista reduzca su producción y coloque su dinero en algún otro negocio, a ser posible[109].

[106] Davis (1973b, p. 159).

[107] Bakewell (1971, p. 188) y Davis (1973b, p. 159). M. F. Lang (1968, p. 632) da también primacía a la escasez de mercurio.

[108] Romano (1970, pp. 131, 140). Véase también Onody, quien hace la misma precisión con respecto al oro brasileño y cita un documento del siglo XIX del ministerio de Hacienda que dice así: «Debe considerarse la moneda nacional en las actuales circunstancias, dentro del imperio, como un verdadero género comercial o mercancía, que forma parte de su comercio costero o de cabotaje» (1971, p. 236, n. 2).

[109] Frank (1979a, p. 54). Davis también está de acuerdo: «Sin embargo, en conjunto los crecientes costos fueron absorbidos. La minería de la plata se estancó por la disminución del valor de la plata con respecto a las mercancías que podía comprar [... El precio fijo de la plata más los precios crecientes de las mercancías importadas] debieron de bajar tanto el poder adquisitivo de la plata que no valía la pena continuar produciéndola a costos constantes o crecientes» (1973b, p. 159). Por supuesto, podemos preguntarnos por qué se impidió que subiera el precio de la

El descenso de las exportaciones de metales preciosos, que era el sector más importante, afectó a su vez a los otros «productos de exportación». A propósito de la producción de añil en América Central, MacLeod afirma que el estado de la tecnología naviera en el siglo XVII daba lugar a una tasa de ganancia poco segura para los productos que cruzaban el Atlántico. «En tiempos favorables, el añil sobrevivía con los márgenes del oro y la plata. En tiempos difíciles, [el añil] estaba demasiado lejos de Europa para producir sólidas ganancias»[110]. Esta observación acerca del añil podría ser aplicada de forma más general[111].

Dos poderosos grupos se resintieron inmediatamente del descenso de los precios de exportación: los españoles, que controlaban las empresas productivas, y el Estado, que cobraba impuestos de estos españoles. El nivel de la carga fiscal había aumentado considerablemente en la segunda mitad del siglo XVI[112], pero el inicio de las dificultades económicas en España y su imperio coincidió con un período de gran actividad militar (la rebelión de los Países Bajos, seguida de la guerra de los Treinta Años). Enfrentado al creciente desfase entre unos ingresos disminuidos y unos gastos incrementados, el Estado español recurrió a una «acuñación desenfrenada de moneda de vellón» a comienzos del siglo XVII[113], y cuando esto no fue suficiente trató de «exprimir las últimas gotas» del imperio[114]. De este modo, en México y Perú el Estado español incrementó los impuestos a la vez que intentaba recaudarlos

plata, y en este punto Romano da la respuesta: «Las minas americanas redujeron su producción sencillamente porque la vida económica europea en fase de estancamiento no necesitaba la plata o, al menos, tenía menos necesidad de ella» (1972, p. 140). Una demanda mundial reducida (o una superproducción mundial) y una tasa de ganancia reducida son las dos caras de la misma moneda. Ambas explicaciones del descenso de la producción decreciente son en el fondo la misma.

110 MacLeod (1973, p. 382). El añil se estancó a lo largo del siglo XVII pese a su baja demanda de mano de obra y al hecho de no requerir el mejor de los suelos (véase p. 202).

111 Véase el análisis que hace López (1974) de la caída del precio de la yerba mate, único vínculo del Paraguay con la economía-mundo, en el curso del siglo XVII.

112 El cuadro de José Larraz muestra que el índice de precios subió constantemente, triplicándose entre 1504 y 1596, y que el índice de dos impuestos clave, la alcabala y los millones, aumentó en un principio más lentamente, pero en 1575 superaba con mucho al índice de precios y en 1596 llegaba a 537 (véase 1943, p. 79).

113 E. J. Hamilton (1947, p. 12). Morineau sugiere que nos planteemos la «anticuada pregunta» de Charles Wilson: ¿fue la elevada presión fiscal de España «tributo en el siglo XVI de una dudosa preponderancia [...] y no causa, en el XVII, de miseria y decadencia?» (1978d, p. 158).

114 Lynch (1969, II, p. 165).

de forma más eficaz [115]. Esto tuvo efectos contraproducentes. Cuando en 1620 Felipe III confiscó una octava parte de los metales preciosos transportados por particulares (ofreciendo en su lugar vellón o juros), privó con toda seguridad a los comerciantes de su capital y, lo que es más importante, éstos se mostraron después reacios a embarcar de nuevo sus metales preciosos (lo que sin duda influyó también en la reducción de la producción de plata). Como resultado de ello, los ingresos de la Corona procedentes de la avería, impuesto *ad valorem* que pagaban los comerciantes por el coste de la escolta, descendieron. Para mantener la flota, la Corona tuvo que aumentar aún más el importe de la avería, lo que según Lynch fue «una nueva incitación al fraude» y convirtió a la Corona en un «parásito del comercio americano». La Corona también compensó a los españoles concediéndoles más mercedes. Era un círculo vicioso. «El expolio y el parasitismo hicieron del fraude y el contrabando una forma de vida» [116], y estos dos últimos, como veremos, aceleraron aún más la semiperiferización de España.

Aunque algunos criollos se resintieron de los efectos de las dificultades económicas y buscaron la salvación en un cargo público [117], multiplicando así el parasitismo de la burocracia del Estado, otros se adaptaron muy bien a las vicisitudes del mercado mundial. La producción de metales preciosos, hasta entonces el principal producto de exportación, disminuyó y la producción de cereales aumentó. Es aquí donde surge la confusión. Dado que los cereales americanos (a diferencia de los de Europa oriental) no eran utilizados como exportación de la periferia al centro, se suele suponer que su producción no tenía un carácter capitalista. Bazant dice que era todo lo contrario: «La producción [de trigo] a gran escala era sin duda una producción para el mercado que hacía uso del capital». Nos recuerda que aun cuando el trigo no fuera consumido por los

[115] Véase Israel (1974a, p. 40). Ergo, dice Israel, no deberíamos considerar la elevada presión fiscal como un «índice de la actividad económica» de la América española, sino como un «índice de la presión impuesta por España» a sus colonias. Las necesidades fiscales españolas afectaron también a la producción económica en otros aspectos. La grave escasez de mercurio en las minas mexicanas a partir de 1630 fue el resultado de la decisión de la Corona de reducir los envíos a la mitad. Brading y Cross dicen que la decisión real «probablemente fue tomada porque el virreinato [del Perú] pagaba el quinto, mientras que México sólo pagaba el diezmo» (1972, pp. 574).

[116] Lynch (1969, II, pp. 165-67).

[117] Véase MacLeod (1973, p. 311) a propósito del cargo público como la «única respuesta práctica» para impedir «la pérdida de estatus» de muchos criollos y españoles.

peones, que comían tortillas, «había sin embargo un importante mercado: la población blanca de las ciudades» [118]. Además, esta producción exigía mucho capital en forma de molinos, animales y alimento para la mano de obra.

Se podría aducir que esto es aplicable al trigo, pero no al maíz. Aquí también, sin embargo, la comercialización desempeñó un papel fundamental:

Los operarios (indios, mulatos, negros y mestizos) y las mulas y caballos que movían las máquinas, toda la fuerza de trabajo empleada en las minas dependía del maíz. Por ello, desde fines del siglo XV comenzó a formarse alrededor de las minas un cinturón de haciendas agrícolas y ganaderas especialmente dedicadas a su aprovisionamiento [119].

Con esto no queremos sugerir que estas haciendas no se vieran afectadas en el plano económico; los malos tiempos en las zonas mineras provocaron «años difíciles, a veces [...] retroceso» [120], situación que a menudo se vio exacerbada por la creación de nuevas haciendas competitivas. Lo que sí queremos sugerir, sin embargo, es que el mercado tenía unos límites regionales y que no era rentable ir más allá de estos límites en una época de contracción económica mundial [121]. No hay duda del origen *coyuntural* de la descripción clásica de la diferencia *estructural* entre las haciendas, que abastecían a los pequeños

[118] Bazant (1950, p. 90), quien añade que «una parte del producto total era para la exportación».

[119] Florescano (1969, p. 150). Véase también Bakewell: «Tal vez el rasgo más notable del sistema de abastecimiento de grano a Zacatecas sea la envergadura de la red [...] La plata de Zacatecas era llevada en carretas y mulas prácticamente a todas partes, sirviendo para pagar el grano en Saltillo, en el norte, y en Puebla, en el sur» (1971, p. 64). Esta descripción de la situación en México es muy similar a la que hace Lynch en el Perú: «Los mayores mercados para el producto de las plantaciones (azúcar, vino y algodón) eran los poblados mineros del alto Perú. De una u otra forma, todo Perú trabajaba para el Potosí y se beneficiaba de su riqueza» (1969, II, p. 217). Se pueden encontrar más pruebas de esto en el impacto del terremoto que sacudió a Perú en 1687, que provocó una «fiebre del trigo» en Chile, donde los productores abandonaron los pastos y las viñas (Romano, 1969, p. 280; véase también Carmagnani, 1973, pp. 31-42, 265-66).

[120] Florescano (1969, p. 183).

[121] «Todos muestran que en un lapso relativamente corto la gran hacienda logró satisfacer el consumo regional. Pero una vez alcanzada esta meta, antes de que la hacienda desarrollara su máxima capacidad de producción, la estructura regional de los mercados, las enormes distancias, los malos caminos, los altos fletes y la política comercial de la Corona le negaron la salida de sus excedentes más allá del límite regional. La hacienda se vio obligada entonces, si no a reducir su producción, al menos a mantenerla en un nivel estable» (Florescano, 1969, p. 184).

mercados, y las plantaciones de azúcar, que abastecían a los grandes mercados [122]. Dentro de los límites regionales, la producción de la hacienda era muy rentable. Se puede llamar a esto autosuficiencia si se quiere, pero a mí me parece más probable que fuera, como dice Bakewell, «el resultado de forjar en el Nuevo Mundo una economía diversificada y, en términos actuales, capitalista de tipo europeo y usar esta economía para explotar los ricos recursos de América Central en beneficio de América Central» [123]. Las ventajas resultantes no podían afectar a una entidad abstracta llamada América Central, pero sí afectaron a un grupo social concreto: los terratenientes de América Central.

Sin embargo, como en el caso de Europa oriental, la recesión de la economía-mundo en general hizo necesario un uso intensificado de los recursos básicos (la tierra y la mano de obra) para mantener el nivel de ganancias. El brusco declive de la población india en todas las regiones de la América española es una historia ahora bien conocida [124], y el papel de las enfermedades en él está bien establecido [125]. Este declive planteó a los terratenientes españoles una oportunidad y un dilema. El declive de los productos indios (provocado por la muerte y la expropiación de la tierra), junto con el crecimiento de la población española y mestiza en las zonas urbanas y mineras, creó un mercado regional con altos precios para el propietario de la hacienda. Por otra parte, el propietario necesitaba

[122] Véanse Wolf y Mintz (1957, p. 380).

[123] Bakewell (1971, p. 235); véase también Morner (1973, p. 191). Lynch va aún más lejos y llama a esto «la primera emancipación de la América española». Según él, «resulta tentador atribuir la gran depresión del comercio americano al hundimiento de las economías coloniales. Pero en realidad fue consecuencia de un cambio más que de un hundimiento. Si las colonias ya no surtían al comercio como antes, era en buena parte porque empleaban su capital a nivel local, en inversiones públicas y privadas» (1969, II, p. 139). Piel invierte el argumento, tratando de rebatir a los historiadores (véase Romano, 1970) que hablan de la escasa circulación de los metales preciosos basándose en las cifras reducidas de los envíos transatlánticos: «Si el flujo monetario interoceánico se hizo más lento, ¿fue esto el signo de una retracción minera o más bien que una parte creciente de la moneda era utilizada a nivel local?» (1975, p. 151).

[124] Véanse, por ejemplo, Cook y Borah (1971). Hubo una reducción paralela, aunque menos grave, de la población en las Filipinas. Véanse Phelan (1959, p. 194) y Chaunu (1960b, p. 74, cuadro 1).

[125] Sobre la viruela, véase Crosby (1967). La región de los Andes escapó al parecer a las cifras de mortalidad de América Central en el siglo XVI; sólo se vio afectada a finales del siglo XVII (véase Dobyns, 1963, p. 514). Sobre Chile, véase Mellafe (1959, p. 226) y sobre América Central, véase MacLeod (1973, pp. 204-205).

trabajadores. Aquí está el quid de la lucha por la acumulación de capital. El hecho de que hubiera una recesión a nivel mundial en la acumulación de capital hizo que los sectores capitalistas de la América española entablaran una dura competencia con los de España por llevarse un pedazo de un pastel que era ahora más pequeño. Ya hemos mencionado el aumento de los impuestos por parte de la Corona, que llevó consigo una transferencia del excedente de las Américas. Desde el punto de vista de Nueva España, la región más dinámica en otros tiempos de las Américas, lo que hizo más daño fue el intento de la Corona española de reducir los lazos directos de México con Perú y las Filipinas. No hay duda de que el contrabando estaba muy generalizado, pero tampoco hay duda de que la política de la Corona tuvo «efectos muy adversos sobre la ciudad de México»[126].

La tensión en torno a las ganancias se manifestó en las pugnas, no sólo por el control de las rutas comerciales, sino también por el control de la oferta de trabajo. El sistema del repartimiento estaba en vigor desde mediados del siglo XVI y era muy frustrante desde el punto de vista de los grandes productores agrícolas. Aunque equivalía al trabajo forzado, los trabajadores eran temporales y volvían regularmente a su lugar de origen para ocuparse de sus tradicionales actividades productivas[127]. La oferta estaba mediatizada por la burocracia española, y especialmente por los corregidores, con el firme apoyo

[126] Israel (1974a, p. 39), quien señala «las numerosas y amargas protestas de los mexicanos en las décadas de 1630 y 1640». M. F. Lang piensa que es evidente «que el deseo de restringir el comercio entre Nueva España y Perú fue el principal motivo de la resistencia de la Corona a asegurar un suministro regular [de mercurio a las minas mexicanas] desde Huancavelica» (1968, p. 639).

[127] Véase la definición de repartimiento ofrecida por Enrique Semo, quien admite que es la propia de un analista del siglo XX y no necesariamente la utilizada por los contemporáneos: «Consideramos como repartimiento el sistema de trabajo racionado y rotativo, en las unidades económicas de la república de los españoles que afectaba tanto a los indios de encomienda como a los no encomendados y que beneficiaba a una clase poseedora mucho más amplia que la que había gozado de la encomienda. A esto debe agregarse que, a diferencia de las encomiendas de indios dadas por méritos en el servicio del rey y para que el beneficiario hiciera uso de ella en la empresa que considerara conveniente, los repartimientos eran otorgados más frecuentemente con propósitos económicos bien definidos y con la prohibición de utilizar a los indios fuera de ellos. Bajo el nuevo sistema, la prioridad de las solicitudes es fijada —en última instancia— por el virrey [...] La escala de prioridades coloca las necesidades del desarrollo de la economía platera por encima de las de los encomenderos» (1973, p. 222).

de los frailes que la defendían como medio de proteger a los indios de la rapacidad española. Los intereses de los «protectores» eran totalmente transparentes, como explica Israel en el contexto mexicano:

> Los *corregidores* [...] solían hacer grandes fortunas por diversos métodos de extorsión, entre los que figuraba la compra forzosa de las cosechas de los indios a precios mínimos para venderlas con grandes ganancias en las ciudades, la venta obligatoria de mercancías a precios exorbitantes, el cobro de una tasa por los favores de los españoles y el uso hábil del repartimiento [...] De este modo los indios soportaban de hecho dos economías distintas: la de los colonos españoles, por una parte, y la de los distritos indios, que funcionaban en beneficio sobre todo de los corregidores, los frailes y la jerarquía india, por otra [128].

La doble carga soportada por los indios, sin duda formó parte de la historia de su declive demográfico y sin duda creó, además, una presión insufrible sobre el sistema político en el mismo momento en que se producía un trastorno económico [129].

En 1632, la Corona suprimió finalmente el trabajo asalariado *obligatorio* en Nueva España fuera de las minas. Dado que las tensiones seguían existiendo, esto no hizo más que acelerar la táctica de los terratenientes españoles (ahora hacendados), consistente en atraer a jornaleros permanentes, conocidos como gañanes o naboríes. Los corregidores respondieron, primero, con la medida de no eximir a estos gañanes del repartimiento, lo que de hecho suponía que, para debilitar a los criollos como estrato, los corregidores obligaban a un indio a dejar a un criollo para pasar bajo el control de otro. Cuando la Corona probó la táctica alterna de abolir el trabajo obligatorio por completo, el indio se encontró ante la posibilidad cada vez mayor de no encontrar trabajo alguno, y en este punto el gran productor agrícola recurrió a la creación del peonaje por deudas como medio de contar con mano de obra para sus tierras [130]. La ex-

[128] Israel (1974a, p. 47). Compárese con la situación descrita por MacLeod en América Central: «El período comprendido entre 1630 y 1690 es el período por excelencia de la derrama, mediante la que los pequeños funcionarios del gobierno, a menudo criollos, obligaban a los indios a comprar mercancías que éstos no necesitaban a precios elevados o les obligaban a producir mercancías por nada o por una miseria» (1973, p. 384).

[129] El artículo de Israel explica las fricciones en México entre las capas dominantes de 1620 a 1664 en función del conflicto en torno al control de la escasa mano de obra.

[130] Véanse Zavala (1966, especialmente p. 79), Godinho (1948) y Chevalier, que escribe: «El peonaje por deudas penetró lenta e inexorablemente en un número cada vez mayor de haciendas. A finales del siglo XVII o co-

propiación de la tierra reforzó aún más este control[131], y de este modo la encomienda se transformó en hacienda[132] y el tra-

---

mienzos del XVIII, era una práctica común referirse a los gañanes o naboríes como propiedad de la hacienda» (1970, p. 285). Véase también Phelan: «Vincular los indios a la hacienda a través del peonaje por deudas tenía varias ventajas sobre otras formas de trabajo. Los esclavos negros suponían una gran inversión de capital. El trabajo del repartimiento era ineficiente a causa de los turnos semanales y del número cada vez menor de indios disponibles» (1959, p. 191). En el caso de los mineros, los propietarios trataron en un principio de conservar a sus trabajadores mediante una combinación de salarios y ganancias suplementarias extrayendo mineral por cuenta propia. Esto se llamó pepena en México y dobla en el Perú. Sin embargo, la plata así extraída no podía ser procesada por el indio, que tenía que venderla a bajo precio al propietario de la mina. En algunos casos, el salario se transformó de hecho en un pago en especie. En cualquier caso, los propietarios de las minas hicieron uso del mecanismo de la deuda para mantener atado al trabajador. Véase Romano (1970, pp. 132-33) y Bakewell (1971, pp. 125-26). Davis analiza el sistema del peonaje por deudas como una respuesta del patrón a la *fuerza* del trabajador en el mercado libre «a medida que la población alcanzaba su nivel más bajo a fines del siglo XVI» (1973b, p. 167).

[131] «La mejor forma de conseguir gañanes y peones era quitar las tierras a las poblaciones indias [...] El monopolio del recurso complementario, la tierra, es una de las causas más frecuentes e importantes (aunque en gran medida inadvertidas) del crecimiento y la continuación de la agricultura de latifundio y de su consiguiente ineficiencia en la utilización de los recursos (desde el punto de vista social, no desde el del monopolio privado)» (Frank, 1979a, pp. 70-71). Véase también MacLeod por lo que respecta al período 1580-90: «Por primera vez los españoles [en América Central] ocuparon las tierras baldías y realengas que habían sido abandonadas por los indios fallecidos o 'congregados'. Entonces comenzaron también las primeras usurpaciones importantes de las tierras de los indios» (1973, página 221).

[132] Lockhart demuestra de forma bastante convincente los siguientes puntos: a pesar de las diferencias legales, hay una gran continuidad sociológica entre la encomienda y la hacienda («el encomendero y más tarde el hacendado estaban cortados por el mismo patrón»); la pretendida autosuficiencia de la hacienda era «muy difícil de distinguir de la diversificación o integración de una empresa comercial»; y, sobre todo, la vida no cambió para los trabajadores: «Los aldeanos acudían a trabajar en las estancias y más tarde en las haciendas, primero por la obligación de la encomienda, luego por el mecanismo del repartimiento y finalmente por acuerdos individuales, pero eran siempre las mismas personas que hacían las mismas cosas» (1969, pp. 419, 425-26). Véanse también R. G. Keith (1971, página 441) y Piel (1975, pp. 161, 238).

Las bases legales de la hacienda eran dos cédulas otorgadas por la Corona española en 1591, en las que se reconocía su derecho a todas aquellas tierras sobre las que no existieran títulos legales. Los terratenientes estaban obligados a pagar una tasa, la composición, para obtener el título a estas tierras, que eran denunciadas como baldíos, eriales o tierras abandonadas. Véanse E. M. Barrett (1973, pp. 89-90) y Lira y Muro (1976, p. 143). En 1713, la Corona, en su búsqueda desesperada de fondos, se mostró dispuesta en el Perú a vender baldíos incluso a los indios que tuvieran dinero. Véase Piel (1975, p. 191).

bajador forzado se convirtió en peón por deudas. En cuanto a la remuneración, que se calculaba en unidades de tiempo, es posible que la situación del trabajador mejorara. La escasez de mano de obra había dado al trabajador una cierta capacidad de negociación [133], pero ¿acaso no pagó este nivel más alto de remuneración con el aumento del tiempo total que se veía obligado a ofrecer? ¿No hubo acaso un incremento en el nivel de trabajo y una probable reducción de sus esperanzas de vida? ¿No se consumió aquí, como en Europa oriental, el capital de la fuerza de trabajo para mantener el nivel de producción?

La secuencia fue probablemente la siguiente. Los altos precios y la escasa oferta de productos agrícolas a finales del siglo XVI llevaron a una apropiación de la tierra y a una aceleración de la producción. Chevalier, por ejemplo, habla del grado en que los ganaderos estaban dispuestos «a sacrificar muchos animales aun a riesgo de mermar sus rebaños» [134]. Los propietarios de minas, los habitantes de las ciudades, los burócratas —en una palabra, los que constituían el mercado regional para los productos agrícolas— trataron de controlar el nivel de ganancias de los productores utilizando mecanismos de control de los precios, tales como la alhóndiga, granero municipal con precios fijos del que estaban exentas sin embargo las cosechas de los indios [135]. Los pequeños productores agrícolas españoles tendieron a sucumbir, a causa de la presión, al igual que los productores mestizos, muchos de los cuales se vieron «reducidos a una miserable existencia campesina» [136]. En cambio, los grandes productores se hicieron aún más grandes, creciendo precisamente en el momento del descenso de los precios. La lógica de esta aparente aberración es expuesta por Morner:

> Las haciendas tenían a menudo que reducir su producción debido a las limitaciones del mercado y a las drásticas caídas de los precios cuando las cosechas eran abundantes. ¿Por qué habían, pues, de preocuparse por crecer? Porque al privar a sus vecinos de sus tierras,

[133] Véase MacLeod, que habla de una «mejoría marginal de las condiciones de algunos de los miembros de las clases más bajas» (1973, p. 227).

[134] Chevalier (1970, p. 107).

[135] Véase Bakewell (1971, p. 75), que señala, sin embargo: «La eficacia de la alhóndiga por lo que respecta a la regulación de los precios es imposible de conocer» (p. 66). Véanse también Guthrie (1939, p. 105) y Chevalier (1970, pp. 62-65).

[136] MacLeod (1973, p. 153). Por supuesto, hubo una resistencia. Osborn (1973) observa que la capacidad de los indios mexicanos para oponerse a la apropiación de tierras en esa época estuvo relacionada con la organización de la comunidad.

los hacendados eliminaban la competencia u obligaban a los pequeños productores hasta entonces autosuficientes a convertirse en consumidores de los productos de la hacienda[137]

La gran hacienda autosuficiente era precisamente un mecanismo que permitía realizar sutiles ajustes en las fuerzas del mercado. Podía provocar una contracción o una expansión de la producción en función de la variable rentabilidad y acelerar o aminorar la velocidad de utilización de los recursos, manteniendo así los lazos entre la producción agrícola y la economía-mundo a lo largo del tiempo. Además, la hacienda era el centro de la nueva producción textil. Sus comienzos son análogos a los de lo que en siglos posteriores sería conocido como sustitución de importaciones, consecuencia notable de las contracciones mundiales. Bakewell afirma que «probablemente el comercio decayó, en gran parte debido a que Nueva España ya no necesitaba las importaciones de Europa»[138] y saca la conclusión de que «la economía de Nueva España, lejos de sufrir una decadencia a comienzos del siglo XVII, se hizo más saneada»[139], pero esto es juzgar mal la situación. No hubo nunca una economía de Nueva España que pudiera ser comparada con una economía de España. Algunos empresarios de Hispanoamérica invirtieron entre otras cosas en la producción textil a causa del indeciso estado del mercado (el incremento de la población española y mestiza, la decadencia de las exportaciones de plata y las economías de escala del sistema de la hacienda) y de este modo perjudicaron a los posibles exportadores de productos textiles españoles.

La contracción mundial no supuso una disminuición de la actividad económica capitalista. De hecho, probablemente señaló la creciente fuerza de una empresa burguesa de base local[140].

[137] Morner (1973, p. 192).

[138] Bakewell (1971, p. 234).

[139] Ibid., p. 230, Phelan hace esencialmente la misma observación: «La tesis de Borah acerca de la escasez de mano de obra india está fuera de toda duda, pero esta misma escasez pudo contribuir más al crecimiento económico en el siglo XVII que al estancamiento económico. La palabra 'depresión' es, creo yo, un término engañoso para ser aplicado a todo el período» (1970, p. 213).

[140] «Si la aparición de la gran propiedad agrícola en el Perú coincidió cronológicamente con una decadencia de la economía monetaria y de las empresas no agrícolas —mineras, manufactureras y comerciales—, ¿cómo explicar el desarrollo de los obrajes peruanos en el siglo XVII, cuyo volumen de producción textil superaría [...] al de España en la misma época, y, sobre todo, cómo explicar el prodigioso desarrollo de una burguesía mercantil hispano-peruana capaz de obligar a Madrid, a partir de 1613, a compartir el monopolio colonial sobre el comercio entre Perú y España

Además, como en el caso de Europa, la cuestión no estriba en que hubiera una *decadencia* en toda la producción textil, sino en que esta producción se trasladó a las zonas rurales, las haciendas y las aldeas indias, y en que «los paños finos eran producidos en su mayor parte en obrajes»[141]. Tampoco fue la textil la única industria que creció. Las industrias del hierro y el bronce se desarrollaron a comienzos del siglo XVII para hacer posible la construcción de «grandes templos, con verjas y rejas renacentistas»[142]. Cuando los principales productos de exportación de Hispanoamérica (y especialmente la plata) conocieron una decadencia en el mercado mundial, los productores de esas viejas zonas periféricas se orientaron hacia otras formas de obtener ganancias. Centraron así sus actividades productivas en unos crecientes mercados regionales, lo que, desde el punto de vista del comercio transatlántico, representó un relativo retroceso, pero esto difícilmente puede ser descrito como el auge de la autarquía. Mientras tanto, en los países del centro, el alto nivel de la demanda creaba mercados en expansión para la exportación de azúcar (y en menor grado de tabaco). Hasta cierto punto, esto supuso una intervención de las nuevas zonas periféricas (las islas del Caribe y sus anexos, y las colonias continentales de la Norteamérica británica) en la economía-mundo. Estudiaremos ahora esta historia con el fin de completar el panorama.

Hasta principios del siglo XVII, la mayoría de las islas del Caribe no conocieron el control europeo. Los españoles se habían apoderado sobre todo de las grandes islas, como Trinidad y las llamadas Grandes Antillas (Cuba, Jamaica, La Española, Puerto Rico). Se dedicaron allí a la cría de ganado y al cultivo de algunas plantas alimenticias y algo de tabaco y azúcar, pero su principal preocupación era el control de las rutas comerciales con las zonas de mayor importancia para ellos en las Américas. Bruscamente, entre 1604 y 1640, los ingleses, los franceses y los

mediante la creación del Tribunal del Consulado de Lima?» (Piel, 1975, página 150). Sobre la «creciente amplitud» de la élite económica de Nueva España frente a la de Sevilla, véase Boyer (1977, pp. 457 y *passim*). En cuanto a la fuerza creciente de los «aviadores» o vendedores locales en México frente a la Corona, que les permitía obligar a los deudores a devolverles el dinero antes de pagar los impuestos, véase Bakewell (1976, página 219).

[141] Pohl (1969, p. 448). Sin embargo, Davis hace hincapié en que «los géneros que México producía en cantidad eran los más baratos, los de mala calidad, mientras que los artículos de lana y lino y los utensilios de metal de primera clase seguían viniendo de Europa» (1973b, pp. 161-62).

[142] Bargalló (1955, p. 251).

holandeses invadieron el Caribe y se apoderaron de todas las islas más pequeñas. De 1625 a 1654, los holandeses controlaron parte del Brasil. En 1655, los ingleses arrebataron Jamaica a los españoles. En 1629, un grupo de bucaneros franceses desembarcaron en Tortuga, frente a las costas de La Española, y en 1659 controlaban definitivamente esta última isla; poco después se desplazaron hacia la mitad occidental de la isla mayor, hoy llamada Haití (aunque la soberanía francesa no fue oficialmente reconocida hasta 1697). Luego, desde la década de 1650 hasta 1763, hubo una relativa estabilidad en la distribución colonial. ¿Por qué hubo un repentino resurgimiento del interés de las potencias de la Europa del noroeste por el gran Caribe? ¿Por qué se detuvo casi totalmente antes de apoderarse de los territorios españoles y portugueses? ¿Y por qué fue el Caribe en el siglo XVII, y especialmente en las décadas de 1660 y 1670, el refugio de piratas y bucaneros, el «salvaje Oeste» de la época, «mucho más prometedor en encantos, emociones, rápidas ganancias y constantes peligros que los prosaicos asentamientos» del resto de las Américas [143]?

Pierre Chaunu dice que en algún momento, entre 1619-1623 y 1680, «en una fecha que sería inútil tratar de precisar demasiado», hubo un cambio en la naturaleza misma de la Carrera española. La rigidez burocrática reemplazó a los flexibles mecanismos que habían caracterizado a la triunfante Carrera del siglo XVI. «Desde la segunda mitad del siglo XVII, el Atlántico del Guadalquivir se convirtió simplemente en un Atlántico más» [144]. Chaunu sitúa esta fecha algo más tarde que algunos hombres de la época. En 1619, Sancho de Moncada, profesor de Sagradas Escrituras en la universidad de Toledo y pensador mercantilista español, afirmaba (sin duda con cierta exageración) que de diez partes del comercio con las Indias nueve estaban en manos de extranjeros, «de modo que las Indias son para ellos, y el título de Vuestra Majestad» [145]. Como se demostraría, estaba en lo cierto. En el siglo XVII, el siglo del mercantilismo, España y Portugal no fueron, no pudieron ser, mercantilistas, y de este modo se convirtieron en Estados semiperiféricos, correas de transmisión de los intereses de las potencias del centro a las regiones periféricas. En cuanto historia de la semiperiferia, hablaremos de esto con más detalle en el próximo capítulo; en cuanto historia de la periferia, debemos hablar de ello ahora.

[143] Dunn (1972, pp. 9-10).
[144] Chaunu (1959, p. 1539).
[145] Citado en Larraz (1943, p. 90).

En una época de contracción global, *algunas* arenas de la actividad económica se contraen. Tratando de minimizar la contracción en sus actividades económicas, las potencias del centro compiten fuertemente entre ellas, en parte para tratar de hacerse con el control de las zonas periféricas. Para ello colonizan y tratan de impedir que las otras colonicen, lo que lleva a encarnizadas guerras coloniales, y tratan de configurar el mercado mundial de forma que favorezca a las zonas más controlables en detrimento de las menos controlables (las Américas frente a Europa oriental y meridional). Además, tratan de vivir de las potencias coloniales más débiles cuando resulta demasiado costoso apoderarse por las buenas de su territorio, como sucedió en buena medida con los imperios español y portugués [146]. Así, cuando comenzó la contracción mundial, los ingleses, los franceses y los holandeses se dirigieron al Caribe con el fin de conseguir la primacía. Colonizaron las zonas fáciles de tomar y luego, apoderándose del comercio, trataron de obtener las ventajas económicas que habrían tenido mediante el dominio colonial directo en las zonas aún controladas por España y Portugal. El principal mecanismo para conseguirlo en el siglo XVII fue el contrabando.

Para comprender cómo funcionaba el contrabando, debemos examinar primero los orígenes sociales de los bucaneros. En el siglo XVI, el ganado erraba por América Central y las islas del Caribe. En algunos casos se trataba de animales salvajes. En otros, de animales controlados por los indios, pero cada vez menos a medida que avanzaba el siglo. Por último, en ocasio-

[146] Charles Boxer resume del siguiente modo las luchas entre holandeses y portugueses a nivel mundial en los dos primeros tercios del siglo XVII: «A riesgo de caer en una excesiva simplificación, se puede decir que esta larga guerra colonial tomó la forma de una lucha por el comercio de especias de Asia, por el tráfico de esclavos de Africa occidental y por el comercio de azúcar del Brasil. De modo similar, se puede decir que el resultado final fue, en efecto, una victoria para los holandeses en Asia, un empate en Africa occidental y una victoria para los portugueses en Brasil» (1961, p. 49). ¿Es esto correcto? En términos de control *político*, sí; pero en términos de control *económico*, ¿no fue el resultado una victoria para los holandeses (suplantados más tarde por los ingleses) en las tres áreas, victoria que tomó diferentes formas según se produjera en la arena exterior (Asia) o en la periferia (Brasil), siendo el Africa occidental un área en lenta transición en esa época de la arena exterior a la periferia? La diferencia estriba en el grado de participación de los portugueses en los procesos de producción, y el propio Boxer nos da la clave: «Los portugueses, con todos sus defectos, habían echado raíces más profundas [en el Brasil] como colonos, y por eso no pudieron, en general, ser eliminados de la escena simplemente por una derrota naval o militar, o incluso por una serie de derrotas de este tipo» (1961, p. 54).

nes, se trataba de animales criados por los españoles. Ya hemos descrito los cambios demográficos en Hispanoamérica: el constante declive de la población india, unido al constante crecimiento no sólo de los criollos, sino también de los mulatos y los mestizos. La contracción de las zonas mineras en el siglo XVII redujo las oportunidades en las zonas urbanas de los criollos más pobres y de los grupos de mulatos y mestizos que ocupaban una posición social intermedia. Muchos de ellos emigraron a las zonas rurales. Algunos hallaron una ocupación en la creciente red de haciendas y ranchos; otros no. Los miembros de las capas intermedias que no encontraban ocupación corrían el riesgo de una «inferiorización», es decir, la reducción al estatus de meros productores de alimentos. En las tierras fronterizas tenían, sin embargo, una alternativa. Podían convertirse en vaqueros, matando los animales salvajes que necesitaban para sobrevivir. Pronto empezaron a engrosar sus filas los que huían de los barcos. Los capitanes holandeses empezaron a comerciar en cuero con ellos y esto incrementó aún más el número de animales muertos. «Obviamente, estas prácticas eran ruinosas»[147]. Desde el punto de vista de los colonos, «este despilfarro fue demasiado lejos»[148].

Hacia 1640, las autoridades españolas comenzaron a tratar de limpiar las islas y las zonas costeras de Centroamérica de estos bucaneros[149]. Una forma de hacerlo era matar ellos mismos el ganado para disuadir a los vaqueros. Los ingleses se sumaron a la partida para disuadir a los españoles. Por entonces el ganado prácticamente había desaparecido, al menos de las islas, y los bucaneros, desesperados, se hicieron a la mar como piratas. Los piratas no habrían sobrevivido, sin embargo, si los holandeses en Curazao, los franceses en Santo Domingo (La Española occidental) y especialmente los ingleses en Jamaica no les hubieran ofrecido «mercados seguros para el botín»[150]. Jamaica era la clave. Fue en tiempos de Cromwell cuando la

[147] MacLeod (1973, p. 212).

[148] Pares (1960, p. 20).

[149] La palabra bucanero tiene su origen en la costumbre de vender la carne después de ahumarla en parrillas conocidas como *boucan* en lengua india. Véase Deschamps (1973, p. 40). No es que los bucaneros no fueran conocidos antes de esta época. Es más bien que «hasta 1650 aproximadamente, el fenómeno bucanero tuvo un carácter más o menos accidental u ocasional» en comparación con el «auge» que cobró a partir de esta fecha (Haring, 1964, p. 249).

[150] Davis (1973b, p. 169). A comienzos del siglo XVII, los piratas holandeses eran los más «audaces y [...] persistentes [...] en la persecución de los barcos españoles [...] El término 'holandés' se convirtió en un sinónimo de 'corsario' y 'pirata'» (Peterson, 1975, p. 250).

isla fue arrebatada a España y en tiempos de la Restauración cuando se convirtió hasta tal punto en base de los bucaneros que uno de ellos, Henry Morgan, llegaría a convertirse en vicegobernador y a ser nombrado caballero. Sólo con la Revolución Gloriosa desapareció por completo la piratería. El propósito de Cromwell era destruir el monopolio español del comercio con las Indias Occidentales. Primero lo intentó por la vía diplomática y fracasó, recurriendo entonces al saqueo. Strong escribe: «Cromwell era un personaje de la época de Isabel. Pertenece a ella como Raleigh, Gilbert y Hakluyt. Todo el aspecto de la expedición a las Indias Occidentales es típico de esa época»[151]. La política no fue sólo de Cromwell, sin embargo, ya que la carrera de Jamaica como «empresa de piratería estatal» continuó ininterrumpidamente en tiempos de Carlos II[152]. En teoría, la piratería había sido proscrita por el tratado angloespañol de 1670, pero en la práctica continuó con gran vigor al menos hasta 1685, y en realidad hasta el temblor de tierra que destruyó el gran reducto bucanero de Port-Royal en 1692, siendo finalmente enterrada por el tratado de Rijswijk en 1697. En Jamaica se produjo una creciente contradicción entre el papel de la isla como colonia azucarera y su papel como base para el saqueo y el contrabando, pero lo más importante fue que los Estados del centro dejaron de necesitar la piratería como medio de acumulación primitiva.

El sistema de contrabando había sido introducido por los holandeses en la última década del siglo XVI como algo muy práctico. Las guerras con España habían aislado a los barcos holandeses de la península Ibérica impidiendo de esta manera la compra de sal, tan necesaria para la industria del arenque. Los holandeses se dedicaron entonces a comprarla ilegalmente en las salinas de Venezuela. Este procedimiento de emergencia se convirtió en una política permanente a causa de la estructura básica de los precios mundiales. Las Provincias Unidas eran un productor agroindustrial mucho más eficiente que España. «El

[151] Strong (1899, p. 233). Strong añade: «Los consejeros de Carlos II comprendieron el largo alcance de los planes de Cromwell con respecto a la conquista y colonización y se dieron cuenta de los motivos reales de su ataque a las Indias occidentales. Cuando 'A. B.' escribe al rey de España en enero de 1656, en nombre de Carlos, hace gran hincapié en el hecho de que Cromwell pretendía colonizar las Indias Occidentales y con su flota aislar el comercio español. De hecho, la iniciativa no tiene sentido si no es por estos motivos. Suponer que después de estos enormes preparativos y gastos el Protector se contentaría con unas pocas millas cuadradas de territorio es poco menos que absurdo» (1899, p. 244).

[152] Pares (1960, p. 3).

monopolio de Sevilla no podía suministrar productos suficientes [a la América española] a precios razonables»[153]. Los holandeses sí podían. De este modo el contrabando se convirtió en una forma de vida que conectaba a los comerciantes de los países del centro con los productores de los países periféricos que no podían controlar directamente[154]. Cada vez que las relaciones entre España y una potencia del centro eran malas, y sobre todo en época de guerra, se fundaban nuevas colonias «destinadas en parte a servir como base a los corsarios», lo que, como observa Pares, es una explicación parcial de su cronología[155]. Esto también podría explicar por qué hubo finalmente más colonias inglesas que francesas, ya que Francia estuvo con frecuencia aliada con España contra Inglaterra.

Jamaica representó la culminación del sistema de contrabando. Se convirtió en el emporio del contrabando en el Caribe, que «los ingleses no querían detener [...] y los españoles no podían»[156]. Al principio la existencia de los piratas contribu-

[153] J. Lang (1975, p. 55). Como consecuencia de esto, dice Haring, «los comerciantes españoles se convirtieron a menudo de hecho en meros intermediarios, agentes o factores a comisión, que a menudo prestaban su apellido español para eludir la ley». En última instancia esto hizo que «el comercio de España con América se convirtiera en una máquina más o menos pasiva, un instrumento por el cual se canalizaba bajo el control real el suministro de mercancías procedentes del resto de Europa» (1947, páginas 314-15).

[154] Esta práctica no sólo se dio en la zona del Caribe. Los holandeses mantuvieron idéntica relación con la «colonia» danesa de Noruega. Véase Lunde: «El contrabando era en general considerado como el gran problema por las autoridades de Copenhague. Estaba claro para todos que había un contrabando a gran escala a través de Noruega. El *Staatsloven* [consejo del virrey] echaba la culpa a los holandeses, que eran conocidos como expertos en esta profesión. Allí donde había aduanas, los comerciantes noruegos hacían contrabando, escribía el *Staatsloven;* no había más que un remedio para suprimirlo: reducir los derechos de aduana. Esto fue lo que intentaron, aunque con escasos resultados, y el contrabando prosiguió [...] Los propios comerciantes afirmaban que se arruinarían si fueran honrados [...] El contrabando fue una consecuencia directa del sistema económico imperante y de la política comercial seguida por Copenhague» (1963, pp. 38-39).

[155] Pares (1960, p. 12).

[156] Christelow (1942, p. 312). Las estimaciones de Sheridan demuestran claramente por qué prosiguió el contrabando: «Antes de 1763, el comercio de Gran Bretaña con su imperio oficioso no era probablemente menos valioso que el comercio con su imperio oficial» (1969, p. 24). Sheridan cita, como los dos principales componentes del imperio oficioso de Gran Bretaña, el comercio de contrabando a través de Jamaica y el comercio indirecto a través de Cádiz y Portugal. No hay que olvidar el comercio fraudulento a través de Buenos Aires. «Su emplazamiento lejos de los centros del poder español en Lima y las Indias Occidentales y cerca de los portugueses en Brasil hacía casi imposible un control adecuado.

yó a este proceso. Después de todo, no eran verdaderos piratas, ya que sólo saqueaban a los españoles y a menudo lo hacían con la autorización de su propio gobierno[157]. Pero las plantaciones de azúcar adquirieron mayor importancia en Jamaica, y cuando los españoles renunciaron finalmente en 1670 a su antigua reclamación del derecho exclusivo a asentarse en ella, los bucaneros empezaron a ser considerados por los ingleses como un estorbo, dado sobre todo que su número crecía y su desesperación aumentaba a medida que los blancos pobres eran expulsados del suelo jamaicano por las plantaciones en expansión[158]. Los bucaneros ya no eran necesarios. Los productores del golfo de Honduras estaban deseosos de tratar directamente con los comerciantes jamaicanos, que habían asumido «buena parte del riesgo de introducir mercancías de contrabando en Centroamérica»[159].

Los bucaneros se habían dedicado al *saqueo*[160]. Los ingleses (y los franceses) estaban ahora dispuestos a contentarse con el *comercio ilegal*, ya que éste implicaba la misma transferencia de excedentes pero al mismo tiempo garantizaba la continuidad de la producción, cosa que el saqueo de los bucaneros no hacía. Una vez suprimidas las bases de los bucaneros, «fue po-

Y como el puerto estaba prácticamente cerrado en beneficio del comercio de galeones, la tentación de conseguir por estos medios lo que España negaba era irresistible (Haring, 1947, p. 329).

[157] Véase Deschamps (1973, pp. 44-45). Esta autorización, nos recuerda Haring, podía ser «real o pretendida» (1964, p. 249).

[158] Véase Floyd (1967, pp. 26-28). Véase también Farnie: «El azúcar redujo la caza de animales salvajes a un papel secundario al término de la fase del 'bucanerismo' en la historia del Caribe» (1962, p. 209).

[159] MacLeod (1973, pp. 367-68).

[160] Davis (1973b, p. 169). Había de hecho dos formas de saqueo. Una era el saqueo de las flotas que transportaban el tesoro. La otra era el saqueo de las ciudades españolas del Caribe y el golfo de México. La primera no fue realmente practicada por los bucaneros, sino por las escuadras navales y sólo en tres ocasiones: en 1628 por los holandeses y en 1656 y 1657 por los ingleses. Véase Haring (1964, pp. 235-47). El saqueo de las ciudades españolas, sin embargo, era una especialidad de los bucaneros. Entre 1655 y 1671 fueron devastadas dieciocho ciudades. Esta forma de saqueo tuvo una importancia decisiva en la transformación del modelo del comercio transatlántico. «Fueron estos medios, unidos al comercio fraudulento, los que secaron las fuentes del comercio hispanoamericano, y no la destrucción de las flotas de la plata» (Haring, 1964, p. 250). Finalmente, dice Glamann, la «economía pirata [... no] produjo un especial crecimiento [...] Los buques de guerra, enarbolaran o no la bandera negra, eran estériles instrumentos de comercio y prosperidad en comparación con las gabarras cargadas hasta los topes de trigo y otros buques de cabotaje cargados de carbón y ladrillos, barricas de vino o sal y pescado seco en sus bodegas» (1977, p. 191).

sible para los plantadores españoles comenzar a prosperar de nuevo en las islas y a lo largo de las costas»[161]. Fue también posible para los ingleses y los franceses negociar directamente con los españoles mediante un «legítimo» tráfico de esclavos, el llamado asiento[162]. El contrabando en América española no desempeñó sino un pequeño papel. El papel más importante fue el del azúcar, que durante mucho tiempo había sido uno de los productos básicos de los países periféricos. La producción de azúcar se había desplazado constantemente hacia el oeste a causa del continuo proceso de agotamiento del suelo[163], llegando a Brasil (y en menor grado a México) a finales del siglo XVI. A diferencia del trigo, el ganado y la plata, el azúcar no conoció el problema del exceso de oferta en la economía-mundo que hacia 1600 provocó una contracción básica en las exportaciones de la periferia a las zonas del centro. El azúcar siguió un rumbo más similar al de la madera, el producto en continuo «crecimiento» del Báltico. Su eterno problema era el agotamiento ecológico y la necesidad de encontrar zonas vírgenes que explotar, pero las ganancias eran consecuentemente altas[164].

[161] Davis (1973b, p. 169). Véase también Dunn, quien dice que a finales del siglo XVII los ingleses, franceses y holandeses «se pusieron tácitamente de acuerdo en dejar que España, el enfermo de América, se quedara con el resto de su imperio en el Caribe, subdesarrollado y extenso. De hecho, tanto las autoridades inglesas como las francesas consideraban más rentable comerciar con los colonos españoles que robarles, y a partir de 1680 hicieron todo lo que pudieron por eliminar a los bucaneros» (1972, página 22). Realmente, tras el tratado de Nimega de 1678, los holandeses dejaron de ser «un factor importante a tener en cuenta en el Caribe» (Goslinga, 1971, p. 482). Dunn ve otro factor más en este cambio de política, al menos en el caso de Inglaterra. La Revolución Gloriosa representó, dice, un hito y una victoria para los plantadores de azúcar, que desde entonces «mantuvieron relaciones cordiales con la Corona», que ya no se quedaba con sus ganancias como lo había hecho durante la Restauración (1972, p. 162).

[162] Véase el análisis de este cambio de política en Nettels (1931b, páginas 17-19).

[163] Véase Wallerstein (1974, p. 88, especialmente n. 70).

[164] Chevalier, hablando de México, dice: «Los hacendados estaban ansiosos de sustituir su trigo por caña de azúcar allí donde el clima lo permitía [...] El trigo, considerado como un artículo de primera necesidad, estaba sujeto a topes y a requisas de las autoridades que a menudo sólo dejaban a los productores un estrecho margen de ganancia; el azúcar, por el contrario, era un artículo de lujo que se vendía en el mercado abierto y alcanzaba precios elevados a causa de la creciente demanda» (1970, p. 74).

¿Por qué no se convirtió entonces México en un importante productor de azúcar? Berthe encuentra la explicación en las diferencias de los costes del trabajo mantenidas por razones políticas. Los ingenios de azúcar

En cuanto al azúcar, la demanda absoluta aumentó a medida que avanzaba el siglo XVII a causa de la aparición de nuevos gustos alimenticios en los países del centro. En la Edad Media, la afición a los productos dulces se había visto satisfecha en gran medida con la miel y el mosto, ambos dulces por naturaleza. Ahora se habían descubierto nuevas bebidas e inventado nuevos postres que requerían la adición de azúcar para hacerlos sabrosos [165]. Hacia 1580, la producción de azúcar se había desplazado en gran medida de las islas del Atlántico a Brasil [166]. Cuando empezaron a aparecer los signos de un empeoramiento secular en la América española, pareció producirse una mejoría en Brasil. Chaunu explica que este «giro tardío» tuvo lugar en Brasil hacia 1630-1650 y no en 1580, debido a que en el período comprendido entre 1570 y 1620 Brasil, a diferencia de la América española, «se beneficiaba todavía del fácil crecimiento de la juventud» [167]. Esto me parece artificial. ¿No es más fácil explicar esta expansión por la relación antes analizada entre la tasa bastante rápida de agotamiento ecológico y la demanda mundial, y concluir que, en cuanto producto de la economía-mundo, el azúcar estaba menos sujeto a oscilaciones seculares que el trigo y la plata? La recesión de 1630-1650 que observa Chaunu sería precisamente el factor de la productividad reducida que aparece de nuevo [168].

«excluidos desde hacía tiempo de los beneficios del sistema de repartimiento en favor de las haciendas productoras de cereales, ni siquiera podían recurrir exclusivamente a los asalariados indios y tenían que utilizar esencialmente una mano de obra esclava, frágil y costosa» (1966, página 103). Batie, por el contrario, hace hincapié en las *dificultades* de la producción de azúcar en comparación con la producción de tabaco y algodón: requería «un fuerte desembolso de capital, una mano de obra considerable y un profundo conocimiento de los procesos de fabricación» (1976, p. 13).

[165] «La costumbre de tomar bebidas endulzadas y de comer tartas y pasteles dulces se hizo más general durante el siglo XVII» (Forbes, 1957, página 7). Véanse también Davis (1973b, p. 168) y Pares (1960, p. 23).

[166] Boxer califica a los años comprendidos entre 1580 y 1680 en Brasil de «siglo del azúcar» (1952, p. 388).

[167] Chaunu (1961, pp. 1193-94). Mauro explica el «caso especial» del azúcar brasileño en la coyuntura del siglo XVII por la expansión de la demanda, debida al paso del uso del azúcar como medicina a su uso como alimento (1960, p. 233).

[168] Véase De Castro (1976). Pares, hablando de la producción de azúcar en un momento posterior, en el siglo XVIII, en las Indias Occidentales británicas, dice: «Los efectos del agotamiento del suelo en la plantación de azúcar pueden verse fácilmente. Cada década se necesitaban más esclavos para producir la misma cantidad de azúcar en la misma superficie o, allí donde el cultivo avanzaba o la producción aumentaba, esto sólo se lograba a costa de un considerable trabajo adicional» (1960, p. 41). Masefield

Fueron en cualquier caso los empresarios holandeses los que introdujeron el azúcar en Barbados en el mismo momento en que las exportaciones holandesas desde Brasil alcanzaban su punto culminante y *antes* de la revuelta de Pernambuco de 1645, que llevaría a la expulsión de los holandeses de Brasil. ¿Por qué? Dunn ofrece dos razones a este respecto: en primer lugar, el ansia de azúcar de los europeos era probablemente «lo bastante grande como para justificar una expansión de la oferta añadiendo Barbados a Brasil»; en segundo lugar, los holandeses podían beneficiarse de los servicios de los intermediarios en un momento en que «el comercio ultramarino inglés estaba distraído por la guerra civil en casa»[169]. Tal vez, pero tal vez también los holandeses estaban informados de la agotabilidad de las plantaciones de azúcar[170]. El hecho de que los holandeses buscaban condiciones *óptimas* se evidencia en la misma elección de Barbados en lugar de otras islas. En términos generales, Barbados tenía mejor clima y mejor suelo que otras islas del Caribe y una situación física más favorable en cuanto a seguridad contra el saqueo[171]. De hecho, tales con-

habla de los «altibajos de la industria del azúcar», resultantes del continuo agotamiento del suelo (1967, p. 291). Batie sugiere como factor adicional en el caso de Brasil la guerra con los holandeses (1630-41), que «destrozó en buena medida» las plantaciones de azúcar (1976, p. 15).

[169] Dunn (1972, pp. 65-66). Sheridan afirma que los cultivadores ingleses de tabaco pasaron por una crisis de superproducción en 1636 que llevó a una búsqueda de alternativas. Los holandeses se sumaron a ellos en 1637 con la caña de azúcar (y con la tecnología, el capital y los esclavos negros; véase 1969, p. 11). Furtado, por el contrario, afirma: «Es probable que los cambios experimentados por la economía del Caribe se hubieran producido mucho más lentamente de no haber sido por un acontecimiento externo a finales de la primera mitad del siglo XVII: la expulsión final de los invasores holandeses del norte del Brasil» (1963, p. 25).

[170] Edel atribuye el cambio al hecho de que los costes en Barbados eran menores que en Brasil a causa de la buena calidad y la novedad del suelo. Así, «era lógico que los capitalistas holandeses, a pesar de sus intereses en Pernambuco, consideraran Barbados como una base para nuevas inversiones, aparte de la inseguridad del control holandés sobre el nordeste del Brasil» (1969, p. 42). Batie añade un factor coyuntural y pasajero. Tras la revuelta de Pernambuco en 1645, la Compañía Holandesa de las Indias Occidentales, pensando que le quedaba poco tiempo de vida, ordenó a sus agentes en la Costa de Oro que continuaran vendiendo esclavos. Cuando estos esclavos llegaron, fueron enviados a las Pequeñas Antillas para ser vendidos «a crédito, en condiciones muy ventajosas. De las islas, Barbados era la que estaba más cerca de Recife» (1976, p. 21).

[171] A propósito del clima y del suelo, véase Dunn (1972, pp. 26-30). A propósito de la seguridad, véase Pares: «Barbados debió su historia excepcionalmente tranquila (nunca cambió de pabellón desde su fundación) al hecho de que, al estar a unas pocas millas al este del principal archipiélago, estaba fuera de la ruta no sólo de los españoles sino también de

sideraciones se aplicarían a todas las primeras islas azucareras (de las cuales Barbados sólo eran primus *inter pares),* como señala Sheridan [172]:

Inicialmente se dio preferencia a las pequeñas islas sobre las grandes a la hora de establecer plantaciones. Desde el punto de vista del transporte y la defensa, la distancia desde la Europa septentrional era menor, las islas situadas a barlovento eran más fáciles de defender que las que estaban a sotavento y la elevada proporción de costa permitía a la mayoría de las plantaciones tener acceso directo a los barcos de altura.

Y Sheridan añade que había más viento para los molinos, un clima menos abrumador y menos posibilidad de insurrecciones y huidas de esclavos.

Cuando la producción de azúcar llegó a Jamaica, que era una isla muy grande, se detuvo el proceso de expansión territorial, al menos en el caso de Inglaterra, ya que Jamaica proporcionaba una superficie considerable y los intereses del sector azucarero temían que «el aumento de los campos de caña saturara la producción e hiciera bajar los precios» [173]. En este sentido, la ausencia de una expansión posterior fue una expresión de la fuerza mercantilista recién adquirida. Lo mismo se puede decir de la actitud de los franceses tras su adquisición de Santo Domingo [174]. La expansión a expensas de los *españoles* ya no era necesaria, porque la superficie dedicada al cultivo del azúcar en los territorios bajo dominio inglés y francés era más que suficiente para otro siglo. Pero la destrucción de las propiedades del rival siguió siendo un objetivo esencial para Inglaterra y Francia durante las tres guerras anglofrancesas del Caribe: 1666-1667, 1689-1697 y 1702-1713. El hecho de que esta mutua destrucción llegara a su fin después de 1713 se debió a que la demanda mundial había aumentado por en-

los caribes» (1960, p. 10). Batie dice que la seguridad era importante a causa de las grandes inversiones exigidas por el azúcar. «La amenaza de una invasión preocupaba particularmente a los ricos inversores que podían perder una fortuna en esclavos y equipo durante la más breve de las incursiones marítimas» (1976, p. 15).

[172] Sheridan (1969, p. 19). Una de las desventajas de Brasil era que en el interior había zonas donde podían sobrevivir comunidades de esclavos fugitivos. Este era en especial el caso de Cairú y Camamú, en Bahía. Véase Schwartz (1970).

[173] Dunn (1973, p. 21). Véase también Davies: «El medio siglo que siguió a la toma de Jamaica en 1655 se caracterizó por la consolidación, más que por la expansión, de los intereses ingleses en las Indias Occidentales» (1952b, p. 89).

[174] Véase Dunn (1972, p. 21).

tonces lo suficiente como para dar cabida a las industrias azucareras de ambos países, que estaban en pleno desarrollo. «Los plantadores de azúcar habían descubierto El Dorado después de todo» [175].

En cierto sentido, el tabaco fue siempre el pariente pobre del azúcar: empezó muy pronto y se quedó atrás también muy pronto. Empezó muy pronto porque era el cultivo de los principiantes. Daba fruto en el mismo año y exigía poco equipo especial. Pero tenía grandes desventajas, al menos en el período que estamos analizando. El tabaco «acababa con el suelo» [176], incluso más que el azúcar. Tenía que ser trasladado cada 25 años aproximadamente, por lo que su cultivo sólo era posible en las islas grandes o en zonas con un *hinterland* en expansión como Virginia y Maryland [177]. Además, el tabaco tenía un mercado mundial menor y un margen de ganancia también menor que el azúcar. «No se prestaba a la agricultura lucrativa como el azúcar [...] con la que se podían hacer fortunas en una década» [178]. Al igual que el azúcar, era tenido por un producto con propiedades terapéuticas, pero el azúcar se convirtió en un producto de primera necesidad en lugar de una droga a co-

[175] Dunn (1972, p. 23). Aunque la mutua destrucción de las guerras no consiguió frenar el ritmo de crecimiento de la industria azucarera (signo de una demanda siempre creciente), sí afectó a la organización social de la producción. «En las islas inglesas la [larga] guerra [de 1689 a 1713] perjudicó indudablemente a los pequeños campesinos y benefició a los grandes plantadores» (Dunn, 1972, p. 147). Véase también Sheridan (1965, página 299, cuadro 3) a propósito de la creciente concentración de tierras en Jamaica de 1670 a 1754.

[176] Pares (1960, p. 20).

[177] Pares convierte curiosamente esta ventaja en virtud: «Los plantadores [tanto de tabaco como de azúcar] se resentían del agotamiento del suelo. Las colonias tabaqueras sufrían menos, porque el propietario de una plantación agotada podía obtener fácilmente tierras vírgenes —como máximo a unos cientos de kilómetros más lejos— y desplazar allí sus esclavos [...] Los plantadores de azúcar tenían más dificultades para hacerlo. Muchas de las islas eran pequeñas» (1960, p. 41). Pero esto es poner la carreta delante del caballo. ¿Por qué desplazó el azúcar al tabaco en primer lugar en las islas más pequeñas, retirándose, podríamos decir, a las islas más grandes y al valle de Chesapeake? El cambio del tabaco por el azúcar en las islas más pequeñas se produjo en la década de 1660. Véase el propio Pares (1960, p. 22) y también Farnie (1962, p. 210). Y esto a pesar de la caída de los precios del azúcar de 1645 a 1680. Véase Pares (1960, p. 40). El cultivo del principiante tenía una ventaja en relación con el agotamiento del suelo, como afirma Pares: «Una plantación de azúcar no era tan fácil de transplantar como una plantación de tabaco: había más maquinaria pesada y más capital invertido en las superficies ya plantadas. Por estas razones, un plantador de azúcar a menudo tenía que quedarse donde estaba» (1960, p. 41).

[178] Land (1965, p. 647).

mienzos del siglo XVII, mientras que el tabaco no pareció hacerlo hasta un siglo o quizá dos después. No están muy claras las razones de esto, pero hay dos hechos obvios: el azúcar tiene un valor nutritivo que el tabaco no tiene y, además, el consumo del azúcar en expansión fue el complemento del consumo del café, el té y el cacao, también en expansión [179].

Por otra parte, dado que el tabaco, a diferencia del azúcar, podía ser cultivado en climas no tropicales, representaba una opción agrícola para buena parte de Europa. La producción de caña de azúcar sólo era posible en las islas del Mediterráneo y ya se había «infiltrado» en estas zonas. Por consiguiente, pese al rápido agotamiento del suelo que provocaba el tabaco, la oferta mundial superaba a la demanda mundial con más frecuencia en la producción de tabaco que en la de azúcar. La situación del tabaco se vio además agravada por la política de la mayoría de los gobiernos europeos, que encontraron en este artículo de lujo un producto fácil de gravar e incluso de arrendar a través de monopolios estatales. Por supuesto, esto no sucedió en todas partes. Las Provincias Unidas, como correspondía al principal mercado mundial del tabaco, no lo gravaron con impuestos [180] y la producción nacional de tabaco floreció allí, especialmente en años difíciles para los cereales [181]. Además de regular y gravar el tabaco, la mayoría de los países trataron de prohibir la producción nacional. Esto es especialmente aplicable a Inglaterra y Francia, siendo el motivo más probable el control fiscal. «Era más fácil obtener derechos de aduana del tabaco importado a Londres o La Rochela que [recaudar] impuestos de un artículo cultivado en Gloucestershire o Gascuña» [182].

[179] A propósito del tabaco como terapia durante este período, véase Ortiz (1947, pp. 242-45). A propósito de la afición al azúcar, Nef ofrece esta explicación: «Durante el siglo XVI y a comienzos del XVII, los europeos adquirieron una afición al azúcar que no existía entre los anteriores pueblos civilizados. Esto se explica en parte por el desarrollo de una civilización económica en el norte. Las frutas y verduras del norte eran menos suculentas que las que se cultivaban en el suelo mediterráneo. Para hacerlas más sabrosas era necesario endulzarlas» (1968, p. 77).

[180] La única zona importante de Europa que no gravaba las importaciones de tabaco era la de los Países Bajos españoles. Véanse Gray y Wyckoff (1940, p. 4).

[181] Véase Roessingh: «A largo plazo, el desarrollo del cultivo del tabaco puede ser interpretado como un acompañamiento de la prolongada recesión agrícola del período comprendido entre 1650 y 1750 aproximadamente. La relación entre el precio del tabaco nacional y los cereales cambió en favor del tabaco, y los productores reaccionaron ante estos cambios económicos incrementando la superficie dedicada al tabaco» (1976, p. 500).

[182] Pares (1960, p. 26). No era tan fácil, sin embargo, acabar con la

Al principio, los impuestos estatales perjudicaron a la industria del tabaco americana. Su principal resultado fue «la elevación de los precios y la restricción de los mercados»[183], dado sobre todo que la imposición de derechos de aduana fomentó a su vez la producción europea, agravando de este modo el «principal problema económico» de la producción del hemisferio occidental: los «costes de la mano de obra y el transporte»[184]. Sin embargo, a comienzos del siglo XVIII una cierta combinación de factores cambió por completo la situación. En primer lugar, la eliminación por el Estado de la producción de tabaco europea había tenido un relativo éxito. En segundo lugar, entre los productores del hemisferio occidental, las colonias inglesas del valle de Chesapeake eran las que producían más a un precio más bajo. En tercer lugar, los ingleses desarrollaron la reexportación de diversos productos tropicales (incluido el tabaco) como una de sus principales actividades económicas. Por consiguiente, los ingleses acabaron por considerar el tabaco sobre todo como una fuente de ingresos comerciales y no como una fuente de ingresos fiscales[185]. Al mismo tiempo, Francia adoptó una postura diametralmente opuesta, haciendo de los derechos de aduana sobre el tabaco «un elemento esencial de los ingresos estatales»[186]. A partir de 1720, con el apoyo del gobierno, Francia se convirtió en el comprador más importante del tabaco de Virginia y Maryland reexportado desde Inglaterra, adquiriendo una cuarta parte de la producción total y justificando así, en gran medida, el *boom* (a la

producción de tabaco europeo. Beer observa: «La primera prohibición contra el tabaco inglés fue promulgada en 1620, y [...] fueron precisos setenta años de esfuerzos más o menos constantes y medidas enérgicas para extirpar esta industria» (1912, p. 145). No había obstáculos ecológicos para cultivar tabaco en Inglaterra. Thirsk dice que las condiciones agrícolas en Inglaterra eran «totalmente apropiadas» y señala que las fechas de sus labores no interferían con las del cultivo de los productos alimenticios esenciales (1974, p. 89).

[183] Gray y Wickoff (1940, p. 4); pero Breen atribuye «la transformación de Virginia [...] al aumento de los precios del tabaco a partir de 1684» (1973, p. 13).

[184] K. G. Davies (1974, p. 144).

[185] En 1723, Walpole estimuló la reexportación del tabaco eximiéndolo de los derechos de aduana (y eliminando con ello las ventajas en cuanto a precio del tabaco holandés y alemán). Véase J. M. Price (1964, pp. 505-506).

[186] J. M. Price (1964, p. 504). «Mientras que el rey de Inglaterra había sacado unos ingresos cerca de dos veces superiores a los del rey de Francia del tabaco en 1700, en la década de 1760 el rey de Francia obtenía cerca de cuatro veces mas que su primo británico» (p. 503).

larga) y la creciente concentración de la producción y la comercialización [187].

En los últimos años del siglo XVII, probablemente entre 1693 y 1695, se «descubrió» oro en Brasil [188]. Este fue el inicio del *boom* de las exportaciones de oro. Las cifras oficiales muestran un incremento de dichas exportaciones, que pasaron de 725 kg en 1699 a 14 500 kg en 1712, el año de mayor producción. Boxer estima, sin embargo, que esto sólo suponía entre una décima y una tercera parte de las exportaciones reales, ya que el resto era objeto de contrabando [189]. ¿Por qué fue «descubierto» el oro brasileño en ese preciso momento? Vilar señala la coincidencia entre el comienzo del «ciclo del oro» en Brasil y la inflación monetaria en Inglaterra resultante de las guerras de 1689 a 1713, y sugiere, muy acertadamente, que no son los descubrimientos los que explican la expansión comercial y la inflación de Inglaterra, sino al contrario: la expansión, «exigiendo o favoreciendo la búsqueda y la explotación de nuevas minas, se halla en los orígenes del 'ciclo del oro'» [190]. Apoya a esta hipótesis el hecho de que el contrabando fuera un secreto a voces y estuviera sistemáticamente organizado para llevar a Inglaterra el oro de Brasil, prescindiendo prácticamente de la economía de Portugal.

Tanto en tiempos de paz como de guerra, el oro de Brasil iba a Inglaterra a bordo de los buques de la marina real y en los paquebotes que hacían el servicio semanal entre Falmouth y Lisboa. Tanto los buques de guerra como los paquebotes estaban exentos de los registros de las aduanas portuguesas y de los funcionarios portugueses. Naturalmente, los comerciantes de Lisboa, tanto británicos como extranjeros, preferían enviar su oro a Inglaterra por este medio, ya que la exportación de monedas y metales preciosos de Portugal estaba estrictamente prohibida desde la Edad Media [191].

Estos acontecimientos indican que la larga contracción de 1600 a 1750 no supuso una mera involución de las áreas periféricas.

[187] J. M. Price relaciona directamente esto con «la presión del comprador monopsonista francés» (1964, p. 506).
[188] Boxer (1969b, p. 35).
[189] *Ibid.*, p. 59.
[190] Vilar (1974, p. 279). Tal vez haya otra cara en esta moneda. Boxer señala que «con el declive de los precios del azúcar en el último cuarto del siglo XVII, muchos comerciantes de Lisboa insistieron en ser pagados en metálico [por los esclavos] y no en especie [azúcar o tabaco], y la consiguiente exportación de moneda produjo una grave crisis financiera en Brasil» (1969b, p. 26). Esto parece sugerir no sólo un incentivo inglés, sino también uno brasileño, para el «descubrimiento» de oro.
[191] Boxer (1969a, p. 460).

Lo que se produjo fue una redistribución de algunas de las anteriores actividades periféricas (en especial la producción de cereales y pastos), que se desplazaron de la periferia al centro (obligando así a la producción de Europa oriental e Hispanoamérica a reorientarse hacia los mercados *regionales*), más la creación de una nueva región periférica, que en parte estaba directamente colonizada y producía sólo aquello que no podía ser producido en los países del centro. Esta nueva región periférica era el gran Caribe, que abarcaba desde el nordeste de Brasil hasta Maryland, y sus tres principales productos eran el azúcar, el tabaco y el oro. Las Provincias Unidas, Inglaterra y Francia, los tres Estados del centro, se repartieron los beneficios económicos: los holandeses sobre todo hasta 1650, los ingleses sobre todo más tarde y especialmente a partir de 1690.

Veamos ahora el proceso de formación de clases en esta nueva periferia, y especialmente la forma que adoptaron la burguesía y el proletariado. La burguesía localizada en las regiones periféricas estaba constituida principalmente por el clásico dúo de «comerciantes y plantadores». En el siglo XVII, en las «antiguas» periferias del este y el sur de Europa (Sicilia y ciertas zonas meridionales de Italia, España y Portugal) y de la América española, la involución prevaleció, la manufactura recuperó su papel y el mercado se tornó regional. Así pues, parece evidente que la importancia de la clase mercantil disminuyó en comparación con la importancia de los empresarios productivos, es decir, los plantadores, si se utiliza como criterio el porcentaje del capital total concentrado en manos de un grupo o la tasa de ganancia de sus actividades o su influencia política (tanto a nivel mundial como local). La eliminación de buena parte del comercio de larga distancia debió de perjudicar enormemente al grupo de los comerciantes, sobre todo en lo referente a su capacidad de negociación con los terratenientes que producían para el mercado. Todo el sistema *internacional* de peonaje por deudas (de los plantadores con los comerciantes) debió de declinar a medida que el sistema *local* de peonaje por deudas (de los campesinos con los terratenientes) se extendía [192].

Pero ¿qué sucedió con la «nueva» periferia del gran Caribe? ¿No fue ésta la cuna por excelencia del «capitalismo mercantil»? Vale la pena echar un cuidadoso vistazo a lo que estaba ocurriendo, empezando por la conclusión del detallado análisis que realiza Richard Pares de la inversión y el flujo de capital entre

[192] Para un análisis del peonaje por deudas a nivel internacional, tal como funcionaba en el siglo XVI, véase Wallerstein (1974, pp. 121-22).

las Indias Occidentales británicas e Inglaterra en los siglos XVII y XVIII:

> Así pues, fue el plantador el que pagó, por así decirlo, su esclavitud. Las ganancias de las plantaciones eran la fuente que alimentaba el endeudamiento que pesaba sobre las propias plantaciones. En este sentido, Adam Smith estaba en un error: la riqueza de las Indias Occidentales británicas no procedía en su totalidad de la madre patria: tras algunos préstamos iniciales en los primeros tiempos, que simplemente sirvieron de detonador, la riqueza de las Indias Occidentales fue creada a partir de las ganancias de las propias Indias Occidentales y, con cierta ayuda por parte del contribuyente británico, buena parte de esta riqueza encontró un hogar permanente en Gran Bretaña [193].

¿Cómo funcionaba este sistema? Aclaremos que lo que pretendo analizar *no* es hasta qué punto contribuyó la explotación de la mano de obra en el Caribe a la acumulación de capital en Inglaterra; la cuestión es cómo afectaron los conflictos internos entre las capas burguesas a la forma de distribución del plusvalor entre ellas y cómo fue finalmente canalizado éste de la periferia al centro.

Los «intereses» del azúcar se desplazaron a Inglaterra desde finales del siglo XVII y a lo largo del XVIII. Dunn, sin embargo, se salta una etapa, al señalar que si bien el plantador de azúcar del Caribe era un «empresario a gran escala» y una «combinación de agricultor y manufacturero» [194], a finales del siglo XVII «la propiedad absentista se estaba convirtiendo en un importante problema» [195]. En un principio, lo habitual era que los plantadores con pocas tierras y capital limitado empezaran en la región a la que habían emigrado. Obtenían el capital necesario para la inversión de comerciantes de puertos europeos como Londres y Dieppe. En lugar de conseguir un préstamo favorable, el comerciante se asociaba con el pequeño plantador (práctica conocida como *mateship* en Inglaterra y *matelotage* en Francia). El plantador recibía dinero para su pasaje y el de los siervos contratados [*indentured servants*], así como dinero para las herramientas y las provisiones iniciales. El comerciante invertía así su capital y recibía sus intereses en especie. Este

[193] Pares (1960, p. 50).

[194] Dunn (1972, p. 194). El papel de manufacturero incluía la posesión de trapiches para extraer el jugo de la caña, instalaciones para evaporar el jugo de la caña a fin de obtener azúcar cristalizada, naves para secar el azúcar y las melazas, destilerías para transformar las melazas en ron y almacenes para guardar el azúcar en barriles (véanse pp. 189-90).

[195] Dunn (1972, p. 200).

sistema, a diferencia del de la propiedad directa, en el que el «plantador» era un «agente», presentaba grandes ventajas para el comerciante, que «se encontraba parcialmente protegido contra la deslealtad de los agentes —principal riesgo de toda empresa colonial— por la asociación, que inculcaba en el plantador un profundo interés por la prosperidad del negocio» [196].

Una vez creadas las plantaciones en determinadas islas, se producía, sin embargo, un proceso de concentración a causa de la mayor resistencia de los grandes productores frente a la fuerte competencia mundial. A medida que crecía el tamaño de las plantaciones, crecía también la importancia del plantador frente a su socio mercantil. Esto se puede observar en el conflicto en torno a las Leyes de Navegación. La legislación mercantilista protege a los manufactureros y a los reexportadores, pero rara vez es útil a los productores de materias primas de la periferia. A mediados del siglo XVII, cuando la producción de azúcar en el Caribe británico era fuerte en relación con la de otras regiones y el consumo nacional inglés era relativamente reducido, los pequeños plantadores de las Indias Occidentales británicas hicieron todo lo que pudieron por soslayar a los comerciantes ingleses vendiendo al continente a través de los comerciantes de Norteamérica, las Indias Occidentales holandesas y francesas e incluso Irlanda y Escocia. En el siglo XVIII los papeles se invirtieron. La producción de azúcar se extendió a otras áreas, los precios del mercado nacional inglés subieron a causa de la protección y la demanda inglesa se incrementó a causa de la elevación del nivel de vida y el crecimiento de la población. Fueron entonces los plantadores de las áreas no inglesas los que trataron de hacer llegar sus mercancías a través de los comerciantes de las Indias Occidentales británicas. Esto debilitó la posición de los plantadores ingleses y reforzó la de los comerciantes londinenses [197].

Debemos, pues, distinguir tres fases. En la primera, el plantador del Caribe era pequeño y débil frente a un comerciante relativamente importante. Como resultado de la concentración, los plantadores se hicieron más fuertes e importantes y asumieron el poder político local en las islas [198]. Y lo que es aún más importante: el sistema de comisión se desarrolló y en

[196] Pares (1960, p. 5).
[197] Véase Sheridan (1957, pp. 63-66).
[198] «En los primeros años del siglo XVIII, los plantadores acomodados ocupaban la mayoría de los escaños en la mayor parte de los parlamentos de la isla» (Sheridan, 1957, p. 67).

lugar de ser el plantador el «agente» del comerciante, éste se convirtió en el «agente» del plantador. El sistema de comisión contribuyó a eliminar a los pequeños comerciantes que operaban a nivel local (a diferencia de los grandes factores ingleses)[199]. Esto tuvo la ventaja secundaria de reducir el comercio clandestino entre las islas. En 1707, los intereses de las Indias Occidentales eran aún lo suficientemente fuertes como para crear un mercado «forzoso» en Escocia y, por medio de la famosa Ley de Melazas [*Molasses Act*] de 1732, en Irlanda y la Norteamérica británica[200]. A través de la relación directa entre los plantadores del Caribe y los comerciantes de Inglaterra, el sistema de comisión eliminó al intermediario de la *periferia* y desplazó el mercado para el azúcar del Caribe a Europa. Dos factores crearon las condiciones para la aparición del sistema de comisión, que estuvo en primer lugar relacionado con la producción de azúcar de Barbados: la creciente fuerza de los plantadores gracias a la concentración y la presión ejercida sobre ellos por los precios en descenso, ya que necesitaban un porcentaje mayor de ganancia para conservar el mismo nivel de ingresos[201]. El sistema se extendió a otras islas, y en la década de 1690 era utilizado también en la producción de tabaco[202]. De este modo, el centro de la inversión empresarial pasó del comerciante al plantador. «El plantador enviaba su producción a Europa, para que allí fuera vendida a comisión por el comerciante en calidad de factor suyo, y este mismo factor compraba, una vez más a comisión, provisiones para la plantación por orden del plantador»[203]. El sistema de comisión

[199] «Los comerciantes locales, como clase, comenzaron a languidecer o incluso a desaparecer en muchas partes de las colonias, aunque sobrevivieron en Kingston (Jamaica), que estaba estrechamente relacionada con el imperio español, en Bridgetown (Barbados), donde los grandes negocios estaban basados en el tráfico de esclavos, y en la Martinica, donde los *commissionnaires* se enriquecieron a costa del comercio de otras islas. En otras partes, su importancia decreció considerablemente. Eran comerciantes, pero sobre todo eran simples factores que vendían a comisión productos de Norteamérica» (Pares, 1960, p. 33).

[200] «Los plantadores tuvieron tanto éxito en sus intentos de elevar el precio del azúcar que [en 1753] los compradores se vieron obligados a buscar ayuda parlamentaria». Sheridan da esto como explicación primordial del período de «exceso de ganancias» de finales de la década de 1730 a 1763 (1957, pp. 81, 83).

[201] Véase K. G. Davies (1952b, pp. 101, 103-4), que dice: «El sistema de comisión fue en un principio el método para dar salida al azúcar producido por las grandes haciendas, intensamente cultivadas y sumamente capitalizadas».

[202] Véase J. M. Price (1954, p. 506).

[203] Pares (1960, p. 33).

no tenía un carácter universal. Fue utilizado por los plantadores de azúcar ingleses, pero no por los franceses. En el caso del tabaco de Virginia, la adopción de este sistema fue temporal, y en la década de 1730 los plantadores volvieron al tipo de acuerdo que habían utilizado anteriormente. Debemos plantearnos tres cuestiones. ¿Por qué se dio este sistema en las islas inglesas y no en las francesas? ¿Por qué cambiaron de sistema los plantadores de tabaco de Virginia? ¿Cómo debemos interpretar el cambio del centro de ganancias?

Refiriéndose a la cuestión de por qué el sistema fue utilizado por los ingleses y no por los franceses, Pares recurre primero a la explicación de Davies de que el sistema de comisión se originó porque los *grandes* plantadores tenían que pagar sus esclavos. En Londres, los factores podían utilizar letras de cambio para realizar estos pagos, siéndoles abonadas en consignaciones de azúcar. El sistema de comisión facilitaba, pues, crédito al gran plantador-empresario. Sin embargo, Pares dice que dado que los grandes plantadores franceses necesitaban también crédito para comprar esclavos y no crearon un sistema de comisión, debió existir un factor adicional: el hecho de que el absentismo del propietario se inició antes y alcanzó mayores proporciones en las islas inglesas que en las francesas [204]. Pero ¿qué significa eso de absentismo? El absentismo se produjo porque los empresarios más boyantes se aprovecharon de su buena suerte, y hay pruebas de la fuerza de su iniciativa. En lugar de desempeñar el papel de capataces, pasaron a desempeñar el de ejecutivos financieros, y dada la escala de su capital acumulado, pudieron permitirse el lujo de especializarse en este último papel (y, de paso, dedicar más tiempo a consumir sus ganancias). El absentismo (y el resultante sistema de comisión) se produjo en las islas inglesas y no en las francesas, y más en relación con el azúcar que con el tabaco, precisamente a causa de la mayor rentabilidad de las zonas inglesas y del azúcar [205].

[204] Véase K. G. Davies (1952b) y Pares (1960, pp. 33-34). Pares añade luego: «Pero hay una grave objeción que hacer a esta explicación: no eran sólo los plantadores absentistas, sino casi todos los plantadores locales los que, en las colonias inglesas, enviaban su azúcar a Inglaterra por su propia cuenta». No veo la fuerza de esta objeción. Una vez creado el modelo, los pequeños propietarios se subieron al carro y encontraron factores londinenses dispuestos a llevar sus negocios.

[205] Land señala que el tabaco de Chesapeake no dio lugar a fortunas como las del azúcar de las Indias Occidentales. «Por consiguiente, los plantadores de Chesapeake no volvían 'a casa' a deslumbrar al pueblo con sus riquezas. Sus beneficios procedían en primer lugar de la produc-

La cuestión de por qué los plantadores de tabaco de Virginia cambiaron de sistema queda así parcialmente contestada. A los plantadores de tabaco no les resultaba tan fácil convertirse en empresarios absentistas dada la presencia del comprador monopsonista francés. Los compradores del mercado francés buscaron proveedores a gran escala y las firmas escocesas de la costa occidental de Escocia se ofrecieron para desempeñar este papel. Aunque la distancia a los puertos franceses no era mayor, tenían la ventaja (frente a otros grupos de comerciantes británicos) de su proximidad a Virginia y la mayor baratura de su mano de obra (dado el carácter semiperiférico de Glasgow). Al tener un amplio mercado que abastecer, las firmas escocesas mandaron agentes al valle de Chesapeake, eludiendo a los grandes plantadores que tenían agentes a comisión en Londres y llegando al pequeño agricultor del interior con créditos que podían ser devueltos en especie[206]. De este modo el equilibrio de fuerzas se inclinó en este caso hacia el lado del comprador. Finalmente, para responder a la cuestión del cambio del centro de riesgo y ganancia empresarial, debemos considerar el significado de las deudas. Dado que la caída de los precios del azúcar fue uno de los desencadenantes de este cambio, Pares sugiere que «no era la del empresario una posición orgullosa y ventajosa que el plantador hubiera arrebatado al comerciante, sino una posición humilde y poco gratificante a la que el comerciante le había empujado». Sin embargo, el papel *no* era evidentemente humilde y poco gratificante, como señala el propio Pares: «Los plantadores de azúcar absentistas eran, junto con los nababs de las Indias Orientales, los ricos más notables de su época»[207].

Relacionemos este hecho con el de las crecientes deudas contraídas por el plantador inglés a lo largo del siglo XVIII con los comerciantes ingleses. ¿No representa esto de nuevo un

ción de tabaco que les daba lo suficiente para vivir, y de forma secundaria de la empresa, que proporcionaba mayores ganancias» (1965, p. 647). En otras palabras, no podían permitirse el lujo de «especializarse», tenían que seguir siendo capataces. J. R. Ward, sin embargo, se muestra escéptico por lo que respecta a posibles diferencias significativas de rentabilidad entre las islas inglesas y las francesas *en el siglo XVIII* (véase 1978, p. 208).

[206] Véase J. M. Price: «Si un comerciante [de Glasgow] quería más tabaco, no tenía más que ampliar su crédito a los plantadores, y habría una cosecha de tabaco suplementario. De este modo, el crédito escocés y de otras partes creó su propia oferta de tabaco de un modo mucho más eficaz que el mecanismo de los precios. Y detrás del crédito escocés estaba el comprador francés» (1964, p. 509).

[207] Pares (1960, pp. 35, 38).

cambio, esta vez en contra del plantador y en favor del comerciante? Tal vez, pero hay otro modo de interpretar los acuerdos financieros. La utilidad de esta estructura de endeudamiento con los factores sólo fue evidente mientras prosperó la industria del azúcar. Sin embargo, era evidente que los plantadores absentistas estaban empezando a vivir por encima de sus ingresos. «Casi todas las grandes deudas [...] empezaban como deudas o cuentas corrientes y acababan como hipotecas [...] Finalmente [...] muchas propiedades de las Indias Occidentales resultaron ser de un valor inferior al importe de sus hipotecas» [208]. Sabemos que el azúcar (y el tabaco) se agotan. Después de una etapa inicial de ayuda por parte del comerciante y una segunda etapa de concentración de tierras y dominación de la obtención de ganancias por parte del plantador ¿no hubo acaso una tercera etapa en la que las plantaciones, dada su inevitable decadencia, fueron exprimidas hasta el agotamiento por unos propietarios absentistas incapaces de reproducir el capital al mismo nivel? Indudablemente, estos propietarios compartían estas superganancias con sus factores, pero este acuerdo es un ejemplo no del predominio de los comerciantes en una época preindustrial, sino de la forma que adoptan las ganancias en el período *que sigue* al de máxima productividad y relativa eficiencia [209].

Debemos volver ahora a la segunda parte de esta ecuación: la oferta de mano de obra que creó esta mayor eficiencia en la producción. Decir que el azúcar y la esclavitud mantuvieron «una relación íntima» [210] es prácticamente una perogrullada. Sin embargo, los primeros intentos de cultivar azúcar y tabaco en el Caribe estuvieron casi siempre basados en el uso de siervos contratados y no de esclavos. No fue sino a finales del siglo XVII cuando los esclavos se convirtieron en la mano de obra característica de las islas y no fue sino a comienzos del siglo XVIII cuando se puede decir que esto ocurrió en las colonias continentales del sur de Norteamérica [211]. La diferencia jurídica

[208] *Ibid.*, pp. 48-49.

[209] De este modo, cuando Sheridan dice que «es evidente que la economía de plantación de Jamaica llegó a estar dirigida por un grupo de comerciantes londinenses y plantadores absentistas, y que las grandes fortunas familiares estaban mucho más estrechamente asociadas al comercio y a las finanzas que a la agricultura tropical» (1965, pp. 309-10), tiene razón por lo que respecta al período posterior, pero no tiene en cuenta que este período *posterior* sólo fue posible gracias al período anterior de eficiencia competitiva en la producción.

[210] Masefield (1967, p. 290).

[211] Véase Davis (1973b, p. 134). Breen, sin embargo, afirma que el mo-

entre estos dos estatus ha dado lugar a torneos verbales entre los eruditos que subrayan que la servidumbre contratada era una *esclavitud* temporal, como Ralph Davies[212], y los que nos recuerdan que era sólo una esclavitud *temporal*, como K. G. Davies[213]. La verdadera cuestión es de orden económico. ¿Cuáles eran las ventajas y desventajas a largo plazo de cada uno de estos estatus? Es fácil entender por qué los primeros empresarios del Caribe preferían los siervos contratados a los esclavos. La primera razón, y probablemente la determinante, era el desembolso mucho menor de capital inicial. En aquella época, a un siervo contratado había que adelantarle de 5 a 10 libras para el pasaje, mientras que un esclavo africano costaba de 20 a 25[214]. Aun cuando los gastos posteriores de alimentación y ropa para el esclavo fueran menores y aun cuando el desembolso para el siervo contratado se amortizara en un período de sólo tres o cuatro años, estaba además la cuestión de la liquidez inicial de capital.

Por supuesto, tenía que haber una oferta. ¿Quiénes llegaban al hemisferio occidental en calidad de trabajadores contratados? En general, eran personas muy jóvenes, a menudo adolescentes, hijos de asalariados o miembros de las capas medias más pobres. En los casos en que no se veían obligados a contratarse como siervos, lo que les movía a afrontar los rigores de un clima desconocido y un trabajo duro conocido era la posibilidad de una movilidad social ascendente gracias a las tierras que les serían entregadas al término de su contrato. Se ha dicho a veces que eran más hábiles que los esclavos africanos, pero esto es bastante dudoso considerando su edad y su experiencia. Más bien se podría decir lo contrario. Sin duda se precisaban varios años para formar a un trabajador eficaz y justo cuando los siervos contratados habían «adquirido una cierta habilidad»[215] abandonaban a sus patronos. En cambio los esclavos africanos no se marchaban una vez acabada su

mento decisivo para Virginia fue el año 1680, en que «las compañías inglesas adquirieron la capacidad necesaria para enviar directamente de Africa los negros a las colonias del continente» (1973, p. 14). También señala que en 1682 Inglaterra aprobó nuevas regulaciones para el reclutamiento de siervos contratados, en las que se exigía que todos los contratos llevaran la firma de un magistrado de Inglaterra y que los contratos de los menores de 14 años se hicieran con el permiso paterno.

[212] Davis (1973b, p. 130, el subrayado es mío).

[213] Véase K. G. Davies (1974, p. 107).

[214] Véase Pares (1960, p. 19). Véase también Phelan: «Los esclavos negros suponían una importante inversión de capital» (1959, p. 191).

[215] Pares (1960, p. 19).

formación. ¿No es esto lo que está en juego cuando decimos que la decisión de utilizar mano de obra esclava en Barbados se explica por la búsqueda de una «fuerza de trabajo más dócil y estable» [216]?

¿Qué fue lo que hizo cambiar el equilibrio dejando de favorecer el uso de los siervos contratados? En primer lugar, se acabaron las «tierras buenas sin propietario» de las que dependía el sistema [217], como consecuencia de la combinación de rotación de tierras, debida al agotamiento del suelo, y concentración creciente de tierras. La esclavitud llegó, pues, a las plantaciones de azúcar antes que a las de tabaco y llegó a las Indias Occidentales más que a las colonias continentales del sur de Norteamérica [218]. Si el siervo contratado no podía esperar su recompensa, ¿por qué había de sufrir una brutal servidumbre en la plantación? Cuando a la disminución de la oferta de trabajo se unió un simultáneo aumento de la demanda, fue inevitable la adopción de la esclavitud. Aun cuando no fuese «necesariamente el modo más barato o más eficaz de explotar las plantaciones de azúcar [...] fue *el único disponible* cuando ya no se pudo atraer a siervos blancos» [219]. No es, pues, casual que la *sustitución* por esclavos esté normalmente aso-

[216] Dunn (1972, p. 72). Debien cita el hecho de que los siervos contratados [*engagés*] eran una «población flotante» para explicar el cambio en las Antillas francesas (1942, p. 74).

[217] Davis (1973b, p. 131). El hecho de que las tierras no se acabaran fue precisamente la razón de que los siervos contratados sobrevivieran en el Canadá francés y no en las Antillas francesas. Véase Dermigny (1950, página 236).

[218] Pares sugiere en un determinado momento que el tabaco era «el cultivo del hombre libre», porque requería «un juicio atinado» y por tanto «no podía ser fácilmente confiado a unos esclavos que trabajaban por rutina»; pero luego admite que «la experiencia de Virginia demuestra que el tabaco también podía ser cultivado en plantaciones esclavistas» (1960, página 21).

[219] Davis (1973b, p. 133, el subrayado es mío). Allen indica que hubo diez revueltas o intentos de revuelta entre los siervos y las clases populares en Virginia desde la Conspiración de los Siervos de 1667 hasta los motines del tabaco de 1682, siendo la decisiva la rebelión de Bacon en abril de 1676. Allen afirma que los plantadores comprendieron la necesidad de dividir a la clase obrera dando a los trabajadores blancos un estatus diferente. De aquí que «el cambio por mano de obra africana se precipitara a partir de 1685» (1975, p. 49). Menard subraya que «los precios de los siervos contratados comenzaron a elevarse a finales de la década de 1670» (1978, p. 24). La creciente demanda de esclavos hizo aumentar los precios hacia 1700 y para reducirlos se produjo «un incremento en el porcentaje de jóvenes y mujeres entre los esclavos embarcados» (Galenson, 1979, p. 247).

ciada con los períodos de *boom*[220]. Las razones por las que los esclavos reemplazaron a los siervos contratados europeos como mano de obra están relativamente claras. Pero ¿por qué se acudió a los africanos? ¿Por qué no a los indios? ¿Y por qué no se utilizó el sistema de peonaje por deudas de los indios (y mestizos) en el gran Caribe, al igual que en buena parte de la América española?

De hecho, los indios *fueron* utilizados como esclavos al comienzo, pero es bien sabido que «morían rápidamente en cautividad»[221] y mostraban una gran «inadaptación [...] al régimen de vida de los ingenios de azúcar»[222]. También fueron utilizados en un principio como esclavos en las minas de Chile[223], pero a partir de 1589 fueron reemplazados por esclavos africanos, lo que, como dice Mellafe, fue «uno de los factores primordiales que permitieron sobrevivir [a la colonización española] en Chile»[224]. En las zonas donde los esclavos africanos fueron utilizados en lugar de la mano de obra india, los indios habían sido cazadores y recolectores (como en las Pequeñas Antillas) o la agricultura no había dado lugar todavía a unas estructuras de clase bien claras (como entre los arauacos o los taíno, en las Grandes Antillas). Eran estos pueblos los que se mostraban «inadaptados» al trabajo disciplinado y, por consiguiente, se «extinguían»[225]. Sin embargo, allí donde habían existido

[220] Véase Dunn (1972, p. 59) a propósito del efecto del *boom* del azúcar entre 1640 y 1660 y Farnie (1692, p. 208) a propósito del efecto del *boom* del tabaco entre 1680 y 1700. Curtin sugiere un tercer factor, además de la disminución de la oferta de mano de obra europea y el aumento de la demanda de mano de obra: las diferencias en el índice de sensibilidad a la enfermedad. Los africanos tenían «la enorme ventaja de proceder de un medio malsano en el que estaban ya presentes tanto las enfermedades tropicales como una amplia gama de enfermedades afroasiáticas muy comunes» (1971, p. 253). Curtin sugiere que el índice de mortalidad de los trabajadores europeos era tres veces superior al de los africanos en el Caribe. En un artículo anterior había dicho que era cuatro veces superior, calculando que si suponemos que «el coste de mantenimiento [de los esclavos y los siervos contratados] era casi el mismo, el esclavo era preferible aunque costara tres veces más que el europeo» (1968, p. 207).

[221] Boxer (1952, p. 223).

[222] Viana (1940, p. 11). De hecho, por supuesto, los africanos mostraban la misma «inadaptación» y también morían. Schwartz nos recuerda lo siguiente: el adjetivo que usaban los brasileños para describir la situación de los esclavos en el período del *boom* del azúcar (1570-1670) era «infernal»; cuatro horas de sueño durante el período de la cosecha era la norma, y «la teoría imperante del manejo de los esclavos era extraer todo el trabajo posible al menor coste» (1970, p. 316).

[223] Romano (1970, p. 133).

[224] Mellafe (1959, pp. 252-53).

[225] Hablando de la situación en La Española, Dupuy dice: «La formación

modos de producción redistributivos, las poblaciones indias se hallaban estratificadas en clases y las capas inferiores producían un excedente que les era expropiado de forma jerárquica. Podían, pues, ser obligados con relativo éxito a continuar produciendo de una forma modificada para los expropiadores europeos, especialmente si cooperaban sus anteriores señores: de ahí el repartimiento, la mita y la evolución final del peonaje por deudas, especialmente en Nueva España, Guatemala y Perú [226].

Si los esclavos africanos sólo reemplazaron a la mano de obra india allí donde los indios no podían ser sometidos a una u otra versión de trabajo obligado, ello tuvo que deberse a que la esclavitud era un mal menor, y la única explicación posible es que *costaba menos* utilizar trabajo obligado en la producción para el mercado —ya sea en la agricultura, la minería o la industria— que utilizar esclavos [227]. ¿Cómo es posible que la mano de obra que recibía unos «salarios» a cambio de una parte de su trabajo, como la mano de obra obligada en la producción para el mercado, costara menos que una mano de obra que sólo era retribuida en especie, y no precisamente con generosidad? Si ello se debiera sólo a la diferencia en el desembolso inicial por parte del empresario, este desembolso quedaría amortizado con el tiempo, pero el caso es que se debía también a que los trabajadores obligados que producían

social y la organización de la producción entre los arauacos no se caracterizaba por la explotación y el sometimiento de una clase por otra. Las relaciones de producción en la sociedad arauaca se caracterizaban por el predominio de los valores de uso y la total ausencia de los valores de cambio, es decir, de la producción de mercancías [...] Era, pues, preferible morir de hambre en las montañas que morir sometido a la esclavitud de los colonialistas extranjeros» (1976, p. 22).

[226] Véase Romano (1970, p. 130). Brading y Cross señalan que el trabajo forzado sobrevivió más tiempo en las minas del Perú (hasta 1812) que en las minas de México, donde la población india disminuyó de forma catastrófica. En consecuencia, en el siglo XVIII los mineros mexicanos recibían unos salarios relativamente altos y se reclutaban entre los mestizos, los mulatos y los indios aculturados. «Las razones de esta divergencia no están del todo claras [...] pero [...] resulta tentador atribuir estas causas al desarrollo dispar de las dos poblaciones indias y a la diferente localización de los principales asentamientos de la población sedentaria» (1972, página 557). Bakewell pretende que ya en el siglo XVII, «la relación esencial [...] entre los españoles y los indios en Zacatecas era [...] la de patrón y empleado» (1976, p. 217). En cambio Céspedes habla de la «dócil población indígena del Perú» (1947, p. 39).

[227] Oberem afirma precisamente esto al comparar el coste del uso de conciertos o siervos contratados con el coste del uso de esclavos africanos en Ecuador y define a los conciertos como «casi esclavos», ya que incluso podían ser «comprados» (1967, pp. 767-70).

para el mercado recibían parte de sus «salarios» en forma de cultivos alimenticios fuera del control del empresario, que por consiguiente se deducían de los costes de trabajo de éste. El coste total de la mano de obra era *mayor* si se utilizaba mano de obra esclava que si se utilizaba mano de obra obligada en la producción con destino al mercado [228].

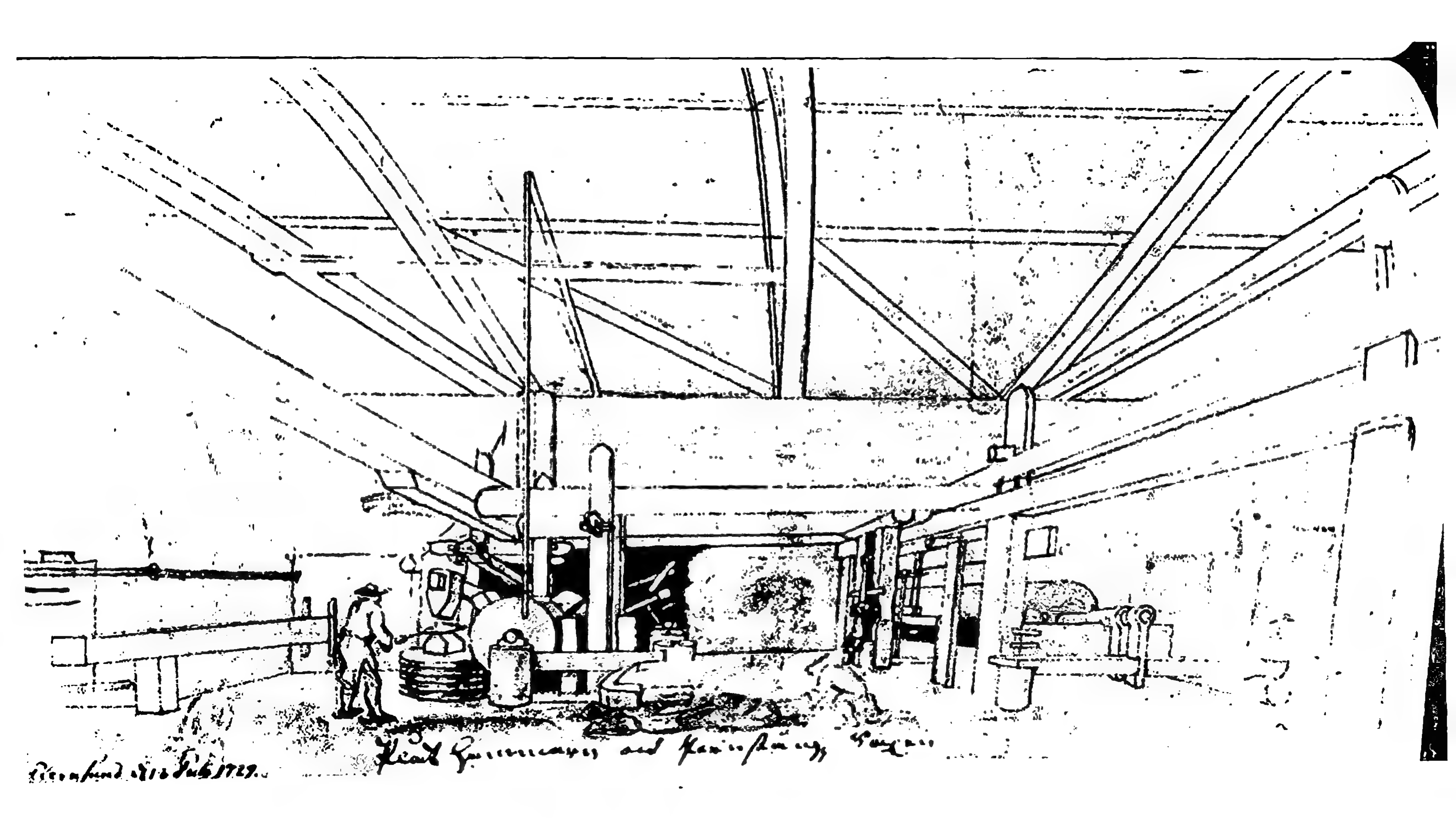
Fue así como en el gran Caribe, la nueva periferia del período comprendido entre 1600 y 1750, la forma básica [229] en que se organizó la mano de obra proletaria fue la esclavitud y no el trabajo asalariado, el arrendamiento o el trabajo obligado en la producción para el mercado. Dadas las condiciones políticas de la época, la esclavitud era la forma óptima desde el punto de vista económico para los productores burgueses que configuraban, tanto a través del sistema legal como del mercado, las relaciones de producción básicas en la región.

[228] Es por esta razón por lo que no puedo estar de acuerdo con Douglas Hall cuando ve en los esclavos un «equipo esencial» y dice que, por consiguiente, no se pueden comparar los costes de la mano de obra esclava con los de la mano de obra libre, ya que en realidad es cuestión de sustituir costes de trabajo y capital (1962, p. 309). Si sólo fuera esto, habría sido irracional, como de hecho afirma Land, que los plantadores de tabaco de Virginia utilizaran esclavos. Land dice que en los siglos XVII y XVIII manifestaron una «decidida preferencia» por ampliar la producción a través de mano de obra esclava adicional y no a través de mejoras tecnológicas, con lo que «impidieron el cambio tecnológico» (1969, pp. 75, 79). En este punto coincide con las observaciones de W. Barrett acerca de las plantaciones de azúcar en las Indias Occidentales británicas: «No hay indicios [...] de que se practicaran economías de escala» (1965, p. 167).

Sin embargo, esto no explica la preferencia en sí, que sería por consiguiente «cultural» y económicamente irracional. A mí esto me parece un fallo del análisis. En cierto sentido, todos los costes de trabajo son costes de capital. Siempre hay posibilidad de elección entre la combinación óptima de maquinaria (trabajo muerto) y trabajo vivo. Queremos saber cuándo es óptimo y políticamente posible *a corto plazo* utilizar trabajo esclavo como alternativa: a) al trabajo asalariado, b) al trabajo obligado en la producción para el mercado y c) a la maquinaria adicional. La respuesta se complica aún más si recordamos que los esclavos podían participar en muchas zonas como compradores en la economía monetaria y acumular capital. Como se pregunta Schwartz (véase 1974, pp. 628-29), ¿cómo si no podían pagar los esclavos brasileños su propia manumisión? Mintz señala que en Jamaica «a comienzos del siglo XVIII, los esclavos vendían y compraban activamente sus propios productos en el mercado» (1964, p. 251).

[229] Forma básica no significa forma única. La tesis del artículo de Schwartz sobre los *lavradores de cana* en las zonas azucareras de Brasil es que su sistema de arrendamiento o incluso propiedad de la tierra representaba para los grandes terratenientes una forma alternativa de explotación del trabajo, cuya utilidad variaba de acuerdo con las condiciones económicas. «El uso de cultivadores de caña [...] en el período de expansión económica [fue] un método para reducir los costes del capital y tal vez para proporcionar una supervisión intensiva de la propiedad del engenho» (1973, pp. 193-94).




1729

Dibujo de una forja sueca, de Carl Johan Cronstadt (1709-1779), quien estudió mecánica y geometría como parte de su formación, convirtiéndose en el más famoso de los arquitectos suecos de su época.

# 5. LAS SEMIPERIFERIAS EN LA ENCRUCIJADA

Un elemento constante en una economía-mundo capitalista es la división del trabajo jerárquica (y especialmente distribuida). Sin embargo, un segundo elemento constante es la variable localización de la actividad económica y, por consiguiente, de las zonas geográficas concretas en el sistema mundial. Desde el punto de vista de los aparatos de Estado, las alteraciones regulares, pero no continuas, de la fuerza económica relativa de las localidades, regiones y Estados pueden ser consideradas (y de hecho lo son muy a menudo) como una especie de «movilidad» ascendente o descendente del Estado como entidad, movimiento que se mide en relación con los demás Estados dentro del marco del sistema interestatal. En el siglo XX se habla del «desarrollo» de los Estados. En el siglo XVII se hablaba de la «riqueza» del reino, pero la gente de entonces veía a menudo con más claridad de lo que lo vemos ahora que la medición se hacía en números ordinales, y no cardinales, al menos dentro de los imperativos del sistema mundial moderno. Las alteraciones de estatus se producen sobre todo en momentos de recesión o estancamiento global, y para las áreas que se encuentran en el medio del continuo jerárquico, la semiperiferia, el movimiento es primordialmente un efecto de la acción estatal. Los Estados semiperiféricos son normalmente los que descienden y ascienden.

Esto suena a voluntarismo, y en cierto modo lo es. Una política estatal inteligente tiene mucho que ver con lo que ocurre. Pero habría que hacer inmediatamente dos advertencias. En primer lugar, la política estatal no es el primer motor, sino un proceso más. En segundo lugar, no todos los aparatos de Estado pueden utilizar una determinada política con las mismas esperanzas de llegar a un feliz resultado. En realidad, sucede todo lo contrario. Muchos pueden intentarlo, pero sólo unos pocos consiguen realmente transformar el papel de su Estado en la división mundial del trabajo. Esto se debe a que el éxito de unos priva de oportunidades y alternativas a otros.

En el siglo XVII, hubo muchas áreas semiperiféricas que perdieron terreno —España, Portugal, la antigua espina dorsal de Europa (desde Flandes, pasando por Alemania occidental y meridional, hasta el norte de Italia)—, pero hubo unas cuantas que lo ganaron, en especial Suecia, Brandemburgo-Prusia y las colonias «septentrionales» de la Norteamérica británica (Nueva Inglaterra y las colonias del Atlántico medio). El primer conjunto de países pasó por un proceso en buena medida similar al que ya hemos descrito al hablar de las áreas periféricas, aunque por diversas razones conservara importantes diferencias estructurales con respecto a estas áreas. El segundo conjunto acababa de iniciar su lucha por convertirse en parte integrante del centro de la economía-mundo en esta época. Para ellas, el mero hecho de comenzar este proceso —por no hablar de superar las dificultades que oponía la economía-mundo a su desarrollo en lugar de distanciarse cada vez más de las áreas del centro, como les sucedió a la mayoría de las áreas periféricas y semiperiféricas— fue ya un logro.

A este respecto, la «decadencia» de España fue el fenómeno más espectacular del siglo XVII, visible incluso para los hombres de la época. Como vimos antes, las causas radican en las estructuras económicas y políticas de España. La relativa debilidad existía ya en buena medida en el siglo XVI [1], aunque había quedado oculta en parte por el poderío militar y la riqueza en metales preciosos de España, pero los reveses económicos de la economía-mundo en su conjunto rasgaron la envoltura y pusieron al descubierto esta debilidad tanto a los ojos de los españoles como a los del mundo. Si se desea una fecha, tal vez 1596, año de la segunda bancarrota de Felipe II, sirva como cualquier otra. Esta bancarrota «significó algo más que el fin del poderío financiero del norte de Castilla: significó también el fin de los sueños imperiales de Felipe II» [2]. La his-

[1] Véase Wallerstein (1974, cap. 5, *passim)* para un análisis de las estructuras españolas en el siglo XVI. Para conocer las ideas de los pensadores españoles del siglo XVII acerca de su decadencia, véase Elliott (1977).

[2] Elliott (1966, p. 283). Ruiz Martín dice que el «siglo de la decadencia» fue de 1586 a 1680-90 (1970, p. 43). Pero a veces son necesarios otros acontecimientos y otros cincuenta años para que los participantes se den cuenta de la realidad. «La derrota de la infantería española en Rocroi el 19 de mayo de 1643 pareció simbolizar la caída del sistema militar que durante tanto tiempo había sostenido a España. El país carecía ahora de ejércitos y jefes para volver en provecho propio la situación internacional» (página 345). Para Stradling, no fue sino en 1688 cuando «se alcanzó el punto más bajo de la humillación con la concesión oficial de independencia a los portugueses. El imperio mundial de Felipe II cesaba así de existir» (1979, p. 182). A finales del siglo XVII, dice G. Desdevises du Dézert,

toriografía tradicional de la España del siglo XVII pinta un cuadro de decadencia económica. Para Earl Hamilton, este cuadro es exagerado, pero añade que el siglo XVII representó «uno de los puntos más bajos en los anales económicos de España»[3]. ¿Qué sabemos de la producción agrícola española en este período? No tanto como podríamos saber[4]. El siglo XVII se convirtió en una época de «campos sin riego ni cultivo [y] aguda escasez de ganado»[5]. En cuanto al primer tercio del siglo XVII, hubo grandes discusiones entre los contemporáneos sobre el uso excesivo de la tierra, la plantación anual en lugar de la rotación trienal y el consiguiente agotamiento del suelo. El trigo fue sustituido por cereales más bastos —mijo, sorgo y cebada— y por maíz[6], lo que nos recuerda el proceso que se desarrolló en las áreas periféricas. La expansión de la producción de vino a expensas de los cereales, como en la Francia meridional, fue tan generalizada que la gente comenzó a trocar el vino por trigo[7].

Junto con el cambio en los cultivos se produjo un descenso en la cuantía de las exportaciones. En general, «ni siquiera como exportadora de materias primas fue muy grande el éxito de España [en el siglo XVII]»[8]. Sin embargo, en el siglo XVI España

«la fuerza militar de España no era más que un recuerdo» (1927, p. 354). Véase también E. J. Hamilton (1943, p. 192).

[3] E. J. Hamilton (1935, p. 111). De forma similar, José Gentil da Silva afirma que hubo una «decadencia», aunque éste podría ser un término «demasiado simple» (1965, pp. 175-79). Dos recientes artículos ponen en tela de juicio este cuadro tradicional desde puntos de vista opuestos. Para Kamen, el siglo XVII no fue un signo de decadencia, dado que España era un país «dependiente» desde el siglo XV y, por consiguiente, «es difícil comprender cómo es posible que un país tan subdesarrollado 'decayera' antes incluso de llegar a ser rico» (1978, pp. 35, 41). Para Stradling, «el poder y los sistemas de poder españoles [sobrevivieron] hasta la década de 1660» y al menos hasta entonces «ningún enemigo o coalición de enemigos fue lo suficientemente fuerte y organizado como para asestarle [...] el golpe de muerte» (1979, pp. 167, 171). Stradling recoge aquí las fechas que da Henri Hauser para la «preponderancia española»: 1560-1660.

[4] Véase la queja de J. H. Elliott sobre este tema, formulada en 1961 y citada y repetida por Weisser (1973, p. 615).

[5] E. J. Hamilton (1935, p. 111). Las curvas de producción que se han hallado para Segovia «podrían dar razón [...] a las dos interpretaciones que señalan al siglo XVII como el siglo de la 'decadencia' o del 'estancamiento'» (Anes y Le Flem, 1965, p. 16).

[6] Véase Da Silva (1965, pp. 156-58); véanse también Anes y Le Flem (1965, pp. 18-19) a propósito del incremento relativo de la producción de centeno y avena y el agotamiento del suelo por falta de aportación de humus y estiércol. Anes y Le Flem señalan también que el cultivo de centeno requiere menos mano de obra.

[7] Da Silva (1965, pp. 158-60).

[8] Lynch (1969, p. 153).

no era todavía un país periférico, limitado a la exportación de materias primas. Había sido un centro manufacturero, y la decadencia fue aún más notable en este sector. La industria textil española fue la más afectada. Toledo, centro de la producción de seda y lino de España, fue prácticamente barrido del mapa en los veinte años transcurridos entre 1600 y 1620[9]. Lo mismo sucedió con Segovia y Cuenca. No fue sólo la industria textil la que decayó; también lo hicieron la siderurgia y la construcción naval. En estas tres «industrias del desarrollo» de la Europa de comienzos de la Edad Moderna, España «perdió sus mercados de exportación, naturalmente, pero también perdió gran parte de sus mercados nacional y colonial. Y los perdió a manos de los ingleses, de los franceses y de los holandeses»[10]. Así pues, en esta era de estancamiento, España padeció no sólo la involución agrícola de las áreas periféricas, sino también una desindustrialización. Las consecuencias fueron dobles: por una parte, hubo una creciente polarización y un aumento de los conflictos regionales dentro de España; por otra, España tuvo que echar mano de su patrimonio colonial para sobrevivir.

Ya en el siglo XVI, España había sido testigo de un distanciamiento entre Castilla y las otras regiones de España. «Todo se conjuraba para proporcionar a Castilla un predominio abrumador y creciente»[11]. Las dificultades económicas en general, más los gastos exigidos por la costosa intervención de España en la guerra de los Treinta Años, llevaron a un constante in-

[9] Véase Weisser, que pretende explicar esto no en términos de «la importancia de los factores *externos* (es decir, del tesoro)» de E. J. Hamilton, sino en términos de las «condiciones económicas internas de Castilla». Sus tres factores internos, sin embargo, resultan ser: uno, la «falta de equilibrio [entre] las demandas enfrentadas de la subsistencia y la producción industrial», que se inició hacia 1575 y que es explicada a su vez por «la reducción de los rebaños de la Mesta y la interrupción del comercio con el Norte, que obligó a Toledo a depender más de la industria de la tierra; dos, «la aparición de mercancías extranjeras, que, vendidas a un precio inferior a nivel local, producían mercancías al por mayor»; y tres, el crecimiento de Madrid, que restó población a Toledo, cuya despoblación fue el resultado de «las ambiciones imperiales de la Corona» (1973, pp. 614-15, 637-40). Weisser atribuye también la decadencia de la población urbana a la expulsión de los moriscos (p. 632), factor citado igualmente por Warden (1864, p. 261) para explicar la casi extinción de las manufacturas de lino en Toledo, que pasaron de 50 en 1550 a 13 en 1665.

[10] Lynch (1969, p. 152, y véanse pp. 149-51).

[11] Elliott (1963, p. 11). «La división medieval —¿se ha hecho suficiente hincapié en esto?— no se fue atenuando como habría podido esperarse, sino acentuándose a través de los siglos» (Vilar, 1962b, I, p. 191).

cremento de los impuestos. Indudablemente, el peso que recaía sobre Castilla era igual o mayor que el del resto de España, pero como señala Jaime Vicens Vives, Castilla tenía «colosales compensaciones [...]: la explotación del continente americano, la primacía cultural y política en el seno de España» [12]. Tal vez el distanciamiento se hiciera aún mayor. En cualquier caso, Cataluña y Portugal, las dos principales regiones que habían conservado una relativa paridad económica con Castilla hasta comienzos del siglo XVII, se resintieron de la envergadura de las nuevas presiones económicas en beneficio de Castilla [13]. Así pues, cuando el gobierno, en la persona de Olivares, exigió más dinero, fue «de buena lógica que [los catalanes] se parapetaran, recelosos, tras los sólidos muros de la legislación autonómica fernandina» [14] (y no sólo los catalanes). Había habido disturbios antifiscales en Oporto en 1682 y en Santarém en 1629, y en 1632 se había producido en el País Vasco el «motín de la sal», cuyo primer motivo había sido un nuevo impuesto, «la última gota de agua que hizo desbordar la paciencia del pueblo, ya agotado por otras formas de explotación» [15]. Lo peculiar de Cataluña no fue que el resentimiento popular estallara «de repente y de forma explosiva» [16], sino que ese resentimiento se combinara con el «desencanto de la burguesía» y la ambivalencia de las «clases gobernantes de Cataluña» [17]. Estas fuentes combinadas

[12] Vicens Vives (1970, p. 107).

[13] «Pese al éxito de los esfuerzos del conde-duque por arrancar más dinero a Castilla, éste sabía, como todo el mundo, que estaba llegando el momento en que Castilla quedaría agotada. Ello significaba que la Unión de Armas tenía que convertirse en una realidad y sobre todo que Cataluña y Portugal, que eran, según el parecer unánime, los dos Estados más ricos de la península, debían ser obligados a desempeñar un papel proporcional a sus pretendidos recursos. Ambos Estados parecían a Olivares peligrosamente separados del resto de la monarquía» (Elliott, 1966, p. 333, el subrayado es mío).

[14] Vicens Vives (1970, p. 107). Véase también Pierre Vilar: «El gobierno central, en grandes apuros económicos, fijó sus ojos en los recursos catalanes, que los órganos locales defendían ardientemente contra las apropiaciones» (1962b, I, p. 627).

[15] Emiliano Fernández de Pinedo cita esta frase de Porchnev acerca de Francia, asegurando que es estrictamente aplicable a Vizcaya en esta época (1974, p. 76).

[16] Elliott (1963, p. 463), que identifica este resentimiento popular con «el odio del bajo campesinado y de los desheredados hacia los ricos campesinos y los nobles; la amargura de los que no encontraban trabajo en el campo; el deseo de venganza de los elementos de bandidaje contra los que lo habían reprimido; las antiguas enemistades entre la ciudad y el campo, entre los ciudadanos más pobres y las oligarquías municipales» (páginas 462-63).

[17] Elliott (1963, pp. 127, 465).

de descontento fueron las que hicieron que la rebelión de los catalanes fuera tan larga y tan amenazadora [18].

Fue precisamente en ese momento de reorientación de la economía-mundo, en trance de pasar de una era de expansión e inflación a una de estancamiento, cuando Portugal se convirtió legalmente en parte integrante de España, por medio de la Unión Ibérica, o lo que más tarde los portugueses llamarían los «sesenta años de cautividad». Un vacío dinástico en el trono, más una derrota militar de los portugueses a manos de los marroquíes en 1578 en Alcazarquivir permitieron al rey de España entrar en Portugal al frente de su ejército y convertirse en rey de Portugal en 1580. La oposición fue débil, porque la Unión tenía claras ventajas para los portugueses. Una de ellas era la abolición de las barreras aduaneras en la península, que daba a Portugal un acceso exento de impuestos al trigo español [19]. Otra era que la Unión daba a la burguesía portuguesa acceso al imperio español, que en 1580 «había alcanzado su punto culminante y ejercía una fuerte atracción sobre la iniciativa portuguesa, acostumbrada a las diferentes culturas y a los distintos métodos comerciales, ansiosa de ampliar sus mercados en todas partes y consciente de las inmensas posibilidades que tales lazos le ofrecían» [20]. Desde el punto de vista español, la Unión tenía la ventaja económica de permitir el acceso a nuevas redes financieras en un momento de apuros económicos

[18] «La guerra llevaría al principado los peores males que venían padeciendo los dominios de Castilla desde 1600: gastos públicos desmesurados, inflación monetaria, parálisis de la producción, despoblación resultante de una terrible epidemia y finalmente, como conclusión de la lucha internacional, pérdida de parte del territorio catalán, incluyendo la riquísima llanura del Rosellón» (Vilar, 1962b, I, p. 633). Los que más padecieron fueron los pequeños campesinos independientes. Véase Vilar (1962a, pp. 80-81). Obsérvese una vez más el paralelo con los países periféricos. Por supuesto, esto agudizó la revuelta e hizo que adquiriera «matices de revolución social que amenazaba con someter a la aristocracia a la voluntad del pueblo» (Elliott, 1966, p. 349). Por esta razón se desintegró la unidad de Cataluña y los catalanes fueron llevados de nuevo al redil español en 1652.

[19] A. H. de Oliveira Marques llama a esta abolición de los derechos de aduana «un sueño acariciado desde hacía tiempo, sobre todo por los portugueses» (1976, I, p. 308).

[20] Marques (1976, I, p. 308). Los portugueses sacaron buen partido de la situación. Israel estima que en 1640 representaban el 6 por ciento de la población de Nueva España y que había grupos similares dispersos por las Indias españolas. Israel habla de «un éxodo verdaderamente masivo de Portugal [... que] reflejó el desplazamiento de la población del campo portugués y de las pequeñas ciudades y la huida de los empresarios portugueses de un Portugal deprimido, una España decadente y una Italia destrozada» (1974b, p. 32).

cada vez mayores en la administración del Estado de Castilla. Los banqueros portugueses pudieron penetrar así en el circuito financiero castellano (oficialmente a partir de 1606, pero extraoficialmente desde antes de esa fecha).

Los portugueses se vieron favorecidos por Olivares, que trataba de resolver los problemas financieros de la monarquía. Los banqueros portugueses estaban en contacto con la bolsa de Amsterdam y tal vez utilizaran fondos holandeses [21]. (De hecho, eran casi todos marranos, es decir, conversos judíos.) [22] Eran además banqueros-comerciantes [23], y para ellos el acceso a España suponía también el acceso a Hispanoamérica: Buenos Aires, Río de la Plata, Terraferma, las Antillas [24]. Por añadidura, los portugueses podían explotar su floreciente colonia azucarera de Brasil [25] con la protección de las flotillas españolas [26]. De este modo, gracias en parte a las ventajas de la Unión, los portugueses quedaron protegidos contra la primera mala racha del siglo XVII. Pero esto no podía durar. Por un lado, entre los españoles surgió una reacción contra las ventajas portuguesas [27] que fácilmente adoptó la forma de una xenofobia anti-

[21] Véase el análisis de Castillo (1964, especialmente pp. 311-14).

[22] Esto sucedía también en otras zonas de la península Ibérica: «En esta península Ibérica marginal [Portugal, las zonas costeras de Cataluña, Valencia ...] había una estrecha correlación entre la condición burguesa y la de 'converso'» (Chaunu, 1963a, p. 82). Mauro hace la misma observación. «Portugal no fue el único país, en el siglo XVII, que tuvo una burguesía y un grupo de cristianos nuevos. Pero lo que la distinguió de otros países fue la confusión de hecho entre burgueses y cristianos nuevos» (1970, p. 34).

[23] Véase la descripción que hace Mauro de estos banqueros-comerciantes: «No existen en el fondo criterios técnicos para distinguir a los unos de los otros. ¿Comercio al por mayor, intermedio o al por menor? Todos hacían de todo. ¿Comercio a larga distancia, comercio nacional, comercio local? Todos participaban en todo más o menos. ¿Comercio de mercancías, comercio de dinero? Son inseparables» (1961c, p. 20).

[24] Véanse Huguette y Pierre Chaunu (1954, p. 53). Revah señala que en estas regiones, «el nombre de *portugués* se convirtió en sinónimo de 'cristiano nuevo' y a menudo de 'criptojudío'» (1959-1960, p. 37; cf. p. 48, n. 4). Véase, sin embargo, la cuidadosa distinción que hace Israel entre los *judaizantes*, los *cristãos novos* efectivamente asimilados y un grupo intermedio, los *conversos*, «que no eran judaizantes, pero cuyo judaísmo afectaba enormemente a sus carreras» (1974b, pp. 24 y *passim*, 19-32).

[25] Mauro nos recuerda que «el destino del imperio portugués en el siglo XVI no debe ser asimilado al del imperio español, ya que Brasil y su enorme desarrollo azucarero suponían una diferencia, y una diferencia nada pequeña» (1959, p. 183).

[26] Huguette y Pierre Chaunu (1954, p. 52).

[27] Véase la sugerencia de J. Elliott en «Seventeenth-century revolutions» (1958, p. 68). Disney, al explicar por qué los empresarios portugueses no querían invertir en la Compañía Portuguesa de las Indias Orientales,

judía[28]. Por otro lado, también los portugueses comenzaron a sentirse descontentos, ya que los españoles eran cada vez menos capaces de ofrecerles la protección que necesitaban. La ocupación holandesa de Brasil fue atribuida en parte por los portugueses a la continuación del conflicto hispano-holandés[29]. En cualquier caso, el comercio luso-atlántico, que en el período comprendido entre 1600 y 1630 había funcionado mucho mejor que el sevillano-atlántico, comenzó a decaer[30]. Estas dificultades en Brasil fueron acompañadas de la pérdida del comercio de oro procedente del Africa occidental a manos de los ingleses y holandeses en 1638[31].

Los portugueses se rebelaron en 1640, al mismo tiempo que los catalanes, pero sin las divisiones internas de clase de estos últimos, lo que «facilitó la aceptación [por la burguesía portuguesa] de la transición de la unión con España a la independencia»[32]. Portugal reclamó su independencia e inició el camino hacia la unión con Inglaterra. Perdió su imperio comercial en Asia en favor de los holandeses a comienzos del siglo XVII, dice Boxer, porque estos últimos «eran muy superiores en fuerza

fundada en 1628, aduce un solo factor: «Algunos portugueses veían en esto un insidioso intento por parte de Madrid de burlar la independencia administrativa concedida a Portugal por Felipe II en 1580» (1977, p. 252).

[28] Huguette y Pierre Chaunu (1954, p. 54), quienes señalan que los judíos se convirtieron en el blanco y hablan de «esos edictos de Nantes que son concedidos en una fase A para ser revocados en una fase B». Véase también Chaunu (1963d). Algunos de estos nuevos cristianos simplemente se trasladaron a Hamburgo, donde desempeñaron un importante papel en la expansión comercial de esta ciudad en el siglo XVIII. Véase Kellenbenz (1958).

[29] Boxer cita la ocupación como «una de las principales razones por las que [los portugueses] se rebelaron contra la Corona española en 1640», pero señala que «vieron defraudadas sus esperanzas de que los holandeses cesaran en su agresión contra las conquistas portuguesas tan pronto como éstas y la madre patria rompieran sus lazos con España. Por el contrario [...]» (1961, p. 52).

[30] Véase Chaunu (1961, p. 1194). Mauro habla del «esplendor» de la economía atlántica portuguesa hasta 1670 (1960, p. 513), pero Chaunu se muestra más prudente: «En comparación con el sector de Sevilla, donde la invasión de la tendencia secular de comienzos del siglo XVII es más visible que en cualquier otra parte, el Atlántico brasileño está hecho de sombras y matices». También habla de «giro tardío, en la década de 1630 y tal vez en la de 1650; aminoración del ritmo de crecimiento más que hundimiento». ¿No explicará la revuelta portuguesa la capacidad de recuperación de Brasil al menos hasta 1670? Como afirma Elliott, la recuperación fue la «salvación de Portugal», ya que «contribuyó a estimular el interés extranjero [inglés en especial] por su supervivencia como Estado independiente» (1966, p. 351).

[31] Véase Godinho (1950a, p. 34).

[32] Elliott (1963, p. 543).

real y potencial al empobrecido reino de Portugal»[33]. Como hemos visto, había encontrado ciertas compensaciones en su unión con España, pero la presión del decaimiento de la economía-mundo europea había eliminado incluso tales compensaciones. Para Braudel, «la gran cuestión es: ¿fue Portugal para España tan sólo el compañero de los buenos tiempos, económicamente hablando?»[34]. Mientras que España veía reducidas sus ganancias materiales, empezaba simultáneamente a resentirse de la sangría de sus colonias. En primer lugar, se produjo la gran recesión del tráfico americano con España, que Chaunu sitúa entre 1622 y 1680[35]. En segundo lugar, hubo un desarrollo del contrabando como faceta importante de los intercambios entre Europa y América, controlado primero por los holandeses[36] y luego por los ingleses y franceses[37]. Paulatinamente, a lo largo del siglo XVII, llegó a darse el caso de que las relaciones directas de los Estados del centro con Hispanoamérica cubrieran «la mayor parte de las necesidades básicas de éstas [las potencias europeas] por vía de contrabando»[38].

De este modo, durante el siglo XVII España se convirtió todo lo más en una correa de transmisión bastante pasiva entre los países del centro y las colonias españolas. España importaba de los países del centro tejidos y pescado seco procedente de Terranova, consumiéndolos en España o, cuando no era totalmente soslayada por el comercio de contrabando, exportándolos a las colonias. España pagaba en parte en exportaciones de

[33] Boxer (1961, p. 53).

[34] Braudel (1956, p. 196).

[35] Chaunu (1959, VIII, 2 bis, p. 1568). Véase también Helmer: «Desde antes de 1630, hay numerosas quiebras entre los cargadores de Indias» (1967, página 405). Chaunu señala que, «sin tratar de resolver la delicada cuestión de la causalidad», este período está correlacionado con la inflación del billón, y observa: «¿Mera coincidencia tal vez? Desconcertante coincidencia, en cualquier caso» (1959, VIII, 2 bis, pp. 1568-69).

[36] De hecho, Jaime Vicens Vives reprende retrospectivamente al gobierno español de la época: «En lugar de meterse en los incómodos conflictos europeos, donde le aguardaba la potencialidad de Francia y Holanda, Olivares debía restañar las primeras heridas causadas en el mar Caribe por los neerlandeses y poner las Indias en pie de guerra. Por el contrario, con el oro reunido en Andalucía para practicar esta sana política, costeó las operaciones militares de la guerra de los Treinta Años. Su resultado fue liquidar en Europa el futuro del imperio americano» (1970, p. 106).

[37] Vignols señala que, si bien la intensidad del contrabando transatlántico varió en diferentes momentos, fue siempre mayor que la del contrabando entre los distintos países europeos o el contrabando en cualquier país de Europa (1925, p. 240).

[38] Larraz (1943, p. 98). El comercio de contrabando era fomentado e incitado por funcionarios y colonos españoles corruptos. Véase Pantaleão (1946, pp. 127-29, 235-36).

materias primas de la península, en tintes de las colonias y, sobre todo, en oro y plata americanos, «el atractivo esencial del comercio con la Vieja España»[39]. Las guerras constantes —con las Provincias Unidas, Francia, Cataluña y Portugal— en un momento de dificultades económicas provocaron sucesivas acuñaciones inflacionarias de vellón, especialmente importantes a partir de 1650. Esto llevó al «total hundimiento económico y administrativo de Castilla»[40] en la década de 1680. En tales circunstancias, la monarquía española apenas podía oponerse a los abusos y las depredaciones de las potencias del centro en las Américas o incluso a la constante expansión de las ventas de productos manufacturados del noroeste de Europa en la misma España[41]. Rambert resume así la situación: «A finales del siglo XVII, España ocupaba un lugar especial en la economía-mundo: era un vasto mercado casi nuevo hacia el que convergían las codicias europeas... [España] dependía estrechamente de ellos [los países más avanzados]»[42].

Portugal se encontraba más o menos en la misma situación. Desde el punto de vista de la industria textil inglesa en el período de la Restauración, tanto Portugal como España «ofrecían amplias perspectivas de mercados ultramarinos, aunque los mercaderes ingleses sólo podían comerciar con Sudamérica a través de intermediarios»[43]. De hecho, los sucesivos tratados anglo-portugueses de 1642, 1654 y 1661 llevaron a una mayor intervención de Inglaterra en Brasil que en la América española[44]. La inserción de Inglaterra en el comercio triangular portugués (haciéndolo cuadrangular) haría que Portugal fuese

[39] Véase McLachlan (1940, p. 13); véase también Christelow (1941, página 516).

[40] Elliott (1966, p. 360), quien dice que el hundimiento de Castilla «se vio acompañado por la paralización de su vida cultural e intelectual» (p. 361). Véase también Larraz (1943, p. 96). Kamen, al describir la crisis de 1677-1686, califica a la inflación de moneda de vellón de «poco menos que catastrófica» (1964, p. 75). Otro reflejo de las dificultades fue la «intensidad, siempre en aumento a lo largo del siglo XVII», del bandidaje, especialmente en Valencia (Kamen, 1974, p. 654).

[41] Delumeau habla de este comercio como la «gran providencia de Francia» (1966, p. 100). Pantaleão dice que «el comercio con el imperio español interesaba a todo el imperio británico» (1946, p. 272).

[42] Rambert (1959, p. 269).

[43] Francis (1966, p. 187).

[44] Véase Pantaleão (1946, p. 15). Además, el tratado de 1661, que sellaba los esponsales de Catalina de Braganza y Carlos II cedía Bombay y Tánger a Inglaterra como dote de Catalina. Boxer explica esto por la «búsqueda de la protección de una alianza inglesa» contra los holandeses por parte de Portugal (1961, p. 52).

«cada vez más periférico»[45]. Cuando la temporal reactivación económica, que comenzó hacia 1650 en Europa en general y en Portugal en particular, tocó a su fin en 1670[46], Portugal hizo un valiente esfuerzo por librarse de esta condición de intermediario o correa de transmisión adoptando el remedio universal del siglo XVII —el mercantilismo—, política declarada del marqués de Fronteira y del duque de Ericeira, secretarios de Estado de 1675 a 1690. Los portugueses eran conscientes de que ésta era una imitación de la política de Colbert. Importaron técnicos franceses que les ayudaran a levantar industrias capaces de competir con las inglesas y las francesas[47] y crearon una compañía comercial dedicada al tráfico de esclavos africanos que intentó hacerse con el mercado español. En un determinado momento, elevaron el valor nominal de la moneda en un 20 por ciento con la esperanza de atraer oro y plata, especialmente de España[48].

También como resultado de esta crisis de la década de 1670, Portugal reanudó la búsqueda de metales preciosos en Brasil[49], aunque no fue sino en 1693-95 cuando se descubrió una cantidad significativa de oro[50]. La crisis llevó también a una búsqueda de nuevos mercados de exportación, y fue justo en ese mo-

[45] Sideri (1970, p. 21).

[46] Mauro la fecha en 1680 (1975, p. 9), pero en esto parece estar en desacuerdo con la mayoría de los autores. Véase Vilar (1974, p. 280), quien habla de una crisis de 1670 a 1703; V. M. Godinho, que habla de una crisis de 1670 a 1690 (1974, p. 266; también 1950b, p. 186); y Sideri, que habla de una «difícil situación económica» a partir de 1670 (1970, p. 26). La crisis fue de hecho precipitada por la disminución de las importaciones de plata y la creciente exclusión del azúcar y el tabaco de las colonias portuguesas de los mercados francés, inglés y holandés. Además, la competencia holandesa con los portugueses en el golfo de Guinea hizo que aumentara el precio de los esclavos, a lo que se sumó el agotamiento parcial de la oferta angoleña. Todo esto se inició a partir de 1670, haciendo que a Portugal le resultara difícil seguir desempeñando su papel en la estructura anterior del comercio. Fue lo que hoy llamaríamos una crisis de la balanza de pagos. Véase Godinho (1950b, pp. 184-85).

[47] Una consecuencia fue que en el período comprendido entre 1670 y 1680 Francia se convirtió en el principal socio comercial de Portugal. Cuando Mauro trata de explicar por qué dejó esto de ser cierto más tarde, hace hincapié en la competencia de los productos franceses y portugueses en el mercado mundial (1961b). Pero ¿acaso no es esto la consecuencia, y no la causa, de la reanudación de los lazos angloportugueses?

[48] Véase Godinho (1950b, pp. 186-87). Esta política no dejó de tener éxito. Por ejemplo, hablando de la operación monetaria, Godinho dice: «En 1688, hubiera sido imposible efectuar pagos; en 1689, la moneda circulaba normalmente en Lisboa. Fue, pues, una operación lograda».

[49] Godinho (1950b, p. 191); cf. Vilar (1974, pp. 280-81).

[50] Sideri (1970, p. 40).

mento cuando se abrió un amplio mercado de exportación para el madeira. Los ingleses descubrieron que «el madeira era el mejor vino para guardar y transportar a un clima cálido»[51], y les gustó tanto que en la Ley de Navegación de 1663 el vino importado de Madeira y las Azores era una de las tres excepciones al requisito de que las mercancías procedentes de Europa pasaran por Inglaterra antes de dirigirse a las colonias británicas en las Américas[52]. Las Indias Occidentales británicas y Nueva Inglaterra se convirtieron rápidamente en los principales mercados para estos vinos[53] y la importación de la viticultura aumentó constantemente en Portugal[54]. Ericeira murió en 1690, y en 1692 el mercantilismo portugués se había venido abajo. ¿Qué sucedió? Godinho da tres explicaciones[55]: primera, que tanto la crisis comercial general de 1690, que hizo subir los precios del azúcar y del tabaco, como la ventaja que tenían los portugueses sobre los holandeses a causa de las dificultades temporales de éstos tocaron a su fin; segunda, que hubo un constante aumento de la venta de vino a las Américas británicas, reforzado por el hecho de que, como resultado de la guerra anglo-francesa, Inglaterra prohibió la importación de vinos franceses y los sustituyó por vinos portugueses[56], y tercera, que comenzó la fiebre del oro brasileña[57].

[51] Francis (1972, p. 64); véase también Silbert (1954, pp. 413-19).

[52] Véase Andrews (1929, I, p. 275); Beer (1912, I, pp. 78-79).

[53] Véase T. Bentley Duncan (1972, p. 46), que señala: «Considerando la escasa población de las colonias británicas y portuguesas, el comercio del vino de madeira, modesto según criterios europeos, era importante en las Américas» (1972, p. 48). Pero obsérvese también que el comercio del vino con las Américas «estaba totalmente en manos de los comerciantes ingleses de Funchal, que compraban sus cargamentos de vino con lo que sacaban de la venta de tejidos ingleses y otros productos de importación (pescado salado, arenques en escabeche, manufacturas inglesas, trigo de las Azores, etc.)» (pp. 50-51).

[54] Godinho afirma que el incremento de la producción de vino «está vinculado a los progresos de los mercados de las Américas» (1953, p. 79).

[55] Véase Godinho (1950b, pp. 188-90).

[56] Véase también Boxer, que dice que el incremento de la demanda de vinos portugueses durante la guerra del rey Guillermo redujo la «balanza comercial negativa» de Portugal y, por consiguiente, «hizo menos urgente la sustitución de los paños ingleses de importación por productos de fabricación nacional» (1958, p. 34). En realidad los ingleses no *preferían* los vinos portugueses a los franceses. Sideri da cifras reveladoras. En 1683, los vinos franceses fueron prohibidos en Inglaterra. Ese año, los ingleses importaron 65 galones de Francia y 16 772 de Portugal. Cuando la prohibición fue levantada en 1686, importaron 289 galones de Portugal y 12 750 de Francia (véase 1970, p. 64).

[57] Cardoso señala que uno de los efectos de la fiebre del oro fue el incremento de la «introducción ilegal de productos extranjeros en Brasil»,

El mercantilismo había sido adoptado como respuesta política a una grave crisis comercial [58], pero las fuerzas indígenas antimercantilistas estaban ya demasiado atrincheradas y era imposible impedir que se reafirmaran políticamente en el momento en que el clima fuera ligeramente favorable de nuevo a sus intereses [59]. Los portugueses se desembarazaron del mercantilismo en los tratados de Methuen de 1703 y 1713 que, en palabras de Godinho, «registraron sobre todo una situación de hecho» [60] creada en 1692 y resultante de todos los procesos del siglo XVII. Los famosos tratados, que sirvieron de modelo a la teoría ricardiana acerca de la conveniencia de la división internacional del trabajo, no crearon privilegios para los ingleses, pero sí recrearon los consagrados en los tratados de 1642, 1654 y 1661 [61]. El intercambio de paño inglés por vino portugués se convertiría en el símbolo glorioso de la política comercial de los *whigs* [62].

Si el período del mercantilismo en tiempos de Ericeira (1675-90) fue un breve intento de resistencia por parte de los portugueses a su papel cada vez más subordinado en la economía-mundo de la época, la guerra de Sucesión española podría ser interpretada como un intento paralelo e igualmente frustrado de

que era el «único mercado que daba alguna ganancia [a Portugal]» (1946, p. 146).

[58] «Personalmente, creo que esta política de fomento de las manufacturas se explica precisamente por la crisis» (Godinho, 1953, p. 76). Al final, dice Godinho, el período mercantilista no fue sino una «plataforma giratoria» entre el ciclo del azúcar, el tabaco y la sal y el ciclo del oro brasileño, el oporto y el madeira (1950b, p. 190).

[59] «Los 'industriales' cedieron el paso a los grandes señores de los viñedos» (Godinho, 1950b, p. 189). Esto sería posteriormente justificado por la ideología: «En años posteriores, los portugueses se inclinaron a pensar que los ingleses habían sido los responsables del desarrollo de los viñedos del Alto Duero y a creer que antes de su llegada no se había criado allí sino una retama y aliaga» (Francis, 1972, p. 109).

[60] Godinho (1950b, p. 188).

[61] Véase Macedo (1963b, p. 53); Sideri (1970, p. 42).

[62] «Los *whigs*, que en 1713 votaron [con la oposición de los *tories*] a favor del comercio con Portugal en lugar de Francia, llegaron al poder y permanecieron en él durante mucho tiempo. En los primeros años de gobierno, el comercio angloportugués alcanzó unas cotas sin precedentes» (Francis, 1966, p. 185).

En una comunicación privada, E. Fernández de Pinedo me señalaba que a partir de 1650, los holandeses y los ingleses, que no querían que los barcos que llevaban tejidos, pescado salado y trigo a España volvieran vacíos, estimularon la producción de aguardiente en Cataluña y de pasas y almendras en la costa malagueña. Llama a esto «un tratado de la plata de Methuen», dado sobre todo que el déficit comercial se equilibraba con los metales preciosos americanos.

resistencia por parte de los españoles. El Estado español se había debilitado tanto en el siglo XVII que, desde la paz de Rijswijk en 1697, Francia, Austria, Inglaterra y las Provincias Unidas estaban negociando ya el reparto del imperio español. En 1702, la suerte de España estaba echada, junto con la de Francia, frente al resto de Europa, incluido Portugal, que firmó el tratado de Methuen al año siguiente [63]. Desde el punto de vista británico, los franceses se habían llevado una parte demasiado grande del pastel español y la sucesión de los Borbones amenazaba con reducir aún más la parte británica, no tanto en las Américas, donde los británicos ya habían desbancado a los franceses, como en la propia España y en el Mediterráneo en general [64]. La guerra librada por Francia y Gran Bretaña no tuvo sólo a España como objetivo: representó un intento de destruir las redes comerciales del contrario, especialmente a través del corso [65]. Como dice Arsène Legrelle, «la historia de la guerra de Sucesión española no fue una historia interna de España» [66]. Los franceses descubrieron bastante pronto que la principal preocupación de sus aliados españoles no era velar por los intereses de Francia, sino sacar a España de los apuros económicos en que se encontraba [67].

[63] Véase Kamen (1969, pp. 1-5).

[64] Véase Temperley (1940, pp. ix-x); cf. McLachlan, quien dice que los comerciantes ingleses se opusieron a los tratados de partición de 1698 y 1700 porque pensaban que, en caso de ser firmados, el Mediterráneo «se convertiría en un lago francés» (1940, p. 30). Clark es de esta opinión: «Si los franceses tuvieran éxito, los holandeses y los ingleses, las dos potencias marítimas más destacadas, perderían buena parte de su comercio» (1928, página 262).

[65] Los franceses perderían finalmente esta batalla en alta mar. «Los británicos no sólo lograron contener el peligro de los corsarios franceses, sino que además salieron bien librados como agresores en este mismo tipo de guerra» (Clark, 1928, p. 264).

[66] Arsène Legrelle, *La diplomatie française et la succession d'Espagne*, París, 1888-1892, III, p. 332, citado en Kamen (1969, p. 9).

[67] Kamen observa: «Para promover el comercio franco-español, había que mantener bajos los derechos de aduana y prohibir el comercio con el enemigo [anglo-holandés]. Los franceses, con gran enojo por su parte, encontraron que no era cosa fácil salirse con la suya en estos dos puntos, que amenazaban con disminuir el valor de los privilegios comerciales de los que disfrutaban oficialmente» (1969, p. 127). Con todo, los franceses disfrutaban realmente de privilegios en España. Eran estos privilegios los que inquietaban a los británicos; Francia estaba más interesada en conseguir el acceso a las Indias españolas. Sin embargo, «pese a la superioridad naval francesa, pese al asiento, pese al volumen del comercio ilegal llevado a cabo a través de Saint-Malo, para Francia todo este asunto acabó en un fracaso. Luis XIV nunca consiguió romper el monopolio ejercido por Cádiz en las Indias» (Kamen, 1969, p. 155).

Véase Rambert: «Por mucho que los Borbones españoles recordaran

La rebelión en Cataluña debe ser vista bajo esta misma luz. Cataluña había experimentado una lenta recuperación económica a partir de 1670, en buena parte porque «el peso de los tributos era más ligero y [...] la postración económica había sido menos completa» que en Castilla[68]. Esta relativa prosperidad se basó en su papel comercial de intermediaria. Una España centralizada y mercantilista no habría servido a «esta clase en vías de desarrollo que [...] soñaba con el 'librecambio' y con el destino de otra Holanda»[69]. Además, «Francia, como potencia, era el enemigo»[70] que se había apoderado de territorio catalán en el tratado de los Pirineos de 1659. De aquí que el movimiento catalán —un movimiento de los grupos dominantes y no una rebelión popular como la de 1640— «se ofreciera a los 'aliados' anglo-austríacos para llevar a cabo la reconquista de la península alineada con los franceses»[71]. Esta vez se trató menos de un movimiento separatista con respecto a España que de un movimiento destinado a preservar los intereses económicos de la burguesía catalana impidiendo que se hicieran con el poder en España grupos con ideas mercantilistas[72]. Y las ideas mercantilistas eran en este contexto ideas progresivas y universales[73]. ¿Cuál fue el resultado de la guerra de Sucesión española? España se vio obligada a ceder sus territorios fuera

constantemente sus orígenes, no por ello, desde el principio, dejaron de parecer íntegramente españoles» (1959, p. 272).

[68] Elliott (1966, p. 365). Vilar piensa que fue más que una lenta recuperación. Afirma que «el reinado de Carlos II de España (1665-1700) fue para Cataluña un periodo feliz [...] Para los campesinos ricos, los comerciantes, los hombres de negocios de todo tipo [...] el último tercio del siglo XVII fue una época de prosperidad [...] La crisis de 1700-1705 no fue anunciada en modo alguno, como lo había sido la secesión de 1640, por duras críticas a la Corte» (1962a, p. 101).

[69] Vilar (1962a, p. 104).

[70] *Ibid.*, p. 103.

[71] Vilar (1962b, I, p. 672). Durante un tiempo, el movimiento catalán consiguió grandes éxitos. Como señala Kamen, esta vez, a diferencia de lo que ocurrió durante la crisis de 1640, «en lugar de ver a tropas castellanas acuarteladas en Lisboa y Barcelona, vemos a tropas portuguesas y catalanas acuarteladas en Madrid» (1969, p. 248).

[72] Véase Vilar (1962b, I, p. 678).

[73] Chaunu capta las implicaciones culturales de esta opción económica: «La España de Felipe V había de abrirse al exterior, pero sólo podía hacerlo lentamente [...] ¿Qué significaba abrirse al exterior? Significaba abrirse a Francia, al norte [...] El partido alemán que, a finales del reinado de Carlos II, se agrupaba en torno a la reina Mariana de Neoburgo, era también, sin contradicción, el partido de la influencia italiana en el arte, el partido del pasado» (1963c, pp. 468-69). Sobre el papel de los Borbones españoles como «modernizadores» en el terreno cultural tras la guerra de Sucesión española, véase Vicens Vives (1970, pp. 116-20).

de la península, y, lo que es aún más importante, tuvo que firmar el tratado del asiento con Inglaterra, por el que esta última obtenía el derecho, anteriormente ostentado por Francia, de llevar esclavos (un mínimo de 4 800 al año) a las Indias españolas. Dos cláusulas que no formaban parte del asiento francés eran una colonia inglesa en el Río de la Plata y un «barco de permiso» anual de 500 toneladas, autorizado a comerciar con Hispanoamérica [74]. Los múltiples tratados que pusieron fin a la guerra fueron «una indiscutible victòria para la coalición contra Luis XIV» [75], y en particular para Inglaterra [76].

Sin embargo, dentro de España los catalanes fueron abandonados por sus aliados y Felipe V pudo proceder a la centralización de España. Aragón y Cataluña perdieron sus privilegios e instituciones con el decreto de Nueva Planta promulgado en 1716 [77]. Los fueros de Valencia habían sido ya revocados en 1707 [78]. Sólo Navarra y el País Vasco, que habían permanecido leales a Felipe V, conservaron sus fueros, siendo desde entonces conocidas como Provincias Exentas [79]. En el contexto del acuerdo global entre los distintos Estados y el tratado del asiento, esta centralización de España no cumplió los objetivos que perseguía [80]. Las disposiciones del tratado de Utrecht estipulaban que España no podría alterar los derechos de aduana en detrimento de Gran Bretaña. Además, el tipo de conversión

[74] Véase Pitt (1970, pp. 475-76).

[75] Veenendaal (1970, p. 444). Es en este sentido en el que Vilar ve en Utrecht el momento decisivo. Significó la «liquidación del viejo imperio español en Europa, el fin de la hegemonía francesa, el alba de la preponderancia inglesa en el dominio marítimo y colonial, uno de cuyos símbolos fue la ocupación de Gibraltar» (1962a, p. 12).

[76] G. N. Clark señala que, aun cuando los ingleses y los holandeses habían sido aliados, la «naturaleza general de la paz [...] hizo que los británicos utilizaran su preponderancia política para colocarse en una posición de ventaja en su competencia con el comercio holandés» (1928, p. 279). Véase también A. W. Ward: «Las Provincias Unidas obtuvieron una barrera fuerte, firmemente implantada en territorio aliado, contra toda renovación de la agresión francesa. Pero aunque continuaron conservando, además, ciertas ventajas comerciales de la paz, su posición política como gran potencia había acabado para siempre, pasando, sin resistencia real por su parte, a la potencia que había sido su rival; [...] y su supremacía mercantil tocó igualmente a su fin» (1908, p. 438).

[77] Elliott (1966, pp. 370-371). Jaime Vicens Vives afirma con mordacidad: «[Los catalanes] lucharon contra la corriente histórica y esto suele pagarse caro» (1970, p. 111).

[78] Véase Kamen (1974, p. 687).

[79] Véase Vicens Vives (1970, p. 114).

[80] Para Vicens Vives, «a la mística del foralismo sucedió la mística de la centralización a todo trance [...] Y en esta empresa fracasarían también la dinastía borbónica y sus colaboradores» (1970, p. 113).

de los derechos de la plata en moneda corriente de vellón quedaba fijado en el de finales del reinado de Carlos II en 1700. Esto «impedía de hecho derechos genuinamente protectores»[81].

No cabe duda de que, como subraya Romero de Solís, el triunfo de los Borbones en la guerra de Sucesión española «fue el triunfo de las clases medias y de la baja nobleza contra la Iglesia y la aristocracia señorial»[82]. Tampoco cabe duda de que Felipe V intentaría, «dentro de los límites permitidos por el tratado de Utrecht», poner fin al papel semiperiférico de España[83]. Pero lo cierto es que, como dice Kamen, «despojado en Utrecht de la carga de Italia y los Países Bajos, ¿podía el país dedicarse a su recuperación interna y a su resurgimiento externo?»[84]. Ciertamente los Borbones lo intentaron. Pero, como afirma el propio Kamen, los comienzos de este intento se remontan a Carlos II en 1680, fecha también en que Portugal hizo sus tentativas. «Felipe V llegó a una España de la que prácticamente se había eliminado el caos monetario que había sido su rasgo distintivo durante casi un siglo»[85]. Es evidente que, a pesar del vigor de los esfuerzos borbónicos, España no podría cambiar sustancialmente su papel económico en el siglo XVIII; de hecho, durante la renovada expansión de la economía-mundo a partir de 1750, perdería su imperio americano. ¿No habría que comparar lo que los Borbones realizaron con lo que podrían haber realizado si Utrecht no hubiera terminado en el tratado del asiento y en la aniquilación de cualquier posibilidad española de llevar a cabo una política mercantilista? *Tal vez* se pueda atribuir a Felipe V el mérito de haber puesto

[81] E. J. Hamilton (1935, p. 116).

[82] Romero de Solís (1973, p. 54), que habla de «la nueva clase media, el capitalista agrario y la burguesía territorial» (p. 66) y de que los partidarios de Felipe V eran «los sectores medios de la nobleza territorial en proceso de transformación hacia capitalistas agrarios, [...] la burguesía territorial y sus servidores, la burocracia estatal» (p. 67, n. 108). Sin embargo, Domínguez Ortiz dice: «El absolutismo borbónico, aunque opuesto por principio a toda desmembración de soberanía, transigió con los señoríos una vez que los hubo despojado de los últimos residuos de su significación política, ya casi inexistente bajo los últimos Austrias» (1955, p. 301). Kamen está de acuerdo: «Habría que subrayar que la caída de los grandes, aunque de fundamental importancia política y administrativa, es de significación secundaria en la historia social de España. Como en los reinados anteriores, la nobleza siguió atrincherada en sus privilegios y propiedades» (1969, p. 115).

[83] Véase la descripción que hace de estos esfuerzos E. J. Hamilton (1943, página 206); véase también La Force (1964, pp. 337-38).

[84] Kamen (1969, pp. 391-92).

[85] Kamen (1969, p. 34).

fin a una decadencia aún mayor del papel de España en la economía-mundo, al menos durante un tiempo, pero difícilmente se puede decir que invirtió la tendencia. En la medida en que España obtuvo algún éxito en el desarrollo de su base industrial, lo obtuvo a expensas de Francia, no de Inglaterra[86].

El problema esencial era el asiento. Había inmensas posibilidades de ganancia para los ingleses en el tráfico de esclavos. Además, el asiento permitía que este tráfico legal fuera «utilizado como pantalla tras la cual importar mercancías prohibidas en las colonias españolas»[87]. La envergadura de este tráfico ilegal bajo la égida de la Compañía del Mar del Sur [South Sea Company] se hizo inmensa en la década de 1730[88]. «El contrabando fue parte integrante de todas las fases de las operaciones de la Compañía del Mar del Sur»[89]. Fue también una de las causas principales de la guerra de la Oreja de Jenkin, en la década de 1740[90]. El contrabando se realizaba sobre todo desde Jamaica y Barbados, así como desde Buenos Aires[91], consiguiendo que disminuyera de forma significativa el tráfico que pasaba por Cádiz[92]. Las ventajas que los ingleses no obtenían del comercio directo entre Inglaterra e Hispanoamérica[93] las obtenían del comercio indirecto a través de Cádiz, en el que España terminó por utilizar los metales preciosos americanos para cubrir su déficit en la balanza de pagos con Inglaterra[94].

[86] Véase Rambert: «Su política aduanera, siempre al acecho, conseguirá [a lo largo del siglo XVIII] elevar poco a poco barreras a cuyo abrigo se desarrollarán las industrias nacionales y el país se liberará en parte del control extranjero. Francia, durante mucho tiempo a la cabeza de los competidores, será la principal víctima de esta evolución» (1959, página 270).

[87] Nelson (1945, p. 55).

[88] Nelson le adjudica un valor de 5,5 millones de libras entre 1730 y 1739 y dice que era «de tal magnitud que representaba una amenaza real para el mercantilismo español» (1945, p. 64).

[89] V. L. Brown (1928, p. 179). Nelson señala que la Compañía del Mar del Sur utilizó todos los medios concebibles para llevar a cabo este comercio ilegal: el secreto (que fue posible porque, aunque el gobierno español tenía un miembro en la junta directiva, la mayoría de las comunicaciones no pasaban por la junta), el soborno de los oficiales españoles, el tráfico de esclavos como tapadera, el engaño y la fuerza, la protección ofrecida por los buques británicos (véase Nelson, 1945, pp. 56-60).

[90] Véase Nelson (1945, p. 55).

[91] Véanse Christelow (1941, p. 532); Nelson (1945, p. 57).

[92] Godinho (1948, p. 552).

[93] Para una lista de los productos intercambiados, véanse Nelson (1945, página 61) y Godinho (1948, p. 553).

[94] Godinho señala que el flujo de metales preciosos de Hispanoamérica en esta época, aunque no tan grande como el procedente de Minas Gerais, en Brasil, «era sin embargo de gran importancia para la vida monetaria de

A la pérdida del oro y la plata de España se sumó un presupuesto estatal crónica y crecientemente desequilibrado, resultante precisamente de la centralización borbónica, que implicó una triplicación de los gastos de la Corona de 1701 a 1745[95]. Los esfuerzos de los franceses por contener a los ingleses en España y en el resto del mundo dieron a España algún pequeño respiro, pero finalmente, al término de la guerra de los Siete Años (1763), cuando Francia fue «prácticamente eliminada como factor en la situación colonial americana, España quedó sola frente a la amenaza inglesa durante las dos siguientes décadas»[96]. En el largo movimiento que tuvo lugar de 1600 a 1750 ó 1763, España se mostró incapaz de contener lo que se conoce como la «decadencia» española.

Junto con su floreciente comercio legal e ilegal con España y la América española, el comercio legal e ilegal de Inglaterra con Portugal y Brasil aumentó aún más[97]. Los efectos de Methuen fueron inmediatos. En una década, las importaciones portuguesas de Inglaterra se duplicaron, mientras que sus exportaciones sólo aumentaron en un 40 por ciento. El tratado aniquiló la «naciente» industria textil[98]. Al mismo tiempo se quin-

Europa» (1948, p. 553). Véase también H. E. S. Fisher (1971, pp. 4-5). El comercio legal e ilegal con Hispanoamérica benefició probablemente en algún grado a dos grupos diferentes de ingleses. El Estado español trató de utilizar a sus interlocutores del comercio legal para frenar el comercio ilegal, pero sin mucho éxito. Véase Godinho (1948, p. 552).

[95] Véase E. J. Hamilton (1949, p. 316).

[96] V. L. Brown (1928, p. 187); véase también Christelow (1941, pp. 519-20) para el período que va hasta 1763.

[97] En el período comprendido entre 1700 y 1750, Portugal fue el tercer consumidor en importancia de exportaciones británicas (después de las Provincias Unidas y Alemania); las mercancías inglesas desembarcadas en Lisboa casi nunca bajaron del 50 por ciento del total. Véase Maxwell (1968, p. 612).

[98] Véase Sideri (1970, pp. 44-46). Macedo (1963a) afirma que pese a esta ventaja británica, la competencia de otras manufacturas extranjeras hizo bajar los precios británicos y anuló el monopolio; pero Sideri niega esto, señalando la siguiente contradicción en el propio Macedo: «Los tejidos franceses u holandeses nunca pudieron contrarrestar las ventajas británicas, porque no se beneficiaban de una red de distribución y de una influencia consolidada como las que respaldaban a los comerciantes británicos» (Macedo, p. 51, citado en Silderi, p. 46). H. E. S. Fisher pretende que los comerciantes de tejidos ingleses tenían una ventaja sobre sus competidores franceses, holandeses y alemanes porque estaban «más especializados [...] en las lanas ligeras y las estameñas de escaso o mediano precio» y también podían «transportarlas [...] de forma más barata» (1971, pp. 36-37). Una detenida lectura de Fisher revela que éste es un argumento circular, porque el transporte más barato estaba en función del mayor volumen del comercio, y la venta de los tejidos estaba en función de la compra de vino «y los comerciantes ingleses en Portugal

tuplicó la producción de vino portugués de 1670 a 1710, absorbiendo «la mayor parte del capital portugués disponible, y, lo que es aún más importante, una creciente proporción de la mano de obra portuguesa» [99]. La ventaja del vino portugués sobre el vino francés para Inglaterra era que, si bien aquél era más caro, no tenía que ser pagado en metales preciosos, como en el caso de Francia, dada la magnitud de las exportaciones de tejidos ingleses a Portugal [100]. Tal vez le costara más al consumidor inglés, pero los intereses burgueses de Inglaterra salían ganando. El comercio de vino no era realmente muy ventajoso para Portugal. Además de su impacto negativo sobre las manufacturas, el propio comercio estaba «en gran parte controlado por los intereses ingleses, que se llevaban la mayor parte de las ganancias» [101]. Con razón diría, pues, el duque de Choiseul, ministro francés de Asuntos Exteriores, en 1760, que Portugal «debe ser considerado como una colonia inglesa» [102].

Sin embargo, el valor del vino exportado era mucho menor que el de los tejidos importados. El déficit de la balanza comercial con Inglaterra, insignificante todavía en 1700, aumentó hasta cerca de un millón de libras al año [103]. Afortunadamente para Portugal, era todavía un país semiperiférico. Tenía su propia colonia, Brasil, y muy rica por cierto [104]. Fue el oro brasileño el que permitió a Portugal equilibrar su comercio con Inglaterra desde 1710 hasta mediados de siglo [105]. El historiador portugués J. P. Oliveira Martins señalaba amargamente en 1908: «El oro del Brasil simplemente pasaba por Portugal y echaba el ancla en Inglaterra para pagar la harina y los tejidos con que Inglaterra nos alimentaba y nos vestía. Nuestra industria consistía en óperas y devociones» [106]. Inglaterra, en cambio, con-

controlaban tanto la compra como el transporte de los vinos enviados a Inglaterra» (p. 36).

[99] Sideri (1970, p. 46).

[100] Sideri (1970, pp. 41, 48), que en la página 41 dice que la balanza negativa de los ingleses con Francia era pagada en plata, mientras que en la página 48 dice que era pagada en oro.

[101] Sideri (1970, p. 46).

[102] Citado en Christelow (1946, p. 27). G. Young observaba igualmente en 1917: «El distrito del Duero se convirtió en una especie de *hinterland* de colonia inglesa», *Portugal old and young* (Oxford, 1917, p. 185), citado en Sideri (1970, p. 56).

[103] Sideri (1970, p. 45).

[104] Boxer afirma que en el siglo XVIII «no cabe duda de que [Brasil] era en muchos aspectos más próspero que la madre patria» (1969b, p. 323).

[105] Véase Francis (1972, pp. 179-80).

[106] J. P. Oliveira Martins, *História de Portugal* (Londres, 1908), 2 vols., páginas 149-51, citado en Sideri (1970, p. 67).

seguía así la tan necesaria inyección de metales preciosos que permitía a su oferta monetaria adecuarse a su creciente papel en la producción y el comercio de la economía-mundo [107]. Además, Inglaterra se hacía de este modo no sólo con el monopolio del comercio legal de oro, sino también con el contrabando de metales preciosos [108]. El historiador inglés Charles Boxer encuentra en estos hechos un consuelo para Portugal: «El único beneficio que Portugal sacó de sus posesiones ultramarinas fue que, en virtud de ellas, y de los recursos que obtenía de ellas, pudo escapar al destino de Escocia y Cataluña» [109]. Desde el punto de vista del siglo XX, Portugal podría haber salido mejor librada de haber sido más pobre en los siglos XVII y XVIII. La historia de Escocia y Cataluña es compleja y su posterior desarrollo industrial cae fuera de los límites de este análisis, pero tal vez no perjudicara a estos dos países el no tener un Brasil que permitiera un intercambio desigual con Inglaterra, provechoso para ciertos grupos portugueses, sin trastornos internos. Fue el productor directo brasileño el que pagó los vidrios rotos, pero hubo menos presiones internas en Portugal con vistas a conseguir cambios estructurales.

Si los Estados de la península Ibérica, que en el siglo XVI habían sido gloriosos colonizadores y controladores de oro y plata, decayeron tan ignominiosamente en el siglo XVII hasta convertirse en meras correas de transmisión de las manufacturas de la Europa del noroeste, ¿qué sucedió con las áreas que habían sido grandes centros industriales en los siglos XV y XVI? La espina dorsal de Europa —el norte de Italia, el sur y el oeste de Alemania y los Países Bajos del Sur (españoles)— también decayó, y espectacularmente, pero de forma diferente. Al no tener colonias y por consiguiente carecer de fuentes de oro y plata o materias primas tropicales con las que comprar mercancías importadas, sólo podían contar con su propia in-

[107] Véase Sideri (1970, p. 49). Morineau intenta matizar este juicio: aunque el oro brasileño ejerció una «influencia circunscrita pero cierta» sobre las exportaciones británicas a Portugal, no fue ni «esencial» ni «irremplazable»; en general, para el crecimiento británico económico en el siglo XVIII, «el oro brasileño [...] no fue ni el único agente de crecimiento, ni el más fuerte» (1978h, pp. 44, 47). Esto es arremeter contra molinos de viento. Los metales preciosos eran necesarios y era del Brasil de donde de hecho se obtenían principalmente en aquella época.

[108] Francis señala que «los holandeses y los hamburgueses, que también necesitaban metales preciosos, no tenían las mismas facilidades [que los ingleses] y recibían su parte [de contrabando] a través de Londres» (1966, página 217).

[109] Boxer (1961, p. 90).

dustria y agricultura para sobrevivir y con su larga experiencia comercial y financiera.

La clave de su supervivencia fue el sistema de trabajo a domicilio *(Verlagssystem)*. Este sistema se definía básicamente por los siguientes rasgos. El productor trabajaba en su propio domicilio con su propio equipo y usaba sus propias herramientas. A veces era un maestro con unos cuantos aprendices y otras trabajaba solo o en pequeños grupos familiares. Recibía las materias primas que debía transformar de un comerciante-empresario *(Verleger)* que con ello adquiría el derecho a «comprar» el producto transformado a un precio fijado de antemano, encargándose de transportar el producto al mercado. Si el productor trabajaba en solitario o en pequeños grupos familiares, habitualmente sólo dedicaba a su trabajo parte del tiempo, combinando esta actividad productiva con algún otro papel económico. A menudo este sistema llevaba a un endeudamiento crónico del productor con respecto al comerciante-empresario que recordaba la situación de servidumbre por deudas predominante en esa época en diversos tipos de producción agrícola.

El sistema de trabajo a domicilio era conocido ya en la Edad Media, pero fue en el siglo XVI cuando se difundió de forma significativa, sobre todo en la industria urbana [110]. Este sistema ha sido con frecuencia identificado con la industria textil, pero fue utilizado en casi todos los ramos de la producción industrial [111]. En la situación de estancamiento del siglo XVII, el sistema de trabajo a domicilio se difundió aún más que en el siglo XVI, con una importante modificación. En toda Europa, las industrias que utilizaban el trabajo a domicilio se desplazaron a las zonas rurales. El motivo principal era el incremento de las ganancias del comerciante-empresario. Braudel nos dice: «Allí donde se introdujo, [el sistema de trabajo a domicilio] asestó un golpe a los gremios» [112]. Sin embargo, mientras el

[110] Véase Braudel (1973, I, pp. 430-32).

[111] Véase por ejemplo Friedrichs: «En Nuremberg, a comienzos del siglo XVI, el *Verlagssystem* había sido introducido en muchas ramas de la industria del metal y en la manufactura de bolsos, guantes, cepillos, papel y libros, así como de lino y fustán. A finales del siglo XVII, incluso la producción de lápices en Nuremberg estaba organizada sobre la base del *Verlag*» (1975, pp. 32-33). Kellenbenz hace la misma observación y añade: «En la extracción de minerales férreos y no férreos, la compra de bombas, hornos y otros equipos técnicos indispensables a menudo provocaba el endeudamiento del pequeño taller y hacía necesaria la ayuda del comerciante. Esto sucedía especialmente cuando el hombre que normalmente compraba el producto era una fuente potencial de crédito» (1977a, p. 469).

[112] Braudel (1972, I, p. 431). Craeybeckx observa en el caso de Gante y

proceso productivo se mantuvo en las ciudades, los gremios estuvieron en condiciones políticas de resistir *dentro* del sistema de trabajo a domicilio, especialmente en los años buenos, regulando mediante contrato las relaciones entre el comerciante-empresario y el artesano-productor [113].

Una vez que la industria se hubo ubicado en las zonas rurales, el comerciante-empresario pudo escapar al control de los gremios [114], reemplazando a los artesanos organizados en ellos por campesinos que «constituían una mano de obra mucho más barata» [115]. Esta ubicación rural garantizaba también la dispersión física de la fuerza de trabajo, mimimizando el riesgo de una organización de los trabajadores al tiempo que concentraba la distribución en manos de unos pocos grandes comerciantes-empresarios [116]. Kellenbenz insiste en que es importante darse cuenta de que este sistema no era en modo alguno estático [117], sino que respondía a la evolución de la situación económica. Una de las formas en que evolucionó fue hacia un

Brujas: «En el siglo XVI, los lazos del 'gremio' se relajaron, especialmente en la segunda mitad. El trabajador, 'maestro' u 'oficial', sabía que su destino estaba en manos de los comerciantes, únicos capaces de asegurar la venta de sus productos» (1962, p. 427).

[113] Véase Friedrichs, quien afirma que «el gremio podía poner fin al acuerdo cuando la relación resultaba perjudicial para sus miembros» (1975, página 33).

[114] Véase Kellenbenz (1965, II, p. 420).

[115] Kellenbenz (1977a, V, p. 470). Sella piensa que el desplazamiento a las zonas rurales, al menos en el caso de Venecia, se debió más a la ineficiencia del trabajo de los miembros de los gremios que a sus altos salarios, pero a mí me parece que es lo mismo. Véase Sella (1968, pp. 122-23). En las zonas rurales, no todos los campesinos estaban igualmente deseosos de desempeñar este papel. E. L. Jones señala que las industrias a domicilio *(cottage industries)* eran frecuentes sobre todo en los distritos de las tierras bajas que tenían «suelos arenosos, estériles y arcillosos», así como en ciertos «distritos de las tierras altas». Jones sugiere que fue el hecho de que estos distritos «no pudieran alimentar a su población con sus recursos agrícolas internos» el que les llevó a tratar de redondear sus ingresos de esta forma (1975, pp. 339, 341). En esta misma línea, Mendels señala: «Hay pruebas [...] de que los campesinos que se convirtieron en tejedores estaban en el nivel más bajo de la escala social y siguieron allí» (1972, p. 242). Peter Kriedte afirma: «Cuantos menos ingresos se obtenían de la agricultura a causa de la falta de tierras arables, más crecía la tendencia entre los pequeños manufactureros a olvidarse de la agricultura y a concentrar sus esfuerzos en la producción industrial» (en Kriedte *et al.*, 1977, p. 68). Klíma y Macůrek señalan que en las tierras checas, los trabajadores de las manufacturas rurales eran buscados entre «los pobres del campo» (1960, p. 90). Véase también el análisis que hace Thirsk de los lazos entre las industrias artesanales y ciertos tipos de comunidades agrícolas (1961).

[116] Véase Kulischer (1931, p. 11).

[117] Kellenbenz (1965, II, pp. 427 y *passim*).

aumento cada vez mayor de la dependencia permanente[118] de los trabajadores con respecto a los comerciantes-empresarios. Sobre todo en los países semiperiféricos, el sistema de trabajo a domicilio presentaba un rasgo más que es conveniente señalar. Con frecuencia estaba en manos de comerciantes-empresarios *extranjeros*. Los holandeses, como corresponde a la potencia hegemónica, estaban en todas partes: en las ciudades-Estado del mar del Norte y del Báltico; en Brandemburgo, Escandinavia, Curlandia y Rusia; en Renania y el norte de Italia. Pero los ingleses y los franceses estaban también instalados en muchas de estas áreas. En el siglo XVII, los antiguos grupos empresariales, como los italianos, desempeñaban un papel menor pero todavía importante. Y también florecieron los grupos de «minorías» extranjeras: los hugonotes en Alemania, Norteamérica, Suiza, Holanda e Inglaterra; los judíos en todas partes; los mennonitas en una serie de zonas clave de Alemania[119].

El sistema de trabajo a domicilio marcó el comienzo de la proletarización del mismo modo que la venalidad de los cargos y el uso de tropas mercenarias marcaron el comienzo de la burocratización (es decir, de la proletarización) de los empleados del Estado. En el sistema de trabajo a domicilio, el productor directo era oficialmente el propietario de los medios de producción, pero de hecho se convirtió en un empleado del comerciante-empresario, que controlaba los ingresos reales del productor y se apropiaba de su plusvalor sin estar todavía en condiciones de asegurar su máxima eficiencia mediante una supervisión directa en el lugar de trabajo[120]. (Por analogía, la

[118] Friedrichs (1975, p. 33). Bulferetti y Constantini señalan: «A lo largo de la segunda mitad del siglo XVI y la primera mitad del XVII, el antiguo antagonismo entre el capital comercial y el artesanado independiente se resolvió en Génova [...] en una subordinación uniforme de los gremios *(corpi di mestiere)* a la dirección de los comerciantes-empresarios» (1966, página 73). Peter Kriedte señala que incluso en el *Kaufsystem*, donde a diferencia del *Verlagssystem* no se trabajaba a comisión, la concesión de créditos supuso «el comienzo de una dependencia económica», y que a pesar de la independencia oficial de los productores hubo una «explotación a través del comercio» (en Kriedte *et al.*, 1977, pp. 202-203). *A fortiori*, esto sucedía en el *Verlagssystem*, donde el comerciante-empresario podía «determinar si producía, qué producía, cómo producía y cuánto producía desde el principio hasta el final» (p. 214).

[119] Véase el análisis de Treue (1957, pp. 41-42). Sobre los judíos en Alemania, véase Treue (1955, pp. 398-99); sobre los anglo-holandeses en Italia, véase Fanfani (1959, pp. 57-58, 128); sobre los ingleses y los holandeses en Bohemia, véanse Klíma (1959) y Mika (1978, pp. 234-35); sobre los lazos entre el *Verlagssystem* en Europa central y el comercio de exportación, véanse Klíma y Macůrek (1960, p. 96) y Kriedte en Kriedte *et al.* (1977, página 64).

[120] Véase Sombart (1900, pp. 1138-40). Incluso los productores de la

situación era la misma en la burocracia del Estado.) El hecho de que estos Estados semiperiféricos tuvieran industrias a domicilio era lo que las diferenciaba en esa época de las áreas periféricas. El hecho de que las industrias a domicilio de las áreas semiperiféricas tendieran a caer en parte bajo el control de grupos no indígenas, resultándoles así difícil conseguir una legislación proteccionista, era lo que las diferenciaba en esa época de las industrias del centro. El sistema de trabajo a domicilio es descrito por Mendels, en una frase que se ha hecho popular, como «protoindustrialización»[121], aunque yo no creo conveniente definirlo así, ya que la palabra protoindustrialización sugiere que no había una industrialización real. El sistema de trabajo a domicilio era un sistema menos eficiente, pero de hecho más explotador que el fabril[122] y, por consiguiente, era el ideal en una época de relativo estancamiento.

industria nacional que no dependían de un comerciante-empresario estaban reducidos a una situación *de facto* análoga, debido al funcionamiento del mercado, como subraya Hans Medick: «El tejedor, el calcetero, el fabricante de clavos o de guadañas de la industria nacional, ya participaran en el mercado como compradores y vendedores, trabajando así con el *Kaufsystem*, o estuvieran organizados en el *Verlagssystem*, dependían siempre, directa o indirectamente, del capital mercantil» (1976, p. 296). El *Verlagssystem* era por supuesto más rentable para el comerciante-empresario que el *Kaufsystem*, dado que con este último el productor directo conservaba una parte mayor del plusvalor. Aunque el *Verlagssystem* no se puede comparar con el sistema fabril por lo que respecta al control administrativo, supuso un avance con respecto al *Kaufsystem* y, por consiguiente, un incremento de la productividad, cuyas ganancias iban a parar en buena medida al comerciante-empresario. Aunque los ingresos por el trabajo a destajo de un productor directo eran inferiores con el *Verlagsystem* que con el *Kaufsystem*, sus ingresos anuales podían ser mayores, dado que el trabajo era más continuado. Véase Schlumbohm en Kriedte *et al.* (1977, pp. 215-16, incluida la n. 56).

[121] Mendels (1972). Véase el análisis de las raíces historiográficas del concepto en Kriedte *et al.* (1977, pp. 13-35), quien considera que la protoindustrialización fue de «importancia estratégica» para determinar el eventual papel económico de determinadas áreas en la economía-mundo (páginas 30-31, n. 52). Klíma y Macůrek son partidarios de considerar la manufactura, es decir el *Verlagssystem*, como un «jalón en la evolución que condujo del sistema de los gremios, pasando por la manufactura, a la gran producción mecanizada». Su explicación de la razón por la que hay que considerar la manufactura y el sistema de factoría como eslabones en un proceso evolutivo y no como los bordes opuestos de un profundo abismo es que la manufactura «profundizó la división del trabajo» y «llevó a la producción a un gran número de trabajadores no especializados o poco especializados» (1960, IV, pp. 96-97). Myška dice básicamente lo mismo cuando analiza las manufacturas de hierro centralizadas en tierras checas (véase 1979, pp. 44-49, y *passim*). Véase también Redlich (1955, pp. 93-97).

[122] Medick da una excelente explicación de cómo funcionaba esto, y la resume diciendo: «La lógica de la producción económica familiar resultó

Las viejas industrias de las áreas de la espina dorsal experimentaron una decadencia en el siglo XVII. Esto fue especialmente evidente en el norte de Italia, pero también se puede observar en Alemania y en los Países Bajos del Sur. Romano ve con pesimismo la situación en el norte de Italia. Percibe en ella cuatro tendencias: decadencia de la población urbana (aunque no de la total), decadencia de la producción industrial en los centros clásicos (Florencia, Milán, Venecia y también Nápoles), sobre todo de paños baratos, decadencia de la distribución y decadencia de los precios y del dinero en circulación, acompañada de salarios bastante estables (con el consiguiente desempleo y aumento del número de pobres y vagabundos). De este modo, la economía *urbana* pasó, según Romano, por «una situación de extrema depresión» entre 1620 y 1740. Además, Romano habla de «la involución general de la economía agraria italiana»[123]. Ve a Italia como una parte indiscutible de esa mayoría de países europeos que en el siglo XVII (a diferencia de Inglaterra, las Provincias Unidas y en cierta medida Francia) vivían «bajo el signo de la involución»[124]. Según Romano, Italia desperdició así una «gran oportunidad histórica de renovación», como la que había tenido en el siglo XIV, porque contaba con «toda una clase dominante dispuesta a resistir» a la crisis y a «salir de la larga noche» debilitada pero intacta[125]. Procacci ataca los supuestos voluntaristas del concepto de oportunidad desperdiciada[126] y Sella ataca la descripción empírica, afirman-

eficaz sobre todo por la inclinación de los trabajadores pobres y sin tierras a caer en la 'autoexplotación' en la producción de mercancías artesanales si era necesario para asegurar la subsistencia de su familia y la autosuficiencia económica». Esto llevó a una «ganancia diferencial» para el comerciante-empresario que «superaba tanto a las ganancias que podía obtener de las relaciones sociales de producción en el sistema de gremios como a las ganancias que podía sacar de unas relaciones asalariadas similares en la manufactura» (1976, p. 299). Medick se muestra especialmente interesado por la «relación simbiótica de la economía familiar y el capital mercantil», y afirma que «las normas y reglas de conducta de la economía de subsistencia familiar tradicional» fueron más importantes que la ética protestante en la génesis del capitalismo (yo diría más bien en su desarrollo) (1976, p. 300).

[123] Romano (1974, pp. 188-89).

[124] *Ibid.* (1971, p. 201).

[125] *Ibid.* (1974, p. 195).

[126] Procacci (1975, p. 28), quien califica a la idea de «demasiado simplista y radical». Borelli cita un buen ejemplo para explicar por qué no era simplemente una cuestión de voluntad. Señala los esfuerzos de Venecia por salvar su industria sedera prohibiendo la exportación de seda cruda en 1588. Esto hizo que bajara el precio de la seda cruda en el mercado interior, lo que fomentó la exportación de contrabando. En 1694, las dos terceras partes de la seda cruda veneciana eran exportadas clandestina-

do que resulta exagerada. Sella cree que a finales del siglo XVII el escenario industrial del norte de Italia estaba «lejos de haberse quedado vacío» y que los productos manufacturados ocupaban todavía un «lugar destacado» en el comercio de exportación [127]. Además, afirma, las zonas rurales (al menos en Lombardía) salieron aún mejor libradas y en el siglo XVII conocieron una etapa de «notable aguante, adaptación y resistencia» frente a la adversidad [128].

En la bibliografía sobre Alemania occidental y meridional encontramos valoraciones igualmente dispares. Ya en el siglo XIX, Schmoller hacía hincapié en la «incondicional dependencia» de esta zona con respecto a Holanda durante el período comprendido entre 1600 y 1750 [129]. Una fuente de 1770, citada por Beutin, señala que en esa época Francfort no era «sino un gran centro de distribución dominado por los holandeses» [130]. Anderson habla de una «perturbación de la economía renana» [131] como resultado del control holandés de sus salidas al mar. Kuske ve en Renania una «era de pasividad» que

mente (véase Borelli, 1974, pp. 27-28). Esto no fue suficiente para proclamar una política mercantilista. Para aplicarla había que ser lo suficientemente fuerte desde el punto de vista político. En este caso, el margen de competencia ofrecido por las medidas mercantilistas no era suficiente para cubrir los altísimos costes de la producción veneciana.

[127] Sella (1969, p. 244). Las reservas de Rapp acerca de la situación empírica son algo diferentes. Está de acuerdo en que Venecia cambió las industrias orientadas hacia la exportación por industrias de servicios para el mercado interior y considera esto como un intento, en parte logrado, de preservar el nivel de empleo y, por consiguiente, de prosperidad (véase Rapp, 1975, pp. 523-24).

[128] Sella (1975, p. 12). Una forma de resistencia fue de hecho la creciente vinculación económica entre la ciudad y el campo circundante, como en el caso de Venecia y la Terraferma. Véase Marino: «La creciente presión fiscal sobre la producción de la Terraferna, las inversiones agrícolas y los mercados regionales hicieron de Venecia y su *hinterland* una entidad orgánica [...] La consecuencia más importante de la crisis [del siglo XVII] fue la repentina aparición de una economía regional integrada y de una política económica coordinada» (1978, p. 100).

[129] Schmoller (1897, p. 74). J. de Vries da un buen ejemplo de esta dependencia. Hasta 1650, los pañeros de Haarlem dependieron del trabajo de las tejedoras de su *hinterland*, pero en 1650 esta tarea se desplazó a los hogares de Westfalia (y de los Países Bajos del Sur). «Haarlem pasó entonces a ser el punto focal de una red de agentes que enviaban lino allí para su blanqueado y venta final» (1976, p. 97).

[130] *Die Handlung von Holland* (Francfort y Leipzig, 1770, pp. 251-52), citado en Beutin (1939, p. 120). Beutin cita a Friedrich List, diciendo que comparte esta opinión, sobre la que él no tiene «duda alguna» (1939, página 127).

[131] P. Anderson (1974a, p. 249).

comienza a finales del siglo XVI[132] y Liebel describe el «efecto devastador» de las guerras del siglo XVII en las ciudades imperiales de Suabia: Augsburgo, Ulm, Nuremberg[133]. Kisch habla, en cambio, de «la influencia estimulante del empuje de los vecinos holandeses»[134] y ve en esto la explicación de que Renania «escapara a la depresión» que afectó a la mayoría de las regiones alemanas en el siglo XVII[135].

Cuando volvemos la vista a los Países Bajos del Sur, encontramos la misma polémica. Tenemos la tesis clásica de Pirenne acerca de la decadencia económica resultante del cierre del Escalda y la incapacidad de conseguir medidas proteccionistas, tanto de los españoles como de los austríacos[136]. Stols

[132] Kuske (1922, p. 189).

[133] Liebel (1965a, p. 287). Estas ciudades habían iniciado ya un declive secular en el siglo XVI.

[134] Kisch (1968, p. 3).

[135] *Ibid.* (1959, p. 555).

[136] Véase Pirenne (1920, v, pp. 65-69, 129-30, 193-201). Hubo por supuesto un interludio mercantilista, lo que resulta muy instructivo. El llamado Colbert belga, Jan van Brouchaven, conde de Bergeyck, se las arregló en 1698 para convencer al elector Maximiliano Manuel de Baviera, gobernador de los Países Bajos españoles, de que instituyera derechos aduaneros, creara la Compagnie d'Ostende para comerciar en las Indias, proyectara la mejora de las rutas navegables internas e incluso en 1699 prohibiera la exportación de lana y la entrada de tejidos extranjeros. Pero las represalias de los ingleses y los holandeses, unidas a los celos entre provincias, hicieron retroceder a Maximiliano (pp. 64-69).

Cuando, tras la subida al trono de Felipe V, Maximiliano fue destituido y sus tropas reemplazadas por tropas francesas, Bergeyck fue autorizado una vez más a seguir adelante con sus reformas colbertistas. Fue el llamado *«régime anjouin»* (pp. 94-105). Cuando las tropas francesas fueron derrotadas por Marlborough en Ramillies en 1706, la ocupación francesa fue reemplazada por la anglo-holandesa. Los derechos aduaneros fueron inmediatamente abolidos y la centralización de la administración suprimida. Pirenne observa: «Así desaparecía el último vestigio de las reformas intentadas para sacar al país del lamentable estado en que había caído a finales del siglo XVII. Pero nadie lo advirtió. Los particularismos que se habían opuesto a los proyectos de Bergeyck se pusieron ahora al servicio de la Conferencia [de autoridades anglo-holandesas]. El gobierno central dejó de existir. Cada provincia fue abandonada a su suerte y comenzó a pensar únicamente en sus intereses inmediatos. Inglaterra y las Provincias Unidas sobre todo las dejaron hacer complacidas. Sabían que una vez que llegara la paz, no conservarían Bélgica, y era por consiguiente preferible devolvérsela a Carlos III [de Austria] en un estado de impotencia e intranquilidad política y económica» (p. 114). Véase también Hasquin (1971, páginas 125-26).

Incluso Craeybeckx que insiste en que la producción de los Países Bajos del Sur no era inferior a la de sus competidores anglo-holandeses en este período, explica la crisis de finales del siglo XVII por la coyuntura desfavorable *general* en Europa, que «se dejaba sentir especialmente en los Países Bajos del Sur, porque estaban extremadamente desprovistos

refuerza esta tesis argumentando que los flamencos fueron incapaces de aprovecharse incluso de sus continuados lazos con los españoles en el siglo XVII porque estos últimos se mostraban recelosos de sus posibles sentimientos pro-holandeses [137]. Por el contrario, Brulèz insiste en que la situación de Amberes en el siglo XVII era «menos mala de lo que se ha creído hasta ahora» [138]. Brulez lo explica esto por el papel constante de Amberes como *Dispositionshandel* donde se tomaban las decisiones acerca del comercio europeo, donde se hacían tratos comerciales y donde los comerciantes flamencos se aprovechaban de sus históricas relaciones de negocios [139].

Examinemos más detenidamente, pues, lo que sabemos de la estructura económica de estas zonas en esta época. La decadencia de la industria *urbana* fue incontestable en los centros de la Italia del norte. Lo que sí se puede discutir es si este proceso se inició en 1619 o en 1636 [140]. En cualquier caso, la producción lanera de Milán pasó de 60 ó 70 empresas que producían 15 000 *panni* al año en 1619 a 15 que producían 3 000 *panni* en 1640, a 5 en 1682 y a 1 que producía 100 *panni* en 1709 [141]. Bulferetti atribuye esta decadencia al mercantilismo francés del siglo XVII, que según él «asestó un golpe vital» a la actividad manufacturera y artesanal de Lombardía (y también de Toscana), pero también echa la culpa a la oposición de los

de medios para reaccionar contra el proteccionismo cada vez más desenfrenado de los países vecinos» (1962, p. 465). Van der Wee afirma que el resurgimiento de los Países Bajos del Sur en el siglo XVII estuvo de hecho acompañado de una «clara desurbanización» y de un «retorno a una agricultura *tradicional* autosuficiente» (1978, pp. 14, 17).

[137] Esto sucedió sobre todo antes de 1648. Stols cita las palabras de un jesuita de Brujas que, hablando de Hispanoamérica, decía: «A partir de ahora el acceso a la India será difícil para los flamencos, a causa de los traidores holandeses» (citado en Stols, 1976, p. 40).

[138] Brulez (1967, p. 89). Esta opinión es compartida por Craeybeckx (1962, pp. 413-18), quien no obstante admite un «deslizamiento del centro de gravedad económica hacia el campo» (p. 419). Hubo también un desplazamiento hacia Lieja. Véase Kellenbenz: «Se ha dicho que el infortunio de los Países Bajos españoles fue la fortuna de Lieja» (1965, II, p. 393). Véase también Jeannin (1969, p. 70).

[139] Véanse Brulez (1967, pp. 94-99) y Craeybeckx (1962, p. 416). El análisis de Baeten acerca del corso flamenco, negocio floreciente en el siglo XVII hasta la guerra de la Sucesión española, confirma todo esto. Baetens habla de su impacto *negativo* en la comunidad mercantil de Amberes, que utilizaba transportistas holandeses para su comercio, lo que indica cuál era el principal canal por el que los flamencos eludían las restricciones legales a su economía (véase Baetens, 1976, p. 74).

[140] Meuvret afirma que fue en 1636 (1953, p. 216), pero Cipolla afirma que fue en 1619 (1958, I, p. 392).

[141] Véase Cipolla (1958, I, pp. 392, 394).

trabajadores al cambio tecnológico [142]. De Maddalena añade que la incorporación de Milán al imperio austríaco en 1706 puede ser considerada como el definitivo «agrandamiento de la secular tendencia depresiva» [143]. Lombardía, liberada de la dominación española, había quedado reducida a una necesidad extrema [*stremata*]» [144]. Lo mismo ocurrió con la industria de la lana en Génova [145] y con los sectores industriales en Venecia [146]. Liebel habla de una decadencia similar de la artesanía en Württemberg, «el territorio más burgués del Sacro Imperio Romano», a partir de la guerra de los Treinta Años, especialmente en el tejido de lana y lino [147].

En cuanto a Suiza, este país parece haber hecho de la necesidad virtud, transformando sus lazos especiales con Francia en un mecanismo de semiperiferización. Estos lazos especiales se iniciaron con el papel de Suiza en el siglo XVI como suministradora de mercenarios, que las autoridades suizas utilizaron para negociar una exención de las barreras aduaneras francesas. El mercado francés se convirtió así en «el principal estímulo de la industria suiza» [148]. Pese a estos lazos, los suizos, durante la guerra de los Treinta Años, adoptaron su postura clásica de neutralidad, que les permitió «desbancar a Francia del mercado alemán» [149] y utilizar éste como base para desarrollar una industria de exportación [150]. Cuando Francia se anexó el Franco Condado en 1678, la dependencia de la industria de productos lácteos suiza con respecto a la sal importada reforzó la depen-

[142] Bulferetti (1953, p. 53).
[143] De Maddalena (1974b, p. 77). «La economía milanesa entró innegablemente en una fase de marasmo, de estancamiento» (p. 79).
[144] Caizzi (1968, p. 6).
[145] Véanse Bulferetti y Constantini (1966, p. 35).
[146] Rapp afirma que el empleo total en el sector de la exportación se redujo en la segunda mitad del siglo XVII al nivel absoluto de 1539, «antes de que empezara el esfuerzo industrial» (1976, p. 104). Y añade: «El puerto de Venecia no se hundió bajo el peso de los problemas económicos del siglo XVII, pero perdió su carácter de fulcro del comercio mundial para convertirse en un puerto regional» (p. 105). Lane señala que Venecia dejó de ser capaz de mantener a las flotas rivales alejadas del Adriático o de impedir el surgimiento de puertos rivales (véase 1973, p. 417).
[147] Liebel (1965a, pp. 295, 300).
[148] Bürgin (1969, p. 220), quien dice que a finales del siglo XVII Suiza «se erigió en el centro mundial» de la relojería (p. 227).
[149] Bürgin (1969, p. 221).
[150] «La base política para un desarrollo ininterrumpido del comercio de exportación», así como del comercio de tránsito, que «fue muy importante en los siglos XVII y XVIII fue la neutralidad del Estado» (Bodmer, 1951, página 574). Además, Suiza atrajo a empresarios refugiados en ella a causa de su neutralidad (p. 598).

cia *política* de Suiza con respecto a Francia[151]. Al aceptar la combinación de antimercantilismo económico[152] y protección política de Francia y desarrollar su creciente industria a domicilio de relojería y productos lácteos, Suiza se convirtió a finales del siglo XVIII en «el país más industrializado del continente europeo»[153].

Como indica el análisis anterior, no se puede decir que la industria desapareciera de la espina dorsal de Europa en el siglo XVII. Lo que sucedió fue que la industria, especialmente la de los tejidos de lana y algodón, se desplazó al campo. Hay noticias de este proceso en todas partes: en Venecia, Génova, Aquisgrán, Flandes, Zurich y, a finales del siglo XVII, incluso en Holanda[154]. En todos los casos, se aduce como motivo principal la reducción de los altos costes salariales resultantes de la fuerza de los gremios urbanos. Por el contrario, la industria *de lujo* de la seda continuó floreciendo en las ciudades, donde las sederías se convirtieron en verdaderas fábricas[155]. Una se-

[151] «El gobierno francés, fiel a los principios del colbertismo, puso las riquezas minerales recién adquiridas [del Franco Condado] al servicio de su política de poder y sólo suministró sal en condiciones ventajosas a aquellos países que se mostraron dóciles a sus deseos» (Bodmer, 1951, página 576).

[152] «Por paradójico que parezca para los siglos XVII y XVIII, fue precisamente la falta de una política comercial mercantilista bien definida la que ayudó a este país en concreto a conseguir una balanza de pagos favorable» (Bodmer, 1951, p. 575). Sin duda, el antimercantilismo no excluía los préstamos estatales a los empresarios, y hubo una oposición, por ejemplo de los gremios de Ginebra, a la falta de derechos aduaneros (véase Piuz, 1970a, p. 9).

[153] Bodmer (1951, p. 598), quien dice que Suiza «exportaba no sólo productos industriales en grandes cantidades, sino también ciertos productos de su economía de montaña [*Alpwirtschaft*], entre otros queso y carne de vaca».

[154] Véase Rapp a propósito de Venecia (1976, p. 159); Bulferetti y Constantini a propósito de Génova (1966, pp. 48-50); Kisch a propósito de Aquisgrán (1964, p. 524); Mendels a propósito de Flandes (1975, p. 203); y J. de Vries a propósito de Zurich (1976, p. 97). En Holanda los tejidos iban de Haarlem y Leyden a Twente y el Brabante septentrional. La cerámica de Delft se desplazó a Frisia. La repostería traspasó las fronteras del norte de Holanda. Van der Woude llama a este proceso «ruralización del comercio y la industria [holandeses]» (1975, p. 239).

[155] «Mientras que la manufactura lanera declinaba, la sedera prosperaba» (Borelli, 1974, p. 25). Véanse también Bulferetti y Constantini (1966, p. 70) y Rapp (1976, pp. 105-106). Piuz habla del desarrollo de un «*Verlagssystem* urbano» en la seda ginebrina (1970a, p. 5). Kisch señala una sustitución del lino por la seda en Krefeld a principios del siglo XVIII (1968, p. 28). Sin embargo Gino Luzzatto insiste en que no todo fue bien ni siquiera para la seda, ya que el proteccionismo francés perjudicó a las ventas, no sólo en Francia sino en toda Europa (véase Luzzatto, 1974, pp. 161-62). Sobre las sederías convertidas en fábricas, véase Poni (1976, pp. 490-96).

gunda «industria» de lujo urbana que se extendió en este período fue la producción y exportación de objetos de arte[156]. En el campo, observamos que simultáneamente y en los mismos lugares hubo una tendencia al empeoramiento de la explotación campesina y a la creación de industrias a domicilio. En el siglo XVII se produjo en el norte de Italia un movimiento de usurpación de las tierras comunales[157]. Beltrami dice que las propiedades de la nobleza en Terraferma tuvieron «en adelante el carácter de verdaderos latifundios»[158]. El Estado veneciano prohibió expresamente en 1633 a los campesinos que emigraran, aun sin sus animales y medios de producción. Borelli se pregunta: «¿Cómo no pensar [...] en una reedición puesta al día de la antigua institución de la servidumbre de la gleba[159]?»

A lo largo del siglo XVII, a medida que se reforzaba el poder de los terratenientes sobre los campesinos en el norte de Italia (como resultado de la semiperiferización «descendente») y a medida que se reforzaba el poder del Estado al este del Elba (como resultado de la semiperiferización «ascendente»), las estructuras sociales de las dos áreas se hacían más parecidas, de forma que a comienzos del siglo XVIII el Piamonte y Brandemburgo-Prusia, unidades organizadoras de los futuros Estados italiano y alemán, mostraban notables similitudes[160]. Hechos similares parecen haberse producido en los Países Bajos del Sur (y Lieja), donde el poder de los grandes terratenientes aumentó en el siglo XVII y a comienzos del XVIII, y donde muchos campesinos perdieron parte de su independencia al pasar de la condición de arrendatarios a la de aparceros[161]. La bibliografía

[156] Haskell (1959, p. 48). La otra cara de la exportación de objetos de arte fue la importación de turistas. Venecia se convirtió probablemente en el primer centro turístico moderno en el siglo XVII (véase J. de Vries, 1976, p. 27).

[157] Véanse Romano (1962, pp. 510-13), Borelli (1974, p. 20) y Sereni (1961, página 207). A esto se unió una continua difusión, en el período comprendido entre 1600 y 1750, de la aparcería *(mezzadria)* en todo el norte y centro de Italia (véase Sereni, 1961, p. 205).

[158] Citado en Romano (1968, p. 733).

[159] Borelli (1974, p. 15).

[160] Stuart Woolf explica estas similitudes: «En ambos países, las actividades reformistas de los gobernantes (Víctor Amadeo II, Carlos Manuel II, el gran elector Federico Guillermo I) estuvieron conscientemente dirigidas contra una nobleza considerada como el principal obstáculo para la creación de una monarquía absolutista centralizada, se creó una nueva administración central y los privilegios fiscales de la nobleza fueron objeto de ataques, pero en ambos casos la nobleza conservó una buena parte de su inmunidad fiscal, mientras que su control de la administración local se mantuvo prácticamente intacto» (1964, p. 283).

[161] Con respecto al creciente poder de los terratenientes, véase Jeannin

sobre Alemania meridional y occidental suele hacer mucho hincapié en el grado de control de los campesinos sobre la tierra [162], pero no hay que pasar por alto los *cambios* en las estructuras rurales de estas áreas, que obligaron a los estudiosos alemanes a acuñar un nuevo término, *Wirtschaftsherrschaft*, para designar las nuevas estructuras, situadas entre la *Grundherrschaft* tradicional y la *Gutsherrschaft* [163] del este del Elba. Como ya

(1969 p. 69); con respecto al desarrollo de la aparcería en Lieja, véase Ruwet (1957, p. 69).

[162] Véase, por ejemplo, Weis (1970), que compara la situación en Alemania occidental (exceptuada Renania) con la de Francia: Los campesinos poseían el 35 por ciento de la tierra en Francia y el 90 por ciento en Alemania al oeste del Elba; por consiguiente, «la situación económica, social, legal y psicológica [de los campesinos franceses ...] en el siglo XVII y en la primera mitad del XVIII fue mucho más desfavorable [...] pese a la mayor fertilidad del suelo francés y al progreso global de los métodos agrícolas» (p. 14). Véase también Blaschke (1955, p. 116) a propósito de Sajonia.

[163] Véase el análisis en Lütge (1963, p. 139, y 1965, p. 685). El término *Wirtschaftsherrschaft* fue acuñado por Alfred Hoffmann, que lo concebía explícitamente como un intermedio entre la antigua *Rentenherrschaft* y la nueva *Gutsherrschaft* que se desarrolló en los siglos XVI y XVII. Hoffman define de este modo la *Wirtschaftsherrschaft:* «De esta forma, la abrumadora mayoría de las tierras cultivables permanecen divididas, como anteriormente, en granjas campesinas *(bäuerlichen Wirtschaften)* individuales e independientes. Sin embargo, por medio de una mayor centralización de los impuestos *(Abgaben)* y una mayor participación en los servicios prestados al señor, las granjas campesinas están más estrechamente integradas que antes en una asociación [*Verband*] económica. Esta asociación no sólo incluye las actividades agrícolas puramente campesinas, sino también una serie de actividades artesanales y está estrechamente vinculada a una organización independiente [*selbständingen Organisation*] del mercado de exportación» (1952, p. 98). Hoffmann cree que el cambio de la *Rentenherrschaft* por la *Wirtschaftsherrschaft*, más moderna y capitalista, provocó un «importante aumento de la rentabilidad de la propiedad señorial [*grundherrlichen*]» (pp. 166-67).

T. M. Barker dice que *Wirtschaftherrschaft* significa un «'señorío' centralizado y racionalizado desde el punto de vista administrativo [...] que combina la explotación de la reserva y la producción artesanal con una multitud de técnicas para aprovechar las labores privadas del campesino» (1974, p. 27). Makkai sugiere que la clave es que el señor «explotaba sus derechos monopolísticos (tabernas, molinos, mataderos, etc.) y también participaba en empresas comerciales a fin de incrementar sus ingresos» (1975, p. 230). Makkai cree que es «insostenible» considerar esto como un tercer tipo de sistema económico (p. 231). En la medida en que hace hincapié en las actividades comerciales del señor, está en lo cierto, y puede citar al propio Alfred Hoffmann, quien escribió todo un artículo sobre el *Grundherr* como empresario (1958). Pero en la medida en que la *Wirtschaftsherrschaft* estaba «racionalizada desde el punto de vista administrativo», difería de la *Grundwirtschaft* tradicional. Podría ser, sin embargo, que todas las reservas de la *Grundwirtschaft* evolucionaran en esa época en la dirección de la *Wirtschafsherrschaft*.

señalamos antes, la *Wirtschaftsherrschaft* era el sistema predominante en las zonas más semiperiféricas de Europa central.

La decadencia de un área geográfica implica normalmente que los capitalistas de estas zonas comienzan a variar la localización de sus inversiones, de modo que una decadencia colectiva de carácter geográfico no significa una decadencia personal o familiar. Hay dos formas de transferencia de capital: la transferencia a una zona geográfica con mejores perspectivas económicas, que con frecuencia adopta la forma de un movimiento físico, y la transferencia en la misma zona a unidades de producción con una mayor tasa de ganancia, a menudo provocada por una mayor tasa de explotación. Durante el estancamiento del siglo XVII, la transferencia de capital dentro de una misma zona adoptó la forma de inversión en tierras. Los capitalistas de la espina dorsal de Europa utilizaron ambos tipos de transferencia. Las operaciones bancarias se desplazaron paulatinamente de centros como Génova a Amsterdam [164], mientras que los industriales emigraron: los flamencos a Inglaterra, los alemanes a Holanda, los venecianos a Lyon, etc. Rapp tiene toda la razón cuando insiste en que estos trabajadores industriales no buscaban un mayor salario, ya que emigraban precisamente de las zonas donde se pagaban salarios altos. Este movimiento representó un «éxodo empresarial» de pequeños capitalistas que se arriesgaban a emigrar pensando en «obtener enormes ganancias» [165].

La transferencia de capital de la industria a la tierra en esta época ha sido estudiada con más detenimiento en Italia del norte, tal vez porque fue allí donde se produjo de forma más espectacular. Bulferetti habla de «una inversión segura en tierras» [166], pero esto da, en mi opinión, una falsa imagen. Woolf nos recuerda que los datos que poseemos sobre Piamonte «apuntan de forma bastante concluyente hacia unos métodos eficien-

[164] Sobre la decadencia del antiguo papel financiero de Génova como banquero de España a partir de la década de 1620, véase Van der Wee (1977, pp. 333, 375). Sobre el nuevo papel de Génova como banquero de Europa a través de la inversión en títulos del Estado (*titoli pubblici*) primero de Francia y de los territorios de los Habsburgo y luego de Inglaterra, Escandinavia, Sajonia, etc., véase Dermigny (1974, p. 549). Dermigny dice que las inversiones financieras genovesas eran tan caricaturescas que «se podría hablar, forzando los términos, del parasitismo, fase superior del capitalismo» (p. 562).

[165] Rapp (1976, p. 37). Fanfani señala también que hubo una emigración neta de Italia en el siglo XVII (1959, pp. 130-31).

[166] Bulferetti (1953, p. 47).

tes de administración de las fincas»[167] por parte tanto de los antiguos terratenientes como de los nuevos en este período. Sereni habla de la «relativa continuidad» de las mejoras agrícolas en la agricultura italiana e indica que del siglo XVI al XVIII hubo un «desarrollo mercantil de la agricultura, que la depresión económica [del siglo XVII] no bastó para interrumpir»[168]. Claramente, la agricultura capitalista en la Italia del norte era un buen lugar para que un empresario colocara su dinero cuando la industria de la lana comenzó a ir mal. La mayor autosuficiencia de la Italia del norte, en cuanto a abastecimiento de alimentos, reforzada e impulsada por el «progreso del arroz»[169] plantado en tierras hasta entonces no utilizadas, formó parte de la superproducción mundial de alimentos básicos que llevó en el siglo XVII a la espectacular caída de las exportaciones de cereales en Europa oriental.

El capital del norte de Italia encontró otras formas de protegerse. Una de ellas fue el desarrollo, sobre todo en la producción sedera de Toscana, de la *commenda* o comandita, forma de responsabilidad limitada que según Da Silva podríamos considerar como «una forma de centralización del capital»[170]. Otra forma fue el desarrollo del arrendamiento de los impuestos *(appalti di gabelle)*, unido a los empréstitos estatales[171]. El crecimiento de las deudas del Estado en el norte de Italia sirvió, según algunos autores, en los siglos XVII y XVIII como «incesante drenaje de dinero de la actividad productiva»[172]. Tal vez, pero ¿a qué manos pasó? A las de los empresarios que hacían los préstamos en primer lugar: decadencia colectiva, pero supervivencia (e incluso florecimiento) capitalista individual.

Volvamos ahora a las áreas ajenas al centro que encontraron en el largo estancamiento del siglo XVIII una oportunidad más que un declive. Suecia va obviamente en cabeza de la lista. Suecia era un Estado secundario, atrasado política, económica

[167] Woolf (1964, p. 283).

[168] Sereni (1961, pp. 188, 210). Villani dice lo mismo: «En el siglo XVII no hubo regresión [en el sector agrícola italiano], sino continuidad en el desarrollo» (1968, p. 124).

[169] Sereni ve en el arroz «una fuerza propulsora decisiva para el desarrollo capitalista de la agricultura» (1961, p. 197). Véase también Glamann (1977, p. 201), quien considera la introducción del maíz en la península Ibérica como un fenómeno paralelo.

[170] Da Silva (1964a, p. 485; véanse también pp. 490-91); Carmona (1964, páginas 106-107).

[171] Véase Romano (1968, p. 735).

[172] Ventura (1968, p. 719).

y culturalmente, cuando Segismundo fue destronado en 1599 y Carlos (más tarde Carlos IX) se convirtió en regente. Sin embargo, en 1697 Suecia se había convertido en una gran potencia militar en Europa y, en términos relativos, en una importante potencia industrial. ¿Cómo se produjo esa transformación? En la Baja Edad Media, Estocolmo era citada como ciudad hanseática y, en general, hasta el siglo XVI Suecia «ocupó una posición casi de colonia alemana» [173]. Aunque esto había comenzado a cambiar durante el reinado de Gustavo Vasa (1523-1560), todavía en 1612 una de las reivindicaciones políticas era la exclusión de los alemanes de los cargos municipales [174]. La otra cara de la moneda era, sin embargo, que los gremios nunca echaron raíces en Suecia. Fueron siempre «un producto exótico importado de Alemania» y, en la medida en que existieron, estuvieron limitados a Estocolmo [175].

A mediados del siglo XVI, el volumen del comercio empezó a crecer. El monopolio alemán tocó a su fin y holandeses y escoceses entraron en escena. Las importaciones de tejidos extranjeros aumentaron [176]. Las exportaciones suecas crecieron también, especialmente las de minerales [177]. Pareció producirse un proceso de periferización, pero su resultado no fue el mismo que en Europa oriental [178]. Es bien sabido que en Suecia el campesinado era muy fuerte, desde el punto de vista jurídico. El término *stand* (estamento) entró a formar parte del lenguaje vulgar en Suecia durante el reinado de Erik XIV, a mediados del siglo XVI [179], al igual que el término *riksdag* (parlamento).

[173] Roberts (1958, II, p. 20).
[174] *Ibid.*, p. 21.
[175] *Ibid.*, p. 21.
[176] Karl-Gustav Hidebrand dice que la principal ventaja del paño fino importado con respecto al producto nacional no era su duración o su elegancia, sino el hecho de que «las calidades eran comparativamente uniformes» (1954, p. 101).
[177] Véase Roberts (1958, II, pp. 139-42).
[178] Hans-Edvard Roos se refiere a mi análisis del «mecanismo basculante» en el volumen I de esta obra (1974) y dice: «Esto no corresponde a las condiciones de Suecia. A pesar de que las finanzas del Estado se caracterizaron por grandes déficits en la segunda mitad del siglo XVI, ello no provocó una 'espiral descendente', con un Estado más débil y una posición periférica como consecuencia. Todo lo contrario. Una tesis fundamental de este ensayo es que se descubrieron nuevas vías para salir de este dilema, vías que finalmente llevaron a una expansión del Estado nacional y a nuevas formas de economía nacional» (1976, p. 65, n. 35).
[179] El término fue «importado, como tantas otras cosas, de Alemania para describir cualquier corporación de hombres dotados de privilegios y deberes comunes, aspiraciones comunes en la sociedad y una función común en ésta» (Roberts, 1953, I, p. 285).

Cuando, después de largas negociaciones, se llegó a un acuerdo con respecto a estas cámaras en 1617 por medio del *riksdagsordning*, Suecia pasó a ser el único país con cuatro estamentos, siendo el último el del campesinado (definido como el de aquellos que eran propietarios de sus tierras) [180]. Ya he explicado esta curiosa situación como resultado de la debilidad económica de la agricultura sueca, por razones edafológicas y climáticas, que hizo que la aristocracia tuviera relativamente poco interés por «refeudalizar» las relaciones de la tierra durante la expansión de la economía-mundo europea del siglo XVI [181]. Por consiguiente, los intereses de la aristocracia no se oponían tan directamente a la centralización del Estado emprendida por la dinastía de los Vasa como los de los grandes terratenientes de Europa oriental a los de sus gobernantes [182].

Cuando empezaron a aparecer en Europa, en el siglo XVII, los primeros signos de una depresión económica, una personalidad enérgica como Gustavo Adolfo (1611-1632) pudo utilizar la crisis para reforzar aún más el Estado sueco y poner en marcha una transformación económica. Para ello, movilizó los recursos de Suecia en la guerra de los Treinta Años, incrementó la presión fiscal e impuso el pago en efectivo de los impuestos, instituyó el arrendamiento de éstos, sacó dinero de Prusia (las llamadas licencias prusianas o portazgos) y creó monopolios reales, que no cuajaron en el caso de la sal y los cereales, pero tuvieron un cierto éxito en el del cobre y el hierro. En resumen, como dice Michael Roberts:

> La posición periférica y primitiva que Suecia había ocupado en tiempos de Gustavo Vasa [...] fue ahora abandonada para siempre; con Gustavo Adolfo, los intereses económicos de Suecia se europeizaron plenamente y su política en asuntos económicos se ajustó al modelo mercantilista de la época [183].

[180] Véase Roberts (1958, II, p. 48).

[181] Véase Wallerstein (1974, pp. 312-13). Perry Anderson esgrime un argumento similar, afirmando que «el índice de comercialización en la agricultura era probablemente el más bajo de todo el continente» (1974a, página 179).

[182] De hecho, P. Anderson afirma que «la reforma de Vasa [la expropiación de la Iglesia, bajo la oportuna bandera de la Reforma, por Gustavo Vasa entre 1527 y 1544] fue, sin duda alguna, la mejor operación económica de su clase realizada por ninguna dinastía en Europa» (1974a, página 173). Anderson detalla las adquisiciones económicas de la monarquía, así como las medidas de centralización administrativa, y llega a la conclusión de que, no obstante, estas medidas «no enemistaron a la aristocracia, que mostró una solidaridad de fondo con el régimen a lo largo de todo el gobierno de Gustavo» (p. 174).

[183] Roberts (1958, II, p. 120), que ofrece un panorama global de las

El secreto fue el cobre. «El cobre era el oro del pobre»[184] y el pobre que más necesitaba el cobre era ese rico, España, que en buena medida había monopolizado las fuentes de la plata en el siglo XVI. Las dificultades económicas impuestas a Castilla por el intento de mantener la dominación de los Habsburgo en los Países Bajos llevó al duque de Lerma, que presidía el gobierno de Felipe III, a autorizar en 1599 una moneda de vellón de cobre puro. Así comenzó la gran inflación española, debida a que «la tentación de obtener dinero del dinero resultó demasiado poderosa para un gobierno en bancarrota permanente»[185]. La emisión de vellón inició y detuvo a lo largo del siglo XVII continuas devaluaciones, hasta que la inflación fue finalmente contenida en 1686[186].

Aunque España fue la principal víctima de las devaluaciones y, por consiguiente, el principal estímulo a un aumento de la demanda mundial de cobre[187], no fue la única. En Alemania hubo la *Kipper- und Wipperzeit* de 1621 a 1623 y en Francia una amplia acuñación de cobre de 1607 a 1621[188]. La propia Suecia lanzó un patrón de cobre y plata en 1625[189]. Además, la acuñación no era el único uso que se daba al cobre en la época. Era necesario también para las ollas y los cacharros de cobre producidos en Holanda, y desde mediados del siglo XV era utilizado en la fundición de cañones de bronce. El cañón de bronce, que dio paso al cañón de hierro en el curso del siglo XVII,

transformaciones económicas en tiempos de Gustavo Adolfo (cap. 2, *passim*). De hecho ya había habido en la década de 1580 monopolios en los que Willem van Wijck había desempeñado un importante papel, pero estos monopolios duraron poco.

[184] Glamann (1977, p. 242). Sobre la primacía del cobre entre los metales (después de la plata y el oro) en el siglo XVII, véase Kellenbenz (1977b, página 290).

[185] Elliott (1966, p. 300). Una de las consecuencias de esta inflación, iniciada en el siglo XVI aunque culminara en el XVII, fue una acusada concentración interna del capital (véase Ruiz Martín, 1970, p. 60).

[186] Véase Elliott (1966, pp. 300, 329, 344, 352-53, 361, 365). La acuñación de vellón en Castilla no acabó sino en 1693.

[187] P. Anderson, por ejemplo, afirma que «la emisión del nuevo vellón de cobre por Lerma, en la devaluación de 1599, fue lo que creó una altísima demanda internacional de la producción de la Kopparberg de Falun» (1974a, p. 183). Sin duda no fue casual que en 1599 hubiera un «cambio en la política monetaria del gobierno sueco», que en ese año comenzó «a emitir una moneda de vellón de cobre puro en enormes cantidades, lo cual provocó un súbito incremento en el precio del cobre a partir de 1600» (Roberts, 1958, II, p. 33).

[188] Véase Van der Wee (1977, p. 299).

[189] Heckscher afirma que la finalidad de esto fue tanto aumentar el precio del cobre como reducir la necesidad de importar plata (1954, páginas 88-89).

estaba en su apogeo en 1600[190]. En el siglo XVI, las principales fuentes de cobre eran el Tirol, la Alta Hungría y Turingia. Pero estas fuentes decayeron por agotamiento o fueron eliminadas por la producción sueca[191], y Suecia se convirtió rápidamente en el principal productor de Europa, mientras que la minería de cobre se convertía en la principal actividad económica de Suecia[192].

En este gran paso adelante —que se inició en tiempos de Gustavo Adolfo y continuó bajo la administración de Axel Oxenstierna, durante el reinado de la reina Cristina— las relaciones con los holandeses desempeñaron un papel crucial. Podemos decir que el desarrollo económico sueco se realizó en buena medida (al menos hasta 1660) «bajo los auspicios de los holandeses», como dice De Vries[193], pero esto resulta algo ambiguo. Treue se refiere al fenómeno en términos más cautelosos: «Fue muy significativo, desde el punto de vista de la historia mundial [...] que Suecia, en los años de lucha por su existencia y por su conversión en una gran potencia, tuviera de su parte a los comerciantes y empresarios internacionales de Holanda y Hamburgo»[194]. Era Amsterdam (y también Hamburgo)

[190] Véase Glamann (1977, p. 243).

[191] Glamann afirma que las minas de la Europa central habían visto decrecer su producción en la segunda mitad del siglo XVI (1977, p. 189). Roberts afirma que fue la guerra de los Treinta Años la que cerró las minas húngaras y puso fuera de uso las turingias (1958, II, p. 90). Kellenbenz rechaza ambas explicaciones y considera que la decadencia de la producción húngara y por consiguiente del mercado de cobre de Alemania central se debió a la «superabundancia de cobre sueco» (1974, p. 262; véase también 1977b, p. 340).

[192] Véase Roberts (1958, II, p. 90). Véase Heckscher: «La industria del cobre fue el vínculo más fuerte entre la expansión política de Suecia y su desarrollo económico» (1954, p. 85). Finalmente sería derrotado por el cobre japonés, que hizo su primera aparición en el mercado de Amsterdam en 1623, aunque existe una fuerte polémica acerca de si hubo una competencia significativa antes de 1650. Véanse las referencias al debate en Roberts (1958, II, p. 97, n. 3); véase también Nordmann (1964, pp. 474-75).

[193] J. de Vries (1976, p. 21).

[194] Treue (1957, p. 28). Véase Polišenský: «Goteburgo y otras ciudades eran meras avanzadillas de Holanda en suelo sueco, mientras que su cobre y su acero se habían convertido en mercancías controladas por un empresariado mixto holandés y sueco, representado por familias como los Trip y los De Geer» (1971, p. 175). Véase también Roberts: «El crecimiento del nuevo Goteburgo, que surgió a partir de 1619, es el signo visible de esta nueva orientación [hacia Occidente]. Porque el comercio de Goteburgo se realizaba en su totalidad fuera del Báltico; el más importante de sus mercados era Amsterdam, y los capitanes de barcos holandeses se asentaron en Goteburgo, al igual que en Hamburgo, para poder traficar libremente con España, desafiando la prohibición de los Estados Generales» (1958, II, p. 122).

la que compraba el cobre sueco, tanto para reexportarlo con vistas a su acuñación como para abastecer a «la considerable industria del cobre de las ciudades de los Países Bajos»[195]. En tiempos de Gustavo Adolfo somos testigos del inicio de las inversiones extranjeras (principalmente holandesas y flamencas) y de una considerable participación directa de los directores extranjeros en las industrias mineras y metalúrgicas suecas[196]. Una condición de los importantes préstamos holandeses era que «el reembolso se efectuara en cobre»[197]. Se estaba imponiendo el modelo habitual de peonaje por deudas a nivel internacional.

Gustavo Adolfo trató de eliminar esta amenaza creando en 1619 la Compañía Comercial de Suecia para controlar la comercialización del cobre sueco[198]. El rey trató de combinar las ventajas fiscales de unos mayores ingresos a corto plazo y un cambio estructural. Los estatutos originales daban a la compañía el monopolio a condición de establecer fábricas y refinerías de cobre en Suecia en un plazo de tres años. Se hicieron esfuerzos por atraer capital extranjero, que se vieron coronados por el éxito. La Compañía trató de oponer el mercado de Hamburgo al de Amsterdam, pero el mercado mundial de cobre se hundió súbitamente y en 1627 la Compañía se disolvió. ¿Fue ésta una maniobra de los capitalistas holandeses? Sabemos que la firma Trip, importante inversora en cobre sueco, tenía también lazos con la VOC (la Compañía Holandesa de las Indias Orientales), que hizo un pedido de cobre a Japón en 1624. Trip compró la totalidad del cobre japonés importado por la VOC en 1626 y 1627. También sabemos que los Trip concedieron a partir de 1627 nuevos préstamos a los suecos, una vez más reembolsables en cobre, creando así de nuevo un centro de distribución del cobre en Amsterdam[199].

[195] Glamann (1977, p. 244).

[196] Véase Roberts (1958, II, p. 28). Ya se había dado un caso de participación con anterioridad, el de Willem van Wijck en la década de 1580.

[197] Glamann (1977, p. 245).

[198] La cronología es intrigante. La Compañía fue fundada el 24 de julio de 1619. 1619 fue un año de grave crisis comercial. Fue también un año de crisis política en Holanda. El 23 de abril, el sínodo de Dordrecht condenó oficialmente los cinco puntos arministas, la *Sententia Remonstrantium*, y el 13 de mayo fue ejecutado Oldenbarnevelt. ¿Trató deliberadamente Gustavo Adolfo de aprovechar la coyuntura de debilidad política de los regentes más implicados en el comercio del Báltico, que tendían a estar en el bando arminista, debilidad agravada por una crisis comercial generalizada?

[199] Véase el análisis en Roberts (1958, II, pp. 92-98) y Glamann (1977, páginas 245-46).

El fracaso de este supuesto intento de independizar la economía sueca de la holandesa será más verosímil si recordamos el proyecto del concejal Cockayne, fracaso comparable de los ingleses y más o menos contemporáneo (1614-1617). Después de todo, estamos estudiando la era de la hegemonía holandesa. Lo que llama la atención de los esfuerzos de Gustavo Adolfo no es su incapacidad de superar a los empresarios holandeses sino hasta qué punto consiguió crear en Suecia una fuerza militar y una fuerza industrial. Y las dos cosas iban unidas, porque, como dice Nordmann, Suecia era en el siglo XVII «una nación en armas, que vivía de la guerra hasta el punto de hacer de ésta su industria nacional» [200]. Gustavo Adolfo fue el principal innovador militar de su época. Adoptó los métodos organizativos de Mauricio de Nassau, mejorándolos, y creó un modelo para los ejércitos europeos que duraría hasta la revolución francesa. Hizo hincapié en el adiestramiento y la disciplina y llevó a cabo reformas tácticas que restituyeron en todas las armas la importancia de la acción ofensiva. Tal vez su innovación más importante fuera que su ejército estaba compuesto por campesinos en armas. «Su modernidad», dice Nordmann, «estriba en que era un ejército nacional y no un ejército de mercenarios» [201].

No olvidemos que los mercenarios habían sido el gran avance del siglo XVI. Gustavo Adolfo no pudo prescindir de los mercenarios, pero redujo su papel. Para sus reformas se basó en que la tradición feudal en Suecia era débil y en que no se había adoptado allí la pesada caballería armada de la Edad Media, debido en parte a motivos topográficos y en parte a la fuerza del campesinado, consecuencia a su vez de las condiciones del suelo.

> Aquí, más que en ningún otro lugar de Europa, persistía la primitiva tradición militar germánica, y el invasor que se aventuraba en los bosques suecos se enfrentaba a una movilización general de la población, que luchaba sobre todo a pie y se agrupaba, si el terreno era abierto, en grandes masas irregulares [202].

El ejército de reclutas se basaba en regimientos provinciales, compuestos principalmente por artesanos y jóvenes campesinos, y, a diferencia de otros ejércitos de la época, rechazaba a la

[200] Nordmann (1972, p. 133).

[201] *Ibid.* El ejército sueco fue por consiguiente el primer ejército moderno que no se dedicó al saqueo (véase Hutton, 1968, p. 524).

[202] Roberts (1958, II, p. 189). El otro país que había mantenido esta tradición de infantería era Suiza.

«escoria». Se crearon almacenes centrales de prendas de vestir, los soldados eran pagados con regularidad gracias a un sistema descentralizado para distribuir los ingresos de la capitación, las armas y las municiones fueron normalizadas y se hizo gran hincapié en la artillería.

Gustavo Adolfo creó una industria armamentista que hizo de Suecia un país autosuficiente a este respecto[203]. Un rasgo crucial de su organización militar fue la desviación de una gran parte de los costes fuera de Suecia. Un famoso ejemplo es el papel de las llamadas licencias prusianas en la financiación del esfuerzo bélico de Suecia durante la guerra de los Treinta Años. Estas licencias fueron autorizadas por la tregua de Altmark, firmada entre Polonia y Suecia en 1629, y permitían a los suecos cobrar derechos en los puertos de Brandemburgo y Curlandia, y, lo que era más importante, en Danzig. El producto de estos derechos equivalía a un 20 por ciento de los costes de la guerra para Suecia. Cuando estos privilegios llegaron a su fin en 1635, fueron sustituidos en el tratado de Stuhmsdorf por el derecho a cobrar portazgos en Livonia[204]. Esencialmente, lo que consiguió Suecia fue hacerse con una

[203] Esta descripción está basada en un capítulo de Roberts titulado «The Army»; véase también «The Navy» (1958, II, capítulos 3 y 4). Dados estos logros, no es de extrañar que el ejército sueco sirviera como modelo a Cromwell, al rey sargento (Federico Guillermo I de Prusia) y a Pedro el Grande (véase Nordmann, 1972, p. 147).

[204] Véanse Bowman (1936, pp. 343-44) y Aström (1973, pp. 92-94). Los costes de la guerra habían aumentado espectacularmente entre 1630 y 1635, período de las licencias. Antes de 1630, a los suecos les costaba 500 000 *rixdalers* anuales; después de esta fecha, de 20 a 30 millones. Jeannin dice: «La condición absolutamente necesaria de este salto [de los gastos] era que la guerra engendra guerra» (1969, p. 324). Jeannin cita a Gustavo Adolfo, que escribía en 1628: «Si no podemos decir que *bellum se ipsum alet* [la guerra se sostiene a sí misma] no veo cómo podemos realizar con éxito lo que hemos iniciado». La cuestión esencial es si las licencias prusianas permitieron a los suecos responder a unos costes de la guerra que aumentaron independientemente o si fueron el tratado de Altmark y las consiguientes licencias prusianas los que les permitieron incrementar los costes de la guerra para ellos y para los demás. Al analizar la solvencia de Suecia, conseguida *sin* la venta de cargos, logro que puede ser comparado con la incapacidad de Francia para hacer otro tanto, Roberts comenta: «Una posible respuesta a esta dificultad [la debilidad de la base impositiva sueca] está en la paradoja de que la seguridad y la solvencia podían encontrarse en lo que las víctimas de Suecia veían como una agresión. La guerra podía engendrar guerra y podía también aportar ricas recompensas: una economía de guerra, más que una economía de paz, era lo que convenía a las necesidades de Suecia». Además, cuando más tarde «sus ejércitos cesaron de sembrar el temor entre sus vecinos, la insuficiencia real de sus recursos se hizo cada vez más evidente» (1973a, páginas 12, 14).

parte del plusvalor transferido de la Europa del este a la del noroeste y utilizarlo para lograr el papel de Estado semiperiférico.

El ejército fue un instrumento esencial para construir este Estado semiperiférico, pero la contrapartida había de ser la industrialización, y el cobre no bastaba. A lo largo del siglo XVII, el cobre dio paso al hierro como eje de la minería y la producción industrial de Suecia. En primer lugar, el hierro reemplazó al cobre como materia prima en el mercado mundial, y no sólo en la artillería [205], sino también en los objetos de uso doméstico [206]. Desde el punto de vista de Suecia, sin embargo, la diferencia entre el cobre y el hierro era que poseía una parte desproporcionada del mineral de cobre disponible en ese momento a nivel mundial, mientras que los yacimientos de hierro estaban diseminados por toda Europa. Para competir como productor de hierro, Suecia no podía contar con un monopolio del mineral y de las técnicas de producción. Pero consiguió competir, y muy eficazmente, aprovechando una cuestión de suerte y transformándola en una ventaja socioeconómica. La suerte fue que el mineral de hierro sueco era de «una pureza insólitamente grande», lo que dada la tecnología de la época, representaba una gran diferencia y colocaba a Suecia en una «posición marginal extremadamente fuerte» [207]. El «hincapié en la calidad» del producto [208] fue el principal eslogan de venta del hierro sueco a lo largo de los siglos XVII y XVIII.

La extracción de hierro se remontaba en Suecia al menos al siglo XII. Ya entonces, la alta calidad de su hierro maleable, el *osmund*, era conocida en toda Europa [209]. Fue Gustavo Vasa quien, en la primera mitad del siglo XVI, se irritó al observar que el *osmund* de bajo precio era exportado a Alemania para ser

[205] «El empresario sueco Louis de Geer [en realidad un holandés que invertía y vivia en Suecia] declaró en 1644 que se podian obtener cañones de hierro para la flota de guerra a un tercio del precio de los cañones de bronce [...] En las décadas siguientes, el cañón de hierro, perfeccionado ahora hasta el extremo de resistir la comparación con las piezas de artilleria más antiguas incluso desde el punto de vista técnico, ganó terreno en todas partes» (Glamann, 1977, p. 243).

[206] «Se puede detectar un cambio de los utensilios de cobre por los de hierro. El abaratamiento del precio de los productos de hierro fue en parte responsable de esto, pero también lo fue el hecho de que las ollas y cazuelas de hierro fueran más fáciles de limpiar y no desvirtuaran el gusto de los alimentos» (Glamann, 1977, p. 203).

[207] Samuelsson (1968, p. 28).

[208] *Ibid.*, p. 30. Véase también el análisis de la tecnología del hierro en Suecia (pp. 30-31).

[209] Véase Roberts (1958, II, p. 29).

forjado en barras de alto precio. Para acabar con esta fuga de recursos, importó técnicos alemanes y creó forjas en Suecia. Sin embargo, se continuaba produciendo más *osmund* que hierro en barras. El *osmund* representó las dos terceras partes de la producción hasta que entre 1600 y 1650 la cantidad de *osmund* y hierro en barras se equiparó. De este modo se puso en marcha una industria del acero. El paso de la extracción del *osmund* a la forja del hierro en barras exigió una importante inversión de capital, suministrado en buena parte por el rey. Esta inversión, a su vez, exigió la expansión de las minas y la consiguiente colonización de zonas remotas que tenían grandes yacimientos de hierro, como Varmland [210]. Por aquel entonces, la industria del hierro sueca era lo suficientemente importante como para tentar a los empresarios holandeses. En la década de 1580, Willem van Wijck había arrendado las minas reales de Uppland y tenía intereses en el monopolio del cobre. En tiempos de Gustavo Adolfo, el Estado renunció a la explotación directa y, con el desarrollo de la industria armamentista, el capital extranjero se interesó cada vez más por este sector. A comienzos del siglo XVII, el holandés Louis de Geer desempeñó un papel esencial [211]. Aunque el control real de la industria oscilaba entre el Estado y los empresarios extranjeros, la relación era más de simbiosis que de conflicto.

Nordmann habla de un despegue de la producción de hierro y una «primera revolución industrial» [212]. El Estado estimuló la

[210] Roberts cita la colonización de Varmland por Carlos IX (1599-1611) como «famoso ejemplo de la verdad del dicho de Geijer [historiador sueco] de que 'el hierro abre el país' *('järnet bryter bygd')*» (1959, II, p. 36); Roberts también analiza la historia de la intervención estatal en la industria del hierro (pp. 29-31, 35-36).

[211] Aquí, y en la nota 205, De Geer es identificado como un holandés, ya que así era considerado en Suecia. Pero la familia De Geer ilustra la movilidad del capital. Por razones de oportunidad político-económica, la familia De Geer trasladó su «cuartel general» de Lieja a Amsterdam a finales del siglo XVI (véase Yernaux, 1939, pp. 101, 120-24). Véase también la referencia (p. 195) a las inversiones holandesas en las industrias a domicilio de Europa central y el norte de Italia. Kamen pretende que estos inversores eran flamencos y valones o belgas, es decir, de los Países Bajos del Sur (¿y Lieja?) (véase 1972, pp. 92-99). Esto es cierto por lo que respecta a la segunda mitad del siglo XVI, que es el período del que saca sus referencias específicas, pero en el curso de la rebelión de los Países Bajos, muchos de estos flamencos se establecieron en Holanda y posteriormente invirtieron en todas partes. En estos otros países, en el siglo XVII, eran considerados como holandeses, y no sólo por los «contemporáneos ingleses» a los que Kamen atribuye «el empleo de la palabra [...] que oculta» el hecho de que eran flamencos (1972, p. 95). El empleo de una palabra a menudo revela más que oculta una realidad social.

[212] Nordmann (1972, p. 137).

producción de hierro, del que era el principal consumidor, ya que usaba sus productos para material militar. El papel tradicional de los pequeños fabricantes —es decir, la extracción de hierro y la fabricación de arrabio— se mantuvo, mientras que a los empresarios extranjeros con grandes fábricas se les concedió «el monopolio de los procesos de refinación, además del acceso a las materias primas baratas y a los productos semimanufacturados»[213]. En estas grandes fábricas, la mano de obra estaba compuesta en gran medida por personas reclutadas en las zonas periféricas de Suecia —finlandeses y campesinos de las regiones suecas donde había escasez de cereales—, así como por personas que buscaban la exención del servicio militar y fugitivos de la justicia. En resumen, los empresarios extranjeros fueron abastecidos de mano de obra barata[214]. El papel asignado a los pequeños fabricantes no suponía un espacio reservado a los empresarios suecos, sino todo lo contrario: la reducción de estos fabricantes a la condición de semiproletarios mediante un *Verlagssystem* por el cual se endeudaban con los comerciantes extranjeros. La historia del hierro sueco fue paralela a la historia de la industria textil en Europa en general:

> Los importadores extranjeros hacían adelantos a los exportadores de Estocolmo y Goteburgo, que a su vez concedían créditos a los fabricantes de hierro que, como último eslabón de la cadena, hacían adelantos a los trabajadores [...] Todos los participantes estaban atados a sus acreedores [...] Los trabajadores obtenían por lo general sus créditos en forma de mercancías del almacén del dueño. Difícilmente se podía evitar esto ya que las fábricas solían estar situadas en lugares aislados del país[215].

Cabe preguntarse si el cuadro que se ofrece de la producción de cobre y hierro es como para jactarse, ya que la dominación extranjera parece ser el *leitmotiv*. Hay que tener presentes dos cosas, sin embargo. En primer lugar, en Suecia, a diferencia digamos de Polonia, el siglo XVII fue una época de desarrollo

[213] Samuelsson (1968, p. 31).

[214] Véase Roberts (1958, II, pp. 37-38). Birgitta Odén, en una comunicación privada, me escribió que lo duda mucho, ya que, salvo en el caso del carbón vegetal, «la mano de obra estaba muy especializada y jerárquicamente organizada».

[215] Heckscher (1954, p. 99). Un estudio de Munktell (1934) indica que los trabajadores se dedicaban tanto a extraer los metales como a fundirlos en sus chozas y que los maestros les suministraban sobre todo madera. Tuve acceso a este estudio gracias a John Flint. El sistema de trabajo a domicilio, bajo el nombre de *utarbetningsträtt*, también fue ampliamente utilizado en la producción de cobre. Véase Roos (1976, p. 59) y también Boëthius (1958, pp. 148-49).

de nuevas industrias de exportación. Esto vino a añadirse a la exportación de alquitrán y otros pertrechos navales, que serían comparables a las exportaciones polacas de cereales y madera [216]. En segundo lugar, Suecia consiguió finalmente «nacionalizar» las industrias ennobleciendo a los empresarios [217]. El elemento crucial fue el uso consciente del aparato de Estado. En efecto, el Estado sueco tenía tres semimonopolios en la economía-mundo europea del siglo XVII: el cobre, el hierro de primera calidad y el alquitrán. Relacionándose primero con la potencia hegemónica y aprovechándose luego de la rivalidad entre los Estados del centro, el aparato de Estado sueco llevó a cabo una política mercantilista comparable a las de Inglaterra y Francia en esa época [218]. Suecia fue, en cierto modo, la OPEP de su tiempo. Utilizó los tres semimonopolios para conseguir una posición negociadora sólida, «sin la cual la expansión politicomilitar habría sido imposible» [219]. La expansión politicomilitar hizo posible a su vez el desarrollo de las industrias de transformación.

[216] Véase Samuelsson (1968, pp. 28-29). La exportación de cereales prácticamente desapareció en el siglo XVII. Véase Åström (1973, p. 67, cuadro 5). La exportación de madera fue frenada tanto por la competencia noruega como por el embargo gubernamental de las exportaciones de roble, necesario para la propia marina sueca. Véase Samuelsson (1968, p. 29).

[217] Véase Samuelsson: «La lucha del siglo XVII por una marina mercante 'nacional', por no hablar de otros esfuerzos suecos en favor de una industria y un comercio nacionales, puede ser comparada con las aspiraciones de una antigua colonia que, tras haber conseguido la autonomía política, trata también de deshacerse del yugo económico. Tal vez el paralelo pueda ser llevado más lejos [...] Así como algunos de los recién surgidos Estados africanos se han preocupado por conservar a antiguos funcionarios coloniales para que les ayudaran a dirigir su economía y su administración pública, así también Suecia se preocupó durante el siglo XVII por convencer a antiguos financieros y hombres de negocios extranjeros de que se convirtieran en súbditos suecos. La idea era 'suequizar' su capital y sus aptitudes 'adoptándolos'» (1968, p. 41).

Véase también Heckscher: «Los hanseáticos se consideraban agentes de una civilización más avanzada y consideraban a Suecia como un territorio colonial; siguieron siendo profundamente alemanes y nunca se asimilaron. Pero ni siquiera se les ocurrió a los extranjeros del siglo XVII que el país les perteneciera y ellos, o al menos sus hijos, se aclimataron con increíble rapidez. Por lo general, la segunda generación era sueca tanto por la lengua como por las costumbres [...] Los gobiernos del siglo XVII desarrollaron también una política deliberada, destinada a absorber a los extranjeros» (1954, pp. 107-108). La política a la que Heckscher se refiere es la del ennoblecimiento.

[218] Véase Deyon (1969, pp. 36-37). Sin embargo, Deyon también sugiere que a diferencia de Inglaterra y Francia, Suecia estaba «demasiado atada a la economía de las Provincias Unidas» para tener una política económica coherente (p. 22).

[219] Samuelsson (1968, p. 29). En realidad, Samuelsson califica a los tres

Gustavo Adolfo sentó las bases del poderío militar sueco y permitió a sus sucesores reinar en lo que Anderson llama el «martillo del Este»[220], al menos hasta que Suecia alcanzó los límites de su poderío mediante su reconocimiento en 1721 de que no había logrado la victoria en la gran guerra del Norte. Mientras los holandeses fueron la potencia hegemónica, a Suecia le fueron bien las cosas[221]. Suecia obtuvo Escania de mano de Dinamarca por el tratado de Roskilde en 1658. Escarnia no sólo era la «llave del Báltico» gracias a su control del Sund (Öresund), sino que un siglo después resultó ser el granero de Suecia[222]. A mediados de siglo, Suecia se había hecho con Estonia, Livonia, Ingria y Kexholm, convirtiendo esta zona del Báltico oriental en «colonias de la madre patria sueco-finlandesa»[223]; también se hizo con Bremen-Verden, Pomerania, Halland y Jämtland más al oeste. En resumen, hacia la década de 1650, la única forma de describir la política sueca en el Báltico, es decir que era una política de «consciente imperialismo eco-

monopolios de «supremacía comercial», pero esto me parece mera verborrea.

[220] P. Anderson (1974a, p. 198), quien compara el papel militar de Suecia frente a Europa oriental en el siglo XVII con el papel militar de España en Europa occidental en el siglo XVI. También afirma que la época de Suecia como gran potencia se sitúa entre 1630 y 1720. Roberts la sitúa entre la toma de Riga por Gustavo Adolfo en 1621 y la paz de Nystad en 1721, «exactamente un siglo» (1973a, p. 1).

[221] Roberts sitúa el éxito comparativo de Suecia a partir de la década de 1670, exactamente cuando nosotros situamos el fin de la hegemonía holandesa. Esto por supuesto explica por qué «Suecia no encaja exactamente en ninguna de las generalizaciones que se han adelantado para explicar 'la crisis del siglo XVII'» (Roberts, 1962, p. 53).

[222] Véase Samuelsson (1968, p. 75).

[223] Åström (1973, p. 68). La estructura imperial estaba estratificada, como indica Åström: «Su antigua aristocracia, organizada como corporación caballeresca, era alemana por su lenguaje y forma de pensar. Esto también sucedía con los burgueses de los más importantes centros comerciales, la estable Riga, la estancada Reval y la floreciente Narva [...] Los gobernadores y gobernadores generales, con sus pequeñas cortes y plantillas de funcionarios y oficiales de Suecia y Finlandia, administraban los ducados en nombre de la Corona sueca; guarniciones de Suecia y Finlandia constituían la base de su autoridad. La nobleza de Estonia y Livonia vivía de sus tierras, rodeada de un campesinado servil que no hablaba la misma lengua que sus amos». Desde el punto de vista de estas áreas del Báltico oriental, el siglo XVII representó una constante lucha, no demasiado triunfal, contra la incursión del capital extranjero. Véase Arnold Soom: «Indudablemente, la falta de capital desempeñó un importante papel [en esta cuestión]. Porque para competir con éxito con los holandeses, se necesitaban sumas muy grandes de capital» (1962, p. 458).

nómico»[224]. Junto con la expansión politicocomercial, hubo un aumento en el tamaño y la importancia del comercio marítimo[225] y de la flota mercante[226] de Suecia en el Báltico.

La creación de un aparato de Estado sueco relativamente fuerte y eficaz dependía de que fuera capaz de doblegar el poder de la nobleza. Esto fue posible debido a la estructura de clases de Suecia en esa época y a su papel en la división mundial del trabajo y en el sistema interestatal. La política de *avsöndring* (retirada) de las propiedades y rentas de la Corona a la nobleza, que había comenzado en el siglo XVI, se aceleró en la primera mitad del XVII. Esta política «abarcó una gama bastante amplia de fenómenos históricos por lo que respecta a las finanzas del Estado»[227]. Entre ellos destacaron el proceso de arrendamiento de los impuestos iniciado por Gustavo Adolfo, así como la enajenación de las tierras de la Corona y de los ingresos de los alodios a la nobleza mediante su venta o donación a cambio de un servicio militar o civil[228]. Este fue el modo de obtener rápidamente recursos líquidos para la Corona, así como de ampliar el área monetizada de la economía sueca, pero las ventajas para la Corona costaron un precio muy alto: el incremento del poder politicoeconómico de la alta nobleza. El nuevo poder fue codificado en la *ridderhusordningen* (ley de matriculación de la nobleza) de 1626, ratificada en 1644, que limitaba el derecho al voto en el estamento de la nobleza (creado en la *riksdagsordning* de 1617) a 126 familias nobles matriculadas, excluyendo así a la pequeña nobleza empobrecida *(knapar)*. Esta «alta nobleza era sumamente rica, para el nivel

[224] Roberts (1973a, p. 4), quien también afirma que el intento de asegurarse «una situación financiera permanentemente estable» fracasó, pero «no puede haber duda de la importancia económica del imperio para la propia Suecia» (pp. 4, 5, 6). Lundkvist también piensa que las «aspiraciones comerciales» de Suecia en su imperio Báltico se vieron defraudadas, salvo en el caso de las ventajas derivadas del control de Riga y el consiguiente acceso al lino y al cáñamo cultivados en su *hinterland*. «Las estadísticas sobre el comercio de Riga muestran una inconfundible tendencia ascendente en la última parte del siglo XVII; la importancia de la ciudad aumentó constantemente» (1973, p. 47). Dunsdorfs dice que para el comercio fuera del Báltico había sólo tres puertos importantes en el siglo XVII: Danzig (Gdańsk), Königsberg y Riga (véase 1947, p. 2). Jensch muestra el incremento del número de barcos que entraron en el puerto de Riga —de 96 en 1600-1609 a 263 en 1650-1657—, de los cuales los barcos holandeses pasaron de 65 a 221 (véase 1930, p. 88).

[225] El número de barcos pasó de unos 40 a unos 300 al año en la segunda mitad del siglo. Véase Dunsdorfs (1947, p. 6).

[226] Véase Jeannin (1969, p. 95).

[227] Ågren (1973a, p. 9).

[228] Véase Carr (1964, pp. 20-21).

sueco, y probablemente se hizo aún más rica, tanto en términos absolutos como con relación a la Corona»[229].

El campesinado era también fuerte y había sido organizado como estamento en la *riksdagsordning* de 1617. Había en realidad tres tipos de campesinos: los *kronobönder* o campesinos de las tierras de la Corona, los *frälsebönder* o campesinos de las tierras de la nobleza y los *skattenbönder* o contribuyentes, es decir, los campesinos de los alodios. Los campesinos de los alodios pagaban en impuestos aproximadamente lo que los campesinos de la Corona pagaban en rentas, pero por supuesto tenían una posición legal más segura. Los *frälsebönder* estaban exentos de los impuestos estatales y pagaban a los nobles sólo la mitad de lo que pagaban los otros dos tipos de campesinos, pero su posición era muy insegura. Podían ser desahuciados fácilmente, estaban sometidos a la jurisdicción del señor y tenían que trabajar unos 30 días al año para el noble[230]. Además, cuando se creó el estamento del campesinado, quedaron excluidos de él los *frälsebönder*[231]. Por lo común, aunque al parecer había pocas diferencias globales en la situación económica de los tres tipos de campesinos, la opinión general era que la inseguridad de la tenencia de los *frälsebönder* suponía «una considerable desventaja»[232]. Como consecuencia de la *avsöndring*, muchos de los antiguos campesinos de la Corona se convirtieron en *frälsebönder*, y *de facto*, si no *de jure*, lo mismo les ocurrió a muchos campesinos alodiales[233]. Las cifras son dramáticas. En 1654, la tierra controlada por la nobleza había pasado del 21,4 al 63 por ciento[234]. Los campesinos reaccionaron.

229 Roberts (1958, II, 1958, p. 59; y véase el análisis en pp. 57-60). Véase también Samuelsson (1968, pp. 53-54).

230 Véase Roberts (1958, II, 1958, pp. 50-52). Véase también Kàre D. Tonnesson: «Es entre los arrendatarios de la nobleza [*frälsebönder*] donde se encuentra a la gran masa de los campesinos sometidos a las prestaciones de trabajo. Las prestaciones de trabajo se difundieron y se agravaron en el siglo XVII tras la creación de grandes explotaciones agrícolas en torno a los castillos de los nobles, construidos con renovado esplendor en este período» (1971, p. 307). Tonnesson observa que hubo diferencias regionales: en el norte había pocas explotaciones agrícolas, sin duda porque era más difícil cultivar productos rentables para el mercado, mientras que al oeste de Estocolmo y en las antiguas provincias danesas de Escania y Halland había una gran concentración.

231 Véase Carlsson (1972, p. 575).

232 Dahlgren (1973a, p. 109).

233 Véase Roberts (1958, II, pp. 55-56).

234 Hatton (1974, p. 4, n. 2). Tonnesson (1971, p. 308) dice que las tierras nobles pasaron del 15 por ciento en 1560 al 60 por ciento en 1655. Jutikkala dice que desde 1600 hasta mediados de siglo, el incremento en Suecia os-

En 1634, el estamento del campesinado, temeroso de que los campesinos estuvieran cayendo en la servidumbre, «reclamaron una reducción de los privilegios de la nobleza». Un portavoz de los campesinos decía en 1650: «Saben que en otras tierras los plebeyos son esclavos; temen esta misma suerte para ellos, que sin embargo nacieron libres»[235].

El problema de vender los impuestos para obtener dinero es que resuelve la crisis presupuestaria de un solo año a costa de exacerbar las crisis presupuestarias de los años futuros. Debemos tener presente que los esfuerzos mercantilistas de Suecia implicaban fuertes gastos militares con vistas a una constante expansión[236], pero era un país pobre en recursos naturales (que se estaban agotando) y escaso en población (aproximadamente un millón de suecos y medio millón de finlandeses y otros pueblos a mediados del siglo XVII). Esto llevó a una «situación apurada» en la hacienda pública, que duró todo el siglo XVII[237]. La necesidad de financiar la guerra contra Polonia en 1655 precipitó la primera *reduktion* o retorno de la tierra controlada por los nobles a la Corona[238]. La *reduktion* de 1655 fue relativamente poco importante. La Corona recuperó sus antiguas tierras en las llamadas áreas inalienables, y exactamente una cuarta parte de las otras tierras «donadas» desde 1632 (*fjärdepartsräfsten*). Todas las tierras cedidas en calidad de alodios desde 1604, desafiando las decisiones de la Dieta de Norrköpping en el sentido de que las donaciones debían hacerse en términos «feudales», fueron clasificadas de nuevo en dichos términos. Aunque la *reduktion* de 1655 no fue masiva ni fue aplicada con rigor[239], constituyó sin embargo un primer paso, y, combinada con el crecimiento demográfico de la nobleza, la sometió a una presión que la obligó a buscar mayores ingresos a través de los cargos en el gobierno[240].

ciló entre el 25 y el 75 por ciento, y en Finlandia entre el 5 y el 50 por ciento (1975, pp. 159-60).

[235] Roberts (1958, II, p. 153). Esta declaración del portavoz de los campesinos es citada por Roberts, que la toma de G. Wittrock (1927).

[236] «El imperio sueco en el siglo XVII sólo pudo continuar existiendo mientras pudo continuar su expansión» (Dahlgren, 1973b, p. 175).

[237] Åström (1973, p. 58; véanse también pp. 65-75).

[238] Véase Dahlgren, quien cree que la guerra sólo fue la excusa inmediata: «Carlos X había proyectado de hecho una *reduktion* incluso antes de subir al trono [en 1654]. Para él, la *reduktion* era una medida necesaria, al margen de que Suecia estuviera o no en guerra» (1973b, p. 178).

[239] Véase Ågren (1973b, pp. 240-41) y Dahlgren (1973a, p. 120).

[240] Véase Ågren (1973a, p. 27; también 1973b, pp. 237-41). Esta presión fue aún más fuerte tras la *reduktion* de 1680. Véase Dahlgren (1973a, páginas 126-31).

Ya hemos mencionado el papel de las licencias prusianas en la búsqueda de fuentes de ingresos. Estas licencias desaparecieron en 1635, siendo sustituidas por los subsidios franceses entre 1637 y 1679. Estos subsidios fueron tan importantes que Åström dice que Suecia fue en este período «prácticamente un satélite de Francia» y los ejércitos suecos un «instrumento directo de la política exterior francesa en Europa central y oriental». Las sumas obtenidas mediante los subsidios franceses no fueron tan altas como las obtenidas mediante las licencias prusianas; sin duda, como observa Åström, «era preferible gravar el comercio del Báltico que depender de los subsidios franceses»[241], pero al menos eran algo. Por supuesto los franceses, cuyo comercio en el Báltico era mínimo[242], estaban dispuestos a elevar a Suecia a la categoría de posible rival comercial de los holandeses y los ingleses. Esta dependencia de los subsidios franceses favorecía también a los intereses de la alta aristocracia, cuyo «caro estilo de vida» se basaba en los ingresos procedentes de los subsidios más los ingresos procedentes de la hipoteca o venta de las tierras de la Corona. En efecto, la alta aristocracia compró las tierras de la Corona para gastar luego sus ingresos en su condición de miembros del Consejo de Estado durante las regencias *de jure* y *de facto* de mediados y finales del siglo XVII, más de la mitad del período comprendido entre la muerte de Gustavo Adolfo en 1632 y la toma real del poder por Carlos XI a finales de la década de 1670[243].

La «gran» *reduktion* tuvo lugar en 1680 y no parece difícil explicarla en términos económicos. Los crecientes gastos esta-

[241] Åström (1973, p. 94), quien indica que Suecia también obtuvo pequeños subsidios ocasionalmente de Holanda, Inglaterra, España y algunos Estados alemanes, pero que éstos fueron «de importancia secundaria». En general, Suecia intentó canalizar el comercio de Europa occidental con Polonia y Rusia a través de sus puertos aduaneros de Narva, Goteburgo y Estocolmo. Véase Åström (1963, p. 50).

[242] Véase Bamford (1954).

[243] Véase Åström (1973, pp. 73, 86-87). Fue el campesino finlandés, más que el sueco el que pagó el precio de esta consolidación de la nobleza. Finlandia (y también Kexholm) constituían la tierra prometida ya que las donaciones en las orillas del golfo de Botnia y el lago Ladoga ofrecían buenas posibilidades de transporte «para la exportación de la producción de las grandes explotaciones de la alta nobleza del Consejo» (Åström, 1973, p. 87). Cuando a Finlandia le tocó suministrar forraje al ejército, cumplió con creces. «Quizá sea un paralelo ahistórico, o una exageración excéntrica, decir que al comienzo de la Edad de Oro la caballería finlandesa formó un cuerpo análogo al de los cosacos. Pero, pese a todo, es cierto» (Åström, 1973, p. 64).

tales en una época de estancamiento general[244], la cesión cada vez mayor de ingresos estatales a la nobleza[245] y el fin de los

[244] Nordmann nos recuerda la importancia del descenso general de los precios europeos; el descenso en Suecia fue «tardío» (después de 1650), «pero no obstante apreciable» (1971, p. 454). Fue «tardío» en Suecia en el mismo sentido en que había sido tardío en Inglaterra y en las Provincias Unidas. Véase Jeannin (1969, p. 95). Los efectos del descenso de los precios en los ingresos estatales se vieron exacerbados por el hecho de que poco después se inició un alza de los precios (en 1672). Suecia entró en 1675 en la guerra franco-holandesa. Rosén afirma: «Con la amenaza de no pagar los subsidios, Luis XIV obligó a Suecia a atacar a Brandemburgo, aliado de las Provincias Unidas, y en junio de 1675 el ejército sueco sufrió una derrota en Fehrbellin. En contra de su voluntad, Suecia había sido arrastrada a la lucha entre las grandes potencias [...] La batalla de Fehrbellin, un insignificante choque armado, arrebató al ejército sueco aquella aureola de fuerza que le había rodeado desde la guerra de los Treinta Años» (1961, p. 529). Véase Roberts: «En 1679 [...] la potencia que treinta años antes había aterrorizado y asombrado a Europa, había sido reducida a una posición de considerable ignominia [...] Los herederos de Gustavo Adolfo se habían convertido en vasallos de Francia: los diplomáticos franceses y holandeses discutían el destino de los territorios suecos en el mismo tono en que discutían las posesiones de España, como piezas de un botín u objetos de intercambio» (1967, p. 230). Rosén añade: «Exactamente igual que la guerra de 1657-1660 dio impulso a la introducción del absolutismo en Dinamarca-Noruega, la de 1675-1678 condujo al absolutismo en Suecia» (1961, p. 531). Véase también Østerud: «La monarquía absoluta fue establecida en Suecia hacia 1680 como respuesta a una grave crisis financiera y militar» (1976, p. 8).

[245] Dahlgren cree que la nobleza sueca logró unos resultados económicos notablemente superiores a los de la nobleza de otras partes de Europa: «En otros países europeos, e incluso en un país tan cercano a Suecia como Dinamarca, fue frecuente que la nobleza terrateniente pasara por un período de aguda crisis económica [...] Da la impresión de que no hay huellas de tal crisis en el período anterior a 1680 por lo que a la nobleza sueca se refiere. Una circunstancia que parece indicar que los nobles suecos lo estaban haciendo razonablemente bien es el hecho de que muchísimos de ellos, y no sólo los pertenecientes a las más altas capas de la aristocracia, aprovecharon esta oportunidad para invertir dinero en empresas comerciales de distinto tipo, o en la navegación, o en compañías comerciales [...] No fue sino a partir de 1680 cuando la nobleza sueca se enfrentó a una crisis y cuando ésta se produjo fue el resultado de decisiones políticas más que de factores económicos» (1973a pp. 124-25).

No hay que olvidar que la *avsöndring* benefició especialmente a la alta aristocracia (la llamada *högadel*, para distinguirla de la *lågadel*), y que el hecho de que los ingresos de la aristocracia dependieran cada vez más del servicio estatal fue, hasta 1680, un fenómeno que afectó sobre todo a la *lågadel*. Una explicación de la *reduktion* es que la *lågadel*, que no cobró sus salarios en la guerra de 1675-1679, quiso asegurar sus ingresos incrementando las rentas del Estado mediante la confiscación de las tierras de la *högadel*. Véase el análisis de las teorías de J. Rosén y C. A. Hessler en Ågren (1976, pp. 56-58, 79-80). Åström introduce una consideración étnica en el análisis de la división de la aristocracia al señalar que tanto Cristina como Carlos XI incluyeron en las filas de la *högadel* a muchos alemanes del Báltico y que los «defensores a ultranza» de la *reduktion*

subsidios franceses[246] se sumaron para provocar una crisis financiera de la Corona que ésta resolvió mediante una decisión política gracias a que no sólo tenía como aliada a la alta aristocracia. La decisión consistió en dos sucesivas medidas de *reduktion*. En 1680, la Dieta decidió devolver las llamadas tierras de la resolución de Norrköpping, que habían sido recibidas en términos «feudales» de la Corona (excepto aquellas que valieran menos de 600 *daler* de plata, con lo que quedaban exentas las propiedades de la pequeña nobleza). En 1682, la Dieta decidió además que la ley de la tierra, que databa de la Edad Media, daba al rey no sólo derecho a crear feudos sino también a revocarlos, lo que dio al rey carta blanca para proceder a la *reduktion* a su antojo[247]. Parece indudable que buena parte de las tierras fueron transferidas a la Corona y que ésta salió de la crisis enriquecida a costa de la nobleza[248]. Además, buena parte de estas tierras fueron vendidas más tarde por Carlos XII a funcionarios civiles, burgueses y nobles, pero en tales condiciones que quedaban sometidas a impuestos[249].

Por otra parte, no hay que exagerar el declive de la nobleza,

eran «hombres de Finlandia, como Creutz, Fleming o Wrede, u hombres de la Suecia central cuyas familias habían ascendido recientemente en la escala social» (1973, p. 77). También en Finlandia los «campeones» de la *reduktion* fueron aquellos cuyas baronías «estaban situadas en lugares más desfavorables», es decir, en el golfo de Botnia y en el lago Ladoga (p. 87). Las investigaciones de Liiv en Estonia tienden a confirmar las tesis de Åström. En Livonia, la aristocracia perdió las cinco sextas partes de sus tierras, en Estonia las dos quintas partes y en Saaremaa casi la tercera parte. Véase Liiv (1935, p. 35).

[246] La guerra franco-holandesa acabó con los tratados de Nimega en 1678-1679. «Luis XIV, sin llevar a cabo ninguna verdadera consulta, realizó la paz por cuenta de Suecia con los enemigos de ésta [...] El que Luis XIV no hubiera consultado a Carlos XI causó un cierto resentimiento. Francia tampoco había mantenido la promesa, realizada al firmarse la alianza de 1672, de no hacer la paz con las Provincias Unidas hasta que Suecia hubiese recibido determinadas concesiones con respecto a los portazgos, y había incluido en el tratado de paz con los holandeses un acuerdo comercial tan desventajoso que Carlos XI se negó a ratificarlo» (Rosén, 1961, p. 530). Hatton ve en la *reduktion*, ante todo, «un intento en gran medida fructuoso por resolver 'el problema de la paz', por librar a Suecia de las alianzas y de los tratados a cambio de subsidios que limitaban su libertad de acción en los asuntos europeos y suponían un obstáculo a su 'política de equilibrio'» (1968a, p. 74).

[247] Véase Ågren (1973b, p. 243).

[248] Ågren (1973b, p. 257). Además, esta transferencia de tierras tuvo un efecto indirecto sobre la productividad agrícola, como señala Heckscher: «Privados de sus extensas propiedades, los nobles tendieron a convertirse en agricultores aristocráticos [*gentlemen farmers*] en lugar de rentistas [...] Se hicieron más productivos [...] que antes» (1954, p. 128).

[249] Véase Aspvall (1966, pp. 3-4).

ya que en el período anterior a la *reduktion*, además del constante incremento de las tierras poseídas por la nobleza *(frälse)* a expensas tanto de las tierras de la Corona como de los alodios, se produjo otro cambio. Dentro de la categoría de tierra *frälse* había una subcategoría de tierra *ypperligt* (o supremamente) *frälse*, que se aplicaba a la reserva señorial, el *säteri*, y sus alrededores, en oposición a las *strögods* o tierras dispersas cultivadas por los *frälsebönder*. Mientras que estas últimas tenían algunas pequeñas obligaciones hacia la Corona, las primeras no tenían ninguna en absoluto. En el siglo que precedió a la *reduktion*, el porcentaje de las tierras *ypperligt frälse* en la totalidad las tierras *frälse* había aumentado, es decir, había habido una creciente concentración de las tierras de la nobleza[250]. Cuando se produjo la *reduktion*, los nobles tuvieron derecho a escoger las tierras que debían devolver. En general escogieron los *strögods* y conservaron las reservas, incrementando así aún más la concentración de sus tierras a expensas de los *frälsebönder*[251].

[250] Véase Østerud (1976, pp. 13-14).

[251] Véanse Rosén (1961, p. 534), Østerud (1976, p. 14) y Dahlgren (1973a, página 125). La concentración de tierras se vio aún más favorecida por el hecho de que «algunos de los principales servidores de la Corona [utilizaron] la caída del precio de la tierra como consecuencia de la *reduktion* para adquirir grandes propiedades» (Dahlgren, 1973a, 125). Ågren está de acuerdo en que la nobleza salvó las reservas señoriales, pero acerca de la presunta adquisición de tierras por parte de los principales servidores de la Corona dice: «La afirmación de que hubo una caída en los precios de la tierra —punto fundamental para toda la argumentación— no es más que una suposición que aún no ha sido probada» (1973b, p. 256).

La disputa académica en torno a la fuerza relativa de la nueva aristocracia frente a la antigua no debe ser ignorada, dado especialmente que hubo «ennoblecimientos excepcionalmente numerosos en las décadas de 1680 y 1690» (Carlsson, 1972, p. 580). Lo más importante es la creciente simbiosis entre el gran terrateniente y el burócrata no hereditario. En 1700, el 25 por ciento de los altos funcionarios eran nobles por nacimiento y el 44 por ciento habían sido ennoblecidos. Durante la gran guerra del Norte (1700-1721), Carlos XII ennobleció a muchos oficiales del ejército, a menudo de familias nobles extranjeras (Carlsson, 1972, p. 586); después de la guerra, muchos funcionarios civiles fueron ennoblecidos en lugar de recibir derechos políticos (p. 610). Al mismo tiempo, el importante lugar reservado a la antigua nobleza en la estructura del Estado hizo que ésta se mantuviera leal a la Corona durante la guerra, a pesar de la *reduktion*. Véase Hatton (1974, p. 4).

Toda la cuestión se redujo al sometimiento de las capas superiores, antiguas y nuevas, a la dirección del aparato de Estado. La fuerza relativa del Estado se reflejó en la polarización de la estructura de clases hacia 1700; se estableció una «fuerte distinción» entre nobles y plebeyos. «Los nobles eran *a la vez* titulares de cargos oficiales *y* terratenientes, mientras que los plebeyos eran *o bien* únicamente titulares de cargos oficiales (sa-

No obstante, el Estado sacó de la *reduktion* algo más que un incremento general de sus ingresos. Concretamente, obtuvo una base más sólida para el financiamiento del ejército mediante la revisión en 1682 del sistema de pagos conocido como *indelningsverket* (sistema de asignaciones). Las fincas de todo el país fueron ahora divididas en grupos de tres o cuatro *(rote)*, cuyos ingresos servirían para pagar a los soldados que se alojarían allí en chozas *(soldattorp)*. Los oficiales se instalarían en tierras confiscadas a la nobleza en la *reduktion*. Las fincas más grandes *(rusthåll)* deberían sufragar los gastos de un soldado de caballería, mientras que las de la costa deberían mantener a un marinero *(båtsmän)*. El sistema de «sustitución» para el servicio militar hizo que los soldados de infantería, caballería y marina no fueran reclutados ya entre los campesinos propietarios, sino más bien entre los jornaleros sin tierras «acostumbrados desde la infancia a obedecer a sus superiores temporales y espirituales», mientras que los oficiales eran ahora «funcionarios pagados por la Corona, sin otra profesión que el ejército»[252]. Este sistema más racional fue posible gracias a la *reduktion*, ya que antes la Corona no tenía fincas suficientes para sentar sus bases[253].

Por lo que respecta al reforzamiento del aparato de Estado a lo largo del siglo XVII, el Estado sueco se destacó entre todas las áreas ajenas al centro. Suecia creó un ejército temible, contuvo la rapacidad de las clases terratenientes y las encauzó hacia el servicio del Estado[254], levantó una industria del hierro

cerdotes, funcionarios civiles y oficiales del ejército y la marina), *o bien* únicamente terratenientes (campesinos) *o bien* únicamente comerciantes o artesanos» (Carlsson, 1972, p. 608). Véase Ågren, que se muestra muy escéptico con respecto a la tesis de la historiografía sueca del siglo XIX de que, mediante la *reduktion*, el rey intentó salvar a los campesinos de la opresión de los nobles (1973b, pp. 244, 257-63). Roberts, en cambio, le da crédito: «La libertad del campesino no se vería nunca amenazada de nuevo» (1967, p. 249).

[252] Åberg (1972, p. 272). La universalidad del sistema gozó de gran popularidad. En la guerra de 1675-1679, «el servicio militar en la infantería resultaba especialmente odioso para la mayoría de los campesinos, ya que los servidores y los tenentes de la nobleza quedaban exentos con frecuencia» (Stoye, 1970b, p. 770).

[253] Véase Dahlgren (1973a, p. 129). Ågren señala que la racionalidad se extendió más allá del ejército: «El uso del término *indelningsverk* para describir una organización puramente militar es demasiado estrecho; en un sentido más amplio significaba que cada partida de gastos quedaba ligada a una fuente de ingresos determinada, de modo que la organización no sólo se aplicó a los gastos militares, sino también a los civiles» (1973b, página 248n).

[254] «En adelante los miembros del *Råd* (Consejo) serían ministros —al

de cierta importancia, organizó una respetable marina mercante e impidió a Inglaterra heredar, al menos de forma inmediata, todas las prerrogativas de unas Provincias Unidas en declive en el Báltico[255]. En comparación con España y Portugal, por no hablar de Polonia y Hungría, Suecia contaba con un Estado fuerte, en muchos aspectos casi tan fuerte como el francés, aunque todavía mucho más débil que el inglés o que el de las Provincias Unidas. Desde el punto de vista de estos dos últimos, Suecia y Francia fueron los dos grandes Estados militares expansionistas del siglo XVII. Sin embargo, justo cuando la fuerza de Suecia parecía alcanzar su punto culminante, en tiempos de Carlos XII, resultó ser «un coloso con pies de barro»[256].

Suecia tenía una población muy escasa para el nivel europeo y, por consiguiente, una pequeña base financiera para su aparato de Estado. Como dice Lundkvist, los recursos del imperio sueco «eran insuficientes para conservar su posición a la larga»[257]. En el terreno económico, Suecia *se elevó* hasta la posición en la que habían *caído* España y Portugal: la de intermediaria entre la periferia y el centro. No sólo se aprovechó de su situación estratégica en el Báltico, sino también de la *creciente* debilidad de las zonas periféricas de Europa oriental en el siglo XVII. Marian Małowist, desde la perspectiva de un polaco, ve a Suecia como un parásito:

> En el siglo XVII, Suecia se aprovechó de la debilidad industrial de sus vecinos, así como de la debilidad de los gobiernos de éstos, como consecuencia del enorme crecimiento del poder de la nobleza. En

servicio del rey o de los estamentos, como podía suceder—, pero a pesar de sus sombreros de armiño y de sus ropajes de terciopelo, su grave elocuencia, su expresión serena y su tradicional dignidad senatorial, nunca serían lo que habían sido durante la minoría de edad de Carlos XI» (Roberts, 1967, pp. 242-43).

[255] A medida que disminuía la necesidad inglesa de cereales y aumentaba la de madera en el siglo XVII, su comercio se desplazaba de Polonia a Suecia, porque la madera polaca era demasiado cara. Véase Fedorowicz (1976). Este desplazamiento fue espectacular a partir de la guerra sueco-polaca de 1655-1656 (véase Fedorowicz, 1967, p. 377, fig. 1), pero Suecia consiguió impedir la periferización que había sido el destino de Polonia. «El eterno tema de las quejas [inglesas] era la limitación de la libertad de movimiento y comercio de los agentes extranjeros [en Suecia]» (Åström, 1962, p. 101). A Inglaterra le irritaba tanto la capacidad sueca de dictar los términos de intercambio que se dedicó activamente, como veremos, a acabar con ella intentando crear, sin excesivo éxito, una fuente rival de pertrechos navales en la Norteamérica británica a comienzos del siglo XVIII.

[256] Samuelsson (1968, p. 13).

[257] Lundkvist (1973, p. 57).

resumen, Suecia fue una especie de parásito que se alimentó de la debilidad de sus vecinos y fue en buena parte gracias a esta debilidad por lo que, durante cien años, se convirtió en el país más poderoso del Báltico. Pero a su vez, tuvo que ceder su puesto a Rusia [258].

A Rusia y, habría que añadir, a Prusia.

En 1696-97, antes del comienzo de la gran guerra del Norte, Finlandia había sido diezmada por el hambre y había perdido tal vez un tercio de su población. Sin embargo, el Estado no era lo suficientemente fuerte como para impedir que los burgueses de Escania exportaran cereales fuera del reino [259]. Además, el papel de Suecia como intermediaria fue atacado por vez primera no sólo por las potencias del centro, sino también por Rusia, el otro extremo de la cadena. Inglaterra, las Provincias Unidas y Suecia tuvieron todo lo más un éxito limitado en sus intentos, a lo largo del siglo XVII [260], por incorporar a Rusia a la economía-mundo. En 1695, el zar Pedro I (Pedro el Grande) se hizo con las riendas del poder e inició su gran campaña de reformas y «occidentalización», que incluyó su visita («gran embajada») a Europa occidental (donde se dedicó a informarse sobre la construcción naval), su fundación de San Petersburgo en 1703 (que sería el puerto de Rusia en el Báltico) y su desafío a Suecia. Desde el punto de vista del sistema mundial, los esfuerzos de Pedro pueden ser considerados como un intento de participar plenamente en la economía-mundo, pero como zona semiperiférica, más que como zona periférica (cosa que era entonces Polonia). Para ello era esencial, aunque por supuesto no suficiente, poner fin al papel de Suecia como intermediaria. Suecia vio esto tan claramente como Pedro: «Las conquistas de Suecia a lo largo del Báltico oriental fueron consideradas, con razón, como bastiones de su posición de gran potencia que debían ser defendidas a toda costa» [261].

[258] Małowist (1959, p. 189). Véase también Hatton (1970, pp. 648-50).

[259] Véase Jutikkala (1955, pp. 48, 63).

[260] Kellenbenz trata a la Rusia del siglo XVII como si ya estuviera incorporada a la economía-mundo de la época. Véase Kellenbenz (1973). Para las tesis de los eruditos soviéticos sobre el siglo XVII, véase Cherepnin (1964, especialmente pp. 18-22). Åström cree que el momento culminante de las relaciones económicas entre Rusia y los países occidentales tuvo lugar «a mediados del siglo XVIII, cuando la *mayor parte* de las importaciones inglesas de hierro, cáñamo, lino, brea, alquitrán y potasa venía de los puertos rusos» (1962, p. 113).

[261] Hatton (1970, p. 648). Esta era sin duda una postura bastante racional desde el punto de vista económico, como señala Ohberg: «Se puede, pues, decir que la configuración de la política comercial sueca de acuerdo con estas líneas monopolistas estaba en cierto modo justificada. Suecia,

La gran guerra del Norte se inició en 1700 con un ataque del rey de Polonia-Sajonia, Augusto II, a Livonia. Pedro se sumó a la guerra. Tratando de aprovechar la ocasión para doblegar a los rusos, Suecia resistió a los intentos de poner fin a la guerra [262], pero no era ni con mucho lo bastante fuerte como para vencer militarmente a Rusia. Pedro utilizó la política de tierra quemada, destinada a convertirse en la clásica defensa de Rusia frente a la invasión, hasta que finalmente la logística, más el comienzo del invierno, llevaron al desastre polaco de Poltava (Ucrania) en 1709 [263]. El imperialismo político de Carlos XII, dice Nordmann, «rompió el equilibrio» establecido por Carlos XI [264]. ¿Qué equilibrio es ése? Los excesivos costes internos de los sueños imperiales de Carlos XII no eran aceptables para la población sueca: se trataba del mismo equilibrio que Carlos V había roto en Castilla un siglo antes. El sistema de *indelningsverk* había creado «lazos indisolubles entre la fuente de ingresos y la partida de gastos» [265] y, aunque esto hacía que el presupuesto estatal estuviera más o menos equilibrado, el sistema era difícil de mantener en una guerra larga, sobre todo sin reclutas y subsidios extranjeros. En la gran guerra del Norte, el ejército de 80 000 hombres «hubo de ser reclutado en su mayor parte en el corazón del imperio», y una vez que los rusos se movilizaron realmente para la guerra, «Suecia no tuvo más opción que abandonar el juego» [266].

¿Tiene algún sentido discutir si la continuación de la guerra fue un error de cálculo por parte de Carlos XII o si fue la mezcla la responsable del desastre? Francamente no, ya que

como país, no era rica en capital y no podía competir con los medios poseídos por sus ciudadanos, por el mercado ruso contra países tan ricos como los Países Bajos e Inglaterra. Sin embargo, si Suecia podía conseguir una posición monopolista por medios militares o políticos, tal vez lograra sacar un buen provecho económico del mercado ruso» (1955, p. 161). Fue por esto, naturalmente, por lo que Inglaterra y los Países Bajos «llevaron a cabo una política báltica común durante la guerra de la década de 1690» (Åström, 1962, p. 45).

[262] «Las potencias marítimas, ansiosas de terminar la guerra y poder así utilizar las tropas suecas en su inminente lucha con Francia [guerra de Sucesión española], ofrecieron su mediación en 1700 a Pedro y a Carlos. Tales ofrecimientos, reiterados varias veces en años posteriores, fueron consecuentemente aceptados por el zar y con igual consecuencia rechazados por el rey de Suecia, ofuscado por el éxito y animado por la idea de una justa venganza contra aquellos Estados que le habían atacado» (M. S. Anderson, 1970, p. 734).

[263] Véase Chandler (1970, p. 754).

[264] Nordmann (1972, p. 147).

[265] Lundkvist (1973, p. 26).

[266] Åström (1973 p. 100).

Suecia no tenía dónde escoger[267]. En cierto sentido, su *bluff* era su fuerza, pero una vez descubierto, su situación quedó «revolucionada»[268]. En 1721, Suecia perdió Livonia, Estonia, Ingria y Carelia —la mayor parte del Báltico oriental—, que pasaron a manos de Rusia. También cedió parte de sus posesiones en Alemania a Prusia. De este modo, Suecia perdió tierras, población, ingresos estatales, el control sobre su «granero»[269] y, sobre todo, su posición monopolista en el Báltico[270]. Dado que la fuerza del coloso sueco se basaba en su condición de semimonopolio, este «impulso germanoeslavo» convirtió a Suecia en una potencia de segunda fila[271]. Las consecuencias internas para Suecia fueron dramáticas. A primera vista, el absolutismo pareció ceder el paso a un régimen de libertad parlamentaria. El periodo comprendido entre 1718 y 1772[272] es conocido en

[267] «Las razones que provocaron la pérdida del extraordinario imperio sueco han venido debatiéndose desde 1721 [paz de Nystad, que puso fin oficial a la guerra]. ¿Fue culpa de Carlos XII, que rehusó la paz en los años en que la suerte le era favorable? [...] Cabe argüir, por el contrario, que la única esperanza de que Suecia pudiese mantener su posición de gran potencia en el concierto de los pueblos europeos murió con Carlos XII» (Hatton, 1970, p. 679).

[268] «Poltava, que transformó a Carlos XII de conquistador en fugitivo, revolucionó toda la situación [...] Aumentó enormemente la influencia de Pedro en Europa occidental, además de dotarle del prestigio que sólo los éxitos militares podían darle. 'Actualmente —escribía Urbich (el delegado ruso en Viena) a Leibniz en agosto de 1709— la gente empieza a temer tanto al zar como antes temía a Suecia'. El filósofo convenía en que 'se viene diciendo que el zar va a ser un gigante para toda Europa y que será una especie de turco del Norte'» (M. S. Anderson, 1970, p. 735). Obsérvese la comparación con Turquía que, al igual que Rusia, era un imperio mundial en la arena exterior de la economía-mundo europea y se vio *amenazada* con la incorporación y la periferización en el siglo XVII.

[269] En realidad «Livonia no se convirtió en el 'granero sueco' sino después de su asimilación a Rusia en 1721» (Samuelsson, 1968, p. 76). El tratado de 1721 permitía específicamente a Suecia importar cereales de sus antiguas provincias, libres de derechos de aduana, hasta un valor de 50000 rublos al año. Véase Lundkvist (1973, p. 56).

[270] «A partir de 1720, una creciente cantidad de productos que hasta entonces habían sido casi totalmente monopolios suecos —el hierro, la brea y el alquitrán— pudieron ser traídos directamente de Rusia» (Åström, 1962, p. 106).

[271] Nordmann (1971, p. 455).

[272] En el año 1718 se produjo la muerte de Carlos XII, que no dejó herederos. Fue en el curso de la complicada cuestión sucesoria cuando «el partido antiabsolutista, constituido por una amplia agrupación de propietarios influyentes, oficiales de las fuerzas armadas y funcionarios de la administración [...] salió triunfante» e impuso a Ulrica, antes de su coronación en mayo de 1719, una declaración en la que afirmaba que «firmaría y guardaría voluntariamente la Constitución que fuese redactada por los estamentos» (Hatton, 1966, p. 351). Ulrica renegó luego de esta

Suecia como *Frihetstiden*, la Era de la Libertad. El compromiso esencial de 1680-1682 había consistido en un gobierno central fuerte y en la fusión politicoeconómica de la vieja aristocracia, la nueva nobleza y la burguesía. Este compromiso fue consumado y cumplido por la Era de la Libertad de la misma forma en que la Revolución Gloriosa de 1688-1689 y la era de Walpole en Inglaterra consumaron y cumplieron la revolución inglesa. La única diferencia es que en el siglo XVIII Inglaterra estaba en vías de convertirse en una potencia mundial hegemónica, mientras que Suecia estaba agobiada por el fracaso de sus intentos de convertirse en un Estado semiperiférico fuerte con pretensiones de llegar a ser finalmente un Estado del centro. De aquí que Inglaterra gozara de una gran estabilidad bajo lo que de hecho era un régimen de partido único, mientras que Suecia exhibía públicamente las luchas internas de su burguesía en un sistema bipartidista.

Durante los primeros años de la Era de la Libertad, el problema fundamental de Suecia fue la bancarrota del Estado. El conde Arvid Horn encabezó un gobierno obsesionado por la paz [273] y el «mercantilismo moderado» [274]. En 1738, apareció un partido mercantilista fuerte, conocido como el partido de los «sombreros», que derrocó a Horn aunque en esencia prosiguió su política [275]. Los «sombreros» se mantuvieron en el poder hasta 1765, siendo reemplazados en el momento del triunfo mundial británico por sus adversarios, los «gorros». La política de los «sombreros» era profrancesa, mercantilista e inflacionista; representaban a los grandes intereses de la exportación, la fabricación de hierro y la industria textil, y su eslogan era *Svensker man i svensk dräkt* (ropa sueca para el sueco). La política

declaración y fue obligada a abdicar. Su sucesor, Federico I, firmó la Constitución de 1720, por la que se creaba una monarquía constitucional gobernada por un gabinete responsable en última instancia ante la Dieta (véase Hatton, 1966, pp. 352-55).

[273] Samuelsson compara los esfuerzos de Horn por «desenmarañar la gran bancarrota» con los del cardenal Fleury en tiempos de Luis XV, «más o menos hacia esa misma época» (1968, p. 14). Hatton señala que durante los años en que Horn era más poderoso en el *Råd* (Consejo), «pareció como si Suecia estuviera de nuevo gobernada por un consejo oligárquico que velaba por los intereses de la nobleza terrateniente, la alta burocracia y el clero superior» (1966, p. 352).

[274] Hatton (1966, p. 357).

[275] El nombre de Sombreros que se daban a sí mismos era una «alusión al tocado militar» y, por consiguiente, una crítica implícita a la falta de firmeza militar de Horn. A sus adversarios les llamaban Gorros, sugiriendo con ello que eran «cobardes soñolientos, hombres anticuados con gorros de dormir» (Hatton, 1966, p. 356).

de los «gorros» era proinglesa, librecambista y deflacionaria; representaban al sector importador y a los pequeños comerciantes e industriales, y se presentaban como el partido radical de los menos privilegiados socialmente[276]. Pero ¿había alguna opción real tras este juego de lo que Anderson llama «corrompido parlamentarismo aristocrático»[277]? Probablemente no más que en la España borbónica. La gran guerra del Norte fue para Suecia lo que la guerra de Sucesión española fue para España: un intento de acabar con las restricciones estructurales que le había impuesto la economía-mundo. Los esfuerzos de una y otra fracasaron, pero impidieron que sucedieran cosas peores.

Mientras no estuvo claro quién sería el vencedor en la competición entre Inglaterra y Francia, es decir hasta 1763, Suecia (como España) pudo utilizar su margen de maniobra para conseguir un papel mayor del que podía abarcar[278]. El momento de ajustar cuentas vino más tarde para Suecia, entre 1763 y

[276] Véase Samuelsson (1968, pp. 107, 119-20); Eagly (1969, pp. 748, 752; 1971, pp. 13-14, 18-20); Hovde (1948, pp. 23-25).

[277] P. Anderson (1974a, p. 190).

[278] «Sombreros» y «gorros» estaban bastante de acuerdo en esto. Hatton dice que «el estricto mercantilismo de la década de 1720 [quedó] ejemplificado en el *Produktplakatet* de 1724», que estaba «calcado de las leyes de navegación inglesas y asestó un duro golpe al transporte marítimo holandés e inglés en el Báltico». El estricto mercantilismo, dice Hatton, quedó también ejemplificado en las ordenanzas sobre importación de 1726, que fueron desempolvadas por los «sombreros» a partir de 1738, con vistas a «intensificar el apoyo a las empresas industriales de Suecia, acompañado de una protección cada vez más fuerte contra la competencia extranjera». Hatton dice: «De forma retrospectiva, es fácil ver que sólo las ganancias derivadas de las exportaciones ya consolidadas de Suecia y Finlandia, y sobre todo del hierro sueco, permitieron a los «sombreros» realizar durante tanto tiempo sus experimentos mercantilistas con nuevas manufacturas, pero hasta la crisis de 1762-1763 (provocada en parte por la participación de Suecia en la guerra de los Siete Años y en parte por los efectos de una crisis financiera internacional) no elevaron los «gorros» grandes protestas contra la teoría de la política económica de los «sombreros», aunque continuamente instaron a la moderación al partido en el poder. Del mismo modo, los dos partidos estaban en cierta medida de acuerdo en la política agrícola» (Hatton, 1966, p. 357).

Los presupuestos de esta política mercantilista estaban desapareciendo, no sólo a causa de la creciente fuerza de Inglaterra frente a Francia, sino también a causa del papel cada vez más competitivo de Rusia como exportadora de manufacturas de hierro. Suecia pasó de producir del 75 al 90 por ciento del total mundial a comienzos del siglo XVIII a producir tan sólo un tercio en la década de 1760, época en que la producción rusa superó a la sueca. A medida que las ventas suecas disminuían en la situación de depresión de 1730-45, los suecos reducían la producción para mantener los precios. Samuelsson piensa que esto no fue una locura, sino «hacer de la necesidad virtud» (1968, p. 89). Véanse también Heckscher (1932, pp. 134-35, 139); Boëthius (1958, pp. 151-52); Hildebrand (1958, p. 13).

1815, cuando Inglaterra recurrió a ella, debido a la larga resistencia de Francia. Suecia fue un Estado todo lo fuerte que se lo permitió su economía. Es fácil comprender que la fuerza del aparato de Estado tenía poco que ver con los poderes oficiales del rey comparando Suecia con Dinamarca, que fue una monarquía absolutista antes y más tiempo que Suecia, pero mucho más débil, lo que refleja el papel periférico de Dinamarca en comparación con el papel semiperiférico que a Suecia le permitió desempeñar su política. Dinamarca es a menudo considerada como una «constelación única»[279] que no encaja en ningún modelo general de la división del trabajo a comienzos de la Edad Moderna en Europa. Ya indicamos en el capítulo 4 que para nosotros Dinamarca era una parte de la periferia, primordialmente orientada hacia la exportación de mercancías cuya producción exigía bajos salarios (en el caso de Dinamarca, cereales y ganado). A diferencia de la mayoría de las áreas periféricas en el siglo XVII, sin embargo, Dinamarca se dotó de una monarquía absolutista en 1660. Lo que debemos explicar es por qué este cambio político *no* fue suficiente para catapultar a Dinamarca a la categoría de país semiperiférico, como Suecia y Brandemburgo-Prusia, y también por qué se produjo este cambio.

¿Es posible establecer una comparación entre la estructura económica de Dinamarca y la de Europa oriental, por un lado, y la de Suecia, por otro? Petersen subraya las ventajas de Dinamarca con respecto a los países de Europa oriental, ya que la primera exportaba *tanto* cereales *como* ganado, lo que significaba que tenía una mayor flexibilidad en momentos difíciles[280]. Esto puede explicar en parte por qué Dinamarca resultó menos afectada que los países de Europa oriental por la primera fase de la regresión europea (1600-50); de hecho, la década de 1630 y los primeros años de la de 1640 fueron un «veranillo de San Martín» para las ganancias danesas en el mercado mundial[281]. Gracias a su carácter cerrado y a su exen-

[279] Østerud (1976, p. 24), cuya «constelación única» consiste en «un Estado absolutista sentado sobre los cimientos sociales de un campesinado semiservil y unas ciudades en ascenso».

[280] Véase Petersen (1967, pp. 20-21, y 1968, p. 1249).

[281] Petersen (1967, p. 30). Por supuesto, como en cualquier situación similar, la desgracia de un competidor es una ventaja positiva para el que no se ve afectado por la desgracia. Petersen señala la «posición relativamente favorable de Dinamarca en el *boom* de la guerra», al tener el «aprovisionamiento asegurado», y añade: «Las crisis comerciales y monetarias de Alemania y Polonia en 1617-1623 y la política báltica de Suecia hasta mediados de la década de 1630 ofrecieron oportunidades excepcio-

ción de impuestos, la nobleza danesa consiguió incrementar constantemente la concentración de sus tierras en este período[282]. Sin embargo, el propio rey era un gran terrateniente[283] y esto, unido a su habilidad para incrementar los derechos del Sund durante la guerra de los Treinta Años, le aseguraba unos considerables ingresos[284]. El sistema económico de Suecia difería de éste por cuanto que la agricultura no era la principal fuente de ingresos: sus productos de exportación, que fueron la base del desarrollo industrial sueco, eran ante todo minerales. Por otra parte, la debilidad ecológica de la agricultura en Suecia reforzó la fuerza social del campesinado e impidió el desarrollo de algo similar a la *Gutswirtschaft*.

Dinamarca era el polo opuesto por lo que se refiere a la estructura social agraria. La organización de la agricultura danesa estaba basada en grandes reservas señoriales rodeadas de explotaciones campesinas cuyos titulares no estaban obligados a pagar rentas al señor, sino a realizar prestaciones de trabajo para él. Los grupos que debían llevar a cabo estas prestaciones, los *ugedagsbønder*, cuyo número iba en aumento, representaban a mediados del siglo XVII el 40 por ciento de todos los *bønder:* «El trabajo gratuito se utilizaba no sólo en los campos, sino también en el acarreo, la construcción, la artesanía e incluso la carga y la descarga en el puerto»[285]. Durante este mismo periodo, el papel de los comerciantes daneses se redujo considerablemente. Los comerciantes alemanes y holandeses desplazaron a los daneses del comercio de exportación, especialmente durante el «veranillo de San Martín» de 1630-1645[286]. Mediante la paz de Christianopel de 1645, los suecos (en connivencia con los holandeses) impusieron una reducción de los derechos del

nales a la agricultura danesa; las operaciones bélicas suecas y la política restrictiva aplicada al comercio de cereales [...] hicieron subir una vez más los precios en la Bolsa de Amsterdam, permitiendo así a los productores holandeses llevarse a casa unas ganancias marginales extraordinarias».

[282] Véase Petersen (1967, pp. 6-7) y Østerud (1976, p. 19).

[283] El 56 por ciento de la tierra no incluida en los dominios nobles pertenecía a la Corona. Véase Petersen (1968, p. 1238).

[284] Véanse C. E. Hill (1926, pp. 102-52) y Roberts (1970, pp. 402-3).

[285] Jutikkala (1975, p. 164). Esto siempre depende de la parte del porcentaje que se considere. Petersen, partiendo obviamente del 60 por ciento, quiere recalcar que la agricultura danesa se basaba en la *Grundherrschaft* (véase 1967, p. 23; 1968, pp. 1251-52). Petersen señala de hecho que la nobleza danesa era «radicalmente diferente» de la de Suecia (y también de la de Inglaterra y Francia) por lo que respecta al grado en que sus filas estaban cerradas a la burguesía (1968, p. 1237).

[286] Véanse Jørgensen (1963, pp. 78, 107), Glamann (1977, p. 240) y Petersen (1970, p. 84).

Sund, de forma que los ingresos de la Corona pasaron a ser «un vestigio insignificante»[287] de lo que eran antes. Así pues, cuando acabaron los días felices de la guerra de los Treinta Años[288], Dinamarca era el prototipo de área periférica: tenía una agricultura basada en la reserva, orientada a la exportación y dependiente de las prestaciones de trabajo; su comercio estaba en manos de extranjeros; su aparato de Estado tenía una base económica débil (ya que las tierras más ricas estaban exentas de impuestos y los derechos del Sund apenas tenían ya importancia).

La corona danesa hizo un intento de recuperar su perdida ventaja económica y estratégica declarando la guerra a Suecia en 1657, cuando Suecia estaba ya metida en otras guerras. Esperaba la ayuda de los Países Bajos, que no llegó. El tratado de Roskilde de 1658, que puso fin a la guerra con Suecia, precipitó la crisis política de Dinamarca. Dinamarca tuvo que ceder a Suecia las provincias de Escania, Halland y Bohuslän, es decir, toda la orilla derecha del Sund y los accesos a ambas orillas de éste[289]. Sin embargo, en ese mismo año, cuando Carlos X de Suecia reanudó la guerra y trató de incorporar a Suecia toda Dinamarca, se encontró rápidamente con la oposición de los holandeses, los ingleses y los franceses, que se unieron en el llamado concierto de La Haya (11 de mayo de 1659), en el que las tres potencias del centro impusieron la paz a los contendientes y vetaron «el cierre del Báltico a las flotas de los Estados no ribereños»[290]. Dinamarca se salvó de la des-

[287] Reddaway (1906, p. 573). Østerud habla de «una grave crisis financiera» (1978, p. 15).

[288] Dinamarca se vio azotada en la década de 1650 por diversas epidemias que tuvieron grandes consecuencias demográficas. Véase Petersen (1967, página 31) y Jørgensen (1963, p. 79).

[289] El tratado de Roskilde también dio a Suecia el distrito de Trondheim, en Noruega, y la isla de Bornholm, en el mar Báltico, pero ambos territorios fueron devueltos a Dinamarca por el tratado de Copenhague en 1660. Véanse Rosén (1961, p. 552); C. E. Hill (1926, p. 184); y el mapa de Darby y Fullard (1970, p. 36).

[290] Reddaway (1906, p. 588); véase también C. E. Hill (1926, pp. 174-75). El avance sueco había sido ya realizado cuando, al enviar los holandeses una flota el 29 de octubre de 1658 para combatir a la flota sueca en el Sund, pese al empate táctico, los suecos consiguieron en Copenhague un triunfo estratégico. Hill señala que el escuadrón estaba al mando de De Witt, «el mismo almirante que arrebató el Sund a Cristián IV [de Dinamarca] en 1645» (1926, p. 170). En esta primera fase, Suecia, ayudada por Holanda, había conseguido unas cláusulas extremadamente favorables en el tratado de Brömsebro, que «puso claramente de manifiesto la pérdida de la primacía de Dinamarca en el norte» (Reddaway, 1906, p. 572). Este tratado confirmó la antigua exención de los derechos de aduana en el

aparición gracias a que las potencias del centro querían contener a Suecia y estaban interesadas, pues, en que Dinamarca tuviese una base fiscal para mantener un ejército lo suficientemente fuerte como para desempeñar este papel geopolítico, cosa que indudablemente no sucedía en 1657-1660.

Por lo demás, la deuda pública de Dinamarca era considerable: superaba los cuatro millones de *rigsdalers* en 1660, de los cuales el 38 por ciento era adeudado a extranjeros (una cuarta parte a los Estados Generales de los Países Bajos, otra cuarta parte a firmas holandesas y el resto a firmas comerciales de Hamburgo y Lübeck). Así pues, tanto el Estado holandés como los acreedores privados extranjeros estaban directa e inmediatamente interesados en que el Estado danés saliera de su situación económica, extremadamente precaria, como señala Jørgensen:

> Es difícil definir con exactitud el papel que desempeñaron los acreedores del Estado en el levantamiento constitucional de 1660 e inmediatamente después [...] pero a corto plazo debió de tener un considerable peso en los acontecimientos políticos [...] La bancarrota del Estado danés habría tenido desagradables consecuencias para sectores considerables de la clase comerciante del norte de Europa [...] En gran medida, el acuerdo se logró de hecho dando a los acreedores una participación en las tierras de la Corona[31].

Este fue el marco de la repentina introducción del absolutismo en Dinamarca, aparentemente difícil de explicar. ¿Qué significó el absolutismo? Significó que la monarquía se hizo hereditaria y «soberana»; significó reformas administrativas, entre ellas la creación de un consejo privado y un control más directo sobre las estructuras burocráticas locales; significó el fin del carácter cerrado de la nobleza, y también significó una mayor presión fiscal. En resumen, significó un Estado capaz de desempeñar un cierto papel en el pago de su deuda exterior y en el freno de la expansión sueca.

¿Significó, no obstante, un cambio en las estructuras básicas de la economía? No, al menos en una medida significativa. La nobleza seguía estando exenta de impuestos, aunque ahora tenía que ayudar al Estado a recaudar impuestos de los campe-

Sund de que gozaba Suecia y, lo que es más, amplió este privilegio a las nuevas provincias de Suecia en el Báltico oriental y en Alemania.

[31] Jørgensen (1963, pp. 97-98). Al mismo tiempo, el descenso de los precios durante la depresión agrícola de 1660 supuso una «catástrofe total para la aristocracia danesa en el terreno social, económico y demográfico» (S. A. Hansen, 1972, p. 101). Esto hizo obviamente que la aristocracia fuera menos capaz de oponerse a las nuevas medidas absolutistas.

sinos libres. El rey podía ahora vender sus tierras a la nobleza de servicio, compuesta por alemanes recién inmigrados que pronto emularon a la vieja nobleza en la creación de reservas orientadas hacia la exportación. Hubo una tendencia al monocultivo (cereales en vez de ganado) que redujo la pequeña diferencia antes existente entre las estructuras económicas de Dinamarca y las de Europa oriental [292]. Al cabo de treinta años, la cantidad de tierras en manos de la nobleza había aumentado a expensas tanto de la Corona como de los campesinos libres [293]. La situación económica y legal de los campesinos, en cambio, empeoró, culminando en un decreto de 1733 por el que los campesinos quedaban adscritos a la gleba [294]. En cuanto al Estado, tenía sin duda un mayor poder adquisitivo [295] que antes, pero cuando Suecia reforzó el papel de su milicia indígena, Dinamarca abandonó la suya para pasar a depender de los mercenarios [296]. Hubo algunos débiles esfuerzos encaminados a promulgar una legislación mercantilista [297], pero la fuerza del Estado danés era en buena parte una fachada sustentada por intereses foráneos. El papel económico de Dinamarca siguió siendo el mismo: en todo caso, se hizo cada vez más periférico entre 1650 y 1750.

Realmente, no es de extrañar que Dinamarca siguiera siendo una zona periférica pese a la institución oficial de una monarquía absoluta. Lo que sí es más de extrañar es que Brandemburgo, zona periférica insignificante, pudiera primero convertirse en una potencia semiperiférica, Prusia, en el siglo XVIII [298], y

[292] Véase Rosén (1961, pp. 523-26). Sobre la tendencia al monocultivo, véase Jensen (1937, pp. 41-42).

[293] Véanse Rosén (1961, p. 536) y Jutikkala (1975, p. 160).

[294] Véase Jensen (1937, p. 45), Rosén (1961, p. 526), Imhof (1974, *passim*) y Munck (1977, *passim*).

[295] Jørgensen (1963, p. 96).

[296] Véase Rosén (1961, p. 538).

[297] Véase Kent (1973, pp. 6-8).

[298] La evolución de la nomenclatura del Estado es un reflejo del proceso. El elector de Brandemburgo, zona que rodea a Berlín, añadió unos cuantos territorios no contiguos a sus dominios en los siglos XV y XVI, y aún más en el XVII. A los dominios iban unidos títulos adicionales. Por ejemplo, era duque de Pomerania, Magdeburgo y Cléveris, príncipe de Halberstadt y Minden, conde de la Marca y Ravensburgo. En 1618 se convirtió en duque de Prusia, pero por esto sólo se entendía Prusia Oriental, que estuvo bajo soberanía polaca hasta 1657-1660. En 1701 fue nombrado rey *en* Prusia, y sólo en 1772, cuando gracias a la primera partición de Polonia se hizo con Prusia Occidental, fue llamado rey *de* Prusia. Aunque en la diplomacia internacional el Estado fue conocido por «*la Prusse*» hasta 1794, se proclamó el *Allgemeines Landrecht* para «los Estados prusianos». Sólo en 1807, en medio de la agitación napoleónica, cristalizó el proceso

segundo, alcanzar y finalmente dejar atrás a otros candidatos con muchas más probabilidades: Suecia en el norte y Sajonia y Austria en el sur. No hay explicación razonable de esto a menos que se tenga en cuenta 1) la continua interacción en el sistema interestatal como expresión de las fuerzas económicas, y 2) el abanico de papeles económicos (abanico restringido, sin embargo) que pueden desempeñar determinadas áreas en determinados momentos de la historia. La clave del desarrollo de Prusia fue que, desde la perspectiva de las potencias del centro, había margen para una sola potencia semiperiférica importante en Europa central. Cuando falló Suecia, Prusia pasó a cubrir este hueco. Cómo y por qué son las cuestiones que debemos analizar. Pero no podremos entender el proceso a menos que seamos conscientes de que *dos* Estados en la misma región no podían hacer simultáneamente lo que hizo Prusia.

En el siglo XVII, los territorios alemanes al este del Elba pasaron por la mayoría de los mismos procesos que Polonia y otras regiones de Europa oriental en cuanto a la organización social de la producción agrícola. Se trata de las zonas del *Gutswirsschaft* y el *Gutsherrschaft*, en oposición al *Grundherrschaft* (y/o el *Wirtschaftherrschaft)* en Alemania occidental y meridional[39]. En los territorios situados al este del Elba surgieron en

por el que Prusia se convirtió en la denominación de toda la monarquía de los Hohenzollern, hasta que ésta se convirtió en Alemania. Habría que señalar que no fue sino en 1804 cuando «las tierras de la Casa de los Habsburgo» se convirtieron en «el imperio austríaco». Véanse Rosenberg (1958, pp. 27-28); Darby y Fullard (1970, pp. 138-44, 146).

[39] La definición exacta del *Gutsherrschaft*, en oposición al *Grundherrschaft*, es una cuestión muy debatida en la bibliografía sobre el tema. (Un posible paralelo inglés sería la oposición entre *demesne* [dominio *Gut*] y *manor* [señorío].) Daremos tres definiciones.

Otto Hintze dice: «El rasgo principal [del *Gutsherrschaft*] era que el propio señor explotaba sus tierras, viviendo de los ingresos proporcionados por la venta de su producto en mercados lejanos y utilizando los servicios de siervos, que estaban, pues, adscritos a la gleba. Las tierras de su propiedad constituían una unidad administrativa legal *(Gutsbezirk)* y el señor tenía derechos políticos y judiciales sobre los campesinos [...] El rasgo principal del *Grundherrschaft* era que el señor no explotaba directamente sus tierras, sino que vivía de los pagos en dinero y en especie recibidos de sus arrendatarios. Dado que en este sistema los campesinos no estaban tan sometidos al control económico de su señor, disfrutaban de un mayor grado de libertad que los del sistema del *Gutsherrschaft*» (1975a, p. 39).

Joachim Freiherr von Braun dice: «El *Gutswirtschaft* es una gran empresa agrícola y, por consiguiente, un organismo independiente, basado en la iniciativa empresarial [*Betriebsleiters*], que puede, pues, ser dirigido sin tener en cuenta las leyes y las obligaciones indirectas de una produc-

el siglo XVI grandes propiedades a través de un proceso de acaparamiento (a menudo mediante compras forzadas) combinado con la expulsión de los campesinos de sus tierras *Bauernlegen*[300]. Este proceso se aceleró considerablemente en Meck-

ción orientada hacia el mercado» *(Zur ostdeutschen Agrargeschichte*, 1960, página 10).

Friedrich Lütge dice: «El *Gutswirtschaft* [...] es un fenómeno [*Tatbestand*] económico. El *Gut* pertenece a un señor, quien lo explota contratando a trabajadores sin familia para hacer el trabajo. La *Grundherrschaft* reviste dos formas. Una es la del *Rentengrundherrschaft*, por la que el señor [*Grundherr*] conserva sólo para sí una pequeña unidad [*Eigenbetrieb*] y vive principalmente de las rentas, etc. La otra es la del *Wirtschaftgrundherrschaft*, por la que dentro de un marco *grundherrlichen* [es decir, un sistema legal correspondiente al *Grundherrschaft*] se conserva un *Gutswirtschaft* mayor (el *Eigenwirtschaft*) [es decir, un dominio bajo el control directo del señor]» *(Zur ostdeutschen Agrargeschichte*, 1960, p. 83).

Hay que tener en cuenta que la palabra *herrschaft* se refiere a las estructuras político-legales y la palabra *wirtschaft* a las relaciones sociales de producción, y que era posible encontrar formas mixtas, como en la Baja Sajonia, donde prevalecían el *Grundherrschaft* y el *Gutswirtschaft*. Véase la discusión entre Joachim Freiherr von Braun y Friedrich Lütge *(Zur ostdeutschen Agrargeschichte*, 1960, pp. 84-85).

No volveremos aquí sobre la cuestión, analizada en profundidad en Wallerstein (1974), de si el *Gutswirtschaft* es una versión más de feudalismo o si es un fenómeno capitalista. Simplemente señalaremos que ha habido una larga polémica en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, revista de la República Democrática Alemana, sobre este tema específico. En 1953 Johannes Nichtweiss mantenía que el *Gutwirtschaft* no era asimilable a una economía feudal por cuanto que implicaba una producción orientada hacia el mercado a gran escala. También señalaba que «en el caso de una economía feudal basada en el vasallaje [*Fronwirtschaft*] lo característico es que el campesino esté adscrito a la *tierra campesina* y no a la del señor [como en el caso del *Gutswirtschaft*]» (1953, p. 705). Jürgen Kuczynski le replicó (1954). Siguieron artículos de Nichtweiss (1954), Manfred Hamann (1954), Gerhard Heitz (1955), Nichtweiss (1956), Willi Boelcke (1956), Heitz (1957) y Nichtweiss (1957). Como señala Nichtweiss, la postura de Kuczynski sobre esta cuestión es similar a la de Lütge (1957, p. 805). A. J. P. Taylor adopta una postura similar a la de Nichtweiss, comparando las propiedades de los *Junkers* a «las grandes granjas capitalistas de las praderas americanas» (1946, p. 29).

[300] Véase Carsten (1974, pp. 145, 157); Kuhn *(Zur ostdeutschen Agrargeschichte*, 1960, pp. 40-41); Lütge (1963, pp. 101-2); Slicher van Bath (1977, páginas 111-12). El *Gutswirtschaft* está claramente vinculado a las *Wüstungen* o tierras despobladas (véase Schlesinger en *Zur ostdeutschen Agrargeschichte*, 1960, p. 48); pero ¿cuál es el vínculo? Siegmund Wolf afirma que las *Bauernlegen* llevaron a las *Wüstungen*, haciendo posible la creación de un *Gutswirtschaft*. Véase Wolf (1957, pp. 323-24). Berthold, sin embargo, mantiene que la huida de los campesinos fue una reacción a la creciente explotación (1964, pp. 16, 19).

lemburgo, Brandemburgo y Pomerania[301] después de la guerra de los Treinta Años. Se incrementaron las prestaciones de trabajo, que pasaron de una media de dos o tres días por semana a seis[302]. Cuando la tierra pasaba de las manos de los campesinos a las de los señores nobles, quedaba libre de impuestos, lo que significaba que los campesinos restantes tenían que soportar «una carga más pesada»[303]. En los territorios de los Habsburgo, se produjeron hechos similares en Hungría y Bohemia, pero la región de Austria propiamente dicha siguió siendo una zona de *Grundherrschaft*[304]. Si se compara la situación en la región al este del Elba con la de otras zonas periféricas de Europa oriental, se advierte que la opresión del campesinado era la misma o, en todo caso, peor[305].

¿Cómo surgió Prusia en el siglo XVIII? Hay que tener en cuenta que si bien la opresión del campesino era mayor al este del Elba que en Polonia, la concentración de la tierra era menor. Era más *Gutsherrschaft* que *Gutswirtschaft*. Lütge nos recuerda el aforismo de G. N. Knapp: «El señor [*Gutsherr*] no se hizo más rico [*begüterer*]; se hizo más poderoso». De esto infiere Lütge que ésta fue la fuente del aumento del poder del príncipe *(Fürstenmacht)*[306]. La falta de una auténtica concen-

[301] Véase Treue (1955, p. 413); Barraclough (1962, p. 394); Harnisch (1968, páginas 130-31); Slicher van Bath (1977, p. 111).

[302] Véase Kulischer (1932, p. 12).

[303] Carsten (1954, p. 198).

[304] Véase Tapié (1971, pp. 123-24). De hecho, los Habsburgo pusieron fin a las exenciones de impuestos para las tierras señoriales que habían absorbido tierras campesinas a partir de 1654 (Tapié, 1971, p. 120).

[305] En primer lugar, en la región al este del Elba había otra institución, el *Gesindezwangdienst*, que era la exigencia de que los hijos de los siervos sirvieran como criados en la casa del señor de uno a cuatro años. Véanse Kulischer (1932, p. 14), Slicher van Bath (1977, p. 115). Rukowski (1926, página 496) señala que el *Gesindezwangdienst* implicaba un trato tan malo que los siervos «preferían a veces pasar diez años en la cárcel que dos en este servicio», pese a que era un trabajo remunerado (mal, sin duda). Rutkowski estima que las obligaciones globales de los campesinos de la región al este del Elba (servicios más impuestos) eran superiores a las de los campesinos polacos (1972a, p. 97). El *Gesindezwangdienst* existió también en Bohemia, Moravia y Silesia. Véase Špiesz (1969, p. 53).

[306] Lütge (1963, p. 117). La frase de Knapp aquí citada se encuentra en «Die Bauernbefreiung in Österreich und in Preussen», reeditado en *Grundherrschaft und Rittergut* (1897, I, p. 34). Véase también Gorlitz, a propósito de la transformación social de Brandemburgo-Prusia en los siglos XVII y XVIII: «Los campesinos no son ya los simples vasallos [*Untertanten*] de los nobles; como estamento, estos últimos ocupan un lugar paralelo a la Corte del príncipe. Unos y otros se convierten en vasallos del príncipe. La nobleza ya no delimita la arena de la acción social [*Lebenswelt*]. Se convierte más bien en una parte funcional de la sociedad» (1956, p. 86). Esto encaja en la explicación que da Rutkowski acerca de la difícil si-

tración de la tierra, el tamaño medio de la mayoría de las propiedades y la ausencia, pues, de un «estrato de grandes magnates» fueron diferencias notables entre la región al este del Elba y otras zonas periféricas, incluida la mayor parte de Europa [307]. Esto hizo que, frente a las posibles autoridades centrales, la clase de los *Junkers* fuera menos capaz, desde el punto de vista económico, de hacerse con las riendas políticas que los señores en el resto de las áreas periféricas de Europa en el siglo XVII. Esta debilidad era una condición necesaria para el desarrollo de Prusia, aunque no suficiente, pero se combinó con una coyuntura geopolítica favorable.

Antes de que acabara la guerra de los Treinta Años, el elector de Brandemburgo era «apenas algo más que un super-*Junker*» [308] en un territorio disperso e indefenso, sin grandes recursos o riquezas comerciales y con «algunas de las ciudades más obstinadamente independientes y de las aristocracias más obstinadamente insubordinadas de Europa» [309]. La guerra de los Treinta Años fue al mismo tiempo el nadir del poder de los Hohenzollern y su gran oportunidad, en parte por mera casualidad [310]. La casualidad fue que el elector de Brandemburgo heredara por vía colateral ciertos territorios: en 1609, el ducado de Cléveris (zona adyacente a las Provincias Unidas, en el extremo norte del Rin); en 1625, Prusia (que daba al mar Báltico, y de hecho estaba bajo la soberanía de Polonia, con la que limitaba);

tuación del campesino de la región al este del Elba. Según él, el desarrollo de la industria y la *Bauernschutz* (protección de los campesinos) por parte del rey hicieron que fuera más difícil conseguir mano de obra en el siglo XVIII. Por tanto, las condiciones del *Gesindezwangdienst* empeoraron, ya que sólo mediante una mayor explotación de los campesinos sometidos a su control podían los señores sobrevivir económicamente. Véase Rutkowski (1926, p. 497). Špiesz afirma que las tierras situadas al este del Elba utilizaron las prestaciones de trabajo en menor medida que otras zonas de Europa oriental, a pesar de las posibilidades legales, y que el trabajo en estas tierras se basó más «en el trabajo mercenario de las familias, sobre la base de una contratación voluntaria o forzosa» (1969, página 23).

[307] P. Anderson (1974a, p. 262). Además, la fuerza relativa quedó todavía más mermada tras la guerra de los Treinta Años, que «ciertamente supuso un cambio decisivo [a peor] en el destino de las explotaciones agrícolas de muchas zonas de Alemania» (Carsten, 1959, p. 437).

[308] Rosenberg (1958, p. 31).

[309] Howard (1976, p. 67). Véase también Carsten: «Constituye uno de los milagros de la historia alemana el que repentinamente, a finales del siglo XVII, un Estado con una fuerte centralización surgiera apoyándose en bases tan poco propicias, porque Brandemburgo parecía estar predestinado a seguir el camino de Polonia o Mecklemburgo» (1969, p. 544).

[310] Carsten (1954, p. 179), quien dice que la guerra ofreció «circunstancias fortuitas» (1950, p. 177).

y en 1637 Pomerania. De este modo, Brandemburgo se encontró en dos de los principales escenarios bélicos: Renania y el Báltico. Brandemburgo había adquirido territorios de «gran importancia estratégica» que eran «codiciados» por diversos Estados europeos, y lo había hecho «sin ningún esfuerzo militar» por su parte, esfuerzo del cual era incapaz en aquella época [311]. Además, Brandemburgo fue autorizado por las grandes potencias a conservar estos territorios tan codiciados. Por otra parte, Pomerania, que estaba ocupada por Suecia en el momento de su reclamación por Brandemburgo en 1637, fue reconocida como parte de los dominios de este último Estado gracias al apoyo francés en la paz de Westfalia [312]. Brandemburgo fue así uno de los primeros beneficiarios del equilibrio de fuerzas. Si otros países apoyaron la expansión de Brandemburgo, fue para contener el poderío sueco; y si el elector Federico Guillermo de Brandemburgo, el gran elector, pensó en crear una burocracia y un ejército que pudieran mantener a este territorio ampliado, fue para impedir que el rey de Suecia pusiera fin a este feliz estado de cosas [313].

En ese momento, tal vez los *Junkers* no fueran lo suficientemente fuertes, desde el punto de vista económico, como para crear miniejércitos, aunque sus colegas, los magnates polacos, sí lo fueran. Sin embargo, el elector de Brandemburgo tampoco era fuerte e intentó crear un ejército lo suficientemente poderoso como para gravar a los *Junkers* en contra de su voluntad [314]. El «gran receso» de 1653 fue el primer paso en un ingenioso compromiso por el que el gran elector cedía efectivamente a los *Junkers* todos los ingresos de sus propiedades (que no eran, recordemos, excesivos), más otros nuevos, a través de la burocracia del Estado, a cambio de poder ejercer una fuerte presión sobre el campesinado y las poblaciones urbanas. De este modo pudo crear una fuerte burocracia y un fuerte ejér-

[311] Carsten (1950, p. 178). Cléveris y los cercanos territorios de la Marca y Ravensburgo, eran además zonas con una considerable cantidad de industrias antes de la guerra de los Treinta Años.

[312] «Los Hohenzollern surgieron de la guerra de los Treinta Años como la más importante casa reinante alemana después de los Habsburgo» (Carsten, 1969, p. 544); pero la Pomerania Occidental pasó a Suecia.

[313] P. Anderson insiste de modo especial en el papel de Suecia en cuanto «martillo del Este» que creó el absolutismo prusiano como «respuesta directa a la inminente amenaza sueca» (1974a, pp. 198-99).

[314] Franz Mehring lo dice muy sucintamente: «Si el elector Federico Guillermo [...] quería continuar siendo príncipe tras la guerra de los Treinta Años, necesitaba obviamente un ejército. Pero no es menos obvio que sin los *Junkers* no podía mantener una sola compañía en armas, por no hablar de hacerlo en contra de la voluntad de los *Junkers*» (1975, p. 47).

cito que salvaguardaron el Estado de cara al exterior y finalmente permitieron a sus sucesores instituir una política de crecimiento industrial en el interior (sin que la clase de los *Junkers* quisiera o pudiera impedirlo). Tal compromiso podría haber parecido razonable a los príncipes de otros países: al rey de Polonia, a los Habsburgo en Austria, a los Borbones en España. ¿Por qué fue Brandemburgo el único que lo utilizó? Examinemos lo que sucedió. Hasta 1653, el principal impuesto era la llamada contribución (militar), una contribución territorial. Los nobles estaban exentos de este impuesto. En las zonas rurales, un noble nombrado por los restantes asignaba las cuotas entre los campesinos para hacer frente al impuesto global del distrito. Los ingresos que sacaba el Estado por este método eran bastante escasos.

En 1650, el elector convocó a los estamentos, con la esperanza de convencerles de que le dejaran imitar a los holandeses y crear un impuesto indirecto sobre el consumo del que nadie estaría exento. Sin embargo, lo que era posible para un Estado del centro, como las Provincias Unidas, resultó imposible políticamente para un Estado periférico, por mucho que estuviera dirigido por un gobernante ambicioso e inteligente. La nobleza se negó a aprobar este impuesto. Pero la necesidad de un ejército en esos tiempos turbulentos parecía obvia y ambas partes acordaron establecer el «receso» de 1653 como solución provisional. El elector obtuvo medio millón de táleros en impuestos durante seis años, pero no el impuesto indirecto y a cambio concedió a los *Junkers* la institucionalización en grado considerable de la servidumbre. La cláusula más importante era la que partía del supuesto legal de que los campesinos eran *leibeigen* (siervos) a menos que pudiesen demostrar lo contrario. Si esto fuera todo, apenas recordaríamos hoy el «receso» de 1653: parecería una victoria más de la nobleza en un Estado periférico más del siglo XVII. Pero el «receso» de 1653 representó para el gran elector «un primer paso» [315], utilizado más tarde, durante la guerra del Norte de 1655-1660. Ya hemos analizado esta guerra como el momento en que el papel militar de Suecia en el Báltico alcanzó su punto más alto. Suecia derrotó a Polonia y Dinamarca, contuvo la expansión rusa y se anexó Escania y con ella una orilla del Sund.

¿Cuál fue el papel de Brandemburgo en estos acontecimientos? Brandemburgo se alineó con Suecia contra Polonia hasta 1657, y en esta fecha cambió de bando (con el beneplácito de

[315] Carsten (1950, p. 188).

los holandeses). De este modo impidió que Suecia absorbiera Polonia, o al menos la costa polaca, y consiguió para sí la plena soberanía sobre Prusia. Brandemburgo prestó así un servicio a los holandeses (y a los ingleses) poniendo un límite al poderío sueco. Brandemburgo era el único Estado capaz de hacerlo en esta época, porque tenía un ejército creado gracias a los impuestos obtenidos en el «receso» de 1653. Dentro de Brandemburgo, el gran elector pudo sacar provecho inmediato de este éxito geopolítico, que es por lo que Carsten considera la guerra del Norte, y no el «receso» de 1653, el momento decisivo para el incremento del poder del Estado[316]. Examinar los detalles de los sucesivos movimientos políticos del gran elector a partir de entonces —las diversas reuniones de los estamentos en diversas zonas, los diversos decretos, el aplastamiento de la revuelta burguesa de Königsberg en 1674— no es tan importante como examinar lo que había cambiado en 1688 al término del reinado del gran elector, en vísperas de la Revolución Gloriosa y de la guerra de los Nueve Años[317].

El gran elector reorganizó el consejo privado como órgano de la administración central y creó tres burocracias —financiera, militar y judicial— para llevar a la práctica las decisiones del poder central[318]. Estas burocracias, a pesar de su dilatado ámbito, eran y seguirían siendo en el siglo XVIII de un tamaño «sorprendentemente reducido»[319]. Los ingresos incre-

[316] *Ibid.* (1954, p. 189), quien dice: «Dadas las pruebas de que disponemos [...] parece improbable que Federico Guillermo, en esta coyuntura, tuviera ningún plan para convertirse en soberano absoluto y gobernar en contra de los estamentos. Fueron muchas más las circunstancias que le obligaron a tomar este camino, y sobre todo el impacto de los asuntos exteriores en los sucesos internos».

[317] Un relato detallado de esta historia política puede encontrarse en Carsten (1954, tercera parte).

[318] Véanse Dorwart (1953, p. 17); Braun (1975, pp. 134-40). Otto Hintze afirma que «existe una notable analogía entre el proceso por el que se creó la estructura administrativa del Antiguo Régimen francés y la aparición del comisario prusiano [...] Los intendentes [provinciales] ocupaban el mismo lugar en el sistema administrativo de la antigua Francia que las Juntas de Guerra y Dominios en la antigua Prusia» (1975b, p. 275).

[319] Dorn (1932, p. 261). «En todo el reino no había más de 14 000 funcionarios de todas las categorías. Mientras que en la Francia del Antiguo Régimen la queja popular más persistente era que había demasiados funcionarios, en Prusia era que no había suficientes. El rey prusiano no podía permitirse el lujo de emplear a funcionarios superfluos». Dorn habla aquí de la estructura burocrática ya ampliada del siglo XVIII. Esto es *a fortiori* aplicable a la época del gran elector. Del mismo modo, Barraclough, refiriéndose también al siglo XVIII, observa: «La frugalidad, el rígido control de los gastos y la cuidadosa administración que produjeron

mentados —3 300 000 táleros en 1688 frente a 1 000 000 en 1640[320]— se utilizaron primordialmente para sufragar un ejército de voluntarios remunerados, formado en parte por extranjeros. En 1653, la fuerza permanente era de 4 000 hombres; en 1688, de 30 000[321]. La autoridad de estas burocracias, sin embargo, no traspasaba las puertas de las propiedades de los *Junkers*, dentro de las cuales el mando supremo estaba en manos del *Landrat* (comisario de distrito) elegido por los propios *Junkers*[322]. El Estado de Brandemburgo-Prusia tenía sin embargo una ventaja frente a los terratenientes que los gobernantes de Polonia, Austria, Dinamarca y Suecia no tenían: el hecho de que había pocas propiedades de *gran* tamaño. Esto, unido a los tiempos duros[323], a las grandes devastaciones de la guerra[324] y a los escasos recursos naturales del suelo[325], hacía que «trabajar para el rey de Prusia pudiera ser más gratificante para las ambiciones materiales [...] En las condiciones de los siglos XVII y XVIII, era una de las mejores y más rápidas formas de enriquecerse o de aumentar las riquezas»[326]. Dado que no

»este resultado fueron el sello distintivo de la administración prusiana» (1962, p. 400).

[320] Véase Finer (1975, p. 140). Sobre la recaudación de impuestos, véanse Rachel (1911, pp. 507-8), Rosenberg (1958, pp. 49-50) y Braun (1975, páginas 271-73). Carsten afirma que los impuestos indirectos urbanos tuvieron unos efectos tan desproporcionados que «se convirtieron en una barrera para el desarrollo económico de las ciudades» (1954, p. 198).

[321] Véase Finer (1975, p. 139). Federico Guillermo I (1713-40) incrementó el ejército permanente en 80 000 hombres (la mitad de ellos extranjeros), haciéndolo «incomparable en Europa por su adiestramiento y disciplina» (E. Barker, 1966, p. 42).

[322] Véanse Craig (1955, p. 16) y Braun (1975, p. 273).

[323] «El glacial clima económico de finales del siglo XVII proporcionó otro incentivo a la clase terrateniente para integrarse en el edificio político de poder monárquico que se estaba levantando en los reinos de los Hohenzollern» (P. Anderson, 1974a, p. 243).

[324] «Prusia sobre todo quedó terriblemente devastada [en la guerra del Norte] por el paso de las tropas indisciplinadas, los saqueos, las quemas y la invasión extranjera» (Carsten, 1954, p. 208). Por supuesto, Brandemburgo y Cléveris habían sido ya devastados en la guerra de los Treinta Años.

[325] Mehring habla de los «arenosos patrimonios en la Marca y Pomerania» y señala que para los *Junkers* «cada nueva compañía era tan valiosa como un nuevo dominio», ya que les proporcionaba, «aun sin hacer trampa», una renta anual de unos cuantos miles de táleros (1975, p. 54).

[326] Rosenberg (1958, p. 102). Mehring señala hasta qué punto el ejército creado por el gran elector resolvió el problema de un lumpenproletariado errante creado por la guerra de los Treinta Años, así como el problema de los nobles pobres, conocidos como *Krippenreiter*, «caballeros en caballos de madera», al convertirlos en soldados y oficiales, respectivamente (1975, pp. 48-49). Véase también Craig (1955, p. 11). Rosenberg indica que

había *grandes* propietarios, no era sólo la forma «mejor y más rápida»: era prácticamente la única.

De ahí que los *Junkers* no sólo trabajasen duro en sus tierras[327], sino que además se mostrasen deseosos de reforzar la burocracia estatal de Brandemburgo-Prusia como necesaria salida para ellos[328]. Esto a su vez permitió al Estado crear una burocracia moderna sin hacer un uso excesivo de la costosa forma intermedia de la venalidad de los cargos[329]. Con ello se mantuvo hasta cierto punto el carácter cerrado de la nobleza[330] (cosa que en Francia no se logró) conservando al mismo tiempo un aparato de Estado frugal y eficaz. Brandemburgo-Prusia fue más lejos que cualquier otro Estado europeo de esta época, tanto en el aumento de los derechos «feudales de los nobles sobre los campesinos como en la incorporación de los nobles

el papel del ejército en la promoción de la nobleza pobre se interrumpió en el reinado de Federico I (1688-1733) con la incorporación como oficiales de hugonotes y plebeyos alemanes, pero se reanudó con el rey sargento, Federico Guillermo I, quien «neutralizó de forma metódica el descontento político, calmó los temores y reconcilió a la mayor parte de los *Junkers* con el desarrollo de un poder central de carácter autocrático, invitando al 'ejército de reserva' noble a recuperar una posición segura y muy bien considerada en la sociedad engrosando las filas de la aristocracia de servicio» (1958, pp. 59-60).

[327] A. J. P. Taylor asegura que las virtudes de la eficacia y el trabajo duro «eran las virtudes que poseían los *Junkers*, pero que no poseían en el mismo grado los burgueses alemanes del siglo XVIII» (1946, p. 29). P. Anderson hace una observación similar: «Los *Junkers* prusianos de finales del siglo XVII y principios del XVIII formaron de esta manera una clase social compacta, en un país pequeño, con una áspera tradición rural de negocios» (1974a, p. 263). El trabajo duro en las tierras de los *Junkers*, además, se ajustaba perfectamente a las necesidades del ejército. «El comercio del trigo estaba determinado por el consumo en rápido crecimiento, la demanda militar, los crecientes costes de producción y los márgenes comerciales. Federico Guillermo I estableció un estrecho lazo, en esta época rica en proyectos, entre la política comercial del trigo, el avituallamiento del ejército, la economía de los estamentos y la reforma militar» (Treue, 1955, p. 423).

[328] «Especialmente en el ámbito de la contratación de personal, no había una línea tajante entre los antiguos funcionarios, bien atrincherados en sus puestos, y los «comisarios» advenedizos. Desde el comienzo, algunos de los que se integraron en la nueva administración procedían del turbulento ejército de los funcionarios del *Ständestaat*» (Rosenberg, 1958, p. 56).

[329] Véase Rosenberg (1958, pp. 79, 83). Dada la situación económica de los *Junkers*, no había mucho dinero con que comprar cargos.

[330] Este carácter cerrado no significaba que los burgueses no pudieran convertirse en terratenientes. Treue observa: «En Pomerania, Mecklemburgo, Brandemburgo, Bohemia, la Baja Sajonia y Westfalia, muchos coroneles y generales que se enriquecieron como empresarios de regimientos y divisiones se convirtieron en miembros de la clase terrateniente comprando tierras a una nobleza endeudada» (1955, p. 414).

a la burocracia del Estado. Sin embargo, al ser las propiedades de los *Junkers* de tamaño medio en el mejor de los casos y relativamente pobres, la estructura del Estado[331] se hizo cada vez más sólida —primero como fuerza militar y más tarde como fuerza actuante en la economía-mundo—, de forma que a comienzos del siglo XVIII Prusia se había convertido en un Estado semiperiférico.

En algunos aspectos, por supuesto, Austria estaba en mejores condiciones para desempeñar el papel que Prusia estaba tratando de desempeñar. A comienzos del siglo XVII era una importante potencia militar. Los Habsburgo eran la encarnación de la Contrarreforma y consiguieron la reconversión de Austria, Checoslovaquia y la mayor parte de Hungría al catolicismo a mediados del siglo XVII. Tras la batalla de la Montaña Blanca en 1620, los Habsburgo aplastaron al Estado bohemio y lo «redujeron a la condición de provincia»[332]. El levantamiento transformó a la aristocracia bohemia, que era antes una clase de terratenientes independientes, en una nobleza cortesana y liquidó a la burguesía indígena[333]. Además, los Habsburgo

[331] Rosenberg señala que en Francia, después de la Fronda, la *noblesse de race* quedó prácticamente excluida del aparato de Estado durante dos generaciones y que en Bohemia y Moravia surgió toda una nueva capa con la victoriosa Contrarreforma católica; pero en Prusia la resistencia de los nobles a la autoridad monárquica «no estalló en una rebelión organizada y una sangrienta guerra civil. Los tres grandes Hohenzollern nunca presionaron demasiado a los *Junkers*» (1958, p. 44). Véase también Carsten (1954, p. 273) a propósito de la comparación con Francia. En Prusia, Federico Guillermo I dio un paso más en este sentido. Abrió la burocracia civil a los plebeyos (creando «oportunidades de ascenso sin paralelo en el gobierno prusiano hasta la década de 1920, época en que el Estado prusiano era un bastión de los socialdemócratas»), al tiempo que convertía al ejército en «un sólido cuerpo de aristócratas» (Rosenberg, 1958, pp. 67, 70). Los dos grupos se controlaban así mutuamente, aunque ambos tenían razones para estar contentos con el Estado.

[332] Kavke (1964, p. 59).

[333] Véase Kavke (1964, pp. 55, 57). Sin duda, la posición de la aristocracia mejoró algo. Wright habla de que pasó «del nadir de 1627 al cenit de 1740» (1966, p. 25). A partir de 1740 llegó María Teresa y la nueva centralización. Sin embargo, no hay que exagerar. El mismo Wright nos dice: «A medida que crecían los gastos de los Habsburgo [en la segunda mitad del siglo XVII y en el XVIII], sus exigencias fiscales se hacían más fuertes y más insistentes, y la carga fiscal del siervo se hacía más pesada. Cuando el siervo comenzó a desfallecer bajo el peso de los impuestos, el Estado pasó a interesarse por él como productor de ingresos y empezó a intervenir en su favor y en contra de los señores que le estaban arruinando» (1966, p. 21). De este modo, la revuelta campesina de Bohemia en 1679 fue seguida de la *Robotpatent* de 1680, que limitaba la *robota* (prestación de trabajo) a un máximo de tres días a la semana. Polišenský ve en el año 1680 un «momento decisivo» (1978, p. 200). Hubo, además,

lograron reclutar a un cuerpo de oficiales que no estaba limitado a la nobleza como en Brandemburgo-Prusia [334]. Sin embargo, los Habsburgo no pudieron nunca transformar sus dominios en un Estado coherente e integrado que pudiera funcionar debidamente dentro del sistema interestatal. Sólo una estructura estatal relativamente homogénea podía prosperar en una economía-mundo capitalista [335]. Los Habsburgo austríacos tuvieron que hacer frente a los mismos dilemas con que había tropezado, a mayor escala, su antepasado Carlos V.

El principal escollo para conseguir tal integración en los dominios de los Habsburgo era el poderío militar turco. El siglo XVII fue un siglo de luchas entre los austríacos y los otomanos, que culminaron en el *Türkenjahr* de 1683, en que los Habsburgo resistieron victoriosamente el segundo sitio de Viena [336]. Pero esta victoria tuvo un precio: las concesiones hechas en el curso de este período a la nobleza húngara, que siempre esgrimió la baza de Turquía, reclamando así derechos autonómicos en los territorios de los Habsburgo [337]. La amenaza turca, con sus implicaciones económicas directas y sus consecuencias indirectas para la estructura del Estado, hizo que los Habsburgo se resintieran, «más quizá que otros soberanos» [338]

otras dos *Robotpatents* en 1717 y 1738. Este proceso no es realmente diferente del de Brandemburgo-Prusia. Véanse Špiesz (1969, pp. 33-34); von Hippel (1971, pp. 293-95); Slicher van Bath (1977, p. 117).

[334] Véase Kann (1973, p. 9) y cf. T. M. Barker (1978).

[335] Brandemburgo, en cambio, había transformado una población inicialmente muy heterogénea (véase Treue, 1955, p. 355) en un reino étnicamente muy homogéneo ya a comienzos de la Edad Moderna. Véase Carsten (1941, p. 75, y 1947, p. 147).

[336] Para un relato detallado, véase T. M. Barker (1967).

[337] P. Anderson llama a Hungría «el obstáculo insuperable para la creación de un Estado monárquico unitario», y a «la proximidad del poder militar turco [...] un obstáculo decisivo para la extensión en Hungría de un absolutismo austríaco centralizado» (1974a, pp. 314-15).

[338] Bérenger (1973, p. 657), cuyo artículo explica la consiguiente dependencia de los préstamos públicos. Bérenger indica que estos préstamos eran realmente accesibles, por lo que la situación financiera del emperador Leopoldo I (1657-1705) «no era tan desesperada como generalmente se supone y como el propio emperador le gustaba declarar» (p. 669). Pero las consecuencias a largo plazo de esta dependencia de unos financieros privados no condujeron a un reforzamiento del aparato de Estado. Habría que señalar, sin embargo, que las guerras turcas tuvieron efectos positivos sobre la economía agraria (y por tanto, probablemente, sobre la base impositiva) en la medida en que se hizo necesario avituallar a las tropas. Bog (1971) considera las guerras como un importante factor en la recuperación de Alemania tras la guerra de los Treinta Años, la cual no cumplió la misma función a causa de la devastación. Pero ¿no afectó igualmente la devastación a la economía agraria en las guerras turcas? Véase T. M. Barker (1967, pp. 282-84).

en el siglo XVII, de la imposibilidad de recaudar dinero suficiente para su hacienda y estuvieran siempre «claramente faltos de fondos» [339]. Durante el reinado de Carlos VI (1711-1740), Austria, sobre la base de sus ingresos, sólo logró formar un ejército la mitad de pequeño que el de Francia y ligeramente mayor que el de Prusia [340]. Por consiguiente, en cuanto a la eficacia de sus esfuerzos mercantilistas, Austria, con un ejército dos veces superior y una riqueza y una población mucho mayores, consiguió poco más que Prusia.

Habría que tener muy presente la diferencia entre el mercantilismo de las potencias del centro, como Inglaterra y Francia, y el mercantilismo de las potencias semiperiféricas. Treue lo deja muy claro:

Mientras que entre las grandes potencias [el mercantilismo] correspondía básicamente a una política económica de agresividad y expansión, en Alemania llevaba consigo el objetivo defensivo de la autoafirmación; más el de conservar los mercados que el de conquistarlos; más el de repeler la dominación de los otros, y especialmente de sus vecinos occidentales, que el de aspirar a la dominación [341].

Todo el período comprendido entre la guerra de los Treinta Años y el fin de la era napoleónica fue una época de mercanti-

[339] Wangermann (1973, p. 12), quien compara a los Habsburgo con los monarcas franceses de forma desfavorable para los primeros. La extensión territorial de sus dominios era aproximadamente la misma, pero «eran mucho más importantes la homogeneidad, la cohesión, los ingresos regulares procedentes de los impuestos y las facilidades para una empresa comercial rentable». El producto neto del trabajo forzado en Austria fue la maravillosa arquitectura barroca, por lo cual tal vez le deberíamos estar agradecidos. Véase Zollner (1970, pp. 279-80).

[340] Véase Wangermann (1973, p. 14).

[341] Treue (1974, pp. 106-7). El análisis que hace Dorwart de las razones de la nueva tolerancia hacia los judíos en Alemania prueba que el mercantilismo no está nunca totalmente a la defensiva. Dorwart habla del «reclutamiento casi desesperado de judíos por parte de los príncipes alemanes para que contribuyeran a la recuperación de la ruina comercial provocada por la guerra de los Treinta Años» (1971, p. 212). El modo en que la admisión de los judíos contribuiría a dicha recuperación queda claro en la descripción que hace Dorwart de la decisión del gran elector, en 1650, de permitir la vuelta a Brandemburgo de los judíos emigrados a Polonia: «Con la desembocadura del Oder en sus manos, la reapertura del comercio directo con Polonia podía ser una útil función de los comerciantes judíos» (1971, p. 122). A propósito de la tesis de que el mercantilismo fue algo «natural» en Francia, dada la estructura socioeconómica del país, pero no en Brandemburgo-Prusia, véase Kruger (1958, p. 65). La tesis de Kruger forma parte de una polémica contra lo que él llama la «leyenda» de la «monarquía social de los Hohenzollern», propagada por los historiadores burgueses alemanes en tiempos de Schmoller (1958 p. 13).

lismo (cameralismo) en toda Alemania, y en realidad en toda Europa central [342]. La política mercantilista de los Habsburgo puede ser rastreada hasta cerca de 1660 [343]. Los Hohenzollern, empezando por el gran elector, hicieron de ella el centro de su práctica gubernamental [344]. La cuestión real es qué se consiguió con esta política mercantilista. Por una parte, es probablemente cierto que los resultados del fomento estatal de las manufacturas entre 1650 y 1750 fueron «poco satisfactorios» en todas partes [345]. De hecho, Von Klaveren afirma que el mercantilismo en los países atrasados fue un «seudomercantilismo», cuyo verdadero objetivo fue «el enriquecimiento de los dignatarios locales» y que «nadie esperaba realmente que triunfara el mercantilismo» [346]. Pero decir sólo esto, que es alguna medida cierto, es ignorar la diferencia entre los países semiperiféricos, que al menos podían ser seudomercantilistas, y los países periféricos, que ni siquiera podían ser esto.

Es igualmente obvio que el mercantilismo de los países semiperiféricos en este largo período de recesión sentó las bases [347] del significativo desarrollo de las actividades manufactureras en el período de expansión de la economía-mundo a partir de 1750. Lo que deberíamos examinar más detenidamente es, por consiguiente, lo que ocurrió en la primera mitad del siglo XVIII, una vez que Suecia fue eliminada de la competición, por así decir, mientras que Prusia y Austria rivalizaban por ser la potencia de Europa central que más se aprovechara de la expansión europea. Carlos VI subió al trono de los Habsburgo en 1711; Federico Guillermo I subió al trono prusiano en 1713. En 1713-1714, con los tratados de Utrecht y Rastadt, la guerra de Sucesión española llegó a su fin. Austria obtuvo los Países Bajos españoles (ahora austríacos), Milán, Nápoles y Cerdeña (cedida a Saboya en 1720 a cambio de Sicilia). En 1718, Austria obtuvo de los otomanos, en la paz de Passarowitz, Servia, el Banato y la Pequeña Valaquia (tras haber obtenido ya Hungría

[342] Véanse Lütge (1966, pp. 321-22); Bog (1961, pp. 134-35, 139); Klíma y Macůrek (1960, p. 98).

[343] Véanse Tremel (1961 p. 176); Klíma (1965 p. 107); Zollner (1970 p. 283).

[344] Véanse Von Braun (1959, pp. 611-14) y Kisch (1968, p. 4).

[345] Kulischer (1931, p. 13).

[346] Van Klaveren (1969b, pp. 149-50). Deyon señala que «los proyectos mercantilistas eran universales», aunque también eran «a menudo veleidades, decisiones puramente formales, recomendaciones desprovistas de toda eficacia» (1978a, p. 208).

[347] Klíma (1965, p. 119). Kulischer se pregunta si después de mediados del siglo XVIII «el rápido crecimiento de la industria [en Francia, Prusia, Austria, Renania y Rusia] se habría conseguido de no haber sido preparado por la época anterior, es decir, por la época colbertista» (1931, pp. 13-14).

y Transilvania por el tratado de Carlowitz de 1699). Austria resucitó la *Wiener Orientalisch Handelskompanie* (la primera había desaparecido en 1683) para aprovecharse de las nuevas posibilidades del comercio en los Balcanes. En 1719, Carlos VI consiguió finalmente que Trieste y Fiume fueran declarados puertos libres, idea que había sido insinuada por vez primera en 1675 [348].

En el «*Drang Nach Meer*» de Austria, 1719 fue, pues, el momento crucial. Austria tenía ahora acceso tanto al Atlántico (Ostende) como al Mediterráneo (Trieste), podía aspirar a competir con Venecia y Hamburgo [349] y parecía ser al fin una gran potencia [350]. De repente, se encontró «simultáneamente enfrentada» [351] a Inglaterra, Holanda, Francia y España, amenazadas todas ellas por las nuevas pretensiones comerciales de Austria. Prusia salió también muy reforzada de este periodo. En el tratado de Estocolmo (1719) había conseguido las últimas de las posesiones alemanas de Suecia. Ahora era más fuerte en el terreno militar que Suecia, y en el reinado de Federico el Grande heredaría la «fama por las proezas militares en Europa» que había tenido Suecia hasta la muerte de Carlos XII [352]. Sin embargo, todavía en 1713 Prusia era «un país principalmente agrícola» [353], cuyos recursos eran «insignificantemente escasos» [354]. A mediados del siglo XVIII, no obstante, Austria quedaría reducida al papel de potencia mundial de segunda fila que conservaría hasta 1918, mientras que Prusia estaba en vías de convertirse en una verdadera potencia mundial. La particular estructura interna de Prusia que hizo esto posible ha sido ya analizada [355], pero no se puede explicar por qué la rivalidad

[348] Véase Hassinger (1942, pp. 36-37).

[349] Véase Kaltenstadler (1969, pp. 489-98) y también Kaltenstadler (1972). Este acceso al mar explica, a su vez, el rápido crecimiento de la industria de la lana en Bohemia, Moravia y Silesia en este período. Véase Freudenberger (1960b, pp. 289-93).

[350] J. W. Stoye cita en términos aprobadores el título del libro de O. Reddich sobre la historia de Austria entre 1700 y 1740: «El desarrollo de una gran potencia» (véase 1970a, p. 598).

[351] Macartney (1966, p. 397).

[352] Samuelsson (1968, p. 69).

[353] Bruford (1966, p. 293). «Pero antes de que Prusia pudiera contar realmente como potencia europea independiente, era necesario superar una serie de dificultades nacidas de la disposición geográfica de sus provincias, de su escaso desarrollo económico y de su falta de población».

[354] A. J. P. Taylor (1946, p. 27), quien añade estas palabras: «Ausencia de zonas industriales, ausencia de ciudades importantes, ausencia de salida al mar, tierras áridas y yermas, nobleza pobre e ignorante, vida cultural prácticamente inexistente».

[355] La superioridad de Prusia sobre Austria por lo que respecta a la

austro-prusiana se decantó en favor de Prusia sin tener en cuenta el curso de la rivalidad anglo-francesa, que analizaremos en el siguiente capítulo.

Barraclough cree que en esta época los dos rivales «tendieron a anularse mutuamente»[356]. Esto no es del todo exacto. Prusia fue utilizada para anular a Austria, y consiguió Silesia como recompensa. Silesia era valiosa en el terreno político, económico y estratégico. Había sido disputada desde el siglo X y en los siglos XVII y XVIII fue la principal preocupación de la diplomacia de Brandemburgo[357]. Silesia era la «verdadera zona industrial de Austria [...] la 'joya' de los territorios hereditarios [austríacos]»[358]. El lino silesio era distribuido por comerciantes de Inglaterra, los Países Bajos y Hamburgo, por lo que se puede decir que Silesia representó «un modelo clásico de penetración colonial»[359]. Sin embargo, la producción tenía un carácter local, y se desarrolló especialmente a partir de la guerra de los Treinta Años en forma de *Kaufsystem*, por el que los comerciantes de la aldea vendían la producción a los comerciantes de más envergadura, que llevaban a cabo un control

estructura estatal en esta época queda clara en las descripciones de Behrens y Rosenberg. Behrens dice: «En los dominios de los Habsburgo, en el momento de la subida al trono de María Teresa en 1740, no había nada parecido a una administración central, por no hablar de una nación. La administración central sólo comenzó a apuntar a partir de 1748, y aun entonces sólo en los llamados territorios hereditarios alemanes de Austria y Bohemia» (1977, p. 551). La unificación administrativa prusiana sólo data del reinado de Federico Guillermo I, es decir, de 30 años antes (véase Behrens, 1977, p. 557). Sin embargo, «en la dirección básica del desarrollo iniciado en tiempos del Antiguo Régimen, la Prusia de los Hohenzollern actuó de la misma forma que otros gobiernos absolutistas de Europa. Tal vez su característica más distintiva fuera el hecho de que [...] muchas innovaciones políticas, reformas administrativas y medidas fiscales fueron llevadas al límite por unos dirigentes supercelosos» (Rosenberg, 1958, p. 23).

[356] Barraclough (1962, p. 386).

[357] Leszczyński (1970, p. 104).

[358] Tremel (1961, p. 177). «El lino de Silesia encontró mercados de exportación en Holanda, Inglaterra, Polonia y Rusia. Los comerciantes holandeses lo necesitaban para España, Portugal y el Levante. El *Schleier* silesio [tocado femenino ligero y transparente hecho de lino o algodón imitando lino] era exportado a Africa, Curazao e Indonesia. La lana de Silesia desempeñó un papel dominante en el mercado lanero». Otra razón por la que Silesia era la «joya» era el papel clave de su capital, Breslau, en el comercio por tierra con el Este, en el que llegó a ocupar una posición monopolista (Wolánski, 1971, p. 126). Véase también Hroch (1971, p. 22).

[359] Kisch (1959, p. 544). La creciente importancia del papel de Hamburgo en el siglo XVIII a expensas de los holandeses es analizada por Liebel (1965b, pp. 210-16).

de calidad centralizado [360]. En muchos casos, había manufacturas en los dominios señoriales donde el terrateniente era el empresario y los siervos trabajaban a cambio de un salario [361]. Tal vez sea la amplitud de estas actividades industriales la que explica el hecho de que de los tres territorios bohemios de los Habsburgo —Bohemia, Moravia y Silesia— Silesia fuera conocida por «la relativa benignidad de sus regulaciones siervo-señor» [362]. Cuando Prusia consiguió Silesia en 1748 como premio de la guerra de Sucesión austríaca, adquirió, pues, «la provincia más próspera e industrializada» [363] de los territorios de los Habsburgo.

Este fue un «tremendo golpe» para Austria, no sólo por la producción industrial de Silesia, sino también porque era el «principal intermediario comercial» de la monarquía de los Habsburgo con el mundo exterior [364]. Los efectos de su pérdida alcanzaron también a Bohemia y Moravia, ya que los hilanderos y tejedores de esta zona habían vendido sus mercancías a comerciantes silesios hasta 1642. Si esto hubiera continuado, como lo estipulaba el tratado de paz, habría hecho que estas leyes «dependieran desde el punto de vista económico del capricho de Prusia» [365]. Austria se vio obligada a llevar a cabo una reconversión. La adquisición de Silesia por Prusia fue, pues, un acontecimiento de primer orden, que contribuyó sustancialmente a la industrialización del siglo XIX [366]. Fue posible gracias a la creación de un ejército y un Estado prusianos, unida a la necesidad de los ingleses (y de los holandeses) de contener a Suecia y frustrar así los planes de Austria; y la creación del ejército y el Estado prusianos fue a su vez posible gracias a la peculiar debilidad de la nobleza terrateniente en comparación con la de otros Estados periféricos. Fue esta serie de coyunturas a lo largo de un siglo la que hizo posible que Brandemburgo, área periférica insignificante, se convirtiera en 1750 en la po-

[360] Véase Klíma (1959, pp. 37-38).

[361] Véase Aubin (1942, p. 169) y Klíma (1957, p. 92).

[362] Wright (1966, p. 20). A pesar de esta benignidad, hubo varias revueltas campesinas a finales del siglo XVII y en el XVIII, que fueron reprimidas por la fuerza militar. Véase Kisch (1959, p. 549) y cf. Michalkjewicz (1958) y Tapié (1971, p. 121).

[363] P. Anderson (1974a, p. 317). Véase también von Braun (1959, páginas 614-16) a propósito de la importancia para Prusia de la adquisición de Silesia.

[364] Freudenberger (1960b, p. 384).

[365] Freudenberger (1960a, p. 351).

[366] Véase Kula (1965, p. 221).

tencia periférica europea con mayores posibilidades de ver transformado su papel en la economía-mundo.

La última área semiperiférica creada en esta época, bastante diferente de las otras, fue la constituida por Nueva Inglaterra y las colonias del Atlántico medio en la Norteamérica británica. Su colonización no empezó hasta 1620 y, con la excepción quizá de Nueva Amsterdam en cuanto avanzada estratégica y comercial de la red mundial holandesa, estas áreas no formaron ni siquiera parte de la economía-mundo capitalista antes de 1660 [367]. De hecho, Nueva Jersey, Pensilvania y Delaware no fueron colonizadas por los ingleses sino en el período de la Restauración [368]. El año decisivo para Norteamérica fue 1660, porque éste fue también el año decisivo para Inglaterra. Este año fue testigo de la institucionalización de la doctrina mercantilista de que «los intereses de las colonias [habían de ser subordinados] al bien de la nación» [369]. Las diversas Leyes de Navegación inglesas de la década de 1660, que hacían de los más importantes productos coloniales —el azúcar, el tabaco, los tintes, etc.— productos «enumerados» que debían ser embarcados en barcos ingleses y vendidos a compradores ingleses, afectaron notablemente a los productores de las Indias Occidentales y del valle de Chesapeake. En un principio, estas leyes apenas tuvieron efectos negativos sobre las colonias del norte, en parte porque no se aplicaron con rigor y en parte porque estas colonias no producían muchos de los productos enumerados [370]. Se puede

[367] Véase la descripción que hace Craven de Nueva Inglaterra en 1660: «La economía [...] se apoyaba básicamente en la agricultura [...] La población típica de Nueva Inglaterra era el poblado agrícola [...] Pero fuera de Boston, ahora una población de posiblemente 3 000 almas, la agricultura de subsistencia era tan básica para todas las demás actividades que incluso el ministro [de la Iglesia] tenía que ser buscado a veces en los campos» (Craven, 1968, p. 18).

[368] Véase Craven (1968, pp. 63-103) a propósito de las «colonias de la Restauración», que también incluían las dos Carolinas y Nueva York, arrebatada a los holandeses en 1664.

[369] Bailyn (1955, pp. 112-13). *Institucionalización* es la palabra clave. Cromwell también era mercantilista, pero «los colonos ingleses habían tratado de aprovecharse de la guerra civil para lograr un cierto grado de independencia, y la Commonwealth había tolerado muchas pretensiones siempre que no llevaran implícita la lealtad a los Estuardo [...] El período en el que esta política [del gobierno inglés hacia las colonias] se llevó a cabo fue más bien el de los Estuardo restaurados que el de la república cromwelliana» (Rich, 1961, pp. 330-31).

[370] Craven dice que no sufrieron «ningún efecto adverso» (1968, p. 39). Nettels dice que entre 1685 y 1720 Nueva Inglaterra y Nueva York «apenas intervinieron en las exportaciones a Inglaterra» (1933, p. 326). Bailyn señala que una medida aprobada en 1673, por la que se exigía un doble impuesto a los comerciantes de Nueva Inglaterra (en el puerto de salida y en el

decir incluso que tuvieron un impacto positivo, por cuanto que estimularon la construcción naval en estas colonias, expulsando a los holandeses de Norteamérica «antes de que el transporte marítimo inglés pudiera hacer frente a todas las necesidades de las colonias» [371].

Estas colonias producían pocas cosas de interés para Inglaterra en el siglo XVII y eran demasiado pequeñas para ser un mercado importante de mercancías inglesas, pero competían como transportistas, por lo que casi parecían un estorbo para Inglaterra. Si Inglaterra se aferraba a ellas, era en parte por temor a que Francia las controlara: era en cierto modo una retención preventiva [372]. Los Estuardo comenzaron a revocar las cartas de privilegios y consiguieron un control más eficaz sobre estas problemáticas colonias mediante la creación en 1684 del Dominio de Nueva Inglaterra. Estas áreas podrían haberse visto en efecto periferizadas si la resistencia de Nueva Inglaterra a la política de los Estuardo no hubiera coincidido con la revuelta interna en Inglaterra, que culminó en la Revolución Gloriosa, la cual «puso fin a la amenaza de los colonos, o al menos la pospuso» [373]. Así pues, debido a lo que Eleanor Lord llama la «involuntaria negligencia de estas colonias» (aunque sería preferible llamarlo las dificultades internas de la realización del gran proyecto mercantilista de Inglaterra), los comerciantes de Nueva Inglaterra y el Atlántico medio estaban «haciendo grandes progresos» hacia 1700 no sólo como constructores navales sino también como intermediarios comerciales [374].

Estos comerciantes participaban en el llamado comercio triangular, del que de hecho había muchas variantes. En el triángulo con Africa y las Indias Occidentales, las melazas de esta última zona se dirigían a las colonias del norte, que enviaban ron y baratijas a Africa, mientras que los esclavos africanos se dirigían a las Indias Occidentales. En el triángulo con Inglaterra y las Indias Occidentales, las provisiones y la madera de las colonias del norte se dirigían a las Indias Oc-

puerto de entrada), mientras que a los ingleses sólo se les exigía un único impuesto, suscitó fuertes protestas como «grave discriminación» (1955, p. 151). Kammen analiza los comienzos de la toma de conciencia entre los habitantes de Nueva Inglaterra de que eran un «grupo de presión al margen de otros grupos rivales en Londres» a finales de la década de 1670 (1970, p. 37).

371 Nettels (1952, p. 109; véase también 1931b, pp. 9-10).

372 Véase el análisis en Beer (1912, I, pp. 11-53).

373 Barrow (1967, pp. 34-35). Véanse también Bailyn (1953, p. 386) y Craven (1968, p. 246).

374 Lord (1898, p. 105).

cidentales, mientras que el azúcar y el tabaco de las Indias Occidentales se dirigían a Inglaterra y las manufacturas inglesas se dirigían a las colonias del norte (o el buque de la colonia del norte era vendido en Inglaterra). En un tercer circuito triangular, más reducido, con el sur de Europa e Inglaterra, el trigo[375], el pescado y la madera de las colonias del norte se dirigían al sur de Europa, mientras que el vino, la sal y la fruta del sur de Europa se dirigían a Inglaterra y nuevamente las manufacturas inglesas se dirigían a las colonias del norte. Hay que subrayar dos cosas a propósito de estos famosos triángulos. En primer lugar, son en gran parte construcciones analíticas: representan un flujo de mercancías más que un movimiento de barcos. Los barcos de las colonias del norte cubrían sobre todo líneas regulares con las Indias Occidentales, haciendo sólo unos cuantos viajes transatlánticos a Inglaterra y muy pocos a Africa[376].

En segundo lugar, los ingleses presionaban a las colonias del norte para mantener una balanza comercial desfavorable, lo que significaba que estas últimas tenían que procurarse dinero si querían conseguir manufacturas. En la medida en que el comercio triangular no procuraba los metales preciosos necesarios, tenían que incrementar sus propias manufacturas (y reducir así las importaciones de Inglaterra) o encontrar un producto básico[377]. La lucha política de las colonias del norte con Inglaterra en la primera mitad del siglo XVIII giró en torno a cuál de estas alternativas sería adoptada. En el siglo XVII, los colonos se convirtieron en competidores de los productores ingleses como constructores navales, transportistas y proveedores de provisiones a las Indias Occidentales y Europa. De acuerdo con la doctrina mercantilista, eran «más un competidor [...] [que] un activo» y, por consiguiente «las menos valiosas de las

[375] Slicher van Bath llega incluso a afirmar que en la segunda mitad del siglo XVII y en la primera del XVIII, «sólo los grandes terratenientes [europeos] podían cultivar cereales a unos precios lo suficientemente bajos como para competir con el grano de Pensilvania» (1963a, p. 220).

[376] Walton (1968b, pp. 365-71). La razón era de carácter económico. La familiaridad entre el comerciante y sus agentes reducía considerablemente los riesgos, lo que llevaba a una especialización en las rutas. Los tripulantes de los barcos que hacían las rutas triangulares eran pagados mientras estaban en el puerto, a diferencia de los tripulantes de los barcos que cubrían líneas regulares (Walton, 1968b, pp. 386-89). Ostrander llega aún más lejos, al dudar de que la construcción sea válida, ya que los barcos no hacían realmente ese viaje. Atribuye el concepto a las necesidades ideológicas del siglo XIX (véase 1973, p. 642).

[377] Lord (1898, pp. 124-25).

posesiones británicas»[378]. A partir de 1689, los ingleses hicieron un esfuerzo consciente[379] por corregir la situación y trataron de desarrollar la función de las colonias como mercado para las manufacturas inglesas fomentando un nuevo producto básico (los pertrechos navales) y ahogando la incipiente producción industrial[380]. ¿Cómo se «crea» un mercado en una determinada

[378] Barrow (1967, p. 8). Nettels opina que tal análisis pasa por alto las «ganancias invisibles» de Inglaterra procedentes de las colonias del norte: el flujo de metales preciosos y moneda acuñada, el fruto de la piratería, la «compra» de los servicios de la Corona e incluso la construcción naval para los compradores ingleses; pero las ganancias invisibles eran precisamente eso, menos visibles, y por lo tanto tal vez no pudieran alterar sustancialmente la conciencia inglesa del valor de las colonias del norte (1933, pp. 344-47).

[379] Por consciente que fuera el esfuerzo encaminado a incrementar el valor de las colonias del norte para Inglaterra, no hay duda de que en comparación con su actitud hacia las colonias del gran Caribe, la actitud inglesa hacia las primeras fue una actitud de desidia. A. G. Frank piensa que tal desidia, provocada por «la relativa *pobreza* de la tierra y el clima, así como [...] la inexistencia de minas», fue una suerte para esas colonias, ya que les permitió desarrollarse de forma diferente a las colonias tropicales y semitropicales (Frank, 1979b, p. 60). Barrow analiza la «política de 'saludable desidia'» desde otro ángulo. Señala que al menos en el siglo XVIII «tener contentos a los colonos [de la Norteamérica británica] requería una política de apaciguamiento, no de coerción. Por consiguiente, el principio rector para Walpole y sus sucesores fue dejar las cosas como estaban. '*Quietá no movere*' se convirtió así en la máxima política de la administración colonial de Walpole» (1967, pp. 116, 134).

[380] Véase Nettels (1931a, p. 233). A propósito de la cronología, Nettels hace referencia a la tesis de G. L. Beer, de que las colonias del norte sólo empezaron a ser apreciadas como mercado a partir de 1745. Nettels afirma que esta tesis es errónea, ya que también eran apreciadas a finales del siglo XVII (véase 1931a, pp. 230-31). Kammen fija en 1713 el año a partir del cual «todos los recursos coloniales [incluidos los de las colonias del norte] fueron considerados [por los ingleses] como importantes para la construcción de un imperio autosuficiente» (1970, p. 46). Bruchey habla de que esto ocurrió «en la última época colonial» (1966, p. 8). Coleman cita la fecha más temprana, y dice que «las colonias norteamericanas de Inglaterra registraron el más notable incremento neto de la demanda a partir de 1650, abriendo con ello un mercado exclusivo a la producción industrial inglesa en el preciso momento en que el comercio intraeuropeo sufría una depresión y se intensificaba la competencia» (1977, pp. 197-98).

Tal vez nos encontremos aquí con un intento (iniciado en la década de 1690) covertido en realización (a mediados del siglo XVIII). Las fechas que da Farnie para las colonias americanas muestran en su conjunto que, como mercado para las mercancías inglesas, las colonias pasaron de un 10 por ciento en 1701-1705 a un 23 por ciento en 1766-1770, y, como fuente de importaciones para Inglaterra, de un 19 a un 34 por ciento. El papel de las colonias continentales (aunque esto incluye tanto a las del norte como a las del sur) superó por primera vez al de las Indias Occidentales en 1726-30. Farnie sugiere que esta «americanización» del comercio exterior inglés —expresión que toma prestada a Schlote— produjo una «super-

zona? Haciendo que la población del lugar participe en la producción para la economía-mundo y, en caso de que no haya suficientes personas con una renta suficientemente alta, fomentando el «asentamiento». Fue este último camino el que emprendieron los ingleses y el que les distingue significativamente de los franceses, los holandeses e incluso de los españoles y portugueses en las Américas [381].

Hubo de hecho una corriente de emigrantes muy importante, sobre todo a los Estados del Atlántico medio, entre 1713 y 1739. Dado que los ingleses no estaban dispuestos a emigrar en número significativo, los ingleses optaron por abrir la Norteamérica británica a los no ingleses: escoceses, habitantes del Ulster y supuestos holandeses (que en realidad eran alemanes y suizos) [382]. Los ingleses esperaban que esos nuevos emigrantes participaran en la producción del nuevo producto básico: los pertrechos navales. Esto prometía a los ingleses no sólo ventajas económicas, sino también militares. La única «deficiencia seria» [383] del comercio colonial inglés era desde hacía tiempo la de los pertrechos navales, que fueron un «constante objetivo» [384] de su política en el siglo XVII. Esta deficiencia se agudizó con el estallido de la guerra de los Nueve Años en 1689. Casi toda la producción o el tránsito de los pertrechos navales ingleses estaba en manos de los suecos, que eran neutrales pero profranceses; y esto era una «causa constante de inquietud» [385]. Las fuentes alternativas más obvias eran las colonias del norte (e Irlanda). En 1696, Inglaterra creó la Junta de Comercio y Plantaciones, uno de cuyos primeros objetivos fue liberar a Inglaterra de su dependencia de Suecia. Para ello se intentó crear

dependencia final» que explica las dificultades económicas inglesas en la segunda mitad del siglo XVIII (1962, p. 214). Esto me parece sumamente dudoso, e incluso me parece una ideología mercantilista llevada a su extremo. La cuestión es, como ya veremos, que Inglaterra fue incapaz de impedir que las colonias del norte se convirtieran en un área semiperiférica y en esta medida se creó algunas de sus futuras dificultades. Pero si no hubiera sido por eso, habría sido por otra cosa.

[381] Véase Nettels (1933, p. 322).

[382] Véase M. L. Hansen (1945, pp. 48-50).

[383] McLachlan (1940, p. 4).

[384] Åström (1962, p. 15).

[385] *Ibid.*, p. 20. El 48 por ciento de las importaciones inglesas, incluidos todos los productos del norte de Europa, a partir de 1699-1700 —cáñamo, lino, brea, alquitrán, hierro y potasa— procedían primordialmente de Suecia; el 26,4 por ciento procedían de Rusia, el 24,1 por ciento de los países del Este y sólo el 1,5 por ciento de Dinamarca-Noruega. Sin embargo, las mercancías rusas llegaban a través de Narva, que estaba en manos de los suecos, y las de los países del Este a través de Riga, también en manos de los suecos (véase Åström, 1962, p. 99).

un monopolio, pero este planteamiento tropezó con una gran resistencia[386].

La guerra de Sucesión española agudizó de nuevo esta cuestión, y la situación se agravó con la formación de la Compañía de Alquitrán de Estocolmo en régimen de monopolio. Esto condujo a la Ley de Pertrechos Navales de 1705, por la que se decidió confiar en las primas como incentivo a la producción en las colonias del norte[387]. Liberar a Inglaterra de su dependencia de Suecia no fue evidentemente el único motivo de la Ley de Pertrechos Navales. Nettels da tres razones por las que la creación de mercados en las colonias del norte era un objetivo central e incluso el primordial. En primer lugar, aunque la dependencia de Suecia sólo afectaba realmente a la brea y al alquitrán, la Ley de Pertrechos Navales ofrecía primas también a la resina, la trementina, el cáñamo y la madera, que podían ser conseguidos en muchos otros países. En segundo lugar, los oficiales de la Armada parecían poco preocupados por esta dependencia, lo que arroja serias dudas sobre la realidad de las insuficiencias, y se opusieron firmemente a que se importara brea y alquitrán de las colonias del norte, a causa de su mala calidad. (Sin embargo, Nettels nos recuerda que los funcionarios de la Junta de Comercio acusaban a los oficiales de la Armada de estar en colusión con los comerciantes de la Europa oriental.) En tercer lugar, la Junta de Comercio no estaba interesada en conseguir brea y alquitrán de las Carolinas, aun cuando la calidad fuera superior a la de las colonias del norte. (Las Carolinas, por supuesto, producían ya productos básicos.)

Nettels afirma además que los más firmes defensores del programa de pertrechos navales eran precisamente los comerciantes ingleses que traficaban con las colonias del norte[388]. En

[386] La resistencia era triple: se oponían los comerciantes de las colonias del norte, se oponían la Armada, cuya principal preocupación era conseguir los pertrechos navales mejores y más baratos, y la opinión pública inglesa recelaba de los monopolios. Véase Lord (1898, pp. 38-39).

[387] Véanse Lord (1898, p. 56) y Nettels (1931a, p. 247).

[388] Véase Nettels (1931a, pp. 255-64). Rees ofrece una prueba evidente de que la no dependencia de Suecia fue una de las cosas que se tuvieron en cuenta. Dice que a pesar de la antigua oposición de los fabricantes de hierro ingleses a la producción de hierro forjado y productos de hierro en Norteamérica, cuando el precio del hierro se elevó en 1717 a causa de las tirantes relaciones con Suecia, «se propuso encontrar una nueva fuente de abastecimiento incluyendo el hierro en barras y lingotes en la lista de mercancías cuya producción había de ser fomentada en las colo-

cualquier caso, los colonos del norte seguían estando más interesados en la producción de madera que en la de brea y alquitrán[389], y la madera no estaba destinada a Inglaterra, sino a la industria indígena de la construcción naval[390]. El hecho es que el desarrollo de una industria de la construcción naval hizo al menos tanto por el desarrollo de un mercado para las mercancías inglesas como hubiera hecho un acertado programa de producción de pertrechos navales. Esta es tal vez la razón fundamental de que, bajo las leyes de navegación, «por motivos de índole práctica», los barcos de los colonos no fueran excluidos nunca de los privilegios concedidos a los buques británicos[391]. Por esto, era interesante desde el punto de vista económico construir los barcos en las colonias del norte, donde los salarios eran altos, pero el coste de la madera era lo suficientemente bajo como para compensar sobradamente el factor salarial[392]. Esta ventaja comparativa se incrementó con el constante aumento de la productividad del transporte marítimo de las colonias americanas entre 1675 y 1775[393]. El resultado fue que en 1775 casi una tercera parte de los barcos registrados en Gran Bretaña como propiedad de británicos habían sido construidos en las colonias del norte, «importante fuente de prosperidad colonial»[394].

En cuanto a las manufacturas coloniales aparte de la construcción naval, los ingleses de hecho trataron de ponerles trabas, pero de forma poco metódica. En 1699 se aprobó la Ley sobre la Lana, por la que se prohibía su transporte fuera de los límites de cada colonia. En 1732 se aprobó la Ley sobre los Sombreros, con similares restricciones. En 1733, la Ley sobre Melazas trató de restringir la producción de ron. En 1750, la Ley sobre el Hierro prohibió la creación de nuevas fábricas[395].

nias en cuanto pertrechos navales» (1929, p. 586). Sin embargo, la ley no entró en vigor a consecuencia de la muerte de Carlos XII de Suecia y la consiguiente mejora de las relaciones anglo-suecas.

[389] Nettels dice que *no* producían «las mercancías más deseadas» (1931a, página 269; véase también 1952, p. 112). Åström, sin embargo, sitúa el fin del monopolio sueco de la brea y el alquitrán hacia 1728 y lo explica por la creciente producción de las colonias del norte (1962, p. 111; 1973, p. 101).

[390] Véase Lord (1898, pp. 101-23) a propósito de la habilidad de los colonos para evadir las leyes restrictivas.

[391] Harper (1939a, p. 9).

[392] Véase K. G. Davies (1974, p. 193).

[393] Véase Walton (1967 y 1968a) para un análisis de los diversos factores que intervinieron en el aumento de la productividad.

[394] Dickerson (1951, p. 32).

[395] Véanse Bruchey (1966, p. 9) y Ostrander (1956, pp. 77-79). La Ley

Todas estas leyes fueron ignoradas en buena medida[396]. En primer lugar, a los ingleses les preocupaba muchísimo más la competencia de los holandeses, los alemanes y los franceses que las manufacturas de las colonias[397]. Por añadidura, como afirma Bruchey, «la escasez de mano de obra especializada y tanto la falta de fondos como las preferencias en materia de asignación» en las colonias del norte actuaron como obstáculo «natural»[398]. Fuera o no natural, el caso es que este factor contribuyó a la escasa aplicación de las leyes inglesas, al menos hasta la época posterior a 1763. ¿Cómo podemos resumir la experiencias de las colonias del norte? Diciendo que fueron triplemente afortunadas. Eran pobres en recursos naturales, pero eran colonias de una potencia mundial comercial e industrial en auge, situada a una distancia geográfica lo suficiente grande como para que fuera sumamente rentable para ella, desde el punto de vista económico, explotar su único recurso importante, la madera, con destino a la industria de la construcción naval. La construcción naval fue un punto de partida, y de suma importancia. Se crearon así las condiciones para que en la nueva situación de la segunda mitad del siglo XVIII pudiera producirse la revolución americana, y, en el siglo XIX, el desarrollo de una gran potencia industrial.

El período comprendido entre 1600 y 1750 estuvo dominado por los esfuerzos de Inglaterra y Francia primero para acabar con la hegemonía holandesa y luego para heredar su puesto de honor. En este largo período de relativo estancamiento (es decir, relativo en comparación con la notable expansión económica del largo siglo XVI), las áreas periféricas se resintieron enormemente de la exacerbada explotación de los productores directos y redujeron las ventajas de las capas explotadoras indígenas (es decir, la redujeron en comparación con capas similares de los países del centro). La historia de los países semiperiféricos fue mucho más compleja. Los países del centro trataron de convertirlas en intermediarias de sus relaciones con la periferia, en correas de transmisión de plusvalor. En buena

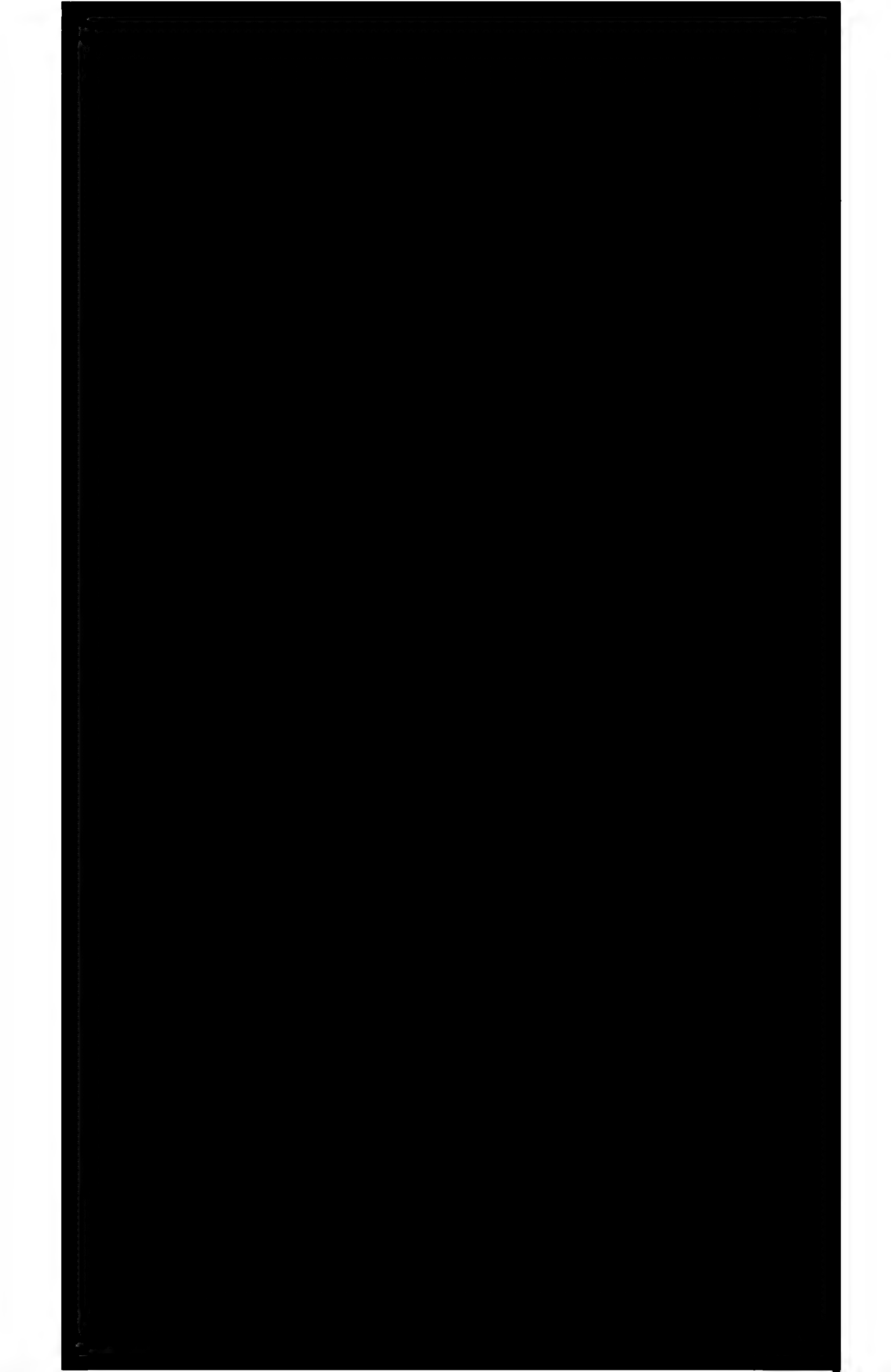
sobre Melazas suscitó grandes protestas. «Las melazas y el ron [...] eran factores vitales para la economía colonial» (Harper, 1942, p. 11). El principal objetivo de esta ley era, al parecer, ayudar a los productores de las Indias Occidentales.

[396] Véase Dickerson (1951, pp. 46-47), quien señala que, como máximo, tuvieron algún efecto en la industria del sombrero. Véase Ostrander (1956, p. 77) a propósito de la Ley sobre Melazas.

[397] Véase Harper (1942, pp. 6-8).

[398] Véase Bruchey (1965, p. 69).

parte lo lograron; pero en una situación en la que dentro del centro había una gran rivalidad, algunas zonas pudieron mejorar su posición relativa. Este fue el caso primero de Suecia y más tarde de Brandemburgo-Prusia y, a menor escala, esto fue también lo que sucedió en las colonias septentrionales de la Norteamérica británica.




See here ÿ Causes why in London,
So many Men are made, & undone,
That Arts, & honest Trading drop,
To Swarm about ÿ Devils shop,
Who Cuts out (B) Fortunes golden Haunches,
Trapping their Souls with Lotts & Chances,
Shareing em from Blue Garters down
To all Blue Aprons in the Town.
Here all Religions flock together,
Like Tame & Wild Fowl of a Feather,
Leaving their strife Religious bustle,
Kneel down to play at pitch & Hussle (C)
Thus when the Sheepherds are at play,
Their flocks must surely go Astray;
The woeful Cause ÿ in these Times
(E) Honour, & (F) Honesty, are Crimes,
That publickly are punish'd by
(G) Self Interest, and (H) Vilany;
So much for Monys magick power
Guess at the Rest you find out more.

«El proyecto del Mar del Sur», de William Hogarth (1697-1764), grabado y aguafuerte realizado en 1721. Se pueden reconocer el ayuntamiento, el monumento de Londres y la iglesia de San Pablo. La rueda de la fortuna es un tiovivo en el que los directores de la Compañía del Mar del Sur dan vueltas a los pasajeros, compuestos por suscriptores, una prostituta y un clérigo. Un diablo despedaza el cuerpo de la Fortuna, mientras varios clérigos juegan. Toda la escena representa, según la descripción de Hogarth que figura al pie del grabado, al Egoísmo y la Villanía triunfando sobre el Honor y la Honradez.

# 6. LA LUCHA EN EL CENTRO. SEGUNDA FASE: 1689-1763

No es posible analizar un fenómeno social sin limitarlo en el espacio y en el tiempo. Hemos hecho del concepto de límite espacial el eje central del análisis en este libro, pero ¿qué hay del tiempo y de las eternas cuestiones de periodización que tanto dividen a los historiadores? Hemos afirmado que la unidad de tiempo que cubre este volumen es aproximadamente el período 1600-1750. Consideramos que éste fue un período en el que la economía-mundo europea pasó por un estancamiento relativamente largo de la producción total del sistema en general. (Estancamiento que se manifestó en la relativa estabilidad del crecimiento demográfico en general, la expansión física y la velocidad de las transacciones, y en la deflación global de los precios.) En apoyo de esta afirmación, hemos aportado a lo largo de este libro las pruebas de que disponemos[1]. En nuestro análisis, hemos subdividido el estudio de las rivalidades entre los países del centro en dos fases, 1651-1689 y 1689-1763. Esta serie de fechas no coincide del todo con el período 1600-1750 antes mencionado. Desgraciadamente, el mundo real no está compuesto por líneas divisorias claramente dibujadas que sirvan a todos los fines. Aunque las fechas 1651-1689 y 1689-1763 reflejan una situación económica cambiante a nivel

[1] Por supuesto, estas fechas de la economía-mundo europea son objeto de infinitos debates. Pierre Chaunu afirma que «de 1580 a 1760, [no hay] ninguna modificación fundamental» en la relación hombre-tierra en Europa (1966a, p. 242), pero también declara: «Es entre 1680 y 1690 donde debemos situar el punto de partida, tanto en Manila como en América, y también en las Indias neerlandesas, de la larga fase de expansión del siglo XVIII. Un cambio, pues, que precede en 40 ó 50 años aproximadamente al tan aplazado cambio de la Europa continental» (1960a, p. 213). Pierre Goubert y Pierre Vilar sitúan ambos este cambio a partir de 1733 (Goubert, 1970g, p. 333; Vilar, 1962b, I, p. 708), pero Vilar también afirma: «Desde el punto de vista económico, el llamado gran impulso del siglo XVIII se inicia, en opinión general, en 1733, pero no se afirma hasta 1760 y continúa hasta 1817» (1962a, p. 11). De forma similar, C. E. Labrousse observa un lento cambio desde 1726 hasta 1763, pero un «impulso» sólo a partir de esta última fecha (1970, p. 388).

mundial, ponen de relieve las consecuencias políticas de estos cambios.

En el primer período (1651-1689), como ya hemos visto, la hegemonía holandesa fue desafiada por los ingleses y los franceses, que en 1672 acabaron por darse cuenta de que el Estado holandés no era ya el indiscutible gigante que había sido. Creo que en 1689 hasta los holandeses estaban de acuerdo. La subida al trono de Inglaterra de Guillermo y María parece, pues, un punto de ruptura razonable[2]. De esto se desprende que el período 1689-1763 ha sido elegido porque delimita una época de ininterrumpida rivalidad anglo-francesa. Se podría considerar el año 1763 como el momento del triunfo definitivo de Inglaterra después de lo que se ha dado en llamar la segunda guerra de los Cien Años, aun cuando los franceses no estuvieran dispuestos a reconocer su derrota hasta 1815[3]. Hasta 1689 no estuvo en modo alguno claro que Inglaterra fuese a vencer en su lucha con Francia. Francia tenía una población cuatro veces superior a la de Inglaterra y un ejército mucho mayor. Era rica en recursos naturales, contaba con excelentes puertos y bases navales y además su producción industrial iba en aumento, mientras que «en Inglaterra la tasa de crecimiento disminuyó después de la guerra civil»[4]. Así pues, es razonable

[2] Christopher Hill afirma: «La revolución de 1688 fue un momento decisivo, tanto en la historia económica de Inglaterra como en la política y constitucional. Una semana antes de que Jacobo huyera, la Royal African Company estaba todavía enviando, de forma rutinaria, delegaciones para detener a los intrusos que habían infringido la Carta de 1672. Con una decisión sin precedentes, la Compañía abandonó esta pretensión de hacer valer su monopolio por medios coercitivos. Una ley del Parlamento estableció más tarde el librecambio de forma oficial, pero el cambio real tuvo lugar con la caída de Jacobo II» (1961a, p. 262). Heckscher (1935, I, páginas 262-63) usa también la fecha de 1688 como línea divisoria y gran punto de divergencia entre la Inglaterra liberal y la Francia colbertiana, pero ya he indicado mi escepticismo acerca de esta interpretación.

[3] Véase Sheridan (1969, p. 13). Véase también Seeley (1971, p. 64). Braudel fecha la victoria de Inglaterra sobre Francia «ya en el tratado de Utrecht de 1713», pero dice que Inglaterra sólo «triunfó en 1815» (1977, página 102).

[4] Nef (1968, p. 149). Véase también Goubert, que dice que «la fuerza de los números, la primacía demográfica fueron las características de la Francia del Antiguo Régimen» (1970b, p. 21). Fred Cottrell, por el contrario, afirma que Inglaterra tenía la ventaja de su «energía»: «Fue en Inglaterra donde el barco de vela produjo la total revolución de que era capaz. En su condición de isla, Inglaterra tenía ciertas ventajas sobre las potencias del continente. Su principal protección residía en el empleo del barco de vela, productor de excedente [de energía] en lugar de un ejército. El excedente necesario para la defensa contra una invasión era menor que el que requerían sus vecinos, de forma que se podía utilizar

afirmar, como lo hace Charles Wilson, que «desde 1689, [Inglaterra] se enfrentó con una potencia hostil [Francia] mucho más formidable de lo que lo habían sido nunca España u Holanda»[5]. La rivalidad se plasmó en una serie de guerras interminables a propósito de territorios, aliados y mercados en Europa y a propósito de suministros (de esclavos, productos tropicales y semitropicales como el azúcar, pieles y pertrechos navales) en la periferia y en la arena exterior (las Américas, Africa occidental, la India)[6].

En 1689, Guillermo de Orange se convirtió en el rey Guillermo III de Inglaterra, Escocia e Irlanda[7]. La guerra de Francia con los holandeses, que habían comenzado en noviembre de 1688, se convirtió así en la guerra de Francia con Inglaterra[8]. Esto significó para Inglaterra la reanudación de «una política exterior de corte cromwelliano»[9], que sólo fue posible gracias al acuerdo político de la Revolución Gloriosa, acuerdo reforzado aún más durante la era de Walpole y los *whigs*. En la lucha contra Francia, el ejército inglés necesitó sumas mayores de las que había recibido hasta entonces, que requerían el consentimiento del Parlamento, en última instancia en forma de garantía de los préstamos públicos. El acuerdo de 1689, que puso fin al antagonismo entre la Corona y el Parlamento, hizo posible la necesaria cooperación. La cuestión esencial para Inglaterra en 1689 —que seguiría siendo la cuestión esencial durante todo el siglo XVIII— era si el esfuerzo militar central debería hacerse en tierra o en mar. Esto dio lugar a discusiones entre dos escuelas, la marítima y la continental (o militar). Al analizar la estrategia, lo que discutían era si el hecho de penetrar en el continente con fuerzas de tierra reforzaría la causa inglesa (porque

esa energía para producir más transformadores sin poner en peligro la supervivencia del país. Los ejércitos del continente se veían obligados a recurrir constantemente a sus excedentes» (1955, pp. 69-70).

[5] Wilson (1965, p. 282).

[6] Véase Andrews (1915, p. 546).

[7] Este acontecimiento es a veces fechado en 1688. La anomalía es debida al hecho de que Inglaterra utilizó hasta 1752 el calendario juliano. El Año Nuevo de 1689 comenzó, pues, en Inglaterra el 25 de marzo. Guillermo se convirtió en «administrador» el 7 de enero y juntamente con María aceptó la Corona y la Declaración de Derechos el 23 de febrero. De aquí que la Revolución Gloriosa tuviera lugar en 1688 ó 1689. Véanse Murray (1961, página 162) y De Beer (1970, pp. 206-208).

[8] En teoría, ésta tuvo un carácter unilateral. Aunque Guillermo, como rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda, declaró la guerra a Francia el 17 de mayo de 1689, Francia nunca declaró la guerra a Inglaterra, Luis XIV continuó reconociendo a Jacobo II como rey legítimo hasta 1697 y el tratado de Rijswijk. Véase Clark (1970, p. 226, n. 2).

[9] C. Hill (1961a, p. 257).

animaría a los aliados) o la debilitaría (porque sus ejércitos eran demasiado débiles para vencer a los franceses, pero su armada daba ciento y raya a la francesa).

Detrás del debate en torno a la estrategia se escondía un debate en torno a la economía. La escuela marítima veía en las guerras sobre todo una lucha por nuevos mercados y por la eliminación de los competidores, por lo que decía que las guerras debían ser libradas en los mares y en la periferia. Según ellos, la guerra en tierra llevaría a una presión fiscal demasiado alta y perjudicaría, por consiguiente, al comercio. La escuela continental afirmaba que a menos que los ingleses se lanzasen a una guerra en tierra en Europa, los franceses atraerían a su órbita a los otros Estados europeos (y a sus colonias), con lo que podrían excluir a Inglaterra de un sistema arancelario continental [10]. El debate económico se transformó en un debate sociopolítico. Los *whigs* eran los herederos de los que habían hecho la Revolución Gloriosa y uno de sus lemas era «no al ejército permanente». Sin embargo, en 1694 los *whigs* habían dejado de esgrimir este lema y se habían convertido de hecho en los protagonistas de la espectacular expansión del ejército (cuyo número pasó de 10 000 hombres en 1689 a 70 000 por lo menos en 1711) [11]. Como dice J. H. Plumb: «¡Extraños *whigs!* [...] Desde 1694, los *whigs*, en cuestiones constitucionales, se volvieron profundamente conservadores [...] Querían hacerse con el aparato de gobierno y dirigirlo [...] Creían que, gracias al patronazgo del rey, podrían hacer que el gobierno funcionara tanto en interés de la nación como en el suyo propio» [12].

Lo que los Parlamentos *whigs* no permitían explícitamente, al menos lo toleraban. Mediante sencillos mecanismos, el ejército y la armada comenzaron a eludir las limitaciones parlamentarias durante las guerras anglo-francesas. El ejército retenía pagos y desviaba fondos, presentando al Parlamento déficits *post hoc* que este último se sentía obligado a cubrir, mientras que la armada dejaba que se acumularan las deudas de mercancías, servicios y vituallas y presentaba también al Parlamento los hechos consumados. Roseveare dice de este sistema, con cierta insinceridad: «Parece mentira que el Parlamento to-

[10] Véase el análisis de Fayle (1923, p. 285), quien señala que la escuela continental previó, pues, la propuesta del duque de Choiseul a los españoles en 1762, así como el bloqueo continental de Napoleón.
[11] Véase Plumb (1967, pp. 120, 134).
[12] Plumb (1967, p. 135).

lerara estas prácticas, pero no lo hizo»[13]. La aceptación de este sistema fue facilitada en un principio por un cambio en la estructura social. A partir de 1689, los *whigs* fueron una coalición de grandes terratenientes, nuevos burócratas y sectores de comerciantes frente a un «partido rural», compuesto por la baja nobleza hostil a los impuestos, a un ejército permanente y a un gobierno «corrompido». En el ejército en expansión se compraban los grados y los que tenían dinero para comprarlos eran en su mayoría los hijos menores de las familias *whigs*. De este modo, «los mandos y oficiales de este ejército eran una prolongación de las mismas familias que controlaban el Parlamento»[14].

Lo importante, sin embargo, no es que Inglaterra creara un gran ejército. Lo importante es que en la guerra de los Nueve Años, esa «dura prueba nacional»[15] para Inglaterra, se produjo una transformación cualitativa, tanto en el ejército como en la armada[16]. Por supuesto, la transformación fue aún mayor en el caso de la armada que en el del ejército, ya que los estadistas europeos pensaban ahora que a diferencia de la tierra, donde era posible un equilibrio de fuerzas, «el mar es único»[17]. El mar, como veremos, se convirtió en patrimonio de Inglaterra. Sin embargo, en 1689 la armada francesa era tan poderosa como la de Inglaterra u Holanda y crecía a un ritmo más rápido. Colbert, en los veinte años anteriores, la había creado «prác-

[13] Roseveare (1969, p. 93). Véase también Barnett, que habla de la renovación *anual* de las «guardias y guarniciones» en la Gran Bretaña de la época del rey Jorge: «La base supuestamente temporal de tales fuerzas en tiempos de paz era cuidadosamente preparada, y cada año la ley sobre motines proporcionaba una oportunidad para que los fanáticos miembros del Parlamento exigieran la reducción o destrucción de aquello a lo que se referían con horror como 'un ejército permanente'. No fue sino en 1755 cuando 'el ejército' fue oficialmente reconocido al publicarse la primera de las continuas listas del ejército» (1974, p. 166).

[14] Finer (1975, pp. 123-24). Véase también Barnett: «Los *tories* eran 'marítimos', los *whigs* 'continentales'» (1974, p. 148).

[15] Esta frase es de J. R. Jones (1966, p. 85).

[16] Graham dice: «Hasta el siglo XVIII, las operaciones navales británicas rara vez se desarrollaron fuera del escenario europeo [...] La enfermedad y las tempestades fueron siempre los peores enemigos [...] A finales del siglo XVII, sin embargo, las mejoras introducidas en la construcción naval y la técnica de navegación, así como en los métodos de preservar y proteger la salud, permitieron a los buques hacerse a la mar durante periodos más largos y a mayores distancias de sus puertos de partida» (1948, p. 95).

[17] «Cuando la flota más fuerte se hacía con el control de las comunicaciones por mar, adquiría lo que equivalía a un monopolio» (Graham, 1958, p. viii).

ticamente de la nada»[18]. Había construido una cadena de bases navales en el Atlántico (la principal de ellas en Brest) y en el Mediterráneo (la principal de ellas en Toulon) y había dividido la armada en dos escuadras para las dos zonas[19]. Además, la armada francesa estaba en esa época tecnológicamente más avanzada que las de Inglaterra u Holanda. Los buques tenían cañones mayores y más poderosos, que sin embargo pesaban menos, eran más rápidos y más manejables. Los franceses habían desarrollado un nuevo buque, el queche, un pequeño navío muy apropiado para bombardear las ciudades y fortalezas costeras (que ya había servido a Luis XIV en el ataque a Argel en 1682).

Aun cuando la armada inglesa hubiera sido descuidada en tiempos de los Estuardo y la holandesa hubiera quedado anticuada[20], en la crucial batalla de Barfleur, en 1694, la flota francesa se vio superada en barcos (44 franceses frente a 99 ingleses y holandeses), en cañones (3.240 frente a 6.756)[21] y en capacidad de maniobra[22]. Como dijo el almirante Mahan con su prosa mordaz, el ejército francés «se arrugó como una hoja en el fuego»[23]. Fue un momento decisivo no sólo para esta guerra, sino también para las guerras del siglo siguiente: «El dominio del mar pasó de un golpe a los aliados y en particular a Inglaterra»[24] y uno se pregunta por qué. Symcox sugiere que la crisis agraria de 1693 y la postración del comercio ultramarino francés llevaron a una crisis fiscal en el Estado francés que

[18] Symcox (1974, p. 1).

[19] *Ibid.*, pp. 43, 49.

[20] *Ibid.*, pp. 37-40. Carter, sin embargo, afirma: «Guillermo [de Orange] consiguió una ventaja más en 1688, como resultado de las mejores relaciones existentes entre él y la oposición a nivel nacional. Este fue el medio de reconstruir la armada holandesa, cosa que se llevó a cabo mediante la decisión de establecer ciertos derechos arancelarios y dar al príncipe las ganancias, una suma considerable, con este fin. En 1688, por tanto, las fuerzas navales de la República eran relativamente poderosas» (1975a, páginas 24-25).

[21] Véase Ehrman (1953, p. 395).

[22] Symcox señala que aunque la principal táctica de esta batalla, así como de las anteriores, había sido la de los «bombardeos» entre «buques de línea» diseñados para ello, los «cañones eran lastimosamente inexactos»; el combate naval, dice, fue por consiguiente «chapucero y mal coordinado». En estas condiciones, las victorias dependían de la «ventaja de la posición y la dirección del viento» (1974, pp. 56, 60-61, 64, 67).

[23] Mahan (1889, p. 225).

[24] Ehrman (1953, p. 398). Bromley y Ryan señalan: «Los holandeses, que en 1689 habían disputado el mando inglés de sus fuerzas navales conjuntas, se vieron en serias dificultades para reunir ocho barcos en 1714 como escolta del rey Jorge I» (1970, p. 790).

impidió a los franceses «mantener algo parecido a una igualdad con los aliados»[25]. Parte de la flota tuvo que ser desarmada con el fin de ahorrar dinero para el ejército. Aquí apunta el mismo problema con el que se enfrentaron los ingleses en el debate entre la escuela marítima y la continental. Ni Francia ni Inglaterra, en esta época de estancamiento económico a nivel mundial, podían soportar el coste de los preparativos militares en todos los frentes a la vez. Había que escoger. Era natural que los ingleses se inclinaran por la armada y los franceses por el ejército.

Dada su extensión y su relativa falta de integración interna, tanto en términos políticos como económicos, Francia parecía tener pocas opciones[26], aun cuando el control del mar en la economía-mundo capitalista haya sido siempre el «eslabón central en la cadena de intercambios mediante la que se acumula la riqueza»[27]. Cualquiera que sea la explicación de esta gran derrota naval, lo cierto es que hizo que la táctica naval de Francia pasara de ser la de una *guerre d'escadre* a ser la de una *guerre de course*. El objetivo primordial no era ya destruir la flota enemiga y hacerse con el control de los mares; ahora lo que interesaba era capturar y destruir la flota mercante del enemigo y hostigar su comercio, y con este fin se utilizaron tanto buques de guerra como corsarios. Esta táctica no era desconocida antes de 1694, pero ahora se convirtió en el principal modo de actuación[28]. «Destruir el comercio», dice G. N. Clark, «es el arma natural del bando más débil en una guerra naval»[29].

[25] Symcox (1974, p. 147).

[26] A menudo se da una explicación relacionada con el estancamiento económico de Francia entre 1683 y 1717, probablemente causado por la emigración de los hugonotes tras la revocación del edicto de Nantes. Como dice Scoville, éste es un buen ejemplo de falacia *post hoc propter hoc*. Por supuesto, la revocación «no facilitó las cosas» (1960, pp. 218-19), pero la mayoría de los protestantes se convirtieron y se quedaron en Francia. De hecho, «en lugar de debilitar y reducir sus energías, la persecución religiosa parece haber reforzado su resolución» (1960, p. 252). Scoville aporta pruebas de esto en todos los campos: la manufactura, el comercio, la construcción naval, la agricultura. A propósito de la crisis económica de Francia en este período, véase también Léon (1956, p. 152).

[27] Mahan (1889, p. 226), quien afirma que fue gracias a la *conjunción* entre una gran armada y un próspero comercio por lo que «Inglaterra conquistó el poder marítimo sobre los otros Estados y por encima de ellos» (p. 225).

[28] Véase Symcox (1974, pp. 5-6, 187-220).

[29] Clark (1960, pp. 123-24). Véase también Symcox (1974, pp. 68-69). Clark continúa: «El bando que tenía la flota más fuerte podía cerrar los mares al comercio de sus enemigos, pero su propia flota mercante quedaba expuesta al ataque de los corsarios que escapaban a la vigilancia de las

El arma natural, sí, pero no la mejor, porque era difícil coordinar las acciones de unos barcos que estaban al mando de empresarios privados. Symcox dice que el esfuerzo francés tuvo «sólo un éxito limitado», y señala la contradicción subyacente: «Si el gobierno no podía pagar, no habría debido mandar»[30]. Además, podía haber otros factores. Por ejemplo, durante la guerra de Sucesión española, los corsarios de las islas del Canal de la Mancha actuaron con tanta eficacia que «causaron una seria alarma a los franceses y, sobre todo, infligieron grandes pérdidas al comercio entre los puertos franceses»[31].

El tratado de Rijswijk de 1697, que puso fin a la guerra de los Nueve Años, sólo supuso un respiro. Fue importante sobre todo porque marcó «el primer paso atrás dado por Francia» desde la época de Richelieu[32]. Francia se vio obligada a reconocer a Guillermo III como rey de Inglaterra, Escocia e Irlanda y a Ana como su heredera. Este reconocimiento era el objetivo principal de Guillermo III. Además, todos los territorios adquiridos por Francia desde el tratado de Nimega tuvieron que ser devueltos (excepto Estrasburgo y las «reuniones» alsacianas). De este modo Francia cedió zonas en todas sus fronteras: parte o la totalidad de Flandes, Luxemburgo, Lorena, Renania, Pinerolo y Cataluña[33]. En otros acuerdos ultramarinos, Francia devolvió Fort Albany a la Hudson Bay Company, mientras que recuperó Pondicherry y Nueva Escocia: *status quo ante bellum*. Los holandeses también consiguieron lo que querían: un tratado comercial favorable con los franceses basado en la restauración de los aranceles franceses de 1664 y la aceptación por Francia de la llamada barrera de los Países Bajos.



El concepto de barrera militar entre las Provincias Unidas y Francia tiene una larga historia. Surgió tal vez ya en 1635, con la idea de que los Países Bajos del Sur o españoles debían ser una *scheidingszone* o amortiguador. El tratado de Nimega de

flotas. Cuanto mayor era el volumen del comercio de una nación, más recompensaba esta forma de ataque. Por estas razones el corso alcanzó altas cotas en Francia».

30 Symcox (1974, pp. 222-23).

31 Bromley (1950, p. 465).

32 Henri Martin, *History of France* (Boston, 1865), II, p. 167, citado en Morgan (1968, p. 174). Morgan observa: «Rijswijk marca el principio del fin de Luis XIV. Rijswijk puso el huevo de su destrucción y Utrecht lo incubó» (p. 195). Hazard dice del tratado: «¡Cuánto debió humillarse el orgullo del *grand monarque!*» (1964, p. 84).

33 Bromley dice que al quedarse con Alsacia y Estrasburgo, Luis XIV «conservó [...] la llave estratégica de su reino cuando las relaciones franco-imperiales se hallaban habitualmente en el centro de sus cálculos» (1970, página 26).

1678, sin embargo, cedió a Francia 16 fortalezas en los Países Bajos del Sur, aunque se permitió el estacionamiento de pequeños contingentes de tropas holandesas en las zonas adyacentes. En 1684 los franceses se apoderaron de Luxemburgo, situación que los holandeses se vieron obligados a aceptar en un tratado de tregua. Todo esto cambió como resultado de la guerra de los Nueve Años, y en el tratado de Rijswijk el concepto de barrera adoptó una forma nueva, obteniendo los holandeses el derecho a guarnecer una serie de fortalezas devueltas por los franceses [34]. La guerra de los Nueve Años confirmó el nuevo alineamiento de fuerzas en Europa. Tras el tratado de Westfalia de 1648, la lucha por el poder entre los Estados del centro fue esencialmente una lucha trilateral entre las Provincias Unidas, Inglaterra y Francia. Pero los tres bandos quedaron reducidos a dos a todos los efectos al convertirse los holandeses en aliados casi permanentes de los ingleses y de hecho en subalternos suyos.

J. R. Jones dice que la «abdicación de su condición de gran potencia» por parte de los holandeses [35] se produjo en mayo de 1689, cuando Guillermo III dispuso que la flota holandesa quedara subordinada a la inglesa. No es que a los holandeses no les irritase este nuevo papel: la alianza angloholandesa fue «desde el principio, una asociación incómoda» [36]. No querían que el mero hecho de estar aliados con los ingleses perturbara sus relaciones comerciales con Francia, sobre todo teniendo en cuenta que su rentable comercio báltico «dependía del continuo abastecimiento de mercancías francesas» [37]. Los holandeses insistieron a lo largo de todo el siglo XVII en que no se debía interferir en el comercio marítimo de los Estados neutrales (como ellos lo eran a menudo). Su consigna era «barcos libres, mercancías libres», mientras que los ingleses mantenían su derecho a registrar los barcos neutrales y los franceses reivindicaban incluso su derecho a confiscar los barcos neutrales que llevasen mercancías al enemigo [38]. La guerra era para los holandeses un último recurso poco deseable. Cuando en 1702 se reanudó la guerra con la guerra de Sucesión española, fueron los holandeses quienes presionaron a los ingleses para llegar a un tratado de paz, siempre que los primeros pudieran conservar la

[34] Véase Carter (1975a, pp. 25-26).
[35] J. R. Jones (1972, p. 329).
[36] Stork-Penning (1967, p. 113).
[37] J. R. Jones (1966, p. 93).
[38] Véase Clark (1923, pp. 4-6, 121).

barrera de los Países Bajos [39]. Finalmente, los ingleses se mostraron dispuestos a defender la barrera reclamada por los holandeses, aun cuando implicara riesgos comerciales para ellos, como necesario *quid pro quo* a cambio de la garantía holandesa de un sucesor protestante al trono inglés, cuestión que planeaba sobre la política inglesa (y escocesa) [40].

Fue en mitad de la guerra de Sucesión española cuando estalló la crisis de las relaciones anglo-escocesas. Por el acuerdo de 1688, Francia había perdido su capacidad de intervenir en la política interna de Inglaterra y por la llamada unión de los Parlamentos de 1707 [41] perdería también la capacidad de hacerlo en Escocia. Las negociaciones y maniobras políticas del acuerdo final en 1707 fueron complejas [42], pero lo que nos interesa es cómo la rivalidad en el centro de la economía-mundo creó en Escocia unas presiones que llevaron a la Unión de los Parlamentos. Para Escocia (como para otras zonas periféricas), la segunda mitad del siglo XVII había sido un largo período de «estancamiento económico jalonado por crisis y decadencia» [43]. El principal cliente de Escocia era Inglaterra, pero no al revés, y a medida que continuaba el estancamiento, Escocia pasaba a depender cada vez más de Inglaterra [44]. Los escoceses, como otros, trataron de aplicar medidas mercantiles. En 1681, el duque de York, en su calidad de representante del rey en Escocia, convocó a varios comerciantes para discutir con ellos y con la

[39] Véase Stork-Penning (1967, pp. 113-14). Como dice Wilson, la actitud holandesa era de «pacifismo empírico, egoísta y con reservas» (1968, página 165).

[40] Véase Carter (1975a, pp. 30-31).

[41] Murray señala que la versión convencional de que la Unión de las Coronas de 1603 se vio acompañada por una Unión de los Parlamentos «puede ser una buena historia pero [es] una dudosa ley». El argumento legal correcto, dice, es el siguiente: «La sucesión a la Corona de cada reino continuó dependiendo del derecho de cada reino. Los derechos sucesorios escocés e inglés diferían, aunque sólo fuera ligeramente, y si se hubiera producido una contingencia oportuna, las Coronas se habrían separado de nuevo, siguiendo cada una su propia sucesión [...] La coincidencia de las Coronas inglesa y escocesa prosiguió (al margen de la intervención de Cromwell) hasta 1707, fecha en que entró en vigor el tratado de la Unión. Hasta ese momento la «Unión de las Coronas» fue más una asociación temporal que una unión permanente. Lo que crearon en 1707 los artículos de la Unión fue esencialmente una unión indisoluble de las coronas» (1961, p. 162). Como resultado de la Unión de 1707, Inglaterra y Escocia se convirtieron en Gran Bretaña. H. R. Trevor-Roper señala que de hecho la Unión de 1652 fue más estrecha que la de 1707, aunque por supuesto duró menos (1964, p. 79).

[42] Para una historia política detallada, véase Brown (1914).

[43] Smout (1963, p. 256). Véase también Trevor-Roper (1964, p. 78).

[44] Véase Smout (1963, pp. 29, 238).

Junta de Comercio que había creado en el consejo privado cuestiones relacionadas con el comercio exterior escocés (con Inglaterra, Noruega, Francia y el Báltico), el comercio interior, la navegación y el deseo de los escoceses de disponer de una colonia en el Caribe. La asamblea escocesa adoptó varias medidas proteccionistas. Poco después se crearon una nueva compañía dedicada a la manufactura de paños, que llevó a la Asamblea a aprobar una ley de fomento del comercio en ese mismo año. Al abrigo de la ley, la compañía prosperó hasta el tratado de la Unión [45].

En 1695, la Asamblea aprobó una ley por la que se establecía una compañía dedicada al comercio con Africa y las Indias, que creó la Compañía de Escocia. La Compañía representó la confluencia de tres intereses: los comerciantes de Edimburgo, que trataban de participar en el comercio con Africa; los comerciantes de Glasgow, que esperaban encontrar un mercado para sus lienzos en una nueva colonia en el Caribe, y algunos comerciantes de Londres que estaban ansiosos por eludir el monopolio de la Compañía Inglesa de las Indias Orientales [46]. La creación de esta nueva compañía, que llegaría a ser conocida como la Compañía Darién, tuvo probablemente mucho que ver con las presiones que llevaron a la Unión en 1707. Por una parte, se había puesto de manifiesto que «una Escocia independiente ponía en peligro todo el sistema [mercantil inglés]» [47]. Los peligros

[45] Véase Insh (1952, pp. 32-37, 51-55). «Pero cuando las barreras comerciales que durante este tiempo habían preservado de la competencia a los fabricantes de paño inglés fueron derribadas por el tratado de la Unión, la compañía escocesa, adelantada en su género, entró gradualmente en decadencia. El 16 de febrero de 1713 se vendió el edificio en que su paño era almacenado en Edimburgo. Un mes después se produjo la venta de la maquinaria y las existencias restantes» (p. 55).

[46] Véase Insh (1952, pp. 69-71). T. Keith señala que la ley de 1695 «creó cierta alarma [en Inglaterra]. Se temía que [...] los escoceses absorbieran una parte cada vez mayor del comercio americano, en el que ya desempeñaban un gran papel ilegal» (1909, p. 54). Véase también H. Hamilton, que habla de la «importancia rápidamente creciente» de Glasgow en el comercio atlántico en la segunda mitad del siglo XVII (1963, p. 249). De hecho, T. C. Smout explica la oposición de los comerciantes de Glasgow a la Unión precisamente por estas razones: «Justamente porque Glasgow estaba ya progresando [por lo que respecta a su comercio ultramarino], pensaban que se desenvolvería mejor sin la Unión» (1960, pp. 211-12).

[47] T. Keith (1909, p. 60). Insh dice: «En el otoño de 1706, la presión de los acontecimientos europeos ejercería nuevamente su poderosa influencia sobre la causa de las relaciones anglo-escocesas» (1952, p. 80). Los aliados de Inglaterra, Holanda y Austria, se disputaban el control de los Países Bajos del Sur, nuevamente arrebatados a los franceses. Carlos XII de Suecia acababa de derrotar a Pedro el Grande, conquistar Polonia y ocupar Sajonia, y estaba amenazando a Bohemia, mientras que Luis XIV

de las aspiraciones jacobitas del «viejo pretendiente» eran reales [48]. Además, no era sólo Escocia lo que estaba en juego, sino también Irlanda [49]. Así pues, Inglaterra tenía intereses a largo plazo para presionar en favor de la Unión.

Entre los escoceses, por el contrario, las opiniones estaban muy divididas. El proyecto de Darién resultó ser un fracaso. La Compañía de Escocia trató de crear un importante centro de distribución del comercio mundial en el istmo de Darién (en lo que hoy es Panamá), que fuera algo más que un mero refugio para los navegantes. También intentó crear una ruta terrestre (asegurada por una colonia que se llamaría Caledonia) que sustituyera a la ruta del cabo de Buena Esperanza (prefigura-

trataba de persuadirle de que se desplazara hacia el sur para atacar a Austria. «Entre tanto, era sumamente importante, en una situación muy oscura, tanto en el Este como en el Oeste, que no hubiera una Escocia airada y potencialmente independiente que supusiera una amenaza por las intrigas jacobitas y ofreciera una base para las campañas franco-jacobitas» (1952, p. 81).

[48] El «viejo pretendiente», Jacobo Francisco Eduardo, caballero de San Jorge, era un activo soldado del bando francés. Aspiraba a los tronos de Escocia e Inglaterra. No hay duda de que hubiera aceptado el de Escocia sola si hubiera podido obtenerlo. G. H. Jones afirma: «Fue a causa de la actitud jacobita del Parlamento escocés por lo que la unión de Inglaterra y Escocia se convirtió en un asunto tan urgente [...] por delante de otros [... Una ley aprobada por el Parlamento escocés en 1704] estipulaba que el sucesor de Ana en Escocia debía ser de la familia real escocesa, pero *no* la misma persona que la sucediera en Inglaterra [...] Si sólo una unión podía eliminar la posibilidad [de una sucesión jacobita en Escocia], debía haber una unión, y pronto» (1954, p. 73).

[49] La causa jacobita era aún más popular en Irlanda que en Escocia. En Escocia «la religión de Jacobo II y VII era un motivo perpetuo de escándalo, mientras que a los irlandeses les gustaba más que nada por ser católico» (Petrie, 1958, p. 100). Los ingleses reprimieron con dificultad la expedición irlandesa del exilio real de 1689-91 (véase Petrie, 1958, páginas 100-35). Sin embargo, los ingleses ganaron esta importante batalla. «El tratado de Limerick marcó el fin de la Vieja Irlanda tan rotundamente como Appomattox significó el fin del Viejo Sur» (James, 1973, p. 17).

Las posteriores leyes que excluían a los católicos de los cargos y la posesión de tierras tuvieron un efecto tan «paralizador» que los irlandeses no se levantaron durante las rebeliones jacobitas de 1715 y 1745. Petrie observa: «No se aplicó un trato tan vengativo a los adversarios de la Revolución [Gloriosa] en los otros dos reinos. Después de ser traicionados en Limerick [en las cláusulas de rendición] los irlandeses tenían tantas esperanzas de resistir con éxito a sus conquistadores por la fuerza de las armas como tuvieron los judíos en tiempos más recientes de derribar la tiranía no muy distinta de Hitler» (1958, p. 133). Para una descripción de estas leyes, véase James (1973, pp. 22-25). Teniendo en cuenta que hasta el tratado de Utrecht, en 1713, hubo ocho o nueve regimientos irlandeses combatiendo en las filas del ejército francés, los ingleses debían temer que cualquier éxito de la causa jacobita en Escocia reavivara la cuestión en Irlanda.

ción de la función del canal de Panamá). El ambicioso proyecto fracasó porque ni Amsterdam ni los comerciantes de Hamburgo quisieron invertir el capital necesario, y las expediciones de 1698-1700 no tuvieron resultados prácticos [50]. Lenman afirma que los escoceses apuntaban demasiado alto:

Escocia no tenía capacidad para proteger un imperio comercial monopolista o un asentamiento frente a las potencias europeas rivales, todas ellas depredadoras y en su mayoría mucho más grandes. El único objetivo digno de consideración para ella en el terreno colonial era el de los colonos de las otras naciones. El comercio con ellos era factible y podía ser lo suficientemente lucrativo como para cubrir fácilmente el riesgo marginal de su ilegalidad técnica [es decir, el hecho de que España tuviera derechos legales sobre Darién]. Glasgow era una ciudad floreciente a finales del siglo XVII, en parte por su activo comercio ilegal con el imperio inglés. Una fracción del capital despilfarrado en Darién, aplicado a un honrado contrabando con las colonias semiindependientes americanas, habría producido sólidos dividendos [51].

Una vez más, vemos que el mercantilismo en una época de estancamiento es un arma que sólo puede ser empleada con éxito por el que es lo bastante fuerte.

Quizá sea cierto, como afirma Riley, que la Unión de 1707 se debió «más a la política inglesa que a la escocesa» [52], pero los

[50] Véase Insh (1952, pp. 74-77), que dice: «Las pérdidas y vejaciones de las expediciones al istmo de Darién llevaron a esta demanda de libertad de comercio, de acceso a los mercados coloniales ingleses, que fue uno de los principales incentivos para que los escoceses aceptaran las condiciones de su incorporación a la Unión en 1707» (p. 50). Pero Lenman niega la importancia del acceso a las colonias inglesas en el debate escocés (véase 1977, p. 55). Hubo además importantes crisis de subsistencias en Escocia en 1696 y 1699, que formaron parte de lo que los jacobitas llamaron «los siete malos años del rey Guillermo» (véase Lenman, 1977, pp. 45-52).

[51] Lenman (1977, p. 51). Véase también Smout: «Una gran potencia podría haber llevado adelante el intento [de Darién] si hubiera tenido suficientes reservas de valor, experiencia, dinero, hombres y poderío naval. Los escoceses tenían el valor, pero lamentablemente carecían de todo lo demás, incluyendo el conocimiento de sus propias limitaciones» (1963, página 252). Smout afirma, además, que el fracaso de Darién fue sólo uno de los cuatro desastres de la década de 1690, siendo los otros tres los efectos negativos de las guerras anglo-francesas, cuatro años de hambre y diversas batallas aduaneras que afectaron al comercio en todas partes: Inglaterra, las Provincias Unidas, los Países Bajos del Sur, Francia, Norteamérica y Noruega (véanse pp. 244-53).

[52] Riley (1969, p. 498). Castairs ve las cosas de otro modo. Según él, desde una perspectiva a muy largo plazo, la presión en favor de la Unión procedió de Inglaterra, aunque a corto plazo «los intereses económicos proporcionan una explicación plausible del consentimiento final dado por los escoceses a una unión a la que se habían resistido con las armas du-

ingleses no habrían podido llevarla a cabo sin la aquiescencia de los escoceses. ¿De dónde vino esta aquiescencia? Hubo un fuerte apoyo por parte de ese amplio sector de la aristocracia en Escocia que eran los episcopalianos, o los que habían participado en la Revolución Gloriosa y eran antijacobitas, o los que tenían intereses agrarios en Inglaterra y se habían visto amenazados por la ley inglesa sobre extranjeros de 1705. Otro grupo aún más importante en Escocia era el de los comerciantes burgueses. Daniel Defoe llevó a cabo una campaña panfletaria ideada por el gobierno inglés para persuadir a los comerciantes burgueses de que Inglaterra era y seguiría siendo el principal mercado para las exportaciones escocesas y que el camino a la prosperidad pasaba por el refuerzo de las exportaciones a Inglaterra de ganado y lino escocés (y potencialmente trigo, lana y sal) porque de este modo la balanza comercial con Inglaterra sería favorable. En 1704, el Parlamento escocés aprobó una ley por la que se ponía fin a una monarquía automáticamente unificada tras la muerte de la reina Ana. Como venganza, el Parlamento inglés aprobó la ley sobre extranjeros por la cual, a menos que los escoceses revocasen su ley, todas sus exportaciones serían excluidas de Inglaterra [53]. La historia nunca puso a Inglaterra en la tesitura de tener que tomar una decisión a este respecto [54].



Como era de prever, los burgueses se dividían entre aquellos cuyos intereses residían primordialmente en el comercio con Inglaterra y aquellos cuyo comercio se desarrollaba en gran medida fuera de Inglaterra y sus colonias; y, por supuesto, los gremios de artesanos se sentían amenazados por la competencia inglesa. Smout señala que un creciente número de terratenientes, sobre todo nobles, eran de hecho «hombres del comercio» que participaban en negocios de exportación. Como ya hemos visto en repetidas ocasiones, la línea divisoria entre la aristocracia y la burguesía estaba más difuminada de lo que normalmente se piensa. Lo mismo ocurría en Escocia en esta época. «La coincidencia del hecho de que la ampliación del comercio

rante siglos» (1955, p. 65). Smout hace una distinción entre las razones políticas de los ingleses y las razones económicas de los escoceses (véase 1964b, p. 462).

[53] Véase R. W. Harris (1963, pp. 68-70).

[54] Lenman comparte mi escepticismo: «Habrían hecho falta más voluntad y valor de los que tenían los dirigentes escoceses para permanecer de brazos cruzados ante la crisis y ver si Inglaterra era realmente lo suficientemente estúpida como para arriesgarse a una guerra en su frontera septentrional cuando estaba inmersa en un grave conflicto en Europa» (1977, página 57).

con Inglaterra fuera importante para un gran número de nobles con el hecho de que, cuando llegó la hora de votar, el 70 por ciento de ellos lo hicieran a favor de la Unión es demasiado sorprendente para pasarla por alto»[55]. ¿Cuáles fueron realmente las medidas económicas de la ley de Unión y *cui bono?* La ley contenía dos medidas económicas que favorecían a Escocia. En primer lugar, las acciones de la Compañía de Escocia serían compradas por el Parlamento inglés al precio de coste más los intereses a cambio de la disolución de la compañía, lo que por supuesto estimuló la actividad comercial en las zonas afectadas por las pérdidas anteriores de las inversiones en el proyecto de Darién, y especialmente en Edimburgo.

En segundo lugar, el llamado comercio de plantación fue abierto legalmente por vez primera a los escoceses, lo que benefició sobre todo a los comerciantes de Glasgow y la zona occidental de Escocia. Además, y probablemente como consecuencia de la Unión, el Parlamento creó en 1727 un consejo de administración para las pesquerías y las manufacturas que promovió la expansión de la industria del lino escocesa[56]. ¿Fue ésta una amarga experiencia para Escocia o, por el contrario, su gran oportunidad? El debate sigue abierto. En cualquier caso, la Unión se llevó a cabo, y el nuevo Estado de Gran Bretaña acabaría por ganar la guerra de Sucesión española. El motivo de la guerra era, por supuesto, quién gobernaría España, pero sobre todo qué sería del comercio con el imperio español. En 1701, el rey de España concedió el asiento, es decir, el monopolio para el tráfico de esclavos en la América española, a la Compañía Francesa de Guinea, cuyas acciones eran propiedad de los reyes de Francia y España, así como de importantes capitalistas franceses. El asiento había estado antes en manos de una compañía portuguesa. Fue este hecho, más que cualquier

[55] Smout (1963, p. 273).

[56] Véase Insh (1952, pp. 84-89) y Lenman (1977, pp. 58-60). Castairs se muestra escéptico acerca de las ventajas inmediatas. Afirma que la expansión del comercio con la Norteamérica británica y con las Indias Occidentales sólo se produjo a partir de 1750. Según él, la Unión *no* explica la expansión de la industria del lino, ya que hasta mediados de siglo las colonias americanas importaron sobre todo lino de Alemania y Austria, que llegaba a Inglaterra a través de *drawbacks*. Fue sólo a partir de 1742, con la creación de un sistema de primas, cuando el comercio de exportación de lino escocés comenzó a desarrollarse (véase 1955, pp. 69-70). Lenman parte la diferencia. Está de acuerdo con Castairs en que los escoceses encontraron pocas ventajas en la Unión en un principio, pero ve en 1727 el momento decisivo «que indica la llegada de las primeras golondrinas de este verano» (1977, p. 66).

otro, el que irritó a los comerciantes ingleses y holandeses y llevó a la reanudación de la guerra[57].

La paz de Utrecht dio el trono de España a los Borbones y el asiento a los británicos[58]. La Compañía del Mar del Sur consiguió los derechos de venta para importar anualmente 4 800 esclavos a la América española durante treinta años. Además, la compañía podía enviar un buque y 500 toneladas de mercancía cada año para su venta en la América española. En cuanto a los holandeses, el emperador de Austria consiguió los Países Bajos españoles, pero los holandeses consiguieron su barrera. De acuerdo con el tratado, los holandeses estacionarían tropas en todos los distritos devueltos por Francia a la Casa de Austria: Namur, Tournai, Menin, Furnes, Warneton, Ypres, Knoque y Dendermonde (y el 60 por ciento del coste de las guarniciones correría a cargo de los austríacos). Este acuerdo no sólo dio una seguridad a los holandeses, sino que «actuó como cobertura para la penetración holandesa en los mercados de los Países Bajos del Sur»[59]. Así pues, todas las potencias marítimas recibieron su parte del pastel español. Sólo quedaba que les aprovechara. En los veinticinco años de relativa paz que siguieron, los victoriosos ingleses no estuvieron seguros de que la paz les beneficiara, como señala Plumb:

> De 1713 a 1739 hubo paz: una paz que fue para muchos degradante, una paz en la que Inglaterra fue embaucada por Francia, ya que ésta, so capa de la amistad, no cesó de rehacer su poderío marítimo e industrial con vistas al inevitable choque. Amplios sectores de la opinión mercantil clamaban por la guerra[60].

[57] «Nunca se mostraron los proyectos franceses tan amenazadores para Inglaterra y las Provincias Unidas como en el período inmediatamente posterior a la aceptación por Luis XIV del testamento de Carlos II de España [...] ¿Iba a convertirse el inmenso mercado del imperio español en el coto privado de caza de los comerciantes franceses?» (Deyon, 1978b, página 235). Goubert señala la rapidez con que respondieron los ingleses y holandeses: «La firma del asiento fue seguida, sólo unos días después, por la gran alianza de La Haya. En La Haya, el emperador y las potencias marítimas cerraron filas y dieron a Luis XIV un plazo de dos meses para avenirse a razones. En caso contrario, habría una guerra cuyos objetivos serían invalidar la sucesión al trono español, cerrar los Países Bajos a los franceses, hacerse con el control de Italia y el Mediterráneo y dar a los aliados acceso a las colonias españolas, impidiendo al mismo tiempo el del comercio de los franceses» (1970a, pp. 237-38).

[58] Los detalles de los diversos tratados pueden encontrarse en A. W. Ward (1908, pp. 440-50).

[59] Carter (1975a, p. 26).

[60] Plumb (1966, p. 29), quien dice: «Para un gran número de ingleses del siglo XVIII, las guerras eran [...] magníficas oportunidades para arruinar a sus vecinos, para apoderarse de la riqueza del mundo y para demostrar

Y la guerra llegó. Fue la guerra de Sucesión austríaca entre Prusia, aliada con Francia, y Austria, finalmente aliada con Gran Bretaña y los Países Bajos. Cuando acabó en 1748 con el tratado de Aquisgrán, «el acuerdo fue casi una vuelta al *status quo ante bellum*»[61]. Sin embargo, esta infructuosa guerra fue muy favorable a los intereses comerciales británicos. Temperley llega a decir que fue «la primera de las guerras inglesas en la que predominaron absolutamente los intereses comerciales, en la que la guerra se libró por una balanza comercial y no por un equilibrio de fuerzas»[62]. Esto puede verse en muchos frentes. Pese a su alianza, los británicos y los holandeses no se ponían de acuerdo con respecto a los Países Bajos del Sur (ahora austríacos). Los austríacos estaban cansados de pagar la barrera y de no poder desarrollar su comercio en Gran Bretaña y los Países Bajos. De hecho, Gran Bretaña amenazaba con retirar la cláusula por la que se permitía la venta de los lienzos silesios (todavía austríacos) en las Indias Occidentales a través de Gran Bretaña. Además, los comerciantes flamencos estaban cansados de las restricciones políticas a su competencia con los comerciantes holandeses[63].

En cuanto a España, estaba cansada del excesivo comercio ilegal británico en sus colonias —«el verdadero secreto de la furia española contra los buques ingleses»[64]—, mientras que el gobierno británico se mostraba cauteloso para no resucitar la alianza borbónica entre España y Francia[65]. La Compañía

el desprecio que la nación sentía hacia esos papistas hambrientos y canijos, esos esclavos calzados con zuecos: los franceses» (p. 14). Véase también Sutherland (1956, pp. 56-57).

[61] Thompson (1966, p. 436).

[62] Temperley (1909b, p. 197). Seeley comparte esta opinión: «Me parece que la principal característica de esta fase en Inglaterra es su carácter a la vez comercial y belicoso» (1971, p. 88).

[63] Véase Dickson: «La incompatibilidad de las posturas negociadoras de austríacos y anglo-holandeses [en 1739] es evidente. Los ingleses y holandeses querían conservar los Países Bajos austríacos como colonia económica, en parte defendida por guarniciones holandesas pagadas por Austria, según los términos del tratado de la Barrera de 1715 [...] Desde el punto de vista económico, [en 1746] Inglaterra quería conservar sus ventajas arancelarias de la época anterior a 1746 y la balanza comercial favorable con los Países Bajos que supuestamente dependía de aquéllas. Por ello acogió con frialdad las pretensiones flamencas de obtener unos aranceles más bajos en Inglaterra o un acceso directo al comercio de las Indias Orientales» (1973, pp. 83, 107).

[64] Temperley (1909b, p. 204). Véase V. L. Brown: «El comercio de contrabando formó parte integrante de todas las fases de las operaciones de la Compañía del Mar del Sur» (1928, p. 179). Véase también Nelson (1945, página 55).

[65] Temperley señala que, a lo largo del siglo XVIII, España fue «a veces

del Mar del Sur, por otro lado, defendía con firmeza sus intereses y actuaba como un fuerte grupo de presión en Gran Bretaña [66]. No era la Compañía del Mar del Sur la única beneficiaria de una política agresiva. Los plantadores de azúcar de las Indias Occidentales británicas pensaban que la guerra pondría fin a la grave depresión del azúcar de la década de 1730 [67], y las compañías inglesas de seguros marítimos «aseguraban a los buques franceses contra su captura en el mar por la marina británica» [68]. Los intereses comerciales eran tan vitales para la política del gobierno británico que durante la guerra se instituyó un sistema de convoyes cuya seguridad «sería una cuestión de primer orden» para los buques acompañantes [69]. Mientras que las fuerzas de tierra francesas y prusianas superaban a las británicas y austríacas en esa época [70], la armada británica era dos veces superior a la francesa. Las armadas francesa y española juntas eran equiparables a la británica, pero si se añadían los buques holandeses a los británicos, éstos tenían una ligera superioridad numérica y, lo que era más importante, un mando único. La guerra reafirmó el dominio británico del mar, pese a la recuperación marítima de los franceses que se había iniciado en 1713. Francia perdió en la guerra la mitad de sus

un espectador pasivo y con más frecuencia un enemigo activo, pero nunca un amigo de Inglaterra». Sin embargo, el gobierno opinaba en 1739 que «arrojar a España en brazos de Francia era poner en peligro el futuro del predominio inglés en el Nuevo Mundo» (1909b, p. 198).

[66] Véase de nuevo Temperley: «Un estudio de los documentos no confirma la opinión popular de que el deseo inglés de mantener el comercio ilegal de traficantes y particulares pesó considerablemente en el ministerio. Su benevolencia estuvo reservada a la Compañía del Mar del Sur, esa institución tan estrechamente vinculada al gobierno por lazos económicos que recompensaría a Walpole de haberla salvado en 1720, arruinándole en 1739» (1909b, p. 222).

[67] Véase K. G. Davies: «En general, me inclino a pensar que (dejando a un lado la guerra americana) las guerras atlánticas de Gran Bretaña y Francia hicieron más bien que mal a los plantadores británicos, aun cuando haya que admitir numerosas excepciones» (1960, p. 109). Davies destaca a este respecto las guerras de 1739-1748 y 1689-1713.

[68] Viner (1969, p. 84). «El Parlamento, tras prolongados debates, se negó a ilegalizar esta práctica».

[69] Fayle (1923, p. 288). Sin duda los franceses fueron aún más lejos «y asignaron a la escolta un papel rígidamente defensivo [...] Lo que es aún más extraño [...] es que los buques de guerra franceses fueran alquilados a los comerciantes [...] a cambio de una comisión sobre el valor de los cargamentos transportados sin novedad».

[70] Léonard (1958, p. 192) ofrece las siguientes cifras para 1740: Francia, 160 000; Prusia, 84 000; Austria, 107 000 Inglaterra, 59 000 (incluidos los soldados de Hannóver).

buques de línea y más de 1 000 buques mercantes. «Los cimientos del poderío marítimo de Francia se resquebrajaron»[71].

La paz fue de nuevo un breve respiro: la guerra estalló otra vez en 1754 en las Américas y en 1756 en Europa. El continuo conflicto comercial entre Gran Bretaña y Francia en las Américas «se disolvió casi imperceptiblemente, pero no por ello de forma menos cierta»[72] en la lucha culminante que fue la guerra de los Siete Años. Los holandeses trataron de permanecer neutrales, pero fueron obligados por la fuerza británica a limitar su comercio con Francia[73]. Los españoles cayeron en la tentación de unirse a Francia como forma de acabar por fin con los privilegios británicos[74], pero esto no hizo ningún bien a Francia. El tratado de París de 1763 marcó la definitiva superioridad de Gran Bretaña en su lucha secular con Francia. «En Europa, a Francia le esperaba un largo período de enfermedad, comparable a la de España»[75]. Los británicos ganaron así una guerra que duraba ya cien años, por la sucesión de la hegemonía holandesa de mediados del siglo XVII. Esta victoria de ciertos sectores de la burguesía mundial arraigados en Inglaterra, con ayuda del Estado británico, sólo puede ser debidamente explicada mediante un análisis del modo en que el Estado británico fue capaz, desde el punto de vista político, de contribuir a crear y ampliar el margen socioeconómico de los empresarios británicos a expensas de las fuerzas competidoras arraigadas en Francia.

Empecemos por el panorama demográfico. El problema es que los autores no se ponen de acuerdo no sólo sobre las causas de los cambios demográficos sino tampoco sobre los datos que hay que explicar. Algunos creen que el ritmo de crecimiento de la población en Inglaterra de 1600 a 1750 fue lento[76] y otros que fue «prácticamente estacionario»[77], mientras que otros, por último, afirman que aumentó en un 50 por ciento en este período[78]. En el caso de Francia, parece haber un consenso en el sentido de que la población se mantuvo más o menos

[71] Richmond (1928, p. 173).
[72] Andrews (1915, p. 780).
[73] Véase Carter (1963, pp. 820-21).
[74] Véase Christelow (1946, pp. 24, 29). Fue, sin embargo, un error por parte de los españoles. «La imprudente entrada de España en la guerra de los Siete Años permitió a los ingleses consolidar al término de este conflicto las ganancias obtenidas en los años precedentes y abrir nuevas vías de acceso a las riquezas del mundo colonial español» (Brown, 1928, página 186).
[75] Dehio (1962, p. 117).
[76] Darby (1973, p. 304).
[77] Tucker (1963, p. 214).
[78] Véase Wilson (1977b, p. 116).

estable de 1500 a 1750[79] en una cifra más de tres veces superior a la de Inglaterra y más de dos veces superior a la de Gran Bretaña. Algunos ven un punto bajo en Francia en 1700 y un ligero crecimiento entre 1700 y 1750[80]. Algunos consideran que los años comprendidos entre 1700 y 1750 fueron «anormalmente malos» para Inglaterra[81]. El presunto crecimiento de Francia entre 1700 y 1750 es tanto más sorprendente cuanto que este país sufrió un hambre muy grave en 1693-1694, a diferencia de Inglaterra pero al igual que la mayor parte de Europa[82], y otra en 1709-1710[83]. Además, en 1720 Marsella conoció la última gran epidemia de peste europea[84]. En 1740, sin embargo, las cifras de la población en Inglaterra y Francia, y de hecho en la mayor parte de Europa, se volvieron definitivamente ascendentes[85].

La variable esencial, dice Hufton, fue el suministro de productos alimenticios. «En términos generales, una población hambrienta no puede reproducirse, mientras que una población

[79] Véase Goubert (1965, p. 473).
[80] *Ibid.*, p. 473, Henry (1965, p. 455) y C. E. Labrousse (1953, p. 22).
[81] Tucker (1963, p. 214).
[82] Véase Flinn: «No hubo probablemente nunca en Europa occidental un hambre tan severa y tan extendida como la de la década de 1690» (1974, p. 301). Flinn señala que Inglaterra fue una excepción. En Francia, sin embargo, «la gran mayoría de la población [...] se vio amenazada por el hambre, la padeció o realmente murió de inanición» (Goubert, 1970a, página 216). Pentland tiene una complicada explicación para Inglaterra. Inglaterra tuvo un elevado crecimiento demográfico de 1690 a 1710, época de precios altos para la agricultura (probablemente a causa del hambre general en Europa). A causa de esto, y también de que los adultos jóvenes eran escasos en este período (debido a un crecimiento demográfico anteriormente bajo), las oportunidades de empleo en la agricultura hicieron que se adelantara la edad de contraer matrimonio y que aumentara el índice de natalidad, lo que a su vez llevó a una disminución de las oportunidades y a una depresión a partir de 1705-1710. Con la caída de los precios a partir de 1720 la mortalidad aumentó, lo que explica las grandes epidemias de la década de 1720, «consecuencia lógica de una década de condiciones cada vez peores, provocadas por el exceso (y no por la escasez) de la producción agrícola en relación con la demanda y el consiguiente exceso (y no escasez) de mano de obra» (1972, p. 174).
[83] Véanse Goubert (1970d, p. 60) y Jacquart (1975, p. 187).
[84] Véase Rambert (1954, pp. 606-17). Según Reinhard y Armengaud, la última gran peste fue la de 1668; después de esta fecha, las epidemias fueron «escasas» (1961, p. 131), pero mencionan una en España en 1694 (1961, p. 143). A pesar de la peste de Marsella, Le Roy Ladurie habla de un incremento demográfico en Francia entre 1720 y 1737 (1975a, p. 364).
[85] Deprez llama a 1740 el «momento decisivo en la historia demográfica de Europa» (1965, p. 626). La explicación habitual es el fin de las pestes y las hambres. Véanse Le Roy Ladurie (1975a, p. 388) y Helleiner, que habla de la ausencia de catástrofes (1967, p. 95).

subalimentada no tiene problemas para hacerlo»[86]. ¿De dónde vino este incremento en el suministro de productos alimenticios? No fue el resultado de un cambio climático, o al menos no exclusivamente. Dado que todo el período comprendido entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XIX es conocido como el pequeño período glaciar[87], no es probable que se produjera una gran mejoría hacia 1750. Es más probable que el desarrollo de los sistemas de producción agrícola en Inglaterra y Francia (septentrional y sudoriental) fuera el elemento crucial de este proceso. Algunos dan gran importancia a la patata, llegando a afirmar que el incremento de la población en el siglo XVIII varió «de acuerdo con la difusión y el consumo [de la patata]»[88]. Otros ven en la patata simplemente un elemento más en una dieta por lo general más rica. El té reemplazó al alcohol, y el consumo de arroz, y, sobre todo, de azúcar experimentó un crecimiento, el azúcar en frutas, mermeladas y postres que contribuyeron a variar la dieta, sobre todo en invierno[89]. Ya hemos descrito el contexto social del progreso agrícola, es decir, la creciente concentración de las tierras de labranza mediante la opresión de los productores menos afortunados[90]. El cercado de las tierras, importante técnica que se había iniciado mucho antes de 1750[91], fue posi-

[86] Hufton (1974, p. 15).

[87] Jacquart (1975, p. 187). Sin embargo, Goubert atribuye el fin de las hambres en Francia a un clima mejor, más cálido y menos lluvioso (véase 1970d, p. 63). Le Roy Ladurie hace hincapié en la variable crucial de un clima por lo general húmedo pero no frío, al menos en Francia (véase 1967, p. 281). Reinhard y Armengaud hacen esta misma observación (1961, página 115).

[88] Vandenbrocke (1971, p. 38). El argumento es que, en comparación con los cereales, la patata ofrecía el doble de calorías por persona. Aunque el contenido calórico de las patatas es cinco veces inferior al de los cereales, su rendimiento es diez veces mayor. «Además, las patatas se recogen en verano, y por tanto dependen menos del clima. El cultivo de cereales fue siempre mucho más arriesgado, por depender mucho de las condiciones climáticas». Sin embargo, Salaman (1949, pp. 455-56) afirma que la patata no fue habitual en la dieta del pobre inglés hasta el último cuarto del siglo XVIII, aun cuando su uso no hubiera dejado de extenderse desde dos siglos antes. Salaman dice que hasta 1775 la patata fue utilizada primordialmente como alimento para animales: «Antes de que la patata pudiera desempeñar el papel de forraje para los pobres, era necesario que demostrara su valor como alimento para los cerdos».

[89] Véase C. Hill (1969, p. 256).

[90] Véanse también Coleman (1977, p. 125), Mingay (1963, pp. 81-82) y Lavrovsky (1960, pp. 354-55). Mingay señala un importante declive entre los pequeños propietarios de 1660 a 1750 (1968, p. 31).

[91] «Desde el punto de vista de 1750, es evidente que una buena parte de Inglaterra estaba ya cercada» (Holderness, 1976, p. 52).

ble gracias, en parte, a la legislación y en parte a la eficiencia y a las ganancias de los propietarios[92]. ¿Qué tipo de eficiencia podían conseguir los grandes terratenientes? En primer lugar, hubo un perfeccionamiento de los aperos de labranza, primordialmente porque la madera fue sustituida por el hierro[93]. Además, a los propietarios de ganado les resultaban especialmente útiles los pastos y forrajes temporales y tendieron también a convertirse en grandes agricultores[94].

Sin embargo, lo que fue más importante para la constante tendencia a la concentración fue el bajo precio de los cereales a largo plazo[95]. En todo el período comprendido entre 1600 y 1750 hubo muy pocos años buenos para los cereales[96]. Se ha dicho que la desdicha de los bajos precios fue la dicha de Inglaterra, ya que llevó a una innovación agrícola[97]. Cabe preguntarse por qué habría de ser esto cierto única o principalmente para Inglaterra, cuando los bajos precios de los cereales fueron una constante en toda Europa durante este período. Lo más notable es que fuera precisamente cuando los precios estaban en su nivel más bajo, en la primera mitad del siglo XVIII, cuando Gran Bretaña se convirtió en el principal exportador de cereales en Europa. La explicación más obvia es que la ley de primas al trigo promulgada por el gobierno británico en 1688 para fomentar la exportación de cereales[98] creó unas condiciones

[92] «Aun en las aldeas que a lo largo del siglo [XVIII] conservaron los campos abiertos hubo una fuerte tendencia en favor de una disminución del número de unidades y de un aumento de su tamaño» (Mingay, 1962, página 480). Esto parece haber ocurrido en Inglaterra a pesar de que la «elevada productividad del cultivo de la patata permitía vivir incluso de parcelas muy pequeñas» (Vanderbrocke, 1971, p. 38). Esto puede significar que la producción de cereales fue la variable económicamente crucial.

[93] ¿Quiénes podían permitirse este lujo? Probablemente los que ya tenían unos ingresos más elevados. Bairoch afirma, con un argumento tal vez circular, que la posibilidad de pagar los nuevos aperos provenía del incremento de la productividad agrícola (véase 1966, p. 16).

[94] «Sin la ayuda de los nabos, la mera alimentación del ganado en invierno y primavera habría sido un problema difícil de resolver» (Ernle, 1912, p. 176). No sólo los nabos, sino también el trébol, el pipirigallo, la alfalfa y el ballico eran bien conocidos en toda Inglaterra hacia 1720 (véase Holderness, 1976, p. 65).

[95] «Lo que sucede es que el pequeño campesino, que sólo produce un pequeño excedente para el mercado en los años buenos, pierde dinero en los años malos, dinero que gana el gran campesino que se beneficia de la falta de competencia por parte de estos pequeños productores» (Gould, 1962, p. 321).

[96] Ernle (1912, pp. 168-69), Gould (1962, p. 232) y Hartwell (1969, p. 25).

[97] John (1969, p. 171). Véanse también Wilson (1965, p. 245) y Holderness (1976, pp. 74-75).

[98] Véase R. Ashton (1969, pp. 49-50).

«generalmente propicias»[99] para la expansión agrícola. Es indudable que las primas impulsaron la producción de cereales en Inglaterra y tal vez contribuyeron a una mayor depresión de los precios nacionales de éstos al incrementar la cantidad de cereales disponible en el mercado nacional[100]. Obviamente, lo que se pretendía era ayudar al empresario agrícola británico a aumentar su margen de beneficios.

¿Dónde estaba el mercado para esta mayor oferta de cereal británico? La fabricación de ginebra y cerveza ofrecían una salida, y el mercado para estos productos era la mano de obra urbana que, en un período de estancamiento secular, había visto cómo aumentaban los salarios reales[101]. Gilboy, por ejemplo, indica que el aumento de los salarios reales en Londres fue arrastrado, por así decir, por la «ola de ginebra»[102]. Esto

[99] Mingay (1960, p. 337). Los cereales pasaron del 3,7 al 19,6 por ciento de las exportaciones inglesas en 1700 y 1750. Véase T. S. Ashton (1960, página 12). Slicher van Bath asegura que entre 1690 y 1720 «la relación media entre los precios de los productos agrícolas y los no agrícolas» se invirtió temporalmente en favor de la agricultura, en el contexto de una relación desfavorable que duró de 1620 a 1740 (1963a, p. 211).

[100] Véase Gould (1962, pp. 331-32).

[101] «El incremento [de los salarios reales en Inglaterra] entre 1660 y 1760 fue importante pero no espectacular [...] Hacia 1750 las cosas estaban, sin embargo, notablemente mejor que en 1600. La tasa inferior de inflación de los precios a partir de 1670, la moderación del crecimiento demográfico antes de 1750, la acumulación de excedentes agrícolas (especialmente alimenticios) y la reanimación de la actividad económica, especialmente en los sectores intensivos en trabajo, fueron responsables del incremento de los salarios reales antes de 1750» (Holderness, 1976, p. 204).

Pero, aunque aumentaran los salarios reales, ¿no hubo también un aumento del paro? Sí, lo hubo, pero fue compensado al menos en parte por el empleo alternativo de tales períodos. Los trabajadores se convirtieron en contrabandistas y salteadores de caminos. Las mujeres se dedicaron a hilar. Hubo un incremento en la industria pesquera («uno de los últimos recursos del pobre»), al estar los hombres más dispuestos a aceptar la dureza de la vida a bordo de los pequeños barcos. El número de vendedores ambulantes aumentó. Incluso la construcción pareció florecer, en proporción casi inversamente variable a la prosperidad de las exportaciones (véase T. S. Ashton, 1959, p. 138). A pesar del aumento de los salarios reales en este período, la calidad de la vida en las ciudades no era la más adecuada para apartar a los trabajadores de las tabernas. «En medio de la elegancia y el lujo, abundaban la suciedad y la enfermedad. Durante el reinado de Jorge I y la primera parte del de Jorge II, Londres fue una metrópoli maloliente, sucia, atestada de basura y repleta de suburbios» (Plumb, 1966, p. 17).

[102] Gilboy (1930, p. 613). El proceso fue sin duda un círculo vicioso. El incremento de los salarios reales provocó un incremento de la producción de ginebra que exigió un incremento de la oferta de cereales. Si la oferta de cereales era excesiva por alguna razón, el aumento de las ventas de ginebra podía resolver el dilema. Véase Chambers: «La era de la ginebra [fue] algo más que la inexplicable aberración del embrutecido pueblo

ocurrió también en los Países Bajos, donde el aumento de las importaciones de cereales británicos afectó en especial a la malta y la cebada destinadas a las destilerías y cervecerías holandesas [103]. Las primas a la producción en Gran Bretaña provocaron una exportación cada vez mayor a los Países Bajos [104] que a su vez fomentó el desarrollo de la producción británica a causa del aumento de los precios de los cereales en los Países Bajos de 1700 a 1720 [105]. Los británicos consiguieron desplazar a los productos bálticos del mercado holandés [106] porque vendían sus productos a un precio inferior. Esto no sólo se debía a los costes más bajos del transporte británico (que, después de todo, ya venían de antes), sino también a las primas que representaban el 16,5 por ciento del valor real de los cereales

londinense [...] Una sucesión de buenas cosechas aumentó la oferta de cereales, mientras que una serie de epidemias reducía las filas de los que deberían haberlos consumido. Cuando en 1739 comenzó la guerra de Sucesión austríaca y descendió la exportación de cereales, se cerró parcialmente otra salida para éstos [...] La carrera suicida de Londres acudió en ayuda de los campesinos del interior, que se resentían de la abundancia; la profusión de la que se quejaban fue en parte absorbida por los excesos del consumo de ginebra» (1957, p. 44).

Sin embargo, los campesinos del interior pagaron a medio plazo los costes de las ganancias a corto plazo. Las industrias destiladoras y cerveceras de Londres desarrollaron una actividad subsidiaria, consistente en utilizar los productos de desecho para alimentar al ganado. Esta actividad se generalizó. A medida que aumentaban en el siglo XVIII la carne y la leche procedentes de los cerdos y las vacas de la zona circundante que consumían los londinenses, los agricultores del Home County se resentían cada vez más de la fuerte competencia de lo que «era ahora una producción cárnica 'capitalista' de carácter sistemático» (Mathias, 1952, p. 254).

[103] Véase Ormrod (1975, pp. 39-40). Las primas se pagaban por volumen. La cebada podía ser «hinchada», lo que fomentaba su exportación a costa de otros cereales. Esta fue también la «era de la ginebra» en Holanda. Véase John (1976, p. 53).

[104] «Tal vez los holandeses resultaran perjudicados por las importaciones [de cereales ingleses], pero lo mismo les habría perjudicado unos cereales baratos o subvencionados que los no subvencionados» (De Vries, 1975, p. 55). Los Países Bajos no eran el único mercado de exportación. También Portugal era un mercado importante. Véase Fisher (1971, p. 64).

[105] Véase Slicher van Bath (1963a, p. 212). Si los precios bajaron de nuevo de 1720 a 1740, ¿no fue ello en parte una respuesta al incremento de la producción británica?

[106] John ofrece unas cifras sorprendentes para las exportaciones medias de cereales de Gran Bretaña y el Báltico. De 1650 a 1699, la zona del Báltico exportó 58 800 barriles de aproximadamente 10,5 arrobas y Gran Bretaña exportaba unos 2 500, mientras que entre 1700 y 1749 las exportaciones del Báltico bajaron a 31 000 y las británicas ascendieron a 42 000. El total de ambas zonas subió de 58 300 a 73 000 (véase John, 1976, p. 56, cuadro 6). Véanse también Lipson (1956, II, p. 460), Jeannin (1964, p. 332) y Ormrod (1975, p. 38).

enviados al extranjero [107]. Un folleto inglés sobre las primas, escrito en 1768, lo explicaba en los siguientes términos: «Nos propusimos rivalizar con los polacos en su condición de labradores para los holandeses... Y al mismo tiempo permitimos que nuestros hermanos los irlandeses rivalizaran con los daneses como criadores de vacas para ellos» [108]. La creciente uniformidad en los precios del trigo en toda Gran Bretaña en este período de intensa exportación indica que las primas fueron eficaces y que su impacto se dejó sentir en todas las zonas agrícolas del país [109].

El Estado británico trató, pues, de conquistar el mercado cerealero holandés para sus empresarios, a la vez como complemento de otras oportunidades de ganancia (en una época en que tales oportunidades eran reducidas) y como forma de conseguir ganancias a través de una concatenación de efectos. Por ejemplo, los británicos reemplazaron a los holandeses en el transporte de cereales como resultado de haber reemplazado a los productores bálticos [110]. Otros, por supuesto, trataron también de hacer lo mismo. De hecho, en el medio siglo transcurrido entre 1650 y 1700, los Países Bajos del Sur y Francia aumentaron sus exportaciones a los holandeses y éstos incrementaron su propia producción [111], pero las primas británicas a la producción de cereales hicieron que estos productores perdieran terreno entre 1700 y 1750, al vender más barato que ellos [112]. De este modo, Gran Bretaña consolidó su posición capitalizando el mercado mundial de cereales, en algunos casos *faute de mieux*, y contribuyó a la recuperación en toda Europa del *ager* a expensas del *saltus* entre 1700 y 1750 [113]. Sin embargo, dado

[107] John (1976, p. 59).

[108] *Considerations on the effects which bounties granted on exported corn, malt and flour have on the manufactures of this kingdom* (Londres, 1768, pp. 61-62, nota), citado en John (1976, p. 56).

[109] «Todo lo antidogmáticamente que requiere un campo complejo e incierto [...] tendemos a pensar que, al menos en lo que respecta al trigo, la autonomía de los mercados puede ser gravemente exagerada» (Granger y Elliott, 1967, p. 262).

[110] Véase Ormrod (1975, p. 40).

[111] Véase J. de Vries (1974, p. 171).

[112] Véase Abel, quien señala que los exportadores ingleses de 1711 a 1740 cerraron el mercado mundial a los productores franceses y alemanes (1973, p. 265). J. C. G. M. Jansen señala que en el período comprendido entre 1680 y 1740, los productores agrícolas del sur del Limburgo, enfrentados a una caída de los precios, abandonaron los cereales ordinarios (*kortkoren* y escanda) y se dedicaron al «trigo caro» (así como a la avena) «para compensar la caída de los precios del trigo» (1971, p. 255).

[113] Véase Chaunu (1966a, p. 242). El *ager* es la tierra cultivada, en opo-

que la economía-mundo en general era todavía débil, esto llevó rápidamente a una superproducción de cereales y produjo otra depresión agrícola entre 1730 y 1750 [114]. Con la mejoría que se produjo a nivel mundial a partir de 1750, Gran Bretaña, una vez más, redujo su papel como productor mundial de cereales en favor de una mayor especialización en la producción industrial [115].

El panorama francés, como ya hemos dicho, era menos diferente del inglés de lo que se piensa. Cuando examinamos los cambios que se produjeron a partir de 1690, nos preguntamos, en primer lugar, por qué los franceses no instituyeron un sistema de primas. Francia tal vez no las necesitara por ser mucho mayor que Inglaterra. Las guerras de 1688 a 1713 habían interrumpido las importaciones de cereales de Francia y con ello habían «creado una situación que favorecía el cultivo de cereales en el sur de Francia» [116]. Además, al haber causado las guerras grandes estragos en España y haber desbaratado así el mercado español de ganado y vino, y al haber aislado el bloqueo los mercados inglés y holandés de linaza, los productores del sudoeste se dedicaron de forma notable a la producción de trigo [117]. A partir de este período hubo una creciente concentración de tierras, de forma que a mediados del siglo XVIII la zona del Mediodía y los Pirineos se había convertido en una «zona de monocultivo de cereales que producía para la exportación al Mediterráneo» [118]. Mientras tanto, en el Languedoc se produjo un florecimiento de la agricultura debido a la revolución del transporte (en 1680 se abrió el canal del Mediodía y en 1725 se inició la construcción de nuevas carreteras), permitiendo esta mejora del transporte que el trigo llegara a Marsella a un precio lo suficientemente bajo como para ser competitivo en el mercado mediterráneo [119]. De este momento el crecimiento de la producción de cereales en Francia fue paralelo al crecimiento de la producción de trigo en Inglaterra y tuvo más o menos los mis-

sición al *saltus*, que es el terreno cubierto de vegetación natural (1966a, página 640).

[114] Véase Mingay (1956, pp. 324, 336).

[115] Véase T. S. Ashton, a propósito de la segunda mitad del siglo XVIII: «El cambio de una exportación por un excedente de importación difícilmente podía ser evitado en una época en que la población aumentaba rápidamente y en que Inglaterra estaba pasando de la agricultura a la manufactura» (1969, p. 50).

[116] Véase Slicher van Bath (1977, p. 75).

[117] Véase Enjalbert (1950, p. 116) y Braudel (1951, p. 71).

[118] Frêche (1974, p. 835).

[119] Véase Le Roy Ladurie (1975a, pp. 397-400).

mos efectos en cuanto a la estructura social del campo y en cuanto a su significado para la economía-mundo. Esto significa que las zonas del centro estaban reasumiendo unas tareas «periféricas» que producían ganancias en una época de estancamiento generalizado.

A la vista de todo esto, ¿por qué está tan extendida entre los historiadores la impresión de que en Inglaterra hubo una revolución agrícola entre 1650 y 1750 aproximadamente que en Francia no se produjo? Para contestar a esta pregunta, debemos examinar lo que sucedió en las industrias no agrícolas. La metalurgia y la producción textil en Inglaterra, a partir de 1700, mostraron «una tendencia general a la recuperación, pero no un claro crecimiento» [120]. La tendencia de los precios de las manufacturas, al igual que los de la agricultura, seguiría siendo «moderadamente descendente» hasta 1750, con una «tendencia moderadamente ascendente tanto en los salarios reales como en la demanda del mercado» [121]. Este incremento de la demanda afectó en primer lugar a la exportación, y especialmente a la colonial que, como hemos visto anteriormente, era uno de los principales objetivos de la política británica en las colonias septentrionales de la Norteamérica británica. También afectó a la demanda interior, como resultado del incremento de la riqueza agrícola en este período [122]. Los grandes terratenientes fueron los primeros en beneficiarse de este incremento de la demanda. Entre 1700 y 1750, las rentas de la tierra, normalmente bajas, se compensaron con los crecientes beneficios procedentes de la venta de madera y del arriendo de la tierra para la extracción de carbón y otros minerales, así como para la explotación de canteras, siderurgias y hornos de cal [123].

La expansión de la producción agrícola dio un gran impulso a las industrias metalúrgicas [124], y las constantes guerras con

[120] Kellenbenz (1977a, p. 547), quien dice: «Había todavía muchos obstáculos, especialmente en la metalurgia, pese a los cambios económicos favorables a Rusia, rica en hierro y bosques». Véase East: «Por lo que respecta al carbón, como por lo que respecta al hierro, los procesos *en gran escala* que dejarían huella en el mapa, no llegarían hasta el siglo XIX» (1951, p. 512, el subrayado es mío).

[121] Coleman (1977, p. 151), quien dice que el período comprendido entre 1650 y 1750 «fue una época de inversión e iniciativa en la industria inglesa, que no se manifestó en cambios espectaculares como en el siglo siguiente, pero fue de importancia vital, ya que sentó las bases más sólidas y más flexibles para lanzar la posterior revolución».

[122] Véase Wilson (1977a, p. 8).

[123] Véase Mingay (1960, p. 373).

[124] Bairoch (1966) analiza esto detalladamente, en función tanto del uso del hierro en los aperos como de la expansión del número de aperos

Francia supusieron también un importante estímulo [125]. Las guerras crearon una gran demanda de metales para armamento, dificultaron las importaciones (al menos en tiempos de guerra) y agotaron la madera disponible debido al desarrollo de la construcción naval. El alto nivel alcanzado por la demanda interior llevó consigo una expansión de la construcción que estimuló la producción de plomo, aunque los precios del plomo se mantuvieron bajos, lo que puede indicar que la producción se desarrolló a un ritmo demasiado rápido para una demanda que crecía lentamente [126]. Gould sospecha que la importancia real de los bajos precios de los alimentos entre 1600 y 1750 estriba en la reducción de los costes de producción de los tejidos [127]. Aquí, como en el caso de las exportaciones de trigo, el elemento crucial de la expansión de la producción fue la intervención del gobierno en el mercado mundial. El gobierno británico inició lo que hoy llamaríamos política de una «sustitución de importaciones» [128]. Ya en 1675 se discutió en el Parlamento la competencia que hacían las importaciones indias a los

utilizados. También hace hincapié en el mayor uso de caballos y en la nueva práctica de herrarlos. Considera que el período comprendido entre 1720 y 1760 fue clave para Inglaterra a este respecto, como el período comprendido entre 1760 y 1790 o incluso entre 1790 y 1820 lo fue para Francia. Véase también Chambers, quien afirma que la agricultura inglesa en los siglos XVII y XVIII hizo tres contribuciones a la industria: el suministro de capital y la primacía en el desarrollo de las industrias del plomo, el hierro y el carbón; el consumo de productos industriales, y el fomento de cambios en el transporte, y especialmente los portazgos (1957, p. 36).

[125] John afirma que estos factores «aceleraron la búsqueda de métodos para utilizar el carbón en las fundiciones», lo que llevó a la invención del horno de reverbero entre 1688 y 1698. También nos recuerda que «entre 1714 y 1763, se duplicó el tamaño de la armada» (1955, pp. 330 y 333). Kellenbenz señala que una vez que el carbón hubo sustituido al carbón vegetal en la fundición de hierro desapareció la incompatibilidad entre la producción de hierro y una población densa, lo que, según él, explica el evidente desplazamiento de la producción de Suecia a Inglaterra (véase 1974, pp. 206-207).

[126] Véase Burt (1969, p. 266).

[127] Gould (1962, p. 320). En cambio, Gould rechaza por «arriesgado» (página 319) cualquier intento de discernir un significado directo y constante en las fluctuaciones de las cosechas para la actividad económica y señala los efectos opuestos que podrían causar tales fluctuaciones. Wilson no está tan seguro de esto: «Todavía está por saber hasta qué punto la proliferación de manufacturas en los años transcurridos entre la Restauración y la industrialización de finales del siglo XVIII fue debida a la estabilización e incluso la caída del nivel general de los precios de los artículos de primera necesidad» (1977a, p. 13).

[128] Véase Ormrod (1975, p. 40). La prohibición de 1678, dirigida primordialmente contra Francia, fue considerada en la época como un hito (Ashley, 1897, pp. 338).

tejedores ingleses y los calicós fueron sometidos a ciertos derechos de aduana.

La crisis económica de la década de 1690 provocó entre 1696 y 1700 la llamada polémica del calicó, que culminó en 1700 en una ley por la que se prohibía la importación de calicós estampados de Persia, la India y China, a pesar de la oposición de la Compañía de las Indias Orientales y de aquellos que vendían o elaboraban productos indios para el mercado inglés. Esto no ayudó sin embargo a los fabricantes de tejidos de lana, ya que era posible estampar el calicó en Inglaterra. Los motines de los tejedores en 1717 (provocados por el paro) llevaron a la ley suntuaria de 1720 por la que se prohibía el uso de calicós estampados (con unas pocas excepciones). Indudablemente, la eficacia de su aplicación fue limitada. Dado que la importación de muselinas sí estaba permitida, muchos calicós fueron importados bajo este nombre, mientras que la zaraza se introducía de contrabando. En 1735, la ley de Manchester excluía específicamente de las leyes suntuarias los tejidos estampados de lino y algodón fabricados en Gran Bretaña, dando así por fin derecho de ciudadanía a los tejidos de algodón y lino siempre que estuvieran fabricados en Inglaterra[129]. El resultado global de la legislación fue, pues, que «fomentó la fabricación de sustitutos del calicó»[130] en Inglaterra.

Sin embargo, todavía no se había llegado a la era del algodón, ya que hasta 1773 los llamados algodones ingleses eran de hecho un tejido en el que una trama de algodón, o hilo transversal de la tela, se combinaba con una urdimbre de lino, o hilo longitudinal[131]. El lino seguía siendo importado en gran medida, sobre todo de Alemania, Irlanda y Escocia[132]. Los linos

[129] Véase P. J. Thomas (1963, pp. 68, 101, 125, 139, 150, 163-64). Pese a esto, los tejidos de lana siguieron siendo la principal industria manufacturera inglesa durante todo el siglo XVIII (Deane, 1957, p. 207) y pasaron por un período de «notable crecimiento» de 1700 a 1740-50 (p. 221).

[130] Smelser (1959, p. 53). Heckscher afirma que la diferencia entre las políticas mercantilistas de Francia e Inglaterra estribó en que Inglaterra estimuló la sustitución de las importaciones, y cree necesario añadir que «tal vez lo más importante» fue que Inglaterra no aplicó estrictamente sus prohibiciones de importación, mientras que Francia sí lo hizo (1935, I, páginas 174-75). ¿Hay pruebas de esto, o se trata simplemente de un prejuicio liberal (anti-francés)?

[131] Véase Warden (1864, p. 373).

[132] El grado de dependencia de las importaciones de lino es una cuestión controvertida. Harte afirma: «Es probable [...] que se produjera más lino en la propia Inglaterra para el consumo interior en el siglo XVIII del que se importaba de Escocia e Irlanda juntas» (1973 p. 107). Tal vez, pero se importaba más de todas las fuentes del que se producía a nivel local, y los linos escoceses e irlandeses desempeñaron un papel creciente.

alemanes perdieron constantemente terreno, a lo largo del siglo XVIII, a expensas de los escoceses e irlandeses, como resultado, una vez más, de una política gubernamental iniciada en 1660 y aplicada de forma cada vez más rigurosa a partir de entonces [133]. Por supuesto desde 1707 Escocia formaba parte de Gran Bretaña. El efecto básico de la Unión fue el desplazamiento de los tejidos de lana escoceses por los ingleses (salvo en sus variedades más bastas), pero a cambio se permitió que los tejidos de lino escoceses se introdujesen en Inglaterra [134]. Durante mucho tiempo se ha discutido hasta qué punto fue esto beneficioso para los terratenientes-empresarios escoceses [135]. La situación irlandesa era más desigual. La guerra guillermita de 1689-1691 había concluido con el tratado de Limerick, que hizo que la autoridad de la Corona sobre Irlanda fuera la misma que sobre las colonias [136]. El impacto sobre la actividad productiva irlandesa fue inmediato. El período de la Restauración había sido ya testigo de medidas destinadas a reducir las industrias irlandesas prohibiendo las relaciones comerciales directas con las colonias americanas [137]. La ley sobre el ganado [*great cattle*

[133] Harte (1973, p. 76). Véase también Davis (1962, pp. 287-88). «Los derechos de aduana sobre la mayoría de los tipos de lino [...] prácticamente se duplicaron en los cien años posteriores a 1690» (Harte, 1973, p. 78). Harte afirma que los linos franceses se vieron afectados por razones de competencia directa, mientras que los alemanes, flamencos y holandeses se vieron afectados «por razones puramente fiscales» (p. 97). Sin duda, pero como él mismo admite, «el efecto secundario de las exigencias de la hacienda nacional y de la creciente necesidad de ingresos para costear la guerra» (p. 76) fue casi tan grande como los aranceles punitivos aplicados a los franceses.

[134] Véanse Gulvin (1971), H. Hamilton (1963, p. 255) y Durie (1973, p. 47). Campbell afirma: «Es suficiente justificación económica decir que la Unión de 1707 hizo que, cuando a su debido tiempo tuvieron lugar otros acontecimientos, la economía de Escocia [se especializara] en aquellos sectores en los que, a causa de sus conexiones inglesas, tenía asegurado un mercado para sus productos» (1964, p. 477).

[135] Smout insiste en esta combinación al señalar que Escocia dio un «giro irónico» a la «anticuada simplificación» de que la revolución industrial fue el triunfo de la burguesía sobre la aristocracia. «Los terratenientes [escoceses] del siglo XVIII se esforzaron, junto con las clases medias, por desarrollar un nuevo tipo de economía dinámica [...] y cuando lo lograron, ésta se convirtió en un Frankestein que acabó con sus vestigios de privilegio e influencia» (1964a, p. 234).

[136] Véase James (1973, p. 277), que sugiere que Irlanda era una colonia incluso en mayor grado que las colonias americanas, ya que «el gobierno irlandés se basaba en la conquista y no podía escapar fácilmente a sus orígenes militares» (p. 290). Cullen califica al papel de Irlanda en el sistema inglés de «colonial en algunos aspectos» ya en el siglo XVII, y habla de la «creciente dependencia de Inglaterra» en el XVIII (1968, pp. 2, 46).

[137] Véase James (1973, pp. 191-92).

Act] de 1666, por la que se excluía a la producción irlandesa del mercado inglés, había provocado una concentración en la exportación de lana a Inglaterra [138].

En el período posterior a la Revolución Gloriosa, los británicos fueron mucho más lejos. Mediante la ley sobre la lana irlandesa [*Irish Woollen Act*] de 1699 acabaron con la producción lanera irlandesa [139] y obligaron a los irlandeses a concentrarse en la producción de lino por medio de una industria a domicilio con unos niveles salariales muy bajos [140]. James pretende que esto no fue tan malo para los irlandeses, dado que en el siglo XVIII se les permitió, como a los escoceses, exportar a Inglaterra *y* a las colonias británicas, convirtiéndose las Indias Occidentales en un mercado esencial para los productos irlandeses [141]. Pero con ello olvida que los principales beneficiarios de este comercio de exportación fueron los grandes terratenientes *ingleses* de Irlanda. La valoración que hace Hill parece más razonable: «Después de los esclavos negros, Irlanda fue la principal víctima del sistema de navegación que dio a Inglaterra su hegemonía mundial» [142]. Lo que vemos es, pues, un modelo en el que el gobierno británico utilizó activamente medidas mercantilistas en el período comprendido entre 1650 y 1750 (y especialmente a partir de 1689) para aumentar la participación de Gran Bretaña en la producción mundial metalúrgica y textil [143]. Los tejidos de lana y algodón quedaron reservados a Inglaterra, pero Escocia e Irlanda fueron autoriza-

[138] Véase Cullen (1968, p. 53).

[139] Véase Kearny (1959). Cullen considera que la ley sobre la lana tuvo consecuencias menos graves y más notorias que la ley sobre el ganado y las diversas leyes de navegación sólo porque, a diferencia de las últimas, que eran leyes inglesas aplicables al comercio inglés, la ley sobre la lana regulaba las exportaciones irlandesas y era un «ejemplo flagrante de las pretensiones del parlamento británico de legislar para Irlanda» (1967, p. 2).

[140] Véanse Kellenbenz (1965, pp. 385-86), Gill (1925, p. 31) y Warden (1864, p. 393).

[141] «En lugar de vender ganado a los tratantes ingleses, los irlandeses vendían ahora vacas, cerdos y mantequilla a clientes de todo el mundo» (James, 1963, p. 576). Véase también James (1973, pp. 190-217). Cullen señala, sin embargo, un importante efecto secundario de carácter negativo de las leyes de navegación: «La falta de un comercio colonial directo y de un comercio de reexportación redujo la necesidad de instituciones financieras complejas» (1977, p. 171).

[142] Hill (1969, p. 164).

[143] Ralph Davis afirma que la década de 1690 fue la época en que comenzó la protección en Inglaterra, que «en 1722 la protección a la industria era un hecho evidente y reconocido» y que en los cincuenta años siguientes esta protección se amplió (1966, pp. 306, 313, 317).

das a participar en la producción de lino[144]. La cuestión sigue en pie: ¿cómo comparar este indiscutible crecimiento de la producción industrial británica con el que tuvo lugar en Francia?

Imbert dice que el capital industrial francés hizo indudables progresos en los tres últimos siglos del Antiguo Régimen, pero menos de los que hizo el capital industrial inglés[145]. Francia se puso en cabeza al principio, y Mendels piensa que en el período comprendido entre 1700 y 1750 era todavía la primera potencia industrial del mundo[146]. Léon señala que aun cuando el porcentaje de las exportaciones francesas representado por las manufacturas siguiera siendo el mismo durante todo el siglo XVIII, la cantidad absoluta se cuadruplicó, siendo según él esta industria orientada hacia la exportación el sector tecnológicamente más avanzado[147]. Nef argumenta que el volumen de la producción francesa creció a un ritmo más rápido entre 1640 y 1740 que entre 1540 y 1640 y que el ritmo de crecimiento inglés se hizo más lento con la guerra civil y sólo cobró nuevo impulso en la década de 1750, por lo que cree que los dos ritmos de crecimiento económico convergieron en ese momento[148]. Los datos cuantitativos son escasos y los eruditos se contradicen mutuamente, lo que significa que debemos proceder con cautela. Tal vez sea preferible establecer una comparación cualitativa o estructural entre las producciones inglesa y francesa en el período posterior a la Restauración y a Colbert. Cunningham hizo esta comparación en 1892:

[144] Aun así, el período 1740-1790 fue un «notable período de expansión» para la producción de lino inglesa (Harte, 1973, p. 107). Durie, sin embargo, señala que los tejidos de lino ingleses no podían competir con los escoceses en el mercado de *exportación* (1973, p. 37).

[145] J. Imbert (1965, p. 385).

[146] Véase Mendels (1972 pp. 258-59); cf. Markovitch (1968b, p. 579). Léon, sin embargo, piensa que Francia estaba por detrás de Inglaterra en cuanto al *porcentaje* del sector industrial en la producción total: una quinta parte frente a una cuarta en el siglo XVIII (1970c, p. 528). Heckscher, gran partidario de Inglaterra contra Francia, admite que la superioridad de Inglaterra no era cuantitativa sino tecnológica». ¿Y por qué no cuantitativa? Porque «incluso en Inglaterra, la industrialización apenas había salido de su estadio de crisálida en el momento del estallido de la revolución francesa y las innovaciones eran más potenciales que reales» (1935, I, páginas 202-203).

[147] Véase Léon (1970b, pp. 229-30). C. E. Labrousse dice: «En la prueba de velocidad, el capitalismo ya maduro del siglo XVIII derrotó con facilidad al viejo feudalismo y a sus ingresos tradicionales» (1970, p. 704).

[148] Nef (1968, p. 149). Crouzet está de acuerdo en el período 1700-1750, pero piensa que el panorama anglo-francés se invirtió de 1750 a 1800 (1966, p. 268).

Durante la mayor parte del período [de 1689 a 1776], se aplicó [en Inglaterra] una política muy notable [el sistema de primas] con respecto a la exportación e importación de cereales [...] Esta obra maestra de la política ofrece un gran interés, ya que al parecer provocó el gran avance de la agricultura que se produjo mientras estuvo en vigor [...] Este parece haber sido el único punto genuinamente inglés del proyecto conocido como sistema mercantil. Los franceses desarrollaron la industria y los holandeses la construcción naval. Los ingleses siguieron un camino que conducía al desarrollo de la agricultura [...] En el siglo XVIII esta medida resultó ser la piedra angular de la prosperidad inglesa [149].

Dos cuestiones acuden a la mente. ¿Es correcto considerar la diferencia entre la política gubernamental inglesa y la francesa en este período como una diferencia en el apoyo a la agricultura en oposición a la industria? ¿Explica esto la mayor prosperidad posterior de Gran Bretaña? Un reciente estudio de Markovitch tiende a confirmar la generalización de Cunningham al considerar los términos de intercambio de la agricultura y la industria en ambos países durante el siglo XVIII. Según Markovitch, en Francia los precios industriales eran bastante elevados en relación con los agrícolas, al contrario de lo que ocurría en Inglaterra [150]. ¿Por qué? Tal vez porque los respectivos gobiernos así lo querían, y si era así, ¿no tendría esto algo que ver con el tamaño de los dos países en el contexto del largo estancamiento de la economía-mundo? Ni el mercado interior de Inglaterra ni el mercado interior de las cinco *grandes fermes* de Francia eran lo bastante grandes como para soportar una fuerte tendencia a la mecanización de la Industria. En el caso de Inglaterra, para ello era necesario conquistar mercados exteriores; en el caso de Francia, para ello era necesario conseguir la integración económica del Estado [151].

Dado el decaimiento de la demanda mundial en este período, tal vez a los ingleses les pareciera que exportar cereales era

[149] Cunningham (1892, II, pp. 371-72).

[150] Markovitch (1968b, p. 578).

[151] Véase Richard Roehl: «En Inglaterra, el mercado interior era demasiado pequeño, el nivel de la demanda global generada en el interior era insuficiente para crear espontáneamente y mantener una revolución industrial. Francia era una nación mucho más grande. Allí, la demanda interior era suficiente para las necesidades de una revolución industrial, y Francia no necesitaba depender sustancialmente del mercado mundial para complementar su demanda global. Inglaterra se veía obligada a sustituir la demanda internacional como complemento de lo que era, si hubiera tenido que sostenerse por sí solo, un mercado interior demasiado pequeño para servir de base a una fuerte tendencia a la industrialización» (1976, página 272).

una forma más segura que exportar productos manufacturados para conseguir el acceso a los principales mercados exteriores y por último su control. El gobierno hizo, pues, hincapié en las primas al trigo, aunque no excluyó otras tácticas. La situación francesa era muy distinta. Una buena parte de la industria francesa estaba localizada en el Ponant, una zona fuera de las cinco *grandes fermes* que mantenía estrechos lazos comerciales con las Américas. A los empresarios del Ponant les resultaba más difícil vender sus mercancías en el resto de Francia que venderlas en Holanda. Para mantener sus relaciones comerciales con Holanda, comenzaron por renunciar a industrias tales como el refino del azúcar, vendiendo a Holanda azúcar de las Indias Occidentales sin refinar a cambio de algodones estampados y quincalla [152]. Esto hizo que la posición del Ponant frente a Holanda fuera análoga a la de Portugal frente a Inglaterra.

La política colbertista no consiguió «incorporar» el Ponant, pero sí salvó a Francia del destino de Portugal recuperando en otras regiones la industria que estaba perdiendo el Ponant. A comienzos del siglo XVII, el Ponant era una región rica, una región de paños y linos; con Colbert la situación empezó a cambiar y la industria se desplazó hacia el nordeste (dentro de las cinco *grandes fermes*) y hacia el Languedoc [153]. En el período comprendido entre 1700 y 1750, el 55 por ciento de la industria lanera estaba en el nordeste, el 28 por ciento en el sur y sólo el 4 por ciento en el oeste [154]. La preocupación francesa por la industria respondía a una urgente necesidad y a la larga resultó acertada. Cuando entró plenamente en vigor la política de Colbert, en la era napoleónica, la base industrial necesaria para hacer factible esta política seguía en pie. El lema «*laissez-faire, laissez passer*» fue concebido en su origen con la

[152] Véase Boulle (1975, p. 73). Los holandeses, a su vez, ayudaban a los mercaderes de Nantes en el tráfico de esclavos (véase Boulle, 1972, páginas 76-80). Huetz de Lemps observa el mismo fenómeno en el caso de los mercaderes de Burdeos. «Tal vez nunca había dependido tanto de los holandeses la vida económica de la región de Burdeos» (1975, p. 614). Morineau habla del papel clave del País Vasco francés, y en especial de Bayona, como estación de tránsito para el comercio legal y de contrabando de los holandeses con España» (1969a, p. 326).

[153] Véase Léon (1970c, pp. 525-26) y también Le Roy Ladurie (1974a, página 155). Por supuesto el Languedoc, como el Ponant, estaba fuera de las cinco *grandes fermes*, pero su mercado de exportación era primordialmente el Mediterráneo, donde Francia podía competir, por razones geográficas, con Gran Bretaña y los Países Bajos. Carrière habla de la simbiosis entre el Languedoc y Marsella a partir de 1689 (1974, p. 169).

[154] Véase Markovitch (1968b, p. 556).

idea de abolir las barreras aduaneras *dentro* de la Francia mercantilista [155].

¿Puede ser el mayor hincapié de Gran Bretaña en las exportaciones agrícolas durante el período comprendido entre 1700 y 1750 lo que explique sus triunfos económicos un siglo más tarde [156]? Tal vez, pero sólo indirectamente. Fue el hincapié en el comercio exterior (que en ese momento era sobre todo el comercio de cereales) lo que llevó al hincapié de Gran Bretaña en la armada y las colonias que, a su vez, le permitió obtener los éxitos militares de su larga lucha con Francia. Mientras el Estado francés se esforzaba por superar sus obstáculos internos, fue rebasado por el Estado británico. Lejos de ser el triunfo del liberalismo, fue el triunfo del Estado fuerte, cuya fuerza, no obstante, era el resultado de la necesidad. Podemos apreciar mejor la fuerza productiva de Gran Bretaña y Francia si la comparamos con la de la anterior potencia hegemónica, la República holandesa. En el curso del siglo XVII, los costes de producción de los holandeses aumentaron en relación con los de Inglaterra y Francia, siendo la diferencia claramente visible en 1700 [157]. El aumento de los costes fue el resultado de dos factores que normalmente acompañan a la hegemonía: el aumento de los impuestos [158] y el aumento de los niveles salariales [159], afectando especialmente este segundo factor a los sectores intensivos en mano de obra (en este caso la industria textil,

[155] Véase Bosher (1964, pp. 66-69).

[156] La riqueza final de la nación británica debe ser confrontada con la apreciación de J. H. Plumb acerca del estado de cosas a comienzos del siglo XVIII: «En 1714, Inglaterra era un país de pequeñas ciudades y población dispersa; la riqueza de sus habitantes no se podía comparar con la de los franceses o los holandeses» (1966, p. 28).

[157] Véase Wilson, que dice que «hacia 1700, los ingleses comenzaron a quejarse de los costes y la calidad de las mercancías holandesas» (1968, página 236). Roessingh fecha en 1720 el declive de la manufactura de tabaco holandés con destino a Inglaterra (1976, pp. 501-502). Boxer dice que en la década de 1730 los constructores de barcos ingleses enseñaban técnicas perfeccionadas a los holandeses (1964, p. 149). Carrière afirma que el aumento de la producción en la Francia meridional a partir de 1700 es la contrapartida del declive de los holandeses (y también de los ingleses) en el Mediterráneo (1974, p. 172).

[158] Véase Barkhausen (1974, p. 246). Véase también Wilson, que ofrece datos que demuestran que los holandeses en este período pagaban casi tres veces más impuestos que los ingleses y los franceses (1969b, p. 120).

[159] Véanse Swart (1975, p. 47) y J. de Vries (1975, p. 56), que dice: «La ayuda benéfica a gran escala en la República, que proporcionaba un nivel para los salarios más alto del que muchos patronos podían pagar por ciertos tipos de trabajos, [permitía] la coexistencia del desempleo y la escasez de mano de obra».

la construcción naval y la industria cervecera)[160]. En la medida en que los productos holandeses eran menos competitivos en el mercado mundial, el capitalismo holandés podía seguir viviendo de sus ingresos procedentes de las inversiones extranjeras: la decadencia holandesa no era, pues, absoluta, sino relativa a Inglaterra y Francia[161].

El lento cambio en el modelo de producción de Gran Bretaña y Francia (y la prolongada decadencia relativa de los Países Bajos, por no hablar de la de España y Portugal) llevó a nuevos modelos comerciales, o al menos a la acentuación de algunas tendencias anteriores. En el período comprendido entre 1660 y 1700, Inglaterra se convirtió en un importante centro para la reexportación de productos coloniales, aunque el comercio marítimo en la economía-mundo era «de carácter predominantemente europeo» y seguía aún en buena medida en manos de los holandeses. Sin embargo, la orientación de la expansión económica, especialmente a partir de 1700, era marcadamente occidental en los nuevos comercios coloniales, y por ello Inglaterra intentaba suplantar a los holandeses[162]. El período de las guerras anglo-francesas, de 1689 a 1713, se caracterizó por la aparición de un debate en Inglaterra en torno a los beneficios de la política mercantilista para el comercio. Por una parte, la ley de navegación inglesa de 1696 y la creación de la Junta de Comercio eran indicios de la nueva seriedad con que asumía el gobierno la dirección del proceso comercial[163]. Por otra parte, se pedía un comercio más libre y una modificación de la política mercantilista[164]. Ninguna de estas dos posturas era lo suficien-

[160] Kossmann (1975a, p. 53). A esto se añadieron desastres ecológicos, como la taraza *(T. navalis)*, que destruía los pilares de los diques, y la polución del agua, que obligaba a los fabricantes de paño a importar agua limpia para el teñido. Véanse Knoppers (1975b), Carter (1975a, p. 67) y Van Veen (1950, p. 73). A partir de 1731, los holandeses construyeron defensas de piedras, pero esto suponía un gasto considerable.

[161] Véase Morineau (1965, p. 170) y Klein (1970, p. 33). Hazard pinta un buen cuadro: «Holanda era próspera y poderosa. Si en el campo comercial tenía ahora un rival en Inglaterra, si a partir de 1688 comenzó a parecer un bote al lado de un gran barco, si gradualmente fue perdiendo ese espíritu aventurero, de lucha, que había hecho de ella una gran potencia marítima y colonial, no se debe suponer que las nuevas circunstancias la hubieran empobrecido. Era rica, y estaba degustando las mieles de la riqueza» (1964, p. 96).

[162] Wilson (1975b, pp. 27-28). «El principal elemento dinámico en el comercio de exportación inglés durante todas las décadas de mediados del siglo XVIII [...] fue el comercio colonial» (Davis, 1962, p. 290).

[163] Véanse Clark (1923, pp. 135-37), Andrews (1929, p. 285), Ogg (1970, página 261) y Hoffenden (1970, pp. 490-91).

[164] Véase Cherry (1953, p. 119).

temente fuerte como para prevalecer, lo cual reflejaba precisamente el hecho de que Inglaterra se estaba haciendo cada vez más fuerte dentro de la economía-mundo, pero todavía estaba lejos de ser hegemónica [165].

En el comercio con Occidente en la primera mitad del siglo XVIII, ocupó el primer lugar el azúcar [166] y el segundo los esclavos que hacían posible el azúcar [167]. Gran Bretaña dominaba evidentemente el comercio mundial del azúcar en 1700, pero en 1750 la primacía había pasado a Francia [168]. Este cambio puede ser explicado tal vez comparando la producción jamaicana, donde hubo un aumento de los costes como consecuencia del agotamiento de las zonas costeras, con los centros de producción controlados por Francia, que eran relativamente nuevos [169]. ¿Significa esto que Gran Bretaña no podía competir con Francia? En absoluto, pòrque como señala Vilar, mientras que el comercio exterior francés se «americanizó», en el siglo XVIII,

[165] Las oscilaciones de la postura política del gobierno británico reflejaban sin duda las oscilaciones de la realidad económica. «Es probable que la mayoría de los progresos más bien modestos realizados [en el mundo comercial] en la primera mitad del siglo XVIII tuvieran lugar en los primeros veinte o veinticinco años, y que el movimiento fuera luego frenado durante cerca de veinte años hasta la ola de expansión, mucho más fuerte y multilateral, que comenzó en la década de 1740 y cobró un impulso creciente en las décadas siguientes» (Deane y Cole, 1962, p. 61).

[166] Moreno Fraginals llama al azúcar el «primer producto básico mundial, es decir, la mercancía que ocupaba el primer lugar en importancia sobre la base del valor total de las transacciones del comercio internacional» (1978, I, p. 22).

[167] «La importancia del tráfico de esclavos para Europa y América no residía en su insólita rentabilidad —que era probablemente mítica—, sino en su indispensable apoyo para la economía tropical del Caribe» (Davis, 1973b, p. 137).

[168] «Entre 1701 y 1725, el avance [de Francia] fue tan rápido que [...] los franceses no sólo abastecían a Francia, sino que vendían a precios más bajos que los británicos en el mercado continental y especialmente en Hamburgo, Flandes, Holanda y España, y en los Estrechos, junto con Portugal, proporcionaban al Levante azúcar del Brasil» (Andrews, 1915, página 550). Las reexportaciones de azúcar de Inglaterra descendieron de forma constante. En 1698-1700 representaban el 37,5 por ciento de sus reexportaciones, mientras que en 1733-37 habían pasado al 4,2 por ciento (véase Sheridan, 1957, p. 64). Mientras tanto, era «el sector económico más dinámico de Francia» (Boulle, 1972, p. 71). Véanse también Moreno Fraginals (1978, I, p. 27) y Léon y Carrière (1970, p. 197).

[169] Moreno Fraginals sitúa en 1730 el momento culminante de estos factores de carácter «económico y técnico» (1978, I, pp. 32-34), lo que se ajusta al hito de 1731 que señala Andrews en la política británica, fecha en que no fue aprobada una ley prohibiendo la importación de azúcar no británica a Gran Bretaña o sus colonias (1915, p. 772). Lo que L. P. May lamenta como el lento hundimiento del proteccionismo francés en la Martinica entre 1673 y 1757 podría ser el signo de la fuerza del azúcar (1930, página 163).

el comercio exterior británico se «mundializó»[170]. Lo que Gran Bretaña perdió en el comercio del azúcar lo recuperó en otros comercios, y en primer lugar en el de esclavos. En la rebatiña del siglo XVII, por el comercio de esclavos africanos, los holandeses fueron inicialmente el contendiente más poderoso[171], como correspondía entonces a su papel. El mercado más importante era el de las colonias españolas: de ahí la competencia por el asiento, institución resucitada en 1662[172].

En Inglaterra, la Royal African Company disfrutaba del monopolio del tráfico de esclavos desde 1663[173]. Al principio las ganancias fueron escasas, debido a la depresión del azúcar a nivel mundial, pero la situación cambió como consecuencia de la guerra en 1689[174]. Esta compañía inglesa tenía el monopolio de la venta en las colonias inglesas y estaba también exenta de la ley de navegación, lo que le permitía vender esclavos en los puertos ingleses del Caribe a compradores españoles (ya que los puertos españoles estaban cerrados a los traficantes de esclavos ingleses), los cuales embarcaban sus compras en barcos españoles. Esto expuso a la compañía a los ataques de los plantadores ingleses, que consideraban que las ventas españolas elevaban el precio de los esclavos y aumentaban la capacidad de competencia de los españoles[175]. Los plantadores exigían el libre comercio de esclavos, y de hecho el monopolio de la compañía tocó a su fin en 1698, pese a su pretensión de que el tráfico de esclavos africanos era de utilidad pública[176]. Al gobierno británico, las ganancias del tráfico de esclavos le parecía una causa a defender tan legítima como las ganancias del cultivo de azúcar. La única forma en que el gobierno podía dejar a todos contentos era asegurando «un contrato aparte para el suministro de esclavos a la América española»[177], es decir el asiento, que, como hemos visto, fue conseguido en 1713.

Los plantadores ingleses obtuvieron su libre comercio de esclavos, pero los traficantes de esclavos ingleses obtuvieron su

[170] Vilar (1974, p. 323). En términos absolutos, sin embargo, el comercio francés estaba en una fase de expansión. Romano habla de la «situación estructuralmente buena de la vida comercial francesa» en el siglo XVIII, salvo en los períodos de guerras (1957, II, p. 1278).

[171] K. G. Davies (1957, p. 2). Los otros contendientes eran Portugal, Francia, Inglaterra, Suecia, Dinamarca, Brandemburgo y Escocia.

[172] Véase K. G. Davies (1957, p. 13).

[173] El monopolio estaba en manos de la Company of Royal Adventures, a la que sucedió la Royal Africa Company en 1672 (véase Dunn, 1972, p. 20).

[174] Véase K. G. Davies (1957, pp. 335-43).

[175] Véase Parry (1961, p. 175).

[176] Waddell (1960, p. 9).

[177] Parry (1961, p. 176).

mercado español. Los plantadores pensaban que este compromiso favorecía a los traficantes de esclavos [178]. Además, todos los que en la isla de Jamaica se habían beneficiado de su posición como centro de distribución de esclavos, lamentaban ahora el acceso directo de la Compañía del Mar del Sur a los puertos españoles [179]. El asiento perjudicó también gravemente

[178] Véase Rich (1967, p. 356), que cita a Malachi Postlethwayte a propósito de las cláusulas sobre el asiento del tratado de Utrecht: «Difícilmente se podía concebir un tratado tan poco provechoso para la nación». Lo que habría que tener presente es que los plantadores consiguieron lo que querían —la abolición del monopolio— en 1648, mientras que los traficantes de esclavos consiguieron el asiento en 1713. En el período intermedio, la importación de esclavos a Jamaica se triplicó y la población total se duplicó. «Así pues, cuando la paz de Utrecht puso fin a las guerras con Francia, Jamaica se erigió en una sociedad azucarera de proporciones clásicas, totalmente dominada por los grandes plantadores» (Dunn, 1972, página 165). Por consiguiente, lo único que necesitaban era defender su posición de fuerza.

[179] El asiento «suponía una interferencia en un comercio que [Jamaica] consideraba como prerrogativa suya» (Donnan, 1930, p. 442). Donnan cita un libro publicado en Londres en 1731, titulado *Importance of the British plantations in America to this kingdom:* «La isla de Jamaica floreció hasta el año 1716, y se desarrolló allí un comercio considerable, de un valor casi tan grande como antes, en el que trabajaban de 1 200 a 1 500 personas, lo que era una gran defensa ocasionalmente, así como un beneficio que revertía en los hombres que gastaban allí su dinero. Y de hecho un número considerable de estos hombres eran habitantes de la isla, por haberse casado o haber nacido allí. Pero en el año de 1716, cuando los factores del asiento se establecieron en las Indias Occidentales, este comercio, que era de tan prodigioso beneficio para la isla y por el cual podían obtener del 25 al 30 por ciento cada mes, y que por lo general permitía llevarse de trescientos mil a cuatrocientos mil doblones al año, fue si no destruido, al menos tan afectado que a partir de entonces quedó en un estado deplorable y precario. De modo que ahora se piensa que la compañía del asiento y los comerciantes privados todos juntos no dan trabajo ni a la mitad de las personas que solían trabajar allí. Los efectos perniciosos de esto en la isla de Jamaica son visibles y palpables».

Además de beneficiar a los elementos de Jamaica legalmente dedicados al tráfico de esclavos, el asiento también interfería en las ganancias de los corsarios: «Dado que su sustento dependía de la posibilidad de apoderarse de buques españoles, los corsarios veían con alarma el desarrollo de un tráfico [de esclavos] protegidos y semilegal entre los jamaicanos y los españoles» (Nettels, 1931b, p. 6). Por consiguiente, unieron sus fuerzas a las de los plantadores para oponerse a los «asentistas». Este descontento de los corsarios tuvo graves consecuencias, como señala Pares: «Se suele admitir que el desempleo entre los corsarios provocó brotes de piratería casi a nivel mundial tras la guerra del rey Guillermo y la guerra de Sucesión española. Además, después de la paz de Utrecht, los marineros de Inglaterra y España en América se vieron obligados a olvidar no sólo la tradición de dos largas guerras, sino la de un siglo de escaramuzas y pillaje. De hecho, lo más notable no es que continuaran durante cierto tiempo las hostilidades y los saqueos a los que estaban acostumbrados, sino que finalmente pusieron fin a los mismos» (1963, p. 17).

al comercio ilegal de Francia en las Américas, por lo que los franceses se vieron obligados a recurrir a un sistema de comercio anterior y menos rentable con la América española: la consignación de mercancías a comerciantes en España que las reexportaban en buques españoles [180]. En cambio los ingleses tenían tres sistemas diferentes de aprovecharse del comercio español. Como los franceses, comerciaban a través de España, pero también comerciaban por medio del barco anual de la Compañía del Mar del Sur y por medio del comercio ilegal pero semiprotegido a través de Jamaica [181]. La flota comercial española estaba desapareciendo [182] y en la medida en que aún existía, eran los ingleses los que se beneficiaban de la partida invisible de los préstamos a la gruesa [183].

A comienzos del siglo XVII, los franceses desempeñaban un papel más importante que los ingleses en el comercio mediterráneo (Masson lo llama preponderante [184]). La participación de Inglaterra se hizo cada vez mayor a lo largo del siglo [185], pero decayó en el período de guerra, de 1689 a 1713. Por una

[180] Véase Penson (1929, p. 345). En cualquier caso, los franceses no habían tenido demasiada suerte en el comercio de contrabando. Véase Pares: «Tal vez el relativo fracaso de los franceses en el comercio de contrabando se explique mejor suponiendo que los holandeses e ingleses vendían a un precio más bajo que ellos [...] No era tanto el amor a unas excesivas ganancias como unos elevados gastos generales lo que perjudicaba al competidor francés. El transporte marítimo francés parece haber sido menos barato que el inglés, y si bien [...] estaba mejor equipado en armas y hombres, la diferencia en favor de los ingleses debió acentuarse especialmente en la medida en que los ingleses eran a veces salvados por los convoyes de los riesgos de los guardacostas» (1960, página 132). Los altos costes del transporte marítimo francés siguieron siendo un obstáculo a lo largo del siglo XVIII. Knoppers señala que en 1785 «los comerciantes franceses, después de conseguir un contrato de suministro de madera para la armada francesa, fundaron una nueva compañía, la Compagnie Française du Nord. Pero las consideraciones de orden nacionalista no podían borrar el hecho de que los armadores de otros países ofrecían fletes mucho más bajos. La armada francesa anuló el contrato con la compañía en 1786 y se lo concedió a armadores holandeses (1977b, página 1).

[181] Véase H. E. S. Fisher (1963, p. 219).

[182] Véase Haring (1947, pp. 335-47).

[183] Véase John (1953, p. 154). Sin embargo, algunos afirman que se han exagerado las ventajas comerciales. McLachlan llega incluso a llamarlas una ilusión (1940, p. 28). De ser así, sin embargo, es difícil comprender por qué les preocupaban tanto a los españoles las ganancias de la Compañía del Mar del Sur. Véase Hildner (1938, pp. 322-23). Además, una vez obtenido el asiento tras los tratados de Aquisgrán en 1748 y Madrid en 1750, los ingleses parecieron conservar sus ventajas comerciales, por entonces bien consolidadas (véase Scelle, 1910, p. 658).

[184] Masson (1967a, p. 522).

[185] Véase Cernovodeaunu (1967 p. 457).

parte estaba la hábil diplomacia francesa. En 1690, Francia firmó un tratado con Argel que puso fin a los ataques de los corsarios de Berbería al comercio francés, al tiempo que éstos seguían suponiendo una amenaza para el comercio de otras potencias europeas [186]. Francia consiguió también una posición privilegiada en Egipto (que perdió cuando Luis XIV firmó el tratado de Rijswijk en 1697 sin consultar a sus aliados turcos) [187]. Sobre todo, hubo un evidente aumento de la participación francesa en el comercio de Levante [188]. La razón básica parece haber sido la buena calidad de los tejidos franceses, o al menos la calidad superior de los tejidos franceses en comparación con los tejidos de mediana calidad que los ingleses ofrecían en Levante por esta época [189]. El comercio francés estaba monopolizado, tanto oficialmente como de hecho, por Marsella [190], que de este modo pudo convertirse también en un centro de reexportación de diversos productos de Levante y Africa del Norte [191]. A pesar de esto, el imperio otomano siguió siendo básicamente una arena exterior [192] por lo que su comercio pasó a representar una parte cada vez menos importante de la actividad comercial de Francia (y de hecho de Europa occidental) [193].

En el comercio asiático con Europa de finales del siglo XVII se produjo un lento paso de la pimienta y las especias a otros productos de lujo: tejidos indios, sedas chinas bengalíes y per-

[186] Véase Bono (1964, pp. 51-61). Los franceses habían firmado también un tratado con Trípoli en 1687.

[187] Véase París (1957, p. 91). Las relaciones diplomáticas entre Francia y la Sublime Puerta sufrieron altibajos durante el siglo siguiente (véase París, 1957, pp. 91-100).

[188] Stoianovich habla del «hundimiento del comercio inglés en Alepo entre 1680 y 1720» (1974, p. 80). Masson lo llama un «acontecimiento sumamente inesperado, que sorprendió incluso a los franceses» (1967b, página 367).

[189] Véanse Stoianovich (1974, pp. 86, 100), Masson (1967b, p. 370) y París (1957, p. 100).

[190] Véase París (1957, pp. 12-15, 30-36).

[191] *Ibid.*, pp. 5-6.

[192] Neguev piensa que la inclusión del área en la economía-mundo data solamente de finales del siglo XVIII (1975, p. 11). París señala que antes de esto «la suerte del comerciante europeo dependía considerablemente de la Puerta y, por consiguiente, de las relaciones de ésta con su soberano» (1957, p. 80).

[193] Mientras que a comienzos del siglo XVIII el comercio de Levante representaba el 50 por ciento del comercio exterior de Francia, en 1789 sólo representaba un 5 por ciento. A partir de 1750 pasó a estar muy por debajo del comercio con España y las Américas, aunque era casi el mismo que con Holanda (véase Masson, 1967b, p. 429).

sas, *chinoiseries* (lacas, porcelanas, etc.)[194] y té y café, que al principio eran también productos de lujo[195]. Este comercio en aumento no periferizó por sí solo el área del océano Indico. En primer lugar, el incremento de la producción textil no fue «acompañado de un cambio significativo en la técnica de la manufactura»[196] ni de un cambio significativo (todavía) en las relaciones sociales de producción. Indudablemente, las potencias europeas estaban empezando a estar en condiciones de forzar un cambio. En 1674, la Compañía Inglesa de las Indias Orientales se alió con los maratas y en 1684 fortificó Bombay, poniendo fin a la política de «factorías abiertas». Sutherland dice que esto fue «un primer paso»[197]. Este creciente interés de los europeos provocó una creciente competencia entre los países europeos, que adoptó la forma de una guerra a partir de 1746, fecha en que los franceses arrebataron Madrás a los ingleses. Después de esto, y pese a la momentánea paz en Europa, el conflicto prosiguió de forma subterránea[198] y sólo acabó con la definitiva supremacía británica tras el tratado de París de 1763.

Sin embargo, a pesar del creciente interés europeo por el comercio asiático[199], Asia siguió siendo una arena exterior. Los

[194] Véase Boxer (1965, p. 199). Vilar (1974, p. 345) y Glamann (1974, páginas 447 y ss.). Vilar habla del comercio en una sola dirección hacia 1765 (véanse pp. 345, 354).

[195] Véanse Boxer (1965, pp. 174-78) y Glamann (1958, p. 14). A medida que estos artículos se hacían populares en Europa, comenzaron a ser imitados allí a un precio más bajo: la cerámica en Delft a mediados del siglo XVII, la porcelana en Meissen en 1709 y los calicoes en Inglaterra en el siglo XVIII. Por supuesto, no se podía cultivar té y café en Europa, pero el *boom* del té data de 1734, y el del café de más tarde todavía.

[196] Boxer (1965, p. 197). El incremento cuantitativo recibió sin embargo un impulso. Fue fomentado, en primer lugar, por la Compañía Inglesa de las Indias Orientales, que fue duramente atacada por ello en el Parlamento en 1696 y 1699 por los fabricantes ingleses de lana y seda (véase P. J. Thomas, 1963, p. 39). Leuilliot señala las consecuencias de este impulso: «Si la introducción en Europa de los algodones y muselinas indios provocó en primer lugar una respuesta proteccionista —la prohibición en Francia en 1686, en Venecia y Flandes en 1700, en Inglaterra en 1701 (y en el caso de los calicoes estampados en 1721), en Prusia hacia la misma época—, también estimuló la industria del algodón, bajo la influencia de la colonización del Nuevo Mundo, unida al tráfico de esclavos africanos. El aunge de esta imitación de las 'indianas' fue probablemente simultáneo en Inglaterra, Alemania, los Países Bajos y Francia» (1970, página 260).

[197] Sutherland (1952, p. 3).

[198] *Ibid.*, p. 48.

[199] Léon exagera a mi entender la situación cuando dice que en el período comprendido entre 1650 y 1750 «el centro de interés del comercio [europeo] a gran escala se desplazó a Asia» (1970a, p. 128).

Estados del centro se vieron gradualmente llevados a convertirse en potencias coloniales o semicoloniales en grandes regiones del mundo entre 1600 y 1750. Si bien se mostraron interesados por Norteamérica (donde podían ampliar sus mercados a través de las colonias)[200] y por las Indias Occidentales (donde podían obtener un lucrativo suministro de azúcar), fueron más reacios a intervenir en el área del océano Indico, las costas de Africa y el Mediterráneo musulmán. Pero incluso en estas últimas zonas, las autoridades políticas europeas intervinieron a veces, normalmente para anticiparse a la reclamación o a la amenaza de un rival. Lentamente los productos intercambiados dejaron de ser un lujo desde una perspectiva europea. No sería sin embargo sino con el resurgimiento económico a nivel mundial de mediados del siglo XVIII cuando comenzaría la verdadera periferización y aun entonces esto sucedería primero en las áreas más prometedoras desde el punto de vista económico, como la India e Indonesia[201]. Es en el Báltico y en el mar Blanco donde más claramente se ve lo que se quiere decir cuando se habla del fin de la hegemonía comercial holandesa en la economía-mundo a partir de 1689. Indudablemente, la posición holandesa empeoró en todas partes, en el Caribe, en el Atlántico y en el comercio asiático[202], pero el comercio del

[200] Sin embargo, yo situaría las áreas norteamericanas donde se practicaba el comercio de pieles, y principalmente Canadá, en la arena exterior. Lawson habla de las pieles como una «demanda de lujo» (1943, p. 2). Véase también Glenday (1975, especialmente pp. 24-35). K. G. Davies dice que comenzó siendo un lujo, pero piensa que el sombrero de castor «democratizó las pieles», es decir, puso su precio al alcance del burgués (1974, página 168). El «reguero» de 1600 se convirtió, dice, en la «corriente» de 1650 y la «inundación» de 1700 (p. 174). Rich piensa que en 1696 había una sobreproducción (1966, p. 26). Con todo, debemos tener presente la tesis de Cobbett en el Parlamento británico en el siglo XVIII. Según él, se había producido un gasto militar de 800 000 libras al combatir a los franceses para conservar un comercio que valía 50 000: «Supongamos que todo el comercio de pieles se hundiera en el mar, ¿en qué perjudicaría ello a este país?» (citado en Innis, 1943, p. xx).

[201] «La economía europea en el océano Indico no se vuelve colonial, en el verdadero sentido de la palabra [...] sino a partir de 1750, es decir, el momento en que reexporta a Europa las ganancias de la empresa» (Chaunu, 1966b, p. 893). «Hay que subrayar que aunque la Compañía Holandesa de las Indias Orientales se convirtió [en los siglos XVII y XVIII] en una potencia territorial en Java, Ceilán y las Molucas, siempre fue un organismo extraño al margen de la sociedad asiática, incluso en las regiones que administraba directamente» (Boxer, 1965, p. 194).

[202] A propósito de la rivalidad anglo-holandesa en las importaciones textiles de Asia, Glamann dice que a partir de 1700 «el comercio inglés consiguió superar al del rival holandés» (1977, p. 251).

norte era el «comercio madre» de Holanda y fue allí donde más perjudicó a este país la rivalidad de Inglaterra y Francia.

Como en el caso de la India, el comercio con Rusia se hizo más intenso, sin que por ello Rusia se periferizara[203]. El comercio de mercancías voluminosas (tales como cereales, cáñamo y potasas) se distinguía por su irregularidad en esta época, ya que los cereales eran importados a Europa occidental desde Arcángel sólo cuando los precios del mercado europeo eran especialmente altos, pero artículos de lujo tales como cera, caviar y pieles «en cuyo precio de venta los gastos de transporte eran de importancia secundaria» eran transportados con regularidad[204]. Indudablemente, los holandeses conservaban una importante parte del comercio ruso[205], pero lentamente, a partir de 1700, los ingleses asumieron el papel de los holandeses[206], en especial como importadores de mástiles[207]. Los ingleses comenzaron también a dominar la importación de hierro sueco[208]. Francia incrementó su comercio en el norte por esta época, menos que Inglaterra pero también a expensas de Holanda[209]. Wilson dice que el «práctico monopolio» de Holanda por lo que respecta al transporte y al comercio europeo «permaneció intacto casi hasta 1730»[210] y que sólo a partir de 1740 se produjo un serio ataque a la posición holandesa como centro de distribución[211].

Tal vez Wilson esté en lo cierto, pero hay dos factores que podrían inducirnos a considerar que el fin del práctico mono-

[203] Chaunu piensa que el cambio crítico se produjo a mediados del siglo XVIII, fecha a partir de la cual considera a Rusia como parte de la política europea (1966a, p. 639).

[204] Ohberg (1955, pp. 131-33). Sin embargo, también eran transportadas en barco mercancías voluminosas producidas en las cercanías de Arcángel: brea, pez, cuero y sebo, artículos de monopolio.

[205] De hecho, Knoppers considera el período comprendido entre 1716-1717 y comienzos de la década de 1740 como un momento culminante, a partir del cual se produjo un acusado declive (1977b, p. 12).

[206] Véase Åström (1963, pp. 188, 196-98).

[207] Véanse Bamford (1956, p. 141) y W. S. Unger (1959), quien señala también una expansión en las importaciones de hierro.

[208] Véase Birch (1955).

[209] Morineau dice que las exportaciones francesas al norte igualaron a las holandesas en 1742 (1965, p. 206). Jeannin, sin embargo, señala: «El comercio directo de Francia con el norte se benefició en el siglo XVIII de una expansión resultante en parte de una disminución relativa del papel de los holandeses como intermediarios. Pero si Hamburgo sustituyó más o menos a Amsterdam, ¿tuvo este cambio grandes consecuencias desde el punto de vista de los negociantes franceses?» (1975, p. 71).

[210] Wilson (1954, p. 254).

[211] Véase Wilson (1941, p. 137).

polio se produjo incluso antes. En primer lugar, en el siglo XVII las mercancías inglesas eran llevadas a Amsterdam y Rotterdam para ser vendidas a comisión, pero en el siglo XVIII la situación se había invertido: Londres era el centro de distribución y el lino holandés sólo era aceptado en Inglaterra a comisión[212]. En segundo lugar, hay pruebas de que los perspicaces ingleses del siglo XVIII no consideraban ya a los holandeses como hegemónicos; con mucha razón, en nuestra opinión, veían en los franceses unos competidores más serios que los holandeses[213]. Era por supuesto en el campo de las finanzas donde los holandeses todavía iban en cabeza. Pero incluso aquí se produjeron notables cambios en la posición de ingleses y franceses. La segunda guerra de los Cien Años, que se inició en 1689, planteó grandes problemas financieros a Inglaterra y a Francia, pero especialmente a esta última[214]. Como potencia

[212] Ormrod señala: «Esto hacía que el comerciante holandés pagara efectivamente los derechos de aduana y soportara todo el riesgo, al estar su capital inmovilizado hasta que el lino era realmente vendido. El comerciante inglés obtenía su [comisión del] 2 por ciento sin riesgo alguno y su capital quedaba libre para otras empresas más lucrativas» (1975, p. 72).

[213] Véase Andrews: «La opinión de la época con respecto a la efectividad de la rivalidad holandesa puede deducirse del hecho de que en 1713 John Withers encontró necesario escribir una carta «de un ciudadano a un caballero rural» titulada *The Dutch better friends than the French*, en la que rebatía la opinión generalizada de que los holandeses eran 'rivales nuestros en nuestra industria y nos socavan en nuestro comercio; y de que si los ingleses fueron aplastados, el comercio del mundo sería suyo' [...] Se esforzaba por demostrar que en realidad los franceses eran los grandes rivales de Inglaterra y los holandeses sus amigos» (1915, páginas 545-46, n. 18).

El reconocimiento por los holandeses de la pérdida de sus ventajas comerciales y su forma de abordarla se puede ver en el hecho de que se refugiaran en la neutralidad, siempre que ello era posible, en las guerras anglo-francesas. Curiosamente, las explicaciones muestran contradicciones internas. Véanse, por ejemplo, Alice Carter y David Horn. La neutralidad holandesa en el siglo XVIII, dice Carter, «se debió en parte a las formas constitucionales y a un sistema político que hacía prácticamente imposible tomar una decisión práctica, pero servía sin embargo razonablemente bien a sus intereses» (1963, p. 818). Horn dice: «La repentina desaparición, tras el acuerdo de Utrecht, de las Provincias Unidas como gran potencia debe ser atribuida no a un fallo de su fuerza económica, sino a una parálisis de su voluntad [...] La no intervención, así como los trucos y estratagemas neutrales, hicieron impopulares a los holandeses en ambos bandos, pero al menos contribuyeron a aplazar el día del recuento final» (1967, pp. 24, 88). Ambos autores ofrecen una explicación puramente política (formas constitucionales, parálisis de la voluntad) y terminan por admitir que la política de neutralidad era ventajosa desde el punto de vista económico. En una situación de crecientes costos comparativos de sus productos, los holandeses siguieron siendo competitivos reduciendo sus «costes de protección».

[214] Goubert señala, a propósito de la primera de las guerras: «Alimen-

«continental», Francia tenía que encontrar fondos ingentes para sufragar su ejército de mercenarios y su diplomacia en toda Europa. El Estado francés trató primeramente de hacer frente a estos costos crecientes mediante una serie de devaluaciones[215] llevadas a cabo entre 1690 y 1725[216]. Estas devaluaciones ayudaron al Estado en diversas formas a corto plazo[217], pero a medio plazo el coste fue elevado[218], ya que el aumento del precio nominal provocó graves crisis cíclicas, una reducción general de la producción y un incremento de los impuestos[219].

tar, armar y equipar a 200 000 hombres y dos flotas durante nueve años en cuatro frentes principales y otros tantos escenarios bélicos lejanos, contra casi toda Europa, el Banco de Amsterdam y poco después (en 1694) el Banco de Inglaterra, era una tarea gigantesca, cuyo coste, en términos de dinero, era literalmente desmesurado» (1970a, p. 205).

[215] Lo que hoy llamamos una devaluación, es decir, la reducción del valor del papel moneda (la moneda de cuenta) con respecto a la moneda metálica, era concebido a comienzos de la Edad Moderna como un «aumento del metálico» *(augmentation des espèces)*, es decir, que la moneda metálica valía ahora más con respecto a la moneda de cuenta, ya que la relación de la moneda acuñada con otros tipos de dinero era sustancialmente favorable a la moneda acuñada durante este período. Para el caso de Francia, véase Lüthy (1959, p. 99); para el caso de Inglaterra, véase T. S. Ashton (1959, p. 106).

[216] Véase Lüthy (1959, pp. 114-20).

[217] Lüthy señala tres ventajas para el Estado: los ingresos fiscales *(droit de seigneurage)* procedentes de la acuñación de nuevas monedas, la reducción de la deuda del Estado y el mayor número de monedas disponibles, ya que el Estado de hecho devolvía menos monedas de las que recibía en cada una de estas operaciones (1959, p. 101). Besnier añade como cuarta ventaja el hecho de que el Estado francés mezcló las devaluaciones más importantes con pequeñas y constantes revaluaciones, lo que presionó a los poseedores de efectivo para que lo prestaran al Estado: «Por ejemplo en 1703, Chamillart anunció varias revaluaciones sucesivas, con lo que consiguió que los *rentiers* aceptaran la conversión de sus títulos *(titres)* a un tipo de interés más bajo, al verse amenazados con ser pagados en efectivo, cuya disminución de valor, precursora de la desmonetización, era inminente» (1961, p. 83).

[218] Cada una de las devaluaciones provocaba una «sangría de numerario en detrimento de Francia» (Lüthy, 1959, p. 118). Lüthy afirma que «el Tesoro francés pagó finalmente muy cara la ilusión de no tener que pagar» (p. 120). Braudel y Spooner, considerando el período desde el punto de vista de 1750, afirman: «Retrospectivamente, parece que en el año 1750 en toda Europa las devaluaciones fueron especialmente fuertes en los tres grandes sistemas políticos: en Polonia, Turquía y Francia» (1967, página 382). En el siglo XIX, Polonia había dejado de existir y Turquía era el «enfermo de Europa», pero ¿y Francia? Sin embargo, las devaluaciones tenían otra cara. A largo plazo debilitaron a los señores. «Cada debilitamiento de la moneda de cuenta fue un paso en una evolución milenaria que redujo y finalmente extinguió los pagos *(charges)* hereditarios» (Lüthy, 1959, p. 101).

[219] Véase Jacquart (1975, p. 211). Véanse también las opiniones es-

Los ingleses consiguieron superar las presiones financieras de estas guerras con mejor fortuna, en parte porque sus costes militares fueron menores y en parte porque la situación de sus reservas de oro y plata era más favorable. A finales del siglo XVII, toda Europa sufrió la crisis de la plata. Por supuesto Inglaterra no fue una excepción y en la década de 1690 decretó la prohibición parcial de su exportación, aunque se hicieron excepciones para el comercio con las Indias Occidentales y el Báltico[220]. Ya hemos afirmado que dado que la producción francesa se vendía en buena medida en el mercado francés y en la moneda del comercio interior (la plata) y dado que Inglaterra (a causa de su tamaño) se orientó de un modo significativo hacia el mercado de exportación, que requería la moneda de liquidación internacional (el oro), Inglaterra se inclinó de hecho hacia el monometalismo oro y Francia hacia el monometalismo plata[221]. La naturaleza de los lazos comerciales relativos a los metales preciosos reforzó este proceso: Francia obtenía plata de México a través de España, mientras que Inglaterra acabaría por monopolizar el oro procedente de Brasil a través de Portugal[222]. Inglaterra se aprovechó del período de las guerras, de 1689 a 1714, para asegurar su abastecimiento de oro[223]. De este modo, la crisis de la plata no afectó tan

cépticas de Richet acerca del estado de la economía francesa de 1690 a 1720. Pone en duda que hubiera una superación de la contracción colbertista (1660-1690). En moneda de cuenta, los precios de los cereales experimentaron un fuerte aumento, al igual que los del vino y el aceite de oliva, pero en contenido metálico siguieron siendo bajos. Fue una «subida 'nominal', artificialmente provocada por la depreciación monetaria, signo de miseria y no síntoma de prosperidad» (1968, p. 762).

[220] Véase Wilson (1951, pp. 240-41). Sperling explica las excepciones en términos de rentabilidad. «La plata se dirigía hacia el este, no porque el comercio dependiera de ella en última instancia, sino porque era rentable» (1962, p. 62). La razón estribaba en la diferencia en la relación de la plata con el oro en las diversas partes del mundo: 17:1 en la América española, 15:1 en Europa, 12:1 en la India, 9:1 en el Japón. Blitz ofrece relaciones similares: 16:1 en España, 15:1 en Inglaterra, 9/10:1 en el Oriente (1967, página 53).

[221] Mertens (1944, p. 56) piensa que el origen del patrón oro inglés estuvo en la grave escasez de plata del siglo XVII, pero ¿cómo puede ser esto, dado que habría que aplicar la misma lógica a Francia?

[222] Véase Bouvier (1970, pp. 308-309).

[223] Véase Vilar (1974, pp. 278-79). Véase también Wilson: «El tratado anglo-portugués de 1703 [...] tuvo como efecto la reconducción de la corriente de oro de Brasil a Londres» (1941, p. 8), es decir, su reconducción de su antigua afluencia a Amsterdam. El oro representaba el 60 por ciento de los cargamentos brasileños en 1713 (véase Morineau, 1978h, página 32). A lo largo del siglo XVIII, Brasil exportó unas 800 toneladas de oro puro (Morineau, 1978h, p. 24).

gravemente a Inglaterra como a Francia. En el mismo momento en que la estructura estatal de Francia se debilitaba como consecuencia de la manipulación de unas reservas de plata sobrecargadas, la estructura estatal de Inglaterra se reforzaba como consecuencia de su control comercial sobre unas reservas de oro en expansión.

No cabe duda de que la importancia de los metales preciosos no era sino el reflejo de la debilidad de los precios de otras mercancías [224], pero en semejante época el control de unas reservas suficientes de metales preciosos era una variable esencial en la lucha entre las potencias del centro. Ambos países trataron de consolidar las bases de sus finanzas estatales. En ambos Estados hubo un crecimiento de los organismos especializados, una expansión de los impuestos, un aumento del papel moneda y un incremento de los empréstitos públicos [225]. Sin embargo, las guerras de 1689 a 1714 provocaron un «caos imposible» [226] en la hacienda pública francesa hacia 1715 y una relativa solvencia en la hacienda pública inglesa. ¿En qué consistió la diferencia? Van der Wee dice que el mercantilismo francés «fue puesto en excesiva medida al servicio de una política de expansión *militar* durante la *politique de grandeur* de Luis XIV», mientras que el mercantilismo inglés «fue sistemáticamente puesto al servicio de una política de expansión *económica*» [227]. Van der Wee opone así una expansión militar (es decir, un uso improductivo de los fondos del Estado) con una expansión económica (más meritoria). Este es un punto

[224] Vilar dice: «Primero hay que recordar que una época de precios muy bajos para el conjunto de los productos significa una época de gran poder adquisitivo para los metales preciosos y, por consiguiente, una incitación a su búsqueda» (1974, p. 247). Por otro lado, esta ventaja desaparece cuando la economía se recupera, como señala Morineau: «En su cenit en 1730, su significado comercial [del oro] había disminuido de forma singular en vísperas del siglo XIX. Por dar sólo un ejemplo, un kilogramo de oro puro, que en 1740 'valía' en Lisboa 12,25 galones de azúcar (unos 7 200 kg), en 1778 valía menos de siete (3 900 kg) y en 1796 menos de 3,5 (1 950 kg). ¿Quién hubiera creído que, entre el oro y el azúcar, sería el primero el que sufriría el mayor hundimiento?» (1978h, p. 40).

[225] Véase Mousnier (1951, pp. 1-8), quien insiste no obstante en que las diferencias entre Inglaterra y Francia son mayores que las semejanzas. Sin embargo, ofrece no tanto una demostración como un argumento ideológico *a priori*. Inglaterra es «más capitalista y más burguesa» (p. 8). «En 1713, Francia tiene un gobierno de naturaleza dictatorial, con tendencias totalitarias. Inglaterra tiene un gobierno plutocrático con tendencias liberales» (pp. 13-14).

[226] Van der Wee (1977, p. 378).

[227] *Ibid.*, pp. 391-92.

de vista clásico, pero no explica por qué se produjo tal diferencia.

Ya hemos afirmado que las diferentes geografías de Francia e Inglaterra obligaron a la primera a realizar costosos esfuerzos con vistas a una expansión económica por tierra, y, en primer lugar, a una unificación económica efectiva de la propia Francia. El relativo éxito de Francia como potencia terrestre debe ser calibrado comparándola no con Inglaterra sino con Austria. «A comienzos del siglo XVIII, aunque la monarquía austríaca tenía territorios tan amplios y casi tan poblados como los del reino de Francia, sus ingresos procedentes de los impuestos eran cinco veces inferiores»[228]. No sólo Francia, sino también Inglaterra, tenían que vivir por encima de sus ingresos, lo que en un sistema capitalista es siempre posible con tal de que reine la confianza. La confianza refleja en gran medida una realidad económica. El éxito engendra éxito y el fracaso engendra fracaso. El Estado francés, como hemos visto, utilizó las devaluaciones como mecanismo de financiación de los débitos. Y lo que es aún más importante, el Estado francés desarrolló un modelo de empréstito con la garantía de los futuros ingresos fiscales. A finales de la década de 1690, los banqueros comerciantes comenzaron a vender títulos descontados basados en las expectativas de futuros ingresos fiscales de la tesorería. A medida que este proceso se ampliaba, la realidad era que los banqueros-comerciantes estaban de hecho emitiendo una especie de moneda fiduciaria basada en promesas inciertas del gobierno en tiempos de guerra. Este edificio crediticio se vino abajo en 1709. El Estado autorizó una moratoria en la devolución de los préstamos a los banqueros-comerciantes. Como dice Lüthy, «el Estado en realidad se concedió a sí mismo una moratoria»[229].

Mientras tanto, el *affermage* o arrendamiento de los impuestos se había convertido en un mecanismo esencial para recaudar los ingresos reales, llegando a proporcionar la mitad de éstos desde la época de Colbert hasta la revolución francesa[230]. El *affermage* era un mecanismo caro desde el punto de vista del Estado; Léon dice que los *financiers*, costoso cuerpo de intermediarios, eran indispensables «en un Estado escasamente evolucionado», donde el recurso a los empréstitos pú-

[228] Ardant (1975, p. 200).

[229] Lüthy (1959, p. 112). Compárese con Van der Wee (1977, p. 378) y Harsin (1970, pp. 272-73).

[230] Véase Y. Durand (1976, p. 21).

blicos «parecía difícil, si no imposible»[231]. En Inglaterra, los acontecimientos de este período fueron muy diferentes. Es cierto que hubo dificultades similares en cuanto a la financiación del Estado en épocas anteriores. Clapham habla de «las precarias finanzas del período de los últimos Estuardo»[232]. Sin embargo en el período de guerras, de 1689 a 1714, que en Inglaterra coincidió con el reinado de Guillermo y María y luego el de la reina Ana, los ingleses dieron un paso decisivo al crear un sistema de empréstitos públicos a largo plazo, es decir, un sistema de deuda pública, que dio al Estado una sólida base financiera a un coste relativamente bajo. En 1694 fue fundado el Banco de Inglaterra. Además, este período fue testigo del establecimiento de una Compañía de las Indias Orientales reorganizada y de una Compañía del Mar del Sur recién creada. Las tres compañías fueron dotadas de privilegios a cambio de préstamos a largo plazo al Estado[233]. Los préstamos de estas tres compañías «desempeñaron un papel esencial [...] en la transición de una deuda nacional flotante a una deuda nacional consolidada»[234].

Es indudable que estos préstamos fueron un buen negocio. Para las autoridades, los préstamos eran perpetuos, aunque amortizables, y para los accionistas los tipos de interés eran aceptables y las acciones podían aumentar de valor. Sin embargo, exigían una cierta confianza. Carter dice que cuando Guillermo y María subieron al trono, el mundo de las finanzas

[231] Léon (1970d, p. 623), que dice que en el período comprendido entre 1685 y 1715, «el 'reino' de las finanzas fue absoluto en Francia». A partir de este período entendemos por *financiers* a los *traitants*, que eran tanto burócratas reales como banqueros que prestaban al Estado, aunque todavía les estaban limitadas las cantidades que podían sacar del excedente. «Estos hombres, aparentemente todopoderosos, seguían siendo débiles y dependientes ante un poder que, sin duda, era 'controlado' por ellos, pero también les 'controlaba'» (Léon, 1970d, p. 624). A medida que avanzaba el siglo XVIII, los *traitants* cedieron el paso a los *fermiers-généraux*, que actuaban de una forma más regular y menos especulativa. No pudieron hacer enormes fortunas como antes, pero a lo largo del siglo consiguieron quedarse con una parte mayor del excedente. Véanse Léon (1970d, páginas 628-30) e Y. Durand (1976, pp. 13-16).

[232] Clapham (1944, p. 25).

[233] Véanse Clapham (1944, pp. 1-2) y Van der Wee (1977, pp. 352, 387).

[234] Van der Wee (1977, p. 388). Deyon y Jacquart ofrecen este indicio empírico de la ventaja del nuevo método inglés de financiación del Estado sobre el sistema francés: «El esfuerzo financiero que impusieron a Inglaterra las guerras [1688-1713] fue comparable al que impusieron a Francia. Los impuestos, especialmente los indirectos, y el volumen de los préstamos aumentaron en ambos países a un ritmo análogo. Sin embargo, en el momento de la firma de los tratados de Utrecht, la deuda nacional francesa era de cinco a seis veces mayor que la británica» (1978, p. 500).

pensó que podía confiar en el gobierno. «Los efectos sobre el desarrollo financiero fueron espectaculares» [235]. ¿Quiénes invirtieron? Además de los habitantes de la ciudad (e incluso de ciertos elementos rurales), Carter habla de un elemento extranjero, un elemento sefardí, y un elemento hugonote [236]. De un examen más profundo parece desprenderse que la deuda nacional inglesa fue posible gracias a la confianza de los banqueros holandeses y de sus aliados financieros, incluidos los que constituían lo que se ha llamado la internacional hugonote [237]. Es evidente por qué preferían los hugonotes realizar sus operaciones bancarias en Inglaterra y no en Francia inmediatamente después de la revocación del edicto de Nantes [238] y por qué hicieron lo mismo los holandeses, que estaban aliados con Inglaterra en la guerra contra Francia. Pero ¿por qué no invertir el dinero en Holanda? Los ingleses tal vez se arriesgaran, a partir de 1689, a vivir por encima de sus ingresos mediante

[235] Carter (1955, p. 21). Véase también Roseveare: «La revolución parlamentaria había librado a la ciudad de la ansiedad que tradicionalmente le producía hacer grandes préstamos al gobierno, y la comunidad de los acaudalados, encabezada por el rey y la reina, no dudó en suscribir [en 1694] el capital de 1 200 000 libras requerido para poder constituirse en sociedad» (1969, p. 69). No todo el mundo fue tan optimista. Sobre la oposición de algunos grupos de terratenientes, que veían en el Banco de Inglaterra una fuente de ingresos independiente del Parlamento, véase Rubini (1960, pp. 697-701).

[236] Carter (1955, pp. 22, 30, 39-41; véase también 1959).

[237] Véase Monter a propósito de las inversiones suizas en Inglaterra, la segunda fuente en importancia de fondos extranjeros después de la holandesa: «Si los inversores suizos eran básicamente ginebrinos, y los ginebrinos eran predominantemente hugonotes (y si otros inversores en valores ingleses eran predominantemente hugonotes a comienzos del siglo XVIII) el punto esencial que es necesario descubrir y, si es posible, cuantificar es la actividad de la 'internacional hugonote' en la Bolsa de Londres a comienzos del siglo XVIII» (1969, p. 298). Monter señala que los inversores de Berlín y Hamburgo en Inglaterra eran «casi todos hugonotes». Véase también, a propósito de la internacional hugonote, Bouvier (1970, p. 312). Marrès subraya que la emigración de los hugonotes creó «una red de negocios y también de clientes para los productos industriales de Languedoc. Aquéllos de sus hermanos que permanecían en Languedoc, apartados de los cargos públicos, se hicieron con el control de algunas de las industrias más prósperas, especialmente textiles» (1966, páginas 152-53). Véase también Lüthy (1959, p. 424).

[238] Posteriormente, tras la muerte de Luis XIV, los hugonotes volverían a invertir en Francia, y especialmente en el comercio exterior francés (véase Bouvier, 1970, pp. 312-13). «Fue sin duda algo más que una mera coincidencia que la revolución financiera siguiera a la llegada del monarca holandés y sus consejeros, que estaban especializados en el manejo de asuntos fiscales y financieros, especialmente empréstitos gubernamentales a largo plazo, y mantenían relaciones con los círculos bancarios holandeses» (Braun, 1975, p. 292).

préstamos, y tal vez sea cierto, como dice Charles Wilson, que «con las ganancias procedentes de la edad de oro de Holanda, Gran Bretaña apostó por un futuro imperial, y acertó»[239], pero para ello era necesario que los holandeses estuvieran dispuestos a conceder los préstamos.

Si la banca holandesa mostró un interés «especialmente vivo»[240] por la deuda nacional inglesa en el siglo XVIII, debió de ser por alguna razón. Creo que la razón tiene menos que ver con Inglaterra que con Holanda[241]. Empecemos considerando dos hechos. En el siglo XVIII, la deuda nacional inglesa había sido cubierta en buena parte por extranjeros[242], y a partir de 1689 Inglaterra pasó a ser «el campo de inversión preferido por el capital de Amsterdam»[243]. El resultado neto de la política mercantilista de Inglaterra y Francia en el siglo XVII fue la supresión de la ventaja de los holandeses en el campo de la producción e incluso, en gran medida, en el del comercio. Los costes salariales holandeses habían aumentado. La primacía tecnológica holandesa había desaparecido y el nivel de los impuestos estatales era excepcionalmente alto, en parte a causa del elevado coste de la deuda[244]. Los bajos tipos de interés,

[239] Wilson (1949, p. 161). Una demostración del éxito de la institución clave, el Banco de Inglaterra, fue el hecho de que, aunque *de iure* no fueran de curso legal hasta 1833, *de facto* «muy a comienzos del siglo XVIII los billetes del Banco de Inglaterra eran generalmente aceptados en la liquidación final de las deudas», es decir, como moneda (Horsefield, 1977, página 131).

[240] Van der Wee (1977, p. 389).

[241] «Parece ser que, salvo tal vez en unos cuantos años de guerra, el capital holandés encontró empleo en los fondos ingleses, no tanto por la necesidad de capitales en Inglaterra como por la falta de oportunidades en los Países Bajos» (John, 1953, p. 158).

[242] Wilson (1941, pp. 72-73). Los holandeses en particular acaparaban las tres séptimas partes de la deuda pública (Wilson, 1941, pp. 78, 190). Carter afirma, sin embargo, que las pruebas de esto son «sumamente dudosas» (1953a, p. 159). La impresión que saca del estudio de los libros de contabilidad es que los holandeses sólo controlaban entre una sexta y una octava parte (p. 161) de los intereses. Sin embargo, admite que justo antes de la guerra de Sucesión austríaca, las inversiones holandesas habían llegado a representar una «parte bastante considerable en relación con el total» en la deuda pública inglesa (1953b, p. 338).

[243] Barbour (1963, p. 125).

[244] Klein señala que el crecimiento más rápido de la deuda pública en las Provincias Unidas tuvo lugar en el siglo XVII, como era de esperar dada su hegemonía. Las Provincias Unidas trataron de mantener bajo su nivel impositivo, en parte porque uno de los motivos ideológicos de la guerra con España había sido la presión fiscal, pero finalmente hubo que hacer frente a los costes. «De esta forma, se puede decir que es probable que la libertad holandesa del siglo XVI se comprara a costa de generaciones posteriores» (1969, p. 19).

que habían sido consecuencia de la solidez de la posición holandesa en la economía-mundo, parecían ahora mantenerse gracias a la «languidez de los negocios, que justificaba la transferencia de fondos a inversiones en el extranjero»[245]. En comparación con un tipo de interés en las Provincias Unidas que había pasado de un 6,25 por ciento a comienzos del siglo XVII a un 2,5 por ciento a mediados del siglo XVIII, el 6 por ciento ofrecido por el Banco de Inglaterra (y el 5 por ciento en anualidades e hipotecas coloniales) resultaba muy atractivo para los inversores holandeses[246].

En pocas palabras, no había dónde escoger. No fue una «mentalidad feudal» ni una falta de patriotismo lo que hizo que los holandeses invirtieran su dinero en Inglaterra. «Los costes comparativos, los intereses comparativos del capital y la política fiscal favorecían la inversión [holandesa] en valores de renta fija, nacionales y extranjeros, y no en la industria»[247]. Sombart analiza este cambio y lo interpreta como una muestra de que el burgués siempre «degenera», pero el historiador liberal holandés A. N. Klein no está de acuerdo con esta «discutible» expresión de Sombart y prefiere la explicación de Marx de que todo capitalista es un *«Fanatiker der Verwertung des Werts»*, un fanático de la valorización o autoexpansión del capital. Klein afirma que esta descripción encaja perfectamente en el caso holandés:

> El comerciante holandés del siglo XVII y su descendiente el rentista del siglo XVIII encajan en este concepto a condición de que tengamos en cuenta que las posibilidades económicas de este último habían estado limitadas al terreno mucho menos espectacular de la inversión financiera. Si un fanático alcanza sus objetivos mucho más rápida y eficazmente que otro, ello se debe quizá a sus posibilidades, pero en modo alguno a su determinación[248].

El cambio financiero holandés no fue ni súbito ni total. Fue más bien un proceso gradual. Los bancos holandeses seguían siendo lugares sólidos y conservadores donde los otros podían

[245] Morineau (1974, p. 775). Véase también Carter (1971, pp. 131-35).
[246] Véase Wilson (1954, pp. 263-64).
[247] Wilson (1960b, p. 439).
[248] Klein (1970, p. 34). Que fue una decisión deliberada lo muestra el hecho de que los holandeses introdujeron en el siglo XVIII la innovación financiera de los trusts de inversiones, que no llegó a Inglaterra hasta la década de 1870, fecha en que Inglaterra alcanzó el estadio al que habían llegado las Provincias Unidas en 1689 (véase Klein, 1969, p. 12).

colocar sus metales preciosos [249] y el nivel de acuñación continuó aumentando en el siglo XVIII [250].

No sería sino en 1763 cuando la confianza europea puesta en Amsterdam como centro financiero del mundo se quebrantaría [251], pero ya a comienzos del siglo XVIII los holandeses comenzaron a desplazar su dinero hacia el lugar donde pudiera rendir más, y este lugar era Inglaterra. Fue un «asunto estrictamente comercial» [252], mediante el cual los elevados intereses recibidos por el inversor holandés contribuyeron a que el coste de los préstamos se mantuviera bajo para el Estado inglés. En última instancia, los ingleses habrían podido conseguir el dinero en casa, como hicieron los franceses, pero las inversiones holandesas «permitieron a Inglaterra librar sus guerras con un mínimo de perturbación para su economía» [253]. El acuerdo simbiótico entre una potencia antes hegemónica y la nueva estrella en ascenso proporcionó a la primera una jubilación decorosa y a la segunda un impulso crucial frente a su rival. El modelo se repitió más tarde, cuando en el período comprendido entre 1873 y 1945 Gran Bretaña desempeñó el papel holandés y Estados Unidos el inglés.

Después de Utrecht, los franceses realizaron un gran esfuerzo por contrarrestar la incipiente ventaja inglesa en las finanzas mundiales. Harsin hace hincapié en el problema francés. «La ausencia de un verdadero crédito público había sido hasta 1715 la laguna más grave del sistema financiero francés» [254]. El banco «privado» de John Law [255] estaba destinado a llenar esta laguna. Lo que Law intentó fue reestablecer el crédito del Estado francés creando un banco que fuera el receptor de los ingresos estatales y sobre esta base emitiera papel moneda convertible

[249] Véase Van Dillen (1926, pp. 199-200).
[250] Véase Morineau (1972, p. 4).
[251] Véase Wilson (1954, pp. 264-65).
[252] Carter (1953b, p. 323).
[253] John (1955, p. 343).
[254] Harsin (1970, p. 276).
[255] Dadas las objeciones de diversos grupos de presión a la propuesta de John Law de crear un banco público, éste «deberá camuflarse bajo las apariencias de una institución privada para poder ser autorizado» (Harsin, 1970, pp. 277-78). A propósito del intento de Law de crear un banco de Francia, véase E. J. Hamilton (1969, pp. 140-49). Hamilton califica al plan original de Law, presentado en 1702, como «uno de los mejores planes para la creación de un banco nacional que yo haya visto en ningún pais durante este período» (p. 143). El hecho de que cuando finalmente, el 4 de diciembre de 1718, se convirtió oficialmente en el Banco Real «todas las acciones hubieran sido compradas en secreto por el gobierno» indica claramente que la naturaleza privada del banco era un camuflaje (E. J. Hamilton, 1969, p. 145).

en oro. El objeto a largo plazo era asegurar una estabilidad monetaria, incrementar la liquidez, bajar los tipos de interés, mejorar el tipo de cambio con las monedas extranjeras y, sobre todo, reducir los gastos del Estado (tanto en lo referente a la deuda pública como a la continua sangría llevada a cabo por las capas burocráticas intermedias en los ingresos del Estado). Todo ello haría posible un programa de considerable expansión marítima y colonial. Para conseguir estos fines, Law propuso ante todo dos cosas: la expansión del dinero en forma de papel y la reforma fiscal[256]. Parecía un intento de completar la obra de Colbert, un salto adelante que podría dar nuevamente a Francia una clara ventaja en la lucha con Inglaterra. El proyecto fracasó estrepitosamente. Después de obtener su capital inicial, el banco de Law creó la Compañía de Occidente para explorar y explotar el valle del Misisipí (conocido como Luisiana) en régimen de monopolio estatal. El banco procedió a absorber a otras compañías comerciales (Senegal, Indias Orientales, China) y a crear en 1719 la Compañía de Indias.

Al mismo tiempo, el banco de Law se hizo cargo del pago de las deudas públicas a cuenta de los impuestos recaudados. Law trató también de reorganizar y racionalizar el sistema fiscal, pero no fue capaz de llevar a cabo este programa en medio de la intensa fiebre especulativa que había suscitado la inflación de los títulos y el papel moneda. Repentinamente se produjo una crisis de confianza. Los intentos de introducir una deflación en los títulos fracasaron y el sistema se vino abajo con la llamada «Mississippi Bubble». ¿A que fue esto debido? Deyon y Jacquart dicen que pese a la «admiración» que suscita «la envergadura del proyecto», Law no poseía «el arte de la ejecución, el paciente dominio del tiempo, de los que depende el éxito de las más brillantes estrategias»[257]. Harsin dice que Law había construido un sistema que era «osado [pero] probablemente prematuro» y que en última instancia fracasó por «la temeridad de sus iniciativas y la aceleración de sus medidas, más que por su falta de lógica o por la coalición de sus ene-

[256] Esta descripción del intento de Law está sacada de Harsin (1970, página 279). Carswell dice: «La idea de un papel moneda nacional que fuera universalmente aceptado por estar respaldado por la autoridad del Estado y controlado a través de una red de agencias locales, era la esencia del plan de Law para incrementar la riqueza mundial. Estaba tan seguro de que esta moneda sería preferida a la metálica que en su proyecto original creyó necesario poner un límite al interés de que disfrutaría el papel por encima del oro y la plata y estipular que la cancelación de deuda de 100 no exigiría más de 110 en oro» (1960, pp. 78-79).

[257] Deyon y Jacquart (1978, p. 502).

migos»[258]. Para Max Weber, sin embargo, el fracaso de Law fue inevitable, simplemente porque «ni Luisiana ni el comercio con China y las Indias Orientales arrojaron beneficio suficiente para rendir intereses ni siquiera de una fracción del capital»[259].

Tal vez apreciemos mejor el fracaso de Law si observamos la especulación simultánea en Inglaterra, que llevó a una crisis similar llamada la *South Sea Bubble*. (Por supuesto, la especulación no se limitó a Inglaterra y Francia, sino que fue activamente instigada por los banqueros e inversores de Ginebra, las Provincias Unidas, Hamburgo e Italia del norte.)[260] El «sistema» de John Law implicaba el agrupamiento de tres monopolios estatales: un banco de emisión (la *Banque Royale)*, una compañía comercial (la *Compagnie des Indes)* y un depósito centralizado para los impuestos indirectos (la *Ferme Générale des Impôts)*. En octubre de 1719, cuando Law propuso consolidar la deuda nacional restante de 1.500 millones de francos, la demanda de valores fue mucho mayor de la prevista, tanto en Inglaterra como en Francia. Por consiguiente, los ingleses copiaron el proyecto, utilizando la Compañía del Mar del Sur ya existente[261]. También aquí la demanda superó toda expecta-

[258] Harsin (1970, p. 280).

[259] Weber (1950, p. 288), que da una explicación idéntica para la *South Sea Bubble:* «También en este caso se hizo inevitable la bancarrota porque el comercio en el océano Indico no alcanzó, ni con mucho, a asegurar un interés a los caudales invertidos» (p. 289).

[260] Véanse Åkerman (1957, II, primera parte, pp. 254-55), Harsin (1970, página 294), Kindelberger (1978, pp. 120-22). T. S. Ashton añade Dinamarca, España y Portugal (1959, p. 120). Sobre Ginebra, véase Sayous (1937). Åkerman llama a la crisis de 1720 «la primera crisis internacional» (página 255). Weber llama a las dos *bubbles* «las primeras grandes crisis especulativas», diferenciándolas de la gran «locura del tulipán» de Holanda en la década de 1630 (1950, p. 286). Parker utiliza casi la misma frase: «La primera crisis financiera de los tiempos modernos» (1974a, p. 582).

[261] El uso original de la Compañía del Mar del Sur en 1711 para consolidar las obligaciones a corto plazo tuvo mucho éxito. «Esta inteligente medida permitió a Gran Bretaña salir de la paz de Utrecht en 1713 con su crédito prácticamente intacto, aun cuando su deuda pública fuera enorme» (Parker, 1974a, p. 581). Flinn (1960) se muestra más escéptico acerca del éxito. Pero B. W. Hill afirma que fue un acto crucial desde el punto de vista *político*, más aún que desde el económico: «El Parlamento *tory* fue inducido a hacerse cargo de la deuda nacional y la City *whig* a reanudar su papel de acreedora de la nación. Tanto política como financieramente, éstos fueron hechos importantes para el futuro; políticamente, porque eliminaron el miedo a que el crédito público se derrumbara como consecuencia del cambio de gobierno [en 1710 el gobierno *whig* había dado paso a un gobierno *tory*] y financieramente porque la forma de organización desarrollada por el 'mundo de las finanzas' después de la Revolución [el Banco de Inglaterra] fue reconocida e incluso protegida

tiva. En ambos casos, el elemento esencial fue que el acreedor individual del gobierno no fue obligado sino inducido a comprar el título[262]. Sin embargo en Francia, tras esta inducción bajo presión, las reglas del juego cambiaron y los billetes de banco sufrieron una reducción del 50 por ciento en términos de la moneda de cuenta. Como indica Hamilton,

En la medida en que tanto Law como el regente habían prometido solemne y repetidamente que los billetes de banco no serían nunca cambiados en términos de la moneda de cuenta, se desató el pánico. Dado que de un plumazo —que la Corona se había comprometido a no dar— se había quitado a los billetes de banco la mitad del valor nominal, sus poseedores trataron de gastarlos o invertirlos antes del segundo plumazo[263].

La «gran quiebra» se propagó de París a Londres. No hay duda de que «proporcionó una demostración gráfica de la fragilidad del nuevo edificio financiero», pero tampoco hay duda de que reveló «la elasticidad de las nuevas técnicas financieras»[264]. Tanto Inglaterra como Francia conocieron a partir de ese momento un período de prolongada estabilidad financiera que prosiguió hasta la revolución francesa[265]. En este sentido, el final fue feliz. Sin embargo, el intento francés de utilizar el sistema de John Law para superar el creciente abismo entre el poder financiero de ambos países fracasó. El banco central de Inglaterra, creado con anterioridad, sobrevivió a la *South Sea Bubble*, pero la estructura similar en Francia llevó a la *Mississippi Bubble* y murió con ella. «El reinado de Law, sumamente breve, lo removió todo sin conseguir nada»[266]. En Inglaterra, el Parlamento respaldó a la Compañía del Mar del Sur en bancarrota; «salvó las apariencias» y de este modo salvó el crédito inglés[267]. Esto no fue posible en Francia por motivos políticos. Los efectos negativos directos del sistema de John Law han sido muy exagerados[268]; por otra parte, hubo también

por un ministerio que representaba a los principales críticos de la City: la *gentry* terrateniente» (1971, p. 411).

[262] Véase Parker (1974a, p. 583).

[263] E. J. Hamilton (1969, p. 147).

[264] Parker (1974a, p. 586).

[265] Para Inglaterra, véase Vilar (1974, p. 285); para Francia, véanse Lüthy (1961, p. 31), y Bouvier (1970, p. 307).

[266] Lüthy (1959, p. 414).

[267] Harsin (1970, p. 279). La opinión de Plumb acerca de la acción del gobierno es aún más rotunda. Walpole, dice, «salvó a la Corte» (1950, página 59) y por eso dos años más tarde se convirtió en primer ministro.

[268] Véase Poisson (1974, p. 266).

efectos positivos[269]. El verdadero efecto negativo fue que no tuvo éxito y por consiguiente no consiguió detener el proceso de rezago.

A medida que avanzaba el siglo XVIII, la importancia financiera de Inglaterra en la economía-mundo aumentaba mientras que la de Francia disminuía[270] debido a que el Estado francés no era tan fuerte como el inglés. La cuestión que se nos plantea es, pues, cómo llegó a ser el Estado inglés mucho más fuerte que el francés. Para los que miden la fuerza de un Estado por el grado en que los individuos están a salvo de las decisiones arbitrarias del gobierno o por el tamaño de la burocracia pública, ésta puede ser una cuestión absurda. Pero ya hemos dejado bien clara nuestra postura de que un Estado es fuerte en la medida en que quienes gobiernan pueden hacer que su voluntad prevalezca sobre la voluntad de los otros, dentro o fuera del país. Utilizando este criterio, creemos que el Estado inglés había dejado claramente atrás al francés a comienzos del siglo XVIII. El Estado verdaderamente fuerte rara vez necesita demostrar su puño de hierro. Temperley señala que si la época de Walpole fue «una época de paz sin acontecimientos memorables» lo fue debido a las proezas del pasado: «El tratado de Methuen con Portugal en 1703 y las cláusulas comerciales de la paz de Utrecht en 1713 fueron universalmente consideradas como concesiones al comercio inglés que sólo habrían podido ser arrancadas con las armas, o con la amenaza de las armas»[271]. La fuerza de las armas no era suficiente, tenía que haber también una administración eficaz. Plumb dice que «en 1714, Gran Bretaña disfrutaba quizá del aparato de gobierno más eficaz de Europa»[272].

[269] J. Imbert habla de la beneficiosa «fustigación de la economía francesa entre 1718 y 1721» (1965, p. 354). E. J. Hamilton señala que sacó a Francia de su crisis comercial, aunque eso no se consiguió «de balde» (1969, pp. 147-48).

[270] Sobre la decadencia de Lyon como centro financiero a partir de 1720, véase Lüthy (1959, p. 55).

[271] Temperley (1909a, pp. 40, 49). Con la fuerza vino el conservadurismo. «La política [de Walpole] era extraordinariamente sencilla: evitar la guerra, fomentar el comercio, reducir los impuestos y, por lo demás, *status quo* sin innovaciones. Como decía con toda la razón: 'No soy un santo, ni un espartano, ni un reformador'» (Plumb, 1966, pp. 78-79).

[272] Plumb (1967, p. 13). La eficacia es más importante que los números, pero es conveniente señalar que los números no fueron olvidados en Inglaterra. «El número de hombres empleados por el gobierno creció más deprisa entre 1689 y 1715 que en cualquier período anterior de la historia inglesa» (Plumb, 1967, p. 112), hasta el siglo XIX. Véase también Aylmer: «Por lo que respecta al mero crecimiento del gobierno, las épocas cruciales [...] parecen haber sido los años 1642-1652 y 1689-1697 (y posiblemen-

Hemos dicho que los compromisos sociales adquiridos a finales del siglo XVII por Inglaterra y Francia eran menos diferentes de lo que a veces se sugiere y que en ambos casos desembocaron en una relativa estabilidad interna durante las guerras anglo-francesas de 1689-1763. El siglo VIII fue una «época de reconciliación entre monarquía y nobleza en toda Europa» [273], reconciliación que se basó en un decidido apoyo gubernamental a los intereses de las clases terratenientes. Esto es algo comúnmente admitido en el caso de Francia, pero ¿no fue Inglaterra la cuna de un triunfante capital mercantil? Sin duda, aunque éste no era muy ajeno a los intereses de los terratenientes [274]. Dejando a un lado la superposición de personas, hay que señalar que el gobierno, al tiempo que ayudaba de las múltiples formas ya descritas a las empresas comerciales, industriales y financieras, permitía a las clases terratenientes apropiarse de una parte considerable del excedente. Una vez más, esto es algo comúnmente admitido en el caso de Francia. La nobleza, que no pagaba impuestos, y la *noblesse de robe*, adquirida gracias a la venalidad de los cargos, son elementos esenciales de nuestra imagen del Antiguo Régimen [275], pero ¿eran estos factores desconocidos en Inglaterra? En esta «época de la gran hacienda», con un «monopolio aristocrático de la tie-

te también 1702-1713)» (1974, p. 24). Compárese la descripción de Plumb con la valoración que hace Berger del supuesto aumento de la eficacia administrativa francesa a partir de 1689: «No da la impresión, tras estudiar el hambre de 1693 [y el modo de enfrentarse a ella del gobierno francés] de que hubiera esa gran ofensiva administrativa supuestamente impulsada por las necesidades de la guerra» (1978, p. 120).

[273] P. Anderson (1974a, p. 232).

[274] Sobre Inglaterra y los terratenientes, véase Habakkuk: «No hay duda de que las circunstancias fueron más favorables para los intereses de los terratenientes en el siglo que siguió a 1715 de lo que lo habían sido entre 1640 y 1715» (1967b, p. 9). Véase también Plumb: «Los aristócratas terratenientes se estaban vinculando cada vez más al nuevo tejido económico de la sociedad: el comercio, la especulación y la empresa dejaron, por fin, de ser ajenos a ellos» (1967, p. 8). Sobre Francia y el capital mercantil, véase McManners: «El dinero es la clave para comprender la sociedad francesa del siglo XVIII. Con el respaldo del poder del dinero, la plutocracia se infiltró en la aristocracia» (1967, p. 26). Véase también Grassby (1960), sobre algunas de las formas de eludir el concepto de *dérogation*, haciéndolo así incapaz de mantener las estrictas barreras entre la nobleza y los comerciantes que debía fomentar.

[275] G. V. Taylor llama a esto «capitalismo cortesano»: «Nobles, financieros, banqueros y especuladores profesionales arrastraron al gobierno a discutibles operaciones especulativas y utilizaron su influencia para conseguir decisiones oficiales que elevaban o reducían los precios o libraban a los especuladores de compromisos desventajosos para el futuro» (1964, página 488).

rra»[276], ¿cuál fue el efecto de la estabilidad que caracterizó a la época de Walpole? E. P. Thompson sugiere mordazmente:

> La vida política en la Inglaterra de la década de 1720 tenía algo del carácter enfermizo de una «república bananera» [...] Cada político, por nepotismo, interés o compra, reunía a su alrededor un séquito de fieles. El objetivo era recompensarles mediante algún cargo en el que pudieran arrebañar una parte de la renta pública: las finanzas del ejército, la Iglesia, los impuestos indirectos [...] La gran burguesía, los especuladores y los políticos eran hombres enormemente ricos, cuyos ingresos destacaban como los Andes por encima de la masa de los pobres plebeyos[277].

¿Fueron las consecuencias para los terratenientes de esta versión del «bandidaje de Estado»[278] en Inglaterra tan diferentes de las de su versión francesa, ligeramente distinta? Debemos volver a nuestra cuestión acerca de lo que hizo que el Estado inglés fuera más fuerte que el francés. Tal vez la respuesta más sencilla sea que ello fue el resultado de su capacidad militar para contener a los franceses en las guerras de 1689-1714 y que su capacidad de ganar estas guerras fue el resultado de la alianza anglo-holandesa, no tanto por la ayuda militar de los holandeses (aun cuando distara de carecer de importancia) como por el apuntalamiento financiero que supusieron las inversiones holandesas para el Estado inglés. El capital holandés creó un clima de confianza que hizo posible la creación del Banco de Inglaterra e hizo posible que el Banco de Inglaterra sobreviviera a la *South Sea Bubble*. Y, sobre todo, en el Estado unipartidista de Walpole fue finalmente posible superar la división de las clases dominantes inglesas que se había iniciado en la época de los primeros Estuardo y se había prolongado, bajo una forma diferente, durante las encarnizadas luchas partidistas entre *tories* y *whigs* de 1689 a 1715[279]. No fue porque Inglaterra fuera más democrática que Francia, sino porque en cierto sentido lo era menos[280] por lo que el Estado inglés se

[276] Mingay (1963, pp. 15, 26).

[277] E. P. Thompson (1975, pp. 197-98).

[278] La frase es de E. P. Thompson (1975, p. 294).

[279] El papel financiero de los holandeses en la política inglesa estuvo, por supuesto, mediatizado por la City de Londres. Sutherland hace del apoyo de la City uno de los cuatro pilares del sistema de Walpole, tanto directamente como a través de la Compañía de las Indias Orientales, relacionada con ella (véase 1952, pp. 18-23).

[280] Plumb aduce de forma convincente que 1715 significó la domesticación final del movimiento popular que Inglaterra conocía desde 1640. «El propietario de un alodio se había convertido en la Inglaterra del siglo XVII en un animal político [...] A mediados del siglo XVIII, se había perdido

fortaleció y el empresario inglés procedió a conquistar el mundo económico. De la noche a la mañana, el clima de violencia política se transformó en un clima de estabilidad política [281].

La reconciliación política de las capas superiores, base de la estabilidad inglesa en el siglo XVIII, sólo se consiguió parcialmente en Francia. Así como en Inglaterra los nuevos sectores de las capas superiores habían conseguido el derecho de ciudadanía en la estructura política y habían dejado de ser una fuerza de la oposición [282], así también en Francia el grupo equiparable, la *noblesse de robe*, había seguido una trayectoria similar [283]. Sin embargo, a diferencia de lo que sucedió en Inglaterra, el poder ejecutivo nunca se hizo con el control absoluto del Estado. El «abismo entre la teoría y la práctica [del absolutismo] siguió siendo extraordinariamente grande» [284]. Para explicar por qué no se completó la reconciliación de las capas superiores

mucho de ese patrimonio (1969, pp. 115-16). A partir de 1715, la estabilidad de Inglaterra dependió, dice Plumb, de «tres factores esenciales: el gobierno unipartidista, el poder legislativo firmemente controlado por el ejecutivo y una sensación de identidad política entre los que manejaban el poder económico, social y político» (1967, p. xviii).

[281] «Había una tradición de conspiraciones, motines, intrigas y revueltas *entre la clase dominante* que se remontaba a los normandos. En 1685, la violencia en la política era un patrimonio del inglés» (Plumb, 1967, p. 19, el subrayado es mío). «La estabilidad política, cuando llega, a menudo aparece muy rápidamente en una sociedad, tan bruscamente como el agua se convierte en hielo» (p. xvii). Christopher Hill ofrece una imagen similar, pero sitúa el momento decisivo en 1688 y no en 1715: «Inglaterra era famosa en toda Europa por la violencia de su política [...] A partir de 1688 acabó la época heroica de la política inglesa. Las violentas oscilaciones de los cincuenta años anteriores fueron seguidas por una relativa calma» (1969, pp. 119, 213).

[282] «[El grupo de los Junto y Walpole] alejaron a los *whigs* del radicalismo [...] El partido cohesionó los intereses de la aristocracia, las altas finanzas y el gobierno ejecutivo, proceso ampliado por Walpole hasta abarcar al grueso de la *gentry* terrateniente» (Plumb, 1967, p. 187).

[283] Franklin Ford observa que mientras en la asamblea de los Estados Generales de 1614 la alta *noblesse de robe* había figurado todavía entre los plebeyos, «el hecho más importante en lo referente a la alta nobleza de toga en 1715 fue que en términos legales ya no cabía duda alguna con respecto a ella» (1953, p. 59). De hecho, prosigue, «en 1715 la alta toga, segura de su nobleza y con sus derechos políticos restaurados, fue la fuerza más potente dentro de la aristocracia» (1953, p. 188).

Ni siquiera todos los que aún eran oficialmente *roturiers*, es decir, plebeyos burgueses, se vieron negativamente afectados por la llamada reacción feudal. Elinor Barber señala que mientras que la burguesía «media» se encontró con los caminos de promoción bloqueados, la «gran» burguesía, utilizando su riqueza, se vio «mucho menos afectada» (1955, p. 143).

[284] Bromley (1957, p. 135), que dice: «La emancipación del gobierno con respecto a las restricciones históricas fue un proceso lento, interrumpido a menudo y nunca completado» (p. 137).

en Francia, hemos de volver a la cuestión de los hugonotes y la revocación del edicto de Nantes. El «partido protestante» contaba en el siglo XVI con el apoyo de la mitad de la nobleza francesa, y especialmente de sus capas medias y bajas. La curiosa consecuencia de todo esto fue que la pequeña nobleza, sometida a las presiones de los funcionarios del rey, recurrió a «una relativa y paradójica tolerancia hacia sus campesinos». Cuando el compromiso político de 1598 se convirtió en la victoria real de 1629, las consecuencias sociales fueron sin embargo inmensas: «La derrota del partido protestante fue, ante todo, la derrota de la nobleza» [285]. Lentamente a partir de 1598 y rápidamente a partir de 1630, la nobleza abandonó el protestantismo: esto fue lo que hizo posible la revocación de 1685 [286].

Con la revocación hubo una dispersión de elementos burgueses urbanos sobre todo [287], aunque éstos sólo representaban un 10 por ciento de los protestantes franceses. Muchos otros se convirtieron [288]. ¿Qué quedaba?

> Los rigores reales habían destruido así el protestantismo centralizado, institucional, clerical y burgués que en el curso del siglo XVII había ocultado al protestantismo de la Reforma. En medio de la adversidad, resurgió este último. Primero sin pastores, siguiendo a simples laicos, los predicadores [...] gracias a los nobles y campesinos [*ruraux*] que habían sido la fuerza principal de las Iglesias reformadas en el siglo XVI [...] Cuando la revocación les obligó a reinventar una técnica de resistencia, su primer movimiento fue rebelarse [289].

Los rasgos esenciales de esta Iglesia protestante reconstituida eran su carácter «congregacionalista, federativo, secular, parlamentario e igualitario» [290]. ¡Igualitario y rebelde! El Estado

[285] Chaunu (1965b, pp. 26-27).

[286] «Sopesando todo cuidadosamente, la conversión de Turenne [en 1688] fue más importante que la revocación del Edicto de Nantes. Sin la conversión de Turenne, el edicto de Fontainebleau habría sido impensable. El rey no habría podido obligar a la mitad de sus caballeros si éstos se hubieran mostrado resueltos. Un siglo y medio después, La Fayette, La Rochefoucauld-Liancourt y otros ochenta nobles liberales hicieron más que los discursos de Mirabeau por el éxito del Tercer Estado el 23 de junio de 1789» (Chaunu, 1965b, p. 27).

[287] Unos 200 000 hugonotes se exiliaron entre 1680 y 1720, dirigiéndose sobre todo a Inglaterra, las Provincias Unidas, Ginebra y Alemania (véase Scoville, 1952, pp. 409-10).

[288] Véase Scoville (1960, pp. 3-5, 118). Algunos conversos eran en realidad simuladores, «nuevos marranos» (véase Léonard, 1948, pp. 177-78).

[289] Léonard (1948, p. 178). De aquí la guerra de los *camisards*, y de aquí Antoine Court y el Sínodo del Desierto en las Basses-Cévennes en 1715.

[290] Léonard (1948, p. 179).

francés tenía en sus manos una grave rebelión en potencia de las capas medias (los nobles más pobres y los campesinos más ricos). Esta situación difícil había sido provocada por el dilema histórico planteado en el siglo XVI por un Estado demasiado grande y demasiado dispar desde el punto de vista económico para permitir la rápida creación de una estructura estatal fuerte.

Fue preciso aplacar y contener a los sectores susceptibles de provocar un levantamiento, cosa que se hizo en parte mediante la reducción de los impuestos que pesaban sobre el campesinado desde 1720 [291] y en parte mediante la difusión de la enseñanza primaria en las zonas rurales como forma de aculturación por parte de una Contrarreforma triunfante [292]. Sin embargo, la reducción de los impuestos no hizo más que ahondar el abismo ya existente entre la fuerza del Estado inglés y la del francés [293]. La evolución educativa y religiosa, si bien tal vez mantuvo a raya el «radicalismo» y la «criminalidad» [294] en la Francia rural del siglo XVIII, fue claramente insuficiente para erradicar el sentimiento de exclusión política de los grandes agricultores, el grupo que en Inglaterra era conocido con el nombre de *gentry*. Sin la incorporación política de este grupo, el Estado era incapaz de hacerse realmente fuerte [295]. Las luchas intestinas de Francia no fueron del todo ajenas a la creación de la importantísima alianza angloholandesa. A mediados del siglo XVII no estaba en modo alguno claro que en el siglo XVIII los holandeses preferirían una alianza con los ingleses a una

[291] Véase Le Roy Ladurie (1975c, pp. 35-37).

[292] Véase Le Roy Ladurie (1975a, p. 528). El siglo XVIII, a diferencia del XVII, fue «la gran época de la pedagogía campesina» (1975a, p. 538).

[293] Véanse las cifras comparativas de Mousnier sobre ingresos de aduanas, impuestos indirectos, correos y sellos en el período comprendido entre 1690 y 1715. Mientras que los ingresos obtenidos en Francia de las *fermes-unies* descendieron de unos 70 millones de libras tornesas en 1690 a 47 en 1715, los ingleses aumentaron de 20,5 en 1700 a 59,5 en 1713 (1951, página 18). A medida que avanzaba el siglo, la diferencia iba creciendo. Mathias y O'Brien (1976), tras un minucioso análisis de las respectivas cargas fiscales en todo el siglo, dicen que «en Francia la presión fiscal fue menor que en Inglaterra» (p. 634) y señalan que «tal vez no sea mera coincidencia» que la presión fiscal inglesa sólo fuera superada por la de las Provincias Unidas, el único país «donde los mercados interiores estaban aún más articulados que en Gran Bretaña» (p. 640).

[294] Le Roy Ladurie (1975a, pp. 550, 552).

[295] Le Roy Ladurie compara las coaliciones de la Inglaterra rural con las de la Francia rural en el siglo XVIII: señores y agricultores acomodados *(gros fermiers)* en Inglaterra frente al «bloque histórico» francés de campesinos pobres y medios, e incluso de agricultores acomodados, contra la *féodalité* (1975a, pp. 584-85).

alianza con los franceses. Los ingleses eran su principal enemigo comercial, mientras que con Francia les unían numerosos lazos. De hecho, como hemos visto, estaban en vías de convertir el Ponant en una correa de transmisión económica similar a aquella en la que se estaban convirtiendo Portugal y España.

Los dilemas internos de Francia la obligaron sin embargo a transformarse en una potencia orientada hacia una expansión militar por tierra que reprimió al protestantismo nacional. Para los capitalistas holandeses, ya fueran republicanos o monárquicos, un trato con Inglaterra debía parecer menos desconcertante que un trato con Francia. Francia amenazaba con abrazar a los holandeses hasta asfixiarlos. Los ingleses ofrecían una lenta ósmosis de los dos sectores capitalistas. El acceso al trono inglés de la Casa de Orange no hizo más que confirmar la preferencia holandesa por los ingleses. De este modo, como a menudo ocurre, la fuerza engendró fuerza y la debilidad debilidad. Las dificultades con que tropezó Francia para crear una estructura estatal en el siglo XVI la desgarraron, emponzoñaron la situación y finalmente desembocaron en la incompleta integración de Francia en el siglo XVIII. La Inglaterra del siglo XVI era un Estado compacto. Obligada por los tumultos de la guerra civil a recrear una clase dominante unificada, Inglaterra fue capaz de absorber e incorporar a los sectores marginales célticos, así como de atraer al suficiente capital holandés para respaldar la creación en el siglo XVIII, durante la era de Walpole, de un Estado unipartidista estable. Fue este constante incremento de la fuerza relativa del Estado inglés —más que cualquier diferencia significativa en la organización de la producción francesa e inglesa de 1600 a 1750 o en sus sistemas de valores— lo que explica la capacidad inglesa de dejar atrás a Francia de forma definitiva en el período comprendido entre 1750 y 1815.

A lo largo de este volumen, hemos hecho hincapié en las similitudes en la organización de la producción inglesa y francesa. Por lo que respecta a la innovación tecnológica e intelectual, todo depende de los libros de historia que se lean. Los valores capitalistas burgueses habían empezado sin duda a impregnarlo todo en las Provincias Unidas e Inglaterra, pero no debemos olvidar la clásica demostración de Paul Hazard de que las ideas de la Ilustración no se impusieron en Francia con la Revolución o con los enciclopedistas, sino en el período comprendido entre 1680 y 1715 [296]. Como dice Labrousse, «el si-

[296] «Nunca hubo un mayor contraste, nunca una transición tan repenti-

glo XVIII [en Francia] estuvo dominado por el pensamiento burgués»[297]. Esto no sólo ocurrió en Francia. Aunque todavía seguían en pie las fachadas ideológicas de un mundo anterior en toda la economía-mundo europea, eran cada vez más numerosos los grupos que tendían a actuar a la manera de burgueses y proletarios en la defensa de sus intereses dentro de un sistema capitalista. Este es, por supuesto, el meollo de lo que hemos venido diciendo. No existía aún una cultura burguesa, ni una cultura proletaria, pero la praxis burguesa y la praxis proletaria estaban convirtiéndose ya en las principales fuerzas que actuaban sobre la acción social.




na como ésta [...] Un día el pueblo francés, casi sin excepción, pensaba como Bossuet, y al día siguiente [...] como Voltaire. Esta no fue una vulgar oscilación del péndulo, fue una revolución» (Hazard, 1964, p. 7).

[297] C. E. Labrousse (1970, p. 716).

# BIBLIOGRAFIA


Aalbers, J., «Holland's financial problems (1713-1733) and the wars against Louis XIV», en A. C. Duke y C. A. Tamse, comps., *Britain and the Netherlands*, VI: *War and Society*. La Haya, Martinus Nijhoff, 1977, pp. 79-93.

Abel, Wilhelm, *Die Drei Epochen der deutschen Agrargeschichte*, 2.ª ed., Schriftenreihe für Ländliche Sozialfragen, XXXVII. Hannóver, Verlag M. & H. Schaper, 1964.

—, *Geschichte der deutschen Landwirtschaft vom fruhen Mittelalter bis zum 19. Jahrhundert*, 2.ª ed. rev., Stuttgart, Verlag Eugen Ulmer, 1967.

—, *Massenarmut und Hungerkrisen in vorindustriellen Deutschland*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1972.

—, *Crises agraires en Europe (XIIIe-XXe siècle)*, traducido de la 2.ª edición alemana, revisada y aumentada, París, Flammarion, 1973.

Aberg, Alf, «The Swedish Army, from Lutzen to Narva», en M. Roberts, comp., *Sweden's age of greatness, 1632-1718*, Nueva York, St. Martin's Press, 1973, pp. 265-287.

Achilles, Walter, «Getreidepreise und Getreidehandelsbeziehungen europäischer Raume im 16. und 17. Jahrhundert», *Zietschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, VII, 1, 1959, pp. 32-55.

Adams, Geoffrey, «Myths and misconceptions: the philosophic view of the Hugenots in the age of Louis XV», *Historical Reflections*, I, 1, junio 1974, pp. 59-79.

Ågren, Kurt, «Breadwinners and dependents: an economic crisis in the Swedish aristocrary during the 1600's?», en K. Ågren *et al.*, *Aristocrats, farmers, proletarians*, Studia Historica Uppsaliensia, XLVII, Uppsala, Almquist & Wiksell, 1973, pp. 9-27 (a).

—, «The *reduktion*», en M. Roberts, comp., *Sweden's age of greatness, 1632-1718*. Nueva York, St. Martin's Press, 1973, pp. 237-264 (b).

—, «Rise and decline of an aristocracy», *Scandinavian Journal of History*, I, 1-2, 1976, pp. 55-80.

Åkerman, Johan, *Structure et cycles économiques*, 2 vols., París, Presses Univ. de France, 1957.

Allen, Theodore, «'... They Would Have Destroyed Me': Slavery and the Origins of Racism», *Radical America*, IX, 3, mayo-junio 1975, pp. 41-64.

Anderson, M. S., «Russia under Peter the Great and the changed re-

lations of East and West», en *New Cambridge Modern History*, VI, J. S. Bromley, comp., *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725*, Cambridge, University Press, 1970, pp. 716-740. [«Rusia bajo Pedro el Grande y el cambio de relaciones entre el Este y el Oeste», en *Historia del mundo moderno*, VI, *El auge de Gran Bretaña y Rusia, 1688-1725*, Barcelona, Sopena, 1975, pp. 517-534.]

Anderson, Perry, *Lineages of the absolutist State*, Londres, New Left Books, 1974 (a). [*El Estado absolutista*, Madrid, Siglo XXI, 1979.]

—, *Passages from Antiquity to feudalism*, Londres, New Left Books, 1974 (b). [*Transiciones de la Antigüedad al feudalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1980.]

Andrews, Charles M., «Anglo-French commercial rivalry, 1700-1750: The Western Phase», *American Historical Review*, parte I, XX, 3, abril de 1915, pp. 539-556; parte II, XX, 4, julio de 1915, pp. 761-780.

—, «The acts of trade», en J. Holland Rose *et al.*, comps., *Cambridge History of the British Empire*, Cambridge, University Press, 1929, I, pp. 268-299.

Anes Alvarez, Gonzalo, y le Flem, Jean-Paul, «Las crisis del siglo XVII: producción agrícola, precios e ingresos en tierras de Segovia», *Moneda y Crédito*, núm. 93, junio 1965, pp. 3-55.

Appleby, Andrew B., «Agrarian capitalism or seigneurial reaction? The northwest of England 1500-1700», *American Historical Review*, LXXX, 3, junio de 1975, pp. 574-594.

Ardant, Gabriel, «Financial policy and economic infrastructure of modern States and nations», en Charles Tilly, comp., *The formation of national States in western Europe*, Princeton, New Jersey, Princeton Univ. Press, 1975, pp. 164-242.

Ariès, Philippe, «Nationalisme d'hier et nationalisme d'aujourd'hui», *La Table Ronde*, núm. 147, marzo de 1960, pp. 46-51.

Asher, Eugene L., *The resistance to the maritime classes: the survival of feudalism in the France of Colbert*, Berkeley y Los Angeles, Univ. of California Press, 1960.

Ashley, M. P., *Financial and commercial policy under the Cromwellian protectorate*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1934.

Ashley, W. J., «The Tory origin of free trade policy», *Quarterly Journal of Economics*, XI, 4, julio de 1897, pp. 335-371.

Ashton, Robert, «Cavaliers and capitalists», *Renaissance and modern studies*, V, 1961, pp. 149-175.

—, «Puritanism and progress», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII, 3, abril de 1965, pp. 579-587.

—, «The parliamentary agitation for free trade in the opening years of the reign of James I», *Past and Present*, núm. 38, 1967, pp. 40-55.

—, «Jacobean free trade again», *Past and Present*, núm. 43, 1969, pp. 151-157.

Ashton, T. S., *Economic fluctuations in England, 1700-1800*, Oxford, Clarendon Press, 1959.

—, «Introduction» a Elizabeth Boody Schumpeter, *English overseas trade statistics, 1697-1808*, Oxford, Clarendon Press, 1960, pp. 1-14.
—, *An economic history of England: the 18th century*, Londres, Methuen, 1969, reeditado con pequeñas correcciones.
Aspvall, G., «The sale of crown land in Sweden: the introductory epoch, 1701-1723», *Economy and History*, IX, 1966, pp. 3-28.
Åström, Sven-Erik, «The English navigation laws and the Baltic trade, 1660-1700», *Scandinavian Economic History Review*, VIII, 1, 1960, pp. 3-18.
—, *From Stockholm to St. Petersburg*, Studia Historica, II, Helsinki, Finnish Historical Society, 1962.
—, «From cloth to iron: the Anglo-Baltic trade in the late 17th century», parte I: «The Growth, structure and organization of the trade», *Commentationes Humanum Litterarum*, XXIII, 1, 1963, páginas 1-260.
—, «From cloth to iron: the Anglo-Baltic trade in the late 17th century», parte II: «The customs accounts as sources for the study of trade», *Commentationes Humanum Litterarum*, XXXVII, 3, 1965, pp. 1-86.
—, «The Swedish economy and Sweden's role as a great power, 1632-1697», en M. Roberts, comp., *Sweden's age of greatness, 1632-1718*, Nueva York, St. Martin's Press, 1973, pp. 58-101.
Attman, Artur, *The Russian and Polish markets in international trade, 1500-1650*. Publications of the Institute of Economic History of Gothenburg University, núm. 26, Göteborg, 1973.
Aubin, Hermann, «Die Anfänge der grossen schlesischen Leineweberei und -handlung», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XXXV, 2, 1942, pp. 105-178.
Aylmer, Gerald E., «Office-holding, wealth and social structure in England, c. 1580-c. 1720», comunicación al Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Datini», Prato, 30 de abril de 1974.
Aymard, Maurice, «Commerce et production de la soie sicilienne, aux XVIe-XVIIe siècles», *Mélanges d'Archéologie et d'Histoire*, LXXVII, 1965, pp. 609-640.
—, *Venise, Raguse et le commerce du blé pendant la seconde moitié du XVIe siècle*, París, SEVPEN, 1966.
—, «Une croissance sélective: la population sicilienne au XVIIe siècle», *Mélanges de la Casa de Velázquez*, IV, 1968, pp. 203-227.
—, «Production, commerce et consommation des draps de laine», *Revue Historique*, núm. 499, julio-septiembre 1971, pp. 5-12 (a).
—, «In Sicilia: sviluppo demografico e sue differenzatione geografiche, 1500-1800», *Quaderni Storici*, núm. 17, mayo-agosto 1971, páginas 417-446.
—, «Economie rurale, économie marchande», en *Commerce de gros, commerce de detail dans les pays méditerranéens (XVIe-XIXe siècles)*, Actes des Journées d'Etudes Bendor, 25-26 abril 1975. Univ. de Nice: Centre de la Méditerranée Moderne et Contemporaine, 1976, pp. 131-144.

Baehrel, René, «Economie et histoire a propos des prix», en *Eventail de l'histoire vivante: hommage à Lucien Febvre*, París, Lib. Armand Colin, 1953, I, pp. 287-310.

—, «Histoire statistique et prix italiens», *Annales ESC*, IX, 2, abril-junio de 1954, pp. 213-226.

—, *Une croissance: La Basse-Provence rurale (fin du XVIe siècle-1789)*, París, SEVPEN, 1961.

Baetens, R., «The organization and effects of Flemish privateering in the seventeenth century», *Acta Historiae Neerlandicae*, IX, 1976, pp. 48-75.

Bailyn, Bernard, «Communications and trade: the Atlantic in the seventeenth century», *Journal of Economic History*, XIII, 4, otoño de 1953, pp. 378-387.

—, *The New England merchants in the seventeenth century*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1955.

Bairoch, Paul, «Le rôle de l'agriculture dans la création de la sidérurgie moderne», *Revue d'Historie Economique et Sociale*, XLIV, 1, 1966, pp. 5-23.

—, «Le rôle du secteur tertiaire dans l'attenuation des fluctuations économiques», *Revue d'Economie Politique*, núm. 1, 1968, pp. 31-49.

—, «Agriculture and the Industrial Revolution, 1700-1914», en C. M. Cipolla, comp., *The Fontana Economic History of Europe*, III, *The Industrial Revolution*. Londres, Collins, 1973, pp. 452-506.

Baker, Dennis, «The marketing of corn in the first half of the Eighteenth century: north-East Kent», *Agricultural History Review*, XVIII, 2, 1970, pp. 126-150.

Baker, Norman, «Changing attitudes towards government in eighteenth-century Britain», en A. Whiteman, J. S. Bromley, y P. G. M. Dickson, comps., *Statesmen, scholars and merchants*, Oxford, Clarendon Press, 1973, pp. 202-219.

Bakewell, P. J., *Silver mining and society in colonial Mexico: Zacatecas, 1546-1700*, Cambridge: University Press, 1971.

—, «Zacatecas: an economic and social outline of a silver mining district, 1547-1700», en Ida Altman y James Lockhart, comps., *Provinces of early Mexico*, Los Angeles, UCLA Latin American Center Publication, 1976, pp. 199-229.

Balibar, Etienne, «Sur les concepts fondamentaux du matérialisme historique», en Louis Althusser y Etienne Balibar, *Lire Le Capital*, nueva ed. totalmente refundida, París, Maspéro, 1968, II, pp. 79-226. [*Para leer «El capital»*, México, Siglo XXI, 1981.]

Bamford, Paul Walden, «French shipping in northern European trade, 1660-1789», *Journal of Modern History*, XXVI, 3, septiembre de 1954, pp. 207-219.

—, *Forests and French sea power, 1660-1789*, Toronto, Univ. of Toronto Press, 1956.

—, «Entrepreneurship in seventeenth- and eighteenth-century France», *Explorations in Entrepreneurial History*, IX, 4, abril de 1957, pp. 204-213.

. Bangs, Carl, «Dutch theology, trade and war: 1590-1610», *Church History*, XXXIX, 4, diciembre de 1970, pp. 470-482.

Baranowski, B. *et al.*, *Histoire de l'économie rurale en Pologne jusqu'à 1864.* Wrocław: Zakład Narodowy Imienia Ossolinskich, Wydawnictwo Poskiej Akademii Nauk, 1966.

Barber, Elinor G., *The bourgeoisie in 18th century France*, Princeton, New Jersey, Princeton Univ. Press, 1955.

Barbour, Violet, «Marine risks and insurance in the seventeenth century», *Journal of Economic and Business History*, I, 1929, páginas 561-596.

—, «Dutch and English merchant shipping in the seventeenth century», en E. M. Carus-Wilson, comp., *Essays in Economic History*, I, Londres, Edw. Arnold, 1954, pp. 227-253. (Antes en *Economic History Review*, II, 2, 1930.)

—, *Capitalism in Amsterdam in the seventeenth century*, Ann Arbor, Univ. of Michigan Press, Ann Arbor Paperbacks, 1963.

Bargalló, Modesto, *La minería y la metalúrgica en la América Española durante la época colonial*, México, Fondo de Cultura Económica, 1955.

Barker, Ernest, *The development of public services in Western Europe, 1660-1930*, Hamden, Conn.: Archon Books, 1966.

Barker, Thomas M., *Double eagle and crescent*, Albany, State Univ. of New York Press, 1967.

—, «Military entrepreneurship and absolutism: Habsburg models», *Journal of European Studies*, IV, 1, 1974, pp. 19-42.

—, «Armed service and nobility in the Holy Roman Empire: general aspects and Habsburg particulars», *Armed Forces and Society*, IV, 3, mayo de 1978, pp. 449-500.

Barkhausen, Max, «Government control and free enterprise in Western Germany and the Low Countries in the eighteenth century», en Peter Earle, comp., *Essays in European Economic History, 1500-1800*, Oxford, Clarendon Press, 1974, pp. 212-273. (Traducido de *Vierteljahrschrift fur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 1958.)

Barnett, Correlli, *Britain and her army, 1509-1970.* Londres, Pelican, 1974.

Baron, Salo W., *A social and religious history of the Jews*, XV, *Late Middle Ages and era of European expansion (1200-1650): resettlement and exploration*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1973.

Barraclough, Geoffrey, *The origins of modern Germany*, Oxford, Basil Blackwell, 1962.

Barral, Pierre, «Note historique sur l'emploi du terme "paysan"», *Etudes Rurales*, núm. 21, abril-junio de 1966, pp. 72-80.

Barrett, Elinore M., «*Encomiendas, Mercedes*, and *Haciendas* in the *Tierra Caliente* of Michoacán», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, X, 1973, pp. 71-111.

Barrett, Ward, «Caribbean sugar production standards in the seventeenth and eighteenth centuries», en J. Parker, comp., *Merchants and scholars. Essays in the history of exploration and trade.* Minneapolis, Univ. of Minnesota Press, 1965, pp. 145-170.

Barrow, Thomas C., *Trade and empire: the British customs service in colonial America, 1660-1775*, Cambridge, Mass., Harvard Univ. Press, 1967.

Bassett, D. K., «Early English trade and settlement in Asia, 1602-1690», en J. S. Bromley y E. H. Kossmann, comps., *Britain and the Netherlands in Europe and Asia*, Londres, Macmillan, 1968, pp. 83-109.

Batie, Robert Carlyle, «Why sugar? Economic cycles and the changing of staples in the English and French Antilles, 1624-1654», *Journal of Caribbean History*, VIII, 1, noviembre 1976, pp. 3-41.

Baynes, John, *The Jacobite rising of 1715*, Londres, Cassell, 1970.

Bazant, Jan, «Feudalismo y capitalismo en la historia económica de México», *Trimestre Económico*, XVII, 1, enero-marzo de 1950, páginas 84-98.

—, «Evolution of the textile industry of Puebla: 1544-1845», *Comparative Studies in Society and History*, VII, 1, octubre de 1964, páginas 56-69.

Beaujon, A., *History of the Dutch sea fisheries: their progress, decline and revival*, Londres, William Clowes & Sons, 1884.

Beer, George Louis, *The old colonial system 1660-1754*, parte I: *The establishment of the system, 1660-1668*, 2 vols., Nueva York, Macmillan, 1912.

Behrens, Betty, «Government and Society», *Cambridge Economic History of Europe*, V, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economic organization of early modern Europe*, Cambridge, University Press, 1977, pp. 549-620.

Beiguelman, Paula, «A destrução do escravismo capitalista», *Revista da História*, XXIV, 69, 1967, pp. 149-160.

Bérenger, Jean, «Public loans and Austrian policy in the second half of the seventeenth century», *Journal of European Economic History*, II, 3, invierno de 1973, pp. 657-669.

Berengo, Marimo, y Diaz, Furio, «Noblesse et administration dans l'Italie de la Renaissance: la formation de la bureaucratie moderne», comunicación al XIII International Congress of Historical Sciences, Moscú, abril de 1970, pp. 16-23.

Berger, Patrice, «French Administration in the famine of 1693», *European Studies Review*, VIII, 1, enero de 1978, pp. 101-127.

Bergier, Jean-François, «Il XVI secolo segnò l'inizio di una nuova concezione dei salari», *Revista Storica Italiana*, LXXVIII, 2, 1966, pp. 431-438.

Bernard, Léon, «French society and Popular uprisings under Louis XIV», *French Historical Studies*, III, 4, otoño de 1964, páginas 454-474

Berthe, Jean-Pierre, «Xochimancas: les travaux et les jours dans une *hacienda* sucrière de Nouvelle-Espagne au XVIIe siècle», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, III, 1966, pp. 88-117.

Berthold, Rudolf, «Wachstumprobleme der landwirtschaftlichen Nutz-

fläche in Spätfeudalismus (zirka 1500 bis 1800)», *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, II-III, 1964, pp. 5-23.

Besnier, R., *Histoire des faits économiques: la fin de la croissance et les prodromes d'une révolution économique en Europe au XVIIe siècle*. Curso de doctorado, 1960-1961, París, Les Cours de Droit, multicopiado, 1961.

Beutin, Ludwig, «Nordwestdeutschland und die Niederlande seit dem Dressigjährigen Krieg», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XXXII, 2, 1939, pp. 105-147.

Birch, Alan, «Foreign observers of the British iron industry during the eighteenth century», *Journal of Economic History*, XV, 1, 1955, pp. 22-33.

Blanchard, Marcel, «Le sel de France en Savoie (XVIIe et XVIIIe siècles)», *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, IX, 47, septiembre de 1937, pp. 417-428.

Blaschke, Karlheinz, «Das Bauernlegen in Sachsen», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLII, 2, 1955, pp. 97-116.

Blitz, Rudolph C., «Mercantilist policies and the pattern of world trade, 1500-1750», *Journal of Economic History*, XXVII, 1, marzo de 1967, pp. 39-55.

Bloch, Marc, «La lutte pour d'individualisme agraire dans la France du XVIIIe siècle», *Annales d'Histoire Economique et Social*, II, 7, julio de 1930, pp. 329-383; II, 8, octubre de 1930, pp. 511-556.

—, *French rural history*, Berkeley, University of California Press, 1966. [*Historia rural de Francia*, Barcelona, Crítica, 1978.]

Bluche, François, «L'origine sociale des secrétaires d'État de Louis XIV (1661-1715), *XVIIe Siècle*, núms. 42-43, primer trimestre de 1959, pp. 8-22.

Bodmer, Walter, «Tendenzen der Wirtschaftspolitik der eidgenossischen Orte in Zeitalter des Merkantilismus», *Schweizerische Zeitschrift für Geschichte*, I, 4, 1951, pp. 562-598.

Boelcke, Willi, «Zur Geschichte der Gutscherrschaft und der zweiten Leibeigenschaft in der Oberlausitz», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, IV, 6, 1956, pp. 1223-1232.

Boëthius, B., «Swedish iron and steel, 1600-1955», *Scandinavian Economic History Review*, VI, 2, 1958, pp. 144-175.

Bog, Ingomar, *Der Reichsmerkantilismus*, Stuttgart, Gustav Fischer Verlag, 1959.

—, «Der Merkantilismus in Deutschland», *Jahrbuch für Nationalökonomie und Statistik*, CLXXIII, 2, marzo 1961, pp. 125-145.

—, «Türkenkrieg und Agrarwirtschaft», en O. Pickl, comp., *Die Wirtschaftlichen Auswirkungen der Türkenkriege*, Grazer Forschungen zur Wirtschafts- und Sozialgeschichte, I, Graz, 1971, pp. 13-26.

Bogucka, Maria, «Merchants' profits in Gdansk foreign trade in the first half of the 17th century», *Acta Poloniae Historica*, núm. 23, 1971, pp. 73-90.

—, «Le marché monétaire de Gdańsk et les problèmes de crédit public au cours de la première moitié du XVIIe siècle», Quarta setti-

mana di studio, Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Datini», Prato, 20 de abril de 1972.

—, «Amsterdam and the Baltic in the first half of the seventeenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXVI, 3, agosto de 1973, pp. 433-447.

—, «The monetary crisis of the XVIIth century and its social and psychological consequences in Poland», *Journal of European Economic History*, VI, 1, primavera de 1975, pp. 137-152.

Boissonade, P., *Le socialisme d'état: l'industrie et les classes industrielles pendant les deux premières siècles de l'ére moderne (1453-1661)*, París, Lib. Ancienne Honoré Champion, 1927.

Bonney, Richard J., «The French Civil War, 1649-1653», *European Studies Review*, VIII, 1, enero de 1978, pp. 71-100.

Bono, Salvatore, *I corsari barbareschi*, Turín, Ed. Rai, 1964.

Borelli, Giorgio, *Un patriazato della terraferma veneta tra XVII e XVIII secolo*, Milán, Dott. A. Giuffrè-Ed., 1974.

Bosher, J. F., *The single duty project: a study of the movement for a French customs union in the eighteenth century*, Londres, Athlone Press, 1964.

Boswell, A. Bruce, «Poland», en A. Goodwin, comp., *The European nobility in the eighteenth century*, Nueva York, Harper & Row (Torchbooks), 1967, pp. 154-171.

Boulle, Pierre H., «Slave trade, commercial organization, and industrial growth in eighteenth-century nantes», *Revue Française d'Histoire d'Outre-mer*, LIX, 214, primer trimestre 1972, pp. 70-112.

—, «"Failed transition", Lombardy and France: general comments», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: renaissance Italy and seventeenth century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 72-74.

Bourde, André-J., «Louis XIV et l'Angleterre», *XVIIe Siècle*, núms. 46-47, 1.er-2.º trimestres de 1960, pp. 54-83.

Bouvier, Jean, «Vers le capitalisme bancaire: l'expansion du crédit après Law», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse (dirs.), *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, páginas 301-321.

Bouwsma, William J., «The secularization of society in the seventeenth century», comunicación presentada al XII International Congress of Historical Sciences, Moscow, agosto de 1970, páginas 16-23, Moscú, Nauka, 1970.

Bowman, Francis, J., «Dutch diplomacy and the Baltic grain trade, 1600-1660», *Pacific Historical Review*, V, 4, 1936, pp. 337-348.

Boxer, C. R., *Salvador de Sá and the struggle for Brazil and Angola*, Londres, Athlone Press, 1952.

—, «Vicissitudes of the Anglo-Portuguese alliance, 1600-1700», *Revista da Faculdade de Letras* (Univ. de Lisboa), serie 3, 1958, pp. 15-46.

—, *Four centuries of Portuguese expansion, 1415-1825*. Johannesburg,

Witswatersrand Univ. Press, 1961. (Reeditado por Univ. of California Press, 1969.)
—, «Sedentary workers and seafaring folk in the Dutch Republic», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, II, Groninga, J. B. Wolters, 1964, pp. 148-168.
—, *The Dutch seaborne empire, 1600-1800*, Nueva York, Knopf, 1965
—, «Brazilian gold and British traders in the first half of the eighteenth century», *Hispanic American Historical Review*, XLIX, 3, agosto de 1969, pp. 454-472 (a).
—, *The golden age of Brazil, 1695-1750*, Berkeley, Univ. of California Press, 1969 (b).
—, *The Portuguese seaborne empire, 1415-1825*. Nueva York, Knopf, 1969 (c).

Boyer, Richard, «Mexico in the seventeenth century: transition of colonial society», *Hispanic American Historical Review*, LVII, 3, agosto de 1977, pp. 455-478.

Brading, D. A. y Cross, Harry E., «Colonial silver mining: Mexico and Peru», *Hispanic American Historical Review*, LII, 2, noviembre de 1972, pp. 545-579

Braudel, Fernand, «L'économie française au XVIIe siècle», *Annales ESC*, VI, 1, enero-marzo de 1951, pp. 65-71.
—, «L'économie de la Méditerranée au XVIIe siècle», *Les Cahiers de Tunisie*, IV, núm. 14, 2.° trimestre de 1956, pp. 175-197.
—, «L'histoire des civilisations: le passé explique le présent», en *Ecrits sur l'histoire*, París, Flammarion, 1969, pp. 255-314. (Originariamente cap. V, en *Encyclopédie française*, XX. «Le Monde en devenir [Histoire, évolution, prospective]», 1959.) [«Aportación de la historia de las civilizaciones», en *La historia y las ciencias sociales*, Madrid, Alianza, 1968.]
—, *The Mediterranean and the Mediterranean world in the age of Philip II*, 2 vols. Nueva York, Harper & Row, 1972. [*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo*, Madrid, FCE, 1976.]
—, «Discorso inaugurale», en *La lána come materia prima*, Atti della "Prima Settimana di Studio" (18-24 de abril de 1969), Florencia, Istituto Internazionale di Storia Economica «F. Datini», Prato, 1974, pp. 5-8.
—, *Afterthoughts on material civilization and capitalism*, Baltimore, Johns Hopkins Univ. Press, 1977. [Civilización material y capitalismo. Barcelona, Labor, 1974.]
—, «The Expansion of Europe and the 'Longue Durée'», en H. L. Wesseling, comp., *Expansion and reaction: essays on European expansion and reaction in Asia and Africa*. Leiden, Leiden Univ. Press, 1978, pp. 1-27.
—, Jeannin, Pierre; Meuvret, Jean, y Romano, Ruggiero, «Le déclin de Venise au XVII siècle», *Aspetti e cause della decadenza economica veneziana nel secolo XVII*, Atti del Convegno 27 giugno-2 luglio 1957. Venezia-Roma: Istituto per la Collaborazione Culturale, 1961, pp. 23-86.

—, y Spooner, Frank, «Prices in Europe from 1450 to 1750», en *The Cambridge Economic History of Europe*, IV, E. E. Rich y C. H. Wilson (comps.), *The economic of expanding Europe in the sixteenth and seventeenth centuries*, Cambridge, University Press, 1967, páginas 374-480 [«Los precios en Europa desde 1450 a 1750», en *Historia económica de Europa*, IV. *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977, pp. 554-704].

Braun, Rudolf, «Taxation, sociopolitical structure, and State-building: Great Britain and Brandenburg-Prussia», en Charles Tilly, comp., *The formation of national States in Western Europe*. Princeton, New Jersey, Princeton Univ. Press, 1975, pp. 243-327.

Braure, Maurice, «Quelques aspects des relations commerciales entre la France et l'Angleterre au XVIII[e] siècle», *Annales du Midi*, LXV, 21, enero de 1953, pp. 67-89.

Breen, T. H., «A changing labor force and race relations in Virginia, 1660-1710», *Journal of Social History*, VII, 1, otoño de 1973, pp. 3-25.

Brenner, Robert, «The social basis of English commercial expansion, 1550-1650», *Journal of Economic History*, XXXII, 1, marzo de 1972, páginas 361-384.

—, «England, Eastern Europe, and France: socio-historical versus 'economic' interpretation: general conclusions», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg (comps.), *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 68-71.

—, «Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe», *Past and Present*, núm. 70, febrero de 1976, páginas 30-75.

Briggs, Martin S., «Building construction», en C. Singer, *et al.*, *A history of technology*, III: *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1700*, Oxford, Clarendon Press, 1957, pp. 245-268.

Bromley, J. S., «The Channel Island Privateers in the War of the Spanish Succession», *La société Guernésiaise*, Informe y actas del año 1949, XIV, 4, 1950, pp. 444-478.

—, «The decline of absolute monarchy (1638-1774)», en J. M. Wallace-Hadrill y John McManners, comps., *France: government and society*, Londres, Methuen, 1957, pp. 134-160.

—, «The French privateering war, 1702-1713», en H. E. Bell y R. L. Ollard (comps.), *Historical essays 1600-1750 presented to David Ogg*, Londres, Adam & Charles Black, 1964, pp. 203-231.

—, «Introduction», en *New Cambridge Modern History*, VI: *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725*. Cambridge: University Press, 1970, 1-36. [«Introducción», en *Historia del mundo moderno*, VI: *El auge de Gran Bretaña y Rusia, 1688-1725*, Barcelona, Sopena, 1973, pp. 1-25.]

—, y Ryan, A. N., «Armies and navies: (3) navies», en *New Cambridge Modern History*, VI: J. S. Bromley (comp.), *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725*. Cambridge: University Press,

1970, pp. 790-833. [«El ejército y la marina de guerra: 3 La Marina», en *Historia del mundo moderno*, ob. cit., pp. 570-601.]

Brown, P. Hume, *The legislative union of England and Scotland*, Oxford, Clarendon Press, 1914.

Brown, Vera Lee, «Contraband trade as a factor in the Decline of Spain's empire in America», *Hispanic American Historical Review*, VIII, 2, mayo de 1928, pp. 178-189.

Bruchey, Stuart, *The roots of American economic growth, 1607-1861*, Nueva York, Harper & Row, 1965.

—, (comp.) *The colonial merchant. Sources and readings*, Nueva York, Harcourt, Brace & World, 1966.

Bruford, W. H., «The organisation and rise of Prussia», en *New Cambridge Modern History*, VII: J. O. Lindsay (comp.), *The old regime, 1713-63*, Cambridge, University Press, 1966, pp. 292-317. [«La organización y desarrollo en Prusia», en *El Antiguo Régimen*, Barcelona, 1972, pp. 209-229.]

Brulez, W., «Anvers de 1585 à 1650», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, LIV, 1, 1967, pp. 75-99.

Bulferetti, Luigi, «L'oro, la terra e la società: una interpretazione del nostro Seicento», *Archivio Storico Lombardo*, 8.ª serie, IV, 1953, pp. 5-66.

—, y Constantini, Claudio, *Industria e commercio in Liguria nell'età del Risorgimento (1700-1860)*, Milán, Banca Commerciale Italiana, 1966.

Burckhardt, Jacob, *Fragments historiques*, Ginebra, Lib. Droz, 1965.

Bürgin, Alfred, «The growth of the Swiss national economy», en Hugh G. T. Aitken (comp.), *The State and economic growth*. Nueva York, Social Science Research Council, 1959, pp. 213-236.

Burke, Peter, *Venice and Amsterdam: a study of seventeenth-century elites*, Londres, Temple Smith, 1974.

Burt, Roger, «Lead production in England and Wales, 1700-1770», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXII, 2, agosto de 1969, páginas 249-267.

Busquet, Raoul, Bourrilly, V.-L., y Agulhon, M., *Histoire de la Provence*, París, Presses Univ. de France, 1972.

Caizzi, Bruno, *Industria, commercio e banca in Lombardia nel XVIII secolo*, Milán, Banca Comerciale Italiana, 1968.

Campbell, R. H., «Anglo-Scottish union of 1717: the economic consequences», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVI, 3, abril de 1964, pp. 468-477.

Cancilo, Orazio, «I dazi sull'esportazione dei cereali e il commercio dei grani nel Regno di Sicilia», *Nuovi quaderni del meridione*, número 28, octubre-diciembre de 1969, pp. 1-36.

Cardozo, Manoel, «The Brazilian gold rush», *The Americas*, III, 2, octubre de 1946, pp. 137-160.

Carlsson, Sten, «The dissolution of the Swedish States, 1700-1865», *Journal of European Economic History*, I, 3, invierno de 1972, páginas 574-624.

Carmagnani, Marcello, *Les mécanismes de la vie économique dans une société coloniale: le Chili (1680-1830)*, Paris, SEVPEN, 1973.

Carmona, Maurice, «Aspects du capitalisme toscan au XVIe et XVIIe siècles», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, XI, 2, abril-junio de 1964, pp. 81-108.

Carr, Raymond, «Two Swedish Financiers: Louis de Geer and Joel Gripenstierna», en H. E. Bell y R. L. Ollard (comps.), *Historical essays 1600-1750 presented to David Ogg*, Londres, Adam y Charles Black, 1964, pp. 18-34.

Carrière, Charles, «La draperie languedocienne dans la seconde moitié du XVIII siècle (contribution à l'étude de la conjoncture levantine», en *Conjoncture économique, structures sociales; hommage à Ernest Labrousse*, Paris y La Haya, Mouton, 1974, pp. 157-172.

Carstairs, A. M., «Some economic aspects of the union of parliaments», *Scottish Journal of Political Economy*, II, 1, febrero de 1955, pp. 64-72.

Carsten, F. L., «Slaves in North-Eastern Germany», *Economic History Review*, XI, 1, 1941, pp. 61-76.

—, «The origins of the Junkers», *English Historical Review*, LXII, número 243, abril de 1947, pp. 145-178.

—, «The Great Elector and the foundation of the Hohenzollern despotism», *English Historical Review*, LXV, núm. 255, abril de 1950, páginas 175-202.

—, *The origins of Prussia*, Oxford, Clarendon Press, 1954.

—, «Was there an economic decline en Germany before the 30 Years War?», *English Historical Review*, LXXI, núm. 279, abril de 1956, páginas 240-247.

—, *Princes and Parliaments in Germany, from the fifteenth to the eighteenth century*, Oxford, Clarendon Press, 1959.

—, «Introduction: the age of Louis XIV», en *The New Cambridge Modern History*, V: F. L. Carsten (comp.), *The ascendancy of France, 1648-88*, Cambridge, University Press, 1961, pp. 1-18. [Traducción cast., Barcelona, Sopena, 1980.]

—, «The rise of Brandenburg», en *The New Cambridge Modern History*, V: F. L. Carsten (comp.), *The ascendancy of France, 1648-88*, Cambridge, University Press, 1969, pp. 543-558. [Trad. cast., Barcelona, Sopena, 1980.]

Carswell, John, *The South Sea bubble*, Stanford, Stanford Univ. Press, 1960.

—, *The descent on England*, Nueva York, John Day, 1969.

Carter, Alice C., «The Dutch and the English public debt in 1777», *Economica*, n.s., XX, núm. 78, mayo de 1953, pp. 159-161 (a).

—, «Dutch foreign investment, 1738-1800», *Economica*, n.s., XX, noviembre de 1953, pp. 322-340 (b).

—, «The Huguenot contribution to the early years of the funded debt, 1694-1714», *Proceedings of the Huguenot society of London*, XIX, 3, 1955, pp. 21-41.

—, «Financial activities of the Huguenots in London and Amsterdam

in the mid-eighteenth century», *Proceedings of the Huguenot society of London*, XIX, 6, 1959, pp. 313-333.
—, «Note on *A note on Yardsticks*», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 3, abril de 1960, pp. 440-444.
—, «The Dutch as neutrals in the Seven Years War», *International and Comparative Law Quarterly*, XII, 3 julio de 1963, pp. 818-834.
—, «Britain as a European power from her glorious revolution to the French Revolutionary War», en J. S. Bromley y E. H. Kossmann (comps.), *Britain and the Netherlands in Europe and Asia*, Londres, Macmillan, 1968, pp. 110-137.
—, *The Dutch Republic in the Seven Years War*, Coral Gables, Fla., Univ. of Miami Press, 1971.
—, (comp.), «Survey of recent Dutch historiography», *Acta Historiae Neerlandica*, VI, 1973, pp. 175-200.
—, *Neutrality or commitment: the evolution of Dutch foreign policy, 1667-1795*, Londres, Edw. Arnold, 1975 (a).
—, *Getting, spending and investing in early modern times*, Assen, Netherlands, Van Gorcum & Comp B. V., 1975 (b).
Castillo, Alvaro, «Dans la monarchie espagnole du XVIIe siècle: les banquiers portugais et le circuit d'Amsterdam», *Annales ESC*, XIX, 2, marzo-abril de 1964, pp. 311-316.
—, «La coyuntura de la economía valenciana en los siglos XVI y XVII», *Anuario de Historia Económica y Social*, II, 2, enero-diciembre de 1969, pp. 239-288.
Cavignac, Jean, «Carrières et carriers du Bourgeois au XVIIIe siècle», en *Carrières, mines et métallurgie de 1610 à nos jours*, Actes du 98e Congrès National des Societes Savantes, Saint-Etienne, 1973, Section d'histoire moderne et contemporaine, I. París, Bibliothèque Nationale, 1975, pp. 205-226.
Cernovodeanu, Paul, «The general condition of English trade in the second half of the 17th century and at the beginning of the 18th century», *Revue des études du sud-est européen*, V, 3-4, 1967, páginas 447-460.
—, *England's trade policy in the Levant, 1660-1714*. Bibliotheca Historica Romaniae, Economic History Section Studies, 41(2), Bucarest, Publishing House of the Academy of the Socialist Rep. of Romania, 1972.
Céspedes del Castillo, Guillermo, *Lima y Buenos Aires. Repercusiones económicas y políticas de la creación del Virreinato de La Plata*. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos de Sevilla, XXIV, Sevilla, 1947.
Cipolla, Carlo M., «Aspetti e problemi nell'economia milanese e lombarda nei secoli XVI e XVII», en *Storia di Milano*, XI. *Il declino spagnolo (1630-1706)*, 1.ª ed., Milán, Fond. Treccani degli Alfieri per la Storia di Milano, 1958, pp. 377-399.
—, *The economic history of world population*, ed. rev., Baltimore, Penguin Books, 1964. [*Historia económica de la población mundial*, Barcelona, Crítica, 1982.]
—, *Guns, sails and empires*, Nueva York, Pantheon, 1966. [*Cañones y*

*velas. Primera fase de la expansión europea,* Barcelona, Ariel, 1967.]
—, «Introduction», a *The Fontana Economic History of Europe,* IV: *The sixteenth and seventeenth centuries,* Glasgow, Collins, 1974, páginas 7-13.
Clapham, (Sir) John, «The growth of an agrarian proletariat, 1688-1832: a statistical note», *The Cambridge Historical Journal,* I, 1, 1923, pp. 92-95.
—, *The Bank of England,* I: *1694-1797,* Cambridge, University Press, 1944.
Clark, G. N., *The Dutch alliance & the war against French trade, 1688-1697,* Univ. of Manchester Historical Series, núm. 42, Manchester, England, University Press, 1923.
—, «War, trade and trade war, 1701-13», *Economic History Review,* I, 2, enero de 1928, pp. 262-280.
—, «Early capitalism and invention», *Economic History Review,* VI, 2, abril de 1936, pp. 143-156.
—, *The seventeenth century,* 2.ª ed., Oxford, Clarendon Press, 1960.
—, «The Nine Years War, 1688-1697», en *New Cambridge Modern History,* VI: J. S. Bromley (comp.), *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725.* Cambridge, University Press, 1970, pp. 223-253. [«La guerra de la Liga de Augsburgo, 1688-1697», en *Historia del mundo moderno,* VI: *El auge de Gran Bretaña y Rusia, 1688-1725,* páginas 161-182.]
Coats, A. W., «Changing attitudes to labour in the mid-eighteenth century», *Economic History Review,* 2.ª serie, XI, 1, agosto de 1958, pp. 35-51.
Cohen, Jacob, «The element of lottery in British government bonds, 1684-1919», *Economica,* n.s., XX, núm. 79, agosto de 1953, pp. 237-246.
Coleman, D. C., «Labour in the English economy of the seventeenth century», *Economic History Review,* 2.ª serie, VIII, 3, abril de 1956, páginas 280-295.
—, «Eli Heckscher and the idea of mercantilism», *Scandinavian Economic History Review,* V, 1, 1957, pp. 3-25.
—, «Technology and economic history, 1500-1750», *Economic History Review,* 2.ª serie, XI, 3, 1959, pp. 506-514.
—, *Revisions in mercantilism,* Londres, Methuen, 1969.
—, *The economy of England, 1450-1750.* Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1977.
Cook, Sherburne F., y Borah, Woodrow, *Essays in Population History,* I: *Mexico and the Caribbean.* Berkeley: Univ. of California Press, 1971. [*Ensayos sobre historia de la población,* I, *México y el Caribe,* México, Siglo XXI, 1950.]
Cooper, J. P., «Sea power», *The New Cambridge Modern History,* IV. J. P. Cooper (comp.), *The decline of Spain and the Thirty Years War, 1609-48/59,* Cambridge, University Press, 1970, pp. 226-238. [Trad. cast., Barcelona, Sopena, 1980.]
Coornaert, E. L. J., «European economic institutions and the New World: the Chartered Companies», en E. E. Rich y C. H. Wilson

(comps.), *Cambridge Economic History of Europe*, IV: *The economy of expanding Europe in the sixteenth & seventeenth centuries*, Cambridge, University Press, 1967, pp. 220-274. [«Las instituciones económicas europeas y el Nuevo Mundo; las Chartered Companies», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977, pp. 325-404.]

Corvisier, André, «Les généraux de Louis XIV et leur origine sociale», *XVIIe Siècle*, núms. 42-43, 1.er trimestre de 1959, pp. 23-53.

Cottrell, Fred, *Energy and society*, Nueva York, McGraw-Hill, 1955.

Craeybeckx, Jan, «Les industries d'exportation dans les villes flamandes au XVIIe siècle, particulièrement à Gand et à Bruges», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, IV: *Evo moderno*. Milán, Dott. A. Giuffrè-Ed., 1962, pp. 411-468.

Craig, Gordon A., *The politics of the Prussian army, 1640-1945*, Oxford, Clarendon Press, 1955.

Craven, Wesley Frank, *The colonies in Transition, 1660-1713*, Nueva York, Harper & Row, 1968.

Croft, Pauline, «Free trade and the House of Commons, 1605-6», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXVIII, 1, febrero de 1975, páginas 17-27.

Croot, Patricia, y Parker, David, «Agrarian class structure and economic development», *Past and Present*, núm. 78, febrero de 1968, pp. 37-47.

Crosby, Alfred W., «Conquistador y pestilencia: the first New World pandemic and the fall of the great Indian empires», *Hispanic American Historical Review*, XLVII, 3, agosto de 1967, pp. 321-337.

Crouzet, François, «Angleterre et France au XVIII siècle. Essai d'analyse comparée de deux croissances économiques, *Annales ESC*, XXI, 2, marzo-abril de 1966, pp. 254-291.

—, «The economic history of modern Europe», *Journal of Economic History*, XXXI, 1, marzo de 1971, pp. 135-152.

—, «England and France in the eighteenth century», en Marc Ferro (comp.), *Social Historians in Contemporary France*, Nueva York, Harper & Row, 1972, pp. 59-86. (Traducido de *Annales ESC*, 1966.)

Cullen, L. M., «Problems in the interpretation and revision of eighteenth-century Irish economic history», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5.ª serie, XVII, 1967, pp. 1-22.

—, *Anglo-Irish Trade, 1660-1800*, Manchester, England, Manchester Univ. Press, 1968.

—, «Merchant communities overseas, the navigation acts and Irish and Scotish responses», en L. M. Cullen y T. C. Simout (comps.), *Comparative aspects of Scottish and Irish economic and social history, 1600-1900*, Edimburgo, John Donald Publ., 1977, pp. 165-176.

Cunningham, W., *The growth of English industry & commerce in modern times*, 2 vols., Cambridge, University Press, 1892.

—, *Alien Immigrants to England*, Londres, Swan Sonnenschein, 1897.

Curtin, Philip D., «Epidemology and the slave trade», *Political Science Quarterly*, LXXXIII, 2, junio de 1968, pp. 190-216.

—, *The Atlantic slave trade: a census*, Madison, Univ. of Wisconsin Press, 1969.

—, «The Atlantic slave trade, 1600-1800», en J. F. A. Ajayi y M. Crowder, comps., *History of West Africa*, Londres, Longmans, 1971, I, páginas 240-268.

Chambers, J. D., «The vale of Trent, 1670-1800», *Economic History Review Supplements*, núm. 3, Cambridge, University Press, 1957.

—, «Industrialization as a factor in economic growth in England, 1700-1900», *First International Conference of Economic History*, Estocolmo, agosto de 1960, París y La Haya, Mouton, 1960, páginas 205-215.

—, «The rural domestic industries during the period of transition to the factory system, with special reference to the midland counties of England», *Second International Conference of Economic History*, Aix-en-Provence, 1968, II: *Middle Ages and modern times*. París y La Haya, Mouton, 1965, pp. 429-455.

Chandler, David G., «Armies and navies, I: The act of war on land», en *New Cambridge Modern History*, IV: J. S. Bromley (comp.), *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725*. Cambridge, University Press, 1970, pp. 741-762. [Trad. cast., Barcelona, Sopena, 1980.]

Chaudhuri, K. N., «The East India Company and the export of treasure in the early seventeenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVI, 1, agosto de 1963, pp. 23-38.

—, «Treasure and trade balances: the East India Company's export trade, 1660-1720», *Economic History Review*, XXI, 3, diciembre de 1968, pp. 480-502.

Chaunu, Huguette y Pierre, «Autour de 1640: politiques et économies atlantiques», *Annales ESC*, IX, 1, enero-marzo de 1954, pp. 44-54.

Chaunu, Pierre, *Seville et l'Atlàntique*, VIII (2 bis): *La conjoncture (1593-1650)*, París, SEVPEN, 1959.

—, «Les échanges entre l'Amérique espagnole et les anciens mondes aux XVIe, XVIIe et XVIIIe siècles», *Information historique*, núm. 5, noviembre-diciembre de 1960, pp. 207-216 (a).

—, *Les Philippines et le Pacific des Ibériques (XVIe, XVIIe, XVIIIe siècles)*, París, SEVPEN, 1960 (b).

—, «Brésil et l'Atlantique au XVIIe siècle», *Annales ESC*, XVII, 6, noviembre-diciembre de 1961, pp. 1176-1207.

—, «Jansénisme et frontière de catholicité (XVIIe et XVIIIe siècles): a propos du Jansénisme lorrain», *Revue Historique*, 86e année, CCXXVII, 1, fasc. 461, 1er trimestre 1962, pp. 115-138 (a).

—, «Le renversement de la tendance majeure des prix et des activités au XVIIe siècle», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, IV: *Evo moderno*, Milán, Dott. A. Giuffrè-Ed., 1962, pp. 219-255 (b).

—, «Manille et Macão, face à la conjoncture des XVIe et XVIIe siècles», *Annales ESC*, XVII, 3, mayo-junio de 1962, pp. 555-580 (c).

—, «Las Casas et la première crise structurelle de la colonisation espagnole (1515-1523)», *Revue Historique*, 87e année, CCXXIX, 1, fasc. 465, 1.er trimestre 1963, pp. 59-102 (a).

—, «Le XVIIe siècle. Problèmes de conjoncture. Conjoncture globale et conjonctures rurales françaises», en *Mélanges d'histoire économique et social en hommage au professeur Antony Babel à l'occasion de son soixante-quinzième anniversaire*, Ginebra, La Tribune, 1963, I, pp. 337-355 (b).
—, «Notes sur l'Espagne de Philippe V (1700-1746)», *Revue d'Histoire Economique et Social*, XLI, 4, 1963, pp. 448-470 (c).
—, «Les 'Cristãos Novos' et l'effondrement de l'empire portugais dans l'Océan Indien au début du XVIIe siècle», *Revue des Etudes Juives*, 4.ª serie, II (CXXII), fasc. 1-2, enero-junio de 1963, pp. 188-190 (d).
—, *L'Amérique et les Amériques*. París: Lib. Armand Colin, 1964 (a).
—, «La population de l'Amérique indienne», *Revue Historique*, CCXXXII, 1, julio-septiembre de 1964, pp. 111-118 (b).
—, «Les crises au XVIIe siècle de l'Europe reformée», *Revue Historique*, CCXXXIII, 1, enero-marzo de 1965, pp. 23-60 (a).
—, «Une histoire religieuse sérielle: a propos du diocèse de La Rochelle (1648-1724) et sur quelques exemples normands», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XII, 1965, pp. 5-34 (b).
—, *La civilisation de l'Europe classique*, París, Arthaud, 1966 (a). [*La civilización de la Europa clásica*, Barcelona, Juventud, 1975.]
—, «Le rythme trentenaire de l'expansion européenne», *Annales ESC*, XXI, 4, julio-agosto de 1966, pp. 886-893 (b).
—, «Reflexions sur le tournant des années 1630-1650», *Cahiers d'Histoire*, XII, 3, 1967, pp. 249-268 (a).
—, «A partir du Languedoc. De la peste noire à Malthus. Cinq siècles d'histoire sérielle», *Revue Historique*, CCXXXVII, 2, fasc. 482, abril-junio de 1967, pp. 359-380 (b).
Checkland, S. G., «Finance for the West Indies, 1780-1815», *Economic History Review*, 2.ª serie, X, 3, 1958, pp. 461-469.
Cherepnin, L. V., «Russian seventeenth-century Baltic trade in Soviet historiography», *Slavonic and East European Review*, XLIII, número 100, diciembre de 1964, pp. 1-22.
Cherry, George L., «The development of the English free-trade movement in parliament, 1689-1702», *Journal of Modern History*, XXV, 2, junio de 1953, pp. 103-119.
Chevalier, François, «Pour l'histoire du travail en Nouvelle Espagne: une oeuvre fundamentale», *Annales ESC*, III, 4, octubre-diciembre de 1948, pp. 484-487.
—, *Land and society in colonial Mexico*, Berkeley, Univ. of California Press, 1970.
Christelow, Allen, «French interest in the Spanish empire during the ministry of the duc de Choiseul, 1759-1771», *Hispanic American Historical Review*, XXI, 4, noviembre de 1941, pp. 515-537.
—, «Contraband trade between Jamaica and the Spanish main, and the free port act of 1766, *Hispanic American Historical Review*, XXII, 2, mayo de 1942, pp. 309-343.
—, «Economic background of the Anglo-Spanish War of 1762», *Journal of Modern History*, XVIII, 1, marzo de 1946, pp. 22-36.

Dahlgren, Stellan, «Estates and classes», en M. Roberts, comp., *Sweden's age of greatness, 1632-1718*, Nueva York, St. Martin's Press, 1973, pp. 102-131 (a).

—, «Charles X and the constitution, en M. Roberts, comp., *Sweden's age of greatness, 1632-1718*, Nueva York, St. Martin's Press, 1973, páginas 174-202 (b).

Dales, J. H., «The discoveries and mercantilism: an essay in history and theory», *Canadian Journal of Economics and Political Science*, XXI, 2, mayo de 1955, pp. 141-153.

Darby, H. C., «The age of the improver: 1600-1800», en H. C. Darby, comp., *A new historical geography of England*, Cambridge, University Press, 1973, pp. 302-388.

—, H. C. y Fullard, Harold, comps., *Atlas*, vol. XIV de *New Cambridge Modern History*, Cambridge, University Press, 1970. [Barcelona, Sopena, 1980.]

Da Silva, José-Gentil, «Au XVIIe siècle: la stratégie du capital florentin», *Annales ESC*, XIX, 3, mayo-junio de 1964, pp. 480-491 (a).

—, «Degradazione economica e ristagno secolare. Linee di sviluppo dell' economia spagnola dopo il secolo XVI», *Studi Storici*, V, 2, 1964, pp. 241-261 (b).

—, *En Espagne: développement économique, subsistance, declin*, París y La Haya: Mouton, 1965. [*Desarrollo económico, subsistencia y decadencia en España*, Madrid, Ciencia Nueva, 1967.]

—, «Les sociétés commerciales, la fructification du capital et la dynamique sociale, XVI-XVIIIe siècles», *Anuario de Historia Económica y Social*, II, 2, enero-diciembre de 1969, pp. 117-190.

Davies, C. S. L., «Peasant revolt in France and England: a comparison», *Agricultural History Review*, XXI, 2, 1973, pp. 122-134.

Davies, K. G., «Joint-stock investment in the later seventeenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, IV, 3, 1952, pp. 283-301 (a).

—, «The origin of the commission system in the West India trade, *Transactions of the Royal Historical Society*, 5.ª serie, II, 1952, páginas 89-107 (b).

—, *The Royal African Company*, Londres, Longmans, Green & Co., 1957.

—, «Empire and capital», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIII, 1, agosto de 1960, 105-110.

—, *The north Atlantic world in the seventeenth century*, Minneapolis, Univ. of Minnesota Press, 1974.

Davis, Ralph, «English foreign trade, 1660-1700», *Economic History Review*, 2.ª serie, VII, 2, diciembre de 1954, pp. 150-166.

—, «Merchant shipping in the economy of the late seventeenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, IX, 1, agosto de 1956, páginas 59-73.

—, «Earnings of capital in the English shipping industry, 1670-1730», *Journal of Economic History*, XVII, 3, 1957, pp. 409-425.

—, «England and the Mediterranean, 1570-1670», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Cambridge, University Press, 1961, pp. 117-137.

—, «English foreign trade, 1700-1774», *Economic History Review*, 2.ª serie, xv, 2, diciembre de 1962, pp. 285-303.

—, «The rise of protection in England, 1669-1786», *Economic History Review*, 2.ª serie, xix, 2, agosto de 1966, pp. 306-317.

—, Revisado por Pierre Jeannin. *L'Europe du Nord-Ouest et du Nord aux XVII et XVIII siècles* (París, Presses Univ. de France, 1969), en *Economic History Review*, xxiii, 2, agosto de 1970, pp. 387-388.

—, *English overseas trade, 1500-1700, studies in economic history*, Londres, Macmillan, 1973 (a).

—, *The rise of the Atlantic economies*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1973 (b).

—, *English merchant shipping and Anglo-Dutch rivalry in the seventeenth century*, Londres, HMSO, National Maritime Museum, 1975.

Deane, Phyllis, «The output of the British woollen industry in the eighteenth century, *Journal of Economic History*, xvii, 2, 1957, pp. 207-223.

—, y Cole, W. A., *British economic growth, 1688-1959*, Cambridge, University Press, 1962.

De Beer, E. S., «The English revolution», en *New Cambridge Modern History*, vi: J. S. Bromley, comp., *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725*. Cambridge, University Press, 1970, pp. 193-222. [«La revolución inglesa», en *Historia del mundo moderno*, vi: *El auge de Gran Bretaña y Rusia, 1688-1725*, Barcelona, Sopena, 1975, páginas 138-160.]

Debien, Gabriel, *Le peuplement des Antilles françaises au XVIIe siècle: les engagés partis de La Rochelle (1683-1715), Notes d'histoire coloniale*, ii. El Cairo, Institut Français d'Archéologie Orientale du Caire, 1942.

De Castro, Antonio Barros, «The hands and feet of the planter: the dynamics of colonial slavery», manuscrito no publicado, *c.* 1976.

Dechêne, Louise, *Habitants et marchands de Montréal au XVIIe siècle*, París, Plon, 1974.

Dehio, Ludwig, *The precarious balance*, Nueva York, Vintage, 1962.

Delille, Gerard, M. Morineau, *Les faux semblemts d'un démarrage économique*, en *Journal of European Economic History*, i, 3, invierno de 1972, pp. 809-812.

Delumeau, Jean, «Le commerce extérieur français au xviie siècle», *XVIIe Siècle*, núms. 70-71, 1966, pp. 81-105.

De Maddalena, Aldo, «Rural Europe, 1500-1750», en C. M. Cipolla, comp., *The Fontana Economic History of Europe*, ii: *The sixteenth and seventeenth centuries*, Glasgow, Collins, 1974, pp. 273-353 (a).

—, *Prezzi e mercedi a Milano dal 1701 al 1860*, Milán, Banco Commerciale Italiano, 1974 (b).

Dent, Julian, «An aspect of the crisis of the seventeenth century: the collapse of the financial administration of the French monarchy (1653-61)», *Economic History Review*, 2.ª serie, xx, 2, agosto de 1967, pp. 241-256.

Deprez, P., «The demographic development of Flanders in the eigh-

teenth century», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in History,* Londres, Edw. Arnold, 1965, pp. 608-630.

Dermigny, Louis, «Saint-Domingue aux XVIIe et XVIIIe siècles», *Revue Historique,* núm. 204, octubre-diciembre de 1950, pp. 234-239.

—, «Circuits de l'argent et milieux d'affaires au XVIIIe siècle», *Revue Historique,* 78e année, núm. 212, octubre-diciembre de 1954, páginas 239-277.

—, «Le fonctionnement des compagnies des Indes, I: L'organisation et le rôle des compagnies», en M. Mollat, comp., *Sociétés et compagnies en Orient et dans l'Océan Indien,* París, SEVPEN, 1970, páginas 443-451 (a).

—, «Le fonctionnement des compagnies des Indes, II: East India Company et Compagnie des Indes», en M. Mollat, comp., *Sociétés et compagnies en Orient et dans l'Océan Indien,* París, SEVPEN, 1970, pp. 453-466 (b).

—, «Gênes et le capitalisme financier», *Revue d'Histoire Economique et Social,* LII, 4, 1974, pp. 547-567.

De Roover, Raymond, *L'évolution de la lettre de change, XIVe-XVIIIe siècles,* París, Lib. Armand Colin, 1953.

—, «What is dry exchange? A contribution to the study of English mercantilism», en Julius Kirshner (comp.), *Business, banking and economic thought in late and early modern Europe: selected studies of Raymond de Roover,* Chicago, Illinois, Univ. of Chicago Press, 1974, pp. 183-199 (a). (Antes en *Journal of Political Economics,* LII, 3, 1944, pp. 250-266.)

—, «New interpretations in the history of banking», *Business, banking, and economic thought in late medieval and early modern europe,* Chicago, Illinois, Univ. of Chicago Press, 1974, pp. 200-238 (b). (Antes en *Journal of World History,* II, 1954, pp. 38-76.)

Deschamps, Hubert, *Pirates et flibustiers,* «Que sais-je?», núm. 554, Paris, Presses Univ. de France, 1973.

Desdevises du Dézert, G., «Les institutions de l'Espagne», *Revue Hispanique,* LXX, 1927, pp. 1-556.

Dessert, Daniel, y Journet, Jean-Louis, «Le lobby Colbert: Un royaume, ou une affaire de famille?», *Annales ESC,* XXX, 6, noviembre-diciembre de 1975, pp. 1303-1336.

Devine, T. M., «Colonial commerce and the Scottish economy, c. 1730-1815», en L. M. Cullen y T. C. Smout, comps., *Comparative aspects of Scottish and Irish economic and social history, 1600-1900,* Edimburgo, John Donald Publ., 1977, pp. 177-190.

De Vries, Jan, «On the modernity of the Dutch Republic», *Journal of Economic History,* XXXIII, 1, marzo de 1973, pp. 191-202.

—, *The Dutch rural economy in the golden age, 1500-1700,* New Haven, Connecticut, Yale Univ. Press, 1974.

—, «Holland: Commentary», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth century Holland.* Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 55-57.

—, *The economy of Europe in an age of crisis, 1600-1750*, Cambridge, University Press, 1976.
—, «Barges and capitalism: passenger transportation in the Dutch economy, 1632-1839», *A. A. G. Bijdragen*, núm. 21, 1978, pp. 33-398.
De Vries, Philip, «L'animosité anglo-hollandaise au XVIIe siècle», *Annales ESC*, V, 1, enero-marzo de 1950, pp. 42-47.
Deyon, Pierre, «Variations de la production textile aux XVIe et XVIIe siècles: sources et premiers résultats», *Annales ESC*, XVIII, 5, septiembre-octubre de 1963, pp. 939-955.
—, «A propos des rapports entre la noblesse française et la monarchie absolue pendant la première moitié du XVIIe siècle», *Revue Historique*, CCXXI, 2, fasc. 470, abril-junio de 1964, pp. 341-356.
—, «La production manufacturière en France au XVIIe siècle et ses problèmes», *XVIIe siècle*, núms. 70-71, 1966, pp. 47-63.
—, *Amiens, capitale provinciale*, París y La Haya, Mouton, 1967.
—, *Le mercantilisme*, Questions d'histoire, 11, París, Flammarion, 1969.
—, «La concurrence internationale des manufactures lainières aux XVIe et XVIIe siècles», *Annales ESC*, XXVII, 1, enero-febrero de 1972, pp. 20-32.
—, «Théorie et pratique de mercantilisme», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, réd., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 197-218 (a). [*Historia económica y social del mundo*, t. II, *Los desequilibrios del crecimiento, 1580-1730*, Madrid, Encuentro.]
—, «Compétitions commerciales et coloniales», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II, de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 219-247 (b). [*Historia económica...*, ob. cit.]
—, «Le role animateur des marchands, en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 263-289 (c). [*Historia económica...*, obra citada.]
—, «La production manufacturière», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 263-289 (d). [*Historia económica...*, ob. cit.]
—, «Les sociétés urbaines», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 291-316 (e). [*Historia económica...*, ob. cit.]
—, y Jacquart, Jean, «L'Europe: gagnants et perdants», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 497-519. [*Historia económica...*, ob. cit.]
De Zeeuw, J. W., «Peat and the Dutch golden age: the historical

meaning of energy attainability», *A.A.G. Bijdragen*, núm. 21, 1978, páginas 3-31.

Dickens, A. G., «Preface», *The Anglo-Dutch contribution to the civilization of early modern society*, Londres y Nueva York, publicado por The British Academy by Oxford Univ. Press, 1976, pp. 8-10.

Dickerson, Oliver M., *The navigation acts and the American revolution*, Philadelphia, Univ. of Pennsylvania Press, 1951.

Dickson, P. G. M., *The financial revolution in England: a study in the development of public credit, 1688-1756*, Londres, Macmillan, 1967.

—, «English commercial negotiations with Austria, 1737-1752», en A. Whiteman, J. S. Bromley y P. G. M. Dickson, comps., *Statesmen, scholars and merchants*, Oxford: Clarendon Press, 1973, páginas 81-112.

Disney, A. R., «The first Portuguese India company, 1628-33», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXX, 2, mayo de 1977, pp. 242-258.

Dobb, Maurice H., «The English Revolution, II», *Labour Monthly*, XXIII, 2, febrero de 1941, pp. 92-93.

—, *Studies in the Development of Capitalism*. Londres, Routledge & Kegan Paul, 1946. [*Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Madrid, Siglo XXI, 1982.]

—, «A Reply», en Rodney Hilton, comp., *The transition from feudalism to capitalism*, Londres, New Left Books, 1976, pp. 57-67. (Antes en *Science and Society*, primavera de 1958.) [*La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1980.]



Dobyns, Henry F., «An outline of Andean epidemic history to 1720», *Bulletin of the History of Medicine*, XXXVII, 6, noviembre-diciembre 1963, pp. 493-515.

Domínguez Ortiz, Antonio, *La sociedad española en el siglo XVII*, Monografías histórico-sociales, I, Madrid, Instituto Balmes de Sociología, depto. de Historia Social, 1970.

—, *The golden age of Spain, 1516-1659*, Nueva York, Basic Books, 1971.

Donnan, Elizabeth, «The early days of the South Sea Company, 1711-1718», *Journal of Economic and Business History*, II, 3, mayo de 1930, pp. 419-450.

Dorn, Walter L., «The Prussian bureaucracy in the eighteenth century», *Political Science Quarterly*, XLVI, 3, septiembre de 1931, páginas 403-423; XLVII, 1, marzo de 1932, pp. 75-94; XLVII, 2, junio de 1932, pp. 259-273.

Dorwart, Reinhold A., *The administrative reforms of Frederick William I of Prussia*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1953.

—, *The Prussian welfare state before 1740*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1971.

Duckham, Baron, F., *A history of the Scottish coal industry*, I: *1700-1815*, Newton Abbot, David & Charles, 1970.

Duncan, T. Bentley, *Atlantic islands: Madeira, the Azores and the Cape Verdes in seventeenth-century commerce and navigation*, Chicago, Illinois, Univ. of Chicago Press, 1972.

—, «Neils Steensgaard and the Europe-Asia trade of the early seventeenth century», *Journal of Modern History*, XLVII, 3, septiembre de 1975, pp. 512-518.

Dunn, Richard S., *Sugar and slaves*, Chapel Hill, Univ. of North Carolina Press, 1972.

Dunsdorfs, Edgars, *Merchant shipping in the Baltic during the 17th century*, Contributions of Baltic University, núm. 40, Pinneberg, 1947.

—, *Der grosse schwedische Kataster in Livland, 1681-1710*, Kungl. Vitterhets Historie och Antikvitets Akademiens Handlingar, del 72, Estocolmo, Wahlstrom & Widstrand, 1950.

Dupâquier, J. (y Jacquart, J.), «Les rapports sociaux dans les campagnes françaises au XVIIe siècle: quelques exemples», en D. Roche, comp., *Ordres et classes*, Colloque d'histoire sociale, Saint-Cloud, 24-25 mayo de 1967, París y La Haya, Mouton, 1973, pp. 167-169. [«Las relaciones sociales en la Francia rural del siglo XVII: algunos ejemplos», en *Ordenes, estamentos y clases*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 206-224.]

Dupuy, Alex, «Spanish colonialism and the origin of underdevelopment in Haiti», *Latin American Perspectives*, III, 2, primavera de 1976, pp. 5-29.

Durand, Georges, «Vin, vigne et vignerons en Lyonnais et Beaujolais (XVIe-XVIIIe siècles)», *Cahiers d'Histoire*, XXII, 2, 1977, pp. 123-133.

Durand, Yves, *Finance et mécénat: Les fermiers généraux au XVIIIe siècle*, París, Lib. Hachette, 1976.

Durie, Alastair J., «The markets for Scottish linen, 1730-1775», *Scottish Historical Review*, LII, núms. 153-154, 1973, pp. 30-49.

Dworzaczek, Włodzimierz, «La mobilité sociale de la noblesse polonaise aux XVIe et XVIIe siècles», *Acta Poloniae Historica*, núm. 36, 1977, pp. 147-161.

Eagly, Robert V., «Monetary policy and politics in mid-eighteenth century Sweden», *Journal of Economic History*, XXIX, 4, diciembre de 1969, pp. 739-757.

—, «Monetary policy and politics in mid-eighteenth century Sweden: a reply, *Journal of Economic History*, XXX, 3, septiembre de 1970, páginas 655-656.

—, «Introductory essay», a *The Swedish bullionist controversy: P. N. Christiernin's lectures on the high price of foreign exchange in Sweden (1761)*, Filadelfia, Pensilvania, Amer. Philosophical Soc., 1971, pp. 1-37.

East, W. G., «England in the eighteenth century», en H. C. Darby, *Historical geography of England before A.D. 1800*, Cambridge, University Press, 1951, pp. 465-528.

Edel, Matthew, «The Brazilian sugar cycle of the seventeenth century and the rise of west Indian competition, *Caribbean Studies*, IX, 1, abril de 1969, pp. 24-44.

Ehrman, John, *The navy in the war of William III, 1689-1697*, Cambridge, University Press, 1953.

Elliott, J. H., *The Revolt of the Catalans*, Cambridge, University Press, 1963. [*La rebelión de los catalanes*, Madrid, Siglo XXI, 1982.]
—, *Imperial Spain, 1469-1716*, Nueva York, Mentor Books, 1966 [*La España imperial*, Barcelona, Vicens Vives, 1982.]
—, «Revolution and continuity in early modern europe», *Past and Present*, núm. 42, febrero de 1969, pp. 35-56.
—, «Self-perception and decline in early seventeenth-century Spain», *Past and Present*, núm. 74, febrero de 1977, pp. 41-61.
Emmanuel, Arghiri, *Unequal exchange*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972. [*El intercambio desigual*, Madrid, Siglo XXI, 1973.]
Emmer, Pieter C., «The history of the Dutch slave trade: a bibliographical survey», *Journal of Economic History*, XXXII, 3, septiembre de 1972, pp. 728-747.
Endelman, Todd M., *The Jews of Georgian England, 1714-1830*, Filadelfia, Pensilvania, Jewish Publ. Soc. of America, 1979.
Endrei, Walter G., «English kersey in eastern Europe with special reference to Hungary», *Textile History*, v, 1974, pp. 90-99.
Enjalbert, Henry, «Le commerce de Bordeaux et la vie économique dans le Bassin Aquitaine au XVIIe siècle», *Annales du Midi*, LXII, 9, enero de 1950, pp. 21-35.
Ernle, Lord (Prothero, Rowland E.), *English farming, Past and Present*, Londres, Longmans, Green & Co., 1912.
Everitt, Alan, «The food market of the English town, 1660-1760», *Third International Conference of Economic History*, I, Munich, 1956, París y La Haya, Mouton, 1968, pp. 57-71.
Eversley, D. C. E., «Demography and economics: a summary report», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, *Demography and economy*, París y La Haya, Mouton, 1972, pp. 15-35.
Faber, J. A., «Cattle-plague in the Netherlands during the eighteenth century, *Mededelingen van de Landbouwgeschool te Wageningen*, LXII, 11, 1962, pp. 1-7.
—, «The decline of the Baltic grain trade in the second half of the seventeenth century», *Acta Historiae Neerlandica*, I, 1966, páginas 108-131.
—, Diedericks, H. A., y Hart, S., «Urbanization, industrialization, and pollution in the Netherlands, 1500-1800», ponencia para el VIth International Congress on Economic History, Copenhague, 1974, 21 pp., mimeografiado. Publicado en Holanda en *A.A.G. Bijdragen*, número 18, 1973, pp. 251-271.
—, Roessingh, H. K.; Slicher Van Bath, B. H.; Van der Woude, A. M., y Van Xanten, H. J., «Population changer and economic developments in the Netherlands, a historical survey», *A.A.G. Bijdragen*, núm. 12, 1965, pp. 47-114.
Fairlie, Susan, «Dyestuffs in the eighteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVII, 3, abril de 1965, pp. 488-510.
Fanfani, Amintore, *Storia del lavoro in Italia dalla fine del secolo XV agli inizi del XVIII*, 2.ª ed. aumentada e ilustrada, vol. III

de A. Fanfani, comp., *Storia del lavoro in Italia,* Milán, Dott. A. Giuffrè-Ed., 1959.

Farnell, J. E., «The navigation act of 1651, the first Dutch war, and the London merchant community», *Economic History Review,* 2.ª serie, XVI, 3, abril de 1964, pp. 439-454.

Farnie, D. A., «The commercial empire of the Atlantic, 1607-1783», *Economic History Review,* 2.ª serie, XV, 2, diciembre de 1962, páginas 205-218.

Fayle, C. Ernest, «The deflection of strategy by commerce in the eighteenth century», *Journal of the Royal United Service Institution,* LXVIII, 1923, pp. 281-290.

Febvre, Lucien, «De l'histoire-tableau: essais de critique constructive, *Annales d'Histoire Economique et Sociale,* V, núm. 21, 31 de mayo de 1933, pp. 267-281.

Fedorowicz, Jan K., «Anglo-Polish commercial relations in the first half of the seventeenth century», *Journal of European Economic History,* V, 2, otoño de 1976, pp. 359-378.

Fernández de Pinedo, Emiliano, *Crecimiento económico y transformaciones sociales del País Vasco (1100-1850),* Madrid, Siglo XXI de España, 1974.

F[ield], P[eter], «England's revolution», revisado por Christopher Hill, comp., *The English revolution, 1640,* en *Labour Monthly,* XXII, 10, octubre de 1940, pp. 558-559 (a).

—, «The English revolution, 1640: II. A rejoinder», *Labour Monthly,* XXII, 12, diciembre de 1940, pp. 653-655 (b).

Finer, Samuel E., «State and nation-building in Europe: the role of the military», en Charles Tilly, comp., *The formation of national states in western Europe,* Princeton, New Jersey, Princeton Univ. Press, 1975, pp. 84-163.

Fischer, Wolfram, y Lundgreen, Peter, «The recruitment and training of administrative and technical personnel», en Charles Tilly, comp., *The formation of national states in western Europe.* Princeton, New Jersey, Princeton Univ. Press, 1975, pp. 456-561.

Fisher, F. J., «London's export trade in the early seventeenth century», *Economic History Review,* 2.ª serie, III, 2, 1950, pp. 151-161.

—, «Tawney's century», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England,* Londres y Nueva York, Cambridge Univ. Press, 1961, pp. 1-14.

Fisher, Sir Godfrey, *Barbary legend: war, trade and piracy in North Africa, 1475-1830,* Oxford, Clarendon Press, 1957.

Fisher, H. E. S., «Anglo-Portuguese trade, 1700-1770», *Economic History Review,* 2.ª serie, XVI, 2, 1963, pp. 219-233.

—, *The Portugal trade: a study of Anglo-Portuguese commerce, 1700-1770,* Londres, Methuen, 1971.

Flinn, M. W., «The growth of the English iron industry, 1660-1760», *Economic History Review,* XI, 1, agosto de 1958, pp. 144-153.

—, «Sir Ambrose Crowley and the south sea scheme of 1711», *Journal of Economic History,* XX, 1, marzo de 1960, pp. 51-66.

—, «Agricultural Productivity and economic growth in England, 1700-1760: a comment», *Journal of Economic History*, XXVI, 1, marzo de 1966, pp. 93-98.
—, «The stabilisation of mortality in pre-industrial western Europe», *Journal of European Economic History*, III, 2, otoño de 1974, página 285-318.
Florescano, Enrique, *Precios del maíz y crisis agrícolas en México (1708-1810)*, México, El Colegio de México, 1969.
Floyd, Troy S., *The Anglo-Spanish struggle for Mosquita*, Alburquerque, Univ. of New Mexico Press, 1967.
Forbes, R. J., «Food and drink», en C. Singer *et al.*, *A history of technology*. III: *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1700*, Oxford, Clarendon Press, 1957, pp. 1-26.
Ford, Franklin L., *Robe and sword: the regrouping of the French aristocracy after Louis XIV*, Harvard Historical Studies, vol. XXIV, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1953.
Forster, Robert, «Obstacles to agricultural growth in eighteenth-century France», *American Historical Review*, LXXV, 6, octubre de 1970, pp. 1600-1615.
—, y Litchfield, R. Burr, «Four nobilities of the old regime (review article)», *Comparative Studies in Society and History*, VII, 3, abril de 1965, pp. 324-332.
Fourastié, Jean, y Grandamy, René, «Remarques sur les prix salariaux des céréales et la productivité du travailleur agricole en Europe du XVe et XVIe siècles», *Third International Conference of Economic History*, I, Munich, 1965, París y La Haya, Mouton, 1968, páginas 647-656.
Francis, A. D., *The Methuens and Portugal, 1691-1708*, Cambridge, University Press, 1966.
—, *The wine Trade*, Edimburgo, T. & A. Constable, 1972.
Frank, Andre Gunder, *Mexican agriculture:transformation of mode of production, 1521-1630*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1979 (a).
—, *Dependent accumulation and underdevelopment*, Nueva York, Monthly Review Press, 1979 (b).
Franken, M. A. M., «The general tendencies and structural aspects of the foreign policy and diplomacy of the Dutch Republic in the latter half of the 17th century, *Acta Historiae Neerlandica*, III, 1968, pp. 1-42.
Frèche, Georges, *Toulouse et la région, Midi-Pyrénées au siècle des lumières vers 1670-1789*, Mayenne, Ed. Cujas, 1974.
Freudenberger, Hermann, «Industrialization in Bohemia and Moravia in the eighteenth century», *Journal of Central European Affairs*, XIX, 4, enero de 1960, pp. 347-356 (a).
—, «The woolen-goods industry of the Habsburg monarchy in the eighteenth century», *Journal of Economic History*, XX, 3, septiembre de 1960, pp. 383-406 (b).
Friedrichs, Christopher R., «Capitalism, mobility and class forma-

tion in the early modern German city», *Past and Present*, número 69, noviembre de 1975, pp. 24-49.

Furniss, Edgar S., *The position of the labourer in a system of nationalism*, Nueva York, Kelley & Millman, 1957. (Publication original, Boston, 1920.)

Furtado, Celso, *The economic growth of Brazil*, Berkeley, Univ. of California Press, 1963.

Fussell, G. E., «Low Countries: influence on English farming», *English Historical Review*, LXXIV, núm. 293, octubre de 1959, páginas 611-622.

—, «Dairy Farming, 1600-1900», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, II: *Production et productivité agricoles*, París y La Haya, Mouton, 1968, pp. 31-36.

Gaastra, F., Resumen de una comunicación presentada en la Nederlands Historisch Genootschap, 24-25 de octubre de 1975, traducida con el título de «The Dutch East India Company in the seventeenth and eighteenth centuries: the growth of the concern; money for goods; a structural change in Dutch-Asian trading relations», en *Newsletter*, Centre for the Study of European Expansion, I, 3, 1976, pp. 18-19.

Galenson, David, «The slave trade to the English West Indies, 1673-1724, *Economic History Review*, 2.ª serie, XXXII, 2, mayo de 1979, páginas 241-249.

Galloway, J. H., «Northeast Brazil, 1700-50: the agricultural crisis reexamined», *Journal of Historical Geography*, I, 1, enero de 1975, páginas 21-38.

Garman, Douglas, «The English revolution, 1640: I, A reply to P. F.», *Labour Monthly*, XXII, 12, diciembre de 1940, pp. 651-653.

Gately, Michael O.; Moote, A. Lloyd, y Wills, John E., Jr., «Seventeenth-century peasant 'Furies': some problems of comparative history», *Past and Present*, núm. 51, mayo de 1971, pp. 63-80.

George, C. H., «The making of the English bourgeoisie, 1500-1750», *Science and Society*, XXXV, 4, invierno de 1971, pp. 385-414.

George, Dorothy, *England in transition*, Londres, Penguin, 1953, con adiciones.

Georgelin, J., «Ordres et classes à Venise aux XVIIe et XVIIIe siècles», en D. Roche, comp., *Ordres et classes*, Colloque d'histoire sociale, Saint-Cloud, 24-25 mayo de 1967, París y La Haya, Mouton, 1973, páginas 193-197. [«Estamentos y clases en la Venecia de los siglos XVII y XVIII», en *Ordenes, estamentos y clases*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 241-46.]

Geremek, Bronisław, revisado por Jerzy Topolski, *O tak zwanym kryzysie gospodarczym w. w Europie* (Sur la prétendu crise économique du XVIIe siècle en Europe), *Kwartalnik Historyczny*, LXIX, 2, 1962, 364-379, in *Annales E. S. C.*, XVIII, 6, noviembre-diciembre de 1963, pp. 1206-1207.

—, «La popolazione marginale tra il medioevo e l'èra moderna, *Studi Storici*, IX, 3-4, julio-diciembre de 1968, pp. 623-640.

Geyl, Pieter, *The Netherlands in the seventeenth century*, 1.ª parte, *1609-1648*, Londres, Ernest Benn, 1961.
—, *The Netherlands in the seventeenth century*, 2.ª parte, *1648-1715*, Londres, Ernest Benn, 1964.
Gibbs, F. W., «Invention in chemical industries», en C. Singer *et al.*, *A history of technology*, III: *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1700*, Oxford, Clarendon Press, 1957, páginas 676-708.
Gierowski, Józef, «Les recherches sur l'histoire de Pologne du XVIe au XVIIIe siècle au cours de 1945-1965, en *La Pologne au XIIe Congrès International des Sciences Historiques à Vienne*, Varsovia, PWN, 1965, pp. 229-263.
Giesey, Ralph E., «National stability and hereditary transmission of political and economic power», comunicación al XIV International Congress of Historical Sciences, San Francisco, 22-29 de agosto, 19 pp.
Gieysztorowa, Irena, «Guerre et régression en Masovie aux XVIe et XVIIIe siècles», *Annales ESC*, XIII, 4, octubre-diciembre de 1958, páginas 651-668.
Gilboy, Elizabeth Waterman, «Wages in eighteenth-century England», *Journal of Economic and Business History*, II, 1930, pp. 603-629.
Gill, Conrad, *The Rise of the Irish linen industry*, Oxford, Clarendon Press, 1925.
Glamann, Kristof, *Dutch-Asiatic trade 1620-1740*, Copenhague, Danish Science Press, 1958.
—, «European trade 1500-1750», en C. M. Cipolla, comp., *The Fontana Economic History of Europe*, II: *The sixteenth and seventeenth centuries*, Glasgow, Collins, 1974, pp. 427-526.
—, «The changing patterns of trade», en *Cambridge Economic History of Europe*, V: E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economic organization of early modern europe*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1977, pp. 185-289. [«Los modelos cambiantes del comercio», en *Historia económica de Europa*, V, *La organización económica en Europa en la Alta Edad Moderna*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1981, pp. 237-365.]
Glass, D. V., «Two papers on Gregory King», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in History*, Londres, Edw. Arnold, 1965, pp. 159-220.
Glenday, Daniel G., «French mercantilism and the Atlantic colonies (With specific reference to New France), 1494-1672», tesis doctoral inédita, McGill University, enero de 1975.
Godinho, Vitorino Magalhães, «Le commerce anglais et l'Amérique espagnole au XVIIIe siècle», *Annales ESC*, III, 4, octubre-diciembre de 1948, pp. 551-554.
—, «Création et dynamisme économique du monde atlantique (1420-1670)», *Annales ESC*, V, 1, enero- marzo de 1950, pp. 32-36 (a).
—, «Le Portugal, les flottes du sucre et les flottes de l'or (1670-1770)», *Annales ESC*, V, 2, abril-junio de 1950, pp. 184-197 (b).

—, «Portugal, as frotas do açúcar e as frotas do ouro 1670-1770», *Revista de História*, xv, 1953, pp. 69-88.

—, «L'émigration portugaise du xv siècle à nos jours: Histoire d'une constante structurale», en *Conjoncture économique, structures sociales*, Hommage à Ernest Labrousse, París y La Haya, Mouton, 1974.

Gongora, Mario, «Vagabondage et société pastorale en Amérique Latine (spécialement au Chili central)», *Annales ESC*, XXI, 1, enero-febrero de 1966, pp. 159-177.

Goodwin, Albert, «The social structure and economic and political attitudes of the French nobility in the eighteenth century», *XIIe Congrès International des Sciences Historiques: Rapports*, I: *Grands thèmes*, Viena, Verlag Ferdinand Berger & Söhne, 1975, pp. 356-368.

Gorlitz, Walter, *Die Junker: Adel und Bauer in deutschen Osten*, Glücksburg/Ostsee, Verlag von C. A. Starke, 1956.

Goslinga, Cornelis Ch., *The Dutch in the Caribbean and on the wild coast, 1580-1680*, Gainesville, Florida, Univ. of Florida Press, 1971.

Goubert, Pierre, «Les officiers royaux des présidiaux, bailliages et elections dans la société française du XVIIe siècle», *XVIIe Siècle*, números 42-43, 1.er trimestre de 1959, pp. 54-75.

—, *Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*, 2 vols., París, SEVPEN, 1960.

—, «Recent theories and research in French population between 1500 and 1700», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in history*, Londres, Edw. Arnold, 1965, pp. 457-473.

—, *Louis XIV and twenty million frenchmen*, Nueva York, Pantheon, 1970 (a).

—, «La force du nombre», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 9-21 (b).

—, «Le régime démographique français au temps de Louis XIV», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 23-54 (c).

—, «Révolution demographique au XVIIIe siècle?», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse, *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 55-84 (d).

—, «Les cadres de la vie rurale», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 87-118 (e).

—, «Le paysan et la terre: seigneurie, tenure, exploitation», en Fer-

nand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 119-158 (f).

—, «Le tragique XVIIe siècle», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 329-365 (g).

—, «Remarques sur le vocabulaire social de l'Ancien Régime», en D. Roche, comp., *Ordres et classes*, Colloque d'histoire sociale, Saint-Cloud, 24-25 mayo de 1967, París y La Haya, Mouton, 1973, páginas 135-140. [«Observaciones sobre el vocabulario social del Antiguo Régimen», en *Ordenes, estamentos y clases*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 163-70.]

—, «Sociétés rurales françaises du XVIII siècle: vingt paysanneries contrastées, quelques problèmes», en *Conjoncture économique, structures sociales*, Hommage à Ernest Labrousse, París y La Haya, Mouton, 1974.

Gould, J. D. «The trade depression of the early 1620's», *Economic History Review*, 2.ª serie, VII, 1, agosto de 1954, pp. 81-90.

—, «The date of England's treasure by foreign trade», *Journal of Economic History*, XV, 2, 1955, pp. 160-161 (a).

—, «The trade crisis of the early 1620's and English economic thought», *Journal of Economic History*, XV, 2, 1955, pp. 121-133 (b).

—, «Agricultural fluctuations and the English economy in the eighteenth century», *Journal of Economic History*, XXII, 3, septiembre de 1962, pp. 313-333.

Goyhenetche, Manex, *Histoire de la colonisation française au pays basque*, Bayona, Ed. ELKAR, 1975.

Graham, Gerald S., «The naval defense of British North America, 1739-1763», *Transactions of the Royal Historical Society*, 4.ª serie, XXX, 1948, pp. 95-110.

—, *Empire of the north Atlantic: the maritime struggle for North America*, 2.ª ed., Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1958.

Grampp, W. D., «The liberal elements in English mercantilism», *Quarterly Journal of Economics*, LXVI, 4, noviembre de 1952, pp. 465-501.

Granger, C. W. J., y Elliott, C. M., «A fresh look at wheat prices and markets in the eighteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XX, 2, agosto de 1967, pp. 257-265.

Grantham, G., en «Holland: participant's discussion», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 64-66.

Grassby, R. B., «Social status and commercial enterprise under Louis XIV», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIII, 1, 1960, páginas 19-38.

Gray, Stanley, y Wyckoff, V. J., «The international tobacco trade in

the seventeenth century», *Southern Economic Journal*, VII, 1, julio de 1940, pp. 1-26.

Grycz, Marian, «Handelsbeziehungen der Stadt Poznań bis Ende des XVII Jahrhunderts», *Studia Historiae Economicae*, II, 1967, páginas 43-55.

—, «Die Rolle der Stadt Poznań im Innen- und Aussenhandel bis Ende des XVII Jahrhunderts», en Ingomar Bog, comp., *Der Aussenhandel Ostmitteleuropas 1450-1650*, Colonia-Viena, Böhlau Verlag, 1971, pp. 105-119.

Guerrero B., Andrés, «La *hacienda* précapitaliste en Amérique latine», *Etudes Rurales*, núm. 62, abril-junio de 1976, pp. 5-38.

Gulvin, G., «The Union and the Scottish woollen industry», *Scottish Historical Review*, L, núms. 149-150, 1971, pp. 121-137.

Guthrie, Chester L., «Colonial economy, trade, industry and labor in seventeenth century Mexico City», *Revista de Historia de América*, núm. 7, diciembre de 1939, pp. 103-134.

Habakkuk, H. John, «The English land market in the eighteenth century», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Londres, Chatto and Windus, 1960, pp. 154-173.

—, «La disparition du paysan anglais», *Annales ESC*, XX, 4, julio-agosto de 1965, pp. 649-663 (a).

—, «The economic history of modern Britain», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in history*, Londres, Edw. Arnold, 1965, pp. 147-158 (b). (Antes en *Journal of Economic History*, 1958.)

—, «Land-owners and the civil war», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII, 1, agosto de 1965, pp. 130-151 (c).

—, «Economic functions of English landowners in the seventeenth and eighteenth centuries», en Hugh G. J. Aitken, comp., *Explorations in enterprise*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1965, pp. 327-340 (d). (Antes en *Explorations in Entrepreneurial History*, 1953.)

—, «England», en Albert Goodwin, comp., *The European nobility in the eighteenth century*, Nueva York, Harper & Row (Torchbooks), 1967, pp. 1-21.

Haley, K. H. D., «The Anglo-Dutch rapprochement of 1677», *English Historical Review*, LXXIII, 1958, pp. 614-648.

—, *The Dutch in the seventeenth century*, Londres, Thames & Hudson, 1972.

—, «Holland: commentary», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth-century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 58-60.

Hall, A. Rupert, «Military technology», en C. Singer *et al.*, *A history of technology*, III, *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1700*, Oxford, Clarendon Press, 1957, pp. 347-376 (a).

—, «The rise of the west», en C. Singer *et al.*, *A history of technology*, III, *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1700*, Oxford, Clarendon Press, 1957, pp. 709-721 (b).

—, «Scientific method and the progress of techniques», en E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *Cambridge Economic History of Europe*, IV: *The economy of expanding Europe in the sixteenth and seventeenth centuries*, Cambridge, University Press, 1967, pp. 96-154. [«El método científico y el progreso de la técnica», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977.]

Hall, Douglas, «Slaves and slavery in the British West Indies», *Social and Economic Studies*, XI, 4, diciembre de 1962, pp. 305-318.

Hamann, Manfred, «Archivfunde zur Geschichte der zweiten Leibeigenschaft», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, II, 3, 1954, páginas 476-480.

Hamilton, Earl J., «The mercantilism of Gerónimo de Uztariz: a reexamination», en Norman E. Hines, comp., *Economics, sociology and the modern world*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1935, pp. 111-129. [«Nuevo examen del mercantilismo de Gerónimo de Uztáriz», en *El florecimiento del capitalismo en otros ensayos de la historia económica*, Madrid, Revista de Occidente, 1948, pp. 209-31.]

—, «Prices and wages in southern France under John Law's system», *Economic History*, III, 12, febrero de 1937, pp. 441-461.

—, «Money and economic recovery in Spain under the first Bourbon, 1701-1746», *Journal of Modern History*, XV, 3, septiembre de 1943, pp. 192-206.

—, *War and prices in Spain, 1651-1800*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1947.

—, «The role of monopoly in the overseas expansion and colonial trade of Europe before 1800», *American Economic Review*, Proceedings, XXXVIII, 2, mayo de 1948, pp. 33-53.

—, «Plans for a National Bank in Spain, 1701-83», *Journal of Political Economy*, LVII, 4, agosto de 1949, pp. 315-336.

—, «The history of prices before 1750», en *International Congress of Historical Sciences*, Estocolmo, 1960, *Rapports*, I: *Methodologie, histoire des universités, histoire des prix avant 1750*, Gotenburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, pp. 144-164.

—, «The political economy of France at the time of John Law», *History of Political Economy*, I, 1, primavera de 1969, pp. 123-149.

—, «The role of war in modern inflation», *Journal of Economic History*, XXXVII, 1, marzo de 1977, pp. 13-19.

Hamilton, Henry, *An economic history of Scotland in the eighteenth century*, Oxford, Clarendon Press, 1963.

Hansen, Marcus Lee, *The Atlantic migration, 1607-1860*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1945.

Hansen, S. A., «Changes in the wealth and the demographic characteristics of the Danish aristocracy, 1470-1720», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, IV: J. E. C. Eversley, comp., *Demography and history*, París y La Haya, Mouton, 1972, pp. 91-122.

Harkness, D. A. E., «The opposition to the 8th and 9th articles of

the commercial treaty of Utrecht», *Scottish Historical Review*, XXI, núm. 83, abril de 1924, pp. 219-226.

Haring, Clarence Henry, *The Spanish empire in America*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1947.

—, *Trade and navigation between Spain and the Indies in the time of the Hapsburgs*, Gloucester, Massachusetts, Peter Smith, 1964. (Publicación original, 1918.)

Harlow, Vincent T., *A history of Barbados, 1625-1685*, Oxford, Clarendon Press, 1926.

Harnisch, Helmut, *Die Herrschaft Boitzenburg: Untersuchungen zur Entwicklung der sozialökonomischen Strukturländlicher Gebiete in der Mark Brandenburg vom 14. bis zum 19. Jahrhundert*, Weimar, Hermann Böhlaus Nachfolger, 1968.

Harper, Lawrence A., «The effect of the navigation acts on the thirteen colonies», en Richard B. Morris, comp., *The era of the American revolution*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1939, páginas 3-39 (a).

—, *The English navigation laws*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1939 (b).

—, «Mercantilism and the American revolution», *Canadian Historical Review*, XXIII, 1, marzo de 1942, pp. 1-15.

Harris, L. E., «Land drainage and reclamation», en C. Singer *et al.*, *A history of technology*, III: *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1750*, Oxford, Clarendon Press, 1957, páginas 300-323.

Harris, R. W., *England in the eighteenth century, 1689-1793: a balanced constitution and new horizons*, Londres, Blandford Press, 1963.

Harsin, Paul, «La finance et l'état jusqu'au système de Law», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 267-299.

Harte, N. B., «The rise of protection and the English linen trade, 1690-1790», en N. B. Harte y K. G. Ponting, comps., *Textile history and economic history*, Manchester, England: Manchester Univ. Press, 1973, pp. 74-112.

Hartwell, Richard M., «Economic growth in England before the industrial revolution: some methodological issues», *Journal of Economic History*, XXIX, 1, marzo de 1969, pp. 13-31.

Haskell, Francis, «The market for Italian art in the 17th century», *Past and Present*, núm. 15, abril de 1959, pp. 48-59.

Hasquin, Hervé, *Une mutation: le "Pays de Charleroi" aux XVIIe et XVIIIe siècles*. Bruselas, Ed. de l'Institut de Sociologie, 1971.

Hassinger, Herbert, «Die erste Wiener orientalische Handelskompanie, 1667-1683, *Vierteljahrschrift für Sozial -und Wirtschaftsgeschichte*, XXXV, 1, 1942, pp. 1-53.

Hatton, Ragnhild M., «Scandinavia and the Baltic», en *New Cambridge Modern History*, VII: J. O. Lindsay, comp., *The Old Regi-*

*me, 1713-1763*. Cambridge: University Press, 1966, pp. 339-364. [«Los países escandinavos y el Báltico», en *El Antiguo Régimen*, Barcelona, 1972, pp. 245-64.]
—, «Gratifications and foreign policy: Anglo-French rivalry in Sweden during the Nine Years War», en R. Hatton y J. S. Bromley, comps., *William III and Louis XIV, essays 1680-1720, by and for M. A. Thomson*, Toronto, Univ. of Toronto Press, 1968, páginas 68-94 (a).
—, *Charles XII of Sweden*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1968 (b).
—, «Charles XII and the Great Northern War», en *New Cambridge Modern History*, VI: J. S. Bromley, comp., *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725*. Cambridge: University Press, 1970, páginas 648-680. [«Carlos XII y la gran guerra del Norte», en *Historia del mundo moderno*, VI, *El auge de Gran Bretaña y Rusia*, Barcelona, Sopena, 1975, pp. 470-92.]
—, *Charles XII*, Londres, The Historical Association, 1974.
Haudricourt, André G., y Delamarre, Mariel Jean-Brunhes, *L'homme et la charrue à travers le monde*, París, Gallimard, 1955, 3.ª ed.
Hauser, H., «Réflections sur l'histoire des banques à l'époque moderne de la fin du XVe siècle à la fin du XVIIIe siècle», *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, 1.re année, núm. 3, 15 julio de 1929, pp. 335-351.
Havinden, M. A., «Agricultural progress in open-field Oxfordshire», en E. L. Jones, comp., *Agriculture and economic growth in England, 1650-1815*, Londres, Methuen, 1967, pp. 66-79. (Antes en *Agricultural History Review*, 1961.)
Hazard, Paul, *The European mind, 1680-1715*, Londres, Penguin, 1964.
Heaton, Herbert, «Heckscher on mercantilism, *Journal of Political Economy*, XLV, 3, junio de 1937, pp. 370-393.
Heckscher, Eli F., «Un grand chapitre de l'histoire du fer: le monopole suédois», *Annales d'histoire économique et sociale*, IV, 14, 31 de marzo de 1932, pp. 127-139; 15, 31 de mayo de 1932, páginas 225-241.
—, *Mercantilism*, 2 vols., Londres, Geo. Allen & Unwin, 1935.
—, «Mercantilism», *Economic History Review*, VII, 1, noviembre de 1936, pp. 44-54.
—, «Multilateralism, Baltic trade, and the Mercantilists», *Economic History Review*, 2.ª serie, III, 2, 1950, pp. 219-228.
—, *An economic history of Sweden*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1954.
Heitz, Gerhard, revisado por Johannes Nichtweiss, *Das Bauernlegen in Mecklenburg*, en *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, II, 4, 1955, pp. 643-649.
—, «Zur Diskussion über Gutsherrschaft und Bauernlegen in Mecklenburg», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, V, 2, 1957, páginas 278-296.
Helleiner, Karl F., «The population of Europe from the Black Death to the eve of the vital revolution», en E. G. Rich y C. H. Wilson,

comps., *The Cambridge Economic History of Europe*, IV: *The economy of expanding Europe in the sixteenth and seventeenth centuries*, Cambridge, University Press, 1967, pp. 1-95. [«La población europea desde la peste negra hasta los umbrales de la revolución vital», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977, pp. 1-134.]

Helmer, Marie, «Economie et société au XVIIe siècle: Un *Cargador de Indias*», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, IV, 1967, pp. 399-409.

Henry, Louis, «The population of France in the eighteenth century», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in history*, Londres, Edw. Arnold, 1965, pp. 434-456.

Herlihy, David, «Population, plague and social change in rural Pistoia, 1201-1430», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII, 2, agosto de 1965, pp. 225-244.

Hildebrand, Karl-Gustaf, «Salt and cloth in Swedish economic history», *Scandinavian Economic History Review*, II, 2, 1954, páginas 74-102.

—, «Foreign Markets for Swedish iron in the 18th century, *Scandinavian Economic History Review*, VI, 1, 1958, pp. 3-52.

Hildner, Ernest G., Jr., «The role of the South Sea Company in the diplomacy leading to the War of Jenkins' Ear, 1729-1739», *Hispanic American Historical Review*, XVIII, 3, agosto de 1938, páginas 322-341.

Hill, B. W., «The change of government and the 'Loss of the City', 1710-1711», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXIV, 3, agosto de 1971, pp. 395-413.

Hill, Charles E., *The Danish sound dues and the command of the Baltic*, Durham, North Carolina, Duke Univ. Press, 1926.

Hill, Christopher, «The English civil war interpreted by Marx and Engels», *Science and Society*, XII, 1, invierno de 1948, pp. 130-156.

—, «Land in the English revolution», *Science and Society*, XIII, 1, invierno de 1948-1949, pp. 22-49.

—, *The century of revolution, 1603-1714*. Nueva York, W. W. Norton, 1961 (a). [*El siglo de la revolución*, Madrid, Ayuso, 1972.]

—, «Protestantism and the rise of capitalism», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Cambridge, University Press, 1961, pp. 15-39 (b).

—, *1530-1780, Reformation to industrial revolution*, vol. 2 de la *Pelican Economic History of Britain*, Baltimore, Penguin, 1969, edición revisada. [*De la reforma a la revolución industrial, 1530-1780*, Barcelona, Ariel, 1980.]

—, «Conclusion», en *Change and continuity in seventeenth-century England*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1975, páginas 278-284 (a).

—, «The many-headed monster», en *Change and continuity in seventeenth-century England*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1975, pp. 181-204 (b). (Antes en C. H. Carter, comp., *From*

*the Renaissance to the Counter-Reformation: Essays in honor of Garrett Mattingly*, Nueva York, 1965.)

Hilton, R. H., «Capitalism, What's in a name?, *Past and Present*, número 1, 1952, pp. 32-43.

Hinton, R. W. K., «The mercantile system in the time of Thomas Mun, *Economic History Review*, 2.ª serie, VII, 3, abril de 1955, páginas 277-290.

—, *The eastland trade and the common weal in the seventeenth century*, Cambridge, University Press, 1959.

Hintze, Otto, «The Hohenzollern and the nobility», en *Historical essays*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1975, pp. 33-63 (a). (Traducido de *Historische Zeitschrift*, 1914.)

—, «The commissary and his significance in general administrative history: a comparative study, en *Historical essays*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1975, pp. 267-301 (b). (Publicado originalmente, en 1919.)

Hobsbawn, E. J., «Seventeenth century revolutions», debate con otros autores en *Past and Present*, núm. 13, abril de 1958, páginas 63-72.

—, «The seventeenth century in the development of capitalism», *Science and Society*, XXIV, 2, primavera de 1960, pp. 97-112. [«El siglo XVII en el desarrollo del capitalismo», *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, Madrid, Siglo XXI, 1981.]

—, «The crisis of the seventeenth century», en Trevor Aston, comp., *Crisis in Europe, 1560-1660*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1965, pp. 5-58. (Antes en *Past and Present*, 1954.) [«La crisis general de la economía europea en el siglo XVII», *En torno a los orígenes...*, ob. cit.]

Hoffenden, Philip S., «France and England in North America, 1689-1713», en *New Cambridge Modern History*, VI: J. S. Bromley, comp., *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725*, Cambridge, University Press, 1970, pp. 480-508. [En *Historia del mundo moderno*, VI, *El auge de Gran Bretaña y Rusia*, Barcelona, Sopena, 1975.]

Hoffmann, Alfred, *Wirtschaftsgeschichte des Landes Oberösterreich*, I: *Werden, Wachsen, Reifen von der Frühzeit bis zum Jahre 1848*, Salzburgo, Otto Müller Verlag, & Linz, Verlag F. Winter'sche Buchlandlung H. Fürstelberger, 1952.

—, «Die Grundherrschaft als Unternehmen», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, VI, 2, 1958, pp. 123-131.

Holderness, B. A., *Pre-industrial England: economy and society, 1500-1750*, Londres, J. M. Dent & Sons, 1976.

Homer, Sidney, *A history of interest rates*, New Brunswick, Nueva Jersey, Rutgers Univ. Press, 1963.

Horn, David Bayne, *Great Britain and Europe in the eighteenth century*, Oxford, Clarendon Press, 1967.

Horner, John, *The linen trade of Europe during the spinning wheel period*, Belfast, McCaw, Stevenson & Orr, 1920.

Horsefield, J. Keith, «The beginnings of paper money in England, *Journal of European Economic History*, VI, 1, primavera de 1977, páginas 117-132.

Hoskins, W. G., «English agriculture in the 17th and 18th centuries», *X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, Roma, 4-11 de septiembre de 1955, *Relazioni*, IV: *Storia moderna*, Florencia, G. C. Sansoni-Ed., 1955, pp. 205-226.

—, «Harvest fluctuations and English economic history, 1620-1759», *Agricultural History Review*, XVI, 1, 1968, pp. 15-31.

Hovde, B. J., *The Scandinavian countries, 1720-1865*, I: *The rise of the middle classes*, Ithaca, Nueva York, Cornell Univ. Press, 1948.

Howard, Michael, *War in European history*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1976.

Hroch, Miroslav, «Der Dreissigjährige Krieg und die europäischen Handelsbeziehungen», *Wissenschaftliche Zeitschrift der Ernst-Moritz-Arndt-Universitat Greifswald*, XII, 5/6, 1963, pp. 533-543.

—, «Die Rolle des zentraleuropäischen Handels im Ausgleich der Handelsbilanz Zwischen Ost- und Westeuropa, 1550-1650», en Ingomar Bog, comp., *Der Aussenhandel Ostmitteleuropas, 1450-1650*. Colonia-Viena, Böhlau Verlag, 1971, pp. 1-27.

Hubert, Eugène, «Joseph II», en *Cambridge Modern History*, A. W. Ward *et al.*, comps., VI: *The eighteenth century*, Cambridge: University Press, 1909, pp. 626-656. [Trad. cast., Barcelona, Sopena, 1980.]

Huetz de Lemps, Christian, *Géographie du commerce de Bordeaux à la fin du règne de Louis XIV*, París y La Haya, Mouton, 1975.

Hufton, Olwen H., *The poor of eighteenth-century France*, Oxford, Clarendon Press, 1974.

Hughes, Edward, *North country life in the eighteenth century. The North-East, 1700-1750*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1952.

Hutchinson, E. P., *The population debate*, Boston, Massachusetts, Houghton Mifflin, 1967.

Hymer, Stephen y Resnick, Stephen, «A model of an agrarian economy with nonagricultural activities», *American Economic Review*, LIX, 3, septiembre de 1969, pp. 493-506.

Imbert, Gaston, *Des mouvements de longue durée Kondratieff*, Aix-en-Provence, La Pensée Universitaire, 1959.

Imbert, Jean, *Histoire économique (des origines à 1789)*, Collection Thémis, París: Presses Univ. de France, 1965. [*Historia económica. (De los orígenes a 1789.)* Barcelona, Vicens-Vives, 1975.]

Imhof, Arthur E., «Der Arbeitszwang für das landwirtschaftliche Dientsvolk in den nordischen Ländern im 18. Jahrhundert», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, XXII, 1, 1974, páginas 59-74.

Innis, H. A., «Preface» a M. G. Lawson, *Fur: a study in English mercantilism, 1700-1775*, Toronto, Univ. of Toronto Press, 1943, páginas vii-xx.

Insh, George Pratt, *The Scottish jacobite movement: a study in economic and social forces*, Londres, Moray Press, 1952.

Israel, J. I., «Mexico and the 'General Crisis' of the seventeenth century», *Past and Present*, núm. 63, mayo de 1974, pp. 33-57 (a).

—, «The Portuguese in seventeenth-century Mexico», *Jahrbuch für Geschichte von Staat, Wirtschaft und Gesellschaft Lateinamerikas*, XI, 1974, pp. 12-32 (b).

—, «A Conflict of Empires: Spain and the Netherlands 1618-1648», *Past and Present*, núm. 76, agosto de 1977, pp. 34-74.

Issawi, Charles, «The Ottoman empire in the European economy, 1600-1914. Some observations and many questions», en Kemal H. Karpat, comp., *The Ottoman State and its place in world history*, Leiden, E. J. Brill, 1974, pp. 107-117.

Jacquart, Jean, «La production agricole dans la France du XVIIe siècle», *XVIIe Siècle*, núms. 70-71, 1966, pp. 21-46.

—, «La productivité agricole dans la France du Nord du XVIe et XVIIe siècles», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, II. *Production et productivité agricole*. París y La Haya, Mouton, 1968, pp. 65-74.

—, (y Dupâquier, J.), «Les rapports sociaux dans les campagnes françaises au XVIIe siècle: quelques exemples», en D. Roche, comp., *Ordres et classes*, Colloque d'histoire sociale, Saint-Cloud, 24-25 mayo de 1967, París y La Haya, Mouton, 1973, pp. 167-179. [«Las relaciones sociales en la Francia rural del siglo XVII: algunos ejemplos», en *Ordenes, estamentos y clases*, Madrid, Siglo XXI, 1978, pp. 206-24.]

—, «French agriculture in the seventeenth century», en Peter Earle, comp., *Essays in European economic history, 1500-1800*, Oxford, Clarendon Press, 1974. (Traducido de *XVII Siècle*, 1966.)

—, «Immobilisme et catastrophes», en Emmanuel Le Roy Ladurie, comp., *L'age classique des paysans de 1340 à 1789*, vol. II de *Histoire de la France rurale*, Paris: Seuil, 1975, pp. 185-353.

—, «Les inerties terriennes», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París: Lib. Armand Colin, 1978, pp. 345-388 (a). [*Historia económica y social del mundo*, t. II, *Los desequilibrios del crecimiento, 1580-1730*, Madrid, Encuentro.]

—, «L'offensive des dominants», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 389-430 (b). [*Historia económica...*, obra citada.]

—, «Des sociétés en crise», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 455-494 (c). [*Historia económica...*, ob. cit.]

Jago, Charles, «The influence of debt on the relations between

crown and aristocracy in seventeenth-century Castile», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXVI, 2, mayo de 1973, pp. 218-236.

James, Francis Godwin, «Irish colonial trade in the eighteenth century», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, XX, 4, octubre de 1963, pp. 574-582.

—, *Ireland in the empire, 1688-1770*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1973.

Jansen, H. P. H., «Holland's advance», *Acta Historiae Neerlandicae*, X, 1978, pp. 1-19.

Jansen, J. C. G. M., «Agrarian development and exploitation in South Limburg in the years 1650-1850», *Acta Historiae Neerlandica*, V, 1971, pp. 243-270.

Jeannin, Pierre, «Les comptes du Sund comme source pour la construction d'indices généraux de l'activité économique en Europe (XVIe-XVIIIe siècles)», *Revue Historique*, 88e année, núm. 231, primera parte, enero-marzo de 1964, pp. 55-102; segunda parte, abril-junio de 1964, pp. 307-340.

—, *L'Europe du Nord-Ouest et du Nord aux XVIIe et XVIIIe siècles*, Nouvelle Clio 34, París: Presses Univ. de France, 1969. [*El noroeste y norte de Europa en los siglos XVII y XVIII*, Barcelona, Labor, 1970.]

—, «Preis-, Kosten- und Gewinnunterschiede im Handel mit Ostseegetriede (1550-1650)», en *Wirtschaftliche und soziale Strukturen im saekularen Wandel*, II: Ingomar Bog *et al.*, comps., *Die vorindustrielle Zeit: Ausseragrarische Probleme*, Hannóver, Verlag M. & H. Schaper, 1974, pp. 494-518.

—, «Les marché du Nord dans le commerce français au XVIIIe siècle», en Pierre Léon, comp., *Aires et structures du commerce français au XVIIIe siècle*, Colloque national de l'Association Française des Historiens Economistes, París, CNRS, 4-6 oct. 1973, Lyon, Centre d'Histoire Economique et Social de la Region Lyonnaise, 1975, pp. 47-73.

Jensch, Georg, «Der Handel Rigas im 17. Jarhundert», *Mitteilungen aus der livländischen Geschichte*, XXIV, 2, 1930.

Jensen, Einar, *Danish agriculture: its economic development*, Copenhague, J. H. Schultz Forlag, 1937.

John, A. H., «Insurance investment and the land on money market of the 18th century», *Economica*, n.s., XX, núm. 78, mayo de 1953, páginas 137-158.

—, «War and the English economy, 1700-1763», *Economic History Review*, 2.ª serie, VII, 3, abril de 1955, pp. 329-344.

—, «Agricultural productivity and economic growth in England», *Journal of Economic History*, XXV, 1, marzo de 1965, pp. 19-34.

—, «Aspects of English economic growth in the first half of the eighteenth century», en W. E. Minchinton, comp., *The growth of English overseas trade in the seventeenth and eighteenth centuries*, Londres, Methuen, 1969, pp. 164-183. (Antes en *Economica*, 1961.)

—, «English agricultural improvement and grain exports, 1660-1765»,

en D. C. Coleman y A. H. John, comps., *Trade, government and economy in pre-industrial England*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1976, pp. 45-67.

Johnsen, Oscar Albert, *Norwegische Wirtschaftsgeschichte*, Jena, Verlag von Gustav Fischer, 1939.

Jones, E. L., «Agriculture and economic growth in England, 1660-1750: agricultural change», *Journal of Economic History*, XXV, 1, marzo de 1965, pp. 1-18.

—, «Editor's introduction, en *Agriculture and economic growth in England, 1650-1815*. Londres, Methuen, 1967, pp. 1-48.

—, «Afterword», en William N. Parker y Eric L. Jones, comps., *European peasants and their markets: essays in agrarian economic history*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton Univ. Press, 1975, páginas 327-360.

—, y Woolf, S. J., *Agrarian change and economic development: the historical problems*, Londres, Methuen, 1969.

Jones, George Hilton, *The main stream of jacobitism*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1954.

Jones, Sir Harold Spencer, «The Calendar», en C. Singer *et al.*, *A history of technology*. III: *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1700*, Oxford, Clarendon Press, 1957, páginas 558-581.

Jones, J. R., *Britain and Europe in the seventeenth century*, Londres, Edw. Arnold, 1966.

—, «English attitudes to Europe in the seventeenth century», en J. S. Bromley y E. H. Kossmann, comps., *Britain and the Netherlands in Europe and Asia*, Londres, Macmillan, 1968, pp. 37-55.

—, *The revolution of 1688 in England*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1972.

Jørgensen, Johan, «Denmark's relations with Lubeck and Hamburg in the seventeenth century», *Scandinavian Economic History Review*, IX, 2, 1963, pp. 73-116.

Joslin, D. M., «London private bankers, 1720-1785», *Economic History Review*, 2.ª serie, VII, 2, 1954, pp. 167-186.

Judges, A. V., «The idea of a mercantile state», en D. C. Coleman, comp., *Revisions in mercantilism*, Londres, Methuen, 1969, pp. 35-60. (Antes en *Transactions of the Royal Historical Society*, 1939.)

Jutikkala, Eino, «The great Finnish famine in 1696-97», *Scandinavian Economic History Review*, III, 1, 1955, pp. 48-63.

—, «Large scale farming in Scandinavia in the seventeenth century», *Scandinavian Economic History Review*, XXIII, 2, 1975, pp. 159-166.

Kaltenstadler, Wilhelm, «Der österreichisch Seehandel über Triest im 18. Jahrhundert», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, LV, 4, marzo de 1969, pp. 481-500; LVI, 1, junio de 1969, pp. 1-104.

—, «European economic history in recent German historiography», *Journal of European Economic History*, I, 1, primavera de 1972, páginas 193-218.

Kamen, Henry, «The decline of Castile: the last crisis», *Economic*

*History Review*, 2.ª serie, XVII, 1, agosto de 1964, pp. 63-76.
—, «The economic and social consequences of the Thirty Years' War», *Past and Present*, núm. 39, abril de 1968, pp. 44-61.
—, *The War of Succession in Spain, 1700-15*, Bloomington, Indiana Univ. Press, 1969. [*La guerra de Sucesión española*, Barcelona, Grijalbo, 1974.]
—, *The Iron Century: Social Change in Europe, 1550-1660*. Nueva York: Praeger, 1972. [*El siglo de hierro*, Madrid, Alianza, 1977.]
—, «Public authority and popular crime: banditry in Valencia, 1660-1714», *Journal of European Economic History*, III, 3, invierno de 1974, pp. 654-687.
—, «The decline of Spain: a historical myth?», *Past and Present*, número 81, noviembre de 1978, pp. 24-50.
Kammen, Michael, *Empire and interest: the American colonies and the politics of mercantilism*, Filadelfia, Pensilvania, J. B. Lippincott, 1970.
Kann, Robert A., «Aristocracy in the eighteenth century Habsburg empire», *East European Quarterly*, VII, 1, 1973, pp. 1-13.
Kavke, František, «Die habsburger und der böhmische Staat bis zur Mitte des 18. Jahrhunderts», *Historica*, VIII, 1964, pp. 35-64.
Kearny, H. F., «The political background to English mercantilism, 1695-1700», *Economic History Review*, 2.ª serie, XI, 3, abril de 1959, pp. 484-496.
—, «Puritanism, capitalism and the scientific revolution», *Past and Present*, núm. 28, julio de 1964, pp. 81-101.
Keith, Robert G., «Encomienda, hacienda and corregimiento in Spanish America: a structural analysis», *Hispanic American Historical Review*, LI, 3, agosto de 1971, pp. 431-446.
Keith, Theodora, «The economic causes for the Scottish Union», *English Historical Review*, XXIV, núm. 93, enero de 1909, pp. 44-60.
Kellenbenz, Hermann, *Sephardim an der unteren Elbe. Ihre wirtschaftliche und politische Bedeutung vom Ende des 16. bis zum Beginn des 18. Jahrhunderts*. Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte, Beihefte 40, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag GMBH, 1958.
—, «Händliches Gewerbe und bäuerliches Unternehmertum in Westeuropa von Spätmittelalter bis ins XVIII. Jahrhundert», *Second International Conference of Economic History*, Aix-en-Provence, 1962. II: *Middle ages and modern times*, París y La Haya, Mouton, 1965, pp. 377-427.
—, «Les industries rurales en Occident de la fin du Moyen Age au XVIIIe siècle, *Annales ESC*, LXIII, 5, septiembre-octubre de 1963, páginas 833-882.
—, «The economic significance of the Archangel Route (from the late 16th to the late 18th century)», *Journal of European Economic History*, II, 3, enero de 1973, pp. 541-581.
—, «Technology in the age of the scientific revolution, 1500-1700», en C. M. Cipolla, comp., *The Fontana History of Europe*, II: *The*

*sixteenth and seventeenth centuries*, Glasgow, Collins, 1974, páginas 177-272.
—, *The rise of the European economy*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1976.
—, «The organization of industrial production», en *Cambridge Economic History of Europe*, v: E. E. Rich y C. H. Wilson, eds., *The economic organization of early modern Europe*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1977, pp. 462-548 (a). [«La organización de la producción industrial», en *Historia económica de Europa*, v, *La organización económica en Europa en la Alta Edad Moderna*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1981, pp. 579-685.]
—, «Europaisches Kupfer, Ende 15. bis Mitte 17. Jahrhundert. Ergebnisse eines Kolloquiums», en H. Kellenbenz, comp., *Schwerpunkte der Kupferproduktion und des Kupferhandels in Europa, 1500-1650*, Colonia-Viena, Böhlau Verlag, 1977, pp. 290-351 (b).
Kemp, Tom, «Structural factors in the retardation of French economic growth», *Kyklos*, xv, 2, 1962, pp. 325-350.
Kent, H. S. K., «The Anglo-Norwegian timber trade in the eighteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, VIII, 1, agosto de 1955, pp. 62-74.
—, *War and trade in northern seas*, Cambridge, University Press, 1973.
Kepler, J. S., «Fiscal aspects of the English carrying trade during the Thirty Years' War», *Economic History Review*, 2.ª serie, xxv, 2, mayo de 1972, pp. 261-283.
Kerridge, Eric, *Agrarian problems in the sixteenth century and after*, Londres, Geo. Allen & Unwin, Ltd., 1969.
—, *The farmers of old England*, Londres, Geo. Allen & Unwin, 1973.
Kersten, Adam, «Les magnats-élite de la société nobiliaire», *Acta Poloniae Historica*, núm. 36, 1977, pp. 119-133.
Kindleberger, Charles P., «Commercial expansion and the industrial revolution», *Journal of European Economic History*, IV, 3, invierno de 1975, pp. 613-654.
—, *Manias, panics, and crashes*, Nueva York, Basic Books, 1978.
Kirchner, Walther, «Emigration: some eighteenth century considerations, *Comparative Studies in Society and History*, v, 3, abril de 1963, pp. 346-356.
Kirilly, Zs., «Examen au point de vue de rendement de la production du blé des serfs», en Mme. Zs. Kirilly *et al.*, «Production et productivité agricoles en Hongrie à l'époque du féodalisme tardif (1550-1850), *Nouvelles études historiques*, publiées à l'occasion du XIIe Congrès International des Sciences Historiques par la Commission Nationale des Historiens Hongrois, Budapest, Akademiai Kiado, 1965, pp. 615-622.
—, y Kiss, I. N., «Production de céréales et exploitations paysannes: En Hongrie aux XVIe et XVIIe siècles», *Annales ESC*, XXIII, 6, noviembre-diciembre de 1968, pp. 1211-1236.
Kisch, Herbert, «The textile industries in Silesia and the Rhineland:

a comparative study in industrialization», *Journal of Economic History*, XIX, 4, diciembre de 1959, pp. 541-564.

—, «Growth Deterrents of a Medieval Heritage: The Aachen-area Woolen Trades before 1790», *Journal of Economic History*, XXIV, 4, diciembre de 1964, pp. 517-537.

—, *Prussian mercantilism and the rise of the Krefeld silk industry: variations upon an eighteenth-century theme*, actas de la American Philosophical Society, LVIII, Pt. 7, 1968, Filadelfia, Pensilvania, Amer. Phil. Soc., 1968.

Kiss, Istvan, «Die Rolle der Magnaten-Gutswirtschaft im Grosshandel Ungarns im 17. Jahrhundert», en Ingomar Bog, comp., *Der Aussenhandel Ostmitteleuropas, 1450-1650*, Colonia-Viena, Böhlau Verlag, 1971, pp. 450-482.

Klein, Peter W., «The Trip family in the 17th century: a study of the behavior of the entrepreneur on the Dutch staple market», *Acta Historiae Neerlandica*, I, 1966, pp. 187-211.

—, «Entrepreneurial behavior and the economic rise and decline of the Netherlands in the 17th and 18th centuries», *Annales Cisalpines d'Histoire Sociale*, I, 1, 1969, pp. 7-19.

—, «Stagnation économique et emploi du capital dans la Hollande des XVIIIe et XIXe siècles», *Revue du Nord*, LII, núm. 204, enero-marzo de 1970, pp. 33-41.

Klíma, Arnošt, «Industrial development in Bohemia, 1648-1781», *Past and Present*, núm. 11, abril de 1957, pp. 87-99.

—, «English merchant capital in Bohemia in the eighteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 1, agosto de 1959, páginas 34-48.

—, «Mercantilism in the Habsburg monarchy-with special reference to the Bohemian lands, *Historica*, XI, 1965, pp. 95-119.

—, y Macůrek, J., «La question de la transition du féodalisme au capitalisme en Europe centrale (16.ᵉ-18.ᵉ siècles)», *International Congress of Historical Sciences*, Estocolmo, 1960, IV: *Histoire moderne*. Gotemburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, pp. 84-105.

Knoppers, Jake, «A quantitative study of Dutch shipping from Russia in the eighteenth century», comunicación a la Canadian Historical Association, Edmonton, 7 de junio de 1975 (a).

—, «Discussion», en F. Krantz y P. M. Hohenberg, comps., *Failed Transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, 65 (b).

—, «Patterns in Dutch trade with Russia from the Nine Years' War to the end of the republic», comunicación al Annual Meeting of the Canadian Association for the Advancement of Netherlandic Studies, Univ. of New Brunswick, Fredericton, 28-29 de mayo de 1977 (a).

—, «Ships and shipping towards the end of the eighteenth century: trends and developments in Europe», comunicación al Annual Meeting of the Canadian Historical Association, Univ. of New Brunswick, Fredericton, 2-6 de junio de 1977 (b).

Koeningsberger, H. G., «English merchants in Naples and Sicily in the seventeenth century, *English Historical Review*, LXII, número 244, julio de 1947, pp. 304-326.

Kossmann, E. H., «Discussion of H. R. Trevor-Roper: 'The general crisis of the seventeenth century'», *Past and Present*, núm. 18, noviembre de 1960, pp. 8-11.

—, «The Low Countries», *New Cambridge Modern History*, IV: J. P. Cooper, comp., *The decline of Spain and the Thirty Years' War, 1609-48/59*, Cambridge, University Press, 1970, pp. 359-384. [Trad. cast., Barcelona, Sopena, 1980.]

—, «Some meditations on Dutch eighteenth-century decline, en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, 49-54 (a).

—, «Some late 17th-century Dutch writings on raison d'Etat», en R. Schnur, comp., *Staatsräson: Studien zur Geschichte eines politischen Begriffs*, Berlin, Duncker & Humblot, 1975, pp. 497-504 (b).

—, «The singularity of absolutism», en R. Hatton, comp., *Louis XIV and absolutism*, Columbus, Ohio State Univ. Press, 1976, pp. 3-17.

Kowecki, Jerzy, «Les transformations de la structure sociale en Pologne au XVIIIe siècle: La noblesse et la bourgeoisie», *Acta Poloniae Historica*, núm. 26, 1972, pp. 5-30.

Kriedte, Peter, Medick, Hans y Schlumbohm, Jürgen, *Industrialisierung vor der Industrialisierung*. Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1977.

Kruger, Horst, *Zur Geschichte der Manufakturen und der Manufakturarbeiter in Preussen*, vol. III de Schrittenreihe des Institut für allgemeine Geschichte an der Humboldt Universität Berlin, compilado por Gerhard Schilfert, Berlin, Rütten & Loening, 1958.

Kuczynski, Jürgen, «Zum Aufsatz von Johannes Nichtweiss über die zweite Leibeigenschaft», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, II, 3, 1954, pp. 467-471.

Kula, Witold, «L'histoire économique de la Pologne du dix-huitième siècle», *Acta Poloniae Historica*, núm. 4, 1961, pp. 133-146.

—, «La métrologie historique et la lutte des classes: exemple de la Pologne au XVIIIe siècle», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, V: *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dott. A. Giuffrè-Ed., 1962, páginas 273-288.

—, «Gli studi sulla formazione del capitalismo in Polonia», en A. Caracciolo, comp., *Problemi storici della industrializzazione e dello sviluppo*, Urbino, Argalia Ed., 1965, VI, pp. 205-228.

—, *Theorie économique du systeme féodal*. Paris y La Haya, Mouton, 1970. [*Teoría económica del sistema feudal*, México, Siglo XXI, 1974.]

Kulischer (Koulischer), Joseph, «La grande industrie aux XVIIe et XVIIIe siècles: France, Allemagne, Russie», *Annales d'Histoire Economique et Sociale*, III, 9, enero de 1931, pp. 11-46.

Kulischer, Joseph, «Liebeigenschaft in Russland und die Agrarverfassung Preussens in 18. Jahrhundert: Eine vergleichende Studie», *Jahrbucher für Nationalökonomie und Statistik*, 3.ª serie, LXXXII, 1, 1932, pp. 1-62.

Kuske, Bruno, «Gewerbe, Handel und Verkehr», en H. Aubin *et al.*, comp., *Geschichte des Rheinlandes von der altesten Zeit bis zur Gegenwart*, II: *Kulturgeschichte*, Essen, G. D. Baedeker, Verlagsbuchhandlung, 1922, pp. 149-248.

—, «Die wirtschaftliche und soziale Verflechtung zwischen Deutschland und den Niederlanden bis zum 18. Jahrhundert», en *Köln, Der Rhein und das Reich*. Colonia-Graz, Böhlau-Verlag, 1956, páginas 200-256. (Antes en *Deutsches Archiv für Landes- und Volksforschung*, 1937.)

Labrousse, C.-E., *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle*, París, Lib. Dalloz, 1932, 2 vols. [Traducción parcial en *Fluctuaciones económicas e historia social*, Madrid, Tecnos, 1980.]

—, «La révolution démographique du premier tiers du XVIIIe siècle», Bulletin semestriel, *Association pour l'histoire de la civilisation*, Association Marc Bloch, Toulouse, séance du 17 mai 1953, páginas 21-23.

—, «Les 'bons prix' agricoles du XVIIIe siècle, en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 367-416.

Labrousse, Elisabeth, «Le refuge hollandais: Bayle et Jurieu», *XVIIe Siècle*, núms. 76-77, 1967, pp. 75-93.

La Force, J. Clayburn, «Royal textile factories in Spain, 1700-1800», *Journal of Economic History*, XXIV, 3, septiembre de 1964, páginas 337-363.

Land, Aubrey C., «Economic base and social structure: the Northern Chesapeake in the eighteenth century», *Journal of Economic History*, XXV, 4, diciembre de 1965, pp. 639-654.

—, «The tobacco staple and the planter's problems: technology, labor and crops», *Agricultural History*, XLIII, 1, enero de 1969, páginas 69-81.

Lane, Frederic C., «Oceanic expansion: force and enterprise in the creation of oceanic commerce», *Journal of Economic History*, X, suplemento, 1950, pp. 19-39.

—, *Venice: a maritime republic*, Baltimore, Maryland, Johns Hopkins Univ. Press, 1973.

Lang, James, *Conquest and commerce: Spain and England in the Americas*, Nueva York, Academic Press, 1975.

Lang, M. F., «New Spain's mining depression and the supply of quicksilver from Peru», *American Historical Review*, XLVIII, 4, noviembre de 1968, pp. 632-641.

Langton, John, «Coal output in south-west Lancashire, 1590-1799»,

*Economic History Review*, 2.ª serie, XXV, 1, febrero de 1972, páginas 28-54.

Larquié, Cl., «Les esclaves de Madrid à l'époque de la décadence (1650-1700), *Revue Historique*, CCXLIV, 1, julio-septiembre de 1970, páginas 41-74.

Larraz, José, *La época del mercantilismo en Castilla (1500-1700)*. Madrid, Aguilar, 1963.

Laslett, Peter, «John Locke, the great recoinage, and the origins of the board of trade: 1695-1698», *William and Mary Quarterly*, XIV, 3, julio de 1957, pp. 370-402.

Lavrovsky, V. M., «Expropriation of the English peasantry in the eighteenth century», *Economic History Review*, n.s., IX, 2, agosto de 1957, pp. 271-282.

—, «The great estate in England from the 16th to the 18th centuries», *First International Conference of Economic History*, Estocolmo, agosto de 1960, París y La Haya, Mouton, 1960, pp. 353-365.

Lawson, Murray G., *Fur: A study in English mercantilism, 1700-1775*, Univ. of Toronto Studies, History and Economics Series, vol. IX, Toronto, Univ. of Toronto Press, 1943.

Lenman, Bruce, *An economic history of modern Scotland, 1660-1976*, Hamden, Connecticut: Archon Books, 1977.

Léon, Pierre, «La crise de l'économie française à la fin du règne de Louis XIV (1685-1715)», *Information Historique*, XVIII, 4, septiembre-octubre de 1956, pp. 127-137.

—, «Points de vue sur le monde ouvrier dans la France du XVIIIe siècle», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, I, París y La Haya, Mouton, 1968, pp. 181-185.

—, *Economies et societes préindustrielles*, II: *1650-1780: Les origines d'une accelération de l'histoire*, París, Lib. Armand Colin, 1970 (a).

—, «La réponse de l'industrie», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse, *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 217-266 (b).

—, «L'élan industriel et commercial», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París: Presses Univ. de France, 1970, pp. 499-528 (c).

—, «Les nouvelles élites», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 601-649 (d).

—, «Morcellement et émergence du monde ouvrier», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire économique et social de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de

*l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 651-689 (e).

—, «Structures du commerce extérieur et évolution industrielle de la France à la fin du XVIII siècle», en *Conjoncture économique, structures sociales*, Hommage à Ernest Labrousse, París y La Haya, Mouton, 1974.

—, y Carrière, Charles, «L'appel des marchés», en Fernand Braudel y Ernest Labrousse, dir., *Histoire economique et sociale de la France*, II: Ernest Labrousse *et al.*, *Des derniers temps de l'age seigneurial aux préludes de l'age industriel (1660-1789)*, París, Presses Univ. de France, 1970, pp. 161-215.

Léonard, Emile-G., «Economie et religion. Les protestants français au XVIIIe siècle», *Annales d'Histoire Sociale*, II, 1, enero de 1940, páginas 5-20.

—, «Le protestantisme français au XVIIe siècle», *Revue Historique*, CC, 2, octubre-diciembre de 1948, pp. 153-179.

—, *L'Armée et ses problèmes au XVIIIe siècle*, París, Lib. Plon, 1958.

Le Roy Ladurie, Emmanuel, «Climat et récoltes aux XVIIe et XVIIIe siècles», *Annales ESC*, XV, 3, mayo-junio de 1960, pp. 434-465.

—, *Histoire du Languedoc*, París, Presses Univ. de France, 1962.

—, «Voies nouvelles pour l'histoire rurale (XVIe-XVIIIe siècles)», *Etudes Rurales*, núms. 13-14, abril-septiembre de 1964, pp. 79-95.

—, *Histoire du climat depuis l'an mil*, París, Flammarion, 1967.

—, «Les rendements du blé en Languedoc», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, II. *Production et productivité agricole*, París y La Haya, Mouton, 1968, pp. 75-84.

—, «L'amenorhée de famine (XVIIe-XXe siècles)», *Annales ESC*, XXIV, 6, noviembre-diciembre de 1969, pp. 1589-1601.

—, «Les insurgés de l'impôt, *Le Nouvel Observateur*, 28 de junio de 1971, pp. 26-28.

—, «Sur quelques types de revenus réels (16.ᵉ-18.ᵉ siècles)», *Fourth International Conference of Economic History*, Bloomington, 1968, París y La Haya, Mouton, 1973, pp. 419-435.

—, «A long agrarian cycle: Languedoc, 1500-1700», en Peter Earle, comp., *Essays in European economic history, 1500-1800*, Oxford, Clarendon Press, 1974 (a). (Traducida de *Les Paysans de Languedoc*, 1969.)

—, «Pour un modèle de l'économie rurale française au XVIII siècle», *Cahiers d'Histoire*, XIV, 1, 1974, pp. 5-27 (b).

—, «Révoltes et contestations rurales en France de 1675 à 1788», *Annales ESC*, XXIX, 1, enero-febrero de 1974, pp. 6-22 (c).

—, «De la crise ultime à la vraie croissance», en Emmanuel Le Roy Ladurie, comp., *L'age classique des paysans de 1340 à 1789*, volumen II de *Histoire de la France rurale*, París, Seuil, 1975, páginas 359-591 (a).

—, «Un 'modele septentrional': Les campagnes parisiennes (XVIe-XVIIe siècles)», *Annales ESC*, XXX, 6, noviembre-diciembre de 1975, pp. 1397-1413 (b).

—, «Un cas de méthodologie dans l'histoire rurale: les grandes mo-

nographies des révoltes et des contestations rurales en France de 1675 à 1788», en *Metodología de la historia moderna: economía y demografía*, Actas de las I Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas, Univ. de Santiago de Compostela. Segovia, Artes Gráficas Galicia, III, 1975, pp. 33-50 (c).

—, «Motionless history», *Social Science History*, I, 2, invierno de 1977, pp. 115-136. (Traducido de *Annales ESC*, 1974.)

Leśkiewicz, Janina, «Sur le niveau et les composantes du revenu foncier en Pologne du XVIe siècle au XVIIIe siècle», en *First International Conference of Economic History*, Estocolmo, agosto de 1960, *Contributions*, París y La Haya, Mouton, 1960, pp. 409-414.

Leśnodorski, Bogusław, «Les partages de la Pologne. Analyse des causes et essai d'une théorie», *Acta Poloniae Historica*, núm. 8, 1963, pp. 7-30.

Leszczyński, Józef, «La Silésie dans la politique européenne au XVIe-XVIIIe siècles», *Acta Poloniae Historica*, núm. 22, 1970, pp. 90-107.

Leuilliot, Paul, «Influence du commerce oriental sur l'économie occidentale», en M. Mollat, comp., *Sociétés et compagnies en Orient et dans l'Ocean Indien*, París: SEVPEN, 1970, pp. 611-627.

Lichtheim, George, *Imperialism*, Londres, Penguin, 1974. [*El imperialismo*, Madrid, Alianza, 1972.]

Liebel, Helen P., «The bourgeoisie in southwestern Germany, 1500-1789: a rising class?», *International Review of Social History*, X, 2, 1965, pp. 283-307 (a).

—, «Laissez-faire vs. mercantilism: the rise of Hamburg and the Hamburg bourgeoisie vs. Frederick the Great in the crisis of 1763», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftgeschichte*, LII, 2, 1965, pp. 206-238 (b).

Liiv, Otto, «Die wirtschaftliche Lage des estnischen Gebietes am Ausgang des XVII Jahrhunderts», *I. Verhandlungen der Gelehrten Estnischen Gesellschaft*, XXVII, 1935, pp. 1-336.

Lipson, Ephraim, *The economic history of England*, vols. II-III: *The age of mercantilism*, 6.ª ed., Londres, Adam & Charles Black, 1956.

Lira, Andrés, y Muro, Luis, «El siglo de la integración», en Centro de Estudios Históricos, *Historia General de México*, II. México: El Colegio de México, 1976, pp. 83-181.

Litchfield, R. Burr, «Les investissements commerciaux des patriciens florentins au XVIIIe siècle», *Annales ESC*, XXIV, 3, mayo-junio de 1969, pp. 685-721.

Lockhart, James, «Encomienda and Hacienda: The evolution of the great Estate in the Spanish Indies», *Hispanic American Historical Review*, LXIX, 3, agosto de 1969, pp. 411-429.

Lom, František, «Die Arbeitsproduktivitat in der Geschichte der tschechoslowakischen Landwirtschaft», *Zeitschrift für Agrargeschichte und Agrarsoziologie*, XIX, 1, abril de 1971, pp. 1-25.

López, Adalberto, «The economics of Yerba Mate in seventeenth-century South America», *Agricultural History*, XLVIII, 4, octubre de 1974, pp. 493-509.

Lord, Eleanor Louisa, *Industrial experiments in the British colonies of North America*, Studies in History and Political Science, XVII, Baltimore, Maryland, Johns Hopkins Univ., 1898.

Lunde, Johs., *Handelshuset bak «Garman & Worse»: Jacob Kielland & Son*, Bergen: Universitetsforlaget, 1963.

Lundkvist, Sven, «The experience of empire: Sweden as a great power», en M. Roberts, comp., *Sweden's age of greatness, 1632-1718*, Nueva York, St. Martin's Press, 1973, pp. 20-57.

Lütge, Friedrich, «Strukturelle und konjunkturelle Wandlungen in der deutschen Wirtschaft vor Ausbruch des Dreissigjährigen Krieges», en *Bayerische Akademie der Wissenschaften, Phil.-Hist. Kl., Sitzungsberichte*, núm. 5, 1958.

—, *Geschichte der deutschen Agrarverfassung vom frühen Mittelalter bis zum 19. Jahrhundert*, Stuttgart, Verlag Eugen Ulmer, 1963.

—, «Grundherrschaft und Gutsherrschaft», *Handwörterbuch des Sozialwissenschaften*, Stuttgart, Gustav Fischer; Tubinga: J. C. B. Mohr (Paul Siebeck); Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1965, IV, pp. 682-688.

—, *Deutsche Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 3.ª ed. aumentada y mejorada, Berlín, Springer-Verlag, 1966.

Lüthy, Herbert, *La banque protestante en France de la révocation de l'edit de Nantes à la révolution*, I: *Dispersion et regroupement (1685-1730)*, París, SEVPEN, 1959.

—, *La banque protestante en France de la révocation de l'edit de Nantes à la révolution*, II: *De la banque aux finances (1730-1794)*, París, SEVPEN, 1961.

Luzac, Elie, *La richesse de la Hollande*, Londres, aux dépens de la Compagnie, 1778, 2 vols.

Luzzatto, Gino, *Per una storia economica d'Italia*, 2.ª ed. Bari, Laterza, 1974.

Lynch, John, *Spain under the Habsburgs*, II: *Spain and America: 1598-1700*. Oxford, Basil Blackwell, 1969. [*España bajo los Austrias*. II: *España y América*, Barcelona, Península, 1971.]

Macartney, C. A., «The Habsburg dominions», en *New Cambridge Modern History*, VII: J. O. Lindsay, comp., *The Old Regime, 1713-63*, Cambridge, University Press, 1966, pp. 391-415. [«Los dominios de los Habsburgo», *El Antiguo Régimen*, Barcelona, 1972, páginas 282-299.]

—, «Hungary», en A. Goodwin, comp., *The European nobility in the eighteenth century*, Nueva York, Harper & Row (Torchbooks), 1967, pp. 118-135.

Macedo, Jorge Borges de, «O tratado de Methuen», *Dicionário de história de Portugal*, II, editado por Joël Serrão, Lisboa, 1963 (a).

—, *Problemas de história da industria portuguesa no século XVIII*, Lisboa, Assoc. Industrial Portuguesa, Estudos de Economia Aplicada, 1963 (b).

Macera, Pablo, «Feudalismo colonial americano: el caso de las haciendas peruanas», *Acta Histórica* (Acta Universitatis Szegediensis de Attila Josef Nominatae), XXXV, 1971, pp. 3-43.

MacLeod, Murdo J., *Spanish Central America: a socioeconomic history, 1520-1720*, Berkeley, Univ. of California Press, 1973.

Mączak, Antoni, «Export of grain and the problem of distribution of national income in the years 1550-1650», *Acta Poloniae Historica*, núm. 18, 1968, pp. 75-98.

—, «The balance of Polish sea trade with the West, 1565-1646», *Scandinavian Economic History Review*, XVIII, 2, 1970, pp. 107-142.

—, «Agricultural and livestock production in Poland; internal and foreign markets», *Journal of European Economic History*, I, 3, invierno de 1972, pp. 671-680.

—, Revisado por A. Attman, *The Russian and Polish markets in international trade, 1500-1650*, en *Journal of European Economic History*, III, 2, otoño de 1974, pp. 505-508.

—, «Money and society in Poland-Lithuania of the 16th-17th centuries», Settima Settimana di Studio, Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Datini», 15 de abril de 1975.

—, «Money and society in Poland and Lithuania in the 16th and 17th centuries», *Journal of European Economic History*, V, 1, primavera de 1976, pp. 69-104 (a).

—, «State revenues and national income: Poland in the crisis of the seventeenth century», Ottava Settimana di Studio, Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Datini», Prato, 8 de mayo de 1976 (b).

—, y Samsonowicz, Henry K., «La zone baltique; l'un des éléments du marché européen», *Acta Poloniae Historica*, núm. 11, 1965, páginas 71-99.

Mahan, A. T., *Influence of sea power upon history, 1600-1783*, Londres, Sampson Low, Marston, Searle & Rivington, 1889.

Makkai, László, «Die Hauptzuge der wirtschaftlichsozialen Entwicklung Ungarns im 15-17. Jh.», en *Studia Historica*, núm. 53, Budapest: Akademiai Kiado, 1963, pp. 27-46.

—, «Der Ungarische Viehhandel, 1550-1650», en Ingomar Bog, comp., *Der Aussenhandel Ostmitteleuropas, 1450-1650*. Colonia-Viena, Böhlau Verlag, 1971, pp. 483-506.

—, «La structure et la productivité de l'économie agraire de la Hongrie au milieu du XVII siècle», en S. Herbst *et al.*, comps., *Spoleczenstwo Gospodarka Kultura*. Studia ofiarowane Marianowi Małowistowi w czterdziestolecie pracy naukowej, Varsovia, PWN, 1974, pp. 197-209.

—, «Neo-serfdom: its origin and nature in east central Europe», *Slavic Review*, XXXIV, 2, junio de 1975, pp. 225-238.

Małecki, Jan M., «Le rôle de Cracovie dans l'économie polonaise aux XVIe, XVIIe et XVIIIe siècles», *Acta Poloniae Historica*, núm. 21, 1970, pp. 108-122.

—, «Die Wandlungen im Krakauer und polnischen Handel zur Zeit der Türkenkriege des 16. und 17. Jahrhunderts», en O. Pickl, comp., *Die wirtschaftlichen Auswirkungen der Türkenkriege*, Grazer Forschungen zur Wirtschafts- und Sozialgeschichte, I, Graz, 1971, pp. 145-151.

BIBLIOTECA CS

Małowist, Marian, «The economic and social development of the Baltic countries from the 15th to the 17th centuries», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 2, 1959, pp. 177-189.

—, «L'évolution industrielle en Pologne du XIVe au XVIIe siècle», en *Croissance et regression en Europe, XIVe-XVIIe siècles*, Cahiers des Annales, 34, París, Lib. Armand Colin, 1972, pp. 191-215.

—, «Problems of the growth of the national economy of central-eastern Europe in the Late Middle Ages», *Journal of European Economic History*, III, 2, octubre de 1974, pp. 319-357.

—, «Quelques remarques sur le déclin des états de l'Europe de l'est au XVIe jusqu'au XVIIIe siècle», comunicación al seminario Fernand Braudel, París, 4 de marzo de 1976.

Mandrou, Robert, «Le baroque européen: mentalité pathétique et révolution sociale», *Annales ESC*, XV, 5, septiembre-octubre de 1960, pp. 898-914.

—, «L'agriculture hors du développement capitaliste: Le cas des Fugger», *Studi Storici*, IX, 3/4, julio-diciembre de 1968, pp. 784-793.

Marino, John A., «La crisi di Venezia e la New Economic History», *Studi Storici*, XIX, 1, enero-marzo de 1978, pp. 79-107.

Markovitch, Tihomir J., «L'industrie française au XVIIIe siècle: l'industrie lainière à la fin du regne de Louis XIV et sous la Régence», *Economies et sociétés*, Cahiers de l'ISEA, II, 8, agosto de 1968, páginas 1517-1697 (a).

—, «L'industrie lainière française au début du XVIIIe siècle», *Revue d'Histoire Economique et Sociale*, XLVI, 4, 1968, pp. 550-579 (b).

Marques, A. H. de Oliveira, *History of Portugal*, 2.ª ed., Nueva York, Columbia Univ. Press, 1976.

Marrès, P., «Le Languedoc méditerranéen aux XVIIe et XVIIIe siècles», *Annales de l'Institut d'Etudes Occitanes*, 4.ª serie, núm. 2, agosto de 1966, pp. 151-156.

Martin Saint-Léon, Etienne, *Histoire des corporations de métiers*, Ginebra, Slatkine-Megariotis Reprints, 1976. (Publicado originalmente en París, 1922.)

Marx, Karl, *Secret diplomatic history of the eighteenth century*, Nueva York, International Publ., 1969.

Masefield, G. B., «Crops and livestock», en *Cambridge Economic History of Europe*, IV: E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economic of expanding Europe in the sixteenth and seventeenth centuries*. Cambridge, University Press, 1967, pp. 275-301. [«La agricultura y la ganadería», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977, pp. 405-45.]

Masselman, George, «Dutch colonial policy in the seventeenth century», *Journal of Economic History*, XXI, 4, diciembre de 1961, páginas 455-468.

—, *The cradle of colonialism*, New Haven, Connecticut, Yale Univ. Press, 1963.

Masson, Paul, *Histoire du commerce français dans le Levant au*

*XVIIe siècle*, Nueva York, Burt Franklin, 1967 (a). (Publicado originalmente en París, 1911.)
—, *Histoire du commerce français dans le Levant au XVIIIe siècle* Nueva York: Burt Franklin, 1967 (b). (Publicado originalmente en París, 1896.)
Mata, Eugénia y Valério, Nuno, «Alguns dados e notas sobre o comércio europeu e mundial nos finais do século XVII», *Revista de História Económica e Social*, núm. 2, julio-diciembre de 1978, páginas 105-122.
Matejek, František, «La production agricole dans les pays tchécoslovaques à partir du XVIe siècle jusqu'à la première guerre mondiale», *Troisième Conférence Internationale d'Histoire Economique*, Munich, 1965, II, París y La Haya, Mouton, 1968, pp. 205-219.
Mathias, Peter, «Agriculture and the brewing and distilling industries in the eighteenth century», *Economic History Review*, n.s., V, 2, agosto de 1952, pp. 249-257.
—, y O'Brien, Patrick, «Taxation in Britain and France, 1715-1810. A comparison of the social and economic incidence of taxes collected by the central government», *Journal of European Economic History*, V, 3, invierno de 1976, pp. 601-650.
Mathiex, Jean, «Trafic et prix de l'homme en Méditerranée aux XVIIe et XVIIIe siècles», *Annales ESC*, IX, 2, abril-junio de 1954, páginas 157-164.
Mauro, Frédéric, «Pour une théorie du capitalisme commercial», *Vierteljahrschrift fur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLII, 2, 1955, páginas 117-131.
—, «Sur la "crise" du XVIIe siècle», *Annales ESC*, XIV, 1, enero-marzo de 1959, pp. 181-185.
—, *Le Portugal et l'Atlantique au XVIIe siècle (1570-1670). Etude économique*, París, SEVPEN, 1960.
—, «Toward an "Intercontinental Model": European overseas expansion between 1500 and 1800», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIV, 1, 1961, pp. 1-17 (a).
—, «L'empire portugais et le commerce franco-portugais au milieu du XVIIIe siècle», *Actas do Congresso Internacional de Historia dos Descobrimentos*, V, Lisboa, 1961, pp. 1-16 (b).
—, «Marchands et marchands-banquiers portugais au XVIIe siècle», *Revista Portuguesa de História*, IX, 1961, pp. 5-20 (c).
—, «La bourgeoisie portugaise au XVIIe siècle», en *Etudes économiques sur l'expansion portugaise (1500-1900)*, París, Fund. Calouste Gulbenkian, 1970, pp. 15-35. (Antes en *Le XVIIe Siècle*, 1958.)
—, «Existence et persistance d'un régime féodal ou seigneurial au Brésil», en *L'abolition de la «féodalité» dans le monde occidental*, Colloques internationaux du CNRS, Toulouse 12-16 noviembre 1968, Paris, Ed. du CNRS, I, 1971, pp. 385-391. [«Existencia y persistencia de un régimen feudal o señorial en Brasil», en *La abolición del feudalismo en el mundo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1979, páginas 210-16.]
—, «Conjoncture economique et structure sociale en Amérique Lati-

ne depuis l'époque coloniale», en *Conjoncture économique, structures sociales*, Hommage à Ernest Labrousse, París y La Haya, Mouton, 1974, pp. 237-251.

—, «Le rôle de la monnaie dans les décollages manqués de l'économie portugaise du xve au xviiie siècles». Comunicación a la VII Settimana di Studio, Prato, 17 de abril de 1975.

Maxwell, Kenneth, «Pombal and the nationalization of the Luso-Brazilian economy», *Hispanic American Historical Review*, XLVIII, 4, noviembre 1968, pp. 608-631.

May, Louis-Philippe, *Histoire économique de la Martinique (1635-1763)*, París, Les Presses Modernes, 1930.

McLachlan, Jean O., *Trade and peace with old Spain, 1667-1750*, Cambridge, University Press, 1940.

McManners, J., «France», en Albert Goodwin, comp., *The European nobility in the eighteenth century*, Nueva York, Harper & Row (Torchbooks), 1967, pp. 22-42.

McNeill, William H., *The shape of European history*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1974.

Medick, Hans, «The proto-industrial family economy: the structural function of household and family during the transition from peasant society to industrial capitalism, *Social History*, núm. 3, octubre de 1976, pp. 291-315.

Mehring, Franz, *Absolutism and revolution in Germany, 1525-1848*, Londres, New Park Publ., 1975. (Publicado originalmente en 1892, 1897, 1910.)

Meilink-Roelofsz, M. A. P., «Aspects of Dutch colonial development in Asia in the seventeenth century», en J. S. Bromley y E. H. Kossmann, comps., *Britain and the Netherlands in Europe and Asia*, London, Macmillan, 1968, pp. 56-82.

Mejdricka, Kveta, «L'état du régime féodal à la veille de son abolition et les conditions de sa supression en Bohème», en *L'abolition de la «féodalité» dans le monde occidental*. Colloques internationaux du CNRS, Toulouse 12-16 de noviembre de 1968, París, Ed. du CNRS, I, 1971, pp. 393-409.

Mellafe, Rolando, *La introducción de la esclavitud negra en Chile: tráficos y mitas*. Estudios de Historia Económica Americana: Trabajo y Salario en el Período Colonial, II, Santiago: Univ. de Chile, 1959.

Menard, Russell R., «Secular trends in the chesapeake tobacco industry», *Working Papers from the Regional Economic History Research Center*, I, 3, 1978, pp. 1-34.

Menashe, Louis, «Historians define the Baroque: notes on a problem of art and social history», *Comparative Studies in Society and History*, VII, 3, abril de 1965, pp. 333-342.

Mendels, Franklin F., «Proto-industrialization: the first phase of the industrialization process», *Journal of Economic History*, XXXII, 1, marzo de 1972, pp. 241-261.

—, «Agriculture and peasant industry in eighteenth-century Flanders»,

en William N. Parker y Eric L. Jones, comps., *European peasants and their markets*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton Univ. Press, 1975, pp. 179-204.

Merrington, John, «Town and country in the transition to capitalism», en Rodney Hilton, comp., *The transition from feudalism to capitalism*, Londres, New Left Books, 1976, pp. 170-195. (Antes en *New Left Review*, 1975.)

Mertens, Jacques E., *La naissance et le développement de l'étalon-or, 1692-1922*, Univ. de Louvain, Collection de l'Ecole des Sciences Politiques et Sociales, núm. 131. Lovaina, Ed. Em. Warny, 1944.

Meuvret, Jean, «Les mouvements des prix de 1661 à 1715 et leurs répercussions», *Journal de la Société de Statistique de Paris*, LXXXV, 5-6, mayo-junio de 1944, pp. 109-119.

—, «Circulation monétaire et utilisation économique de la monnaie dans la France du XVIe et du XVIIe siècles», *Etudes d'histoire moderne et contemporaine*, I, 1947, pp. 15-18.

—, «La géographie des prix des céréales et les anciennes économies européennes: prix méditerranéens, prix continentaux, prix atlantiques à la fin du XVIIe siècle», *Revista de Economia*, IV, 2, 1951, páginas 63-69.

—, «Conjoncture et crise au XVIIe siècle: l'exemple des prix milanais», *Annales ESC*, VII, 2, abril-junio de 1953, pp. 215-219.

—, «L'agriculture en Europe au XVIIe et XVIIIe siècles», *X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, Roma, 4-11 sett. 1955, *Relazioni*, IV: *Storia moderna*. Florencia: G. C. Sansoni-Ed., 1955, páginas 139-168.

—, «Circuits d'échange et travail rural dans la France du XVIIe siècle», *Studi in onore di Armando Sapori*, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, II, 1957, pp. 1127-1142.

—, «Domaines ou ensembles territoriaux?», *First International Conference of Economic History*, Estocolmo, agosto de 1960, París y La Haya, Mouton, 1960, pp. 343-352.

—, «Production et productivité agricoles», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, II: *Production et productivités agricoles*. París y La Haya, Mouton, 1968, pp. 11-22.

—, «La France au temps de Louis XIV: des temps difficiles», en *Etudes d'histoire économique*, París, Lib. Armand Colin, 1971, páginas 17-37 (a). (Originalmente en *La France au temps de Louis XIV*, 1965.)

—, «Les oscillations des prix de céréales aux XVIIe et XVIIIe siècles en Angleterre et dans les pays du bassin parisien», en *Etudes d'histoire économique*, París, Lib. Armand Colin, 1971, pp. 113-124 (b). (Antes en *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, 1969.)

Michalkjewicz, Stanislas, «Einige Episoden der Geschichte der schleisischen Bauernkämpfer, im 17. und 18. Jh.», en Eva Maleczyńska, comp., *Beitrage zür Geschichte Schlesiens*, Berlín, Rütten & Loening, 1958, pp. 356-400.

Michell, A. R., «The European fisheries in early modern history», en

*Cambridge Economic History of Europe*, v: E. E. Rich & C. H. Wilson, comps., *The Economic Organization of Early Modern Europe*, Cambridge, University Press, 1977, pp. 134-184. [«Las pesquerías europeas al comienzo de la Edad Moderna», en *Historia económica de Europa*, v, *La organización económica de Europa en la Alta Edad Moderna*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1981, páginas 171-235.]

Mika, Alois, «On the economic status of Czech towns in the period of late feudalism», *Economic History*, II, publicado con motivo del VIIth International Economic History Congress en Edimburgo, 1978. Praga, Institute of Czechoslovak and World History of the Czechoslovak Academy of Sciences, 1978, pp. 225-256.

Mims, Stewart L., *Colbert's west India policy*, New Haven, Connecticut, Yale Univ. Press, 1912.

Minchinton, Walter, «Patterns and structure of demand 1500-1750», en C. M. Cipolla, comp., *The Fontana Economic History of Europe*, II: *The sixteenth and seventeenth centuries*, Glasgow, Collins, 1974, pp. 82-176.

Mingay, G. E., «The agricultural depression, 1730-1750», *Economic History Review*, 2.ª serie, VIII, 3, 1956, pp. 323-338.

—, «The large Estate in eighteenth-century England», *First International Conference of Economic History*, Estocolmo, agosto de 1960, París y La Haya, Mouton, 1960, pp. 367-383.

—, «The size of farms in the eighteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIV, 3, abril de 1962, pp. 469-488.

—, *English landed society in the eighteenth century*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1963.

—, «The land tax assessments and the small landowner», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVII, 2, diciembre de 1964, pp. 381-388.

—, *Enclosure and the small farmer in the age of the industrial revolution*, Londres, Macmillan, 1968.

Mintz, Sidney W., «Currency problems in eighteenth century Jamaica and Gresham's Law», en Robert A. Manners, comp., *Process and pattern in culture*, Chicago, Illinois, Aldine, 1964, pp. 248-265.

—, y Wolf, Eric R., «Haciendas and plantations in Middle America and the Antilles», *Social and Economic Studies*, VI, 3, septiembre de 1957, pp. 380-412.

Molenda, Danuta, «Investments in ore mining in Poland from the 13th to the 17th centuries», *Journal of European Economic History*, V, 1, primavera de 1976, pp. 151-169.

Mollat, Michel, comp., *Sociétés et compagnies de commerce en Orient et dans l'Océan Indien*, Actes du Huitième Colloque International d'Histoire Maritime, Beyrouth, 5-10 septiembre 1966, París, SEVPEN, 1970.

Molnar, Erik, «Les fondements économiques et sociaux de l'absolutisme», *XII Congrès International des Sciences Historiques, Rapports*, IV, *Methodologie et histoire contemporaine*, Viena, Verlag Ferdinand Berge & Söhne 1965, pp. 155-169.

Mols, Roger, S. J., «Population in Europe 1500-1700», en C. M. Cipolla,

comp., *The Fontana Economic History of Europe,* II: *The sixteenth and seventeenth centuries,* Glasgow, Collins, 1974, pp. 15-82.

Monter, E. William, «Swiss investment in England, 1697-1720», *Revue internationale d'histoire de la banque,* II, 1969, pp. 285-298.

Moreno Fraginals, Manuel, *El ingenio,* 3 vols., La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1978.

Morgan, W. T., «Economic aspects of the negotiations at Ryswick», en Ian R. Christie, comp., *Essays in modern history,* Londres, Macmillan, 1968, pp. 172-195. (Antes en *Transactions of the Royal Historical Society,* leído el 14 de mayo de 1931.)

Morineau, Michel, «Le balance du commerce franco-néerlandais et le resserrement économique des Provinces-Unies au XVIIIe siècle», *Economisch-Historisch Jaarboek,* XXX, 4, 1965, pp. 170-233.

—, «Y a-t-il eu une révolution agricole en France au XVIIIe siècle?», *Revue Historique,* CCXXXIX, 1, abril-junio de 1968, pp. 299-326.

—, «Gazettes hollandais et trésors américains», *Anuario de Historia Económica y Social,* II, 2, enero-diciembre de 1969, pp. 289-361 (a).

—, «Histoire sans frontières: prix et "révolution agricole"», *Annales ESC,* XXIV, 2, marzo-abril de 1969, pp. 403-423 (b).

—, «En Hollande au XVIIe siècle», en Jean-Jacques Hemardinquier, comp., *Pour une histoire de l'alimentation,* Cahiers des Annales, 28, París, Lib. Armand Colin, 1970, pp. 107-114 (a). (Antes en *Annales ESC,* 1963.)

—, «Post-scriptum. De la Hollande à la France», en Jean-Jacques Hémardinquier, comp., *Pour une histoire de l'alimentation,* Cahiers des Annales, 28, París, Lib. Armand Colin, 1970, pp. 115-125 (b).

—, «Flottes de commerce et trafics français en Méditerranée au XVIIe siècle (jusqu'en 1669)», *XVIIe Siècle,* núms. 86-87, 1970, páginas 135-171 (c).

—, «Bayonne et Saint-Jean-de-Lux relais du commerce néerlandais vers l'Espagne au début du XVIIe siècle», *Actes du Quatre-Vingt-Quatorzième Congrès National des Sociétés Savantes,* Pau, 1969, II, Section d'histoire moderne et contemporaine, París, Bibliothèque Nationale, 1971, pp. 309-330.

—, «Quelques remarques touchant le financement de l'économie des Provinces-Unies au XVIIe et au XVIIIe siècle», comunicación a la Cuarta Settimana di Studio, Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Datini», Prato, 16 de abril de 1972.

—, «Quelques remarques sur l'abondance monétaire aux Provinces-Unies», *Annales ESC,* XXIX, 3, mayo-junio de 1974, pp. 767-776.

—, «Quelques recherches relatives à la balance du commerce extérieur français au XVIIIe siècle: ou cette fois un égale deux», en Pierre Léon, comp., *Aires et structures du commerce français au XVIIIe siècle,* Colloque National de l'Association Française des Historiens Economistes, París, CNRS, 4-6 de octubre de 1973, Lyon, Centre d'Histoire Economique et Social de la Region Lyonnaise, 1975, pp. 1-45.

—, «La terre», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740,* vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire*

*économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, páginas 11-39 (a).

—, «Le siècle», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, páginas 63-106 (b).

—, «Un siècle après la conquête: les empires ibériques», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 109-138 (c).

—, «Les mancenilliers de l'Europe», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 139-162 (d).

—, «La "substitution" aux Indes Orientales», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 163-176 (e).

—, «Jeune Amérique et vieille Afrique», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique et sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 521-546 (f).

—, «Le challenge Europe-Asie», en Pierre Deyon y Jean Jacquart, *Les hésitations de la croissance, 1580-1740*, vol. II de Pierre Léon, comp., *Histoire économique de sociale du monde*, París, Lib. Armand Colin, 1978, pp. 547-579 (g).

—, «Or brésilien et gazettes hollandaises», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, XXV, 1, enero-marzo de 1978, pp. 3-60 (h).

Mörner, Magnus, «The Spanish American hacienda: a survey of recent research and debate», *Hispanic American Historical Review*, LIII, 2, mayo de 1973, pp. 183-216.

Mousnier, Roland, «L'évolution des finances publiques en France et en Angleterre pendant les guerres de la Ligue d'Augsbourg et de la Succession d'Espagne», *Revue Historique*, XLIV, núm. 205, enero-marzo de 1951, pp. 1-23.

—, *Les XVIe et XVIIe siècles*, 5.ª ed., revisada, corregida y aumentada, vol. IV de Maurice Crouzet, comp., *Histoire Générale des Civilisations*, París, Presses Univ. de France, 1967. [*Siglos XVI y XVII*, IV, *Historia general de las civilizaciones*, Barcelona, Destino, 1980, 2 vols.]

Mukherjee, Ramkrishna, *The rise and fall of the East India Company*, Nueva York, Monthly Review Press, 1974.

Munck, Thomas, «The economic and social position of peasant freeholders in late seventeenth-century Denmark», *Scandinavian Economic History Review*, XXV, 1, 1977, pp. 37-61.

Munktell, Henrik, *Bergsmans- och Bruksförlag intill 1748 års Förlags-Förordning*, Uppsala, Almqvist & Wiksells, 1934.

Murray, R. K., «The Anglo-Scottish union», *Scots Law Times*, núm. 4, 1961, pp. 161-164.

Myška, Milan, «Pre-industrial iron-making in the Czech lands», *Past and Present*, núm. 82, febrero de 1979, pp. 44-72.

Nadal, J., y Giralt, E., *La population catalane de 1553 à 1717*, París, SEVPEN, 1960.

Naish, G. P. B., «Ships and shipbuilding», en C. Singer, *et al.*, *A history of technology*. III: *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1700*, Oxford, Clarendon Press, 1957, pp. 471-500.

Nef, John U., *War and human progress: an essay on the rise of industrial civilisation*, Nueva York: W. W. Norton, 1968.

—, «Impact of war on science and technology», *Fourth International Conference on Economic History*, Bloomington, 1968, París y La Haya, Mouton, 1973, pp. 237-243.

Neguev, S., «Le Proche-orient précapitaliste», *Khamsin*, núm. 2, 1975, pp. 7-14.

Nelson, George H., «Contraband trade under the asiento, 1730-1739», *American Historical Review*, LI, 1, octubre de 1945, pp. 55-67.

Neto, Paulo Elpidio de Menezes, «Patrimonialisme rural et structure de domination au Brésil, à l'époque coloniale», *Revista de Ciências Sociais*, IV, 1, 1973, pp. 93-107.

Nettels, Curtis P., «The manace of colonial manufacturing», *New England Quarterly*, IV, 2, abril de 1931, pp. 230-269 (a).

—, «England and the Spanish American trade, 1670-1775», *Journal of Modern History*, III, 1, marzo de 1931, pp. 1-32 (b).

—, «England's trade with New England and New York, 1685-1720», *Publications of the Colonial Society of Massachusetts*, XXVIII, febrero de 1933, pp. 322-350.

—, «British mercantilism and the economic development of the thirteen colonies», *Journal of Economic History*, XII, 2, primavera de 1952, pp. 105-114.

Nichtweiss, Johannes, «Zur Frage des zweiten Liebeigenschaft und des sogennanten preussischen Weges der Entwicklung des Kapitalismus in der Landwirtschaft Ostdeutschlands», *Zeitschrift für Geschichtswissenshaft*, I, 5, 1953, pp. 687-717.

—, «Antwort an Jurgen Kuczynski», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, II, 3, 1954, pp. 471-476.

—, «Zu strittigen Fragen der sogenannten zweiten Leibeigenschaft in Mitteleuropa: Zusammenfassung eines Artikels von Benedykt Zientara», *Zeitschrift für Geschichtswissenschaft*, IV, 4, 1956, páginas 750-754.

—, «Einige Bemerkungen zum Artikel von G. Heitz "Zur Diskussion über Gutscherrschaft und Bauernlegen in Mecklenburg"», *Zeitschrift für Wirtschaftgeschichkte*, V, 4, 1957, pp. 804-817.

Nielsen, Axel, *Dänische Wirtschaftsgeschichte*, Jena, Gustav Fischer Verlag, 1933.

Nordmann, Claude J., «Monnaies et finances suédoises au XVIIe siècle», *Revue du Nord*, XLVI, núm. 183, octubre-diciembre de 1964, páginas 469-488.

—, *Grandeur et liberté de la Suède (1660-1792)*, París, Béatrice-Nauwelaerts, 1971.

—, «L'armée suédoise au XVIIe siècle», *Revue du Nord*, LIV, núm. 213, abril-junio de 1972, pp. 133-147.

North, Douglass C., «Innovation and diffusion of technology. A theoretical framework», *Fourth International Conference on Economic History*, Bloomington, 1968. París y La Haya, Mouton, 1973, páginas 223-231.

—, y Thomas, Robert Paul, *The rise of the Western World*, Cambridge, University Press, 1973. [*El nacimiento del mundo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1980.]

Oberem, U., «Zur Geschichte des Lateinamerikanschen Landarbeiters: Conciertos und Huasipungueros in Ecuador», *Anthropos*, LXII, 5/6, 1967, pp. 759-788.

Ochmański, Jerzy, «La situation économico-sociale et la lutte de classes des paysans dans les domaines royaux *(Ekonomie)* de Kobryń dans la deuxième moitié du XVI-ème et dans la première moitié du XVII-ème siècle», *Roczniki dziejów społecznych i gospodarczych*, XIX, 1957, pp. 89-90.

O'Farrell, Patrick, *Ireland's English question*, Nueva York, Schocken, 1971.

Ogg, David, «The emergence of Great Britain as a world power», en *New Cambridge Modern History*, VI: J. S. Bromley, comp., *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725*. Cambridge: University Press, 1970, 254-283. [«El surgimiento de Gran Bretaña como potencia mundial», en *Historia del mundo moderno*, VI, *El auge de Gran Bretaña y Rusia, 1688-1725*, Barcelona, Sopena, 1975, páginas 161-82.]

Öhberg, Arne, «Russia and the world market in the seventeenth century», *Scandinavian Economic History Review*, III, 2, 1955, páginas 123-162.

Ónody, Oliver, «Quelques aspects historiques de l'économie de l'or brésilien», *Revue Internationale d'Histoire de la Banque*, IV, 1971, páginas 173-316.

Ormrod, David, «Dutch commercial and industrial decline and British growth in the late seventeenth and early eighteenth centuries», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth Century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 36-43.

Ortiz, Fernando, *Cuban counterpoint: tobacco and sugar*, Nueva York, Knopf, 1947.

Osborn, Wayne S., «Indian land retention in colonial Metztitlán», *Hispanic American Historical Review*, LIII, 2, mayo de 1973, páginas 217-238.

Østerud, Øyvind, «Configurations of Scandinavian absolutism: the 17th century in comparative perspective», comunicación al ISSC/MSH Symposium on «Capitalism and the Rise of the National State in Europe, 16th-18th Centuries», Bellagio, 14-16 de octubre de 1976.

—, «Agrarian structures, urban networks and political development:

the cases of early modern Scandinavia», comunicación al IX World Congress of Sociology, Uppsala, 14-19 de agosto de 1978.

Ostrander, Gilman M., «The colonial molasses trade», *Agricultural History*, XXX, 2, abril de 1956, pp. 77-84.

—, «The making of the triangular trade myth», *William and Mary Quarterly*, XXX, 4, octubre de 1973, pp. 635-644.

Pach, Zsigmond Pál, «Uber einige Probleme der Gutswirtschaft in Ungarn in der ersten Hälfte des XVII. Jahrhunderts», en *Second International Conference of Economic History*, Aix-en-Provence, 1962, París y La Haya, Mouton, 1965, pp. 222-235.

—, «The shifting of international trade routes in the 15th-17th centuries», *Acta Historica Academiae Scientiarum Hungaricae*, XIV, 1968, pp. 287-321.

—, «Diminishing share of east-central Europe in the 17th century international trade», *Acta Historica Academiae Scientarum Hungaricae*, XVI, 1970, pp. 289-306 (a).

—, «The role of east-central Europe in international trade (16th and 17th centuries)», en *Etudes historiques 1970*. I, Budapest, Akademiai Kiado, 1970, pp. 217-264 (b).

—, «Favourable and unfavourable conditions for capitalist growth: the shift of international trade routes in the 15th to 17th centuries», en F. C. Lane, comp., *Fourth International Conference on Economic History*, Bloomington, 1968, París y La Haya, Mouton, 1973, pp. 53-68.

Palmer, R. R., «Questions de féodalité aux Etats-Unis», en *L'abolition de la «féodalité» dans le monde occidental*. Colloques internationaux du CNRS, Toulouse, 12-16 de noviembre de 1968, París, Ed. du CNRS, I, 1971, pp. 348-356.

Pantaleão, Olga, *A penetração comercial da Inglaterra na América Espanhola de 1713 a 1783*, São Paulo, 1946.

Pares, Richard, «The economic factors in the history of the empire», *Economic History Review*, VII, 2, mayo de 1937, pp. 119-144.

—, *Yankees and creoles: the trade between North America and the West Indies before the American revolution*, Londres, Longmans, Green & Co., 1956.

—, *Merchants and planters*, Economic History Review Supplement, número 4, Cambridge, University Press, 1960.

—, *War and trade in the West Indies, 1739-63*, Londres, Frank Cass, 1963. (Publicado originalmente en 1936.)

Paris, Robert, *Histoire du commerce de Marseille*, V: *De 1600 à 1789, Le Levant*, comp. gen., Gaston Rambert, París, Lib. Plon, 1957.

Parker, Geoffrey, *The army of Flanders and the Spanish Road, 1567-1659*, Cambridge, University Press, 1972. [*El ejército de Flandes y el comercio español, 1567-1659*, Madrid, Revista de Occidente, 1976.]

—, «The emergence of modern finance in Europe», en C. M. Cipolla, comp., *The Fontana History of Europe*. II: *The sixteenth and seventeenth centuries*, Glasgow, Collins, 1974, pp. 527-594 (a).

—, «War and economic change: the economic costs of the Dutch

revolt», comunicación a la Sesta Settimana di Studio, Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Datini», Prato, 3 de mayo de 1974 (b).

—, «Why did the Dutch revolt last eighty years?», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5.ª serie, XXVI, 1976, pp. 53-72 (a).

—, «The "Military Revolution", 1560-1660-A myth?», *Journal of Modern History*, XLVIII, 2, junio de 1976, pp. 195-214 (b).

Parry, J. H., *The establishment of the European hegemony: 1415-1715*, Nueva York, Harper & Row (Torchbooks), 1961.

—, «Transport and trade routes», en E. E. Rich y C. H. Wilson, comps, *Cambridge Economic History of Europe.* IV: *The economy of expanding Europe in the sixteenth and seventeenth centuries*, Cambridge, University Press, 1967, pp. 155-219. [«El transporte y las rutas comerciales», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977, pp. 224-324.]

Patterson, R., «Spinning and weaving», en C. Singer *et al.*, *A history of technology*, III: *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1700*, Oxford, Clarendon Press, 1957, pp. 151-180.

Penson, Lillian M., «The West Indies and the Spanish American trade, 1713-1748», en J. Holland Rose *et al.*, comps., *Cambridge History of the British Empire*, I, Cambridge, University Press, 1929, pp. 330-345.

Pentland H. C., «Population and labour growth in Britain in the eighteenth century», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, IV, J. E. C. Eversley, comp., *Demography and history*, París y La Haya, Mouton, 1972, pp. 157-189.

Perjés, G., «Army provisioning, logistics and strategy in the second half of the 17th century», *Acta Historica Academiae Scientarum Hungaricae*, XVI, 1-2, 1970, pp. 1-52.

Perrot, Jean-Claude, *Genèse d'une ville moderne: Caen au XVIIIe siècle*, Lille, Service de reproduction des thèses, Univ. de Lille III, 2 vols., 1974.

Peterson, E. Ladewig, *The crisis of the Danish nobility, 1580-1660*, Odense, Odense Univ. Press, 1967.

—, «La crise de noblesse danoise entre 1580 et 1660», *Annales ESC*, XXIII, 6, noviembre-diciembre de 1968, pp. 1237-1261.

—, «The Danish cattle trade during the sixteenth and seventeenth centuries», *Scandinavian Economic History Review*, XVIII, 1, 1970, páginas 69-85.

Peterson, Mendel, *The funnel of gold*, Boston, Little-Brown, 1975.

Petraccone, Claudia, *Napoli dal 1500 all'800: problemi di storia demografica e sociale*, Nápoles, Guida Ed., 1974.

Petrie, Sir Charles, *The jacobite movement*, 3.ª ed., refundido en un volumen, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1958.

Phelan, John L., «Free versus compulsory labor. Mexico and the Philippines 1540-1648», *Comparative Studies in Society and History*, I, 2, 1959, pp. 189-201.

—, *The hispanization of the Philippines: Spanish aims and Filipino responses, 1565-1700*, Madison, Univ. of Wisconsin Press, 1967.

—, Revisado por John Lynch, *Spain under the Habsburgs*. II: *Spain and America, 1598-1700*, en *Journal of Latin American Studies*, II, 2, noviembre de 1970, pp. 211-213.

Piel, Jean, *Capitalisme agraire au Pérou*. I: *Originalité de la société agraire péruvienne au XIXe siècle*, París, Anthropos, 1975.

Pillorget, René, «Les problèmes monétaires français de 1602 à 1689», *XVIIe Siècle*, núms. 70-71, 1966, pp. 107-130.

—, *Les mouvements insurrectionnels de Provence entre 1596 et 1715*, París, A. Pedone, 1975.

Pinkham, Lucille, «William of Orange: prime mover of the revolution», en Gerald M. Straka, comp., *The revolution of 1688: Whig triumph or Palace revolution?*, Boston, D. C. Heath, 1963, pp. 77-85. (Antes en *William III and the respectable revolution*, 1954.)

Pirenne, Henri, *Histoire de Belgique*, vols. IV, V, Bruselas, Henri Lamertin, Libr.-Ed., 1920.

Pitt, H. G., «The pacification of Utrecht», en *New Cambridge Modern History*, VI: J. S. Bromley, comp., *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1715/25*, Cambridge, University Press, 1970, pp. 446-479. [«La paz de Utrecht», en *Historia del mundo moderno*, VI, *El auge de Gran Bretaña y Rusia*, Barcelona, Sopena, 1975, páginas 324-347.]

Piuz, Anne-Marie, «Politique économique à Geneve et doctrine mercantiliste (vers 1690-1740)», comunicación al V International Congress of Economic History, Leningrado, 10-14 de agosto de 1970 (a).

—, «Alimentation populaire et sous-alimentation au XVIIe siècle: le cas de Genève et sa région», en Jean-Jacques Hémardinquier, comp., *Pour une histoire de l'alimentation*, París, Lib. Armand Colin, 1970, pp. 129-145. (Antes en *Revue suisse d'histoire*, 1968.)

Plumb, J. H., *England in the eighteenth century (1714-1815)*, vol. 7 de *The Pelican History of England*, Londres, Penguin, 1950.

—, «Introduction», a C. R. Boxer, *The Dutch seaborne empire, 1600-1800*, Nueva York, Knopf, 1965, pp. xiii-xxvi.

—, *The first four Georges*, Glasgow, Fontana Collins, 1966.

—, *The origins of political stability: England, 1675-1725*, Boston, Massachusetts: Houghton Mifflin, 1967.

—, «The growth of the electorate in England from 1600 to 1715», *Past and Present*, núm. 45, noviembre de 1969, pp. 90-116.

Pohl, Hans, «Das textilgewerbe in Hispanoamerika während der Kolonialzeit», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, LVI, 4, diciembre de 1969, pp. 438-477.

Poisson, Jean-Paul, «Introduction à une étude quantitative des effects socio-économiques du système de Law», *Journal de la Société de Statistique de Paris*, 115.e année. núm. 3, 3.er trimestre de 1974, pp. 260-280.

Poitrineau, Abel, «L'alimentation populaire en Auvergne au XVIIIe siècle», en Jean-Jacques Hémandinquier, comp., *Pour une histoire*

*de l'alimentation*, París, Lib. Armand Colin, 1970, pp. 146-193. (Antes en *Annales ESC*, 1962.)

Polišenský, J. V., «The Thirty Years' War», *Past and Present*, núm. 6, noviembre de 1954, pp. 31-43.

—, «The Thirty Years' War and the crises and revolutions of seventeenth-century Europe», *Past and Present*, núm. 39, abril de 1968, páginas 34-43.

—, *The Thirty Years' War*, Berkeley, Univ. of California Press, 1971.

—, *War and society in Europe, 1618-1648*, Cambridge, Cambridge Univ. Press, 1978.

Poni, Carlo, «All'origine del sistema di fabbrica: tecnologia e organizzazione produttiva dei mulini da seta nell'Italia settentrionale (sec. XVII-XVIII)», *Rivista Storica Italiana*, LXXXVIII, 3, 1976, páginas 444-497.

Ponsot, Pierre, «En Andalousie occidentale: les fluctuations de la production du blé sous l'Ancien Régime», *Etudes Rurales*, número 34, abril-junio de 1969, pp. 97-112.

Postel-Vinay, Gilles, *La rente foncière dans le capitalisme agricole*, París, Maspéro, 1974.

Price, Derek J., «The manufacture of scientific instruments from c 1500-c 1700», en C. Singer, *et al.*, *A History of Technology*. III: *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1700*, Oxford, Clarendon Press, 1957, pp. 620-647.

Price, Jacob M., «The rise of Glasgow in the chesapeake tobacco trade, 1707-1775», *William and Mary Quarterly*, 3.ª serie, XI, 2, abril de 1954, pp. 179-199.

—, «Multilateralism and/or bilateralism: the settlement of British trade balances with "The North", c 1700», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIV, 2, 1961, pp. 254-274 (a).

—, «The tobacco adventure to Russia: enterprise, politics and diplomacy in the quest for a northern market for English colonial tobacco, 1676-1722», *Transactions of the American Philosophical Society*, n.s., LI, 1, marzo de 1961 (b).

—, «The economic growth of the Chesapeake and the European Market, 1697-1775», *Journal of Economic History*, XXIV, 4, diciembre de 1964, pp. 496-511.

Prickler, Harald, «Das Volumen des westlichen ungarischen Aussenhandels vom 16. Jahrhundert bis 1700», en O. Pickl, comp., *Die wirtschaftlichen Auswirkungen der Türkenkriege*, Grazer Forschungen zur Wirtschafts- und Sozialgeschichte, I, Graz, 1971, páginas 131-144.

Priestly, Margaret, «Anglo-French trade and the "unfavorable balance" controversy, 1600-1685», *Economic History Review*, 2.ª serie, IV, 1, 1951, pp. 37-52.

Procacci, Giulio, «Italy: commentary», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth-century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 27-28.

Quencez, G., *Vocabularum geographicum*, Bruselas, Presses Académiques Européennes, 1968.

Rabb, Theodore K., «Puritanism and the rise of experimental science in England», artículo revisado, *Cahiers d'Histoire Mondiale*, VII, 1, 1962, pp. 46-67 (a).

—, «The effects of the Thirty Years' War on the German economy», *Journal of Modern History*, XXXIV, 1, marzo de 1962, pp. 40-51 (b).

—, «Sir Edwin Sandys and the Parliament of 1604», *American Historical Review*, LXIX, 3, abril de 1964, pp. 646-670.

—, «Free trade and the gentry in the Parliament of 1604», *Past and Present*, núm. 40, 1968, pp. 165-173.

—, *The struggle for stability in early modern Europe*, Londres y Nueva York, Oxford Univ. Press, 1975.

Rabe, Hannah, «Aktienkapital und Handelsinvestitionen im Überseehandel des 17. Jahrhunderts», *Vierteljahrschrift fur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLIX, 3, 1962, pp. 320-368.

Rachel, Hugo, *Die Handels-, Zoll- und Akzisepolitik Brandenburg-Preussens bis 1713*. Acta Borussica. Die einzelnen gebilte des verwaltung. Handels-, Zoll- und Akzisepolitik, I, Berlín, P. Parey, 1911.

Rambert, Gaston, «De 1660 à 1789», en *Histoire du commerce de Marseille*, IV: *De 1599 à 1789*, comp. gen., Gaston Rambert, París, Lib. Plon, 1954, pp. 193-683.

—, «Préface» a Robert Paris, *Histoire du commerce de Marseille*, V: *De 1660 à 1789, Le Levant*, París, Lib. Plon, 1957, pp. i-vi.

—, «La France et la politique de l'Espagne au XVIIIe siècle», *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, VI, octubre-diciembre de 1959, pp. 269-288.

Rapp, Richard Tilden, «The unmaking of the Mediterranean trade hegemony: international trade rivalry and the commercial revolution», *Journal of Economic History*, XXXV, 3, septiembre de 1975, pp. 499-525.

—, *Industry and economic decline in seventeenth-century Venice*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1976.

Raychaudhuri, Tapan, *Jan company in Coromandel, 1605-1690. A study in the interrelations of European commerce and traditional economics*, Verhandelingen van het Koninglijk Instituut voor Taal-, Land- en Volkenkunde, vol. 38. 's-Gravenhage, Martinus Nijhoff, 1962.

Reddaway, W. F., «The Scandinavian north», en A. W. Ward *et al.*, comps., *Cambridge Modern History*, IV, *The Thirty Years' War*, Cambridge, University Press, 1906, pp. 560-591.

Redlich, Fritz, «Entrepreneurship in the initial stages of industrialization», *Weltwirtschaftliches Archiv*, LXXV, 1955, pp. 59-106.

—, «Contributions in the Thirty Years' War», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 2, 1959, pp. 247-254.

Reed, Clyde G., «Transactions costs and differential growth in seventeenth-century Western Europe», *Journal of Economic History*, XXXIII, 1, marzo de 1973, pp. 177-190.

Rees, J. F., «The phases of British commercial policy in the eighteenth century», *Economica*, v, núm. 14, junio de 1925, pp. 130-150.

—, «Mercantilism and the colonies», en J. Holland Rose *et al.*, *Cambridge History of the British Empire*, I, Cambridge, University Press, 1929, pp. 561-602.

Reinhard, Marcel R., y Armengaud, Armand, *Histoire générale de la population mondiale*, París, Ed. Montchrestien, 1961. [*Historia de la población mundial*, Barcelona, Ariel.]

Renier, G. J., *The Dutch nation: an historical study*, Londres, Geo. Allen & Unwin, 1944.

Revah, I, S., «Les marranes», *Revue des Etudes Juives*, 3.ª serie, I (CXVIII), 1959-1960, pp. 29-77.

Rich, E. E., «The first earl of Shaftsbury's colonial policy», *Transactions of the Royal Historical Society*, 5.ª serie, VII, 1957, pp. 47-70.

—, «Europe and North America», en *New Cambridge Modern History*, v, F. L. Carsten, comp., *The ascendancy of France, 1648-88*, Cambridge, University Press, 1961, pp. 330-368. [Trad. cast., Barcelona, Sopena, 1980.]

—, *Montreal and the fur trade*, Montreal, McGill Univ. Press, 1966.

—, «Colonial settlement and its labour problems», en E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The Cambridge Economic History of Europe*, IV, *The economy of expanding Europe in the sixteenth and seventeenth centuries*, Cambridge, University Press, 1967, pp. 308-373. [«La colonización y sus problemas laborales», *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977, páginas 446-553.]

Richet, Denis, «Croissance et blocages en France du XVe au XVIIIe siècle», *Annales ESC*, XXIII, 4, julio-agosto de 1968, pp. 759-787.

—, «Economic growth and its setbacks in France from the fifteenth to the eighteenth century», en Marc Ferro, comp., *Social historians in contemporary France*, Nueva York, Harper & Row, 1972, páginas 180-211. (Traducido de *Annales ESC*, 1968.)

Richmond, vicealmirante Sir H., *National policy and naval strength and other essays*, Londres, Longmans, Green & Co., 1928.

Riemersma, Jelle C., «Government influence on company organization in Holland and England (1550-1650)», *Journal of Economic History*, suplemento x, 1950, pp. 31-39.

Riley, P. W. J., «The union of 1707 as an episode in English politics», *English Historical Review*, LXXXIV, núm. 332, julio de 1969, páginas 498-527.

Ringrose, D. R., «European economic growth: comments on the North-Thomas theory», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXVI, 2, mayo de 1973, pp. 285-292.

Robert, Daniel, «Louis XIV et les protestants», *XVIIe Siècle*, números 76-77, 1967, pp. 39-52.

Roberts, Michael, *Gustavus Adolphus*, 2 vols., Londres, Longmans, Green & Co., 1953, 1958.

—, «Cromwell and the Baltic», *English Historical Review*, LXXVI, número 300, julio de 1961, pp. 402-446.

—, «Queen Christina and the general crisis of the seventeenth century», *Past and Present*, núm. 22, julio de 1962, pp. 36-59.

—, «Charles XI», en *Essays in Swedish history*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1967, pp. 226-268. (Antes en *History*, 1965.)

—, «Sweden and the Baltic, 1611-54», en *New Cambridge Modern History*, IV, J. P. Cooper, comp., *The decline of Spain and the Thirty Years' War, 1609-49/59*, Cambridge, University Press, 1970, pp. 385-410. [Trad. cast., Barcelona, Sopena, 1980.]

—, «Introduction», en M. Roberts, comp., *Sweden's age of greatness, 1632-1718*, Nueva York, St. Martin's Press, 1973, pp. 1-19 (a).

—, «The Swedish church», en M. Roberts, comp., *Sweden's age of greatness, 1632-1718*, Nueva York, St. Martin's Press, 1973, páginas 132-173 (b).

Roebuck, P., «Absentee landownership in the late seventeenth and early eighteenth centuries: a neglected factor in English agrarian history», *Agricultural History Review*, XXI, 1, 1973, pp. 1-17.

Roehl, Richard, «French industrialization: a reconsideration», *Explorations in Economic History*, XIII, 3, julio de 1976, pp. 233-281.

Roessingh, H. K., «Inland tobacco: expansion and contraction of a cash crop in the 17th and 18th centuries in the Netherlands», *A.A.G. Bijdragen*, núm. 20, 1976, pp. 498-503.

Romano, Ruggiero, «Documenti e prime considerazioni intorno alla 'Balance du commerce' della Francia dal 1716 al 1780», *Studi in onore di Armando Sapori*, II, Milán, Istituto Edit. Cisalpino, 1957, páginas 1265-1300.

—, «Une économie coloniale: le Chili au XVIIIe siècle», *Annales ESC*, XV, 2, marzo-abril de 1960, pp. 259-285.

—, «Tra XVI e XVII secolo, una crisi economica: 1619-1622», *Rivista Storica Italiana*, LXXIV, 3, 1962, pp. 480-531.

—, «L'Italia nella crisi del secolo XVII», *Studi Storici*, IX, 3-4, julio-diciembre de 1968, pp. 723-741.

—, «Sens et limites de l''industrie' minière en Amérique espagnole du XVIe au XVIIIe siècle», *Journal de la Société des Américanistes*, LIX, 1970, pp. 129-143.

—, «L'Italia nella crisi del secolo XVII», en *Tra due crisi: l'Italia del Rinascimento*, Turín, Piccola Bibl. Einaudi, 1971, pp. 186-206. (Antes en *Studi Storici*, 1968.)

—, «Italy in the crisis of the seventeenth century», en Peter Earle, comp., *Essays in European economic history 1500-1800*, Oxford, Clarendon Press, 1974, pp. 185-198. (Traducido de *Studi Storici*, 1968.)

Romero de Solís, Pedro, *La población española en los siglos XVIII y XIX*, Madrid, Siglo XXI de España, 1973.

Roorda, D. J., «The ruling classes in Holland in the seventeenth century», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, II, Groninga, J. B. Wolters, 1964, pp. 109-132.

—, «Party and faction», *Acta Historiae Neerlandica*, II, 1967, páginas 188-221.

Roos, Hans-Edvard, «Origin of Swedish capitalism», *Economy and History*, XIX, 1, 1976, pp. 49-65.

Rosén, Jerker, «Scandinavia and the Baltic», en *New Cambridge Modern History*, V, F. L. Carsten, comp., *The ascendancy of France, 1648-88*, Cambridge, University Press, 1961, pp. 519-42. [Trad. castellana, Barcelona, Sopena, 1980.]

Rosenberg, Hans, *Bureaucracy, aristocracy and autocracy: the Prussian experience, 1660-1815*, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1958.

Roseveare, Henry, *The treasury: the evolution of a British institution*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1969.

—, «Government financial policy and the market in late seventeenth-century England», Ottava Settimana di Studio, Istituto Internazionale di Storia Economica «Francesco Datini», Prato, 8 de mayo de 1976.

Rostworowski, Emanuel, «The crisis of sovereignty (1697-1763)», en A. Gieysztor *et al.*, *History of Poland*, Varsovia, PWN, 1968, páginas 313-337.

Rowen, Herbert H., «The revolution that wasn't: the *Coup d'Etat* of 1650 in Holland», *European Studies Review*, IV, 2, octubre de 1974, pp. 99-117.

Rubini, Dennis, «Politics and the battle for the banks, 1688-1697», *English Historical Review*, LXXXV, núm. 337, octubre de 1970, páginas 693-714.

Ruiz Martín, Felipe, «La banca en España hasta 1782», en F. Ruiz Martín *et al.*, *El banco de España: una historia económica*, Madrid, Banco de España, 1970, pp. 1-196.

Rule, John C., «Louis XIV, roi-bureaucrate», en John C. Rule, comp., *Louis XIV and the Craft of Kingship*, Columbus, Ohio State Univ. Press, 1969, pp. 3-101.

Rusche, G., y Otto Kirchheimer, *Punishment and social structure*, Nueva York, Columbia Univ. Press, 1939.

Rusiński, Władysław, «Hauptprobleme der Fronwirtschaft im 16 bis 18, Jhd. in Polen und den Nachbarländern», en *First International Conference of Economic History*, Estocolmo, agosto de 1960, *Contributions*, París y La Haya, Mouton, 1960, pp. 415-423.

—, «Strukturwandlungen der bäuerlichen Bevölkerung Polens im 16.-18. Jahrhundert», *Studia Historiae Oeconomicae*, VII, 1972, páginas 99-119.

—, «Über die Entwicklungsetappen der Fronwirtschaft in Mittel- und Ost-europa», *Studia Historiae Oeconomicae*, IX, 1974, pp. 27-45.

Rutkowski, Jan, «Le régime agraire en Pologne au XVIIIe siècle», *Revue d'Histoire Economique et Social*, XIV, 4, 1926, pp. 473-505; XV, 1, 1927, pp. 66-103 (a).

—, *Histoire économique de la Pologne avant les partages*, París, H. Champion, 1927 (b).

Ruwet, Joseph, «Prix, production et bénéfices agricoles. Le pays de Liège au XVIII siècle», *Cahiers d'Histoire des Prix*, II, 1957, páginas 69-108.

Saalfeld, Diedrich, *Bauernwirtschaft und Gutsbetrieb in der vorindustriellen Zeit*, Stuttgart, Gustav Fischer Verlag, 1960.

Sagnac, Philippe, «Le crédit de l'Etat et les banquiers à la fin du XVIIe et au commencement du XVIIIe siècle», *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, x, núms. 4-5, junio-julio de 1908, páginas 257-272.

Salaman, Redcliffe N., *The history and social influence of the potato*, Cambridge, University Press, 1949.

Salin, Edgar, «European entrepreneurship», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 4, otoño de 1952, pp. 366-377.

Salmon, J. H. M., «Venality of office and popular sedition in seventeenth-century France», *Past and Present*, núm. 37, julio de 1967, páginas 21-43.

Samuelsson, Kurt, *From great power to welfare State*, Londres, Geo. Allen & Unwin, 1968.

Sandberg, Lars S., «Monetary policy and politics in mid-eighteenth century Sweden: a comment», *Journal of Economic History*, XXX, 3, septiembre de 1970, pp. 653-654.

Sayous, André-E., «L'affaire de Law et les Génevois», *Zeitschrift für schweizerische Geschichte*, XVII, 3, 1937, pp. 310-340.

Scammell, G. V., «Shipowning in the economy and politics of early modern England», *Historical Journal*, XV, 3, 1972, pp. 385-407.

Scelle, Georges, «The slave-trade in the Spanish colonies of America: the Assiento», *American Journal of International Law*, IV, 3, julio de 1910, pp. 612-661.

Scoville, Warren C., «The Huguenots and the diffusion of technology», *Journal of Political Economy*, LX, 4, agosto de 1952, páginas 392-411.

—, *The persecution of Huguenots and French economic development, 1680-1720*, Berkeley, Univ. of California Press, 1960.

Schmoller, Gustav, *The mercantile system and its historical significance*, Nueva York, MacMillan, 1897. (Reeditado por Augustus M. Kelley Publ., 1967.)

Schöffer, Ivo, «Did Holland's golden age coincide with a period of crisis?», *Acta Historiae Neerlandica*, I, 1966, pp. 82-107.

—, *A short history of the Netherlands*, 2.ª ed. rev., Amsterdam, Allert de Lange bv, 1973.

Schumpeter, Joseph A., *Capitalism, Socialism, and Democracy*, Londres, Geo. Allen & Unwin, 1943. [*Capitalismo, socialismo y democracia*, Madrid, Aguilar, 1971.]

Schwartz, Stuart B., «The Mocambo: slave resistance in colonial Bahia», *Journal of Social History*, III, 4, verano de 1970, páginas 313-333.

—, «Free labor in a slave economy: the *Lavradores de Cana* of colonial Bahia», en Dauril Alden, comp., *Colonial roots of modern Brazil*, Berkeley, Univ. of California Press, 1973, pp. 147-197.

—, «The manumission of slaves in colonial Brazil: Bahia, 1684-1745», *Hispanic American Historical Review*, LVII, 4, noviembre de 1974, páginas 603-635.

Sée, Henri, «Remarques sur le caractère de l'industrie rurale en France et les causes de son extension au XVIIIe siècle», *Revue Historique*, CXLII, 1, enero-febrero de 1923, pp. 47-53.

Seeley, J. A., *The expansion of England*, comp., John Gross, Chicago, Illinois, Univ. of Chicago Press, 1971. (Publicado originalmente en 1883.)

Sella, Domenico, «The rise and fall of the Venetian woollen industry», en Brian Pullan, comp., *Crisis and change in the Venetian economy in the sixteenth and seventeenth centuries*, Londres, Methuen, 1968, pp. 106-126.

—, «Industrial production in seventeenth-century Italy: a reappraisal», *Explorations in entrepreneurial history*, VI, 3, primavera-verano de 1969, pp. 235-253.

—, «European industries 1500-1700», en C. M. Cipolla, comp., *The sixteenth and seventeenth centuries*, II, Glasgow, Collins, 1974, páginas 354-412.

—, «The two faces of the Lombard economy in the seventeenth century», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth-century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 11-15.

Semo, Enrique, *Historia del capitalismo en México: los orígenes/1521-1763*, México, Era, 1973.

Sereni, Emilio, *Storia del paesaggio agrario italiano*, Bari, Laterza, 1961.

Sheridan, Richard B., «The Molasses act and the market strategy of the British sugar Planters», *Journal of Economic History*, XVII, 1, 1957, pp. 62-83.

—, «The wealth of Jamaica in the eighteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVIII, 2, agosto de 1965, pp. 292-311.

—, «The wealth of Jamaica in the eighteenth century: a rejoinder», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXI, 1, abril de 1968, pp. 46-61.

—, «The plantation revolution and the industrial revolution, 1625-1775», *Caribbean Studies*, IX, 3, octubre de 1969, pp. 5-25.

Sideri, S., *Trade and power: informal colonialism in Anglo-Portuguese relations*, Rotterdam, Rotterdam Univ. Press, 1970.

Silbert, Albert, «Un carrefour de l'Atlantique: Madère (1640-1820)», *Economias e Finanças*, serie 2, XXII, 1954, pp. 389-443.

Simiand, François, *Les fluctuations économiques à longue période et la crise mondiale*, París, Lib. Felix Alcan, 1932 (a).

—, *Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix du 16e au 19e siècle*, París, Ed. Domat-Montchrestien, 1932 (b).

Simpson, Leslie Boyd, «Mexico's Forgotten Century», *Pacific Historical Review*, XXII, 2, mayo de 1953, pp. 113-121.

Singh, O. P., *Surat and its trade in the second half of the 17th century*, Delhi, Univ. of Delhi, 1977.

Skazkine, S., «Sur la genèse du capitalisme dans l'agriculture de l'Europe occidentale», *Recherches Internationales à la Lumière du Marxisme*, núm. 37, *Le féodalisme*, mayo-junio de 1963, páginas 191-202.

Slicher van Bath, B. H., «Agriculture in the Low Countries (ca. 1600-1800)», *X Congresso Internazionale di Scienze Storiche*, Roma, 4-11 de septiembre de 1955, *Relazioni*, IV, *Storia Moderna*, Florencia, G. C. Sansoni-Ed., 1955, pp. 169-203.

—, «The rise of intensive husbandry in the Low Countries», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Londres, Chatto & Windus, 1960, pp. 130-153.

—, *The agrarian history of Western Europe, A.D. 500-1850*, Londres, Edw. Arnold, 1963 (a). [*Historia agraria de Europa occidental*, Barcelona, Península, 1974.]

—, «Yield ratios, 810-1820», *A.A.G. Bijdragen*, núm. 10, 1963 (b).

—, «Les problèmes fondamentaux de la société préindustrielle en Europe occidentale: une orientation et un programme», *A.A.G. Bijdragen*, núm. 12, 1965, pp. 3-46 (a).

—, «Die europäischen Agrarverhältnisse im 17. und der ersten Hälfte des 18. Jahrhunderts», *A.A.G. Bijdragen*, núm. 13, 1965, páginas 134-148 (b).

—, «Eighteenth-century agriculture on the continent of Europe: evolution on revolution?», *Agricultural History*, XLIII, 1, enero de 1969, pp. 169-179.

—, «Agriculture in the vital revolution», en *Cambridge Economic History of Europe*, V, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economic organization of early modern Europe*, Cambridge, University Press, 1977, pp. 42-132. [«La agricultura en la revolución vital», en *Historia económica de Europa*, V, *La organización económica en Europa en la Alta Edad Moderna*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1981, pp. 53-169.]

Sluiter, Engel, «Dutch-Spanish rivalry in the Caribbean area, 1594-1609», *Hispanic American Historical Review*, XXVIII, 2, mayo de 1948, pp. 165-196.

Smelser, Neil J., *Social change in the industrial revolution*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1959.

Smit, J. W., «The Netherlands and Europe in the seventeenth and eighteenth centuries», en J. S. Bromley y E. H. Kossmann, comps., *Britain and the Netherlands in Europe and Asia*, Londres, Macmillan, 1968, pp. 13-36.

—, «Holland: commentary», en Frederick Krantz y Paul W. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, páginas 61-63.

Smith, C. T., *An historical geography of western Europe before 1800*, Londres, Longman, 1967.

Smout, T. C., «The development and enterprise of Glasgow, 1556-1707», *Scottish Journal of Political Economy*, VII, 3, 1960, páginas 194-212.
—, *Scottish trade on the eve of the union, 1660-1707*, Edimburgo, Oliver & Boyd, 1963.
—, «Scottish landowners and economic growth, 1650-1850», *Scottish Journal of Political Economy*, XI, 1, febrero de 1964, pp. 218-234 (a).
—, «The Anglo-Scottish union of 1707, I, The economic background», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVI, 3, abril de 1964, páginas 455-467 (b).
—, y Alexander Fenton, «Scottish agriculture before the improvers -an exploration», *Agricultural History Review*, XIII, 2, 1965, páginas 73-93.
Sombart, Werner, «Hausindustrie», *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, 2.ª ed., Jena, Verlag von Gustav Fischer, 1900, IV, páginas 1138-1169.
Soom, Arnold, «Der Kampf der baltischen Städte gegen das Fremdkapital im 17. Jahrhundert», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLIX, 4, 1962, pp. 433-458.
Spengler, Joseph, J., «Mercantilist and physiocratic growth theory», en Bert F. Hoselitz, comp., *Theories of Economic Growth*, Nueva York, Free Press, 1960, pp. 3-64.
Sperling, J., «The international payments mechanism in the seventeenth and eighteenth centuries», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIV, 3, 1962, pp. 446-468.
Špiesz, Anton, «Czechoslovakia's place in the agrarian development of middle and east Europe of modern times», *Studia Historica Slovaca*, VI, 1969, pp. 7-62.
Spooner, Frank C., *L'économie mondiale et les frappes monétaires en France 1493-1680*, París, Lib. Armand Colin, 1956.
—, «The European economy, 1609-50», *New Cambridge Modern History*, IV, J. P. Cooper, comp., *The decline of Spain and the Thirty Years war, 1609-48/59*, Cambridge, University Press, 1970, pp. 67-103. [«La economía de Europa, 1609-1650», en *Historia del mundo moderno*, IV, La decadencia de España y la guerra de los Treinta Años, 1610-48/59, Barcelona, Sopena, 1980.]
Stark, Werner, «Die Abhängigkeitsverhältnisse der gutsherrlichen Bauern Böhmens im 17. und 18. Jahrhundert», *Jahrbucher für Nationalökonomie und Statistik*, CLXIV, 4, julio de 1952, pp. 270-92; 5, septiembre de 1952, pp. 348-374.
Steensgaard, Niels, «The economic and political crisis of the seventeenth century», comunicación al XIII International Congress of Historical Sciences, Moscú, 16-23 de agosto de 1970.
Stefanescu, St., Mioc, D., y Chirca, H., «L'évolution de la rente féodale en travail en Valachie et en Moldavie aux XIVe-XVIIIe siècles», *Revue Roumaine d'Histoire*, I, 1, 1962, pp. 39-60.
Stoianovich, Traian, «Pour un modèle du commerce du Levant: économie concurrentielle et économie de bazar, 1500-1800», *Bulletin*

*de l'Association Internationale d'Etudes du Sud-Est Européen*, XII, 2, 1974, pp. 61-120.

Stols, E., «The southern Netherlands and the foundation of the Dutch East and West India Companies», *Acta Historiae Neerlandicae*, IX, 1976, pp. 30-47.

Stone, Lawrence, «Social mobility in England, 1500-1700», *Past and Present*, núm. 33, abril de 1966, pp. 16-55.

—, «Literacy & education in England, 1640-1900», *Past and Present*, número 42, febrero de 1969, pp. 69-139.

—, *The causes of the English revolution, 1529-1642*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1972.

Stork-Penning, J. G., «The ordeal of the states-Some remarks on Dutch politics during the war of the Spanish Succession», *Acta Historiae Neerlandica*, II, 1967, pp. 107-141.

Stoye, J. W., «The Austrian Habsburgs», en *New Cambridge Modern History*, VI, J. S. Bromley, comp., *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725*, Cambridge, University Press, 1970, pp. 572-607 (a). [«Los Habsburgo de Austria», en *Historia del mundo moderno*, VI, *El auge de Gran Bretaña y Rusia, 1688-1725*, Barcelona, Sopena, 1975, pp. 414-439.]

—, «Armies and navies. 2. Soldiers and civilians», en *New Cambridge Modern History*, VI; J. S. Bromley, comp., *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1725*, Cambridge, University Press, 1970, páginas 762-790 (b). [«El ejército y la marina de guerra», 2, Militares y civiles», en *Historia del mundo moderno*, VI, *El auge de Gran Bretaña y Rusia, 1688-1725*, Barcelona, Sopena, 1975, páginas 552-570.]

Stradling, R. A., «Seventeenth century Spain: decline or survival?», *European Studies Review*, IX, 2, abril de 1979, pp. 157-194.

Strong, Frank, «The causes of Cromwell's West Indian expedition», *American Historical Review*, IV, 2, enero de 1899, pp. 228-245.

Supple, Barry E., «Thoman Mun and the commercial crisis, 1623», *Bulletin of the Institute of Historical Research*, XXVII, núm. 75, mayo de 1954, pp. 91-94.

—, «Currency and Commerce in the Early Seventeenth Century», *Economic History Review*, 2.ª serie, X, 2, 1957, pp. 239-255.

—, *Commercial crisis and change in England 1600-42*, Cambridge, University Press, 1959.

—, «The State and the industrial revolution», en C. M. Cipolla, comp., *The Fontana Economic History of Europe*, III, *The industrial revolution*, Glasgow, Collins, 1973, pp. 301-357.

—, «The nature of enterprise», en *Cambridge Economic History of Europe*, V: E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economic organization of early modern Europe*, Cambridge, University Press, 1977, pp. 394-461. [«La naturaleza de la empresa», en *Historia económica de Europa*, V, *La organización económica en Europa en la Alta Edad Moderna*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1981, páginas 495-577.]

Sutherland, Lucy S., *The East India Company in eighteenth century politics*, Oxford, Clarendon Press, 1952.

—, «The city of London in eighteenth-century politics», en Richard Pares y A. J. P. Taylor, comps., *Essays presented to Sir Lewis Namier*, Londres, Macmillan, 1956, pp. 49-74.

Swart, K. W., «Holland's bourgeoisie and the retarded industrialization of the Netherlands», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 44-48.

Sweezy, Paul, «Karl Marx and the industrial revolution», en *Modern capitalism and other essays*, Nueva York, Monthly Review Press, 1972, pp. 127-146 (a). (Antes en Robert V. Eagly, comp., *Events, ideology and economic theory*, 1968.)

—, «Marx and the proletariat», en *Modern capitalism and other essays*, Nueva York: Monthly Review Press, 1972, pp. 147-165 (b). (Antes en *Monthly Review*, 1967).

Symcox, Geoffrey, *The crisis of the French sea power 1688-1697. From the guerre d'escadre to the guerre de course*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1974.

Szczygielski, Wojciech, «Le rendement de la production agricole en Pologne du XVIe au XVIIe siècle sur le fond européen», *Ergon*, V, suplemento a *Kwartalnik historii kultury materialnej*, XIV, 4, 1966, páginas 745-803.

—, «Die ökonomische Aktivität des polnischen Adels im 16.-18. Jahrhundert», *Studia Historiae Economicae*, II, 1967, pp. 83-101.

Takahashi, H. K., «The transition from feudalism to capitalism; a contribution to the Sweezy-Dobb controversy», *Science and Society*, XVI, 4, otoño de 1952, pp. 313-345. [«Contribución al debate», en R. Hilton, comp., *La transición del feudalismo al capitalismo*, Barcelona, Crítica, 1977.]

Tapié, Victor-Lucien, «Les officiers seigneuriaux dans la société française du XVIIe siècle», *XVIIe Siècle*, núms., 42-43, 1.er trimestre de 1959, pp. 118-140.

—, «Quelques aspects généraux de la politique étrangère de Louis XIV», *XVIIe Siècle*, núms. 46-47, 1.º-2.º trimestre de 1960, páginas 1-28.

—, *The rise and fall of the Habsburg monarchy*, Nueva York, Praeger, 1971.

Tawney, R. H., «A history of capitalism», revisado por M. H. Dobb, *Studies in the development of capitalism, in Economic History Review*, 2.ª serie, II, 3, 1950, pp. 307-316.

Taylor, A. J. P., *The course of German history*, Nueva York, Coward-McCann, 1946.

Taylor, George V., «Types of capitalism in eighteenth-century France», *English Historical Review*, LXXIX, núm. 312, julio de 1964, páginas 478-497.

Taylor, Harland, «Trade, neutrality and the 'English Road', 1630-

1648», *Economic History Review*, 2.ª serie, xxv, 2, mayo de 1972, páginas 236-260.

Tazbir, Janusz, «Recherches sur la conscience nationale en Pologne au xvie siècle», *Acta Poloniae Historica*, núm. 14, 1966, pp. 5-22.

—, «The Commonwealth at the turning point (1586-1648)», en A. Gieysztor *et al.*, *History of Poland*, Varsovia, PWN, 1968, pp. 208-241 (a).

—, «The Commonwealth in the years of crisis (1648-1696)», en A. Gieysztor *et al.*, *History of Poland*, Varsovia, PWN, 1968, pp. 242-312 (b).

Temperley, Harold W. V., «The age of walpole and the Pelhams», *Cambridge Modern History*, vi, *The eighteenth century*, Cambridge, University Press, 1909, pp. 40-89 (a). [Trad. cast., Barcelona, Sopena, 1980.]

—, «The causes of the War of Jenkin's Ear, 1739», *Transactions of the Royal Historical Society*, 3.ª serie, III, 1909, pp. 197-236 (b). (Reeditado en Ian R. Christie, comp., *Essays in modern History*, 1968.)

—, «Foreword», .en Jean O. McLachlan, *Trade and peace with old Spain, 1667-1750*, Cambridge, University Press, 1940, pp. ix-xi.

Teuteberg, H. J., «The general relationship between diet and industrialization», en Elborg y Robert Forster, comps., *European diet from pre-industrial to modern times*, Nueva York, Harper & Row (Torchbooks), 1975, pp. 61-109.

Thirsk, Joan, «The restoration land settlement», *Journal of Modern History*, XXVI, 4, diciembre de 1954, pp. 315-328.

—, «Industries in the countryside», en F. J. Fisher, comp., *Essays in the economic and social history of Tudor and Stuart England*, Cambridge, University Press, 1961, pp. 70-88.

—, «Seventeenth-century agriculture and social change», *Agricultural History Review*, XVIII, 1970, suplemento: Joan Thirsk, comp., *Land, church and people*, pp. 148-177.

—, «New crops and their diffusion: tobacco-growing in seventeenth-century England», en C. W. Chalklin y M. A. Havinden, comps., *Rural change and urban growth, 1500-1800*, Londres, Longmans, 1974, pp. 76-103.

—, *The restoration*, Londres, Longmans, 1976.

Thomas, P. J., *Mercantilism and the East India trade*, Londres, Frank Cass, 1963.

Thomas, Robert Paul, «The sugar colonies of the old empire: profit or loss for Great Britain?», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXI, 1, abril de 1968, pp. 30-45.

Thompson, E. P., «Time, work-discipline and industrial capitalism», *Past and Present*, núm. 38, diciembre de 1967, pp. 56-97.

—, *Whigs and hunters: the origin of the Black Act*, Nueva York, Pantheon, 1975.

Thompson, F. M. L., «The social distribution of landed property since the sixteenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIX, 3, diciembre de 1966, pp. 505-517.

Thomson, Mark A., «The war of the Austrian Succession», en *New Cambridge Modern History*, VII: J. O. Lindsay, comp., *The Old*

*Regime, 1713-1763*, Cambridge, University Press, 1966, pp. 416-439. [«La guerra de Sucesión austríaca», *El Antiguo Régimen*, Barcelona, 1980, Sopena, pp. 299-316.]

Tilly, Charles, «Reflections on the history of European State-making», en Charles Tilly, comp., *The formation of national states in Western Europe*, Princeton, Nueva Jersey, Princeton Univ. Press, 1975, pp. 3-83.

Tomkiewicz, Władysław, «Varsovie au XVIIe siècle», *Acta Poloniae Historica*, núm. 15, 1967, pp. 39-64.

Tonnesson, Kàre D., «Les pays scandinaves», en *L'abolition de la «féodalité» dans le monde occidental*. Colloques internationaux du CNRS, Toulouse 12-16 de noviembre de 1968, París, Ed. du CNRS, I, 1971, pp. 303-313 (más Discusión, II, pp. 719-721).

Topolska, Maria Barbara, «Peculiarities of the economic structure of eastern White Russia in the sixteenth-eighteenth centuries», *Studia Historiae Oeconomicae*, VI, 1971, pp. 37-49.

Topolski, Jerzy, «Les tendances de l'évolution agraire de l'Europe centrale et orientale aux XVIe-XVIIIe siècles», *Rivista di Storia dell'Agricoltura*, VII, 2, junio de 1967, pp. 107-119.

—, «L'économie rurale dans les biens de l'archévêché de Gniezno depuis le 16e jusqu'au 18e siècle», *Recherches Internationales à la Lumière du Marxisme*, núms. 63-64, 2.° y 3.er trimestres de 1970, pp. 86-98.

—, «La reféodalisation dans l'économie des grands domaines en Europe centrale et orientale (XVIe-XVIIIe ss.)», *Studia Historiae Oeconomicae*, VI, 1971, pp. 51-63.

—, «Economic decline in Poland from the sixteenth to the eighteenth centuries», en Peter M. Earle, comp., *Essays in European Economic History, 1500-1800*, Oxford, Clarendon Press, 1974, pp. 127-142 (a). (Traducido de *Acta Poloniae Historica*, 1962.)

—, «The manorial serf economy in central and eastern Europe in the 16th and 17th centuries», *Agricultural History*, XLVIII, 3, julio de 1974, pp. 341-352 (b).

—, «Commerce des denrées agricoles et croissance économique de la zone baltique aux XVIe et XVIIe siècles», *Annales ESC*, XXIX, 2, marzo-abril de 1974, pp. 425-436 (c).

Torr, Dona, «The English revolution, I», *Labour Monthly*, XXIII, 2, febrero de 1941, pp. 90-92.

Tremel, Ferdinand, «Die österreichische Wirtschaft zwischen 1620 und 1740», *Österreich in Geschichte und Literatur*, 1961, V, páginas 166-181.

Treue, Wilhelm, «Wirtschafts- und Sozialgeschichte vom 16. bis zum 18. Jahrhundert», en Bruno Gebhardt, comp., *Handbuch der deutschen Geschichte*, II, *Von der Reformation bis zum Ende des Absolutismus*, 8.ª ed. rev., Stuttgart, Union Verlag, 1955, páginas 366-436.

—, «Das Verhaltnis von Fürst, Staat und Unternehmer in der Zeit des Merkantilismus», *Vieteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, XLIV, 1, 1957, pp. 26-56.

—, *Wirtschaft, Gesellschaft und Technik in Deutschland von 16. bis zum 18. Jahrhundert*, Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 1974.

Trevelyan, George Macauley, «The revolution as a movement for democratic unification», en Gerald M. Straka, comp., *The revolution of 1688: Whig triumph or Palace revolution?*, Boston, D. C. Heath, 1963, pp. 43-49. (Antes en *The English revolution, 1688-1689*, 1938. [*La revolución inglesa, 1688-1689*, México, FCE, 1974.]

Trevor-Roper, Hugh R., «The general crisis of the 17th century», *Past and Present*, núm. 16, noviembre de 1959, pp. 31-66.

—, «Scotland and the puritan revolution», en H. E. Bell y R. L. Ollard, comps., *Historical essays 1600-1750 presented to David Ogg*, Londres, Adam & Charles Black, 1964, pp. 78-130.

—, «The union of Britain in the 17th century», en *Homenaje a Jaime Vicens Vives*, Barcelona, Facultad de Filosofía y Letras, 1967, II, pp. 703-715.

Tucker, G. S. L., «English pre-industrial population trends», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVI, 2, diciembre de 1963, pp. 205-218.

Unger, Richard W., *Dutch shipbuilding before 1800*, Assen/Amsterdam, Van Gorcum, 1978.

Unger, W. S., «Trade through the Sound in the seventeenth and eighteenth centuries», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 2, diciembre de 1959, pp. 206-221.

Unwin, George, *Industrial organization in the sixteenth and seventeenth centuries*, Oxford: Clarendon Press, 1904.

Usher, Abbott Payson, *The history of the grain trade in France, 1400-1710*, Harvard Economic Studies, vol. IX, Cambridge, Massachusetts, Harvard Univ. Press, 1913.

—, «The growth of English shipping, 1572-1922», *Quarterly Journal of Economic*, XLII, 3, mayo de 1928, pp. 465-478.

—, «Machines and mechanisms», en C. Singer *et al.*, *A history of technology*, III, *From the Renaissance to the Industrial Revolution, c 1500-c 1700*, Oxford, Clarendon Press, 1959, pp. 324-346.

Utterström, Gustav, «An outline of some population changes in Sweden ca. 1660-1750 and a discussion of some current issues», en D. V. Glass y D. E. C. Eversley, comps., *Population in history*, Londres, Edw. Arnold, 1965, pp. 536-548.

Vandenbroeke, Chr., «Cultivation and consumption of the potato in the 17th and 18th century», *Acta Historiae Neerlandica*, V, 1971, páginas 15-39.

Van der Wee, H., «Introduction — The agricultural development of the Low Countries as revealed by the tithe and rent statistics, 1250-1800», en H. van der Wee y E. van Cauwenberghe, comps., *Productivity of land and agricultural innovation in the Low Countries (1250-1800)*, Leuven, Leuven Univ. Press, 1978, pp. 1-23.

Van der Woude, A. M., «Discussion», en *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, IV, J. E. C. Eversley, comp., *Demography and history*, París y La Haya, Mouton, 1972, páginas 232-234.

—, «The A. A. G. Bijdragen and the study of Dutch rural history», *Journal of European Economic History*, IV, 1, primavera de 1975, páginas 215-241.
—, y Mentink, G. J., «La population de Rotterdam au XVIIe et au XVIIIe siècle», *Population*, XXI, 6, noviembre-diciembre de 1966, páginas 1165-1190.
Van Dijk, H., y Roorda, D. J., «Social mobility under the regents of the Republic», *Acta Historiae Neerlandicae*, IX, 1976, pp. 76-102.
Van Dillen, J. G., «Stukken betreffende den Amsterdamschen graanhandel omstreeks het jaar 1681», *Economisch-Historisch Jaarboek*, III, 1917, pp. 70-106.
—, «Eenige stukken aangaande den Amsterdamschen graanhandel in de tweede helfte der zeventiende eeuw», *Economisch-Historisch Jaarboek*, IX, 1923, pp. 221-230.
—, «Amsterdam, marché mondial des métaux précieux au XVIIe et au XVIIIe siècle», *Revue Historique*, 51.e annee, CLII, 2, julio-agosto de 1926, pp. 194-201.
—, «Amsterdam's role in seventeenth-century Dutch politics and its economic background», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, II, Groninga, J. B. Wolters, 1964, páginas 133-147.
—, «Economic fluctuations and trade in the Netherlands, 1650-1750», en Peter Earle, comp., *Essays in European economic history, 1500-1800*, Oxford, Clarendon Press, 1974, pp. 199-211 (a). (Traducido de *Van rijkdom en regenten: handboek tot de economische en sociale geschiedenis van nederland tijdens de republiek*, 1970.)
—, «La banque de changes et les banquiers privés à Amsterdam aux XVIIe et XVIIIe siècles», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, París, Mouton, v, 1974, pp. 177-185 (b).
Van Hoboken, W. J., «The Dutch West India Company: the political background of its rise and decline», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, Londres, Chatto & Windus, 1960, pp. 41-61.
Van Houtte, Jean A., «Déclin et survivance d'Anvers (1550-1700)», *Studi in onore di Amintore Fanfani*, v, *Evi moderno e contemporaneo*, Milán, Dott. A. Giuffrè-Ed., 1962, pp. 703-726.
Van Klaveren, Jacob, *General economic history, 100-1760*, Munich, Gerhard Kieckens, 1969 (a).
—, «Fiscalism, mercantilism and corruption», en D. C. Coleman, comp., *Revisions in Mercantilism*, Londres, Methuen, 1969, pp. 140-161 (b). (Traducido de *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 1960.)
Van Veen, Joh., *Dredge, drain, reclaim*, La Haya, Martinus Nijhoff, 1950.
Várkonyi, Ágnes R., «Historical personality, crisis and progress in 17th century Hungary», *Etudes historiques, 1970*, publicados con motivo del VIIIe Congrès International des Sciences Historiques

par la Commission National des Historiens Hongrois, Budapest, Akademiai Kiado, 1970, pp. 295-299.

Veenendaal, A. J., «The war of the Spanish Succession in Europe», en *New Cambridge Modern History*, VI, J. S. Bromley, comp., *The rise of Great Britain and Russia, 1688-1715/25*, Cambridge, University Press, 1970, pp. 410-445. [«La guerra de Sucesión española en Europa», en *Historia del mundo moderno*, VI, *El auge de Gran Bretaña y Rusia, 1688-1725*, Barcelona, Sopena, 1975, pp. 298-323.]

Ventura, Angelo, «Considerazioni sull'agricoltura veneta e sulla accumulazione originaria del capitale nei secoli XVI e XVII», *Studi Storici*, IX, 3-4, julio-diciembre de 1968, pp. 674-722.

Verlinden, Charles, «Schiavitù ed economia nel mezzogiorno agli inizi dell'età moderna», *Annali del mezziogiorno*, III, 1963, páginas 11-38.

—, «Amsterdam», en Amintore Fanfani, comp., *Città mercanti doctrine nell'economia europea dal IV al XVIII secolo*, Milán, Dott. A. Giuffrè-Ed., 1964, pp. 321-340.

—, «Les conditions de l'introduction et de l'abolition du régime feódal dans les deux Amériques», en *L'abolition de la «féodalité» dans le monde occidental*, Colloques internationaux du CNRS, Toulouse 12-16 de noviembre de 1968, París, Ed. du CNRS, I, 1971, páginas 341-348. [«Las condiciones de la introducción y de la abolición del régimen feudal en las dos Américas», en *La abolición del feudalismo en el mundo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 208-209.]

—, «Dal Mediterraneo all'Atlantico», en *Contributi per la storia economica*, Prato, Istituto Internazionale di Storia Economica «F. Datini», 1975, pp. 27-51.

Viana, Luis Filho, «O trabalho do engenho e a reacção do Indio-Estabelecimento de escravatura africans», en *Congresso do Mundo Portugues*, X, Lisboa, Publicações Lisboa, 1940, pp. 11-29.

Vicens Vives, Jaime, *Approaches to the History of Spain*, 2.ª ed., Berkeley, Univ. of California Press, 1970. [*Aproximación a la Historia de España*, Madrid, Salvat-Alianza, 1970.]

Vignols, Léon, «L'ancien concept monopole et la contrebande universelle, I, Le 'commerce interlope' français, à la mer du sud, aux débuts du XVIIIe siècle, type de ce contrebande. Et textes inédits sur ce sujet», *Revue d'Histoire Economique et Social*, XIII, 3, 1925, pp. 239-299.

Vigo, Giovanni, «Real wages of the working class in Italy: building workers' wages (14th to 18th Century)», *Journal of European Economic History*, III, 2, otoño de 1974, pp. 378-399.

Vilar, Pierre M., «Problems of the Formation of Capitalism», *Past and Present*, núm. 10, noviembre de 1956, pp. 15-38. [«El problema de la formación del capitalismo», en *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español*, Barcelona, Ariel, 1965.]

—, «Remarques sur l'histoire des prix», *Annales ESC*, XVI, 1, enero-

febrero de 1961, pp. 110-115. [«Consideraciones sobre la historia de los precios», en *Crecimiento y desarrollo*, ob. cit.]

—, *Le «Manuel de la Companya Nova» de Gibraltar, 1709-1723*, Affaires et Gens d'Affaires, XXVI, París, SEVPEN, 1962 (a).

—, *La Catalogne dans l'Espagne moderne*, 3 vols., París, SEVPEN, 1962 (b). [*Cataluña en la España moderna*, Barcelona, Crítica, 1979.]

—, *Or et monnaie dans l'histoire, 1450-1920*, París, Flammarion, 1974. [*Oro y moneda en la historia*, Barcelona, Ariel, 1981.]

Villani, Pasquale, *Feudalità, riforme, capitalismo agrario*, Bari, Laterza, 1968.

—, «Note sullo sviluppo economico-sociale del Regno di Napoli nel settecento», *Rassegna Economica*, XXXVI, 1, 1972, pp. 29-55.

Villari, Rosario, «Baronaggio e finanza a Napoli alla vigilia della rivoluzione del 1647-48», *Studi Storici*, III, 2, abril-junio de 1962, páginas 259-306.

—, «Note sulla rifeudalizzazione del Regno di Napoli alla vigilia della rivoluzione di Masaniello, *Studi Storici*, IV, 4, octubre-diciembre de 1963, pp. 637-668; VI, 2, abril-junio de 1965, pp. 295-328. Continúa en «Cogiura aristocratica e rivoluzione popolare», *Studi Storici*, VII, 1, enero-marzo de 1967, pp. 37-112.

—, «Rivolte e coscienza rivoluzionaria nel secolo XVII», *Studi Storici*, XII, 2, abril-junio de 1971, pp. 235-264.

Viner. Jacob, «Power versus plenty as objectives of foreign policy in the seventeenth and eighteenth centuries», en D. C. Coleman, comp., *Revisions in Mercantilism*, Londres, Methuen, 1969, páginas 61-91. (Antes en *World Politics*, 1948.)

Visconti, Alessandro, *L'Italia nell'epoca della controriforma dal 1576 al 1773*, vol. VI de *Storia d'Italia*, Milán, Arnoldo Mondadori Ed., 1958.

Vivanti, Corrado, «La storia politica e sociale: dall'avvento delle signorie all'Italia spagnola», en R. Romano y C. Vivanti, comps., *Storia d'Italia*, II, parte 1, pp. 277-427, Turín, Einaudi, 1974.

Vlachovič, Jozef, «Produktion und Handel mit ungarischen Kupfer im 16. und im ersten Viertel des 17. Jahrhunderts», en Ingomar Bog, comp., *Der Aussenhandel Ostmitteleuropas, 1450-1650*, Colonia-Viena, Böhlau Verlag, 1971, pp. 600-627.

von Braun, Joachim Freiherr, «Die ostdeutsche Wirtschaft in ihrer vorindustriellen Entwicklung», en Göttinger Arbeitskreis, *Das östliche Deutschland: Ein Handbuch*, Wurzburgo, Holzner Verlag, 1959, pp. 603-639.

von Hippel, W., «Le régime féodal en Allemagne au XVIIIe siècle et sa dissolution», en *L'abolition de la «féodalité» dans le monde occidental*, Colloques internationaux du CNRS, Toulouse 12-16 de noviembre de 1968, París, Ed. du CNRS, I, 1971, pp. 289-301. [«El régimen feudal en Alemania en el siglo XVIII y su disolución», en *La abolición del feudalismo en el mundo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1979, pp. 102-115.]

Waddell, David A. G., «Queen Anne's government and the slave trade», *Caribbean Quarterly*, VI, 1, 1960, pp. 7-10.

Walton, Gary M., «Sources of productivity change in American colonial shipping, 1675-1775», *Economic History Review*, 2.ª serie, XX, 1, abril de 1967, pp. 67-78.

—, «A measure of productivity change in colonial shipping», *Economic History Review*, 2.ª serie, XX, 2, agosto de 1968, pp. 268-282 (a).

—, «New evidence on colonial commerce», *Journal of Economic History*, XXVIII, 3, septiembre de 1968, pp. 363-389 (b).

Walzer, Michael, «Puritanism as a revolutionary ideology», *History and theory*, III, 1964, pp. 75-90.

Wallerstein, Immanuel, *The modern world-system*, Nueva York, Academic Press, 1974. [*El moderno sistema mundial*, Madrid, Siglo XXI, 1979.]

Wangermann, Ernst, *The Austrian achievement, 1700-1800*, Nueva York, Harcourt, Brace & Jovanovich, 1973.

Wansink, N., «Holland and six allies: the Republic of the Seven United Provinces», en J. S. Bromley y E. H. Kossman, comps., *Britain and the Netherlands*, IV, *Metropolis, dominion and province*, La Haya, Nijhoff, 1971, pp. 133-155.

Ward, A. W., «The war of the Spanish Succession. (2) The peace of Utrecht and the supplementary pacifications», en *Cambridge Modern History*, V, *The age of Louis XIV*, Cambridge, University Press, 1908, pp. 437-459. [Trad. cast., Barcelona, Sopena, 1980.]

Ward, J. R., «The profitability of sugar planting in the British West Indies, 1650-1834», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXXI, 2, mayo de 1978, pp. 197-209.

Warden, Alexander J., *The linen trade ancient and modern*, Londres, Longmans, Green & Co., 1864. (Reeditado en Nueva York, Augustus Kelley, 1968.)

Wätjen, Hermann, «Zür statistik der Höllandischen Heringsfischerei im 17. und 18. Jahrhundert», *Hansische Geschichtsblatter*, XVI, 1910, pp. 129-185.

Weber, Max, *General economic history*, Glencoe, Illinois, Free Press, 1950. [*Historia económica general*, México, FCE, 1970.]

Weinryb, Bernard D., *The jews of Poland*, Filadelfia, Pensilvania: Jewish Publ. Society of America, 1973.

Weis, Eberhard, «Ergebnisse eines Vergleichs der grundherrschaftlichen Strukturen Deutschlands und Frankreichs vom 13. bis Zum Ausgang des 18. Jahrhundert», *Vierteljahrschrift für Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, LVII, 1, 1970, pp. 1-14.

Weisser, Michael, «The decline of Toledo revisited: the case of Toledo», *Journal of European Economic History*, II, 3, invierno de 1973, pp. 614-640.

Westergaard, Waldemar, *The Danish West Indies under Company Rule (1671-1754)*, Nueva York, Macmillan, 1917.

Wiese, Heinz, «Der Rinderhandel in nordwesteuropäischen Küstengebeit vom 15. bis zum Beginn des 19. Jahrhunderts», en H. Wiese y J. Bölts, *Rinderhandel und Rinderhaltung im nordwesteuro-*

*päischen Küstengeibiet vom 15. bis zum 19. Jahrhundert*, Stuttgart, Gustav Fischer Verlag, 1966, pp. 1-129.

—, Die Fleischversorgung der nordwesteuropäischen Grosstädte unter besonderer Berücksichtigung des interterritorialen Rinderhandels», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, París y La Haya, Mouton, 1974, v, pp. 453-458.

Wiles, Richard C., «The theory of wages in later English mercantilism», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXI, 1, abril de 1968, páginas 113-126.

Williamson, J. A., «The colonies after the restoration, 1660-1713», en *The Cambridge History of the British Empire*, I, J. Holland Rose *et al.*, comps., *The old empire from the beginnings to 1763*, Cambridge, University Press, 1929, pp. 239-267.

Wilson, Charles Henry, *Anglo-Dutch commerce and finance in the eighteenth century*, Cambridge, University Press, 1941.

—, «Treasure and trade balances, the mercantilist problem», *Economic History Review*, 2.ª serie, II, 2, 1949, pp. 152-161.

—, «Treasure and trade balances: further evidence», *Economic History Review*, 2.ª serie, IV, 2, 1951, pp. 231-242.

—, «The economic decline of the netherlands», en E. M. Carus-Wilson, comps., *Essays is economic history*, I, Londres, Edw. Arnold, 1954, pp. 254-269. (Antes en *Economic History Review*, 1939.)

—, *Profit and power: a study of England and the Dutch wars*, Londres, Longmans, Green & Co., 1957 (a).

—, «The growth of overseas commerce and European manufacture», en *New Cambridge Modern History*, VII, J. O. Lindsay, comp., *The Old Regime, 1713-63*, Cambridge, University Press, 1957, páginas 27-49 (b). [«El desarrollo del comercio y de la industria europea», en *El antiguo régimen, 1713-63*, Barcelona, Sopena, 1980, páginas 17-34.]

—, «Cloth production and international competition in the seventeenth century», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIII, 2, diciembre de 1960, pp. 209-221 (a).

—, «Dutch investment in eighteenth century England. A note on Yardsticks», *Economic History Review*, 2.ª serie, XII, 3, abril de 1960, pp. 434-439 (b).

—, *England's Apprenticeship, 1603-1763*, Londres, Longmans, 1965.

—, «Trade, society and the State», en E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *Cambridge Economic History of Europe*, IV, *The economy of expanding Europe in the sixteenth and seventeenth centuries*, Cambridge, University Press, 1967, pp. 487-575. [«El comercio, la sociedad y el Estado», en *Historia económica de Europa*, IV, *La economía de expansión en Europa en los siglos XVI y XVII*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1977, pp. 705-835.]

—, *The Dutch Republic and the civilisation of the seventeenth century*, World University Library, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1968.

—, «The other face of mercantilism», en D. C. Coleman, comp., *Re-*

*visions in mercantilism*, Londres, Methuen, 1969, pp. 118-139 (a). (Antes en *Transactions of the Royal Historical Society*, 1959.)

—, «Taxation and the decline of empires, an unfashionable theme», en *Economic history and the historian*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1969, pp. 114-127 (b). (Antes en *Bijdragen en Mededelingen van het Historisch Genootschap*, 1963.)

—, *Queen Elizabeth and the revolt of the Netherlands*, Berkeley, Univ. of California Press, 1970.

—, «Transport as a factor in the history of economic development», *Journal of European Economic History*, II, 2, otoño de 1973, páginas 320-337.

—, «The historical study of economic growth and decline in early modern history», en *Cambridge Economic History of Europe*, V, E. E. Rich y C. H. Wilson, comps., *The economic organization of early modern Europe*, Cambridge, University Press, 1977, páginas 1-41 (a). [«El estudio histórico del crecimiento económico y la decadencia en la historia de la Edad Moderna», en *Historia económica de Europa*, V, *La organización económica en Europa en la Alta Edad Moderna*, Madrid, Revista de Derecho Privado, 1981, páginas 1-52.]

—, «The British isles», en Charles Wilson y Geoffrey Parker, comps., *An introduction to the sources of European economic history, 1500-1800*, vol. I, *Western Europe*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1977, pp. 115-154 (b).

Wittman, T., «Apuntes sobre los métodos de investigación de la decadencia castellana (siglos XVI-XVII)», en *Nouvelles études historiques*, publicados con motivo del XII<sup></sup>e Congrès International des Sciences Historiques par la Commission Nationale des Historiens Hongrois, I, Budapest, Akadémiai Kiadó, 1965, pp. 243-250.

Wolański, Marian, *Zwiazki handlowe Śląska z Rzecząpospolitą w XVII Wieku*, Wydawnictwa Wrocławskiego Towarzystwa Naukowego, núm. 77, 1961. Resumen alemán, pp. 303-39: «Die Handelbeziehungen Schlesiens mit dem Königreich Polen im XVII. Jahrhundert unter besonderer Berücksichtigung der Stadt Wroclaw».

—, «Schlesiens Stellung im Osthandel vom 15. bis zum 17. Jahrhundert», en Ingomar Bog, comp., *Der Aussenhandel Ostmitteleuropas, 1450-1650*, Colonia-Viena, Böhlau Verlag, 1971, pp. 120-138.

Wolf, Siegmund A., «Das Entstehen von Wüstungen durch Bauernlegen», *Zeitschrift für Wirtschaftsgeschichte*, V, 2, 1957, pp. 319-324.

Wolfe, Martin, «French views on wealth and taxes from the Middle Ages to the Old Regime», *Journal of Economic History*, XXVI, 4, diciembre de 1966, pp. 466-483.

Woolf, Stuart J., «Economic problems of the nobility in the early modern period: the example of Piedmont», *Economic History Review*, 2.ª serie, XVII, 2, diciembre de 1964, pp. 267-283.

—, «The aristocracy in transition: a continental comparison», *Economic History Review*, 2.ª serie, XXIII, 3, diciembre de 1970, páginas 520-531.

Wright, William E., *Serf, seigneur and sovereign: agrarian reform in eighteenth century Bohemia*, Minneapolis, Univ. of Minnesota Press, 1966.
Wrigley, E. A., «Family limitation in pre-industrial England», *Economic History Review*, 2.ª serie, XIX, 1, abril de 1966, pp. 82-109.
—, «A simple model of London's importance in changing English society and economy, 1650-1750», *Past and Present*, núm. 37, julio de 1967, pp. 44-70.
Wyczański, Andrzej, «Le niveau de la récolte des céréales en Pologne du XVIe au XVIIIe siècle», en *First International Conference of Economic History*, Estocolmo, agosto de 1960, *Contributions*, París y La Haya, Mouton, 1960, pp. 585-590.
—, «La campagne polonaise dans le cadre des transformations du marché des XVIe-XVIIe siècles. L'économie de la Starostie de Korczyn, 1500-1600», *Studia Historiae Oeconomicae*, II, 1967, páginas 57-81.
Wyrobisz, Andrzej, «Mining in medieval and modern Poland», *Journal of European Economic History*, V, 3, invierno de 1976, páginas 757-762.
Yates, Frances A., *Astraea: The imperial theme in the sixteenth century*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1975.
Yernaux, Jean, *La métallurgie liégeoise et son expansion au XVIIe siècle*, Lieja, Georges Thone, 1939.
Zagorin, Perez, «The social interpretation of the French revolution», *Journal of Economic History*, XIX, 3, septiembre de 1959, páginas 376-401.
Závala, Silvio, «The evolving labor system», en John Francis Bannon, comp., *Indian labor in the Spanish Indies*, Boston, D. C. Heath, 1966, pp. 76-81. (Antes en *New viewpoints on the Spanish colonization of America*, 1943.)
Zhukov, E. M., «The periodization of world history», en *International Congress of Historical Sciences*, Estocolmo, 1960, *Rapports*, I, *Methodologie, histoire des prix avant 1750*, Goteburgo, Almqvist & Wiksell, 1960, pp. 74-88.
Zientara, Benedykt, «Eisenproduktion und Eisenhandel in Polen im 16. und 17. Jahrhundert», en Ingomar Bog, comp., *Der Aussenhandel Ostmitteleuropas, 1450-1650*, Colonia-Viena, Böhlau Verlag, 1971, pp, 270-285.
Zimańyi, Vera, «Mouvements des prix hongrois et l'évolution européènne (XVIe-XVIIIe s.)», *Acta Historica Academiae Scientarum Hungaricae*, XIX, 1973, pp. 305-333.
Zollner, Erich, *Geschichte Österreichs*, 4.ª ed., Munich, R. Oldenbourg Verlag, 1970.
Żytkowicz, Leonid, «An investigation into agricultural production in Masovia in the first half of the seventeenth century», *Acta Poloniae Historica*, núm. 18, 1968, pp. 99-118.
—, «Grain yields in Poland, Bohemia, Hungary, and Slovakia in the 16th to 18th centuries», *Acta Poloniae Historica*, núm. 24, 1971, páginas 51-72.

—, «The peasant's farm and the landlord's farm in Poland from the 16th to the middle of the 18th century», *Journal of European Economic History*, I, 1, 1972, pp. 135-154.
—, Revisado por A. Piatkowski, «Agricultural estates belonging to the town of Elblag in the XVIIth and XVIIIth centuries», en *Journal of European Economic History*, III, 1, primavera de 1974, páginas 249-251.

«'Failed transitions': Concluding participants' discussions», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth-century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 81-84.
«Holland: Participants' discussion», en Frederick Krantz y Paul M. Hohenberg, comps., *Failed transitions to modern industrial society: Renaissance Italy and seventeenth-century Holland*, Montreal, Interuniversity Centre for European Studies, 1975, pp. 64-66.
*L'abolition de la «féodalité» dans le monde occidental*, II, *Discussion des rapports*, Colloques internationaux du CNRS, Toulouse, 12-16 de noviembre de 1968, París, Editions du CNRS, 1971. [En *La abolición del feudalismo en el mundo occidental*, Madrid, Siglo XXI, 1979, se recogen las discusiones a las comunicaciones presentadas por A. Domínguez Ortiz, P. Vilar y Ch. Verlinden, pp. 219-248.]
«Seventeenth-century revolutions», a discussion, *Past and Present*, número 13, 1958, pp. 63-72.
«Summary of the discussion: population change in relation to the economy», *Third International Conference of Economic History*, Munich, 1965, IV, *Demography and history*, París y La Haya, Mouton, 1972, pp. 227-235.
*Zur Ostdeutschen Agrargeschichte: Ein Kolloquium*, vol. XVI de Ostdeutsche Beiträge: Aus dem Göttinger Arbeitskreis, Wurzburgo, Holzner-Verlag, 1960.

# INDICE DE ILUSTRACIONES



Las ilustraciones han sido seleccionadas y anotadas con la ayuda de Sally Spector.

# INDICE ANALITICO

BIBLIOTECA CS

BIBLIOTECA CS